

André Luiz Ruiz

Hay flores sobre las Piedras

Por el Espíritu Lucius.

Índice

- 1 – La llegada de los mensajes
- 2 – El general.
- 3 – La conversación.
- 4 – La oficina mental.
- 5 – El inicio del tratamiento.
- 6 – Pésimas noticias.
- 7 – El general en acción.

- 8 – El inicio de la operación.
- 9 – La siembra del mal.
- 10 – Esclareciendo.
- 11 – Los Rebeldes.
- 12 – El plan de Macedo.
- 13 – En la hacienda.
- 14 – Acción generando reacción.
- 15 – El preludeo del ataque.
- 16 – La hora llegó.
- 17 – Angustias mayores.
- 18 – Sordo a los consejos del amor.
- 19 – Salustiano.
- 20 – Intrigas de Macedo.
- 21 – Cosas del Pasado.
- 22 – La mejor de las terapias.
- 23 – El drama de Lucinda.
- 24 – El amor que cura.
- 25 – El cerco se cierra.
- 26 – El sueño.
- 27 – Salustiano ciego.
- 28 – La simiente milagrosa.
- 29 – Macedo en persecución.
- 30 – La prisión de los lideres.
- 31 – Cada uno en su lugar.

- 32 – La desencarnación de Armando.
- 33 – Las explicaciones de Mauricio.
- 34 – Lucinda encuentra el abrigo.
- 35 – Lucinda encuentra su destino.
- 36 – Conversando con Luciano.
- 37 – El amor extiende los brazos durante el sueño.
- 38 – El aviso ignorado.
- 39 – Los dolores cobran su precio.
- 40 – Macedo en la prisión.
- 41 – Enfermedades rectificando enfermos.
- 42 – Enfermedad compartida.
- 43 – El amor intentando rescatar a todos.
- 44 – Mauricio y Lucinda.
- 45 – El amor en acción.
- 46 – La verdad.
- 47 – Comprendiendo todo.
- 48 – Hay flores sobre las piedras.

Presentación.

La belleza de esta obra bien puede ser medida por los que conocen a su autor mediúmnico.

André Luiz Ruiz, incansable trabajador de la Doctrina Espirita, en todos sus aspectos, es el mismo retrato vivo del que este importante romance nos ofrece: fortaleza, abnegación, confianza en el Padre y la amplia visión que sobrepasa los límites de nuestro pequeño horizonte.

Y es en esa amplitud, que abraza todo el Universo, que esta historia fue traída por el Espíritu Lucius a sus manos mediúmnicas, donde los personajes desfilan con gran

autenticidad narrativa, enseñándonos, de forma que nos envuelve emocionalmente, que el amor, el perdón y la voluntad de rehacer los pasos mal dados, son los sagrados ingredientes para nuestra evolución espiritual y que castigo es palabra y expresión que no existe en el gran libro universal, eternamente escrito por nuestro Creador, misericordioso sembrador de nuevas oportunidades.

Por lo tanto, amigo lector, tenemos absoluta certeza de que al voltear la última página de esta obra, algo muy fuerte se habrá instalado en su corazón, confirmando aun más que con mucho cariño, paciencia, tolerancia y perdón, flores habrán de surgir, embelleciendo las piedras de nuestro camino, venidas de las simientes de luz y de amor que Dios plantó en el corazón de todos nosotros, hijos que somos de Su amor.

Araras (SP), Primavera, 2001.

Wilson Frungilo Júnior.

La llegada de los mensajes.

La campanilla sonó en el portón, en medio de una nube de polvo que se deshacía lentamente, llevada por la suave brisa matutina.

Con su montura jadeante, allí se hallaba, el subalterno del general Alcántara, trayéndole despachos importantes y que precisaban de urgente apreciación, ya que inminentes conflictos se diseñaban en la región, demandando actitudes enérgicas de las autoridades responsables.

Más allá de eso, en la condición de subordinado de un hombre acostumbrado a dar ordenes y ser obedecido, sabía el capitán Macedo que su comandante no admitía otro procedimiento que no fuese el del cumplimiento del deber, independientemente de cuanto eso le costase, ya que el general fuera soldado de rígida formación, al cual el cuartel moldara en una sólida disciplina en perjuicio del sentimiento de humanidad y respeto a los semejantes.

Se oía aun el tintinear repetido de la campanilla de bronce que anunciaba a la servidumbre del caserón que alguien se hallaba en el portón, aguardando la atención, cuando una anciana negra, habituada a los trabajos y a las exigencias de la casa, dio paso al mensajero osado que, tan pronto alcanzó los jardines, le preguntó:

- Olívia, ¿Dónde se haya el general Alcántara?

- ¡Ah! Mi capitán, seño general aun no se enderezó, lo que tá dejando a todo mundo muy preocupado.

- ¡Pero ya son casi las ocho horas, Olívia! - afirmó Macedo.

- Es por eso mismo que vuestra merced debe de imaginá como las cosas no son de las mejores... – replicó la negra, dejando que lágrimas de preocupación mojasen sus ojos enrojecidos.

Atravesando la entrada principal como quien conocía bien el camino en vista de cierta intimidad con las disposiciones del predio, se dirigió Macedo para los aposentos aun cerrados en los cuales el general Alcántara debería recibir los despachos urgentes de aquella mañana.

Tocó la puerta con una mezcla de cumplimiento del deber y de un deseo de no incomodar, hasta que Lucinda, la hija más joven, vino a su encuentro, trayendo la noticia de que el padre no se hallaba bien dispuesto, estaba con fiebre, con dolores por

el cuerpo y sudaba abundantemente, no siendo posible cualquier contacto inmediato, mucho menos que le fuesen informados problemas de orden administrativo.

Macedo sin prestar mucha atención en los informes oídos, tenía sus ojos seducidos por la belleza suave y firme de la joven Lucinda, moza en la hermosura de sus diecinueve primaveras, que era el oasis en la vida de aquella familia a la cual el carácter del general impusiera una disciplina que hacia de la casa grande una casi extensión del propio cuartel.

Después de la viudez del padre, Lucinda asumiera el comando de la casa, donde ejercía sus cualidades de señorita con las virtudes del alma que su elevación espiritual ya le confería, siendo bienquista por todos, en una verdadera antítesis de lo que se daba en comparación con el dueño de la casa, aquel general altivo, arbitrario, violento e intransigente.

Tan pronto se vio en la posición de responsable por la dirección interna de la casa familiar, Lucinda atrajo para sí a la vieja ama de leche, Olívia, y otras negras que ejercían el trabajo dentro de la fastuosa casa, en la cocina y en el arreglo y que, aun a contra gusto del dueño de la casa, pasaron a serle las únicas y sinceras compañías.

Con su toque dulce y sus modos blandos, Lucinda conseguía doblar las más rigurosas posturas de aquel hombre rudo a quien, a pesar de eso, aprendiera a amar y respetar como la figura querida que la providencia le concediera como su padre.

Con el pasar de los años, era en ella que el altivo general buscaba refugio para su orgullo cansado, en largas conversaciones después de la cena, cuando escuchaba de su boca inocente los conceptos elevados al respecto de la vida, de la convivencia, de la naturaleza y de la exactitud de las cosas creadas por Dios.

Evidentemente, Alcántara no concordaba con todas las ideas de la hija, creyendo que mucho de aquello era devaneo de juventud.

No obstante, en esos momentos, el sobrio general se dejaba llevar por la dulzura de la niña y su amor, oculto en el pecho por el peso del rango militar, por la posición social y por las obligaciones de comando, podía desdoblar sus alas y dar muestras de que, hasta el bloque de granito cuando es pulido con paciencia, puede transformarse casi en un espejo de rara belleza.

Esa era Lucinda, gracias a quien, hace algunos años, no se veía el dantesco espectáculo del uso del chicote del castigo en el dorso de algún negro que hubiese cometido una pequeñita falta.

Esa era Lucinda, la hija muy amada, la única capaz de ablandar la furia nerviosa del padre, en los momentos de desequilibrio, la única que conocía un poco más profundamente, los meandros de aquel ser que todos temían y del cual todos se apartaban para no ser víctimas de su dureza.

Con su ternura y psicología desarrollaba a lo largo de la convivencia, aliando sentimiento a la sabiduría, Lucinda conseguía conciliar las necesidades de todos con las intransigencias del padre, que se juzgaba alguien superior y que trataba a los negros que le pertenecían, como animales de carga, sin mayor valor que el de una mula.

Así es que, al contrario de otras haciendas, en las cuales el perfume de la humanización no había penetrado, allí, gracias a los ojos generosos de la hija del señor de esclavos, algunos beneficios llegaban a las senzalas, en la forma de una mejor distribución de alimento a los niños y madres, en el permiso para que los viejos pudiesen tener más descanso y trabajasen en servicios leves, todo eso a contra gusto de los capataces que estaban acostumbrados a aprovecharse de la tiranía de los señores para dar riendas sueltas a los bajos instintos de violencia y sexualidad que traían dentro del alma poco elevada.

No obstante, como el general se ausentaba constantemente, relegando el comando de la propiedad a la hija, los secuaces que le cumplían, en el pasado, las ordenes violentas con redoblado rigor y agresividad, ahora se limitaban a fiscalizar los servicios en la propiedad y a organizar las actividades pesadas, usando el chicote a distancia y sin el conocimiento de la señorita que, con su espíritu de verdadera cristiana, no toleraría su utilización si lo supiese.

Pronto, una gran separación ocurrió entre ella y los capataces

que la respetaban como hija del general, pero no veían la hora en que, apartada de la dirección de la hacienda, pudiesen ellos seguir su trayectoria de aterrorizar a los cautivos, sin obstáculos.

Lucinda, sin perder sus modos gentiles y delicados, seguía procurando conciliar las necesidades humanas con los preconceptos y convencionalismos sociales de su tiempo, con el fin de atender a aquellas y transformar a estos últimos.

Con eso, era ella la enfermera celosa del altivo general Alcántara que le administraba los brebajes medicinales y vigilaba durante la noche desde que lo postrara la extraña crisis.

Y allí estaba Macedo, embebecido como siempre por la belleza de la moza, la cual, sin ignorar la atracción que ejercía sobre el militar, de él guardaba respetuosa distancia y no permitía cualquier aproximación más directa.

En fin, venciendo la emoción que lo traía como alguien que pretendiese eternizar aquel momento para nunca más apartarse de la mujer deseada, Macedo exclamó:

- Pero señorita Lucinda, cosas muy graves están por acontecer. Una rebelión se diseña en el aire y el general es el responsable por la manutención del orden en toda la región, incluyendo no solo nuestro campamento, mas sí una vasta área bajo su comando. Además de eso, la señorita sabe que su padre es hombre que no admite dejar de ser puesto al corriente de los

hechos, bajo pena de verme hasta a mí mismo preso si no cumplo con mi deber de darle información de los despachos que traigo.

- Si, capitán Macedo, comprendo su intento, pero no puedo ayudarlo en nada, en el presente momento, he ahí que la fiebre alta no permite que mi padre tenga condiciones para entender, ya que está entre el sueño y el delirio... – respondió Lucinda, afligida, trayendo en el tono de voz la preocupación y la prisa que tenía en volver para el interior del cuarto.

- Mas si el caso es grave de ese modo, llamemos pues al médico del pueblo... - dijo Macedo, ahora ya también afligido.

- Infelizmente, no podemos hacerlo para que la situación no empeore con la noticia de que el comandante cayo enfermo y se encuentra debilitado, sin poder adoptar las medidas que le caben para que su situación sea corregida. Además de eso, la noticia de su estado produciría un debilitamiento en la vigilancia de la tropa, además de permitir una mayor euforia de los rebeldes que se aprovecharían de ese momento para deflagrar todos los actos de vandalismo que, sabemos, pueden ellos ser capaces. Estamos tratándolo con los mejores conocimientos que poseemos, ayudados por médico discreto de nuestra confianza.

Sorprendido con tamaña capacidad de análisis y de síntesis para los cuales ni él mismo, capitán Macedo, había prestado atención, aun más admiró la madurez y la presencia de espíritu

de aquélla joven.

- Lo que podemos hacer, capitán, - dijo la moza, retomando el hilo de la conversación – Es aguardar a que la fiebre ceda y, tan pronto le vuelva la lucidez, someter tales despachos a su conocimiento. Para eso, podrá dejar la alforja de los despachos conmigo que, tan pronto todo se normalice, personalmente, entregaré su contenido al general.

Sin tener otra opción y necesitando volver a su puesto, el joven capitán Macedo le entregó la alforja militar con los despachos y, mirándole los ojos con ardor, se dirigió a ella precipitadamente, envuelto por una onda de sentimiento incontrolado, diciendo:

- Lamento mucho el estado del general a quien respeto y devoto fidelidad sin mezcla, mas mi tristeza aumenta aun más cuando, como ahora, me veo forzado a apartarme de tan encantadora criatura, cual ángel celestial a la cabecera del enfermo.

Y sin esperar respuesta, en vista de la confesión sabiamente arrojada para las circunstancias, se enderezó en una reverencia muy propia de los militares y se apartó, sin dejar oportunidad para cualquier manifestación de Lucinda, la cual, con los despachos en sus manos y levemente ruborizada por el galanteo impropio y no correspondido por sus sentimientos, retomó el interior del cuarto, cerrando la puerta sin estrépito.

Golpeando los tacones en el piso entarimado del caserón, lo que

producía el ruido típico del soldado marchando, iba Macedo en dirección de su montura, con el corazón disparado, el sentimiento confundido, la esperanza de tener a Lucinda en los brazos, la figura del general que, como su superior, él precisaba envolver para alcanzar el objetivo afectivo, la oposición y frialdad nítidas con que Lucinda lo trataba en las veces que ya se habían encontrado, la situación difícil que precisaba enfrentar dentro de la guarnición, la imposibilidad de dar noticias de la enfermedad del general y otra multitud de circunstancias que le calentaban las ideas y producirían en él en ese día, muchas horas de conflictos interiores.

-¿Qué hacer? – pensaba Macedo, ahora que su cabalgadura tomaba el rumbo de la guarnición que quedaba a más de una hora de viaje.

¿Si esa situación no se solucionaba, si el general no adoptara las medidas urgentes que precisan ser tomadas, si otra persona estuviera en la gracia de Lucinda, que tocaría a él hacer para que todas estas cuestiones se resolviesen?

A lo lejos se distanciaba el caserón, altivo como su general propietario, atrás del torbellino de pensamientos y sentimientos del jinete y de la nube de polvo producida por el galope del caballo.

El General.

Preso al lecho, estaba un hombre fuerte, físicamente saludable y maduro por la disciplina de la vida militar, pero que se contorcía en delirios febriles, hablando cosas incomprensibles, ora jurando venganza, ora llorando copiosamente.

Ese hombre, ahora enfermo indefenso, era una criatura endurecida por las contingencias y por traer su espíritu aun arraigado a la ignorancia que fomenta todo tipo de defectos, estimulando la proliferación de las imperfecciones del alma.

Fuera hijo de familia modesta, habiendo recibido del cariño materno nociones de afectividad y de elevación que le habían quedado grabadas en el interior de su alma.

Sin embargo, su padre guardaba la tradición militar de la familia, observada en las insignias de la corporación a la que pertenecía, en la condición de soldado raso, habiendo alcanzado el puesto que equivaldría, hoy, al de sargento. Era de una postura arrogante e indiferente hacia las dificultades ajenas y a los que le eran inferiores dedicaba inocultable desprecio, humillándolos siempre que era posible.

En ese ambiente familiar, el joven Alcántara recibiera las nociones que le moldearían el carácter, siendo que la conducta paterna, instigándole en el alma el deseo por la vida en el

cuartel aliadas a una gran unión espiritual existente entre ambos, hicieron que los modos del padre marcasen el espíritu del hijo de forma más intensa, convirtiéndolo en una copia fiel, como quien imita al ídolo, creyendo seguir el ejemplo.

De este modo, Alcántara anhelaba seguir la carrera militar del progenitor y desde niño era visto intentando disciplinar al viejo Bigote, cachorro callejero que le pertenecía y al cual daba ordenes como un niño autoritario encarnando el papel que un día, efectivamente, desempeñaría en la conducción de hombres.

Mientras era pequeño y más próximo de la madre, Doña Joaquina; recibió de ella el ejemplo y las enseñanzas oriundas de un corazón dócil y cariñoso que le enseñara a rezar y a observar la vida desde el punto de vista de la bondad de un Ser Superior.

No obstante, en la medida en que iba ganando edad, más y más se reflejaba en la postura paterna, de quien envidiaba el porte, el uniforme, la imponencia, pasando a cultivarle las palabras y los gestos, inclusive trayendo un látigo pequeño escondido en la manga larga de la camisa con el cual castigaba al cachorro cuando este no atendía sus determinaciones de “sentido”, “descansar” y “ordinario marche”

Era gracioso ver aquel niño dando ordenes al cachorro y, al mismo tiempo, castigando al pobre animal cuando éste, en vez de “entrar en forma”, resolvía salir corriendo detrás de un mosquito que volaba alrededor de su hocico.

Al alcanzar la edad escolar, se desarrolló con facilidad bajo los cuidados de la madre, mientras el padre se ausentaba en los servicios de la guarnición y en maniobras militares con la tropa.

Pero algunos años después, en virtud de una enfermedad simple que se complicara rápidamente, perdió a la madrecita, víctima de una neumonía adquirida gracias al frío resultante de su exposición a la intemperie y a las humedades del estanque, donde procuraba reunir un poco más de dinero para ayudar en el presupuesto de la familia, lavando ropa de otras personas.

Sin la influencia de la madre que le frenara el impulso agresivo, en una mezcla de tiranía y de vanidad, el joven inició su carrera militar tan pronto se vio en la edad adecuada para tal ingreso, substituyendo el celo de la genitora, ahora muerta, por los cuidados que el cuartel le dispensaba, como el lugar donde dormía, donde se alimentaba y donde, ahora, vivía la mayor parte de su día.

Era de una disciplina envidiable y, habiendo sido notado por los oficiales que dirigían el destacamento, pronto pasó a ser solicitado por ellos en las más serias y difíciles tareas, ganando, así, redoblada confianza.

Como estímulo por su empeño, los superiores consiguieron transferirlo para una de las escuelas de formación de oficiales que existían en la época, partiendo el joven para la carrera que, de allí en adelante, se confundiría con su propia vida.

Tan pronto se formara, al regresar a la tierra natal para volver a ver al viejo padre, ahora en la reserva en vista de la edad avanzada, el joven oficial lo encontró muy enfermo y extremadamente empobrecido, siendo su visita una de las postrimeras alegrías del viejo sargento que, algunas semanas después, murió prácticamente en la miseria.

* * *

- Me están persiguiendo... Apártense... Pandilla de buitres... Voy a matarlos con mi espada... Yo soy el general Alcántara – gritaba el enfermo rompiendo un período de sueño aparentemente tranquilo.

Lucinda, presurosa, corría a su cabecera con un paño humedecido para aplicarlo en las sienes del padre e intentar calmarlo, al mismo tiempo en que oraba interiormente pidiendo a Dios que la ayudase.

- ¡Papá, despierte! Ud. Está soñando... – decía ella, sacudiendo el hombro musculoso del general.

- No entregare las tierras, ellas son mías, compradas con mi sudor... Traeré mis soldados para que te expulsen de aquí, infame... – continuaba el enfermo, sin alterar su estado de alucinación.

* * *

Tan pronto se vio en la orfandad, el joven teniente Alcántara se entregó totalmente a la vida militar, desarrollando sus patrones que le caían como guante en el espíritu voluntarioso.

En la condición de comandante, se destacó como alguien que tenía el liderazgo por naturaleza, el coraje, la intrepidez y la dureza por línea de conducta.

Era rígido con todo y con todos los que le eran subordinados.

No admitía error, falta, desliz y, a su vez, ejercía con rectitud sus funciones.

Como subordinado, era de una fidelidad canina a los superiores, observándole los propósitos, anticipándose a las solicitudes y obteniendo para sí todas las miradas de los que lo comandaban, que depositaban en él las más aclaradas esperanzas como militar de carrera brillante.

A los treinta años, se casó con una joven de nombre Lucia, hija de uno de sus más importantes superiores, diciendo las malas lenguas de entonces que ya el capitán Alcántara, con sus nupcias, adquiriera no solo una mujer, mas si una estrella en su vida..., refiriéndose no al carácter iluminado de la esposa, sino a las estrellas que conseguiría en vista de pasar a ser, con el matrimonio, el yerno de otro militar de alto rango.

Lucia, también, hija de militar, sabia ser firme y dócil cuando la

situación se presentaba, habiendo aprendido como relacionarse con hombres que son, vanidosos, orgullosos y duros pero, al mismo tiempo, carentes, sentimentalmente frágiles y, en general, de carácter integro.

De ese casamiento, tres hijos surgieron, siendo que los dos primeros, para la alegría del padre, eran niños y la tercera, muchos años después, una pequeñita de piel rosada que llegó cuando los dos hermanos mayores ya se encaminaban en la vida.

Eleuterio, el hijo mayor, tenía tendencia para las leyes y cursaba derecho contrariando la voluntad del padre que deseaba que fuese el seguidor de la tradición familiar en el cuartel.

Jonás, aun adolescente, pasara a ser el depositario de las esperanzas de Alcántara en la herencia de la inclinación militar, pero ya venia dando innumerables disgustos al padre pues, lejos de sentirse atraído por las reglas rígidas del régimen militar, prefería los devaneos solitarios de los poemas que escribía.

- Cosa de “maricas” ese negocio de hacer rimas... vociferaba el padre, rasgando los mazos de hojas en los cuales el hijo dejaba escurrir su sensibilidad.

De temperamento firme y determinado, Jonás fue creciendo tullido por la agresividad del Mayor Alcántara, auxiliado eventualmente por la comprensión y cariño maternos que, sabiendo del talento del hijo más joven, procuraba leer y

guardar sus escritos lejos de los ojos del marido, para que él mismo no los destruyese y, acto continuo, golpease al hijo, con el propósito de corregir en él aquello que, según su concepto era desvío de carácter.

Jonás, sin embargo, trayendo en su interior una personalidad intrépida, pronto comenzó a nutrir verdadero odio por el padre, solo encontrando un poco de paz cuando éste se ausentaba en los servicios administrativos a que se entregaba en el destacamento que comandaba.

Tal era el antagonismo entre ellos, aversión esa aumentada por la intransigencia y violencia, que por ocasión de los entrenamientos militares en los cuales el padre tenía participación, incontables veces Jonás elevó al Creador sus oraciones, clamando por un accidente que lo llevase para el infierno, un poco más temprano, como se creía en aquella época, librando a todos de aquel hombre déspota.

Con las sucesivas querellas aumentando, Jonás tomó la actitud que le restaba, en vista de las presiones a la que era sometido, sin que la progenitora algo pudiese hacer para contornear la situación, o sea, abandonó la familia, dirigiéndose para destino ignorado, no sin antes dejar dos cartas de despedida, una triste y agradecida donde pedía perdón a la madre y otra, fría, áspera y agresiva para aquel que ahora, podría considerarse sin el hijo, he ahí que este, a partir de aquella fecha, repudiaba su nombre y su casa.

Partiera Jonás sin dejar dirección y sin nunca más mandar noticias, para desesperación de la madre y para un dolor agudo, pero muy bien disfrazado del altivo militar.

Con las sucesivas mudanzas de residencias, transferido por los motivos militares para los lugares más distantes, se completó el cuadro de separación definitiva entre el padre austero e intransigente y aquel hijo rebelde que insistía en hacer de la escritura y de la sensibilidad sus únicos superiores.

Así, se vieron Alcántara y Lucia sin nadie, en la más completa soledad, ya que uno de los hijos estudiaba lejos, y el otro se apartara de la familia, y el matrimonio de separaba en vista de las responsabilidades del marido.

Por eso, pasaron a cultivar la idea de intentar procrear un hijo más una vez que, a pesar de no ser jóvenes, aun guardaban en el físico las posibilidades de engendrar la vida y, con ella, quien sabe, el tan esperado descendiente que le siguiese los pasos en la vida del cuartel.

El tercer embarazo de Lucia no se hizo esperar y, después del período normal de gestación, nació aquella que viniera a recibir el nombre de Lucinda, para la alegría de la madre y para el aumento de las frustraciones del padre.

No obstante, a pesar de ser niña, fue la nueva luz que entró en aquel hogar, después de los períodos turbulentos que la familia vivió con el drama de Jonás. Lucia veía en ella a la futura

amiga que hasta entonces no tuviera por el hecho de que a los hijos hombres no le importaban las cosas de mujeres, con quien podría conversar, enseñar las artes femeninas, educándola para la vida de acuerdo con la sensibilidad que le era propia.

Para Alcántara, también, a pesar de no ser el hijo que le sucedería la estirpe, la hija recién nacida fue la emoción que hace mucho no sentía y no cultivaba, no sabiendo explicar porque motivo aquella criaturita, igual a todas las otras, le era, así, tan cautivante.

- Eso es cosa de viejo... pensaba el padre, sacudiendo la cabeza para espantar esos pensamientos que, en su concepto, le debilitaban el carácter férreo.

Lucinda crecía “a los ojos vistos”, graciosa y traviesa, haciendo al padre reírse de sus modos, cuando llegaba en casa y la recibía en los brazos, aun con el uniforme militar.

Cuando ella contaba siete años, él fue elevado al rango de general lo que le representó alcanzar la culminación de la carrera a la cual se dedicara toda la vida.

Tal conquista, sin embargo, le dejó un rastro de espinas que deberían ser cogidas una a una, en el curso de los rescates necesarios en vista de los actos practicados con la libertad mal comprendida.

A su retaguardia se hallaba una inmensidad de personas que le guardaban verdadero odio en vista de los innumerables perjuicios soportados.

Eran subordinados castigados por su modo intransigente, soldados transferidos para lugares distantes e inaccesibles como forma de intimidación o de “promoción”, civiles que tenían que soportar su arrogancia y eran humillados a la luz del día y enfrente de los otros, sin coraje para responder con altivez delante del temor que su presencia causaba y, lo que era peor, personas que, por él, fueron despojadas de bienes materiales, teniendo que “venderle” propiedades a precio vil en vista de que el militar había demostrado algún interés en la adquisición.

Cuando eso acontecía, el ambicioso comandante sabía ser convincente en cuanto a la necesidad del propietario de venderle el inmueble y de que el precio más justo era aquel que él, el comprador, pretendía pagar.

No es preciso decir que, para alcanzar tales objetivos, el ahora general Alcántara contaba con la presión natural que le confería el poder que ejercía, así como también con el apoyo encubierto de innumerables compañeros que, como él, tenían hábitos semejantes, haciendo uso del uniforme como instrumento de imposición hasta alcanzar el intento de despojar a la víctima, bajo el disfraz aparentemente lícito de una compra.

De ese modo, mientras crecía su patrimonio personal,

igualmente se abultaba la cantidad de sentimientos de odio que contra su persona eran dirigidos.

Tal comportamiento de Alcántara iba siendo gradualmente adoptado en la medida en que iba graduándose en la vida militar y se aceleró después de la muerte de su esposa que era la fiscalizadora de su carácter y delante de la cual debía presentarse siempre irreprochable.

Cuando Lucinda contaba diez años de edad, su madre Lucía perdió la vida en un accidente, en el cual el vehículo de tracción animal que la transportaba de retorno al hogar, descontrolado, se arrojó de una elevación del terreno proyectándose en una ribera, traduciéndose en un rudo golpe en el espíritu de aquel hombre que mucho se dedicaba a la esposa, aunque a su modo, según las costumbres de aquella época.

Todavía, con el pasar del tiempo y no habiéndose casado con más nadie, el general Alcántara se vio distanciado del control silencioso de la compañera virtuosa, pasando a dar pleno curso a sus tendencias inferiores que, hasta entonces, solo eran ejercitadas lejos del hogar y a escondidas, pues se sentía controlado por la presencia de aquella que veía en él al hombre honrado e incapaz de practicar actos nefastos.

Con la muerte de la esposa, entregó su hija Lucinda a los cuidados directos de aquella que ya le acompañaba la

formación desde el nacimiento, en la condición de esclava de la familia, la negra Olívia, y retomó con redoblada osadía el comportamiento que venía adoptando anteriormente de forma cuidadosa.

A la par de los que le eran siempre inferiores y perjudicados, Alcántara sabía ser extremadamente cautivante para con aquellos de quien dependía su marcha ascendiente dentro de la carrera militar.

Sabía halagar a los amigos, hacer favores, conceder regalías, atender pedidos de superiores que en él veían al hombre tolerante, correcto y portador de todos los requisitos para tener su nombre recordado en la hora de las promociones, según los criterios militares en boga de la época.

Por eso, a costa de tal conducta doble y antagónica, Alcántara fue enriqueciendo su cofre, al mismo tiempo en que fue alcanzando los puestos hasta alcanzar el generalato, que le facultaría la continuidad y el agravamiento del comportamiento inadecuado.

Fue así que consiguiera adquirir la hacienda, en la cual se hallaba actualmente ocupando el lecho de enfermedad, que fue “comprada” a una viuda sin condiciones para oponerse a sus métodos de intimidación tan pronto se viera sin el marido, víctima de un accidente.

Valiéndose de fieles comparsas que, en el plano físico también envergaban el uniforme y en el alma la misma túnica de ambiciones y defectos, usándolos para que no pareciese, inició un proceso de intimidación sobre la desprotegida mujer, amenazándola de no garantizarle cualquier protección para el caso de que algún malhechor pretendiera valerse de su viudez e invadirle la propiedad.

Pretendiendo dar foros de realidad a tales amenazas y profundizando el efecto de tales advertencias, contrató los servicios de algunos sicarios de la región para que, durante la noche, rondasen la sede de la hacienda, haciendo ruidos, dando tiros hacia el aire y atemorizando aun más a la mujer desprotegida.

Con ese panorama creado sin su participación directa, el aparentemente impoluto general se presentó a la viuda viniendo a hacerle una propuesta “irrecusable” de compra de la propiedad por un precio vil y que, valiéndose de su condición de autoridad, la inducía en la creencia de que lo mejor para ella era entregarle el inmueble y retirarse para un lugar más populoso, en la compañía de algún pariente y que, si fuese necesario, el mismo ofrecería una escolta militar para que ella fuese trasladada para otra localidad con seguridad.

Aterrorizada por las contingencias y ya que ningún otro comprador osaría disputar con Alcántara el mismo espacio de tierra, le aceptó las imposiciones vendiéndole la tierra como

forma de cambiar la hacienda por la continuidad de su vida que pasaba a ser constantemente amenazada, comprando, con eso, su aparente tranquilidad futura.

Tal era el patrón de conducta adoptado por él, que siempre aparecía al final de la historia como quien venía para ayudar a las personas presionadas por las imposiciones terroristas producidas artificialmente.

Al mismo tiempo en que el general ganaba las estrellas en la carrera militar, procuraba llevar consigo a los subordinados que le servían en el esquema en vista de las afinidades de ambiciones y defectos que traían, afinidades negativas que, a su vista, eran consideradas demostrativos de virtudes y fidelidad.

Confundía el compañerismo del cuartel con la complicidad del subordinado hacia los defectos de su superior.

Obviamente que tales conductas expoliadoras eran camufladas con mucha competencia para que el ilustre militar no tuviese maculada su honorabilidad personal, de tal forma que él solo surgía en escena después de que todas las circunstancias ya estuviesen preparadas para que fuese considerado como la solución de los problemas.

De igual modo, él sabía proteger a sus auxiliares, confiriéndoles presentes personales, distinciones y favores tenidos siempre en cuenta de merecimiento por servicios ejemplares prestados a la vida militar.

Al mismo tiempo, procuraba usar su influencia para encaminar la promoción de sus protegidos y traerlos siempre junto de sí mismo en los innumerables destacamentos militares que tuvo que comandar.

Para esos, sabía ser generoso y tolerante, guardando para los demás su rigidez y aparente inflexibilidad.

Y dentro de los pocos que se encuadraban en ese panorama, el joven capitán Macedo era el único que sabía de todo el procedimiento y que era incumbido de contratar sicarios, asalariar el servicio, planear todos los procesos de intimidación, protegiendo, así, la figura del superior, con lo que le ganaba aun más confianza, compartiendo juntos, muchas veces, una dosis de un buen vino o de un buen aguardiente.

Como se ve, el general Alcántara era hombre complejo que, no obstante extremadamente competente en el ejercicio de sus funciones, traía en el alma los problemas que los rangos no pueden ocultar y que manchan los puestos y las funciones en las diversas áreas de la experiencia humana.

Era hombre que se destacara en ser vigilante de la comunidad a la que debería servir y que, con tal deber, se relajara en vigilarse.

Era, en fin, como cualquiera de nosotros, débil delante de sí mismo, pero especialmente ejerciendo el poder y la fuerza

delante de los otros.

Allí estaba, el comandante Alcántara, vencido temporalmente por el general fiebre, en una batalla sin tiros, pero que traía a la superficie las heridas íntimas largamente escondidas y disfrazadas por las convenciones humanas, debilitado e – ironía del destino – contando, para la defensa de sí mismo, militar de tan alta envergadura, no con los batallones, cañones o fúsiles, mas solamente con una mujer recién salida de la adolescencia, su hija Lucinda, la única que tenía acceso a su aposento, su único escudo en esa guerra a la cual ni el mismo Macedo tuviera el ingreso permitido.

Gran peso vibratorio negativo, acumulado a lo largo de los sucesivos desvíos de conducta, aunque desconocidos de la mayoría de los que le guardaban admiración y respeto, comenzaba a abrir brechas en la armadura de aquel hombre–general sin preparación para enfrentar la realidad de la vida en la simple condición de soldado raso del espíritu.

Se iniciaba, así, el proceso de cosecha y reparación indispensables para el crecimiento de todos los seres creados por Dios y que, sea en la condición humana de subordinados o superiores, perdieron todos sus puestos e ilusiones, aunque a costa de mucho sufrimiento.

La conversación.

Lucinda, al pie del lecho paterno, se hallaba afligida y sin saber que hacer.

El concurso del médico familiar había ayudado mucho en la mejoría del estado general del enfermo, aun así, no consiguiera alterar sustancialmente el cuadro de alucinación constante en que él se veía envuelto.

El día pasara lentamente entre las preocupaciones y los trabajos, y la noche se avecinaba, anunciada por el barullo de los insectos que se agrupaban para el reposo, y por el canto tardío de los pájaros que pasaban en bando procurando los nidos o los árboles que los acogieran.

En aquel cuarto, sin embargo, a pesar de estar los hombres bien agasajados, donde nada les faltaba, no sería aquella una noche de reposo y descanso como las anteriores.

Los accesos del general enfermo se repetían con más frecuencia, no teniendo, Lucinda, otra cosa que hacer, a no ser rezar pidiendo al Padre, el generoso Creador de todos, que pudiese cuidar de aquel que, en esta vida era su progenitor.

Recordándose de las enseñanzas aprendidas con su madrecita

ya desencarnada, se ponía a conversar con Dios, en sus modos simples y sinceros que deben tener todas nuestras palabras y pensamientos que se dirigen a Él.

- ¡Yo me vengare! ¡Yo me vengare! – gritaba el general descontrolado, de ojos cerrados y el sudor escurriéndole por el cuerpo.

- Calma, papá, no se altere tanto. Usted está medicado, todo va a pasar – le decía la hija preocupada.

- No soy su padre, no tuve hijos, no adelanta rezar como una beata de iglesia porque este bandido va a tener que arreglar las cuentas conmigo – respondía el general en el mismo ataque inconsciente.

- Pero papá, soy Lucinda, y estoy aquí a su lado para que se recupere pronto. No hable así conmigo – le respondió la enfermera llorosa.

- Ya dije que no soy su padre y, para que usted no se olvide de decirle cuando “él” despierte, quiero que sepa que mi nombre es Luciano Salviano de los Reis, marido de Leontina Salviano, el verdadero y actual propietario de esta hacienda.

Lucinda no estaba entendiendo lo que pasaba, pero percibió que no era su papá, realmente, quien le hablaba, pues su voz se

alterara, su vocabulario tampoco era el acostumbrado. Hasta entonces, ella atribuía tales modificaciones al estado febril del enfermo, sin considerar cualquier otra hipótesis.

Pero ahora, delante de las circunstancias reveladoras, Lucinda paso a verse delante de hechos nuevos e inexplicables, precisando de entendimiento mayor, aunque continuase atribuyendo ese comportamiento al estado de enfermedad desconocida.

Entretanto, oyera nombres y afirmaciones exactas que traían contenido emocional reveladores de una gran rebeldía contra aquel por cuyo intermedio esas revelaciones se manifestaban.

Sabiendo que no se trataba más que de una reacción incoherente resultante del estado alucinatorio, Lucinda dio orden para que su compañera de vigilia, la vieja Olívia, fuese en busca del Dr. Mauricio, el médico que ya hubiera visitado al enfermo, providenciándole el regreso a la casa de la hacienda para enterarse de los hechos y, así, quien sabe, poder evaluar mejor el cuadro general.

Al mismo tiempo, dio orden para que Olívia, una vez conseguido realizar el intento, aguardase la llegada del facultativo del lado de afuera del cuarto, ya que la hija no deseaba que tales revelaciones provenientes de la boca del general y de las cuales no conocía el tenor, pudiesen caer en el conocimiento de terceros, muchas veces sin preparación para tener acceso a todas ellas.

Hecho eso, volvió a la cabecera del enfermo para que aguardase la continuidad de la conversación.

- Listo, papá, estoy de vuelta - dijo ella.

- Usted no es mi hija, ya le dije – respondió la voz, a través de la boca del general.

- Pero como es eso, si usted está hablando conmigo, usando sus labios – le respondió Lucinda, buscando enterarse mejor de los hechos.

- Yo no se como explicar, solo sé que no soy otro más que Luciano Salviano de los Reis, el dueño de estas tierras.

- Pero mi padre compró estas tierras de una mujer que, por señal, le quedó muy agradecida por haber encontrado a alguien que las quisiese comprar, ya que ella pretendía irse de aquí para un lugar más poblado.

- Eso es una mentira descarada. Yo vi todo el negocio y se como ocurrió todo. Mi vieja Leontina estaba tranquila y en paz, a pesar de la nostalgia que nutria después de mi muerte. Por causa de eso, no la dejaba solita y andaba junto de ella por las habitaciones de esta casa, quedándome aquí en la propiedad que era mía y que, después de haber muerto, pasó a ser cuidada por mi mujer. Pero este hombre miserable no tiene limites para su envidia.

Viendo tanta tierra cuidada por una viuda, creó un plan para fomentar el miedo en ella y acabar comprando la propiedad por bagatela. Para eso, contrató gente ruin para hacer ruidos durante la noche, sobornó a los empleados para que estos nada hiciesen en la protección de la antigua patrona y ésta, sin mi presencia física constante para defenderla, no tuvo fuerzas para mantener las tierras, y las vendió por poca cosa.

Hoy, mi Leontina está prácticamente en el abandono porque el dinero se le fue acabando, víctima también de parientes interesados y está extenuándose como planta sin agua.

Pero yo, por un misterio que aun no conseguí entender, no fui ni para el cielo que, al final, no merecía por no haber sido buena cosa, ni fui para el infierno, ya que me quede esperando a que el demonio me viniera a buscar y, hasta ahora él no llegó aquí. Tal vez ni sabía que en este fin de mundo existen personas para él buscar.

Lucinda escuchaba espantada.

Aquello no podía ser alucinación febril. ¿Será que era locura del padre?

¿Por qué él inventaría una historia tan ridícula, dando nombres, detalles sórdidos?

Justo él que era un hombre honesto y correcto... – pensaba ella en la evaluación de hija que solo conocía al padre puertas adentro del propio hogar.

- Como yo decía, continué vivo para defender lo que es mío. Y este hombre robó lo que me pertenecía, engañó a mi mujer, la expulsó de aquí, es el responsable por su casi muerte y va a pagarme por todo eso.

- Pero papá, ... quiero decir, Sr. Luciano, ¿Por qué usted no va ahora a vivir su vida y deja a las personas en paz? Mi padre tiene compromisos, es hombre de responsabilidades y no puede estar de este modo. Usted va a encontrar algún lugar allí donde será feliz. Al final, muerto no es dueño ni de tierra, ni de buey, ni de esclavo, ni de nada. Como usted mismo dice, ya murió. ¿Por qué no da sosiego a los vivos hasta que el demonio llegue?.

- Yo no morí, porque aun siento el odio en mi sangre, aun tengo fuerzas para apretar la garganta de este malvado general y hacer que él sienta mi ira. En la peor de las hipótesis, él va a esperar el demonio junto conmigo aquí donde estoy. Y no se meta en mi camino porque contra usted yo no tengo nada, ¡todavía!. Pero si me provoca va a ajustarse conmigo también.

- Mire, Sr. Luciano, yo no entiendo mucho de esas cosas

que usted esta hablando, pero puede tener certeza de que no quiero su mal y, si todo fuera verdad, voy a procurar hacer que las cosas se acomoden – respondía Lucinda, entre la curiosidad y el pánico.

Era joven generosa y, no soportando cualquier abuso, siempre tomaba la defensa de los más débiles, cuando podía hacerlo.

Los ojos vidriosos del padre, abiertos durante el diálogo como si el interlocutor quisiese dar testimonio de su existencia mirando en los ojos de la joven con quien hablaba, ahora se desanublaron y retomaron cierto brillo, aunque enrojecidos y envueltos por vasta ojera que le denunciaba el estado de abatimiento de las fuerzas físicas.

Parecía que el estado de delirio se había diluido, como por encanto.

Retomando el tono de voz natural, el general dijo a la hija:

- Lucinda, no sé lo que esta ocurriendo, pues parezco delirar. Duermo un sueño, pero que parece no hacerme descansar, pues quedo en lucha constante con fantasmas que quieren asfixiarme. Necesito del padre Geraldo para persignarme y hacer sus rezos, bendiciendo esta casa y protegiendo nuestra propiedad.

- Papá, calma, ahora que usted volvió y esta más lucido. Mandé a llamar al Dr. Mauricio para que él pueda darle otros medicamentos para disminuir esa sensación de persecución que usted está sintiendo.

- Pero hija, esto no es cosa para remedio, es cosa para padre. Yo estoy viendo personas que ya murieron y que debían haber tomado su rumbo. Y son personas peligrosas, que no se intimidan ni siquiera cuando digo que voy a llamar al batallón para prenderlos. Ellos dan carcajadas y vuelven a apretarme el cuello.

- Yo sé, padre. Mas vamos a esperar al médico para ver lo que él aconseja. Después nosotros llamaremos al padre Geraldo, porque rezar es siempre muy bueno para todo el mundo, pidiendo a Dios que nos ampare, que pueda restituirle la salud y proteger a todos los que sufren, inclusive esas almas en penas a quien usted se refiere. Procure dormir un poquito que yo estaré a su lado.

- No consigo dormir, hija, pues tan pronto me veo reposando el cuerpo, esas apariciones se presentan y yo, que ya vi muchas cosas feas por ese mundo allá afuera, puedo decir que no consigo controlar el miedo dentro de mí.

- Tome esta taza de té, papá, ella lo ayudara a calmarse y va a reponer un poco del agua que se perdió a través del sudor en los momentos de crisis – hablo Lucinda, extendiendo el recipiente con una bebida casera que calmaba los nervios,

según la tradición de la farmacéutica del “fundo de quintal” de aquellos tiempos.

El general se veía víctima de la propia siembra que, ahora regresaba en forma de espinas penetrantes que le herían la carne.

Inconforme con el destino de la esposa, el antiguo propietario de la hacienda le juraba venganza personal una vez que conocía todo y sabía donde se encontraban las debilidades de aquel hombre que parecía inalcanzable.

Manteniéndose pegado a la mente del referido personaje, el espíritu de Luciano aguardaba las oportunidades adecuadas para hacerse sentir más de cerca, produciendo los fenómenos que su rebeldía podría generar en la estructura física y espiritual de aquel que se sintonizaba en el mismo patrón de maldad.

Si, porque la maldad representa descarga de fuerzas negativas que es expulsada en la dirección en que la voluntad señala y, al alcanzar el claro pretendido, se instala sobre la victima si no estuviera ella en otro patrón de pensamientos o vibración.

Sintiéndose alcanzada por el dardo envenenado y, en vista de no hallarse con los sentimientos elevados y con la

vivencia de los postulados nobles transformados en actitudes protectoras, la víctima se ve enredada en las telas del mal y, si reacciona en el mismo patrón de ignorancia – como acostumbra acontecer en muchos casos – lo asimila y, abandonando la condición de perjudicado, pasa a la condición de reproductor de la maldad sufriendole las consecuencias igualmente.

Así, actuando de forma mezquina y utilizándose de caminos ilícitos para alcanzar sus objetivos, aun sin el conocimiento de los otros, el general sacó de sí mismo la carga de maldad intentando obtener aquello que no le pertenecía y que alcanzó, en el plano físico, la estructura delicada de la viuda Leontina la cual, sin otra opción, aceptó “venderle” las tierras, no sin antes sentir el miedo y el dolor de verse aligerada de su último refugio, aun más en la condición de mujer sin marido.

No obstante, el mal se esparce para todos los lados y encontró, del lado espiritual de la vida, a aquel que se hallaba apegado a los bienes que dejara en la tierra, y que no aceptaba ningún tipo de amenaza a su propiedad.

Luciano-espíritu fuera un hombre igualmente sin escrúpulos para conseguir lo que deseaba, cuando estaba entre los encarnados.

Sabia dar ordenes de persecución a los que no le aceptasen las ambiciones y no le cumpliesen los deseos.

Preso a sus verdaderos bienes y viendo a su mujer despojada de ellos, mucho más por amor al patrimonio que por la esposa, Luciano asimiló la maldad de Alcántara y pasó, de la condición de víctima del mal que sembrara igualmente tantas veces, al agente de la ignorancia, pretendiendo defender aquello que ya no le pertenecía más, con la fuerza interior que juzgaba tener.

A su vez, el general causante de todas estas cosas, por no poseer ninguna protección verdadera que le pudiese servir de escudo a ser utilizado por los amigos espirituales en el proceso de auxilio, se vio a merced de los que le recibieron la carga negativa de vibraciones en desequilibrio, recibiendo lo que se podría llamar como “golpe de retorno”.

En la mayoría de los casos, las criaturas que se hayan en razonable estado orgánico, absorben esas reacciones sin que se vean físicamente alcanzadas de inmediato.

Inicialmente, es el malestar físico que se instala, un dolor de cabeza sin causa aparente y que una medicación simple resuelve, o entonces, el estado de sueño incontrolable que se apodera del individuo llevándolo a un necesario reposo físico, del cual despierta sin sentirse descansado.

Mas, en vista de la ausencia de protección mental y de comportamientos elevados que le puedan servir de amparo, esa vibración de bajo tenor es asimilada, se instala y pasa a ser la constante compañera del individuo invigilante, hasta el

momento en que un desequilibrio emocional más intenso, o un abatimiento orgánico permiten que ella se instale plenamente en el cuerpo físico y produzca todos los perjuicios que su naturaleza negativa permite.

Por eso, estando el general constantemente pensando de que forma perjudicar a alguien, según sus intereses mezquinos, recibió la maldad en respuesta por las vibraciones dolorosas de Leontina y, principalmente, por los pensamientos de odio partidos de Luciano, que se instaló en el antiguo hogar usurpado, usurpando a su vez las fuerzas de aquel militar que se sintonizaba con el mismo patrón.

No se debe olvidar, también, que Luciano no era el único adversario del despótico enfermo, que era prodigo en ofender subordinados y castigar a todos los que no le obedecían sus caprichos.

De allí haber encontrado el espíritu plenas condiciones de instalarse junto del invigilante hombre de las armas, aprovechándole las tendencias negativas del carácter para, usándolas, alcanzar su objetivo que era el de vengarse de la agresión desplegada por el enfermo.

Luciano, pues, era la enfermedad de Alcántara, el cual asimilaba sus emanaciones como una esponja asimila el agua que la envuelve.

En este contexto, la ausencia de elevación por la oración

permitió que todas las vibraciones compartidas se transformasen en sufrimiento recíproco.

Sin embargo, si uno de los agentes hubiese abierto el corazón al arrepentimiento y abandonado los propósitos de seguir en el camino del mal, el destino de ambos habría cambiado.

Si hubiesen permitido que Jesús rociase sus corazones y pensamientos con las bienaventuranzas, el bien avasallaría el mal y el sufrimiento no precisaría ser el salario amargo a ser pagado por los verdugos recíprocamente.

Larga caminata de brezos y dificultades aun los aguardaba, en el proceso pedagógico instaurado en el Universo que usa de los hijos para educar los propios hijos, del mal para combatir la maldad, de la misma forma que, del veneno de la víbora, se extrae el antídoto para su propia mordida.

4

La oficina mental.

Sobre su montura, el capitán Macedo intentaba conciliar el galope del animal al traqueteo constante de sus ideas.

Estaba él en la condición del hombre que buscara recibir las orientaciones para la conducta delante de muchas

circunstancias complejas y que se viera privado de las bases que anhelaba.

Pero los problemas continuaban en todos los sentidos y era urgente adoptar alguna postura para que no se perdiesen las riendas.

Inicialmente, existía la amenaza de conflicto en la región, fomentada por personas que no admitían más despotismo como forma de autoridad.

De tiempo en tiempo la región era sacudida por el alboroto de la población que, sin recursos y sin ayuda, no poseía otra manera de manifestarse sino a través de la agresividad largamente asimilada.

En aquella época, las criaturas no eran bendecidas por una división social más justa y equilibrada, de tal forma que algunos ejercían cargos por descender de familias acaudaladas, manteniendo o aumentando la propia riqueza. Otros enveredaban por la vía clerical buscando cierta autonomía y, si es cierto que muchos pretendían seguir un llamado íntimo, cierto es también que muchos se hallaban vistiendo sotana más por conveniencias personales o sociales que por ideas ennoblecedoras.

Al final, restaban la condición de esclavo y la de pueblo, la gran mayoría, casi sin trabajo, viviendo de la artesanía, sin vida cultural o conocimiento, recibiendo deficiente educación y

sin perspectivas futuras.

Teniendo que soportar tales desafíos, los que vestían los uniformes militares se encontraban obligados a ser los mantenedores de una estructura injusta que, constantemente, favorecía a los más importantes en detrimento de los más débiles.

Los integrantes del cuartel no contaban con el respeto de los representantes de la casta social más acomodada, una vez que eran tenidos como los cumplidores de ordenes y separadores de peleas.

De la misma forma, eran detestados por las personas del pueblo a quien constantemente tenían que castigar e intimidar.

Solamente algunos pocos militares graduados encontraban cierto prestigio, derivado más por el temor de los males que podrían causar que por el respeto que se hiciesen merecedores. Esa desconsideración general llevara a que cada uno de ellos, como persona, se valiese de la oportunidad para ejercer con más rigor y violencia su encargo, forma natural de dar rienda suelta a sus represiones y al deseo inconsciente de ser reconocido como parte integrante del contexto social.

Por la ausencia de vínculos positivos con la colectividad, se dejaban llevar por las tendencias negativas de que eran portadores y por otras que les iban siendo inculcadas a lo largo de la vida de frustraciones constantes, en convivencia

con tal situación.

De tiempo en tiempo surgían escaramuzas a veces sin importancia, otras veces más graves, todas ellas reprimidas por la fuerza, no sin antes dejar un rastro de violencia y de sangre.

Y en esa estructura se hallaban insertados el general Alcántara, responsable por la guarnición y por toda la región bajo su comando, así como también el capitán Macedo que le era fiel subalterno y, al mismo tiempo, cómplice.

Se diseñaba en el horizonte, entretanto, los contornos de una crisis más seria.

Tan seria que el general recibiera instrucciones urgentes a través de los despachos directos que el propio Macedo hubiera encaminado y a los cuales ni él mismo tuviera acceso.

Lo que él sabía es que un grupo bien entrenado de hombres se preparaba para iniciar pruebas a las tropas del general, como forma de oposición a su manera despótica de conducir la colectividad bajo su dirección, además de valerse de ese descontentamiento para inculcar la idea del fin de la esclavitud, lo que hacía que los incontables integrantes de la población y de los cautivos descontentos manifestasen su velado apoyo a tal movimiento.

Denuncias anónimas o también relatos de personas infiltradas en las áreas más densamente pobladas, hablaban de

ese movimiento, alertando a las autoridades militares del peligro y de la simpatía del pueblo por la causa.

Macedo sabía de la emergencia en que se hallaba y, dentro de su espíritu inmaduro y sin elevación, pensaba:

- Es preciso interferir pronto en los hombres de ese pueblo ignorante, pisotearlos con la pata del caballo, fomentar miedo para que no se animen a ayudar a los revoltosos. El general Alcántara no podía estar en cama justo hoy. Él es quien debería ordenar esa actitud...

Como se puede sentir, Macedo era el hombre que aprendiera a vivir en la sombra de otro, con un servilismo que no se encontraba ni siquiera en la senzala de la peor de todas las haciendas de la región.

Era esclavo sin cadenas y cautivo por opción, ya que tenía intereses materiales que lo dominaban y deseaba alcanzar prosperidad a cualquier precio, rápidamente. No desarrollara raciocinio propio e independiente, ni el espíritu de liderazgo, pues paralizara en sí toda y cualquier iniciativa que pudiese demostrar a su superior, alguna tendencia a sustituirlo en el comando de los soldados.

Hacia cuestión de palidecer su importancia como oficial para que no fuese considerado competidor del general a quien se uniera como sanguijuela despersonalizada.

* * *

- Pero si el general no mejora a tiempo, seré yo quien va a tener que hacer alguna cosa – continuaba su pensamiento. ¿Yo? Mas yo no puedo hacer nada, pues eso puede desagradar al general. ¿Y si yo errara en la orden que deba ser dada a los soldados?

El galope del caballo enredaba su pensamiento que, en un torbellino, iba siendo enmarañado en él mismo.

- Si fuera yo mismo que tuviera que tomar alguna actitud, ya sé que no puedo ser muy indolente, ni dejar transparecer cualquier debilidad para que no me coloquen como soldado sin brío. Voy a mandar a afilar las bayonetas porque va a ser a filo de espada que voy a poner orden en ese desorden, mientras el general no se recupera.

- ¿Pero hasta cuando espero? – nueva duda surgía en el cerebro audaz – uno, dos, cinco días... ¿quien sabe?.

El camino seguía empolvado y, luego a continuación, la figura de Lucinda llegaba a su panorama íntimo.

- ¡Que mujer linda!!!.... – imaginaba Macedo, reviviendo la conversación rápida a la puerta del cuarto del enfermo.

- Ella tiene que ser mía, a cualquier costo, pues por

estos lados no voy a encontrar otra como ella. En verdad, ni fuera de aquí encontrare joven tan bien tallada para ser madre de mis hijos. Ya conocí muchas mujeres, mas ninguna para ser esposa de un capitán y madre de mis hijos.

Pensaba así y se [emproava sobre la cela, estufando el pecho](#), arreglando el uniforme todo amarrotado, enderezándose sobre la montura como hombre vanidoso delante del espejo, buscando vivir el sueño de ser amado por la mujer de su predilección.

Era él un hombre de su tiempo, acostumbrado a las aventuras sexuales sin responsabilidad y tan solamente para la satisfacción de exigencias corporales, interpretadas como despóticas dictadoras del comportamiento desarreglado.

De ese modo, Macedo se comportaba por el patrón bajo de la mayoría de los hombres de todos los tiempos que, pretendiendo ser señor y mandar en todo, no consigue dejar de ser esclavo de las propias debilidades, regocijándose con ellas.

Lucinda era la presa aun no aprehendida en su red y que, por la indiferencia con que lo trataba, más se imponía a su sentimiento como un desafío a ser enfrentado, un adversario a ser conquistado, una revolución a ser vencida.

Debería actuar con cautela, en vista de no pretender perder la confianza del ilustre general a quien se dedicaba caninamente, utilizando su prestigio y la complicidad en que

ambos vivían para que el superior no se opusiese, mas, al contrario, se enorgulleciese con la posibilidad de tenerlo como yerno.

- ¿Y si Lucinda no me quisiera? – volvía su pensamiento a indagarle – Ora, ¿y acaso una niña como ella tiene que querer? Basta que el padre mande, que ella, acostumbrada a la vida del cuartel, tendrá que decir “Amen”.

- **Puxa** vida, y por decir “amen” yo hasta que me estaba olvidando del gran aliado con que, estoy seguro, podré contar: El padre Geraldo. En la hora cierta que él no va hacerse de rogar en sugerir al general, aunque de manera sutil, que me conceda la mano de su hija, al final, soy yo quien “**quebra os galhos**” del padre para conseguir que él haga las obras en la parroquia. Además de todo, el padre adora ser el confesor de mis pecados porque, al absolverme y mandarme a rezar allá unas tantas Ave Marías por las almas que perjudiqué, acaba mordiendo una parte de mis riquezas, con la disculpa de que solo así, dando para la iglesia una parte de lo que conseguí de los otros es que Dios va ver mi arrepentimiento. Yo tengo certeza de que el padre me va ayudar...

Pero el pensamiento sin tregua le respondía:

- Macedo, ¿Y si ella tuviera otro?

- ¿Será?... No puede ser. Ella parece **bigato** de fruta, no sale de dentro de aquel caserón. ¿Quién va querer saber de ella?

Mas si ella tuviere algún interesado, yo conozco muchos sicarios por ahí que pueden provocar una luxación sin levantar sospechas. Al final, el cementerio tiene un montón de cruces que no tienen nombre y la ciudad tiene un montón de extraviados que desaparecieron en una de las curvas de la estrada sin dejar ninguna carta, ningún rastro...

Allá iba el capitán llevando consigo su patrón de pensamientos, naturalmente bien escoltados por algunos compañeros espirituales que, sutilmente, se valían de su invigilancia para conversar con él, arrojándole en la acústica mental toda serie de dudas y dirigiéndole los pasos para el desfiladero en el cual pretendían lanzar a todos los que se juntaban al general en la ejecución de sus planes.

- Y por hablar de sicario, recordé que preciso hablar con Tiao sobre aquel último servicio allá en la tierra de Toño que el general me pidió que concluyera. Yo preciso estar listo porque a estas alturas, Tiao debe estar cerca del riachuelo, en su escondite.

Esta vez Tiao no puede [bobear na brincadeira](#), porque el hombre – hablando del general – está hecho una fiera con él. El general ya me dijo que si Tiao no hace que Toño de la Concepción pague las diez vacas que cobró para continuar dando protección, quien va terminar siendo preso es el sicario.

Infeliz Toño, que ya perdió más de la mitad del rebaño, ora por la sequía, ora por el general. De ese modo aún va acabar

perdiendo hasta la tierra... espero que para el general... – pensó consigo, dando una risita sarcástica.

Interesantes los meandros del pensamiento invigilante que hicieron al **hombre-deber**, coresponsable por el orden en una comunidad, preocupado con los rebeldes que prometían atentar contra el poder organizado pasar a la condición de **hombre-deseo**, procurando realizar las conquistas amorosas que su capricho inescrupuloso le aconsejaba para, acto continuo, ceder a la condición de **hombre-delincuente**, realizando confabulaciones tenebrosas para obtener ventajas indebidas, en la sombra de los escondites de los malhechores de quien se servía para cumplir las voluntades tanto propias como de su comandante.

Allí se hallaba un ser lleno de contradicciones y, sin cualquier vigilancia o dominio de sí mismo, víctima de sus propias creaciones mentales y de la mala compañía espiritual que su patrón de pensamientos atraía.

En todo lo que hacía, sentía o pensaba, su sentimiento se mezclaba a su inferioridad, instigada por la compañía espiritual afín que lo acompañaba y que le consagraba una fidelidad tan ardiente como la de él hacia el general Alcántara.

Si pensaba en el orden público, pronto le venían las ideas de opresión, recordándose de cohibir el pueblo a la fuerza

de pata de caballo y filo de espada.

Si pensaba en el amor de Lucinda, pronto le venía la necesidad de imponerse a ella, aun contra su voluntad, valiéndose de ardid, mentiras, artificios que no respetaban la voluntad de la escogida.

Si pensaba en el general, su superior, pronto le afloraban en la mente las ordenes inicuas las cuales cumpliría sin ningún pudor, procurando dar muestras de obediencia ciega, costase lo que costase.

Su mente más se asemejaba a un compartimiento o taller lleno de desechos que se prestaba a cualquier cosa, dependiendo del momento, pero sin ninguna cualidad de limpieza, de orden y de respeto a principios.

Si la casa mental se convertía en prisión, no era solo para enseñar la disciplina a los carentes de respeto, mas si para tornarse calabozo de torturas y flagelaciones.

Si la mente funcionaba como altar, no representaba el lugar santificado del ejercicio del sentimiento, mas si el patíbulo en el cual la criatura se colocaba forzosamente, como quien aguardaba la señal del verdugo para que la ejecución se consumase.

Si la mente pensaba en las ordenes superiores, no se ponía a darles cumplimiento dentro de los patrones de

corrección y sabiduría que deberían expresar. Apenas las ejecutaba, aliándose a los desatinos del cual eran portadoras para beneficiarse de ellos, como el verdugo que después de la ejecución despojase a la víctima, retirándole los bienes valiosos del cuerpo inerte.

De ese modo, su pensamiento era dirigido por los amigos espirituales de idéntico patrón vibratorio con los cuales se afinizaba, que le imponían una miopía al respecto de la realidad, distorsionando los hechos, los sentimientos ajenos y sus propias posibilidades personales, creyéndose un óptimo soldado, un óptimo partido y un óptimo cómplice.

Ningún sentido de orden elevado le limitaba las ideas, única forma de encontrar protección y paz para las adversidades de la vida.

No le asistía ningún pensamiento de religiosidad, aunque juzgase ser un hombre religioso por comparecer a los cultos que el formalismo de todos los tiempos imponía e impone a las personas como ejercicio de su fe.

Oía sermones provenientes de los labios de un sacerdote conocido por su interés en las ventajas materiales que él mismo conseguía de forma sabiamente ilícita.

Sin ningún otro recurso que le sirviera de ejemplo de nobleza, acreditaba estar haciendo lo que era seguro, a pesar de que la conciencia, muchas veces, le hacía perder el sueño

delante de las acusaciones veladas de las lágrimas de las víctimas enfrentadas por su frialdad.

Muchas veces, se veía en sueños, en la misma cárcel donde torturara uno que otro pobre desgraciado para darle una lección, viendo el sufrimiento del preso y sintiendo la injusticia del castigo aplicado por el verdugo que se le aparecía encapuzado, de látigo en puño.

En esas ocasiones, intentaba impedir que el brazo pesado del agresor pudiese alcanzar, cobardemente, la piel desnuda de la víctima debilitada y amarrada, colocándose entre el verdugo y el agredido, ordenando que parase.

Mas nada ocurría y el enmascarado violento continuaba dando latigazos sin dolor.

Macedo se angustiaba delante de aquel cuadro, sintiéndose impotente para impedir la flagelación.

Era una pesadilla que le causaba mucho malestar.

Mas esa incomodidad era pequeña cerca del frío en el alma que sentía cuando, al ver al agresor retirar la cobertura de la cabeza, Macedo constataba para su espanto y confusión, que aquel hombre truculento y rudo que manejaba el látigo en el castigo injusto y violento, era el mismo.

Despertaba bañado en sudor frío, y jadeante, procuraba

una ponchera de agua para beber y para refrescarse un poco, atenuando la mala impresión.

En esas ocasiones procuraba consejo con el sacerdote, a quien relataba lo ocurrido durante la noche, esperando recibir una explicación y consejos justos, pero de él recibía la absolución, siempre que hiciese cierto número de rezos y contribuyese con la obra de Dios, que le relevaría las faltas y dejaría volver la tranquilidad.

Así, Macedo acreditaba que su vida se hallaba bien ordenada, cumpliendo su deber con la milicia, con el mundo y con Dios, no debiendo nada a ninguno, lo que le permitía continuar viviendo del mismo modo, sin ningún cambio significativo en sus métodos nocivos de vivir en comunidad.

No obstante, delante de la verdad del Universo, él iría a constatar que la emancipación de su espíritu solo podría ser obtenida delante el tribunal de la conciencia recta e inmaculada, dentro de sí mismo.

Con los pensamientos en ese galope desenfrenado, Macedo llegó a su destino, no sin antes haberse desviado parcialmente de su ruta y acercado al sicario para darle las últimas ordenes de aquel general que, según era del conocimiento de la mayoría, no dejaba en el olvido una falla en el cumplimiento de sus determinaciones.

El pueblo denominado “Barrera de Piedra” veía llegar el anochecer y, con él, el empolvado militar que regresaba al destacamento, buscando el agua fría de un baño que le pudiese enfriar el calor del cuerpo y de los pensamientos.

5

El inicio del tratamiento.

Habiendo sido conducido por Olívia a la antesala, el Dr. Mauricio aguardaba la continuidad de los acontecimientos, ya que la vieja negra fuera a avisar a la señorita de su llegada.

Portador de ciertas percepciones más agudizadas, mientras aguardaba verse con el enfermo, pensaba en Dios, rogándole las inspiraciones necesarias al buen y fiel cumplimiento de su ministerio.

Con certeza, era por su talento y por el amparo superior que el Dr. Mauricio conseguiría mucha fama en aquellos rincones, ya que sus enfermitos acostumbraban sentirse muy bien con los tratamientos por él recomendados.

En ese instante de elevación, comenzó a vislumbrar una sombra conocida, una entidad que ya había desencarnado y que se hallaba allí, en pésimas condiciones vibratorias, ya que emanaba de sí una atmósfera que se asemejaba a una espesa capa de lama degradada.

Traía él la vestimenta empapada de un fluido viscoso que sería una combinación de lodo y trapos rotos en la cual se podía percibir que había sido una vestidura noble, por los contornos del puño, del pescuezo, por el resquicio del pañuelo fino que prendía del cuello de la camisa, a la manera de corbata.

Al toparse con tal visión, el médico tuvo un ímpetu de retroceder asustado, una vez que no se hallaba muy acostumbrado a ese tipo de presencia o a experiencias de ese porte.

No obstante, por la nobleza de su carácter y corrección de sus actitudes, a su lado también se hallaba un espíritu amigo que le seguía los pasos constantemente, fortaleciéndolo para que continuase cumpliendo con sus deberes, de la forma como siempre rogaba.

Al presenciar el impacto de tal visión en el espíritu del joven facultativo, se acercó a él susurrándole a los oídos:

- ¡No tema, Ud. no está solito!

Mauricio captó aquellas palabras como si fuese un eco de sus propios pensamientos pero, al mismo tiempo, sintió una fuerza intensa que le vitalizó la región del estómago, calmándole las reacciones adversas de la visión tan repugnante.

Sobre la región del plexo solar, la entidad venerable que

lo asistía imponía sus manos espirituales, compensando y neutralizando las impresiones adversas de aquel momento, para que Mauricio pudiese proseguir en la tarea.

- Usted pidió inspiración y ayuda para que pudiese ayudar. Dios no es sordo y permitió que usted percibiese lo que ocurre en este hogar, lo que en breve quedará constatado con tus ojos y oídos físicos – le habló en la acústica mental la entidad amiga que lo amparaba.

Mientras pensaba con sus **botoes**, captando las advertencias de esa entidad generosa que lo protegía, no percibió la llegada de Olívia.

- Señorito Doto, siña Lucinda tá esperando a vuestra merced allá en el cuarto del Señor general – le dijo Olívia, en su modo propio de expresarse.

Tomado de sorpresa por nuevo susto, este de proporción mucho menor, el médico se recompuso, con el fin de no parecer impresionado y se dirigió para los aposentos referidos.

Cuando llegó, fue recibido por Lucinda en una esquina del gran cuarto para que pudiesen conversar sin perturbar el descanso de Alcántara que, a costa de té caseros y después de haber dado salida a las revelaciones de Luciano, consiguiera adormecer de forma menos agitada.

- Dr. Mauricio, mandé a llamarlo para que usted pudiese

saber lo que esta aconteciendo – dijo la joven hija–enfermera.

- Pues hable, señorita Lucinda.

- Después que usted salió, doctor, mi padre tuvo sucesivas crisis febriles, durante las cuales hablaba cosas, sin conexión y sin cualquier posibilidad de entendimiento. En verdad, eran sonidos guturales, gemidos, pequeños gruñidos, tomados como de reacciones del cuerpo al estado febril.

- Si, señorita Lucinda, la fiebre produce este tipo de alteraciones, mayormente si se trata de fiebre más elevada. Ya le enseñé como combatir esa alteración de temperatura, haciéndola bajar hasta con un baño frío, si no hubiese otro recurso – respondió el doctor.

- Es verdad, doctor Mauricio. Pero lo que ocurre es que, en las dos últimas crisis, mi padre no era mi padre.

Mauricio miraba a aquella joven con un cierto aire de preocupación, pues le veía el cansancio y la tensión estampadas en el rostro.

Delante de ese mirar mudo y de la expresión del médico, Lucinda continuó:

- No, doctor, yo aun no me contagie de la enfermedad de mi padre, no. Yo sé que puedo estar cansada, pero lo que voy a decirle fue lo que paso aquí dentro, en la conversación

que tuve con alguien que dice ser de otro mundo. Era un tal Luciano Salviano...

- De los Reyes - completó el médico.

- Eso, doctor, dijo la moza asustada. ¿Cómo es que usted lo sabe?

- Después yo le cuento, Lucinda. Continúe relatando lo ocurrido.

- Entonces, doctor Mauricio. Ese tal allí que usted parece que conoce, se puso a hablar por la boca de papá, diciendo que ésta casa era de él, que después que él murió mi padre despojó a la viuda, usando de artimañas para aterrorizarla, hasta comprar la hacienda por precio bajo. Que Doña Leontina, la viuda, hoy pasa por dificultades y ésta casi en la miseria y que él va vengarse de mi padrecito.

- ¿Qué más dijo él? – preguntó Mauricio.

- ¡Ah! Él dijo también que no tenía nada contra mí, mas que yo no me coloque en el camino de él, porque sino él iría a atacarme también. Y no adelantó nada que yo le hablara para que se fuera, ya que ese negocio de fantasma es para ser vivido en el otro mundo y no aquí. Pero no adelantó nada.

Continuaba el médico observando la revelación de Lucinda, ahora no dudando más de sus relatos, ya que él mismo

viera el espíritu de Luciano en la antesala.

- Allí, doctor, sin entender mucho de lo que estaba ocurriendo, mi padre reapareció en él mismo y comenzó a decir que era perseguido, que intentaba defenderse pero no adelantaba nada, que él quería ver al padre Geraldo para que hiciese algún rezo aquí dentro para apartar fantasmas, etc. Pero como usted sabe de la enfermedad de papá, antes de atender a sus pedidos de rezos, preferí llamarlo a usted para oír su opinión como médico.

Oyendo su relato sincero y espontáneo, Mauricio comenzaba a entender algo de todo el problema del general.

- Sabe, Lucinda, estas cosas son realmente extrañas y, para que yo pueda evaluar mejor y sacar conclusiones más firmes, precisaría estar presente para oír una de esas crisis de su padre con el fin de darle la medicación adecuada.

Mal terminara de hablar eso, oyeron ambos una voz estentórica y diferente gritar:

- No tiene remedio que salve a este maldito, no... – vociferaba Luciano, nuevamente, valiéndose del militar enfermo para responder personalmente al médico que allí estaba.

Se acercaron los dos palestrantes para oír mejor y conversar, si fuese posible.

- No adelanta dar remedio no, porque el único remedio para él es recibir el sufrimiento que hizo pasar a mucha gente. No piense usted que solo porque esta aquí con sus ideas **fajutas**, yo voy a apartar un pie, porque es más fácil que el doctor muera de alguna enfermedad que conseguir curar esta peste de hombre.

- Sr. Luciano no haga eso – dijo, con calma, el médico – pues usted también está enfermo.

- Si, doctorcito, yo estoy enfermo de odio y esa enfermedad no tiene cura. Por eso, puede irse con su maletita, porque su trabajo aquí no va rendir no.

- Pero es preciso olvidar Sr. Luciano, porque nadie es perfecto y nadie puede juzgar a los otros.

- Yo puedo juntarme a quien es igual a mí porque este traste prepotente no puede esperar otra sino la carroza que lleva a las personas para el infierno.

- ¿Que infierno, Sr. Luciano?. Eso no existe.

- ¿Y ahora usted es padre también, doctorcito de media **pataca**?. El padre Geraldo no sale por ahí haciendo consulta para enfermos porque él no se formó en medicina. ¿Y usted se formó en alguna iglesia para estar hablando de lo que solo la iglesia conoce?

- No precisamos de nada mas allá de la observación para saber que no puede existir el diablo, ni el infierno como usted esta hablando.

Lucinda oía el diálogo algo impresionada por los conceptos nuevos y por la forma diferente con que el medico trataba del caso.

- Vea, Señor Luciano. Todo en la vida tiene una función que procura construir y completar a las otras funciones ejercidas por las otras criaturas. Usted como hacendado que fue...

- Que soy – le respondió el espíritu.

- Esta bien, Luciano, como hacendero que es, sabe muy bien de la importancia de los residuos del corral para mejorar la germinación, el crecimiento y la producción de las simientes. Tanto es verdad que, para ganar más dinero, usted mandaba un capataz junto de algunos de sus esclavos a recorrer las haciendas próximas, pidiendo las sobras y ofreciéndose hasta para limpiar los establos, informando que se trataba de castigo impuesto por el señor, mientras tanto también hacia una política de buena vecindad. En verdad, todo era mentira. Usted estaba buscando apenas agarrar el estiércol para colocar en sus plantaciones, ¿No es así?

- Este pueblucho chismoso. Esas lenguas no respetan ni

la memoria de un muerto y ya salen a hablar de su vida por ahí, como si él fuese paño de remiendo que pudiese rellenar a falta de asuntos de personas irreflexivas.

- Pero entonces, Sr. Luciano, ¿no era de esperarse que el estiércol desconsiderado por todos, nada tuviera de bueno para ofrecer? Y usted sabía que, gracias a él, todo iría a producir más, mejor y más rápido, ¿cierto? Del mismo modo, la sabiduría de Dios también estableció virtudes para todas las cosas, aun para aquellas que, a nosotros, parecen no tener nada de bueno para ofrecer.

- Médico es médico, padre es padre – gritó Luciano, impaciente y reiterando su estado de rebeldía.

- Es claro que si – dijo el médico, envuelto desde hace algún tiempo por el pensamiento claro y objetivo de aquel espíritu amigo que lo protegía de cerca. – vea usted, entretanto, que el padre no deja de ser médico del alma, invadiendo, por deber de oficio, la seara para la cual no se graduó como forma de ayudar a la oveja, llegando al punto de recetar éste o aquel tipo de tónico para que el enfermo pueda encontrar alguna mejoría para el estomago afligido o para la falta de voluntad de comer. Igualmente, el médico también, para poder medicar el estómago enfermo, muchas veces precisa entender el corazón amargado que, herido por el amor perdido, cae en el desanimo, en el desespero y en la falta de apetito, de forma que tiene que darle esperanza, confianza y paz como remedios más rápidos y potentes, antes de recetar remedios de farmacia. Luego, no

estamos nosotros todos impedidos de hacer el bien o de hablar de Dios apenas por no haber ido a los bancos eclesiásticos.

- Pero para mi odio, no tiene remedio de ningún tipo, porque yo no quiero sanar hasta que este maldito sufra y pague todo lo que me debe.

- Y mientras tanto - respondió el médico – ¿Usted continúa enfermo, doliente, sufriendo?

- Yo estoy muy bien y no estoy precisando de médico alguno, mucho menos de usted y de esa [pamonha no tacho quente](#) ahí a su lado.

Lucinda solo sabía llorar, en una mezcla de confusión y miedo y rezar a Dios y a su madrecita pidiendo ayuda.

- Mas como médico, - continuó Mauricio – que lo conocí a usted y algunas veces trate sus achaques, puedo diagnosticar su enfermedad hasta con mis propios ojos, sin precisar de ningún aparato.

- Bien que yo le hable para que no entrara aquí en este cuarto, cuando usted llegó – respondió Luciano.

- Así es, pude percibir la recepción “amistosa” que usted me dio ahí afuera. Y fue por causa de eso que yo reafirmo su enfermedad. Viendo su estado general, puedo afirmar que se trata de verdadera gangrena.

- ¿Qué es eso, doctorcito? ¿Se volvió loco? Vea bien que mi cuerpo ya fue comido, solo están los huesitos para los bichos escarbar los dientes, ¡Que gangrena ni que nada!

- Si, Luciano, gangrena del alma. Su espíritu esta presentándose en un estado de pudrición que exhala olor más fuerte y pestilente de lo que todos los excrementos que usted ya juntó para poner en su labrado. Sus ropas están podridas, desgarradas. Su piel descama, su cabello parece rabo de burro viejo y sin trato, lleno de nudos y todo enlodado.

- No es verdad, impostor. Yo soy el hacendado Luciano Salviano de los Reyes, dueño de esta hacienda y no uso sino las mejores ropas que mi condición me faculta. Y hay más. Ya estoy cansado de esta conversación de sacristía y me voy avisándole a todos ustedes: Prepárense, porque las cosas van a estar mucho peores. Puede darle todos los remedios que usted quiera, doctor. Yo soy la enfermedad de él, y a mi, los tecitos y formulitas no alcanzan.

Se apartó el espíritu de Luciano, dejando al general fatigado, como quien luchó mucho tiempo en vano y sin descanso contra una fuerza mucho mayor que la suya.

Empapado de sudor frío, Alcántara volvía en sí y reconocía a la hija a su lado.

- Lucinda, hija, ayúdeme, pues aquella cosa me agarra

por la garganta y yo siento que voy a morir.

- Calma, papá, el doctor Mauricio está aquí y va a cuidar muy bien de usted, ¿No es así, doctor? – dijo la hija, mirando con esperanza al médico.

- Claro, general, estamos más preparados ahora para entender lo que está aconteciendo y, tan pronto usted pueda descansar, estaré aquí para retomar el tratamiento que ya comenzó hoy.

- ¿Y usted cree que esos remedios van a hacer efecto pronto, doctor? Yo preciso volver para la guarnición, pues tengo serios problemas que solucionar.

- Después que usted descanse un poco, mañana bien de mañana, estaré aquí para explicar lo que pasa y para continuar el tratamiento. Ahora, duerma un poco.

Levantándose, instruyó a Lucinda para que cambiase de ropa de cama y la pijama del padre, providenciándole un baño tibio, ahí mismo en el cuarto, para que, relajando los nervios y músculos, pudiese sentirse más confortable y dormir un poco. Como sucediera antes, después de las crisis alucinatorias, ocurría una mejoría en el estado del general, que le permitía un descanso más prolongado, rehaciéndose más.

Providenciado eso, dejaron al general entregado a los cuidados de los sirvientes que lo ayudaban en la higiene

personal y salieron del cuarto para conversar sobre los hechos.

Lucinda estableció las líneas generales de sus preocupaciones deseosa de informarse sobre el nuevo tipo de enfermedad que ella nunca había visto o escuchado hablar, pero que, por la reacción del médico, ya era enfermedad conocida por él.

Al oírle esas preguntas sucesivas, El Dr. Mauricio le respondió:

- Para mí, Lucinda, no me parece ser algo muy grave, a pesar de que su padre presenta un cuadro de cansancio después de las crisis. No creo que usted deba quedar impresionada con las ocurrencias que presencié hace poco, además de que, todo lo que fue dicho allí dentro deberá quedar guardado en sigilo con nosotros, no debiendo ser comentado ni siquiera con su padre, que no tiene conocimiento del diálogo que tuvimos.

Cuando él se encuentre más fortalecido, nosotros iremos a tratar del asunto de forma más directa. Ahora, déjelo dormir y usted también precisa recogerse, ya que es tarde y no hay más que hacer.

- Si, doctor, usted tiene razón. Mas como ya está muy oscuro y la ciudad queda lejos, insisto para que repose con nosotros, en el cuarto de huéspedes que ya mandé a arreglar para que no le falte nada.

No pretendiendo aceptar tal convite al principio, acabo convencido de que, permaneciendo allí, podría estar cerca del enfermo para atenderlo en alguna nueva crisis, además del hecho de que, al día siguiente debería volver para dar continuidad a la atención.

- Ante el estado de las cosas, acepto de buen grado la invitación y aquí permaneceré hasta el amanecer, debiendo ser determinado a quien pernocte junto del Sr. Alcántara que me llame a la menor señal de inquietud de su padre, ¿de acuerdo?.

- Excelente, doctor, con usted cerca, estaré más confiada y descansada – dijo Lucinda, con una sonrisa de alivio.

Solo tengo una pregunta más, antes de recogerme.

- ¿Qué debo hacer con ese tal Luciano si él viniera en la noche a perturbarme el sueño? ¿Cómo es que yo me libro de esa alma en pena?

- Ora, Lucinda, usted tuvo una madre providente y generosa. ¿Qué le enseñó ella?.

- Ella apenas me enseñó a rezar. No habló nada de fantasmas – dijo.

- Pues es la misma cosa, señorita. La oración junto al lecho en la hora del descanso propiciara a su alma la protección necesaria, además de la compañía de otros amigos que sus ojos

no observan, para que el descanso nocturno sea tranquilo y repleto de buenos recuerdos. Basta que sea hecha con el corazón lleno de ternura y gratitud a Dios, pidiéndole la protección que Él la ayudará a percibir las buenas compañías espirituales que ya están próximas de su corazón, preparadas para amparar su reposo.

- ¿Más fantasmas, doctor? – preguntó ella asustada. – ¿De que sirve librarme de un alma en pena mandándome una porción más de ellas?.

- No, Lucinda, almas amigas que la protegen de todos los males producidos por estas llamadas almas en penas. ¿O usted considera que su madre se convirtió en un alma en pena?

- ¡Claro que no, doctor! ¿Pero cómo es que voy a saber que se trata del alma de mi madre y no de cualquier otra?

-Vea, Lucinda, las almas buenas o los buenos espíritus – vamos a llamarlos así – comunican a nosotros una atmósfera de paz, tranquilidad, serenidad, de tal modo que nuestra reacción interior podrá servir para evaluar el estado del espíritu que se aproxima de nosotros. Cuando se trata de espíritus queridos, no tenemos sustos, dolores, miedos, etc. Cuando, al contrario, se acercan espíritus sufridores – las tales almas en penas – causan en nosotros reacciones contrarias que son identificadas con los sueños difíciles, pesadillas, malas ideas, etc.

- Con eso, entonces, ¿yo sabré quien es alma en pena –

o espíritu ruin como usted dice – y quien es un espíritu amigo?

- Eso mismo, Lucinda, ese es uno de los medios más simples de percibirlos y que cualquiera puede hacerlo.

- Pero, mire, doctor Mauricio, si ese tal Luciano penadísimo me aparece, yo voy a dar un grito de aquellos, porque por lo que usted conversó con él, el tipo debe asustar hasta sepulturero. Si oye un grito de mujer, voy dar orden a Olívia para traerlo a mi cuarto, porque si el tal Luciano resuelve usar mi boca para hablar como hizo con papá... Ay, solo usted entiende de ese caso para ayudar y traerme de vuelta para usar mi boca nuevamente, ¿de acuerdo?.

- Esta bien, Lucinda – dijo el Dr. Mauricio, sonriendo de las preocupaciones de la joven y bella hija de su paciente. – Mas quédese tranquila que nada de eso va a ocurrir. Solo no se olvide de la oración sincera a Dios. Vaya a dormir ahora, pues largo fue el día y corta será la noche.

- Hasta mañana, doctor, y buenos sueños con almas en penas para usted – dijo la joven, sonriendo alegre, yendo en dirección a su cuarto, en el cual dormía Olívia, ya preocupada con el tipo de asunto que estaba oyendo.

- Hasta mañana, Lucinda, deje los fantasmas conmigo. Ellos “mueren” de miedo de inyección...

Pésimas noticias.

Efectivamente, en el día siguiente, como el médico hubiera previsto, el general se levantara del lecho como de costumbre, sorprendiendo a todos los integrantes de la familia.

El personal de servicio que le hicieran compañía durante la noche pretendían cumplir las determinaciones de Mauricio, convocándolo para que viniese a los aposentos del enfermo, en lo que fueron impedidos por éste, acostumbrado a recibir ordenes apenas de él mismo.

Después de haber realizado la higiene habitual, se dirigió a la sala principal del caserón, en la cual era servido el café de la mañana, regularmente.

Lo que es cierto es que los gallos aun no habían despertado el gallinero para el nuevo día, mas el general ya se levantara, apartando las sombras de la madrugada para aguardar el nacimiento del Sol.

Estaba bien dispuesto, a pesar de aun no comprender bien la causa de su molestia, ni imaginar como hacer para que ella recibiese el tratamiento adecuado.

Tenía un vago recuerdo de la presencia de su hija,

Lucinda, del médico Mauricio y nada más.

Luego del reforzado café, demandó el escritorio con la idea de retomar el trabajo interrumpido, reasumiendo el comando de la guarnición y elaborando las ordenes indispensables al cumplimiento de las determinaciones superiores.

Al dar entrada en su gabinete de trabajo, observó que nada fuera movido y que todo continuaba conforme sus hábitos, dispuesto con corrección y acierto, con excepción de una ya conocida bolsa de mensajes que fuera depositada sobre pesado mueble que amparaba diversos libros, colocado al frente de su escribanía.

Tal era la bolsa que contenía los mensajes traídos por el capitán Macedo y que a él no pudieron llegar, en vista de su inconsciencia.

- [Minha nossa](#), esta bolsa aquí y yo sin saber el contenido. Las cosas están empeorando y yo preciso actuar de prisa – fue su pensamiento inmediato.

Acto continuo, sacó de su interior todos los documentos lacrados que le habían sido remitidos, con los timbres de sus superiores, conteniendo innumerables informaciones y determinaciones.

Entre ellas, había la noticia de que los rebeldes e

incitadores estaban buscando denigrarle la imagen y, valiéndose de una imprenta manual rudimentaria, estaban distribuyendo folletos que, según las interpretaciones superiores, deshonraban las instituciones garantizadoras del orden público, atacando la conducta de innumerables representantes de la milicia, además de referirse al clero organizado, apuntándole nombres y situaciones de venalidad delante de las cuales, cualquiera que viniese a leer, podría comparar la veracidad de los hechos.

Obviamente, no es preciso decir que Alcántara se veía envuelto en los relatos en función de su larga y perseverante carrera como un militar intransigente y constructor de enemistades, así también – lo que era más grave – como autoridad que, de una u otra forma, arrancaba el patrimonio de personas más vulnerables o de adversarios.

Los despachos apuntaban aquella región como la sede de donde partían todos estos panfletos que se esparcían por toda la región.

Naturalmente, se puede imaginar que los más adinerados que hacían parte de los apadrinados amigos del militar y a quien éste protegía y adulaba, habrían de clasificar de mentirosas y calumniadoras todas las noticias.

Mientras tanto, los más pobres, los que soportaban todo el peso de su comando, los que no tenían cualquier realce político o social, los que eran encarcelados sin motivo, pasando noches y noches lejos de la familia, recibiendo tratamiento

violento, todos estos tendrían otra idea de su carácter.

- Todo esto es una ofensa contra mi persona – pensaba acaloradamente el ex-enfermo.

Andando de un lado para otro, cargando el mensaje y un ejemplar del folleto que desnudaba su conducta, así como la de los demás integrantes de su estructura social, como el padre Geraldo, el capitán Macedo, los sicarios contratados, el general parecía un tigre enjaulado.

Luego imaginó innumerables formas de conseguir poner término a todo eso, acabando con las sospechas sobre su conducta.

Mas los documentos aun no habían sido abiertos, en su totalidad.

Un relato más grave aguardaba a su vez.

En su contenido se hallaba descrito, de forma poco detallada pero rica, lo necesario para hacer helar el estómago del militar.

El documento informaba que una concentración de informaciones de diversas fuentes infiltradas, revelaba que el movimiento tomaba una dimensión y un rumbo casi incontrolables, afirmando que los insatisfechos con todos los hechos pregonaban la liberación de todos los presos retenidos

en el cuartel, la devolución de sus bienes, el castigo de los responsables con la separación de sus funciones y, de forma inexacta, decía poseer indicios de que los rebeldes se organizaban como una verdadera milicia, portando inclusive, armas de fuego.

Era un caso grave.

Tanto que la mañana llegó con sus acostumbrados ruidos sin que el general se apercibiese.

Con ella, además de los pájaros ruidosos y felices que buscaban su primera refección, también vinieron Lucinda y Mauricio que, una vez despiertos, fueron informados de que el general estaba de pie.

- ¡Papá, buenos días! ¿Qué está haciendo usted aquí, así, cuando debería estar acostado aun? – preguntó la hija, entrando sin ceremonia en su gabinete personal, en el cual, además de él, ninguna otra persona a no ser ella y Olívia ponía los pies.

- Hija, no se preocupe, pues el sueño y sus cuidados recuperan hasta estaca podrida. Yo estoy muy bien. No me recuerdo de casi nada, pero su celo puede hacerme sentir bien dispuesto en esta mañana, además de eso, me estoy enterando de graves informaciones contenidas en los documentos que me fueron remitidos y que, acredito, usted haya colocado aquí para que yo pudiese tomar conocimientos de ellos.

- Si, papá, no permití al capitán Macedo que hiciese la entrega personalmente, como de costumbre, pues al llegar aquí, usted se encontraba en plena crisis. De ese modo, resguardé los documentos en su gabinete, bien protegidos, para que usted los conociese cuando se recuperase.

- Pues eso ya aconteció, Lucinda, y las noticias no son para tranquilizar. Precisaré ausentarme por algunos días, tomando algunas medidas más serias y usted deberá resguardarse por aquí a fin de que no se torne más grande el problema, para lo cual toda la solución queda complicada.

- Si, papá, ¿Mas usted se juzga en condiciones de hacer el esfuerzo necesario?. ¿No sería mejor instruir al capitán Macedo para hacer lo que es preciso?.

- No, Lucinda. Del mismo modo que la embarazada que da a luz sin mandar a otra en su lugar, es a mí que se imponen tales obligaciones. Además de eso, Macedo no sabe hacer nada sin consultarme, no poseyendo la iniciativa necesaria para adoptar las medidas que solo mi prestigio podría imponer.

- Si, papá, ¿Pero qué problemas son estos?

- **Banderneiros** desocupados están organizando un movimiento de rebeldía contra los comandos de orden y disciplina, al mismo tiempo que salen arrebatando los descontentos de entre los miserables que deberían agradecer por dormir algunas noches en la prisión y no en el sereno de la

noche. No contentos, están distribuyendo folletines atacando a todo el mundo, inclusive a mí, al padre Geraldo, y eso no puede quedar así.

- ¿Qué dicen ellos tan grave contra ustedes, hombres tan correctos, cumplidores de sus obligaciones? – indagó la hija sorprendida con tales hechos.

- ¡Vea usted misma! – afirmó el padre, extendiendo el folleto para ser leído por la hija la cual debería ser informada de todos los detalles de lo ocurrido para que evaluase la necesidad del alejamiento del genitor y la gravedad de las acusaciones.

Pretendía el general encontrar en ella un aliado de su honra personal ultrajada por las supuestas alevosías que le eran imputadas.

Lucinda leía el documento aprehensiva, nerviosa, descubriendo en su contenido la verdad que ella no supiera sino en el día anterior, recordándose del diálogo que tuviera juntamente con el médico y en el cual Luciano—espíritu acusaba a su padre, para sorpresa de Lucinda, de conductas muy semejantes al contenido del folletín incriminatorio y anónimo que tenía en sus manos en aquel instante.

No obstante, se mantuvo en la condición de hija que se arroja a defender al padre contra el cual juzga no haber nada de desacreditador.

- **Nossa**, papá, esto es muy duro – exclamó ella.

- No, esto es mucha mentira – respondió el general, exasperado con la reacción no tan indignada de la hija delante de los términos allí utilizados.

- Si, si, claro... es eso lo que yo quise decir – se corrigió la joven a fin de que el progenitor no interpretase de forma incorrecta su reacción.

Devolviéndole la publicación, se volteó para el general y acrecentó:

- No se olvide, papá, que usted acaba de levantarse del lecho donde, hasta hace algunas horas antes, ardía en fiebre y deliraba. Procure no contrariarse tanto y tenga calma para no tomar actitudes que vengán a transformar en verdad toda esta mentira de que el folleto lo acusa injustamente, dando más razón a los que lo calumnian.

Allí estaba la joven hablando cosas que ni el mismo general hubiera pensado, no por ser portadora de sabiduría mágica mas porque, al mismo tiempo en que su propio espíritu, más maduro, le permitía una mejor visión de las cosas, allí se hallaba la entidad amiga que envolviera al Dr. Mauricio y que ahora se acercaba de ella, procurando transmitir al militar alguna palabra de moderación y de preocupación para los hechos que irían a desarrollarse.

Lucinda no sabía de eso, mas sentía una inspiración natural para decir lo que decía, haciendo que el padre, si no concordase con ella, al menos oyese sus argumentos y se calmase un poco, antes de tomar las medidas que ya diseñaba en su mente.

Repentinamente, la joven se recordó del médico que, allá afuera, aguardaba para examinar al enfermo del día anterior.

- Papá, discúlpeme, pero estaba olvidando lo que me hizo entrar aquí.

- Puede hablar, Lucinda, ¿Qué es?

- Después de su última crisis más fuerte, pedí para que trajesen al médico a fin de que él estuviese cerca cuando ocurriese otra. Así fue hecho y, cuando su última ausencia, allí estaba el Dr. Mauricio presenciando los hechos y procurando medicarlo. Como eso se dio ya muy tarde en la noche, le pedí a él que pernoctase en el cuarto de huéspedes para estar próximo en caso de que todo se repitiese, además de que él mismo pretendiera examinarlo en la mañana del día siguiente. Así fue hecho, de modo que acogimos al médico aquí en la casa en esta noche, ya que él no posee familia en otro sitio, para que, ahora, pueda observarle la mejoría. Fuera por eso que entre aquí. Vine a pedirle que permita al Dr. Mauricio conversar rápidamente con usted, con el fin de constatar mejor su estado y sacar algunas de sus dudas.

- ¡Ora, hija, usted misma puede ver como estoy bien!

- Si, papá, ¡Mas yo misma pude ver ayer como usted no estaba bien! Por eso, para tranquilizarme, me gustaría mucho que Mauricio pudiese hablar con usted.

- Esta bien, Lucinda. Mujeres, mujeres, siempre preocupadas. Mándelo entrar y dígale que no tengo mucho tiempo.

Salió la hija en busca del médico que se hallaba sentado en el salón próximo, esperando el retorno de la joven.

Lo condujo a la presencia del progenitor y los dejó a solas.

- ¿Qué es lo que tuve, doctor? – preguntó de repente el dueño de la casa.

- Bien, señor general, su cuadro a pesar de no ser muy grave, es complejo. Mientras tanto, puedo decir que usted estaba en un estado de alejamiento temporal de tal modo que no debe recordarse de mucho de lo ocurrido.

- Así es, hombre. No me recuerdo de casi nada. Apenas de alguna sensación de incomoda presión en el pescuezo, como si estuviese usando un lazo muy apretado alrededor del cuello.

- Pues es probable que, de aquí en adelante, tales crisis se repitan, de forma que usted precisará estar atento para que eso no acontezca en situación desagradable – le orientó el facultativo.

- ¿Mas cómo es que voy a controlar eso? ¿Estoy quedando de cabeza mole? – indagó Alcántara.

- No, general, usted no esta enfermo de la cabeza o del cuerpo. Probablemente, su enfermedad este enraizada más profundamente en su interior, de tal forma que, cuando su estado de alma lo permite, ella aflora y su criterio de evaluación queda comprometido por su ausencia.

- Ese negocio me esta pareciendo loquera. ¿Tiene remedio para eso, Mauricio? – le preguntó el paciente.

- Tiene y no tiene, general.

- ¿Cómo así, hombre?

- Yo le explico. Usted podrá adoptar algunos cuidados para que tal estado no vuelva a acontecer en breve. Mientras tanto, ese hecho va a repetirse y dependerá de usted que ella sea mas o menos blanda, pues todo esto está ligado a la intimidad de su alma. Todas las veces que su interior estuviese atribulado con pensamientos ruines, preocupados, abatidos, ese estado tiende a apoderarse de usted y producir esas reacciones. Y eso podrá darse en cualquier lugar, si usted no estuviera vigilante.

Por eso, el mejor remedio inicial que usted podrá usar, es la oración.

- Ora, Mauricio, yo no sabía que usted también era teólogo, además de su formación médica.

- No lo soy, general. Apenas me he informado de algunas hechos recientes, de algunas doctrinas nuevas provenientes de Europa y que explican algunas cosas de manera no dogmática. Y su problema, me parece se halla inmerso en esa dimensión. Es problema del alma, también conocida como espíritu, que repercute en el cuerpo de modo que lo postra en el lecho por algún tiempo.

-¿Y usted cree que yo tengo tiempo para esa rezandera cuando todo depende de mí, cuando tengo que ver, mandar, controlar, castigar y fiscalizar todo? Por eso es que existe el padre Geraldo. Yo pago y él reza las misas que yo necesito. De ese modo dejo felices a usted que me manda a rezar para no enfermar y al padre que esta loco por colocar moneda nueva en el viejo cofre de la parroquia.

- Así es, general, mas eso no le va a resolver el problema, pues quién está enfermo procura al médico, no manda a su vecino a pedir el remedio. Las oraciones, cuando son hechas con amor y sinceridad siempre alcanzan su objetivo, respetada la voluntad de Dios. Mientras tanto, hecha por alguien sin otro interés que contarlas en las cuentas de un rosario para que el volumen corresponda al montante que fue

pagado, no surtirá ningún efecto sobre el problema. Por eso, me siento en el deber médico de informarle que si usted no se trata de sí mismo, por cuenta propia, nadie conseguirá auxiliarlo. Ni el padre Geraldo, ni el médico Mauricio, ni el mismo Dios que quiere, en último análisis, que cada uno ande con sus propias fuerzas trazando su propio destino y haciendo lo que es necesario hacer.

Es importante que, a pesar de todos sus compromisos y responsabilidades, usted pueda encontrar un momento para que, hasta allá en la guarnición, se recoja y piense en Dios, transformando sus inquietudes íntimas y creando, así, una barrera protectora para que las malezas del alma no puedan comunicarse más con facilidad y fuera de la hora al cuerpo.

Mas, recuérdese, eso continuará ocurriendo. Va a depender de su conducta, transformar esa ocurrencia en algo más espaciado y tranquilo o seguir en esa tonada que sorprende a cualquier hora y que postra el cuerpo en un acceso de fiebre sin control.

- Está bien, doctor, ya oí sus consejos y, como eso no es remedio que se mande a preparar en lugar adecuado, confiaré al médico el tratamiento con remedio y al sacerdote el tratamiento con rezos. Al final, existe padre para hacer su servicio, sino Dios no los dejara continuar donde están y como están ¿No es así? – preguntó el militar como dando por terminada la entrevista – Agradezco sus cuidados para con nosotros y mandaré a alguien a llevarlo para su casa. Mandaré a buscarlo

si así fuera necesario. En la salida, converse con Lucinda y diga el valor de sus servicios para que ella pueda pagarle correctamente – completó el general.

- ¡Gracias, señor! Estaré a su disposición – respondió el joven médico, retirándose del gabinete.

Dejaba en su interior un hombre de cuerpo sano y alma atormentada no por los consejos recibidos de la hija y de Mauricio, mas si por los informes obtenidos en los mensajes escritos que ya fomentaban en su interior enfermo las tumoraciones mentales de venganza y represión que le eran tan comunes y fueran siempre su marca personal en las diversas situaciones de la vida.

* * *

La salud sería tan fácil de mantenerse si el hombre tuviese oídos para oír y ojos para ver.

Si no se redujese a un amontonado presuntuoso de preconceptos y actitudes mentales acomodadas y escapistas, le sería fácil no caer en el abismo oscuro de las propias decepciones.

Mas cada cual trilla su estrada pavimentándola con el material que escoge para eso, sacado de su propio interior.

Allí estaba un hombre que se tenía en alta estima como

alguien capaz, competente, lúcido y que había recibido dos tipos de mensajes: El espiritual, representado por los valiosísimos consejos oídos de las bocas de las personas amigas y que buscaban auxiliarlo en la propia recuperación – mas a los cuales no prestara atención ni diera ningún valor – y el material, representado por los despachos escritos, los únicos que le importaban y que, por no observarlos según el criterio contenido en el primero – espiritual – que le delimitaría bien la conducta, no iría a encontrar acierto para resolver el segundo – el material – lo que le causaría, en el futuro, profundo arrepentimiento.

Recibiera de gracia las luces en el camino, mas pretendía seguir sustentando la propia oscuridad como su farol.

A su frente habían muchos barrancos, piedras y espinas...

7

El general en acción.

En aquel día, la sangre parece que volvía a correr por las venas del cuerpo del militar con velocidad redoblada.

Se levantara del lecho dispuesto a retomar sus actividades normales y, ahora, tenía motivo extra para hacerlo.

Luego después del café de la mañana, se despidió de la hija, recomendó las tareas y cuidados de siempre y mandó a llamar a sus capataces.

Así cuando dieron entrada a la casa señorial, se dirigieron para la despensa, lugar donde, como de costumbre, el propietario les dirigía la palabra con las determinaciones corrientes y allí esperaron hasta que apareciera el general.

Pasaron algunos minutos, el suficiente para que Juvenal y Damián se pusiesen a pensar que el patrón volviera a enfermarse o empeorara de la enfermedad.

Mas no llegaron a completar las ideas cuando oyeron los pasos firmes en el entarimado de la casa, indicadores de que alguien caminaba de forma estrepitosa, pareciendo marchar y no andar. Solo podía ser él, el general.

- Juvenal, preciso de sus cuidados – dijo imperativo el militar.

- Pues ni precisa pedir, patroncito, que aquí está su esclavo a la espera por las determinaciones – le respondió el empleado deseando parecer sumiso y fiel.

- Si así es, quiero que sepa que me ausentare por tiempo no determinado y Lucinda quedará cuidando de los negocios de la casa, como de costumbre. Usted cumplirá las

determinaciones que ella indique y tratará los esclavos como ya está acostumbrado. Nada se alterará durante mi ausencia, a no ser en caso más grave que, entonces, deberá ser buscada la solución junto a mí, allá en la guarnición.

- Entendido, mi señor. Sin embargo, la señorita Lucinda tiene muy buena cabeza y creo no será necesaria tal preocupación. Apenas me gustaría saber si puedo mantener las cosas como de costumbre, en lo respecta a la disciplina que tanto gusta al patrón.

Se refería el capataz a los castigos que, de costumbre, imponía a los esclavos en vista de pequeños deslices o contrariedades ocurridas, a veces, sin cualquier culpa de los cautivos. En la ausencia prolongada del general y, sabiendo de los modos blandos de la hija del hacendero con los cuales no concordaba, Juvenal pretendía obtener autorización expresa para hacer lo que sus impulsos violentos realizaban a escondidas.

Al final pensaba él que, en la ausencia del jefe de la casa, era a otro hombre que el comando debería ser dado.

Esperando la repuesta, anticipaba el efecto de sus palabras que tocaban bien en el punto característico de Alcántara, o sea, la rigidez de la disciplina y del orden en sus dominios.

- Claro, Juvenal, usted siendo más antiguo y más

acostumbrado a los servicios de la hacienda, deberá mantener el curso de las cosas dentro del patrón de la corrección que ya es de su conocimiento. Mientras tanto, no se olvide de que Lucinda no deberá ser contrariada con las cuestiones que no sean importantes y, si alguna cosa precisa ser hecha con más rigor, que lo sea lejos de sus ojos, a fin de que ella no se hiera ni enferme.

- Si, mi señor – respondió Juvenal, con la autorización expresa que deseaba obtener, interpretada por su pensamiento como carta blanca para realizar lo que desease.

- ¡Ah! ya me olvidaba de lo principal – se volvió el militar hacia ambos.

Los dos, de sombrero en mano y gestos fingidamente humildes, levantaron la cabeza en la dirección del patrón que les determinó.

- Juvenal y Damián, que en mí ausencia no falte seguridad a Lucinda y a esta casa, sea de día, sea durante la noche, pues aquí no estando yo, deberá estar siempre alguien que providencie protección y vigilancia encuan to me aguarden de regreso. Por eso los llame a los dos aquí, pues en cuanto uno cuida de las cosas del campo y de la senzala, el otro estará atento a las cuestiones de la casa y de la señorita. No quiero, sin embargo, que creen estorbo o constreñimiento en la tentativa de proteger la casa y mi hija. Estén a la distancia, mas estén próximos.

Se entre miraron los dos, delante de una orden tan contradictoria, pero entendieron lo que el patrón les determinara.

Deberían montar guardia sin entrar en la fortaleza.

- Seremos vuestros ojos y vuestra espada en vuestra ausencia, mi señor – respondió Juvenal, seguido por Damián, notoriamente subordinado al compañero más viejo en el servicio.

- El campo aguarda y el Sol no interrumpe su trabajo. Cumplan los deberes que esperan el cumplimiento en este día. Están dispensados. Manden a alguien a traerme el caballo listo, pues no tardo en partir.

- Si señor – respondieron ambos y tomaron el camino de la cocina, para salir por el fondo de la casa.

Allá dentro, Alcántara se paramentaba con el uniforme regular de su puesto para la época, colocando la cinta, la gorra, calzando las botas y las [polainas](#) y reuniendo los documentos para tomar el rumbo del cuartel que, como ya vimos, distaba una buena cabalgata de la sede de sus dominios.

Besó a la hija, dando las recomendaciones finales y partió, haciendo que la montura levantara el polvo al ritmo del galope acelerado.

Por el camino, Alcántara delineaba en su mente preocupada los trazos de su plan para cohibir toda aquella situación que envolvía su nombre y ponía en riesgo la seguridad de toda la estructura de sus negocios.

Tan pronto alcanzó el puesto donde ejercía el comando, más de una hora de cabalgata, entregó la montura al soldado que lo recibiera enderezado en una continencia rígida y entró en su gabinete, no sin antes determinar que se presentase ante él el capitán Macedo.

Este último se encontraba por las dependencias del cuartel, en los servicios rutinarios a que se hallaba acostumbrado y fue con agradable sorpresa que supo del regreso de su comandante el cual iría a tomar todas las medidas necesarias a la continuidad de la vida en el cuartel sin que él, Macedo, tuviese que gastar sus sesos en aquel caso.

No se hizo esperar.

- ¡Capitán Macedo presentándose, señor! – dijo imperativo en la presencia del general, acompañando las palabras con la continencia firme y la estrepitosa batida de las botas.

- Descanse, capitán.

- Estoy muy feliz, señor, por verlo recuperado. Estaba

pensando en lo que sería de este destacamento sin su dirección.

- Ora, Macedo, usted está por aquí y sabe perfectamente como conducirse. Al final, estamos juntos hace mucho tiempo, ¿No? – dijo en tono más ameno el comandante.

- Si, general – respondió el subordinado, con una sonrisa de intimidad mal disfrazada. Pero es que usted es siempre quien mejor sabe que hacer. Por eso llegó hasta general...

- No es solo el cumplimiento del deber que nos garantiza estrellas, Macedo. Hay muchas otras cosas envueltas en eso, que no vienen al caso ahora, pues el momento es grave.

Diciendo eso, retiró del interior de la carpeta de los despachos el contenido que Macedo le había hecho llegar a las manos y se lo entregó para que leyera, en lo que fue atendido inmediatamente.

La faz del capitán se iba enrojeciendo a medida que sus ojos recorrían por el papel, revelando creciente indignación y aumento de los latidos cardíacos, en un acceso de nerviosismo contenido por su disciplina física.

Allá estaban las acusaciones acerca de los actos que practicaban aquellos dos hombres, creyentes, mientras tanto, de que nadie tendría coraje para denunciarlos.

Allí se delineaba la estructura de sus actividades ocultas, apuntando los agentes y la forma por el cual hacían las cosas, precisando ser tomada alguna actitud enérgica para que eso no se esparciese, denigrándoles las imágenes.

- Bandidos, desvergonzados que se esconden atrás de un papel sin firma de alguien que conozcamos y que podamos prender para que no quede ahí denigrando su nombre y nuestra milicia.

- Concuerdo con usted, capitán. Por eso, lo llame aquí para que tratemos de interrumpir esa corriente de noticias, ya que otras ordenes dan cuenta que tal publicación parte de esta región, sino de esta ciudad.

- Si, general, también escuché [a la boca pequeña](#), allá en la taberna de la esquina, comentaron que hay personas reuniéndose por estos lados, intentando implantar una rebelión. Pero como no dieron nombres y detalles, preferí volver otro día, nuevamente sin el uniforme y estar allí como quien no quiere nada, oyendo más de lo que hablan, entre una y otra copa de aguardiente. Así mismo, determiné que, en sus rondas, los soldados estuviesen de ojos y oídos abiertos para identificar movimientos extraños y trajeran las informaciones a esta sala de comando.

- Excelente, Macedo, mas eso aun es muy poco, acerca de la actitud que nos compete adoptar. Determinare a los soldados una invasión en todas las casas de la ciudad, no

dejando de escudriñar ningún centímetro de tierra, entrando en todas las habitaciones y prendiendo todos los sospechosos.

-Si, general, ¿Pero si las personas no concuerdan?

- ¿Y quién precisa de la concordancia de **badeineiros** e ignorantes para cumplir su deber? Nosotros tenemos las ordenes superiores aquí contenidas en estos documentos, que mandan que adoptemos las medidas para vigilar, pues sospechan que hay rebeldes que se hallan, inclusive, guardando armas de fuego para el momento en que el movimiento deflagrará su acción.

- Entiendo, general...

- Prepare la tropa para iniciar, lo más temprano posible, la invasión en el pueblo. Algunos ejemplos de fuerza bastaran para intimidar al populacho y sacaran de sus mentes cualquier idea de descontentamiento. Determine que los hombres lleven sus fusiles con las bayonetas caladas, a fin de que se protejan de reacciones más impetuosas. Limpie las caballerizas vacías y haga una inspección en la cárcel de la guarnición, pues, por lo que siento precisaremos de espacio para guardar, aquí dentro, la escoria que será presa.

* * *

Es importante recordar que en aquellos tiempos no había autoridad constituida que viniese a oponerse a las ordenes de

tan elevado liderazgo. En aquel período, los militares ejercían papel de policía de la calle, delegado, comisario y hasta mismo, en la práctica, de juez que decidía que destino dar a una controversia.

Por este motivo, nadie osaba oponerse a las ordenes del general, que no se sentía subordinado a nadie, dando largas a sus intentos personales, lo que lo llevara a ejercitar el cargo en beneficio propio.

Solo al padre Geraldo es a quien, a veces, él se dirigía, mucho más para obtener la absolución de Dios, que para someterse a los consejos del párroco.

Le compraba la absolución con algunas piezas valiosas que ofrecía para la hermandad y regresaba falsamente aliviado para la continuidad de sus arbitrariedades.

Así, se iniciaron los preparativos para la operación urgente de los días siguientes, que prometía ser muy activa y llena de dificultades.

Los planos estaban trazados, las ordenes eran claras y los soldados tuvieron todos los descansos cancelados para que, en el día marcado, la operación **peine fino** pudiese alcanzar el éxito esperado, aun al precio de muchos dolores para los inocentes que serian las víctimas de la gran misión militar.

Al lado del general, pegado a su mente física, se

hallaba el espíritu de Luciano que le jurara venganza y que trajera para tal ejercicio un considerable número de amigos espirituales de tenor vibratorio semejante al suyo, en cuanto no tan visceralmente enredados en el drama de la venganza.

Activándole las tendencias y la personalidad vanidosa, Luciano se valía de todas las tomadas mentales que conocía en aquel hombre invigilante para que, a través de ellas su acción pudiese alcanzarlo y producir en él el sufrimiento que el espíritu vengador de Luciano juzgaba indispensable a la reparación de todas las afrentas sufridas por él y su esposa Leontina.

Por eso, Luciano estimulaba y hacía crecer dentro de la mente del militar el sentido de indignación, de calumnia que alcanzaba su honra militar, creando convenientemente la falsa idea de que todo lo que se dijera a su respecto hacía parte de un complot de personas peligrosas.

En su condición de hombre espiritualmente enfermo y sin autocrítica, Alcántara prefería, acreditar en esa posible conspiración a reconocer que lo que fuera dicho a su respecto era verdad imponiendo una modificación de su patrón de conducta.

Allí estaba el hombre aceptando como verdad aquello que le convenía oír y acreditar, como acostumbra acontecer con muchos de los hombres de todos los tiempos, verdaderos cultivadores de la ilusión que los embebece y embriaga, al

inverso de la verdad que exigiría de ellos una modificación de conducta, pensamientos y palabras.

Por ese motivo, el espíritu de Luciano se sentía tan a voluntad junto de aquel hombre riguroso en sus patrones de dirigir a los otros, conduciéndolo para el abismo en el cual pretendía proyectarlo sin piedad.

Alcántara le absorbía las intuiciones como si fuesen sus propios pensamientos, sus propias consideraciones, dándole foro de verdad absoluta y, a cada paso, fijando la idea de que la única salida para resolver el problema y cumplir las ordenes superiores era intimidar a las personas con violencia.

Luciano, así, aflojara un poco el control sobre los centros nerviosos de Alcántara, para que este pudiese actuar por sí mismo, con aparente libertad de escogencia, pero totalmente maniatado por el pensamiento destructivo de su huésped espiritual que, por falta de vigilancia y oración del hospedero, se sentía a su gusto para continuar actuando.

El general, a su vez, hiciera de la oración, artículo de ningún valor, a no ser cuando en compañía del padre Geraldo a quien incumbía de distribuir o “vender” la absolución de los pecados.

Lejos quedara la figura materna que, en la infancia, le enseñara las primeras letras y los primeros conceptos elevados acerca de la existencia de un Dios bueno, amigo, serio y

conocedor de todas nuestras actitudes más secretas.

Y, por eso, la única protección para que no viniese a fracasar en la conducta como líder de una comunidad no pudo ser utilizada por él, ya que no pretendía dejar sus lucidas cogitaciones racionales en cambio de una conducta propia de los hombres de falda, como se refería por costumbre a la ropa de los sacerdotes. El consejo de Mauricio acerca de la oración había sido ignorado por completo.

Sin la elevación interior, las conexiones mentales y energéticas con los espíritus de patrón similar eran inevitables, dejándolos a voluntad para la continuidad del plan siniestro.

A pesar de dejar al militar más libre, Luciano no perdiera el control directo sobre la sensibilidad de su perseguido, el cual estrecharía nuevamente en la hora adecuada, para dar curso a los pasos subsecuentes de su odio.

* * *

En aquella noche, en el alojamiento especial en que se recogía, unido a su gabinete de trabajo, un hombre ansioso daba curso a sus pensamientos de euforia y preocupación, anteviendo cada paso a ser dado, cada palabra a ser pronunciada y cada orden a ser cumplida, como si de sus labios emanasen las reglas del universo.

Al menos del universo pequeño representado por la

comunidad de Barrera de Piedra, Alcántara se colocaba como el Dios que decidía el futuro de otros hermanos, olvidando que al labrar sentencias, se sentenciaba a los mismos destinos.

La noche iba alta, cuando el general consiguió conciliar el sueño, única forma de que el día siguiente llegara más deprisa.

8

El inicio de la operación.

Llegara, en fin, el día del inicio de las operaciones de emergencia que Alcántara programara con todos los detalles que su experiencia aconsejaba.

Madrugada oscura y en el interior de la guarnición ya se observaba movimiento diferente y fuera de los patrones normales de la rutina del cuartel.

Bajo el comando del capitán Macedo, todos los soldados y agrupamientos se hallaban en alboroto, cada uno procurando vestirse de forma rápida y correcta, dentro de los patrones determinados por el comando, retirando uniformes del armario, preparando los equipos y, para sorpresa de muchos, limpiando bayonetas que, en general, se empolvaban por falta de utilización.

Por orden del general Alcántara, en aquel día todos se levantaron antes de la acostumbrada alborada y, no obstante juzgaren ser un ejercicio tan común en los patrones militares, nada fuera dicho a los soldados acerca de los objetivos pretendidos con tales preparaciones.

Lo cierto es que, retirados de la cama antes de la hora, para muchos se trataba de cosa grave, para otros era alguna forma de ejercicio de disciplina tan al gusto del comandante riguroso y, para otros, era juego de mal gusto.

No imaginaban, mientras tanto, las ordenes que irían a recibir ya que, por determinación del general, nada les fuera revelado anteriormente para que la operación no se frustrara en vista de algún flujo de informaciones hacia fuera del cuartel-general, principalmente por el hecho de que innumerables soldados residen en la localidad, con sus familiares y parientes próximos.

El elemento sorpresa era esencial para el éxito de la operación.

Las ordenes fueron compartidas tan solamente por el comandante que las elaborara en sus mínimos detalles y por Macedo que, en la condición de oficial de confianza, sería el responsable por su observancia rigurosa, estableciendo los preparativos generales, ordenando a las [praças](#) las informaciones y ajustes necesarios de uniforme, material y disciplina.

Para mejor cumplirlas, tan pronto fueran efectivos los preparativos generales, se reunieron en el gabinete del general, por su propio llamado, más allá de Macedo, algunos oficiales más nuevos y algunos sargentos y cabos que comandarían efectivamente la operación.

Enfilados en el silencio, asumieron la posición de atención hasta que el comandante apareció en el recinto, trajeado igualmente en uniforme de campaña, trayendo en el semblante una combinación de preocupación y de placer por la llegada de un momento desafiante.

Al final, el ser humano teme la batalla por exponerle la vida, pero algunos, a pesar de sentir el frío recorrerles el cuerpo, de él sacan el placer mórbido de realizarse a través de la elaboración de tácticas, de comando de tropas, de la observancia de estrategias para vencer al adversario, perdiéndose de vista el efectivo foco de crueldad que una guerra siempre representa.

En el ejercicio de su talento natural, Alcántara sentía al mismo tiempo la ansiedad delante de lo inusitado y la euforia de poner en práctica tácticas y proyectos como quien comandaría un ataque a la fortaleza atrincherada del enemigo.

- Descansen, señores, dijo él con voz firme queriendo aparentar determinación y voluntad férreas.

Ciertamente que la mayoría de ustedes está extrañando este inusitado movimiento y se preguntan de que se trata. Por este motivo, convoqué esta reunión de esclarecimiento y espero poder contar con la fidelidad que todos han demostrado al sentido de patriotismo que lo trajo hasta el cuartel, en la condición básica de soldados. Para nosotros, defensores del orden público y cumplidores de las ordenes superiores, no nos es dado cuestionarlas o cumplirlas apenas en parte. Sobre nosotros [paira](#) la expectativa de una nación, cuyo Emperador, a pesar de distante y anciano ha procurado dirigir dentro de los patrones de orden y respeto, tolerancia y disciplina. Por esto, no nos cabe ninguna otra conducta más allá de acatar los informes recibidos y cumplirlos, como si fuésemos la “mano larga” de aquel que nos dirige los destinos, todas las ordenes de la forma más seria y profunda a nuestro alcance. Conforme estos despachos recibidos recientemente, observaciones de colaboradores infiltrados y que están investigando los diversos movimientos de esta región, dan cuenta de que hay una rebelión a camino, nacida en este medio y hábilmente oculta por los propios integrantes de la comunidad que, como siempre, insatisfechos e ingratos, se hacen cómplices con los descontentos más corajosos para cubrirlos y colaboran, así, de manera que el movimiento gane fuerzas.

A medida que iba hablando, enfatizando con estudiada gesticulación todas sus palabras, el experimentado comandante iba observando a sus subordinados para reconocer en ellos los más propensos a seguirle ciegamente las determinaciones.

Observándoles la reacción facial, iba evaluando el poder de impresionar y dirigir aquel grupo de hombres, de quien dependería el cumplimiento de todas las ordenes, las más duras y absurdas que él hubiera dado hasta aquel momento.

Y la reacción no podría ser mejor, en vista de una convocación directa al brío de soldado, como si estuviese en juego la garantía del orden de la nación entera, o hasta, la propia vida del Emperador.

Así observando, después de breve pausa que creaba un clima de expectativa, Alcántara dio continuidad a su explicación.

- De acuerdo con estos despachos, el referido movimiento fue ganando apoyo y fuerza que ya preocupa a nuestros superiores a punto de haber procurado certificarse, de la forma que les es más conveniente, de su efectivo tamaño. En vista de eso, se descubrió que los rebeldes ya cuentan con pequeña máquina de imprimir que está siendo usada para elaborar folletos e informes injuriosos contra nosotros, los responsables por el orden público, con el fin de que la población se hiciera aun más cómplice con sus objetivos de la anarquía social. Juntan a sus lemas baratos, palabras de orden que pregonan la insurrección popular y, hasta, la absurda libertad de los cautivos sobre cuyo trabajo se fundamenta la estructura de nuestra economía y el progreso de nuestro país.

Con eso, ustedes pueden ver que el objetivo es el de

producir la anarquía en el medio del pueblo para que, los líderes revoltosos consigan dominar y obtener las ventajas que, en el fondo, siempre mueven los intereses humanos. Lo que es más grave, no obstante, es que los informes recibidos dan cuenta de que los integrantes del movimiento están organizando verdadero ejército de militantes armados, valiéndose de todos los artefactos de agresión directa, armas de ataque y de defensa, garruchas, escopetas, cuchillos, espadas, todo lo que les llega a las manos.

Este comportamiento nos causa gran preocupación, ya que además de la influencia panfletaria que atrae a los inconsecuentes, no estamos delante solamente de un movimiento de ideas contrarias a la normalidad, mas si de un movimiento que pretende imponerse a los demás o producir conflicto real, envolviendo a los incautos y trayendo inseguridad a la población que nos cabe defender.

A esta altura, el espanto de los integrantes de la reunión era indescifrable.

En los más osados, ya era indignación. En los más comedidos, un sentimiento de incredulidad al lado de un amargor y de una decepción.

Pero el general aún no había terminado.

- Para nosotros señores, lo que es más lamentable, es que tal núcleo rebelde, tal nido de serpientes venenosas, se halla

situado exactamente en nuestra jurisdicción...

Una bomba que hubiese sido detonada allí en medio no habría hecho mayor estrago.

- ¿Qué?... – dijeron casi al mismo tiempo todos los allí reunidos, no queriendo creer.

- ¡No es posible que esto sea verdad, Señor! – exclamó el teniente Almeida. – Es un absurdo que esa pandilla este escondida justamente en este fin de mundo.

- Pensé la misma cosa, señores – respondió el comandante, compartiendo la reacción de sus hombres, a fin de obtener de ellos el empeño que él mismo ofreciera de sí. Mientras tanto, después de mucho reflexionar, pude constatar que quien nos informa, sabe lo que dice, de tal manera que, si nos informó es porque a nosotros compete tomar alguna actitud, adoptar alguna providencia y, al menos, certificarnos de que estas informaciones no son correctas. Mas para eso, precisamos actuar. ¿Están de acuerdo?

Todos se entre miraron como para identificar en su interior una reacción que pudiese asemejarse para que, apoyados en un sentimiento común, sintiesen una fuerza más determinada, en la respuesta que el comandante aguardaba de todos.

- ¡Hablen hombres!

Y uno por uno, todos exteriorizaron la concordancia, ora más arrebatada, ora más comedida, con la necesidad de adoptarse alguna actitud.

Satisfecho con la reacción unánime, retomó el general el comando del pronunciamiento.

- Muy bien, señores. Estamos de acuerdo con el punto básico que nos reunió aquí. Así, determiné que se procesasen en este cuartel los preparativos para una operación delicada y muy seria, a ser iniciada aun antes de nacer el sol, que irá a invadir casa por casa, cuarto por cuarto, hasta encontrar lo que estos despachos nos afirman que existe o hasta que nos certifiquemos de que lo que fue informado no es verdadero.

Saldrán los grupos de soldados que se colocarán en los cruces públicos, impidiendo el pase de personas en cuanto que, dos a dos, se colocaran en la puerta de las casas de ambos lados de la calle.

Como se trata de medida de emergencia, emití orden escrita, reproducida en diversas copias igualmente firmadas por mí, que serán llevadas por ustedes.

Organizada la primera parte del abordaje, aprovechándose del elemento sorpresa, destacaran los señores un grupo de soldados y **praças** de los más experimentados y astutos para que entren en las casas con el menor tumulto

posible y allá dentro procedan a la inspección de todo, sin excepción.

No se olviden de que los integrantes del movimiento son expertos y saben ocultar las pruebas de su comportamiento así como los objetos que los incriminarían.

Por eso, no se puede usar de mucha placidez y diplomacia, mas si de energía y rapidez, estando pues, alertas para cualquier reacción agresiva que no deberá intimidar a los soldados. De este modo, el equipo de inspección deberá constar siempre, como mínimo, de dos hombres por cada casa, además de los dos que quedarán en la puerta, impidiendo cualquier fuga o salida de moradores o de sospechosos.

Para cualquier problema más serio, los que hacen la inspección interna podrán llamar a uno de los soldados de la puerta, debiendo, entretanto, permanecer siempre uno de ellos en el pasillo, hasta que toda la calle sea escudriñada, casa por casa.

Cada uno de ustedes se responsabilizará por una región de la ciudad, a propósito que aunque el día amanezca, que llegue el horario de trabajo, no habrá suspensión de ninguna de las ordenes hasta el final de la búsqueda. El capitán Macedo irá a distribuir las calles y los contingentes y cada uno de los señores tiene carta blanca para prender a cualquiera del pueblo que fuera sospechoso, que fuera descubierto en actitud agresiva o que represente amenaza al orden público que nos compete

preservar. Con la prisión, el sujeto será traído para el cuartel con escolta de dos hombres, será colocado en la cárcel y, si no fuera más posible por falta de espacio, serán, los prisioneros, alojados en las cuadras de los caballos que ya mande vaciar y limpiar.

Por ser operación delicada, determiné al capitán Macedo que providencie el armamento y munición real para todos los soldados, de la misma forma que los que poseen parientes en la ciudad, se quedarán algunos aquí en el cuartel y los otros serán incorporados en grupos localizados a distancia de sus casas, en otras regiones de la comunidad, evitándose protección indebida o encubrimiento perjudicial al cumplimiento de nuestro deber.

Refuerzo la advertencia de que estamos lidiando con gente que no tiene nada que perder y que, por eso, nuestra vigilancia y cuidado deben ser redoblados. No deben intimidarse siendo necesario que, para la tarea de búsqueda en el interior de las casas, ustedes escojan hombres valientes, fuertes, que no se intimiden delante de nada y que sean, al mismo tiempo, expertos y sagaces como felinos. Con eso, podremos descubrir lo que procuramos o nos certificamos de que no pasa de ilusión la noticia contenida en esos despachos.

Todo parecía perfectamente planeado, en sus mínimos detalles.

Los subordinados que oían el relato y las ordenes sabían que se trataba de algo inusitado, que nunca había sido hecho y,

así, algo extremadamente peligroso.

De la misma forma, sabían que las ordenes no se discutían. Eran determinaciones con que tendrían que conformarse o ser presos por insubordinación, según la vieja cartilla del cuartel.

Al final de cuentas, todos habían concordado que era preciso hacer alguna cosa delante de aquellos hechos. Y las cosas estaban definidas dentro del planeamiento detallado que la visión de aquel hombre experimentado sabía coser, sin dejar línea sobrando, trama sin hilo.

Lo que preocupaba era el hecho de que, bien fundamentado o no, aquel era un acto de arbitrariedad, con la invasión a la intimidad de las personas, de los hogares, sin aviso. Era algo que ninguno de los que comandaría deseaba que ocurriese con su familia y que los iría a dejar marcados delante la comunidad, como si todos los moradores les fuesen enemigos.

Además de esto, existía el peligro de cualquier reacción de los propios militantes del movimiento, agarrados de sorpresa, lo que podría causar muchos riesgos y constreñimientos aun mayores.

Mejor sería quedarse de centinela durante un mes entero en el cuartel que pasar un día apenas cumpliendo ordenes de tal impopularidad.

En cuanto todos pensaban en silencio en las consecuencias y en las dificultades que enfrentarían, el general dio continuidad a las explicaciones.

- Ciertamente concuerdo con ustedes de que son ordenes inusitadas y duras, mas pensé mucho y no vislumbre otra salida. Además de eso, si fueran ellas cumplidas de acuerdo con estas orientaciones y bajo la vigilancia severa y personal de ustedes, conseguiremos disminuir los riesgos de la operación, ya que los soldados serán controlados por vuestros ojos, evitándose cualquier abuso. No preciso decir que si ocurrieran saqueos o hurtos por parte de la tropa o cualquier comportamiento de los soldados que signifique abuso de confianza o actitud inadecuada con las mujeres o niños, serán severamente castigados inmediatamente.

Con todo, no deberán intimidarse en la inspección de las habitaciones, apartando armarios, abriendo puertas, levantando objetos, abriendo gavetas, retirando cosas colgadas, escudriñando [forros](#), [alçapoes](#), sótanos, etc.

Todo lo que fuera sospechoso y que pudiera ser tomado en cuenta como objeto potencialmente peligroso, con excepción de cuchillos de cocina, tijeras y pertrechos similares, deberá ser retirado del interior, anotándose en un documento el número de casa, el nombre de la calle, el nombre de los habitantes y el objeto que fue aprehendido, con sus peculiaridades para que, siendo recogidos en el cuartel, podamos saber a quien pertenecían tales objetos, como armas de fuego, espadas,

material explosivo, material de propaganda, uniforme, botinas y cosas parecidas.

Recogidos al cuartel, serán guardados en la sala de las armas y, después, evaluados uno por uno, convocándose a sus efectivos dueños para que aquí vengan a explicar sobre su existencia y, si fuere el caso, llevarlos de inmediato.

Los caballos deberán ser enganchados a las piezas de artillería, a los cañones que serán llevados a la calle como forma de intimidación de cualquier morador más acalorado que no se conforme con las determinaciones, en cuanto que cada uno de los oficiales deberá utilizarse de una montura para fiscalizar con mayor agilidad y rapidez las ocurrencias a lo largo del trecho bajo su vigilancia.

Las **praças** graduadas, como los sargentos, deberán desarticularse a lo largo de la línea de casas que están siendo pesquisadas, de manera que cualquier ocurrencia de emergencia le sea notificada de inmediato y encaminada al oficial responsable que tomará las medidas oportunas en el acto y después relatar al comando general de la operación en minucioso relato todas las alteraciones ocurridas.

Si fueran eficientes como ya dieron prueba de que lo son, nuestro trabajo se cerrará antes de la puesta del sol y no dejará brecha para fugas u ocultamiento de objetos o personas. Agarraremos todos los sospechosos.

- ¿Alguna duda? – preguntó Alcántara, como dando por terminada la reunión pasando al capitán Macedo las ordenes por escrito y los documentos copiados y asignados por el comandante, dando a cada oficial los poderes para que, en nombre de la manutención de la orden, poder entrar en las casas del pueblo.

El silencio total era como para enfriar el alma y permitía oír el zumbido de los insectos volando cerca de las lamparitas de campaña.

El día iba a ser largo...

9

La sembradura del mal.

Reunida en el patio de la guarnición bajo el comando de Macedo, estaba toda la tropa destacada para aquella región del interior del Brasil imperial.

Más de quinientos hombres se encontraban en filas cerradas a la espera de las determinaciones para aquel día tan diferente.

Delante de ellos, los oficiales perfilados aguardaban la llegada del comandante que determinaría el inicio de la operación tan secretamente organizada y con finalidad tan

radical.

Al toque del clarín que anunciaba la llegada del comandante, todos adoptaron la posición de atención bajo el comando del capitán Macedo que, acto continuo, entregó la conducción de la operación a su superior inmediato.

El general tomó la palabra e incitó a la tropa a cumplir las ordenes que recibirían sin titubear, pues de ellos dependía el éxito de la operación, la continuidad de la integridad del ejercito nacional y la seguridad del Imperio.

Destacó que los más fieles en el cumplimiento del deber serían agraciados con licencias y medallas, con citaciones meritorias en sus prontuarios, proponiendo futuras promociones.

Explicó que revoltosos se hallaban infiltrados en aquella región, amenazando la paz y divulgando palabras de orden contra todos los que allí se hallaban trabajando honestamente, al servicio de la patria y de la seguridad de los propios rebeldes.

Sabía instigar con medias verdades y coger la indignación de los comandados con palabras hábilmente entretejidas en el sentido de la instalación del animo adecuado en el espíritu ciego de las masas que comandaba.

Estaba produciendo un sentimiento de antagonismo entre los soldados y los habitantes de aquella localidad pacifica,

a fin de que todos los ciudadanos fuesen vistos como potenciales rebeldes infiltrados o sospechosos, de manera de no permitir que simpatías anteriormente constituidas con los residentes de aquellas calles y casas interfiriesen en su obligación de escudriñar todo y a todos.

Eran ellos, los soldados, los hombres honestos injustamente calumniados por la campaña difamatoria, mientras que los moradores eran cobras ponzoñosas que encubrían aquel tipo de calumnias dando apoyo a los rebeldes.

Dijo que las noticias recibidas de sus propios superiores informaban que los responsables por el movimiento se hallaban **estocando** armamentos, de manera que deberían ser confiscados todos los objetos sospechosos que pudiesen servir como arma de ataque, trayéndolos para el cuartel.

Si cualquiera del pueblo opusiese resistencia, tenían autorización para llevarlo al conocimiento de su superior inmediato y efectuar la prisión del morador inmediatamente.

Hablando así, Alcántara entregó el comando de los respectivos grupos de militares a sus respectivos oficiales y **praças** para que la operación comenzara.

Mientras tanto, el pueblo dormía al sonido de los gallos que, una que otra vez, somnolientos, emitían sus cantos madrugadores.

En aquel día, los habitantes irían a despertar de forma jamás experimentada antes.

* * *

Tan pronto fuera dada la orden de inicio, salieron a la calle los batallones dispersándose por las diversas vías de la ciudad que, en vista de ser de porte reducido, pronto fue ocupada por los soldados, vigilada en toda su extensión urbana, en la forma de dos soldados en la puerta de cada casa, de bayoneta calada y de fusil cargado.

Todo realizado en el más absoluto silencio, exceptuado, obviamente, el rumor natural del traslado de los animales y cañones que irían a componer el escenario de intimidación.

Cuando todo estaba preparado, los grupos de soldados ya escogidos para iniciar las búsquedas, tomaron posiciones aguardando orden superior para iniciar la acción.

Una vez que el comando general fue informado de que todos los puestos estaban preparados, Alcántara dio la señal, despertando a los habitantes con una salva de cañones, facilitando el trabajo de la tropa.

Con el estruendo, mucha gente brincó de la cama sorprendida y asustada procurando abrir ventanas o puertas para ver lo que estaba pasando.

Era suficiente para que se les instalara en sus espíritus el sentimiento de terror.

Soldados armados en la puerta de la casa, cañones en la calle, barricadas en las esquinas, todo recordando un campo de batalla.

Y entonces, comenzó la invasión de los domicilios por los hombres designados. Cada grupo llevaba consigo copia de la orden de Alcántara que, en aquel local se erguía como la autoridad máxima contra el cual nadie osaba contestarle las determinaciones. No obstante el miedo de muchos y el rechazo de la mayoría, la operación tuvo inicio.

Las primeras casas fueron abiertas y en su interior los soldados revolvían todo, intimidando a los moradores con las armas que portaban y con las amenazas que hacían. Personas inocentes se veían colocadas en la condición de bandidos procurados, sin derecho a la privacidad y a la libertad de pensamiento. Objetos eran recogidos, personas eran inquiridas sumariamente, tenían sus nombres anotados y, casa por casa, iba quedando el rastro de cosas revueltas, desorden y llanto de niños amedrentados.

Pronto comenzaron a aparecer los que no aceptaban aquel tipo de comportamiento, por considerarse ciudadanos honrados y cumplidores de los deberes. A la menor señal de contrariedad, con todo, eran detenidos y enviados en carreta cerrada de tracción animal, al cuartel, donde eran aprisionados

como bandidos comunes.

Más adelante, cuando el día ya amanecido comenzaba a hacerse caliente por el sol, los ánimos fueron, igualmente, irritándose.

En una casa modesta, uno de los soldados encontró antigua y enmohecida garrucha que fue considerada instrumento peligroso, aun estando con problemas y no prestándose siquiera como instrumento de decoración. Fue ella, con todo, catalogada como prueba de que en aquella casa residía gente “de ellos”, como decían entre sí los propios militares.

Mas el morador no se conformaba con eso, e insistía en decir que aquello no le pertenecía mas si era del viejo padre que estaba fuera, pasando temporada en la casa de otro hijo, en otra región.

- ¿Todos tienen sus invenciones y sus mentiras para huir a las responsabilidades, cuando son agarrados de infragantes, no es así? – dijo riguroso uno de los soldados.

- Pero no es mía y, además de eso, no sirve para nada – respondió el morador que, trémulo, anteveía su catalogación como despreciable salteador sumariamente condenado.

- ¡Su nombre, rápido! – ordenó el militar.

- ¿Para qué? Yo no hice nada de errado.

- Está preso por obstaculizar nuestro trabajo. Vístase ya, pues Ud. será llevado para el cuartel y allá va dar informaciones que aquí no quiso ofrecer.

- Mi nombre es Juvenal, Juvenal...

- Ahora no adelanta, no. Vamos andando.

- No señor soldado, no haga eso conmigo. Yo soy una persona pobre, mas nunca fui preso porque soy honesto.

- Todo en la vida tiene una primera vez... – respondió el soldado insensible.

Eran las palabras del general que hacían efecto.

A medida que el día corría, eran recogidos al cuartel más y más personas que iban llenando la cárcel y, ahora, comenzaban a ser alojados en las cuadras de los caballos.

Del mismo modo, la rebeldía se iba acumulando en el corazón de los habitantes, que eran tratados sin ningún respeto o consideración.

Esa falta de respeto se observaba por la conducta de los hombres que efectuaban las búsquedas, los cuales aprovechaban los momentos para hacer justicia con las propias

manos, perjudicando personas con las cuales no simpatizaban, persiguiendo con ordenes inicuas a los que no les eran queridos, efectuando prisión de antiguos desafectos que no habían sido vengados mas que tampoco habían sido olvidados.

Los soldados, en la condición de cumplidores de ordenes tan insólitas, se veían elevados en su importancia y eso hacía que viniesen a la superficie todas las debilidades de sus espíritus reprimidos por tener que obedecer durante toda una vida.

Tal importancia les fue atribuida por el comandante para preservar los oficiales y a él mismo de ese incomodo trabajo, que los desgastaría aun más, si hubiesen de ser hecho personalmente por ellos mismos.

Alcántara pensaba en todo.

Sabiendo que tal operación iría a herir a los habitantes del lugar, pensó que sería mejor dejar a los soldados y [praças](#) sin mucha calificación efectuar las búsquedas directas, evitando, así, aparecer como cumplidor de tan impopulares determinaciones.

Nada hasta entonces había sido encontrado que pudiese ser tenido como prueba de la existencia de la conspiración armada que los superiores le habían indicado.

Fueron recogidas algunas armas blancas, puñales y

espadas corroídas, algunas escopetas de caza sin uso y nada más.

Algunas escaramuzas entre los militares y los moradores fueron aumentando la tensión entre los cumplidores de las ordenes y el pueblo.

Aquí, uno de los soldados desacatados por un viejo morador le dio un empujón que lo tumbó al suelo, provocándole una fractura ósea.

Allí, otro soldado inescrupuloso que, aprovechándose de su condición de invasor oficial, efectúa pesquisa y se apropia de pequeñas joyas cargadas en sus bolsos sin que nadie lo percibiese.

Más allá, jóvenes, mozas o adolescentes son provocadas por hombres uniformados que se aprovechaban de la condición para insinuarse sin ninguna ceremonia o respeto.

Favores son concedidos a las más bellas o a las más astutas intentando una complaciente averiguación que no les destruyese los bienes ni perjudicase la vida de la familia a cambio de aciertos amorosos posteriores.

Todo eso iba ocurriendo fuera de la vista de los comandantes que nada sabían de estos hechos por no poder controlar todas las circunstancias.

Mas las personas sabían y se estaban revelando de verdad.

Después de la inspección, las familias tenían que mantenerse dentro de casa para que las búsquedas no fuesen obstaculizadas por el transito de personas en la calle. Solo podrían salir al final de toda la operación. Para los casos de emergencia que envolvían salud, remedio, o alimentos a ser adquiridos, los oficiales responsables eran puestos a la par de las circunstancias y, personalmente, evaluaban, autorizando o no.

No obstante, los ánimos exaltados y las detenciones estaban creciendo en la misma proporción.

Los primeros iban siendo contenidos por la intimidación de las armas. Las segundas nada contenía.

Comenzaron, entonces, a caer algunas piedras sobre los soldados, venidas de algún lugar no identificado y lanzadas, con certeza, por personas que se ocultaban en árboles más altos en los fondos de las propias casas.

Caían sobre las cabezas protegidas de los militares y les causaban indignación por la osadía, juzgando se tratara de acto producido por los rebeldes que se hallaban perseguidos.

Mas las búsquedas proseguían mientras tanto el calor aumentaba.

Todo estaba bajo control relativo, hasta el instante en que lo inesperado aconteció.

En una de las calles más populosas de la localidad, una piedra lanzada de lo alto de un árbol alcanzó el suelo luego la frente de un soldado que montaba guardia en su puesto de vigilia, junto al teniente Almeida.

Por la fuerza del impacto la roca fue partida en varias estillas, algunos de los cuales alcanzaron el rostro del teniente Almeida, que se hallaba sentado en su silla de campaña leyendo los informes de la operación, hiriéndole la vista y produciéndole innumerables cortes y sangramientos.

Inmediatamente se creó un alboroto entre los militares.

Creían que estaban siendo atacados por rebeldes que se escondían, los mismos que estaban procurando.

Por la dirección de donde había partido el objeto lanzado – algunos árboles altos situados en el fondo de las casas revisadas en aquella calle, - los soldados se organizaron en algunos grupos para producir un cerco de los árboles y prender a los agresores.

Las heridas en los soldados y en el oficial hicieron que Alcántara se tornara más rebelde, expidiendo ordenes a todos para que redoblasen el rigor y no permitiesen cualquier acto de

ese tipo, ya que aquel era un comportamiento que tendría que ser cohibido y vengado.

A la sombra del general, con todo, estaba el espíritu de Luciano, instigándole los sentimientos violentos y estimulando en el militar las reacciones que ya eran naturales de su interior arbitrario y orgulloso, aumentadas ahora por las sagaces intuiciones recibidas por el cerebro humano invigilante que Luciano conocía muy bien.

Haciendo crecer el sentimiento de reprimenda a los agentes de ese hecho, el mismo general fue al lugar donde todo había ocurrido, determinado el cerco a la manzana y convocando los mejores tiradores del cuartel para que se perfilasen al frente de las casas para hacer que aquella reprimenda sirviera de ejemplo.

Nueva lluvia de piedras cayó sobre ellos, partida de la misma dirección, teniendo que protegerse de los artefactos voladores para que los mismos no les alcanzaren las áreas al descubierto del propio cuerpo.

Aquello era más insulto para el comandante. Ser recibido a pedradas, aún más venidas de agresiones ocultas en el medio de los árboles, lo que les dificultaba responder a los ataques de forma eficiente.

Mas Alcántara no era hombre de dejar sin respuesta una ofensa a su persona, a su orgullo o a sus subordinados ya que

estaba acostumbrado a imponerse delante todos con sus propios argumentos.

Allí estaba, también, la influencia del espíritu de Luciano, su verdugo más próximo, que iría a encaminar al general al matadero, con las propias piernas.

- Atención hombres. Uds son testimonios de que estamos siendo cobardemente agredidos por enemigos que se ocultaron en medio de las ramas y nos están alcanzando, ya habiendo herido dos de nuestros valerosos hombres – gritaba nervioso el oficial mayor. Tal conducta es una agresión contra la cual cualquier respuesta se encuadra, perfectamente, en el concepto de la defensa legítima de la propia vida. No podemos, igualmente, dejar que continúe ese estado de cosas, sin que ninguna actitud sea tomada, mayormente para intimidar a los rebeldes y hacer con que cese este comportamiento, además de capturar a los responsables para que puedan pagar por el crimen que perjudicó a nuestros hombres, ahora recogidos a la enfermería del cuartel.

Nueva lluvia de piedrecillas cayó sobre el general y los tiradores que al lado de él de hallaban, lo que lo llevó a interrumpir el discurso hecho a gritos para que todos escuchasen, con la orden:

- Soldados, apunten los fusiles para lo alto de los árboles de donde parece que vienen los ataques contra nosotros y descarguen la carga. Allí están alojados los integrantes de la

camarilla que estamos procurando.

No precisó esperar mucho. Los soldados allí hipnotizados por su presencia imperiosa que ordenaba tal actitud, dirigían sus armas para lo alto de los árboles, aguardando lo que vendría después.

- ¡Fuego!!! – grito estentóricamente el general.

A su orden, una nube de humo oliendo a azufre cubrió la calzada, partida de la boca de los fusiles que proyectaban los artefactos disparados en la misma dirección sucesivas veces, en cuanto que el barullo fuerte de los disparos hizo un silencio aterrador tomar cuenta de todos los corazones, inclusive de los propios soldados.

Al mismo tiempo en que innumerables ramas eran cortadas con las hojas inocentes cayendo al viento, como heridas de muerte por los proyectiles, se oyeron gritos que fueron seguidos por fuertes golpes en el suelo.

Todos corrieron para ver el efecto de los disparos, ya que parecía que algunos de los rebeldes habían sido heridos y, siendo detenidos por los militares, podrían dar noticia de los demás.

Al mismo tiempo en que los militares invadieron la residencia para dirigirse a los fondos de donde parecía estar viniendo los gritos, los moradores de la casa hicieron lo mismo,

corriendo para la parte posterior de la morada, en desespero.

Y cuando todos llegaron al lugar, allí estaba el resultado de la acción contra los rebeldes infiltrados, lanzadores de piedras y peligrosos integrantes de los grupos amenazadores de las instituciones: dos muchachos de 13 y 14 años estaban estirados en el suelo, ensangrentados por las balas de los fusiles que los alcanzaron de lleno, trayendo en las manos las tiraderas rudimentarias de que se servían para efectuar los ataques.

Eran el hijo del morador de aquella casa y su amigo vecino que, en la condición de víctimas del comportamiento indigno de los militares que les visitaron el hogar, humillando a sus padres en frente de todos los parientes, se vieron en la obligación de responder utilizando las armas que disponían, ya que estaban en la fase de la holgazanería y caza de los pajaritos de la región.

El general, con la sangre fría que le era característica, ordenó la venida de las camillas, mientras que los gritos de desesperación de los padres de ambos muchachos se combinaban al espanto y a la inercia de los otros soldados, que asistían a todo con la conciencia acusándoles de una culpa que cargarían por el resto de sus vidas.

Ordenó la retirada de todos los militares de aquella casa, mientras tanto se aglomeraban los oficiales que habían oído los tiros, en la puerta de la casa, aguardando alguna noticia de lo acontecido.

Todos estaban aprehensivos.

Dos camillas de campaña salieron cargadas por soldados, con los cuerpos de los dos jóvenes en dirección del cuartel, que contaba con aparatos médicos para emergencias de ese tipo.

Bastó la visión de las camillas y de los cuerpos heridos siendo llevados en disparada por las calles y todos los habitantes sintieron la rebeldía amarga subirles a la garganta, no pudiendo, con todo, responder a la altura de la agresión, al menos hasta aquel momento.

Alcántara sorprendido por los hechos que no hubiera previsto, enceguecido por la idea de que estaría respondiendo a los agresores, ahora tenía la mente confusa y trabajando desesperadamente para obtener una ecuación que pudiese contornear todos los problemas.

- Al final, son dos pillos que merecieron los tiros ya que estaban atacando al propio ejercito – pensaba él queriendo defenderse de la acusación de la propia conciencia que le decía haber hecho lo que no le cabía hacer.

Volvió rápido al cuartel y mientras procuraba noticias del estado de los heridos, determinó el cierre de las operaciones con el retorno de todo el destacamento a las dependencias del cuartel para que fuesen hechos los levantamientos sobre todos

los hechos ocurridos a lo largo del día.

Aun así, las cosas ya no eran más tan simples como pretendía hacer el raciocinio práctico del militar arrogante.

La sementera estaba lanzada en el corazón de toda una comunidad. Simiente de odio, humillación y rebeldía que tenía en el general, al mayor verdugo.

Principalmente ahora que, como fruto de tan siniestra iniciativa, tendría para presentar como revoltosos que consiguió atrapar y que amenazaban al ejército de Su Majestad Imperial, dos niños con tiraderas en la mano.

Ambas, ahora, ¡muertas!.

10

Esclareciendo.

La sabiduría divina se manifiesta en todos los detalles de la creación, de tal manera penetrando todas las cosas que no hay como negar que todo traduce algo de la perfección del Padre.

Al renacer, el ser humano es dotado de todos los recursos para enfrentar las dificultades que tendrá delante de sí, pues su espíritu ya recibiera, en el Mundo Espiritual, las

lecciones indispensables para volver al mundo y enfrentar aquellas condiciones de dolor, sufrimiento, desafío, alegría, trabajo que consisten para él, al mismo tiempo, oportunidad de rescate y de reconstrucción.

La Pedagogía Divina no podría ser diferente.

Si regresa después al Mundo Espiritual en la condición de endeudado e incumplidor de lo que le cabía realizar, eso se da por descuido personal, por falta de voluntad propia, por debilidades derivadas de la carencia emocional, de la autoconmiseración, de la repetición de vicios, de la manutención de sus tendencias.

De un modo o de otro, despreció todas las dadas celestes anteriores a su encarnación y todas las fuerzas recibidas a lo largo de la vida física, para superar los desafíos de su jornada material.

Como dijera Jesús, “el Padre no da al hijo un fardo más pesado que las fuerzas que posea para poder cargarlo”.

Así ocurre con todos nosotros, bajo pena de que Dios no sea prudente, sabio, bueno y, por eso,... no sea Dios.

Este era el caso del general Alcántara.

Viniera a la Tierra para ejercitar sus tendencias dentro de sus características de espíritu activo y de liderazgo, habiendo encaminado por los caminos de la milicia, gracias a la influencia paterna, antiguo compañero en otras encarnaciones.

Intentando fortificarle el espíritu con temperancia y prudencia, vigilancia y amor, fue él colocado igualmente al lado de una mujer que, en la condición de madre amorosa, ejerciera influencia positiva sobre su carácter para que él recibiese en la cuna familiar todos los componentes básicos para el ejercicio de su función de liderazgo dentro de los patrones edificantes.

No obstante toda la preparación y todo el celo espiritual, llegó el día en que Alcántara tuvo que verse comandado por sí mismo, lo que pasó a hacer teniendo por consejeros los intereses mezquinos de que era portador.

No mirara para el futuro con ojos de alguien que pretendiese sembrar buenas semillas para recoger cosecha provechosa.

Fuera convocado a preparar la tierra, sembrarla para coger los beneficios del progreso de todos.

Se limitara a ser, apenas, explotador del terreno, cavándole las extrañas para sacar aquello que no le pertenecía, dejándolo sembrado de huecos y zanjas, cual profundos cortes que no cicatrizarían sino con su propio sufrimiento.

Por el camino que seguía, lo que se veía no eran labranzas verdeantes, constituidas de hombres felices y criaturas en proceso de crecimiento.

Se veían apenas ramas cortadas, troncos humeantes, huecos y cenizas.

Con eso, el noble general cuyo uniforme ostentaba las insignias que los hombres se otorgan mutuamente en la satisfacción de sus vanidades, era un espíritu extremadamente endeudado, trayendo en el alma las insignias que su demérito fue construyendo, representada por un periespíritu cuya luz interior se hallaba eclipsada por sucesivas capas de fluidos densificados que lo tornaban verdadera sombra, sobre la cual innumerables espíritus de igual tenor imperaban, comandándole los sentidos y haciéndose cómplice con su modo de ser para de él sacar mayor ventaja.

El espíritu de Luciano era uno de los que se aproximaban en el intento de vengarse, encontrando todas las tomas mentales y todas las brechas para hacerlo sin dificultad.

Al inverso de actuar con la sabiduría del hombre que precisaba valorizar a los otros que le eran subordinados, se acreditaba superior a los demás, apenas por traer un rango que lo colocaba en situación de relevo.

Acostumbrado a la exaltación de su personalidad, a la adulación y a los falsos amigos que se acercaban a él para envanecerle y para aprovecharse de su importancia, cultivara el orgullo como consejero, al mismo tiempo en que fue relajando el control sobre sus deficiencias de carácter, pasando a creerse por encima de todo, tanto de las personas como de las leyes que él debería cumplir y defender su cumplimiento.

Por eso no le pesaba ninguna culpa por estar usurpando los bienes materiales de aquellos de quien envidiaba las posesiones he ahí que, en su conducta mental, se juzgaba merecedor de aquellos bienes por ser mejor, más inteligente y poderoso que los otros.

No poseía más patrones éticos para dirigirle la conducta y, si es cierto que sabía disimular y comportarse socialmente de forma adecuada a las circunstancias, no menos cierto es que era verdadero lobo voraz, listo para dar el salto sobre la presa.

Con eso, Alcántara abrió todas las compuertas de los sentimientos más inferiores, exponiendo su vida al patrón bajo de sus pensamientos y sentimientos, sin que los espíritus superiores que le tutelaran la reencarnación pudiesen hacer cualquier cosa a fin de que su experiencia terrena, bajo la personalidad de aquel general, pudiese ser aprovechada por las cosas buenas que podría edificar. Ella le sería útil por el cáliz de amargura y sufrimiento que tendría que soportar, en vista de las escogencias emprendidas.

Intentando ayudarlo en el éxito de sus proyectos reencarnatorios, los espíritus amigos le situaron los pasos junto de amorosa compañera, Lucia, mujer distinta y de elevados sentimientos y de hija cariñosa, Lucinda, la única flor cuyo perfume llegaba al corazón del militar.

Era, el militar, como un río caudaloso y de aguas revueltas, contenido por dos valerosas márgenes que lo dirigían al destino que escogiera. La presencia de la esposa era un freno natural para sus desatinos de hombre vanidoso, ya que la mujer lo conocía y sabía como dominarle los impulsos más inferiores. Y la dulce compañía de la hija representaba para él un refrigerio y un confort que no conocía en ningún otro lugar.

No obstante, la desaparición de la esposa victima de un extraño accidente, privó el río de una de sus márgenes, permitiendo que sus tendencias instintivas se ampliaran, extravasando sus ímpetus ahora ya no contenidos más.

Restaba Lucinda, el amor de su corazón, la joven hija que era el verdadero oficial superior a quien el general se sometía. Ella, con todo, era dócil y cariñosa, no ejerciendo sobre el padre el poder de intimidación que la madre, Lucia, poseía sobre el marido.

Y eso dejó a Alcántara a su voluntad para hacer lo que estaba acostumbrado.

* * *

La acumulación del mal, sin embargo, deberá desencadenar respuestas que puedan aliviar las tensiones causadas por la carga de maldad que se va abultando en el espíritu del ser invigilante.

Algunas veces estas tensiones de acumulación energética negativa, se canalizan para diversas enfermedades físicas o mentales, permitiendo que el espíritu acabe drenando para su cuerpo de carne las descargas de vibraciones deletéreas que va juntando.

No obstante, en el caso en cuestión, Alcántara comenzaba a sentir las consecuencias funestas de todas las actitudes inferiores sucesivamente aglomeradas sobre su conciencia, de tal forma que todo el mal acumulado, cual una represa repleta de detritos, comenzaba a romper el dique de contención e iría a despejar su contenido sobre su propio constructor.

Por ese motivo, las innumerables parábolas del Divino Maestro convocando al hombre a reconciliarse con su hermano mientras estuviese a camino, a dejar su ofrenda al lado del altar e ir, primero, a disculparse con su adversario; a perdonar siempre y sin limitación; a ofrecer la otra mejilla y a entregar también la camisa a quien le pide la capa, etc. Todas estas conductas mentales y físicas, alivian el contenido del reservorio de las propias iniquidades, haciendo que el hombre no sea sorprendido por el mal que produjo, de regreso a la fuente que

lo generó.

Al contrario, las palabras de Jesús aconsejaban la practica de conductas interiores que, aglomeradas y acumuladas en el corazón y en el pensamiento del individuo, solo podrán traer al agente las **benesses** oriundas de la buena sementera.

De allí que Él haya propuesto al hombre acumular tesoros en el cielo; a amar al otro como a él mismo, a dar comida a quien tiene hambre, visitar al enfermo, al preso, dar abrigo al abandonado, ser el ultimo si deseara ser el primero, ser un buen samaritano ejercitando la misericordia.

Estas formas de actuar acumularían efluvios positivos que, lejos de transformarse en una avalancha de detritos, se convertirían en perfumado roció que cae en silencio sobre la frente que lo esparció, rehaciéndole las fuerzas y estimulando la continuidad de la tarea.

Desencadenar el bien, he ahí el deber del hombre de bien.

Soportar el mal, he ahí la consecuencia para el hombre invigilante que lo produjo.

¡Dar para recibir!

¡Recibir lo que dio!

¡Entregar lo que posee!

¡Poseer, apenas, lo que entregó!

He ahí la ley del Universo.

* * *

Allá estaba Alcántara, con los cuerpos de dos niños pesando sobre su responsabilidad, oyendo la conciencia acusándole de que era un precio muy alto que le estaba siendo cobrado.

Revivía el instante en que el mismo gritara “Fuego”, imaginando poder volver atrás, apenas algunos minutos, para que todo estuviese transformado y que su conducta no redundase en una tragedia tan grande para aquel pueblo.

No obstante, el tiempo solo anda para el frente.

En aquel punto el dique de maldades iniciaba el rompimiento de todas las barreras y el mal acumulado por sucesivas actitudes inconsecuentes iría a levantarse delante de aquel que lo había juntado avaramente.

En la ciudad, la rebeldía tomara cuenta de todos los habitantes, que no se conformaban con aquella inquisición abusiva de su intimidad, agravada por la desastrosa operación que llevó a la muerte de dos niños inocentes.

Las familias de ambos jóvenes recogieran los cuerpos para darle sepultura, sin ocultar la inconformidad y el odio de aquellos soldados que fueron la desdicha de toda la comunidad en aquellos días.

El padre Geraldo encomendó los cuerpos, tomando todos los cuidados para no acusar al general o cualquier otro soldado de actitud irresponsable, ya que no pretendía verse en malas relaciones con Alcántara y Macedo, ni instigar más odio en los corazones sufridos de los entes queridos, ya por sí mismos tan desamparados.

En el día y hora de la sepultura, una gran multitud fue al campo santo para orar por las almas de aquellos mártires de la resistencia, aun imberbes. Los únicos que, en aquella mañana de arbitrariedades, osaron actuar contra el despotismo de las armas, fueron enterrados con las tiraderas en el pecho, triste homenaje a su coraje arrebatado, en una reproducción grotesca y al contrario del embate entre David y Goliat.

En este duelo, Goliat vengara la tiradera.

¡Al final, Goliat tenía fusil!

Seria, sin embargo, de triste recuerdo para el comandante, como él mismo iría a percibir más tarde.

Los Rebeldes.

La gran operación montada en Barrera de Piedra tuvo la finalidad de capturar los rebeldes, una vez que había noticia de su existencia y de sus actividades de naturaleza libertadora.

El movimiento, en verdad, no poseía ninguna organización más compleja que pudiese generar recelo por parte de los grupos dominantes.

Era una agrupación de personas, en general hombres jóvenes, que se reunían alrededor de ideales nacientes que envolvían la liberación de los esclavos, el rompimiento definitivo con el pasado lusitano, la implantación de un nuevo régimen político, todo eso congregado en palabras de orden que eran divulgadas a través de folletos clandestinos.

A pesar de poseer una naturaleza liberal, el viejo Emperador se hallaba muy distante para poder actuar con su espíritu conciliatorio.

Los que defendían las estructuras estatales en su nombre, o sea, los gobiernos provisionales y las guarniciones militares tenían el perfil del carácter de sus comandantes, ahora más liberales conforme el propio Emperador, mas, en su mayoría, despóticos y firmes, contrarios a cualquier riesgo de

cambio, que les comprometería la situación política personal o las regalías ya conseguidas.

Para ejercer influencia social, los llamados rebeldes tenían necesidad de hacer transitar sus ideas, lo que consiguieron realizar a mucho costo, con la adquisición de una vieja maquina impresora manual que trabajaba día y noche imprimiendo noticias, haciendo el papel de voz de los ideales.

Al movimiento se reunían personas de mente rejuvenecida por las nuevas tendencias que iban surgiendo a partir de la revolución francesa, ganando fuerza con la revolución industrial y [alavancadas](#) por las presiones políticas de países como Estados Unidos de América, deseosos de favorecer la abolición de la esclavitud para que la mano de obra barata, aquí existente, no fuese obstáculo para su practica comercial, en la competencia entre los mercados de productos agrícolas o pequeñas manufacturas en una industria emergente.

Al mismo tiempo en que las ideas nuevas cautivaban el espíritu emprendedor e idealista, en aquel lugarejo había otro motivo que se sumaba para que el movimiento fuese más intenso y preocupante.

Era el general Alcántara, con sus métodos pocos correctos de administrar la comunidad, generando sucesivos descontentos al mismo tiempo en que sabía preservar las amistades importantes y contar con su apoyo incondicional.

A lo largo del tiempo, después del fallecimiento de su esposa, el general consiguiera crear muchas enemistades en el corazón de gente más simple que fuera víctima de sus ambiciones.

Tales criaturas, viéndose despojadas por los métodos falsos y mal escamoteados del militar, no poseyendo formas de defenderse o de hacer valer derechos contra la fuerza, se iban aglomerando alrededor de líderes liberales, con aquel discurso que representaba una respuesta al autoritarismo ejercido por aquel hombre arrogante y orgulloso.

Así, en Barrera de Piedra, el movimiento que surgió modesto repartiendo panfletos de puerta en puerta durante la madrugada, pasó a ganar adeptos que simpatizaban con la causa, exactamente como forma de buscar la venganza contra aquel militar que los venía perjudicando.

De este modo, las reuniones pasaron a ser más concurridas y, para evitarse la desagradable sorpresa de ser todos presos de una sola vez, los responsables iniciaron una práctica de que, a cada reunión se congregaban en un local diferente, en las casas más distantes del cuartel y solo admitiendo que parte del grupo allí se reuniese.

Además de eso, una vez por mes, todos se reunían en una propiedad rural más retirada, siempre al caer de la noche, para la evaluación del movimiento.

En esa propiedad, cuyo propietario era un hombre también perteneciente al movimiento, se hallaba la maquina copiadora que, distante de la ciudad, permitiría trabajar a los intelectuales del movimiento sin llamar la atención.

Después de compuestos los tipos e impresos los mensajes, eran ellos llevados en pequeños paquetes, sin llamar la atención, para su distribución en la ciudad.

Iniciado por hombres de letras y de ideas, el movimiento ganó fuerza con la adhesión de las victimas del general que pretendían, más que solo entusiasmarse con las ideas, transformar aquello en un movimiento que enfrentase el cuartel, preparando una rebelión más amplia que pudiese alcanzar la persona de aquel hombre frío y que nadie consiguiera retirar del comando y de la dirección de la localidad.

Por eso, los más heridos y perjudicados, pasaron a preocuparse con la reunión de recursos armados, quedando de arrumar revólveres, escopetas, cuchillos, puñales, espadas, municiones, pólvora y todo lo que fuese posible para un eventual y deseado enfrentamiento.

Los lideres intelectuales del movimiento no veían como impedir tales reacciones, ya que precisaban de gente para difundir las ideas y, una vez divulgadas, las manifestaciones de los hombres del viejo orden deberían ser violentas.

Prepararse para la guerra, tal vez fuese el único medio de garantizar la victoria y la sobrevivencia de los principios defendidos.

Los intelectuales, con todo, no se ensuciaban con armas o deseos de matar. Querían cambios que fuesen aceptados e implementados por todos. Soñaban, como lo hacen todos los idealistas, con la obra acabada, sin conseguir imaginar la amplitud de la lucha para alcanzar el estado de la implantación completa.

Los otros integrantes del movimiento eran responsables por arrumar los recursos y dar soporte logístico y, ahora, bélico al movimiento.

No obstante, por más que se dedicasen en obtener armamentos, lo que conseguían no era de animar.

En aquel rincón distante, todo era difícil.

Eventualmente, alguien viajaba y en el regreso traía tinta, papel, algún arma usada y poca munición.

Quien más colaboraba era el hacendero Armando, propietario del área usada por los líderes intelectuales del movimiento, uno de los cuales, de nombre Luis, se había casado con su hija.

Simpatizante de las ideas del yerno, Armando no mantenía más cautivos en sus tierras. Allí, todos tenían sus

modestas casas y, los que no se habían ido aun cuando la libertad les fuera concedida, trabajaban en la hacienda, algunos recibiendo salario, otros recibiendo pequeños áreas de tierra para cuyo pago iban donando servicio o aun recibiendo como pago de la cosecha que ayudaran a sembrar.

Armando y su yerno Luis eran los mayores entusiastas de esas ideas, ya que habían visto el resultado practico ocurrido en la hacienda, con la felicidad imperando en el corazón de hombres libres, que trabajaban sin el peso del látigo y que daban rumbo a sus vidas con autonomía y respeto.

Luis era talentoso escritor y, gracias a los resultados realizados en ciudades distantes, centros de grandes ideas renovadoras, las incorporó a su carácter joven y dinámico, trayéndolas para aquel lugar y allí quedándose en vista de haberse apasionado por la hija del hacendero, de nombre Carolina, con quien acabó casándose.

No obstante, a pesar de todos los cuidados, el movimiento fue creciendo y las noticias a su respecto también.

Los hombres de la ciudad, preocupados en arrumar recursos armados, muchas veces hablaban de ellos abiertamente, en los bares donde se embriagaban y discutían en altas voces, después que el alcohol le había retirado los frenos de la prudencia y del sigilo.

Hablaban algunos de breves tiempos que se

aproximaban, en los cuales no habría más Imperio ni militares.

Oían esas conversaciones otros borrachos que se divertían más, al lado de ellos, uno que otro integrante de la guarnición allí se hallaba divirtiéndose con el vaso de aguardiente en las horas de descanso y, oyendo tales bravatas, llevándolas al conocimiento de los superiores.

En el comienzo fueron tomadas como conversación de borracho.

Más tarde, con la repetición de hechos como esos, pasaron a percibir que la cosa era más seria.

Cuando los folletos comenzaron a ser distribuidos la certeza llegó.

Había un movimiento organizado.

Alcántara, entonces, llevó al conocimiento de sus superiores y solicitó una investigación más profunda sobre la situación. La respuesta llegó en la alforja que Macedo llevara a la hacienda del general en aquellos días pasados.

Realmente, todo estaba confirmado, después de algunos meses de investigaciones. Inclusive el proyecto de la rebelión armada. Solo no sabían decir en que lugar se hallaba la impresora y el arsenal reunido por los rebeldes.

Fuera eso lo que el general procuraba en aquel día que culminara con la muerte de dos niños y el crecimiento del odio en el corazón de todos.

Hasta aquel momento, los ideales defendidos por el grupo eran tratados como algo curioso con el cual buena parte de la población no quería comprometerse. Solo los más corajosos se aventuraban de forma arrojada.

A partir de aquella mañana y gracias al general Alcántara, el movimiento ganaría la fuerza de muchos otros brazos y mentes que, unidas, pretendían vengar la muerte de los muchachos, comenzando por los integrantes de sus familias.

Al mismo tiempo en que crecía el número de los simpatizantes, aumentaba la presión de los insatisfechos clamando por la necesidad de hacerse alguna cosa que pudiese dar una lección a aquel militar, hombre sin límites para actuar.

Los intelectuales intentaban calmar los ánimos. Mostrando que la hora no había llegado, mas los más rebeldes, principalmente los padres de los jóvenes asesinados, tenían deseo de sangre para que la pérdida de los hijos no quedase sin respuesta.

Los argumentos racionales siempre perdían delante de los argumentos de la emoción herida. Las reuniones se hallaban agitadas, casi perdiendo el control.

Para evitar un desliz que pusiese al movimiento a perder, Luis y Armando optaron por suspender nuevas concentraciones hasta que la polvareda bajase y los deseos se pacificasen, dejando de realizar la reunión mensual en la sede de la hacienda, bajo el pretexto de que precisarían viajar.

Con eso, pretendían dar mayor tiempo para que las cosas se calmasen, mientras buscarían en los centros urbanos más distantes, más material para la continuidad de sus proyectos.

Irían a estar fuera por algunas semanas, durante las cuales no participarían de las reuniones y, por eso, pidieron para que ellas fuesen suspendidas hasta que regresasen.

A pesar de ser los líderes de las ideas, el movimiento ya no estaba viviendo más de ideas y filosofía liberadora.

En él se combinó el sentimiento retrogrado del “ojo por ojo” y, utilizándose de su plataforma arrojada, las personas pasaron a desear herir a quien las hiriera, preocupándose muy poco de estar usando los mismos métodos y las mismas posturas que, de principio, combatían.

Sería muy difícil conseguir hablar a una multitud de personas sedientas que deberían ir a la fuente con moderación y orden, para que no fuesen confundidos con maleantes o bandidos comunes.

Al final, el movimiento naciera con el carácter filosófico de la búsqueda de la libertad y de la lucha contra todo tipo de opresión.

No podría usar la pólvora para luchar contra el cañón de los opresores ni del látigo para luchar contra el látigo de los señores esclavizantes.

Eso, sin embargo, no entraba en la cabeza de aquel pueblo revuelto, lo que representaba un problema muy serio que precisaba ser contorneado para que la caminata de la libertad no fuese interrumpida por un abortamiento violento.

Luis, más carismático, reuniera los líderes de la facción armada para entrar en reflexión.

- Mariano, preciso de su apoyo. Usted sabe que no es el momento de ninguna actitud más agresiva, pues aun estamos muy debilitados y no podemos soportar la fuerza de nuestros adversarios, mucho más poderosos que nosotros – dijo el joven pensador.

- Si, Sr. Luis, las personas saben que la cosa no puede explotar ahora, pero está difícil contener al pueblo. Después de lo que ocurrió la semana pasada, un gusto de sangre está en la boca de muchos padres y madres. Yo no sé si esta es una buena hora para que Usted viaje, no.

- Mas Mariano, es a Usted a quien ellos escuchan.

Dígale a ellos que la situación está peligrosa. Que los hombres del cuartel no van a titubear en matar más gente si nosotros diéramos motivos para eso. Van a matar creyendo que están cumpliendo el deber de protegerse de nuestra agresión.

- Así es, Sr. Luis, para su cabeza de joven estudiado, hasta se comprende. Mas va a botar ropa nueva en la [minhoca](#) que existe en la cabeza de ese pueblo. Ideas y palabritas bonitas no tienen fuerza para contener el sufrimiento que pide reparación. Mientras tanto el general quitaba casas, terrenos, tierras, aunque se aguantaban su comportamiento deshonesto, porque la vida de la victima estaba preservada. Mas, ahora que él comenzó a quitar la vida de gente inocente, muchacho que no hacia mal ni para pajarito, ya no existe más lo que se pueda decir para el padre que ve su hijo perforado de bala.

- Mariano, yo entiendo el sentimiento que va en el corazón de esa gente. Solo que todo va quedar mucho peor de lo que está. Hable para todo el mundo que esperen nuestra vuelta y, entonces, iremos todos a reunirnos para trazar un plan que permita el éxito con el menor perjuicio para nuestras ideas. Ese hombre va a pagar caro por todo lo que hizo. Solo que va pagar en el tiempo cierto y con el sufrimiento adecuado a su condición de persona sin escrúpulos.

- Yo voy a intentarlo, mozo, yo voy a intentar ver si convenzo a esa gente. Solo que ellos no están más tan preocupados con ideas y con predicación de derechos. Quieren, eso si, hacer valer sus derechos al menos una vez en la vida,

contra aquel que vive sacando de ellos los tales “derechos” y que tenía por deber defender a todo el mundo. Contra él es que se está luchando. Nadie habla más de libertad de esclavo, en respeto a la condición de ser humano. Todos hablan es de colocar una medalla más en el pecho del general descarado, una medalla bien afilada y que quede con el cabo bien enterrado en su pecho. Voy a ver que puedo hacer.

- Vaya, Mariano. No somos bandidos somos libertadores. Si nos transformamos en bandidos, será nuestro fin y el final de nuestras garantías de respeto y de corrección en las denuncias que estamos haciendo. Yo ya he permitido que los que fueran victimas de ese hombre denuncien lo que el hace. En mi ultimo articulo hablé de sus métodos, denuncié lo que él viene realizando, cite nombres, todo para desmoralizarlo y para compensar los perjuicios que él viene produciendo en sus victimas. Con certeza, ese folleto le cayó en las manos, ya fue repartido por toda la región e, inclusive, fue mandado para el cuartel general en la capital, para que sus superiores conociesen sus métodos. Eso puede haber causado en él la revuelta que nosotros pudimos percibir en la búsqueda que hizo en todas las casas. Cosa que nunca fue hecha en este lugar, ni cuando se procuraba a sicario matador escondido por allí. Estamos tratando con un hombre que no ve limites para continuar siendo de ese modo. Y si nosotros diéramos un motivo, aunque pequeñito, él va a continuar matando más, a partir de allí, lleno de razón por estar defendiendo la patria de un bando armado de revoltosos y descontentos anarquistas. Vaya, ¿¡¡hein!!?

Se despidieron. No obstante, la separación de ambos no produjo ningún alivio al corazón del joven Luis que debería apartarse del fuego justamente en el momento en que los incendiarios se aproximaban de la hoguera.

Era el precio a ser pagado cuando se inicia un movimiento.

Nadie le es el padre para siempre. Llega el día en que el hijo crece y toma el rumbo del mundo guiado por la mayoría.

Eso, Luis no lo podría impedir. Tendría que convivir con los resultados ya que uno de los envueltos, el general, resolviera apagar el fuego con gasolina.

De allí en adelante, todo parecía que iba a calentarse.

12

El plan de Macedo.

En aquel día fatídico, el cuartel general se llenó de malos presagios.

Con la muerte de dos niños y las pequeñas aprehensiones de materiales hechas en la operación tan grande, en el corazón de todos un ahogo profundo informaba de la

innecesidad de todo aquello.

Los oficiales guardaban silencio para no verse envueltos en crítica al superior que, a lo que todo indicaba, esta vez estuviera errado en su evaluación.

Los soldados, más distantes y menos comprometidos con la cadena de comando hablaban en voz baja que todo aquello había sido una desgracia para la tropa.

El general tampoco se engañaba. Alcántara sabía que las cosas no mejorarían y que, al contrario, pasarían a ser más difíciles, ya que dos pequeños mártires habían caído por las balas agresivas disparadas por sus propios soldados.

En su interior frío, no obstante, pretendía actuar de forma racional, pesando el lado contrario y balanceándolo con el lado favorable de todo aquello.

Con todos los errores cometidos, su pensamiento justificaba la acción como forma de intimidación de la colectividad para que no se dejasen llevar por personas o ideas peligrosas.

Era el raciocinio del tirano, acostumbrado a vivir por la intimidación.

Era también la presencia de Luciano que, en espíritu a su lado, más y más iba apretando los lazos de su persecución, a

fin de que Alcántara fuese cayendo en el barranco que su personalidad llena de defectos iba cavando.

A lo largo de todos esos acontecimientos, Macedo iba planeando una forma de aproximarse a Lucinda para cortejar su corazón precisando, entonces, de una disculpa para hacer posible alcanzar el centro de la cuestión.

Precisaba él de una brecha en las preocupaciones tan amargas de todos, para que sus pretensiones no fuesen colocadas en hora inadecuada.

Así, dejó el tiempo correr mientras pensaba en lo que debería decir para aproximarse de la joven.

Pasados los días sin que el general se ausentase del comando, reunió coraje y se dirigió al superior, respetuoso:

- General, delante de todas sus preocupaciones, me gustaría abordar un asunto que, tal vez, le interese y para lo cual usted aun no tomó ninguna actitud directa. Es sobre algo que le dije al respeto y, por las atribulaciones que le vienen cargando el pensamiento, no le ocurrió atinar.

- ¡Vamos, Macedo, diga pronto de que se trata! – dijo imperativo el superior.

- Es sobre la seguridad de su hacienda – dijo Macedo, no refiriéndose pronto de inicio a la hija Lucinda para que no

pareciese al padre que él estaba interesado en la moza.

- Si, continúe.

- Después de todo lo que ocurrió y, siendo verdad que existe ese tal movimiento cuyo foco no fue identificado, con la muerte de los jóvenes en circunstancias tan complejas, estuve pensando que su persona así como su patrimonio podrían ser objeto de cualquier ataque.

- Mas la hacienda está lejos de aquí. ¿Ud. cree eso posible?

- Ora, general, para quien pretende hacer el mal, cuanto más tenga que andar, más tiempo tiene para preparar el plan de la maldad en el pensamiento.

- Así es, Macedo, Ud no está del todo errado.

- Además de eso – continuó el capitán, estimulado por la reacción favorable del superior – usted tiene su hija, la bella joven que allá se halla prácticamente desprotegida y a quien se le incumbe el deber de hombre en proteger y el de padre en amar.

En ese punto de la conversación, el general sintió una fuerte emoción en el pecho y una sofocación interior que casi lo llevó a las lagrimas. No había pensado en Lucinda, tan desprotegida por la distancia, como el único tesoro que le

restaba.

El capitán interrumpió por instantes su charla para que el pensamiento del general pudiese asimilar todos los pormenores de aquella situación.

- Hablando usted así, hombre, me da escalofríos en el alma solo en pensar en todo eso – respondió el militar.

- Disculpe, general, mi intención no es la de causar más aborrecimientos. Sin embargo, nutro por la señorita Lucinda, profunda y sincera admiración, superiores hasta a la admiración natural que todas las jóvenes virtuosas nos merecen. Por eso, juzgo imprudente no adoptar ninguna medida que pueda protegerla delante del futuro incierto. Por aquí nosotros tenemos los muros, las armas, los soldados, mas por allá, ¿quien podrá ejercer la vigilancia? Solo los capataces sin preparación que están siempre ocupados, sea con la bebida, sea con las aventuras con alguna mujer, sea con el látigo.

Hablando así, el capitán comenzaba a demostrar la punta de sus sentimientos y de sus pretensiones a aquel que, en ultimo análisis, debería ser quien autorizara cualquier aproximación.

Sorprendido por la postura de Macedo delante de la hija, Alcántara sonrió y respondió:

- Pues entonces yo bien veo donde está la cabeza de mis

hombres en la hora en que los cañones están en la calle...- habló sonriendo, mofándose de la manera tímida con que su subordinado se refería a la joven, que lo dejaba ruborizado.

- No es eso, señor. Estoy realmente preocupado por lo que pueda ocurrir a tan bella joven, como posible represalia que pueda alcanzar a usted. Es verdad que mi corazón anda bien lejos de mis actuales obligaciones, lo que no me impide ser fiel cumplidor de los deberes del cuartel. A pesar de eso, me manifesté para que usted pensase en el asunto y tuviese la preocupación con la joven inocente, vulnerable a la violencia de cualquiera de esos vengativos de [plantaos](#).

- Vea, Macedo, a pesar de que sus sentimientos merecen mis respetos y de cierta forma, representan una tendencia que podría exagerar en la cautela y en la evaluación de los riesgos, reconozco que no es infundado su celo. Hablando ahora, después que todo ya pasó, concuerdo con los riesgos a que la... “hacienda”... y todo lo que está dentro de ella está expuesta. En cuanto a su sentimiento, con todo, no me compete decidir o aprobar, ya que mi hija tiene sus propios deseos íntimos y, sobre ellos, yo no determino. Para ser bien sincero, no pretendía verla casada con algún militar, en función de la vida dura que llevamos, teniendo que mudar de ciudad a cada nuevo puesto de comando o a cada promoción. Se pierde la raíz en cada terreno, lo que va generando constante frustración por nunca poderse estar con amigos y en los lugares que se va aprendiendo a querer. Yo, con todo, no decido sobre los sentimientos de Lucinda, ya que ella es madura para evaluar

por sí misma. Solo no permitiré que ella sea molestada por ningún cortejador aventurero que la pueda fastidiar o hacerla sufrir.

Viendo la reacción no muy favorable del padre, Macedo trató de amenizar la situación, procurando dejar una impresión positiva.

- Usted tiene toda la razón. Nuestra vida es dura para la rutina de una mujer. De todas maneras, nunca pretendí presionar a la joven Lucinda para que me fuese favorable. Además, es bien probable que ella no sepa de mis sentimientos, pues nunca herí el asunto directamente. Pretendía, antes, dirigirme a usted que es el padre, es mi comandante y, en mi forma de ver, precisa saber todo eso antes que la propia interesada.

- Pues bien, Macedo, estoy conciente ahora. Deseo para mi hija, un hombre honesto, valiente, que la pueda proteger y merezca de ella el respeto y el afecto naturales. Si ella tuviera eso por usted, no me opondré. Mas si ella no desea cualquier aproximación, no piense que iré a forzarla a aceptar – dijo franco y directo, el padre y superior de Macedo.

- Sí, señor. Yo agradezco.

- En cuanto a lo que lo preocupa, determine a cuatro soldados de su confianza que sigan consigo para la hacienda lo más rápido posible y establezca allá una defensa,

aprovechándose de los capataces Juvenal y Damián que allá se hayan y de algunos esclavos más fuertes, a fin de promover una ronda durante la noche y una vigilancia durante el día. Después que todo estuviera organizado, vuelva para acá, pues preciso de usted cerca.

* * *

Y así fue hecho.

Macedo escogió entre los soldados, los que le eran más sumisos para que sus ordenes fuesen cumplidas ciegamente y para que, más que subordinados, en la hacienda, el colocase verdaderos cómplices subordinados, soldados que ya estaban acostumbrados con sus prácticas ilícitas y que se beneficiaban de ellas igualmente.

Serían ellos vigías que protegerían la hacienda, la joven deseada y, al mismo tiempo, fiscalizarían la rutina de la casa, evaluando quien entraba, quien salía, si había algún otro joven pretendiente que, aproximándose de allí, demostrase sus sentimientos, aun sin la presencia del progenitor.

- El general, duro con los soldados, es muy diferente con la hija. Un hombre de esos dejar que una casi niña decida quien va a aceptar como su pretendiente. Manda en el mundo y no comanda la hija. ¿Cómo es eso posible? – se preguntaba Macedo.

Se dirigió para las tierras del general en aquella misma tarde, llevando los soldados, armas y alguna munición, ya que precisaba establecer una defensa que, al menos pudiese tener recursos mínimos para ejercitar una reacción a un ataque.

Durante el viaje, dio ordenes de cómo sería la defensa del local. Habló también que deberían comunicarle a él toda y cualquier aproximación de persona extraña a la hacienda.

Además de eso, Macedo volvería al lugar con regularidad para saber detalles de la rutina de la casa y de la hija del general, a fin de evaluar si ella no se exponía a riesgos mayores.

Esa era la disculpa para que los soldados vigilasen los pasos de la moza deseada.

Nuevamente, Macedo hizo sonar la campana de la entrada de la hacienda llamando a alguien en su interior.

Olívia vino a atender.

- Buenas tardes, seño capitán...

- Buenas tardes, Olívia. ¿Dónde está la señorita Lucinda?, preciso hablar con ella sobre un asunto urgente a pedido de su padre.

- Entre aquí, seño capitán, que yo vo llamá a ella para vuestra meced – respondió la negra en su modo típico de

expresarse.

Los soldados quedaron allá afuera mientras que Macedo ingresó en la casa grande esperando por la joven.

No tardó mucho y la hija de Alcántara dio entrada en el salón donde Macedo la esperaba.

La distancia le había hecho olvidar de algunos de los encantos que aquélla mujer ejercía en su alma, los cuales fueron inmediatamente reactivados, haciendo su corazón latir más fuerte y la sangre circular con prisa por sus venas.

¡Como era bonita aquella moza!

Su pensamiento perdió el rumbo por algunos momentos en la contemplación de Lucinda que, entre curiosa y pensativa, esperaba que él le dirigiese la palabra.

- Buenas tardes, señorita Lucinda – dijo, por fin, el capitán, recomponiéndose interiormente.

- Buenas tardes, capitán – le respondió la joven, trayendo en sus palabras la preocupación de que alguna cosa estuviese ocurriendo con su padre.

- No se preocupe, señorita, su padre no tuvo ninguna recaída. No obstante, me mandó aquí a traer algunos soldados que quedarán guardando la propiedad y a usted de cualquier

agresión, ya que la situación de los rebeldes corre el riesgo de ser agravada. Con el general distante, podría este ser un blanco muy fácil para la investida de los rebeldes.

- ¿Pero será necesario, capitán? ¡Estamos aquí tan en paz, sin cualquier problema! – exclamó la moza un poco preocupada.

- Es mejor aceptar, Lucinda, - dijo Macedo queriendo establecer un tratamiento más personal y menos formal entre ambos- Todo lo que se hiciera necesario para la defensa de esta casa y para su protección yo no mediré esfuerzos para realizar. Al final, no solo la propiedad es valiosa. Lo que ella abriga es aun de mayor valor... – dijo Macedo en tono más emocional e indirecto, que fue notado por la joven poco interesada.

- Yo agradezco su preocupación en el cumplimiento de las ordenes de mi padre, señor capitán. Puedo afirmarle que no veo necesidad de establecer un cuartel en esta propiedad. Mas si mi padre pretende que eso se dé mientras no regresa, acepto sus determinaciones, con algunas reservas.

- Como no, señorita, ¿cuales son ellas? – preguntó el capitán.

- Los soldados deberán permanecer en la parte externa de la casa. No podrán mezclarse con los esclavos ni les intimidaran a cualquier titulo. Deberán acatar mis determinaciones y obedecer como si estuviesen delante de mi

padre. Irán a tomar refección en la cocina, en el horario del almuerzo y de la cena y podrán utilizar los dormitorios próximos para descansar o dormir cuando no estuviesen en la hora de la ronda. No podrán impedir la entrada de quien yo autorice. Esas son mis condiciones.

- Pues están todas aceptadas, señorita. Volveré aquí, periódicamente, para evaluar como está saliendo y para recoger sus impresiones sobre la rutina establecida, de tal manera que, si algo no estuviera satisfecho, puede reclamarme personalmente. Ahora, si la señorita me da permiso, preciso mostrar a los soldados las áreas más vulnerables y donde ellos deberán postrarse durante los horarios de los turnos.

- Está libre para eso, capitán. Muchas gracias – fue la respuesta de aquella moza, ahora impulsiva y distante, retirándose de la sala aun antes que el capitán terminase la acostumbrada reverencia.

No dejó él de notar su indiferencia delante sus cuidados y sus indirectas. Con certeza, la moza no se aficionara a él, pues era nítida la poca simpatía con que recibía los galanteos verbales.

Con el alma contrariada, Macedo salió a recorrer los alrededores de la casa de la propiedad, la cual quedaba en un terreno un poco más elevado de lo que las demás áreas circundantes.

La casa señorial era envuelta por un terreno plano, trayendo en uno de sus lados un muro de piedras sobrepuestas, en el cual plantas silvestres crecían en las hendiduras y viejo ramaje establecía complicado entrelazados de ramas en medio de los cuales se escondían los pajaritos. Ese muro poseía un pasaje protegido por un portón que daba acceso a la parte del terreno, camino natural que descendía en dirección a la senzala antigua, ahora transformada por el cuidado de la joven hija del general.

En el lado izquierdo de ese terreno, había un conjunto de árboles nativos, pertenecientes a la propiedad y que eran responsables por la amenidad climática que allí se verificaba aun en las épocas más calientes.

De eso modo, no fue difícil a Macedo establecer el camino de la ronda y los puestos más importantes para que la casa de la hacienda fuese protegida de cualquier ataque directo.

Colocados en sus funciones, todos los soldados fueron recordados de que debían estar alertas, sea para los rebeldes, sea para cualquier extraño que se aproximase a la casa. No deberían desafiar a la moza que, sobre ellos ejerciera el comando como si fuese el propio general. Más no podrían dejar pasar cualquier relato de visitas a fin de que pudiese evaluar quienes eran los posibles agresores. Esa era la forma de Macedo establecer una vigilancia discreta sobre la joven que pretendía conquistar para sí.

Vendría cada dos días para saber de la situación y, al mismo tiempo, para reaproximarse de aquella figura de mujer, cuya indiferencia aun más le aguzaba el placer de conquistar. Estaba acostumbrado a desafíos. Y cuanto más difíciles eran ellos, más sabrosos cuando eran conquistados.

Estaba listo para establecer el cerco sobre la joven y había caminado mucho más de lo que podría imaginar.

A partir de allí, todo correría según sus planes para que el general terminase por concederle el privilegio de desposarle la hija y esta, por la presencia próxima del joven capitán, por cierto no resistiría por mucho tiempo a su asedio, como era común que aconteciera con las innumerables mujeres con las cuales ya se había relacionado a lo largo de su vida.

Todas se hacían de difíciles, mas en fin todas caían en sus telas de hombre seductor.

La practica hiciera nacer en su interior un placer de estimularse aun más delante una mujer más intransigente y que no cediese a sus primeros avances.

Lucinda no sería diferente.

Ya ante gozaba el momento en que iría arrebatarla en los brazos y unir sus labios a los de ella, sin oposición, en un beso apasionado.

* * *

Se despidiera de todos los soldados, de los capataces a quien diera las ordenes que les dirigiera el general, de Olívia que lo acompañara hasta el portón de salida y partió sin volver a verse con Lucinda, para no parecer muy persistente e incomodo.

Pretendía caminar paso a paso y, así, ejecutar todo su plan de conquista.

El camino de regreso pasó casi sin ser percibido, ya que el raciocinio de Macedo estaba donde se hallaba su corazón.

Al llegar en el cuartel, ya había oscurecido y el silencio no le aconsejaba otra cosa sino al recogimiento y a aprovechar la sensación de bienestar que la belleza de la mujer deseada le infundía en el alma.

Después de la alimentación, demandó el lecho y adormeció feliz.

13

En la hacienda.

Desde la ausencia del general, el clima en la hacienda regresara a la normalidad, habiendo Lucinda asumido la dirección de la

casa, supervisando los trabajos domésticos e informándose sobre las demás actividades bajo la fiscalización de los capataces Juvenal y Damián.

En aquella región apartada de todo, no había mucho que hacer, a no ser cuidar de los quehaceres domésticos. Lucinda, sin embargo, procuraba ocupar su tiempo con otras distracciones que le pudiesen completar el espíritu indagador de moza en plena madurez.

Cuando de la ocasión de la enfermedad del padre, en contacto con los extraños fenómenos que se sucedían en las crisis que lo abatieron, se interesó por las explicaciones que le habían sido dadas por el Dr. Mauricio, el joven médico que fuera convocado para auxiliar su recuperación.

Por causa de eso, recibió de él alguna literatura que le permitía conocer en la fuente las informaciones más completas sobre los hechos y sus explicaciones.

Así mismo con la ausencia del padre, Lucinda mantenía contacto con el joven médico que, usualmente, venía a la propiedad para que pudiesen cambiar ideas sobre la nueva filosofía tan reveladora.

En la presencia de Olívia, los jóvenes conversaban por varias horas, estando siempre ella preguntando y él respondiendo.

Era el facultativo, algunos años más viejo que ella en la estructura física. Con todo, en la agudeza espiritual se podía considerar que eran espíritus de la misma capacidad y madurez, lo que los impulsaba uno al otro de forma natural y serena.

La forma gentil con que Mauricio se expresaba, su modo simple y sin pretensiones, su habla mansa, su paciencia, representaban exteriorización de su espíritu tallado para las contiendas del espíritu, utilizándose de las armas adecuadas a la transformación de los hombres.

No era apenas medico recetador, que ofrece brebajes y remedios para el cuerpo.

Siempre que se presentaba la oportunidad, lanzaba sus consejos para la salud de la mente y del espíritu, a través de la reforma de los pensamientos, de las palabras, de las actitudes, lo que causaba un cierto espanto en las personas tan poco preparadas para ese tipo de terapia.

Lucinda, no obstante, comenzaba a encontrar en Mauricio su ideal de compañía, con quien podría cambiar ideas y oír opiniones consistentes, sin cualquier recelo de exponerse.

El interés por la filosofía espiritualista fue siendo completado por el despertar afectivo, de suerte que, pasados algunos días de la primera conversación, un sentimiento noble y elevado tomó cuenta de su alma, haciendo que ella, a cada entendimiento que se terminaba, esperase con ansiedad la

llegada del nuevo reencuentro.

Con esta rutina pasaron a hablarse siempre, hasta porque la región no era muy poblada, lo que permitía al médico algunas horas de tranquilidad para dedicarse a lo que bien le interesase.

A su vez, Mauricio sentía natural atracción por Lucinda, flor en medio de las piedras en aquel lugar perdido en el interior.

Era, por lo tanto, natural que ambos iniciasen una aproximación de corazones, una vez que la afinidad de sus almas ya era algo concretizado.

En las innumerables conversaciones, Lucinda indagaba sobre todo. Sobre la muerte como fin de la vida, el origen del alma, el destino de los animales, el porque del sufrimiento ante la Justicia de Dios, la creación, las afinidades y tendencias de cada persona, llenando la cabeza del médico con porques de todos los tipos y tamaños.

Utilizándose del conocimiento adquirido a través del estudio sistemático de aquella poco conocida Doctrina de los Espíritus, Mauricio procuraba enseñarle con palabras simples la belleza de la Justicia Divina.

- Sabe, Lucinda, cuando se mira un dibujo arrugado, no se puede comprender los contornos del paisaje que se halla

oculto por el papel estrujado. Para que se entienda la belleza de la representación es necesario desarrugar el papel. A cada doblez deshecho, va surgiendo a nuestra vista un contorno más, una parte del diseño, una expresión pequeña de la belleza del todo. No obstante, las primeras revelaciones aun parecen incomprensibles, en vista de que aun falta por desdoblar.

- ¿Usted quiere decir, Mauricio, que mis preguntas son tantas porque yo aun no desarrugue el dibujo del conocimiento y, por eso, no tengo la idea de todo?- preguntó Lucinda.

- Si, es más o menos eso. Mientras nosotros no conocemos los contornos de todo, tenemos dudas de toda la naturaleza y las cosas parecen no tener sentido. Hasta cuando comenzamos a desarrugar el papel, aun no comprendemos mucho porque el dibujo nos es desconocido y no nos da mucho sentido la visión parcial de las primeras líneas. En la medida en que vamos viendo más y mejor, el cuadro se nos descortina de forma amplia y nuestros pensamientos quedan iluminados por la gran lógica del diseño que nos impresionaba la visión. En la medida en que estudiamos, vamos descubriendo el dibujo que nos aparece arrugado por nuestra ignorancia. Conociéndola, paso a paso, pasamos a entenderla en su inimaginable belleza.

- Hable más, Mauricio.

- Por ejemplo: mucha gente se pregunta, delante de la realidad de la reencarnación, por que no se recuerda el hombre de lo que hizo de errado en el pasado. Recordándose, piensan

algunos, sería más fácil soportar los dolores del presente. Ese razonamiento es una tentativa de vislumbrar el dibujo arrugado, antes de desarrugarlo. Le explico. Por poco conocimiento, la persona juzga que Dios erró al permitir que el hombre se olvidase de los motivos que lo llevan a rescatar en una vida el mal que sembró antes, alegando que no es justo tener que pagar por una cosa sobre la cual no guarda ningún recuerdo.

Ese razonamiento, mientras tanto, solo existe porque la persona desconoce los contornos de todo. Al entender que Dios es Amor y Perfección, el hombre comprende que todo lo que Él planeó es perfecto y es la expresión de lo mejor. Al comprender que la Tierra es uno de los planetas más inferiores en el orden de la creación, la criatura comienza a vislumbrar que traemos aun el germen de la animalidad de la cual acabamos de emerger, como quien sale de un lago lodoso aun empapado de lodo. Cuando tomamos conciencia de que son perfectas las leyes del Universo, descubrimos que Dios ya era generoso con nosotros antes de que nosotros entendiésemos lo que sería generosidad. Al ejercitar su pedagogía, el Creador nos economizó del recuerdo de las atrocidades que cometimos en el pretérito lodoso de donde venimos, en el cual vivimos, a fin de que nuestra recuperación pudiese ocurrir de forma más rápida, sin los entorchos de la culpa y de la venganza, verdaderas barreras en la caminata intentando la recuperación.

¿Que pensar, Lucinda, del enfermo que al revés de ser informado sobre la mejoría a la que se está encaminando, fuese

constantemente visitado por las noticias de la enfermedad que lo llevó para el lecho?. Más allá de eso, como nuestra evolución se da al lado de nuestros hermanos, ¿cómo recordar el pasado recordando, al mismo tiempo, nuestra acción junto de aquellos que hoy volvieran a convivir con nosotros? ¿cómo perdonar al padre de ahora, encontrando en él al asesino o al traidor de ayer? ¿cómo abrazar al hijito sin recelos si a cada mirar en su dirección viniese a nuestra mente que se trata de la reencarnación de una criatura maléfica que mucho nos perjudicó y que retorna para establecer un nuevo lazo de fraternidad?

- Solo el olvido podría hacer adversarios de ayer convertirse en afectos de ahora, en la necesaria e indispensable reparación. El acaso no está en las leyes del Universo como piensan los hombres. Y a pesar del olvido consciente, aun traemos en el interior del alma recuerdos archivados que se afloran en los sentimientos de antipatía o simpatía naturales. Las tendencias innatas para determinados trabajos, las facilidades para algunas realizaciones que surgen espontáneamente, casi sin esfuerzo para unos, mientras otros tienen arduo trayecto para conseguir resultados mediocres, indica que aquellos ya trajeron el bagaje del aprendizaje edificado antes y estos están aprendiendo ahora. Entendiendo eso, podemos deducir que si recordásemos nuestro pasado delictuoso no tendríamos nuevos chances de recomenzar. Seríamos perseguidos por el espectro de nuestros errores clamorosos lanzándonos en el desfiladero de la culpa improductiva, cuando lo que importa es la reforma de la obra

mal ejecutada.

- Es verdad, Mauricio. Cuando usted explica las cosas de ese modo, todo parece que se encadena de forma natural. Es el papel que se va desarrugando.

- Si, Lucinda. Cuando las personas no pretenden aprender, pasan a usar de las aparentes contradicciones detectadas por su ignorancia como argumentos para la negación gratuita y superficial, demostrando que, si no tienen preparación para la vida que llevan, ¿qué decir para comprender el orden del cosmo?. Partiendo del presupuesto de que somos todos deudores unos de los otros, a nosotros nos compete luchar y hacer lo mejor para todos, independientemente de nosotros ser simpáticos o antipáticos a los hombres. Estaremos acertando siempre.

- Mas pensando así, Mauricio, ¿no estaremos permitiendo que el mal masacre a los buenos sobre la Tierra?

- Vea que sobre todo prevalece la Justicia Mayor que es sabia y absoluta. ¿No permitió ella que Jesús fuese tratado con injusticia por las criaturas tenidas como malvadas?. Y de ese embate, ¿quién salió victorioso: los hombres que mataron el cuerpo, o el Cristo que mató la muerte? El mal solo puede alcanzar lo que es transitorio. Los que fueran verdaderamente buenos no pueden temer aquello que solo es capaz de arañar la superficie. Los buenos precisaran testimoniar la bondad usando los recursos de la bondad. Los malos darán rienda suelta a su

ignorancia a través de los recursos que le son disponibles, acreditando que podrán hacer algún mal a alguien. Si, estarán haciendo mal, solamente que serán ellos las propias victimas. Cuando las personas comprendieran que nadie sufre sin razón, los que se juzgan buenos encontrarán en el dolor que los visita motivo de aprendizaje y de prueba para su progreso. Los hombres que aun no son buenos de verdad, encontrarán motivo de odio y de revuelta, instigándoles el espíritu aun animalizado a las conductas vengativas y destructivas. Cuanto más evoluciona el ser, más reconoce que es preferible ser victima del mal que ser agente de él. En la condición de victima, rescata o se fortalece en los principios que ya asimiló. En la condición de verdugo, se compromete con la sementera amarga que tendrá que segar más adelante.

- Como es bello y diferente todo eso, Mauricio. Es una verdadera revolución moral en los corazones de los hombres.

- Es verdad. Mas para eso, los hombres precisarán desarrugar todo el dibujo, entendiendo el conocimiento de las partes para entender la belleza del todo, al inverso de juzgarla fea y destorcida antes de observarla totalmente abierta. Solamente con el estudio y el conocimiento todas las realidades inmortales serán comprendidas y desmitificadas en el imaginario popular. Cuando las personas pasaran a liberarse de las amarras de la ignorancia que las llevan a los rituales de magia como quien se juzgue capaz de revertir el orden del Universo al precio de un plato de harina, de una garrafa de bebida o de sangre de un animal, ellas podrán iniciar la

trayectoria ascensional del esclarecimiento, alterando la forma de pensar y el criterio de actuar en relación a sus hermanos.

- Por lo que usted dice, Mauricio, ¿los negros que hoy están en la condición de esclavos, estarían así por causas que ellos mismos produjeron ayer?.

- Si, Lucinda, no sería justo creer que Dios los habría puesto en la Tierra para servir como animales de carga por simple deleite. Ninguna criatura fue creada para tener que soportar tan duro destino.

- Ora, ¿entonces no sería de pensarse que ellos, mereciendo el sufrimiento estarían rescatando más deprisa sus deudas en la medida en que sufren más?.

- Nuevamente aquí, Lucinda, ocurre el problema de distorsión por desconocimiento de todo. Muchas personas podrán pensar de esa forma equivocada, pareciendo que están siendo coherentes. Eso no ocurre, mientras tanto. Es la ley del Universo que se responsabiliza por la cobranza de los débitos de cada uno. Si la criatura, por los imperativos del mal practicado precisa renacer privada de su libertad, como es el caso del negro de hoy, eso no significa que incumbe al hombre blanco tornarse su verdugo. Sería lo mismo que acreditar que Dios creó al hombre blanco para que él fuese el demonio del hombre no blanco. Sería lo mismo que pensar que el Creador, bueno y generoso hizo a su criatura para producir el mal y la mezquindad. ¿No es un contrasentido?

- Realmente...

- Cuando la Justicia del Universo se vale de los hombres para educar a los hombres, no los obliga a comprometerse con el mal. Coloca los seres bajo su dirección para que los pueda tutelar para el bien, aprendiendo a sembrar cosas diferentes. Lo que ocurre es que al ser humano no le gusta hacer las cosas por el camino correcto y lo que se ve es que criaturas que se arrodillan afligidas en la solera de las iglesias, luego después, regresando para sus haciendas y sus hogares se ponen a distribuir latigazos de forma indiscriminada. Por ese motivo encontramos en el Evangelio la advertencia de Jesús, expresa en la frase: **“Es preciso que el escándalo venga, mas que no sea usted la piedra de escándalo”**. Esa afirmativa es la clara invitación a la constante practica del bien, en todas las circunstancias. Todas las veces que el hombre practica el mal, se comprometerá con el mal practicado. Si el utiliza su maldad para hacer a otros sufrir, podrá estar siendo utilizado por la Justicia como forma de rescate para el que sufre, mas se estará comprometiendo con la desdicha que siembra, pues Dios no es el Dios de la destrucción. Mucho menos pretende que aquel que erró pague por su caída a través del sufrimiento. Cabría al hombre educar a su semejante por las leyes del amor compartido, a fin de que el malvado se convirtiese por el ejemplo de compasión. Cuando alguien siendo negro o blanco, encuentra a su frente a un verdugo que le impone el hierro en brasas en la espalda, sufre las penas del mal que un día cometió, mas igualmente, en general, pasa a odiar a su agresor,

estableciendo una aparente perpetuación del error, que solo es rota por la comprensión elevada del significado del perdón. Partiendo de ese presupuesto, imaginemos, en su pregunta, que todos los esclavos victimas por el señor de ingenio despótico consiguiesen perdonarlo sinceramente. ¿Qué ocurriría con ese hombre arbitrario y violento?. ¿Habría mejorado por causa del perdón de sus victimas?. Obviamente no. Por haber sido la piedra de escándalo en la vida de mucha gente, precisará reparar todos los abusos, a través del camino del bien, en primer lugar, renaciendo nuevamente como una persona responsable por reedificar a las criaturas. Tal vez un profesor, un abnegado trabajador a beneficio de los que sufren, o cosa parecida. Todavía, como el señor arrogante y orgulloso no conseguiría, en una primera prueba, aceptar el camino de servir al semejante en vista de haber asimilado la falsa idea de que es superior a los demás, al recibir nueva oportunidad de volver a la Tierra se esconderá por nueva jornada de abusos, que lo obligará a tener que rescatar todas las faltas cometidas anteriormente a través de nuestro viejo amigo, el maestro dolor. Se candidata, pues, naturalmente, a la clase de los estropeados de la salud o de los que son forzados a renacer en la misma condición de los que explotara otrora, como esclavo.

- Nadie, con todo, nació para hacer el mal, Lucinda. Si la Justicia Divina determinara que tal criatura precise padecer en vista de sus compromisos asumidos antes del renacimiento, todo se encadenará para que las cosas sean así concretizadas. No obstante, aunque el individuo esté condenado a muerte por los delitos practicados, eso no impide que le atenuemos la sed o

el hambre, ¿no es así?. Esa es la obligación de todas las personas: hacer el bien que les cabe, pues ninguno de nosotros es Oficial de Justicia de Dios. Somos todos reos de nuestros delitos. Seamos Señores de Ingenio o esclavos en el ingenio, muchas veces no es una cuestión de casta social o de privilegio de nacimiento. Es apenas una cuestión de tiempo.

Así los dos pasaban horas y horas conversando sobre todos los temas importantes de la vida que, para ella, al mismo tiempo en que eran novedades nunca leídas, se figuraban conceptos ya comprendidos dentro de su ser, de forma natural, como si a ellos ya hubiese tenido acceso o ya les hubiese estudiado la estructura de perfección y pureza.

Eso la hacía pensar que trajera todas estas ideas innatas de algún lugar que no era la Tierra.

Los encuentros de los dos hacían que esos lazos de sentimiento se fuesen estrechando, hasta el momento en que ambos se sentían muy vinculados uno al otro, sin necesidad ninguna de decírselo. Se sentían destinados a la concretización de un gran plan, sin entender cual sería él.

Sus miradas brillaban mientras sus corazones se esperaban con igual ansiedad.

Sin embargo, el general no se hallaba en casa y, por eso,

el joven médico no se animaba a adoptar cualquier postura más franca, aguardando la oportunidad para ver al progenitor y, como era tradición de la época, manifestar el deseo y pedir autorización para cortejar la hija.

Mientras tanto eso no acontecía, en vista del alejamiento del padre en actividades en la ciudad, continuaban los encuentros de los jóvenes y las largas caminadas por la hacienda.

* * *

A partir de aquellos días, todos los encuentros de ambos pasaron a ser presenciados por los soldados que rodeaban la casa grande con la función de protegerla.

Al mismo tiempo en que protegían, se enteraban de la rutina de la joven Lucinda. Los ojos astutos y maliciosos de los espías de Macedo no dejaron de notar la constante visita del médico y las demoradas conversaciones que trababan ambos.

Con certeza, allí debería haber cosa de la buena entre ellos, comentaban unos con otros.

Esa era una información valiosa que debería ser pasada al capitán Macedo que les pidiera relato pormenorizado sobre todo lo que ocurriese en la sede y en los alrededores, además del conocimiento de todas las visitas recibidas en la hacienda, a fin de averiguar los posibles sospechosos.

Soldados fieles al sentido más bajo del servilismo, procuraron seguir todos los pasos de la pareja dentro de la propiedad de forma que le permitiera una elaboración minuciosa y precisa de los hechos observados.

Cuando el capitán Macedo volvió a la propiedad días después, buscando demostrar celo en el cumplimiento de las determinaciones, relataron al militar no solo lo que vieron con los ojos, mas también todo lo que imaginaron con sus pensamientos maliciosos que les eran peculiares.

Ya no era más el encuentro de dos adultos en actitud de respeto reciproco, a la luz del día y delante de todos. Era el paseo por el medio de los árboles, las conversaciones demoradas, el aire apasionado de sus miradas, la constancia de las visitas, todo envenenado por los comentarios maliciosos.

Lucinda no se preocupaba con los soldados, mayormente por el hecho de no haber dejado dudas al respecto de que ellos no se entrometerían en su vida personal y por las circunstancias de que no estaba haciendo nada de más ni nada que fuese inadecuado.

Eso, no obstante, no modificara el juicio malvado de los hombres que establecían para ella un comportamiento sospechoso, casi llegando a la liviandad.

El capitán oyera todo de forma fría por fuera,

manteniendo las apariencias de hombre controlado. Por dentro, no obstante, estaba en punto de erupción.

Viera que otro ya se aproximaba peligrosamente de su interesante objeto de codicia.

Y no se trataba de alguien a ser despreciado. Era un doctor cuya reputación era mucho más favorable que la de él, Macedo. Lucinda no podría pertenecer a aquel joven entrometido en su camino. Precisaría hacer alguna cosa para impedir tales encuentros.

No podría con todo, actuar con prisa. Precisaba pensar, planear, adoptar la estrategia más adecuada para que todo pudiese parecer natural, sin cualquier interferencia de su parte que lo pudiese denunciar.

Era un buen alumno de las técnicas empleadas por el general Alcántara. Ahora precisaría ejercitarlas de forma más efectiva que nunca, ya que precisaba conquistar la autorización del padre para colocarse como marido de la hija y su propio yerno.

Dio ordenes para que los soldados continuasen observando, sin dejar trasparecer su interés personal por la joven, prohibiendo cualquier interferencia, mas determinando una vigilancia constante y lo más próxima posible, para ver si no se trataba de alguna tentativa de infiltración de los rebeldes junto a la hija del general.

Esa sería una buena disculpa, pensaba el capitán, para que los soldados de vigilia no se apartasen de los dos, ni los perdiesen de vista, delante de la posibilidad de estar ellos responsabilizados por lo que ocurriese en el interior de la propiedad.

* * *

Lucinda y Mauricio, no obstante, nada sabían de los deseos de Macedo y de la vigilancia cerrada de que eran objeto por parte de los guardias.

Llevaban vida normal, con los encuentros acostumbrados y las conversaciones instructivas sobre las cosas de la Tierra y de los espíritus.

14

Acción generando reacción.

Los días fueron pasando en la ciudad, como si todo estuviese volviendo a la normalidad.

En el cuartel, Alcántara continuaba recluido, dando seguimiento a la rutina, ahora preocupado en continuar la caza a los sospechosos así como también con el análisis de los objetos y armas que fueron aprehendidos en la operación, con

la convocación de sus respectivos propietarios para evaluar si eran o no integrantes del movimiento.

Relatos y más relatos le ocupaban el tiempo, al mismo tiempo que interrogatorios ríspidos eran hechos sin cualquier sentido de respeto.

No obstante, por más que los días pasasen, una atmósfera fría envolviera toda aquella organización militar. El aire pesaba y todos sentían que la tempestad iría caer sobre sus cabezas desprotegidas.

En el pueblecito, las cosas habían silenciado apenas en la superficie. Mariano era el líder de los más osados.

Si existía una cierta pacificación en el movimiento, en consecuencia, de haberse iniciado con la finalidad de pregonar la libertad del esclavo, con las arbitrariedades del general, una unanimidad pasó a surgir en los corazones insatisfechos.

Ese pensamiento colectivo hablaba de la necesidad de combatir al adversario con las armas del adversario. Violencia operando contra la violencia.

No había condiciones de pensar diferente, en un medio hostil y desviado de todo mensaje religioso constructivo. Además de eso, el representante religioso a quien competía orientar por la ejemplificación recta y diligente, era incapaz de hacerlo en vista de haber adoptado postura de complicidad con

el poderío material.

Sin preparación para seguir en la función más elevada que alguien pueda ejercer, o sea, la de ser ayuda para erguir los caídos, referencia para orientar los perdidos, bandera para proteger los sin ideal de vida, techo para los abandonados, remedio para los enfermos, voz para los mudos, coraje para los más débiles, el prelado de la comunidad pregonaba en el pulpito el desapego de las cosas mundanas para, inmediatamente después, apresurarse para tomar la refección fastuosa en la casa de alguno de sus fieles más adinerado, que le ofrecería alimentación de primera, gratuitamente.

No había, pues, coherencia entre las palabras del Evangelio que pregonaba y las actitudes que tomaba.

Con eso, la comunidad se veía huérfana de un líder que pudiese canalizar sus aspiraciones por un terreno menos belicoso, clamando los más osados mientras les defendiese la fragilidad delante de los más poderosos.

Sin ningún líder pacificador, vieran las víctimas del arbitrio del militar que la única solución sería aproximarse de los ideales de aquel joven libertario, ya en lucha por las causas de los más desafortunados.

Sin embargo, la mayoría de las personas insatisfechas, poco se preocupaban con el ideal filosófico de la causa.

Deseaban alojarse en el carro de la insatisfacción a fin de que, reunidos en mayor numero, pudiesen usarlo para vengarse del general.

El joven Luis, sin poder dejar de aceptar más y más brazos y cabezas para el movimiento que crecía, no se diera cuenta de que iría a perder el comando y el control de las cosas, en la medida en que más y más gente insatisfecha con Alcántara pasaba a juntarse al movimiento con la finalidad exclusiva de devolver el mal recibido.

Eran los despojados, los hombres humillados por el orgullo del militar, los que fueran envueltos en sus tramas, los que acabaron victimas del propio Macedo, los padres que perdieran sus hijos, todos sus parientes y amigos pedían venganza, los subordinados que, a lo largo del tiempo, fueron castigados por la arrogancia de aquel comandante, los que tuvieron su casa requisada de forma irrespetuosa, los que fueron presos injustamente durante la operación de búsqueda, los que fueron colocados en las cuadras de los caballos, tratados como animales y no como personas...

Todos estos eran los que, ahora, se encorajaban para, al menos, dar un basta en aquella situación.

Luis y Armando habían viajado lejos, en búsqueda de más material para la continuidad de las pregonaciones y, así, dejaran el movimiento en compás de espera, acreditando que por estar ausentes, nada sucedería.

Mariano, que conversara con Luis antes que este partiese en viaje, intentaba, a todo costo, calmar los compañeros.

Reunido en local discreto, los lideres se alborotaban, procurando conciliar sus actitudes.

- Pero, Mariano, el mozo va estar mucho tiempo lejos de aquí. No da para estar esperando que él vuelva.

- Así es – decían muchas voces en común.

- Tenemos que tomar alguna actitud que no sea apenas entregar papelito para la calle. Al final, perdimos dos jóvenes inocentes por las manos de ese traste de criatura que ya debía estar haciendo compañía al demonio.

- Mas tenemos que esperar al Sr. Luis y al Dr. Armando, personal. Ellos saben mejor que hacer que nosotros. Al final ellos son los que comenzaron todo y tienen visión de cómo debemos actuar – hablaba Mariano.

- Que nada. Ellos están hablando siempre es de libertad pro esclavos. Nosotros queremos el respeto para los que son libres. Queremos ser tratados con decencia y estamos cansados de recibir de ese cobarde uniformado sus persecuciones. Mi hijo no murió en vano. Su muerte va generar una reacción que va explotar con Sr. Luis o sin Sr. Luis.

Era ésta la voz de uno de los padres que perdiera el hijo en el día de los abusos mayores. Todos apoyaban el dolor de aquellas dos familias que se preparaban para lo peor.

- Después que perdimos nuestros hijos, nada más nos resta a perder. Vamos hacer que el general sienta el peso de nuestro dolor. Y solo hay un modo de que eso ocurra. Él precisa sufrir del mismo modo.

- ¡Apoyado! – respondieron casi en una sola voz.

- Y Usted, Mariano, decida pronto de que lado está – desafiaron los más exaltados – O está de nuestro lado o está contra de nosotros.

- Claro, pueblo, estoy con ustedes. También fui robado por ese hombre en aquello que representaba mi única posada. Me tomó el pequeño trato de tierra que tenía, pagando precio vil como si estuviese comprando por precio justo. De allí yo sacaba mi sustento y el de mis hijos, aunque con dificultad. Hoy dependo de la ayuda de aquí y de allí, haciendo cosas sin importancia y sin ninguna seguridad de que mañana tendré el pan para poner en la mesa. Ese es el hombre que deseo ver sufriendo.

Diciendo eso, pasó a relatar como pretendían hacer para fustigar aquel carácter indomable. Para tanto, tenían que herirlo en el mismo lugar en que ellos habían sido golpeados.

Precisaban herirle el corazón.

El plan para eso consistía en invadir la hacienda y secuestrarle la hija, a fin de que lejos, de su presencia, Alcántara pudiese sentir lo que es el dolor de perder el mayor tesoro de su vida. Era el “ojo por ojo, diente por diente”.

Irían a organizar un grupo de asalto, reuniendo el mayor número de hombres fuertes y bien armados que se consiguiese en aquella región, valiéndose de las armas que ya tenían guardadas en la hacienda de Armando.

Marcarían una fecha lo más breve posible, no disponiéndose a esperar por el retorno del joven Luis y del suegro. Cuando ellos llegasen, presentarían el trofeo de su venganza.

De pasaje por la hacienda, encenderían fuego en la casa grande para producir el perjuicio mayor que les fuese posible, como forma de vengar las sucesivas flagelaciones materiales de que habían sido víctimas. Invadirían la senzala, liberarían los negros y los dejarían huir, abrigándolos en las comunidades más distantes de la ciudad, ofreciendo ropas y alimentos para todos los que quisiesen ausentarse para muy lejos.

Para mantener al general ocupado, iniciarían una serie de incidentes en la ciudad, en las proximidades del cuartel-general, a fin de que el militar no se ausentase de él, mientras que el grueso de los rebeldes se dirigían para su propiedad, de

preferencia en pequeños grupos y ocultos por el velo de la noche.

Después de invadir la casa y raptar a la joven, la esconderían en algún lugar más apartado, manteniendo vigilancia constante sobre ella por el tiempo que fuese necesario, hasta que el general se viese destruido en su orgullo.

No pretendían quitar la vida de nadie. Con todo, si fuese necesario para garantizar el éxito de la operación, nadie debería titubear en matar a quien se opusiese a sus proyectos.

* * *

Era un plan bien arquitectado y con refinamiento de detalles que solo podrían haber partido de una mente muy herida, unida a un corazón muy herido.

El padre, injuriado por la muerte del hijo en aquel día fatídico, pretendía devolver el sufrimiento, con la misma moneda. Para eso pensara mucho en como conseguirlo. No obstante, no estaba solito en eso.

En su mente actuaba también el espíritu de Luciano que, sintiéndole el ambiente de revuelta favorable, le insuflaba ideas de venganza en la misma dimensión del sufrimiento recibido.

Perdiera al hijo. Debería hacer sentir al general la misma pérdida.

Perdieran casas y tierras. Deberían hacer sentir al militar la destrucción de su hacienda y de la fuga de todos sus esclavos.

No obstante, mientras que los padres enterraban sus hijos, Alcántara no debería tener cuerpo para sepultar. Debería vivir en la expectativa y en el desespero de encontrar la hija amada, transformando su día a día en un infierno constante.

Luciano sabía planear muy bien su venganza, usando del odio esparcido por la propia víctima de sus ataques. El general sembrara en los sentimientos ajenos todo el odio que, ahora, era usado por el espíritu que lo perseguía para fustigarle el corazón y el sentimiento.

Luciano **exultava** presintiendo el inicio del proceso de desagregación de aquel orgulloso y activo hombre de uniforme. Deseaba verlo reducido a nada, y ahora, reuniéndose a los encarnados rebeldes, tenía las manos, los brazos, las fuerzas que faltaban antes a su astucia de pensador sin medios para concretizar los pensamientos.

De allí en adelante, el espíritu de Luciano podía contar con un gran equipo. Era solo sembrar las ideas destructivas en la mente y ellas serían adoptadas con rapidez y serenidad, como quien escoge las mejores armas en su arsenal a fin de diezmar al adversario.

Ninguno allí con el habito de orar. Ninguno con el pensamiento volteado hacia Dios, a pesar de que la mayoría se dirigiese a la iglesia por ocasión de las conmemoraciones religiosas o de las misas domingueras. En ninguna de aquellas almas había espacio para un pensamiento de elevación que pudiese ser utilizado por los espíritus amigos y generosos a fin de alterar el rumbo de los acontecimientos.

Todos eran victimas de aquel hombre que tuviera la libertad de sembrar y, ahora, iría a sentir la amargura de la cosecha.

Al mismo tiempo, todos pasaban a la condición de agresores y sembradores del mal con lo cual irían a comprometerse para el futuro.

Si hubiesen aceptado la situación de victimas de la injusticia y procurando de ella salir por otros caminos que no fuesen la violencia y la agresión, estarían caminando en el sentido de la construcción de la armonía del Universo y de sus leyes.

Con todo, tomaban otra dirección.

De allí la advertencia de Jesús, contenida en Mateo, 18:7, aquí nuevamente recordada:

“¡Ay del mundo por causa de los escándalos!. Es inevitable que vengan los escándalos. Mas ay del hombre por

quien viniera el escándalo”.

El sufrimiento, en este planeta de prueba y expiación es consecuencia natural para la criatura que ignora las leyes que la rigen y se comporta en desacuerdo con su armonía y dirección.

Como conoce pero no acoge el consejo dado por las enseñanzas de Jesús, el hombre sabe que hacer en el sentido de actuar en la dirección de lo mejor, mas no pretende dejar su egoísmo a fin de abrir mano de sus propias regalías.

De este modo, conviviendo el individuo mezquino con otro igualmente mezquino, ambos sentirán el sufrimiento oriundo de la mezquindad.

Eso es natural. De allí Jesús haber dicho ser inevitable que los escándalos viniesen.

Todavía, todos los que se comportaran en desacuerdo con sus enseñanzas en la practica del bien en su conducta serán responsabilizados por eso. Todos los que actúen de forma dolorosa, mezquina, agresiva o distante del mensaje del amor serán los vehículos del escándalo y, como tal, responderán por él.

Así, más vale ser la victima que sufre en proceso de redención o de aprendizaje, que ser el agente del mal que se compromete con el sufrimiento. Quien sufre, aunque injustamente, comienza a aprender la importancia de la

renuncia, del perdón, de la resignación.

Quien se rebela con el dolor y pasa a pretender hacer justicia con sus propias manos al agente que lo hirió, da pruebas de su inmadurez de alma, de su ignorancia y de su similitud al agente agresor.

Y si es verdad que quien agrede acaba sufriendo las consecuencias, la víctima que cambia de posición y pasa a la de vengadora, acabará sufriendo las mismas respuestas dolorosas.

No se confunda organizar la justicia a través de las leyes humanas y ordenaciones de derecho, siempre lícitas e indispensable intentando la defensa de los más débiles, con la mano pesada del bandido que, sea para agredir o para vengar una agresión recibida, actúa contra todos los cánones legales que la evolución humana consiguió establecer en el proceso de evolución de las relaciones sociales.

Prender al malhechor en nombre de la ley es obligación impuesta por la evolución social. Destruir y raptar personas inocentes, aunque en nombre del mal recibido, es acto de salvajismo que hiere las normas del amor del Universo.

* * *

La mayoría aprobó el plan de forma entusiasta.

Iniciaron la discusión sobre la fecha y los materiales que

precisarían para que todo ocurriese de acuerdo con lo trazado.

Uno se responsabilizó por las ropas oscuras y pesadas que ocultarían los viajeros en el camino en el periodo de la noche, dentro de las cuales transportarían sus armas.

Otro trató de providenciar la munición y el combustible para el cerco y para incendiar la casa.

Un tercero partió para organizar el lugar donde sería colocada la victima del secuestro, aislada de todo y sin contacto con el mundo exterior.

Todos, no obstante, se comprometieron con el sigilo indispensable para que la operación alcanzase su objetivo sin cualquier obstáculo imprevisto y sin levantar cualquier sospecha de lo que iría a pasar.

Parecía que, en el corazón de todos, un animo nuevo, un entusiasmo diferente excitaba sus espíritus, una vez que la larga marcha de la venganza había iniciado su curso para desembocar en el objetivo final.

Una semana después, todo estaba preparado para comenzar.

Para eso, un grupo de hombres trató de producir algunas bombas que fueron colocadas en casa próxima al cuartel durante la oscuridad nocturna y que al explotar causarían

mucho estruendo, despertando toda la unidad, inclusive a su comandante.

Bombas, que sembraban desconfianza en lo íntimo de los militares que pasaron a quedar en alerta.

En los días sucesivos, innumerables peleas entre personas exigían la atención de la guarnición.

Más adelante, un incendio en una casa abandonada colocó al pueblo en alerta, exigiendo todo el empeño de los soldados y de sus comandantes para que el fuego no se extendiera por las casas de los alrededores.

Todos estos atentados iban siendo hechos para mantener la atención de los militares vuelta para tales ocurrencias en la ciudad.

Alcántara tenía certeza de que esa era la reacción de los rebeldes y que, así, su tesis estaba correcta, o sea, existía el movimiento y él era activo en la destrucción que pregonaba.

Así, más y más el general se enraizaba en la idea pretendida por los envueltos en el proceso de venganza. Más aun el general permanecía en el cuartel, dando ordenes para que sus oficiales organizaran búsquedas, efectuaran averiguaciones, interrogasen personas, acumulándose sus preocupaciones que hacían que se olvidara de su mundo personal, de su casa y de su hija desprotegida.

Al final, tenía a Macedo que se preocupaba por él y estaba promoviendo la defensa de la criatura que más amaba en esta vida.

No tenía cualquier idea, mientras tanto, de lo que le aguardaba, ni imaginaba que los atentados en la ciudad no eran más que cortina de humo para un golpe mucho más certero de lo que las bombas todas reunidas sobre su cabeza, explotando en un único instante.

Pretendía actuar con más rigor con los alborotadores a quien trataba como criaturas sin cualquier dignidad.

Sin embargo, de esos alborotadores dependería su futuro como hombre, como comandante, como espíritu inmortal.

15

El preludeo del ataque.

En fin, los rebeldes más exaltados habían determinado el ataque a la hacienda del general, para raptarle la hija y destruirle al máximo el terreno.

Mariano nada podía hacer en el sentido de aguardar la llegada de Luis y Armando, los únicos que podrían intentar aguantar al pueblo inflamado.

Acompañado por los líderes más agresivos, Mariano compareció a la hacienda de Armando buscando las armas que habían reunido y que allí se hallaban depositadas, así como también la munición que consiguieron juntar para una situación como esa.

Los padres de los muchachos asesinados estaban entre los más deseosos de dar curso a su venganza que, como todo indicaba, ya no tenía nada de lucha idealista.

Obtener los bienes en la hacienda de Armando no fue difícil ya que los capataces que cuidaban del local en la ausencia del propietario y de su yerno sabían que aquellos hombres eran los responsables por el movimiento armado.

Difícil fue traer para la ciudad todos los pertrechos que precisaron ser muy bien disfrazados en cajas de yuca y de otros productos agrícolas para que no acabasen vistos por cualquier otro y levantasen sospechas. Eso porque los rebeldes pretendían lanzar el movimiento en uno o dos días en lo máximo.

Las vestimentas y disfraces ya habían sido arreglados, los hombres que realizarían la invasión ya estaban listos y escogidos, el lugar del cautiverio de Lucinda estaba definido y puesto en condiciones de recibirla.

La euforia se apoderaba de los hombres que irían, después de mucho tiempo, lanzar la larga y aguardada mano vengadora sobre aquel causante de tantos sufrimientos en sus

vidas.

Mientras estaban en preparativos, Macedo igualmente no dormía.

En su cabeza otro tipo de preocupación surgía fuerte. Lucinda y Mauricio se estaban viendo muchas veces y eso era señal de peligro. Al final, el joven era médico y había cuidado del propio general. En un eventual interés afectivo, Macedo acabaría cambiado por el entrometido doctor.

No podría permitir que eso ocurriese. Pensaba en que hacer para apartar a Lucinda de Mauricio y, al mismo tiempo, conseguir obtener un modo de surgir como el hombre ideal para ser yerno de Alcántara, conquistando el corazón de la hija de su comandante.

Mientras pensaba le hervía su cerebro, un mensajero lo procuró, entregándole una pequeña nota garabateada a las prisas y que no podría ser entendido por otro que a él tuviese acceso. Venía escrito:

“El bote, parece que será mañana. El blanco es el castillo de las estrellas”.

Era un comunicado de uno de sus innumerable espías que, con oídos abiertos a todo tipo de conversación de calle, infiltrándose como si fuesen del pueblo en bares, en esquinas, quedaba a la par de los movimientos fuera del cuartel.

Él avisaba en lenguaje en clave que el ataque del movimiento de los rebeldes se daría en el próximo día y, lo que era más grave, ocurriría en la hacienda del general, identificado en la nota como el “castillo de las estrellas”

Eufóricos con la llegada del día de la venganza y, como se trataba de una acción largamente deseada por las víctimas de los abusos de aquel hombre, algunos menos prudentes hablaban en voz baja que el día de la revancha había llegado. Otros decían a amigos, que hablaban a otros amigos y, de amigo en amigos, la noticia llegaba a los oídos inadecuados. Reunidas todas las informaciones, los oyentes pudieron llegar a aquella conclusión que fue expuesta en la nota al capitán Macedo.

Esa información le llegó a las manos en la hora exacta en que procuraba una forma de actuar en el caso Lucinda. Con ella en su mente, el rumbo de las cosas tomó otra dirección.

- Si, ¿por qué no? – pensaba Macedo. – Era esto lo que yo estaba precisando. Es perfecto para mis planes y para mi futuro. El general no podrá hacer nada y yo acabaré como salvador. Solo no podré aparecer. La culpa tiene que caer en el hombro de esos malditos que quieren hacer el mal al comandante.

Pensando así, acto continuo dio ordenes convocando a algunos soldados de su confianza para que se trasladasen a la hacienda del general en pequeños grupos, durante la noche que

se aproximaba, por los caminos más oscuros, llevando sus armamentos y munición verdadera. Los trausentes no deberían saber que estaban ellos tomando aquella dirección. Por eso, deberían camuflarse utilizando ropas normales, dejando el uniforme para ser usado solamente en la casa de la hacienda. Al llegar por allí, deberían esperar las nuevas ordenes que daría personalmente.

Hecho eso, providenció la montura más rápida del cuartel y salió sin destino.

Se alejó de la ciudad y demandó los lugares solitarios en el medio de la vegetación pobre de aquella región pedregosa. Procuraba por algún viejo conocido suyo, haciendo los ruidos acostumbrados y que servían para identificar la llegada de persona familiar.

- Buenas, capitán Macedo – habló una voz fuerte proveniente del lugar aún no identificado por el militar.

- Buenas, Tiao, mas vea si aparece, hombre. De ese modo me mata de susto...

- Ora, capitán, militar no muere de eso.

- Así es, - dijo él pretendiendo rehacerse de la sorpresa – más prefiero hablar con gente que yo pueda ver para no parecer que es alma en pena. Aun más en este lugar...

- Aquí toy yo, Capitán.

Y diciendo eso, salió de atrás de un piedra que presentaba una grieta en su medula y servía para que Tiao pudiese ver sin ser notado. Era el sicario conocido del militar como su cómplice más fiel y que hacía muchos servicios ilícitos, aspirando el beneficio financiero de él y del general.

- Pues bien, Tiao. Tengo un servicio delicado para usted. ¿Es capaz de hacer cualquier cosa?

- Sabe, capitán, yo no agarro alma del otro mundo, ni mula sin cabeza. Aun no consigo hacer caer el agua del cielo ni conseguí hacer cobra montar en el caballo sin usar estribo. Fuera de eso, es solo hablar...

- Estoy enterado que existe un movimiento de rebeldes en la ciudad que pretende atacar mañana.

- Oba, vamos tener ruido... Mi revolver ya estaba enmohecido por falta de uso.

- No es nada de eso, hombre, espere que yo termine de hablar.

- Si seño.

- Pues, mañana, un grupo de hombres de la ciudad va hasta la casa del general para destruir las cosas y matar mucha

gente. Yo soy el responsable por la defensa de la casa, al mismo tiempo en que debo proteger la vida de Señá Lucinda que, como usted imagina, podrá correr mucho riesgo, sea de perder la vida sea de caer prisionera de esos verdugos. No puedo hablarle nada porque ella es cabeza dura y no va creer en mi. Ya tomé todas las medidas para defender la casa, pero preciso sacarla de allá para evitar que las cosas se compliquen. Por eso, preciso de usted.

- Por lo que toy viendo, voy virar en guardador de moza...

- Más o menos eso, Tiao. Preciso que siga mis planes sin cualquier error. Nadie puede saber que usted estuvo allá.

- No va a ser fácil, capitán.

- Va ser si, Tiao. Escuche lo que planeé. Mañana, durante el día usted va escurrirse por el matorral que existe al lado de la casa, cerca del muro lateral, aquel que tiene un pasaje con el portón de hierro. Cuando oscurezca, voy a dejar una puerta de la casa abierta para que pueda entrar sin hacer ruido. Así cuando la invasión comience y las cosas comiencen a ponerse ruidosas, usted deberá iniciar la operación. Deberá llevar este saco de paño negro aquí para colocarlo en la cabeza de Lucinda durante su transporte. Tan pronto sea posible, saldrá cargando el fardo silencioso, ya que procuraré hacerla dormir con una dosis de remedio que tengo conmigo y que colocaré en alguna cosa que ella vaya a comer o beber.

Luego, continuó:

- Hecho eso, usted vuelve para el medio del matorral y parte para algún escondite secreto que debe ser solo de su conocimiento por estos parajes y la deja allá con algunas provisiones, montando guardia. Después de algún tiempo, me busca para decirme donde ella está a fin de que yo pueda liderar una búsqueda y encontrarla para devolverla al general.

- Con eso el capitán queda famoso como salvador de doncellas, ¿no es así? – pregunto riendo el sicario.

- Puede ser, puede ser eso también, Tiao.

Continuando las informaciones, Macedo habló:

- Por eso no quiero que ella lo vea, ni que sea aquí que ella quede escondida para no denunciar su presencia. ¿Entendió todo?

- Sí, señor. Todo cierto. Pensé que iba ser más difícil. Voy arreglar el lugar, que ya imagino aquí en mi cabeza donde será y lo haré del modo que usted mandó.

- Muy bien, Tiao. Nadie debe saber de nada para que usted no sea acusado de secuestrador. Aquí está el saco negro, algunas cuerdas para amarrarla si es preciso, comida y agua para algunos días. No maltrate esa carga tan preciosa pues, más

tarde o más temprano, será mi esposa y preciso de ella muy bien preservada.

- Puede dejar, capitán. Cuidaré de ella direitinho.

Se despidieron los dos, yendo Tiao a arreglar todo de acuerdo como el plan del Capitán y éste, volviendo para el cuartel para dirigirse rápidamente, después del expediente haber terminado, para la casa de la hacienda.

* * *

Sobre las ideas criminales de Macedo, se cernía la mente astuta del espíritu Luciano, que iba montando todo el escenario para su venganza personal. Pretendía, con todo eso, alcanzar el blanco certero en aquel hombre que, a pesar de malvado, poseía el punto débil en el corazón que amaba mucho a la hija.

* * *

Macedo llegó al cuartel y fue a sus aposentos, donde agarró una pequeña caja bien empaquetada. Cambió de ropa y, habiendo terminado todos sus quehaceres, partió en dirección a la casa de la hacienda como quien busca cumplir la rutina que estaba a su cargo.

Algún tiempo después, tocó la campana del portón que le franqueo el pasaje para el encuentro con los hombres que ya estaban por allá, en turnos regulares y de los que, grupo a grupo, en un montante de más de veinte soldados, llegaron

aguardando las nuevas ordenes.

Antes, sin embargo, Macedo procuró hablar con Lucinda personalmente.

Su corazón necesitaba de aquel encuentro para readquirir fuerzas y coraje para hacer lo que estaba en su mente.

Ella lo recibió en el salón de la casa, sin mucho entusiasmo a no ser la educación y la cortesía naturales de su espíritu noble y delicado.

- Buenas noches, capitán Macedo.

- Buenas Noches, señorita Lucinda. Disculpe incomodarla a esta altura del día, pues presumo que ya se estaba preparando para el descanso. Traje algunos hombres más para guarnecer mejor la casa y gustaría de pedirle autorización para irnos a la cocina a preparar algo para que puedan alimentarse, una vez que el viaje de ellos fue largo y se hallan hambrientos.

- Claro, capitán, puede usarla a su voluntad. Mi Olívia aun está allá preparando nuestro té de la noche. Ella podrá ayudarlo en lo que fuera necesario.

- Muchas gracias, Señorita.

Se iba retirando cuando Lucinda le preguntó:

- Mas, capitán, ¿será necesario traer más gente para acá?. ¡Esto está pareciendo un segundo cuartel!.

- Si, señorita, estamos preocupados con la seguridad de este lugar, pues no deseamos que nada de ruina pueda ocurrir con la señorita y con los bienes que hacen parte del patrimonio del comandante. Es un deber nuestro. Este descansada, no obstante, que todo haremos para no perturbarle la rutina.

- Está bien, capitán. Buenas noches.

Salió la joven en dirección a su cuarto, dejando a Macedo con el pensamiento dirigido para lo que vendría por delante. Según él imaginaba, mal sabía ella que en el día siguiente todo estaría muy cambiado en su vida y que él, ahora poco valorizado como hombre, sería el elegido de su alma, como alguien que le salva la vida.

Fueron a la cocina de la hacienda, donde prepararon rápidas refecciones, ya que Macedo precisaba hablarles con urgencia.

Después de la cena rápida, todos fueron colocados a la par de lo que estaba por acontecer y, a lo que todo indicaba, ocurriría a partir de la noche siguiente.

Designaron una vigilancia mayor, en rondas más numerosas y se dispusieron en puntos estratégicos, a fin de que,

en caso de ataque, pudiesen ser trasladados los soldados inmediatamente de los otros locales de vigilia para reforzar el flanco que estuviese siendo más presionado.

El día clareo sin mayores novedades, habiendo Macedo montado guardia por allí, a fin de dar inicio a la ejecución de su plan secreto. Observó la rutina de la casa, midió espacios, garantizó aberturas, vio el movimiento de los empleados y esclavos, para que todo pudiese ocurrir de acuerdo con sus disposiciones.

Todo era hecho con la disculpa de que iría establecer mejor ángulo de defensa. Y para que Lucinda no se opusiese, precisó revelarle parte de sus conocimientos, acerca del eventual ataque que podría ocurrir en aquel instante. No le dio certeza absoluta, mas dijo que ese era un temor que el general poseía y, por eso, no pretendiendo arriesgar la vida de la hija, mandara que ella allí quedase debidamente protegida.

Eso la inquietó un poco, pues no se consideraba una presa importante, ni juzgaba que el padre tuviese tantos enemigos así.

El día fue quedando sin ninguna otra ocurrencia de mayor nota, habiéndose recogido los esclavos a la hora de costumbre y los capataces aproximándose de los soldados para que ayudasen en la manutención de la guardia.

Macedo precisaba establecer un plan para que Tiao

tuviese condiciones de ingresar en la casa sin muchos problemas. Por eso, resguardó bien el frente y los laterales, dejando de guarnecer con mucho empeño el lado en que existía el muro, alegando que allí había una protección natural que no aconsejaba a nadie atacar por aquel lado. Eso liberaría a los soldados para una mejor defensa de los puntos más frágiles. Dejaría allí apenas dos hombres, uno en cada punta del caserón, para evitar cualquier descuido.

La noche llegó. Con ella, la ansiedad fue instalándose en el alma de Macedo.

Todos se recogieron y, como de costumbre, Olívia serviría el té a Lucinda antes de dormir.

Dentro de la pequeña tetera, no obstante, Macedo consiguiera, en un momento en que la esclava se distraía con la comida del gato de la familia, colocar el medicamento que tornaría el sueño de Lucinda más pesado de lo normal a fin de garantizarle la acción sagaz sin mucha oposición.

Caía, así, el silencio de la noche sobre el caserón que, a partir de aquel día no sería más lo mismo.

* * *

En el cuartel general, los soldados corrían para aquí y para allá buscando cumplir sus obligaciones y controlar a los habitantes que, no se sabe porque motivo, pasaron a meterse en peleas que

no tenían fin, sucediendo problema sobre problema, lo que los obligaba a constantes rondas en las calles y vigilancia más irritada.

En sus aposentos, el general comenzaba a sentirse envuelto por los mismos síntomas extraños que lo habían prendido al lecho algunas semanas antes. Dolores en el cuerpo, dolores de cabeza, escalofríos iniciaban el proceso de actuación sobre su salud de forma misteriosa. Con eso, él se veía más imposibilitado de actuar de forma inmediata. No mandara llamar a nadie pues sus oficiales no precisaban saber de su crisis pasajera, como él esperaba que fuese aquel vértigo.

No obstante, Luciano, auxiliado por otros espíritus igualmente vengadores, se aproximaban a Alcántara para dejarlo postrado en aquel momento en que se iniciara el ataque a lo que él tenía de más querido, evitándose que su furia fuese provocada al máximo y que él consiguiese impedir la concretización de los planes de los rebeldes.

Por algún tiempo, los espíritus irían a ser la barrera invisible que le impediría actuar para defenderse. Al final, eran ellos, general y espíritus, entidades que vibraban en la misma sintonía energética, lo que les propiciaba un perfecto intercambio de fuerzas que se asimilaban de forma armónica, a despecho de una pretender establecer el comando de la otra.

Luciano espíritu se sentía en su verdadera casa al lado de Alcántara hombre, ambos ignorantes de las leyes del

Universo, leyes de tolerancia, de amor y de perdón.

* * *

Como se dijo, el caserón no sería lo mismo en las tierras de Alcántara.

Eso porque más de sesenta hombres armados con todo tipo de armas encontradas, entre la cuales, algunas armas de fuego bien cargadas, además de hachas, pólvora, cuchillos, espadas, garruchas, escopetas de caza, y todo lo que pudiese convertirse en armamento se dirigían para la sede de la hacienda haciendo uso de atajos para no ser percibidos ni llamar mucho la atención de los viajeros.

Iba a tener inicio el embate de las fuerzas que pretendían destruir la arrogancia del comandante del cuartel.

Tenían el plan de cercar la casa y atacar el portón principal con pólvora que traían, a fin de explotarlo para entrar en la propiedad. Eso sería obra de dos hombres conocedores de los delicados caprichos del explosivo y que, sin causar mucho alboroto, se colocarían listos para la efectividad del primer atentado que daría inicio al ataque.

Harían todo en la noche lo más tarde posible, ya que precisaban contar con el elemento sorpresa, aprovechándose del hecho de que los esclavos ya estarían dormidos, los capataces se encontrasen despreocupados y las personas de la casa grande

adormecidas lo suficiente para no reaccionar a los primeros embates.

Con mucho cuidado los rebeldes liderados por Mariano llegaron a la propiedad en la oscuridad nocturna y, vislumbrando el muro de entrada de la hacienda que ocultaba, luego a continuación, más abajo en el terreno, la casa grande, dieron inicio a los pasos del plan de ataque. Todos se hallaban protegidos por una capucha oscura de forma de no ser reconocidos por los habitantes de la hacienda, evitándose futuras represalias personales. Solo el hueco para los ojos permitía a los atacantes una visión del escenario de sus actividades.

Arrastrándose como una cobra bien entrenada, los dos hombres encargados del explosivo fueron a colocarlo junto al gran portón principal sin que fuesen notados por ninguno de los soldados que, a esta altura de la madrugada, igualmente, se hallaban soñolientos sin acreditar que algo ocurriría por allí.

Macedo, en su pequeña hamaca colocada en el fondo de la propiedad, próximo de donde los hechos se desarrollarían, no conseguía hacer otra cosa sino pasar el plan en revista, observando las posibles variables a ser adoptadas para los imprevistos que, esperaba, no ocurriesen.

Al final, dió a Tiao todas las instrucciones, inclusive un pequeño diseño de las habitaciones internas de la casa, en los cuales sería más fácil que encontrase la carga preciosa a su

corazón.

Y allí, en el medio del matorral, oculto por la noche, dos ojos brillaban como un felino al acecho de su presa, dos brillos siniestros daban noticia de la intención cavilosa de alguien que procura el mejor momento para el ataque. Debajo de los arbustos cerrados y espinosos se encontraba el sicario Tiao, listo para el verdadero salto.

Y aprovechando de la idea del propio Macedo, además de la cobertura para la cabeza y el rostro de Lucinda, Tiao providenciara una capucha oscura para la suya, igualmente apenas con el orificio para la visión, a fin de no ser identificado por nadie si algún encuentro imprevisto ocurriese.

Faltaba, apenas, el inicio del ruido, pues, del resto, él daría cuenta solito.

16

La hora llegó.

La madrugada iba alta con sus ruidos de costumbre indicando que todo corría de forma natural.

Macedo recostado en la hamaca, consiguiera dormitar un poco, mientras los soldados de la guardia o dormían esperando la llegada de su turno o estaban soñolientos

montando vigilia en la oscuridad, ansiosos por la oportunidad de recostar el cuerpo en la cama suave.

Allá afuera de la hacienda el sueño estaba muy lejos de los hombres que preparaban el ataque.

El barril explosivo fuera colocado en la base del portón y el camino de pólvora extendido por algunos metros para la protección de los que lo accionarían. Todo preparado, Mariano dio la señal usando pequeña lamparita de aceite y el rastro de pólvora fue encendido.

Fue la señal para que la invasión comenzase. Todos los atacantes sabían que hacer.

Un grupo había sido designado para ir lo más rápido posible para el interior de la casa a fin de raptar a la joven, de lo que dependía el inicio del saqueo y la destrucción de la sede de la hacienda.

Otro grupo se dirigiría a los alrededores, incendiando todo lo que agarrase fuego, matando a quien se pusiese en su camino.

Algunos otros se preocupaban con la seguridad de los agentes, montando guardia para evitar cualquier reacción de los habitantes o esclavos.

Todos estaban ocultos por las capuchas.

Tan pronto el portón fue roto, avanzaron hacia adentro como soldados en carga desesperada, dando rienda suelta a todo el odio y a la venganza largamente represadas en el alma.

Con la explosión, la gritería y los tiros, todos los habitantes de la hacienda acabaron sorprendidos.

Macedo despertó de la siesta casi cayendo de la hamaca. Los soldados que dormían mal tuvieron tiempo para levantarse de los lechos y colocarse las botas.

Los que estaban efectuando la ronda nocturna, asustados por el tamaño de la explosión, quedaron atontados, en estado de choque por algunos instantes, sin saber muy bien que hacer o sin creer en lo que sus ojos y oídos estaban registrando.

Las antorchas corrían rápido en las manos de los invasores e iniciaban su destructiva tarea.

Todos los soldados habían dejado sus puestos para correr en dirección del foco del ataque, bajo los gritos nerviosos de Macedo que, a pesar de haber sido avisado de la invasión, no juzgara que sería efectuada por un número tan grande de personas. Había tres invasores para cada soldado.

Protegidos por barricadas improvisadas, iniciaron el tiroteo con los atacantes que acabaron también sorprendidos con la existencia de una defensa de la casa grande. No

imaginaban ellos que había protección tan voluminosa impidiéndole el libre curso de su agresión. Tiros de ambas partes, mientras el fuego ganaba el matorral seco que rodeaba el lugar.

Aprovechándose del ruido, Tiao colocó su capucha en la cabeza y se preparó para hacer su parte.

Se arrastró por el medio de los arbustos, miró para todos lados y tomó la dirección del pasaje existente en el muro que, a estas alturas no estaba más guarnecida por causa del ataque que venía del otro lado y que exigía todos los soldados y armas disponibles.

En el interior de la casa, asustadas con el ruido, las dos mujeres, Lucinda y Olívia, se hallaban medio confundidas una vez que el efecto de la droga colocada en el té que tomaron antes del reposo les causaba fuerte soñolencia, teniendo la cabeza lenta en el raciocinio y el cuerpo deseoso de continuar adormecido.

Allá afuera, los rebeldes atacantes ganaban terreno, obligando a los soldados, comandados bravamente por Macedo, a retroceder para posiciones más protegidas, abriendo espacio para el avance de los invasores.

Buena parte de la vegetación ardía en llamas.

Aprovechando esa situación favorable, Tiao no encontró

dificultad en entrar en la casa y, usando las informaciones del propio Macedo, que le indicara como llegar al cuarto de la joven, alcanzó el interior de la amplia morada seguro de lo que debería hacer.

Allá afuera, las balas iniciaban su desbastador reinado, imponiendo bajas a través de las heridas que causaban.

No había mucho tiempo para que los rebeldes alcanzasen su objetivo pues temían que, atraídos por el ruido, los esclavos viniesen a juntarse a los defensores de la propiedad, aumentando en mucho el numero de los opositores y disminuyendo el chance del éxito.

De ahí, que un grupo se dirigió para las puertas de la senzala con la intención de intimidar a todos los negros desarmados y permanecer allí dentro o morir intentando salir.

Los capataces estaban haciendo compañía a los soldados, escondidos atrás de los pilares y objetos, huyendo de las balas.

Algunos de los rebeldes más audaces alcanzaron el caserón e iniciaron la búsqueda para conseguir ingresar en él.

Las antorchas iban dejando para atrás un rastro crepitante, quemando todo lo que estaba disponible.

En el interior, mientras tanto, ya se hallaba Tiao,

forzando la puerta del cuarto de Lucinda, para que consiguiese bloquear sus movimientos y evitar su fuga en tiempo.

Con la puerta cerrada con llave, el sicario precisó emplear todo su potencial muscular para hacer que la puerta fuerte del cuarto cediese. Usando la pistola que traía, rompió la cerradura y, al impacto de sus hombros acostumbrados a invasiones de ese tipo, alcanzó el interior del cuarto encontrando apenas pequeña lamparita que iluminaba el interior y que permitió vislumbrarse a la joven, aún en trajes de dormir, abrazada a la vieja ama, ambas temblorosas de susto sin saber que hacer.

Más que de prisa, el invasor retiró la vieja negra de los brazos de la joven que gritaba a todo pulmón, sin poder ser atendida por nadie que oyese. Olívia, débil por la edad y amedrentada por la acción violenta del hombre encapuchado nada consiguió hacer a no ser llorar, gritar y rezar también.

Tiao, partiendo para el lado de Lucinda, le tomó los brazos delicados y los ató con pedazos toscos de cuerda, pegándolos a las costillas. Acto continuo, le amarró los pies por los tobillos, impidiendo cualquier fuga o defensa física por parte de ella.

Retiró del pliegue de la ropa el saco oscuro que Macedo le había ofrecido para colocar en la cabeza de Lucinda, no sin antes introducirle un pedazo de paño en la boca y amarrarla con una tira en la nuca, a fin de que ella no gritase, denunciando el

secuestro.

Nerviosa y al mismo tiempo confusa por causa del somnífero, juzgó estar siendo víctima de una pesadilla de la cual no conseguía salir. Impedida de concretizar cualquier acto de defensa, acabó desmayándose del miedo en las manos de su violento raptor.

Tiao viendo el estado de entorpecimiento de su víctima, tomó una cubierta gruesa, enrolló la joven y la colocó en su hombro fuerte, como si fuese un saco de patatas.

Mientras ocurría eso, los rebeldes ya iniciaban el ingreso en el interior de la casa señorial, quebrando los muebles vetustos, encendiendo fuego en las cortinas pesadas, derrumbando objetos y saqueándola de todos los bienes de valor. El humo invadió todos los aposentos que comenzaban a recibir la visita de los atacantes así como del fuego que venía después de ellos.

En el medio de ese tumulto, Tiao y los rebeldes se cruzaron naturalmente, como si hiciesen parte del mismo grupo de hombres.

Tanto que uno de ellos, dirigiéndose a Tiao, habló exaltado:

- Lleva pronto ese fardo precioso para afuera para el escondite, pues ahora el fuego hará el resto.

Todos los atacantes y el propio Tiao estaban protegidos por las capuchas que, no los identificaba, y hacia que pensasen se tratara él de alguno de los comparsas invasores.

Sin dar repuesta verbal, mas moviendo la cabeza como quien concuerda, Tiao pronto percibió que el individuo no atinaba que era él el sicario que iba a llevar la joven para otro destino.

Cargando el empaque, Tiao descendió las escaleras del fondo de la casa y salió por el mismo camino que había usado para entrar. Cruzó el muro de piedra rápido como un rayo y se encaminó por el matorral. En el interior del mismo se hallaba su montura preparada para la carga diferente que debería transportar.

En la casa grande, el tumulto era inmenso. Los soldados de Macedo continuaban intentando organizar una defensa, pero eran muchos los atacantes. Mientras algunos mantenían a los militares disparando o defendiendo, otros conseguían escurrirse hasta el objetivo de su ira, la construcción de piedra que abrigaba la sede de la hacienda.

Al ingresar en el local, no pensaban dos veces. Esparcían combustible por las paredes, puertas, muebles, tapetes, objetos.

Olívia, viendo las llamas ganar el interior de la casa, se

arrastró por los corredores en medio de los hombres que no le impedían la tentativa de fuga, ya que estaban seguros de que la joven hija del general había sido transportada para lejos por manos confiables. La vieja esclava consiguió dejar la casa asustada y afligida, sin saber lo que había acontecido con su querida niña.

Macedo no sabía decir si Tiao consiguiera realizar su tarea, pues tenía deberes para con la protección del lugar y sus soldados estaban enfrentando una situación para la cual nunca habían sido preparados. Entre el miedo de morir y la necesidad de matar, cada uno de ellos hacía lo que podía, al menos para salvar su propia piel.

La casa de Alcántara ardía en llamas, elevando rollos de humo oscuro en la atmósfera y produciendo un calor que impedía que los hombres se aproximasen mucho de ella.

Macedo, asustado con aquel estado de cosas y ya herido por una bala que le alcanzara el hombro izquierdo, ordenó que todos los soldados se apartasen del lugar, pues ya no había mucho que hacer.

En la senzala, los rebeldes informaron que todos los esclavos estaban libres para hacer de sus vidas lo que desearan a partir de aquella hora y que deberían juntar sus pocas cosas y salir del lugar que sería, igualmente, quemado por ellos. Quien no hiciesen lo que era ordenado, correría el riesgo de morir quemado allí mismo.

Los invasores deseaban hacer que todo lo que el general poseyera fuese destruido. Las plantaciones que ya se hallaban secas a la espera de la cosecha en el campo fueron quemadas igualmente. Algunos animales fueron dispersados, mientras otros fueron muertos, perforados por cuchillos, espadas o cuchillos de cocina.

Impresionados por la agresividad de los atacantes, los pocos soldados nada pudieron hacer, mas allá de herir a algunos de los invasores que acabaron cargados por compañeros para fuera del tumulto.

Dos horas después de todo haberse iniciado, el saldo era trágico.

El capitán Macedo estaba herido en el hombro. Algunos dos de sus soldados igualmente se hallaban sangrando con balas o estillas esparcidas por el cuerpo. Uno de ellos perdiera la vida gracias al tiro certero que le alcanzara el pecho.

La sede de la hacienda era un verdadero brasero del cual no se conseguía aproximar.

Los esclavos, la mayoría en desbandada eufórica, tomaron el rumbo del mundo, restando apenas algunos más viejos o enfermos que no tenían para donde ir, ni esperanzas de recomenzar sus vidas a aquella altura de la existencia.

Los animales, muertos o perdidos.

Era el caos total.

La madrugada caminaba en dirección al amanecer sin que se supiese que fin tuvieron Lucinda y Olívia.

Esta última, después que consiguió salir de la casa, cayera desmayada cerca de la vegetación baja que existía en el camino hasta la senzala, no siendo encontrada por nadie hasta que el día clarease.

Viendo la obra terminada y pensando haber alcanzado el objetivo, los rebeldes oyeron la señal que correspondía a la orden de huir de allí. Mariano hiciera sonar un largo pito, varias veces, indicando que la operación había terminado o, al menos, que sus agentes deberían apartarse.

Dejando el rastro de destrucción, los habitantes de la ciudad, ahora transformados en destructores, se reunieron en lugar previamente combinado, cerca de un kilómetro de la hacienda y, de lo alto de pequeña elevación, pudieron regocijarse con el resplandor del incendio y el éxito de su empresa.

Certificándose de que habían ocurrido pequeñas bajas caracterizadas por compañeros que se hirieron o fueron alcanzados por tiros que no llegaron a causar riesgo de vida, iniciaron todos el retorno para sus bases. Evidentemente, no

podrían dirigirse de inmediato para la ciudad, una vez que la situación era muy delicada y las ropas los denunciarían.

Lo que importaba era que, ahora, tenían en manos a la hija del general tan odiado que, a estas alturas, ya debía estar bien guardada en el escondite por ellos preparados.

Mariano se dirigió al grupo de invasión de la casa, el cual era compuesto por hombres temerarios y por los dos padres que habían perdido los hijos en la operación hecha por Alcántara, preguntando:

- ¿Cómo es gente, agarraron la moza?

- Sí, jefe. Yo mismo la vi en los hombros de uno de los nuestros y mande que el corriese con la encomienda para que ella no acabase quemada en la hoguera.

- ¡Excelente! – habló Mariano. – ¿¡No es que aquel viejo bandido tenía montado una escolta para defender la casa?! Parece que tiene pacto con el demonio, ese general ahora sin estrellas...

- Así es, Mariano – respondió otro. – Nosotros casi morimos con los tiros para los cuales no estábamos preparados.

- Lo que importa, ahora, gente, es volver para la hacienda del Sr. Armando y cambiarnos las ropas. Fonseca va encargarse de quemar todas ellas para que no quede ninguna

prueba de nuestra participación. Las armas van a volver para el lugar donde estaban y, tan pronto el día comience al amanecer, tomaremos el rumbo de nuestras casas, con el cuidado de no ser vistos por personas sospechosas o por soldados del cuartel.

- ¿Y los heridos Mariano?

- Esos, mi amigo, precisaran quedarse en la hacienda, siendo tratados hasta que la herida mejore y ellos puedan regresar para casa sin riesgos para el movimiento. Imagine si luego mañana, tenga el médico que ser llamado para atender tantos hombres con heridas sospechosas en sus casas. Cualquiera de estos parajes iría tener certeza de que los heridos participaron del ataque a la casa del maldito militar.

- Es verdad – respondieron unánimes.

De ese modo, tomaron el rumbo, aun en la oscuridad de la noche, para la hacienda de Armando que, juntamente con Luis se hallaba en viaje, sin saber nada de lo ocurrido.

En la propiedad de Alcántara imperaba la destrucción más completa.

El capitán Macedo determinó a un soldado que no estaba herido, que usase de una montura y corriese al cuartel para informar al general y a los demás soldados de la destrucción ocurrida, pidiendo refuerzos y solicitando ayuda medica para los heridos.

Un sentimiento de impotencia y de derrota avasallaba el corazón de todos los soldados y del mismo Macedo. En verdad, aquella bala en su hombro, lejos de causarle dolores insoportables era, al menos, el salvo conducto de que necesitaba para mostrar que expusiera la propia vida para intentar salvar la hija y la propiedad de Alcántara. No podría ser considerado como cobarde. Se arriesgara hasta casi perder la vida por aquel a quien se dedicaba de forma canina.

En su interior, con todo, traía la casi certeza de que Lucinda estaría en lugar seguro, esperando por su mano salvadora. Bastaría aguardar que Tiao lo procurase para decirle donde ella se hallaba escondida. Iniciaría una búsqueda por la región hasta encontrarla y transformarse en su héroe. Con eso, no habría más cualquier oposición para que pudiese desposarla.

Al menos, era eso lo que él pensaba.

* * *

En el cuartel, el ataque febril y las alucinaciones continuaron durante aquella noche. Apenas el médico militar fuera llamado a los aposentos del comandante para suministrarle una medicación calmante sin ofrecer a nadie mayores detalles sobre el estado general.

Sería apenas un indisposición más.

* * *

Allí estaba en acción el plan de Luciano que, sirviéndose de algunos de sus ayudantes espirituales, se alternaba entre lo que ocurría en su antigua hacienda y lo que estaba aconteciendo con el hombre que perseguía.

- ¿Yo lo dije, maldito? Aquella es mi propiedad. Y como dueño de ella, prefiero verla quemando y destruida a dividirla con usted, buitre malvado.

Ese era el pensamiento del espíritu de Luciano que, acogiéndole los sentimientos de apego a los bienes que le habían pertenecido, prefería verlos consumidos en medio del incendio a permitir que otro se posesionase de ellos.

El estado del alma presentado por aquel ser desencarnado era típico de los que, durante la vida, valorizaran más las cosas de la materia que del espíritu, dando a las primeras un valor absoluto y relegando las segundas a cosas de iglesia, una vez por semana.

Arraigados a los sentimientos de dominio y herido en el afecto que nutría por su esposa Leontina, despojada de la propiedad por actitud vil del general. Luciano cayó en el desvarío, juzgando que le competía defender las cosas materiales como si aun le perteneciese.

No entendía que en el Mundo de los Espíritus donde se

encontraba ahora, tales sentimientos eran totalmente inútiles y que, sobre su voluntad, pairaba el orden del Universo.

Acreditaba que poseía poder para proteger y destruir, sin percibir que estaba apenas siendo una pequeña pieza en el gran tribunal cósmico que manda a cada uno coger lo que plantó. Su acción solo estaba prosperando porque había unión íntima con la maldad que los hombres acogían en el corazón.

Si hubiese Alcántara adoptado otro sentimiento y procurado cumplir los deberes de su cargo de otro modo, más humano, más generoso, habría colocado en acción las fuerzas del bien que le habrían sido de amparos o escudos invisibles que le apartarían los amargores producidos por la conducta que él acabó escogiendo.

Al ser violento, el hombre acaba en la compañía de la violencia. Y si hoy ella es la violencia que él exterioriza como agente, mañana será la violencia de retorno, teniéndolo en la condición de víctima.

La únicas y verdaderas revoluciones son las causadas en el interior del ser, por las transformaciones radicales que él mismo se impone para la mejoría de su propio rumbo.

Las balas de los fusiles, las bombas de exterminio tienen poder extremadamente reducido y, en cuanto sirven como violencia de retorno para quien un día ya se había servido de ellas, en esta o en otra vida y ahora tiene que soportar el estrago

que causaran, son, ahora, sementera amarga de la violencia para los que las esparcen en el presente, acumulando petardos futuros que explotarán sobre el cuerpo, en la forma de enfermedades, accidentes, o sobre el alma, en la forma de sueños deshechos y sufrimientos morales.

Los mayores verdugos que existieron yacen en el polvo del pasado y, si hicieron algo del cual la humanidad pueda recoger algún provecho fue haber legado siempre el ejemplo nefasto indicativo de aquello que debe ser evitado a todo costo en las futuras generaciones.

Todas las banderas de ideales que precisaron o precisaran de escolta armada para ser erguidas, fueron izadas en mástil condenado. En la defensa del bien no puede existir el menor resquicio de maldad, una vez que la bondad posee otras armas bien diversas de las del mal y de la ignorancia.

Establecer el Imperio del bien por las armas del terror es negarle efectividad, no importa cual sea el objetivo.

Catequizar teniendo la escritura dulce y tierna en una mano, trayendo la espada, el látigo o el revolver en la otra es anular el poder avasallador del Evangelio que representa siempre el cántico de la paz y del pacifismo.

Alcántara y Luciano eran espíritus muy próximos en los métodos y sentimientos, conceptos y aptitudes, donde el perfecto engranaje entre los dos y la resonancia completa hizo

que ambos cogiesen lo que sembraron un día y acabasen sembrando, por la ignorancia, lo que irían a coger: el sufrimiento.

Ese era y será el precio del aprendizaje para espíritus tan obstinados, no importa en que lado de la vida se hallen situados.

Destruídos los arsenales del odio a través del dolor que pone por tierra los ídolos transitorios y falsos, que quema toda la materia desfigurada de los sentimientos viles, que arrasa la seara de hierbas dañinas acumuladas por el alma invigilante, estará preparado en lo íntimo del hombre arrogante el terreno para que las dulzuras del amor puedan manar agasajándole el espíritu puesto al abandono por las actitudes insensatas.

En la reconstrucción del nuevo hombre, es imprescindible se rompa con todos los lazos de la ilusión, lo que solo el sufrimiento, muchas veces, es capaz de hacer.

No obstante, no es el Ser Supremo quien escoge el camino. Deja a la criatura la libertad y la responsabilidad de hacerlo por sí misma.

Escoge el hombre la escuela, la profesora y la pedagogía que más le interese.

Y existirá siempre la **palmatoria** para los que escogen la profesora del dolor en la escuela de las experiencias egoístas.

Cuando el profesor Amor llega, los alumnos estarán disciplinados para entenderle los conceptos en la escuela del altruismo y de la fe.

El Divino Maestro no se olvidó de alertar:

“A cada uno, según sus obras.”

17

Angustias mayores.

Con el amanecer del día llegado, todos fueron teniendo mayor noción de los hechos.

Después de la fuga de los rebeldes, se organizó una gran operación para apagar el incendio en la casa grande. Todos los esclavos que no huyeron y que tenían condiciones físicas se empeñaron para salvar la morada del señor y de la señorita. Con baldes o vasijas improvisadas, hacían larga fila que unía la casa al riachuelo que pasaba por las proximidades y que movía el molino.

Las llamas que se agrandaron durante la noche, al clarear del día parecía que estaban siendo vencidas por el heroísmo de aquellos negros.

Macedo, herido, estaba estirado en un canto bajo los cuidados de los propios soldados, aguardando la llegada del medico.

Al lado, cubierto con una sabana, se hallaba el cuerpo del soldado que perdiera la vida durante la batalla en la defensa de la propiedad.

No obstante herido, Macedo continuaba lucido y precisaba saber lo que ocurriera con su pretendida. Hasta entonces no tuviera ninguna respuesta sobre el éxito o no de la misión.

Tan pronto vencido el incendio, los siervos de la hacienda constataron que nadie había perdido la vida bajo las llamas, lo que provocó un alivio en el corazón de Macedo que temía por la amada que, en el medio de aquella confusión, podría haber acabado consumida por el fuego.

Como se hallaba ocupado en el combate a la invasión, siendo esta de proporciones mucho mayores de lo que imaginaba, no pudo ver a Tiao cumpliendo sus ordenes en la ejecución del plan tétrico que su mente cavilosa engendrara. Estaba por allí esperando confirmación de la desaparición de Lucinda, lo que iría a permitir que tuviese condiciones de transformarse en el héroe que salvaría a la mujer amada.

* * *

Llegando al cuartel, el soldado que sirviera de mensajero procuró llevar el aviso del siniestro hasta sus superiores inmediatos.

Obedeciendo la cadena de comando, la noticia tocó a las puertas de los aposentos del general Alcántara.

Este, por su vez, se hallaba en proceso de recuperación, pues tuviera una noche difícil, llena de vértigo y de pesadillas.

Efectivamente, no durmiera bien. Envuelto por las influencias de Luciano, fue retirado del cuerpo y llevado junto de él a la sede de la hacienda, a fin de que pudiese asistir a todas las ocurrencias y presenciar la desdicha que comenzaba a abatirse sobre su cabeza.

En cuanto veía los lances más cruentos de la escaramuza, Luciano le repetía:

- Está viendo, viejo avariento, lo que es mío yo le doy el destino que deseo dar. Prefiero verlo destruido y quemado que en sus manos.

Medio atolondrado y en agonía íntima, Alcántara gritaba torturado:

- Lucinda, Lucinda... ¿donde está usted, mi hija?...
Lucinda...

- Grite así, bien alto, pues ella no podrá oírlo. Ahora ella me pertenece. Y será a mí que precisará implorar para que pueda verla nuevamente. Vea lo que le está aconteciendo.

Y diciendo eso, apuntó para el interior de la casa para donde se trasladaron con la velocidad del rayo.

Allá dentro, un bulto encapuzado estaba forzando la puerta del cuarto de Lucinda que, cediendo al peso del hombre robusto, permitió que el mismo avanzase sobre ella, raptándola como ya fue descrito y llevándola para un rumbo desconocido.

Alcántara asistía a todo como una fiera enjaulada, vociferando, intentando librarse de la dominación que no conseguía entender. El odio le subía a la mente como jatos de ácido que le corroían el pensamiento.

¿Aquello era un sueño o era verdad? ¿Estaría viendo el futuro distante o era víctima de la alucinación causada por su extraña enfermedad?

- Su enfermedad, viejo asqueroso, es la ruindad – dijo Luciano a su oído, emoldurando sus palabras con sonora y metálica carcajada.

En vista del estado emocional producido por las visiones, por la angustia acumulada, por el terror que le infundió la risotada estentorica del espíritu, lo cierto es que

Alcántara volvió del estado de entorpecimiento y retomó el cuerpo físico visiblemente quebrantado.

Tuviera un sueño horroroso, pensaba. Estaba todo mojado por el sudor viscoso y álgido que empapara hasta las sabanas.

Su cuerpo temblaba de frío y su interior temblaba como si tuviese sentado sobre las piezas de un molino de harina.

Continuaba acostado, pues tenía dificultad de reasumir los movimientos. Precisaba esperar algún tiempo para que su cuerpo le obedeciese las ordenes, ya que parecía estar pesando algunas toneladas.

Despertado de esa pesadilla, alta madrugada, no consiguió dormir más. Tenía miedo de que volviese a soñar con las mismas cosas o sentir la compañía ruin que le había mostrado todas aquellas escenas.

No era capaz de sentir con intensidad la presencia de un espíritu amigo y generoso que mucho lo amaba y que procuraba prepararle el interior para todas estas ocurrencias.

En ese estado de cosas estaba perdido en sus divagaciones cuando la claridad del cielo comenzó a avisar la llegada de un nuevo día.

Reunió sus fuerzas para levantarse del lecho, lo que

consiguió a mucho costo. Se dirigió al baño para realizar la higiene matinal, procurando, por el baño necesario, el rehacimiento de sus energías, una vez que no podría comparecer delante de la tropa en aquel estado.

Con la acción magnética del agua, su cuerpo consiguió mejorar el equilibrio general. Las funciones metabólicas fueron siendo restablecidas y la circulación pudo calmarse dando tregua al corazón desajustado. Con la renovación de las fuerzas producida por la acción del liquido bendito que la naturaleza concedió al hombre como si diese a éste su propia sangre vivificadora, el general retomó cierto bienestar, trayendo en lo intimo, con todo, la sensación de agonía y de aprieto por las escenas horrorosas que presenciara, especialmente en lo que se refería a Lucinda.

Cuando terminaba de vestirse, oyó toques en la puerta.

El Oficial de Día lo procuraba para hacerle comunicación de suma importancia.

Tan pronto autorizado a ingresar en sus aposentos, el joven teniente relató al comandante todas las noticias oídas de la boca del soldado, aumentando detalles supuestos e informando que Macedo estaba herido, mientras que un soldado de la guardia había perdido la vida.

Un tiro a quemarropa no habría hecho mayor estrago. El militar quedo lívido. Precisó sentarse para no caer, lo que hizo

disfrazadamente, como quien iba a acomodar la bota.

Pregunto por Lucinda y, lo que era más grave, oyó del teniente decir que sobre ella no tenía noticias. Con certeza, por causa del incendio, todos habían dejado la casa y la moza debería estar escondida en algún lugar hasta que amaneciese.

El general quería creer en eso, más alguna cosa más fuerte le decía que no era la verdad.

Después de la primera reacción de susto, la indagación se apoderó de su ser. El viejo orgullo, la vanidad herida, el amor propio agredido, la osadía de los atacantes que no le respetaban el refugio, todo le estaba causando una efervescencia inigualable.

Al lado de él, Luciano lo estimulaba en la reacción, para que el general sufriese aun más.

- Esto mismo, señor general. Vea si es posible aceptar que alguien haga esto con sus cosas. No respetan ni un general... - decía Luciano a los oídos del hombre a quien perseguía. Usted no puede dejar las cosas de ese modo. Precisa tomar alguna actitud. Vea que maldad cometieron contra usted...

Esas insinuaciones caían en el alma de Alcántara como una cantiga de ninar al contrario. Al inverso de llevar calma a un espíritu atormentado, tiraban fuego en la leña para aumentar

la hoguera.

Conocedor de sus debilidades de carácter. Luciano sabía cuales cuerdas tocar en lo intimo del general para hacerlo reaccionar según sus planes de espíritu vengativo.

- Teniente, - dijo enérgico el general – providencie un caballo veloz con escolta inmediatamente. Coloque el cuartel en presteza y no permita la salida de nadie hasta mi regreso.

- Sí, señor. ¿Cuántos hombres el señor pretende en la escolta, general?

- Diez hombres de los buenos... y en el medio de ellos coloque un medico, pues con gente herida vamos a precisar de uno. Mande también a nuestra carroza hospitalaria ya que, tal vez, precisemos traer para acá a los heridos.

Girando en los tacones después de la continencia protocolar, el teniente dejó al general solito en su cuarto.

Su cabeza hervía, su corazón era una caldera humeante. No le salía de la cabeza el tenor del sueño que tuviera. Aquello no parecía alucinación ni cosa irreal. Aquellas escenas eran tan crueles y verdaderas que él pasó a creer que estuviera allá durante la madrugada, sin entender como es que eso sería posible de ocurrir.

Al mismo tiempo, una estiletada fría y cortante le

atravesaba el corazón cuando pensaba en Lucinda.

¿Dónde estaría ella, tan frágil, tan desprotegida? No era posible que alguien tuviese el coraje de atacar a una moza incapaz de hacer mal a un insecto...

Pero los agresores no tardarían por esperar su ira. – Si alguna cosa hubiera ocurrido con ella, - hablaba el general para sí mismo – aquellos animales vestidos de gente irán a ver sus días transformados en un verdadero infierno.

Además de eso, un soldado muerto y Macedo herido, no se sabía si con gravedad o no, indicaban que los atacantes portaban armamentos y que aquello fuera una acción organizada. Quien hizo aquello sabía lo que deseaba.

Poco tiempo después, Alcántara dejaba el cuartel general escoltado por diez militares armados y, en disparada, tomaba el rumbo de su hacienda, distante aproximadamente a una hora de cabalgata.

En la ciudad, los ánimos estaban igualmente encendidos. A la boca pequeña corría la noticia del ataque bien exitoso a la casa de aquel despótico militar.

Los corazones débiles siempre vencidos por el poder de aquel personaje, que era causante de mucha desdicha en la comunidad, habían conseguido, al menos por una vez, causar daño real para vengarse de los males recibidos.

Dentro de las casas, la risa corría suelta y el sentimiento de que Dios era justo hablaba a los corazones ignorantes de la verdadera Justicia de Dios que jamás quiere el perjuicio, la muerte y el sufrimiento de ninguno de sus hijos.

Entretanto, en la fase actual de evolución de la humanidad, la carga de venganza que cada uno carga en el interior hace que la Justicia solo se parezca justa cuando el verdugo más padezca y sufra más dolor de aquel que hiciera sufrir a alguien.

Hay mucha dificultad para que el ser atrasado comprenda que la Justicia Divina no se vale de la venganza y no tiene por objeto la punición.

Dios prefiere el trabajo de reconstrucción de aquel que destruyó ya que la finalidad de Su Obra es educar y no vengarse.

Pero los corazones sin preparación de los habitantes de aquella región, al presenciar la pequeña tropa pasar en disparada por las calles que daban acceso al camino de las tierras del general, pudieron gritar de euforia como confirmando que todo había ocurrido conforme lo planeado.

Sin embargo, para los revoltosos que se hallaban en la hacienda del Sr. Armando, una triste sorpresa comenzaba a delinearse.

Reunidos en las habitaciones del caserón, después de adoptar las medidas preventivas que los librara de sospechas, quemando ropas, escondiendo las armas, tratando a los enfermos y heridos, en la conversación que se seguía, descubrieron que no sabían donde estaba Lucinda. Eso porque, pasadas algunas horas del final de la invasión, llegó a las tierras de Armando la persona responsable por el cautiverio de Lucinda, que allá no se hallaba.

Como el tiempo había pasado sin que nadie hubiese llevado la moza para el escondite donde quedaría, el responsable por el vino a la hacienda para saber lo que había acontecido. Procuró a Mariano.

- Sr. Mariano, ¿dónde está la tal moza?

- ¿Cómo así, Bento? ¿La moza fue retirada de la casa y llevada para el escondite?.

- ¡Ah! Sr. Mariano, no, eso no fue así... Yo estaba allá hasta ahora y ella debe haber tomado otro rumbo porque allá no fue a parar. Tanto que yo vine para preguntar si ustedes desistieron del plan o si no consiguieron raptar a dicha persona...

- No me diga eso, Bento. No puede ser verdad una cosa de esa.

Y atónito con esa afirmación, Mariano dio un grito

llamando a todos los participantes responsables por la invasión que, rápidamente se colocaron a su vuelta:

- ¿Quién era el responsable por agarrar a la mujer?
Habló serio y ríspido

- Era yo, Sr. Mariano.

- Muy bien, Correia. ¿Y ahí, usted la agarró?

- Agarrar no es buen termino.

- ¿Cómo así?, ¡explíquese!

- Es que cuando yo llegué allá adentro después de mucho tiro para todos lados, lo que acabó dificultando nuestra entrada, yo cruce con uno de los nuestros que ya venía cargando la moza en el hombro. No sé quien era porque él estaba con el gorro en la cabeza. Pero le dije a él que llevara la carga preciosa inmediatamente para el escondite, habiendo respondido con una seña de cabeza de que lo haría.

- ¿Y después?

- Ora, Mariano, después que la moza fue robada nosotros quedamos revolviendo la casa, procurando por cosas que tuviesen valor mientras los otros colocaban fuego en los cuartos.

- Pues entonces, ¿quien de ustedes fue el que agarró a Lucinda en su aposento y cruzó con Correia en el corredor de la salida?

El silencio cayó como una piedra en medio del grupo. Nadie podía decir que era el autor de tal hazaña.

- ¿No fue nadie? – gritó Mariano descontrolado. –
¿Quieren decirme que nosotros entramos en la casa de la cobra y salimos de ella sin cargar lo más importante? ¿Y entonces quién fue que cargo a la mujer? Alguien aquí está mintiendo...

La situación estaba delicada, pues nadie había entendido lo que pasaba. Otro confirmó las palabras de Correia afirmando haber visto también a uno de ellos cargar la moza para fuera de la casa, acreditando que el plan de ellos se hallaba concretado.

Nadie se diera al trabajo de acompañar al secuestrador para ver a donde él llevaría la carga.

Ninguno de los invasores quería acreditar en lo que estaba aconteciendo. Pasaron a desconfiar unos de los otros, pues no tenían otras hipótesis para imaginar.

- Bento, vuelva para el lugar y quede allá esperando. Quien sabe si aconteció alguna cosa en medio del camino que pueda haber retrasado la llegada de la mujer en el sitio combinado – habló el líder al compañero de tramoyas.

- Tá bien, voy a volver para allá. ¡Pero alguien va a tener que llevar comida para nosotros hasta el día de mañana!.

- Quede tranquilo que no le faltará que comer... -
respondió Mariano.

¿Dónde será que había ido a parar la hija del general?

* * *

En la sede de la hacienda, las cosas estaban normalizándose, después que el incendio fue dominado.

Macedo, con el brazo inmovilizado por paños, andaba de un lado para otro deseando encontrar vestigios que le indicasen que todo ocurrió conforme sus deseos.

Ninguna información, no obstante, consiguiera obtener hasta allí.

Después de andar por los cuatro cantos incendiados de la casa otrora suntuosa, pasaba para el terreno, después por el molino, por la casa del capataz y nada.

El sol estaba alto y el calor comenzaba a incomodar. El dolor de la herida crecía con el aumento de la temperatura.

Macedo procuró una sombra para abrigarse por algún tiempo a fin de esperar la llegada de la ayuda que había pedido

por el mensajero.

Tan pronto se recogió debajo de algunos árboles, vio llegando cerca de él a la vieja Olívia, toda descabellada, llena de arañazos, con su ropa tradicional rasgada y sucia.

- ¡¿Olívia, dónde fue a parar usted, mujer?! – gritó Macedo entre feliz y preocupado por informaciones. Estuvimos procurando la mañana entera por noticias suyas y de Lucinda. ¿Dónde se metió usted?.

- Ara. Señor capitán. En medio de aquella confusión una negra vieja como yo que ya ni presta para alguna cosa. Después que robaron la señorita el hombre me dio un empujón que yo perdí el rumbo. Nois dos gritaba que ni dos gralhas desesperadas mas no sirvió de nada.

- ¿Entonces usted vio a siña Lucinda siendo llevaba por un hombre?

- Claro, señor capitán. Yo tó veía mas aun observo bien. Después que él me dio una porretada que me lanzó lejos, yo no vi mucha cosa. Cuando la humareda subió yo resolví da un jeito en la vida y, como era hombre pa todo lado y humo por todo canto, fui de arrastro despacito, con el pueblo pisando por encima de mí, hasta que yo conseguí salir de la casa.

- ¿Y ahí, que hubo? – preguntó ansioso el militar herido.

- Ahí yo salí andando por ese mundon llena de miedo hasta que acabé cayendo en el medio de una mata del matorral donde quedé hasta ahora, cuando desperté con ese solazo que Dios manda quemándome la cara.

- ¿Y Lucinda? ¿Y el hombre que se la llevó, quién fue?
– preguntó el militar esperando que ella confirmase la descripción de su comparsa.

- ¡Ora, seño capitán, no dio para ve nada!

- ¿Cómo así? – preguntó más afligido.

- ¿Ué, ute no vio que ese povao taba todo con unos paños negro en la cabeza? El hombre que robo la señorita tambien tenía un treco de esos tapando que solo daba para ver el hueco de los ojos y la venta medio para fuera.

Un frío estremeció su interior.

- ¿Usted me está diciendo que Lucinda fue raptada por un hombre con la cabeza cubierta con una capucha?

- Yo ni se como e el nombre de bautismo de esos paños que ponieron en la cara. Solo sé que el malvado que entró en el cuarto tenía eso en la cabeza. Agarró la señorita que gritaba más que yo, la enrolló en la colcha de la cama y salió como quien carga un saco de batata en las costillas.

Macedo estaba desesperado. Alguna cosa había salido errado con Tiao. ¿Que habría ocurrido?.

Los encapuchados eran los agresores. Tiao no traía capucha. Si Olívia vio un hombre con gorro oscuro en la cabeza llevarse a Lucinda, la joven estaba en poder de los rebeldes.

- Maldito bandido ignorante. ¿Dónde será que se metió? ¿Por qué no obedeció lo que yo había determinado?. Él va a pagar caro su afrenta – pensaba irritado el militar.

- ¿Y ahora, capitán, que va a hacer? – preguntó la negra.

- No sé, Olívia. Es preciso esperar al general para ver lo que él va a hacer. Lo que es cierto es que precisamos buscar a la señorita por todos esos lugares, antes que ella llegue muy lejos, cargada por esa gente mala que hizo todo eso que usted está viendo.

Dicho esto, mandó que ella fuese a descansar hasta que el general llegase y se quedó meditando en el cambio inesperado del curso de los hechos, lo que dificultaría su acción como caballero salvador.

Pensaba en el riesgo de Lucinda de ser asesinada por los rebeldes y estaba más desesperado aún. En su mano ella estaría segura, mas en la compañía de ese pueblo violento y vengativo, ¿qué podría acontecerle?.

Estaba en esa tomada mental cuando oyó a la distancia el tropel de los caballos que se aproximaban en disparada, entrando en la propiedad sin necesidad de mayores cuidados, ya que el portón fuera hecho pedazos por el explosivo.

Cuanto más se aproximaba, más impresionado iba quedando el general.

Al ver la casa humeante, descendió de la montura y partió hacia dentro alucinado. Fue seguido por los soldados más antiguos que le pedían que tuviese calma, pues la casa podría derrumbarse en cualquier momento. No podría estar por allí, corriendo tanto riesgo.

- ¿Dónde está Lucinda?. ¿Dónde fue a parar mi hija? – gritaba para todos los cantos – Macedo, Macedo, ¿dónde está usted, hombre?

Levantándose todo lleno de dolores y procurando mantener la altivez de soldado que, aunque herido, responde a su superior, el capitán se dirigió a la presencia del comandante que, a esta altura ya había dejado el interior consumido de la casa y se hallaba en el patio externo.

- Señor, aquí estoy – dijo el capitán.

- Y entonces, ¿qué aconteció? ¡Cuénteme todos los detalles! ¿Y Lucinda, donde está? – Alcántara hablaba sin parar y sin dar oportunidad para que Macedo respondiese.

En la primera pausa que se hizo natural, el capitán relató todos los hechos, en la forma como ocurrieron. Habló del ataque sorpresa, de la cantidad muy superior de agresores que de soldados en la defensa, de la pérdida del soldado, de la herida sufrida, de la invasión de la sede que no fue posible defender, del incendio.

- Si, todo eso yo sé. ¿Pero y Lucinda?.

La pregunta del padre desesperado fue seguida de silencio. El capitán bajó la cabeza para no ver el desespero del comandante en la hora de darle la noticia.

- ¡Habla, hombre! – el general le sacudió los hombros a los gritos, sin atender para su herida que sangraba manchando el uniforme rasgado.

- ¡Bien, señor, la señorita Lucinda no está aquí!

- ¿Qué? ¿Va decirme que ella murió quemada? ¿Qué ninguno de ustedes, inútiles, tuvo coraje para entrar en la casa en llamas para salvar una indefensa doncella?

- No, general. La señorita Lucinda, a estas alturas, si estuviera viva, debe estar bien lejos de aquí, raptada por los invasores que la amarraron y la llevaron para destino ignorado.

La palabra de Macedo denunciaba un destino peor de lo

que el mismo túmulo para el padre que procuraba a la hija. Saberla muerta y sepultada bajo el piso, permitiría que el genitor tuviese acceso al local para conversar con su alma, como era la costumbre de aquellos tiempos. No obstante, saberla en la mano de los rebeldes, eso era demasiado.

Descontrolado, pidió un poco de agua para beber.

Tenía deseo de ahorcar a Macedo con sus propias manos allí mismo, enfrente de todos los soldados para que sirviese de ejemplo.

La ira era avasalladora, principalmente en un hombre de gran porte, acostumbrado a mandar, a ser obedecido y a tener cumplidas todas sus voluntades y determinaciones.

Lucinda, su hija, estaba a merced de gente tan perversa! Qu será de ella?.

Y sin conseguir contenerse más en el desespero que venía sintiendo desde la madrugada, cuando pudiera ver casi todas las escenas durante su ocurrencia, el general se sentó en un pedazo de tronco all caído y, colocando el rostro entre las manos, llor el llanto del desespero de un padre que perdió el ente más amado sobre la Tierra y no posee siquiera su sepultura para llevarle un homenaje en forma de una flor.

En silencio, salieron todos los hombres para que el general pudiese dar curso a las lagrimas sin testimonios

incómodos de su sufrimiento.

De esa forma, por todos lados, en todos los corazones se instalara la angustia cortante, sea en Alcántara, el padre desesperado, sea en Mariano, el líder de la rebelión no completamente victoriosa, sea en Macedo que se veía privado de la caza tan avaramente codiciada.

Eran todos derrotados por los caprichos de la vida que nadie consigue controlar, por más astutos que hayan sido los planes de la maldad.

Aquel sería un largo día, prenuncio de un triste mañana para todos.

18

Sordo a los consejos del amor.

Alcántara estaba desolado delante de los hechos.

No tanto por la destrucción que representaba para él el poderío material, mas por haber sido apartado de su más intensa fuente de afectividad.

Se recordaba de la hija querida desde el día del nacimiento.

La viera crecer al mismo tiempo en que sentía la afinidad espiritual aumentar en la medida en que sus pequeños deseos de niña iban dando lugar a comportamientos más maduros para su edad.

Reconocía, en lo íntimo, que dejara de desear en la crianza de los dos primeros hijos, Eleuterio y Jonás, trayendo en el corazón el disgusto por haberse apartado este último del hogar, aun antes del nacimiento de la hermana.

Con esas cogitaciones, el general pensaba sobre el pasado de la hija recordando partes de su vida sin que hubiese vuelto del impacto de todo aquello.

Como alguien extremadamente herido, entrara en un proceso de alineación temporal víctima del choque emocional que representa defensa psicológica del individuo que pretende, huyendo del presente, refugiarse en el pasado mejor, aunque por algunos breves instantes.

* * *

En esa hora, manos amigas e invisibles tocaban las cuerdas más sensibles del corazón inflexible de aquel militar.

Espíritus amigos que acompañaban todo el desarrollo de la vida de aquel grupo de encarnados procuraban valerse de esos momentos de extrema sensibilidad, aunque causados por el sufrimiento, para auxiliar en la sembradura y en el confort de la

criatura abatida.

Así, también inspiraban al general pensamientos nostálgicos aprovechando su vuelta al pasado, haciendo que él sintiese la felicidad que un día disfrutara y que, para obtenerla, no habían sido necesarias cosas materiales o dolores físicos.

Era la recordación del amor de la esposa, de su preocupación y sus celos. La diversión y los abrazos de los hijitos pequeños, hoy casi todos perdidos.

Todas esas alegrías habían sido obtenidas sin que gastase un solo centavo de sus valores financieros para comprarlos, toda vez que ellos no estaban a la venta.

Todo eso le había sido ofrecido gratuitamente. Y esa gratuidad incomoda y confunde a aquellos que se acostumbran a comprar todo y a todos.

Valiéndose de esos momentos de crisis, los espíritus que aman a los hombres se aproximan a ellos, envolviéndolos en una atmósfera dulce y contagiante, objetivando hacer renacer en lo íntimo de cada uno aquello que el ser posee de más noble en su carácter, en sus sentimientos.

Eso ocurre porque, estando el creador en unión constante con su criatura, aunque esta se halle apartada de Él por la ausencia de fe, de credulidad en alguna religión específica, todas las cosas que ocurren con ella son con la finalidad de erguirla para una vida más digna.

No fuese así, y Dios no sería bueno, no sería Padre, no sería sabio y, por eso, NO SERIA DIOS.

Hasta lo que parece ser la desdicha en los caminos de cada uno, representa escalada dolorosa para la cual nuestro espíritu ya fue previamente preparado para enfrentar con todas las condiciones de vencerla. Precisaré enfrentar el sufrimiento de una enfermedad luchando para vencer tales obstáculos con resignación y coraje. Será convocado a afrontar los desafíos de las catástrofes físicas que se abaten en los lugares donde vive tales como terremotos, incendios, huracanes, etc., retirando de esas experiencias lecciones de solidaridad y ayuda mutua. Tal vez necesite soportar la prueba áspera de la riqueza y del poder para aprender a ejercitarlas con decencia a beneficio de todos, venciendo el egoísmo y el orgullo.

No importa cual sea la causa.

Lo que interesa es que todas ellas estarán en el camino del alma como invitación del creador a la auto superación y a la mejoría.

Hasta el mal, ocurre en la vida bajo la supervisión indirecta de los espíritus amorosos que, obedeciendo a las leyes del Universo, le acompañan los desatinos hasta el instante en que se haga necesaria la intervención superior para la corrección definitiva de los caracteres en proceso de madurez y de purificación.

De esa forma, al lado de Luciano que se comportaba como ya fue indicado, buscando la venganza, intuyendo negativamente a los integrantes del grupo, reencarnados para las elevadas actividades del crecimiento común, la bondad de Dios colocó las generosas manos brillantes de nobles entidades que, aprovechándose de las brechas en las horas adecuadas, siembran ideas y sensaciones para que, con el tiempo ellas puedan fructificar.

Estos amigos espirituales no actúan como los hombres que pronuncian dos o tres palabras de consejo y que, si no son oídos y acatados inmediatamente, se apartan del semejante que no aceptó sus propuestas y lo consideran un ingrato.

Los espíritus del bien saben que el bien pertenece a Dios y que a ellos compete, tan solamente, aprovechar el suelo preparado por la azada del dolor para lanzar la semilla. El Verdadero Señor del campo cuidará del regado y del abono para que la simiente pueda ser estimulada a abandonar su capullo y salir en dirección a la vida y al crecimiento.

Muchas veces, cuando eso acontece, el sembrador ya está tratando de otro pedazo de suelo, pues no está esperando el resultado de la sembradura, mas, sí, actuando para que más y más el suelo pueda ser fecundado por su acción fraternal.

Al lado del general, entidades invisibles hasta para el espíritu de Luciano, de él se acercaban envolviéndolo en una

lluvia de energías saludables y calmantes para que el militar, a través de los sentidos sutiles de su espíritu, pudiese oír las convocatorias de la bondad por la recordación de lo que significaba la felicidad para alguien.

Felicidad, para él, ahora, era poca cosa.

En la vida de aquel hombre que tuviera casi todo y, al mismo tiempo, casi nada, la felicidad ahora era el afecto de Lucinda al cual no diera el debido valor en vista de sus ambiciones mezquinas en el mundo de los hombres. Era poder haber estado junto de ella más tiempo, oírle la voz suave, hacerle a las voluntades pequeñas.

Era tan poco lo que precisaba para ser feliz y él lo tuviera por tanto tiempo a su lado que no supiera usufruir cuando las condiciones lo permitían. Conviviera con la hija y de ella se apartara para pasar semanas cuidando de mandar en los otros, ordenar acciones, recibir valores, prestar cuentas, castigar y administrar todo aquello que no le hacía, ahora, ningún sentido.

Por varias horas, Alcántara quedó estirado bajo la sombra de viejos árboles, en una hamaca improvisada, mientras otros hombres daban inicio a la retirada de los escombros del caserón.

Lucinda no le salía de la mente. Como ella era su mayor tesoro, no podría quedar sin hacer alguna cosa.

Tendría que procurarla por todos los cantos hasta encontrarla. Ofrecería una recompensa voluminosa a quien le trajese la hija amada.

Al mismo tiempo, a pesar de todo el involucramiento generoso y suave de las entidades amigas que cuidaban de él, surgía en su mente, resultantes de ideas fijadas por el reflejo condicionado de una vida entera actuando bajo ese patrón, el pensamiento claro: ¡VENGANZA!

Era preciso castigar al culpable o los culpables y él no dejaría de hacerlo. Para quien perdiera la hija, no habría ninguna pérdida mayor que aquella. Otras personas soportarían el peso de su ira.

Se creía víctima de los invasores a los cuales diera combate sin éxito significativo. Como eran insolentes y arrojados, indicativo de que se trataba de gente preparada para todo, era preciso desbaratar ese grupo aunque al peso del reinado de terror.

La actitud debería ser tomada para que todas las personas de la ciudad supiesen que no quedaría en paz mientras no entregasen a la hija querida. Colocaría el ejército en las calles, invadiendo casas, prendiendo personas nuevamente, dejándolas en el cuartel a la mingua, hasta que todo se esclareciese. No pensasen que oirían risitas por sus espaldas sin hacer a otras personas soportar el peso de la misma desdicha.

Ese era el pensamiento del general que mucho tiempo de vida pasara en la construcción de su castillo de arena. No importaba que el castillo se derrumbase. Lo que era importante era que mucha gente sería ahogada por la arena junto con él.

Con esos pensamientos de bajo tenor, Alcántara se apartó mentalmente de los amigos espirituales que allí se encontraban y volvió a ligarse con Luciano, su acompañante oscuro que vivenciaba el drama del militar con la euforia del vengador que ve a su víctima caer en las propias armadillas.

Luciano también descubriría que quien hace el mal con el mal se compromete.

Aprovechándose nuevamente del patrón mental del general, ahora aliviado por las lágrimas vertidas, el obsesor reiniciaba el proceso de influenciación, siguiendo las tendencias de su víctima, aprovechándole los caminos abiertos por sus flaquezas morales y por sus defectos de carácter para explorarlos y transformarlos en nuevas caídas para aquel hombre despótico.

De ese modo, Luciano aumentó la carga de emisiones mentales que iban siendo proyectadas para el cerebro de Alcántara donde repercutían como si fuesen ecos del pensamiento del propio militar.

Oyendo tales ecos como ideas surgidas de sí mismo, el

general juzgaba que estaba pensando inspiradamente, lo que lo hacia sentirse aun más estimulando a proseguir, dada la facilidad y clareza de los pensamientos.

Eso se daba porque, como ya se explicó, junto de su mente inferiorizada por los sentimientos ruines, se unía a su acompañante desencarnado que pensaba también por él.

Eran dos inteligencias de igual tenor de oscuridad, pensando en los actos de la sombra. Por eso, eran mucho más ágiles juntas que separadas. Lo que uno pensaba el otro apoyaba o mejoraba.

Uno buscaba castigar para tener a la hija de vuelta.

El otro estimulaba la conducta punitiva para causar más desgracia en la vida de las personas y, por vía de consecuencias, más males para el camino del general a quien competía destruir hasta transformarlo en polvo.

Enterado de toda la historia, el general no tuvo dudas en considerar a los rebeldes que se alojaban en algún punto de la ciudad como los responsables y causantes de todo aquello, como los secuestradores de su hija, en una verdadera afrenta al Emperador, al ejercito, a su autoridad y a su persona como ciudadano.

Esos libertarios sentirían el peso de su odio brevemente. No sabía que los rebeldes, si efectivamente habían invadido y destruido su casa, no estaban en posesión de su hija y se

hallaban perdidos en cuanto a saber donde ella se encontraba.

Delante de todos estos hechos, precisando tomar las medidas adecuadas junto a las autoridades superiores y junto al cuartel general que comandaba, no vio otra alternativa sino llamar al hijo mayor, Eleuterio, para que regresase a la hacienda y dirigiese su reconstrucción, recolocando la rutina del trabajo en orden, supervisando todo y haciendo lo que fuese necesario en su lugar.

Tan pronto volvió para el cuartel, tomo lápiz y papel y redactó una larga carta relatando todos los hechos, la gravedad del secuestro, el deber a que ahora se veía obligado de revisar todo en la búsqueda de la hija amada y la necesidad de tenerla de vuelta.

Eleuterio era más joven y podría, con más energía, ayudar en la reconstrucción de la propiedad destruida, retomando el comando de la hacienda.

Determinando a un mensajero hiciese la entrega del documento, lo selló con su sello personal y ordenó que no hubiese ningún atraso para la entrega de la carta al hijo que, después de formado, se instalara en la capital de la provincia, buscando clientela para hacer nombre y fortuna, en su banca de abogado.

En verdad, la carta no era un pedido. Era una casi orden, pues no dejaba al hijo cualquier opción. Acompañaba la misiva

la promesa de que él sería bien remunerado por el trabajo, no faltándole ningún estímulo financiero para que no viniese.

Alcántara sabía que la carencia de recursos en la capital forzaría al recién formado bachiller a retornar al antiguo medio familiar, aunque fuese por corto tiempo, para cumplir las actividades que le traerían la receta indispensable al inicio de su carrera jurídica.

Con eso, el padre contaba seducir al hijo, una vez que conocía su carácter ambicioso e interesado, siempre obstinado en la consecución de sus metas, no teniendo escrúpulos en los actos a fin de alcanzarlas.

Eleuterio, en verdad, era una copia un poco mejorada del propio genitor, la diferencia entre ellos era la de que el hijo no tenía la sed por el poder y por el mando que caracterizaban la personalidad paterna. Mas la inclinación para el mal, para las artimañas y para la ganancia fácil sin importar de donde venía el dinero, lo tornaron muy afinizado con el comportamiento del progenitor que ejercía una cierta fascinación sobre su persona.

Eleuterio como que se sentía magnetizado por la influencia del general y, hasta graduado y morando a la distancia, guardaba respeto religioso por las determinaciones paternas como si, antes de hijo y de hombre, fuese uno más de los soldados comandados por el militar.

Poco le interesaba de donde venía la riqueza de

Alcántara. Lo que, a los ojos del hijo era impresionante, eran el brillo de su uniforme, la altivez de su postura, su figura erecta, alta y dominante, su cabeza leonina, ahora aureoleada por cabellos blancos y el dinero que iba juntando, aumentándole el poder.

En el fondo, Alcántara era lo que Eleuterio deseaba ser un día. Por causa de eso, el padre sabía como dirigirse al hijo y obtener de él lo que deseaba.

Envió, en fin el mensaje.

* * *

Precisaba, a partir de ahora, adoptar actitudes aspirando castigar a los culpables y recuperar a la hija.

Para informar a los superiores lo que pasaba, relató en vasto y pormenorizado documento todos los hechos, resaltando, aquí y allí, el peligro que representaba aquel grupo de personas infiltrado en la comunidad.

Dio destaque al hecho de que la propia hija se hallaba en poder de ellos y que necesitaba de autorización más amplia para poder actuar con plenos poderes en la búsqueda de Lucinda y en el rostro de los rebeldes que, ahora, no eran más apenas rebeldes libertarios, eran verdaderos bandidos peligrosos y cobardes.

Reunió testimonio escrito por Macedo que relató con gran carga emocional la escaramuza mantenida con el grupo invasor, la herida sufrida y que le causaba dolores constante, aun después de haber sido extraída la bala, la muerte de uno de los soldados de la guarnición víctima por el tiro de uno de los invasores y la certeza de que la hija del general se hallaba en poder de los mismos, en vista de existir un testimonio presencial del secuestro que afirmaba haber sido ellos, los hombres encapuzados, los causantes de todo aquello y los que se llevaron la joven muy lejos de la hacienda.

Con todo eso, Alcántara procuraba sensibilizar la junta superior a quien prestaba cuentas y de quien recibía ordenes acerca de la necesidad de adoptar una acción más enérgica para poner fin a todo lo que estaba ocurriendo en la ciudadela de Barrera de Piedras, aseverando no poder esperar mucho tiempo por la respuesta positiva. Necesitaba autorización urgente.

Lacró las cartas y, sirviéndose de un oficial graduado, lo que no es común en aquellos intercambios de despachos, pero al mismo tiempo indicaba gravedad de los hechos, determinó a él que no volviese sin la respuesta positiva que necesitaba. Que fuese rápido y volviese aun más deprisa.

Mientras eso ocurría, a la revelia de la autorización, Alcántara iniciara las primeras providencias pretendiendo el inicio del proceso terrorista con el cual pretendía descubrir el paradero de la hija y, al mismo tiempo, desbaratar la cuadrilla de los asesinos y secuestradores.

* * *

El clima en el cuartel era de revuelta general.

La actitud insolente de los invasores era una agresión a los bríos de aquellos que tenían por deber demostrar la propia fuerza.

El hecho de haber invadido la morada del comandante de vasta región indicaba que eran peligrosos y deberían ser tratados con rigor.

La desaparición de la hija del comandante era un dolor que se esparcía por todos los comandados, lo que tornaba la indignación en verdadera revuelta.

La herida soportada por Macedo era herida en el cuerpo de la tropa y la muerte de un soldado era el recado para todos ellos de que los rebeldes matarían a quien quiera que fuese, dando poco o ningún valor a la vida de los que servían a la Nación vistiendo el uniforme militar.

Todo este estado de ánimo hacía que la tropa clamase por una respuesta, a fin de demostrar que no soportaría cualquier insolencia.

Los oficiales reunidos llevaron ese espíritu de cuerpo a su comandante solidarizándose con su desdicha y colocándose

plenamente disponibles para el cumplimiento de cualquier orden que de él emanasen, sin cualquier cuestionamiento.

No pretendían hacer justicia. Precisaban dar el vuelto para que no quedase el cuartel desmoralizado delante de la comunidad. La moral para ellos, era representada por el temor y por el respeto artificialmente conquistado a la fuerza de las bayonetas y de los tiros. No importaba. Era preciso que todos supiesen que los militares tenían balas y las usarían sin titubear.

Era de eso que Alcántara precisaba.

Estaba obteniendo los cómplices más importantes para que su actitud, a la revelia de cualquier autorización, ocurriese con la connivencia de todos, oficiales, praças y soldados.

Esa idea fue acogida por él que, agradecido, dispensó sus comandados más próximos pidiendo un tiempo para pensar cual actitud sería mejor para demostrar el poderío y la fuerza devastadora de todos ellos. Era el orgullo de corporación que, ahora, daba el combustible para que la hoguera no parase de crecer.

Nuevamente, haciendo uso de vieja jerga del “ojo por ojo”, el general iniciaba el bosquejo de ordenes adecuadas a las circunstancias, hábiles para saciar la sed de sangre de los subordinados al mismo tiempo en que podría desbaratar el núcleo de los rebeldes o hacer que los ciudadanos revelasen los planes de ellos, sus lideres y su escondite.

Nueva tempestad se formaba en el horizonte. Luciano estaba en medio de ella, dando ordenes a los coriscos para fustigar aquí y allí, a fin de que la tormenta cayese entera sobre la cabeza del militar perseguido.

19

Salustiano.

Mientras el general Alcántara volvía a trillar los caminos oscuros de sus pensamientos mezquinos, bien distantes de allí otra alma continuaba la edificación de su proceso evolutivo que exige la construcción sobre la ruina.

Amparada por manos brillantes e invisibles, Lucinda se vio en poder de una criatura desconocida y que representaba la amenaza a su mundo seguro y perfecto.

Tan pronto los hechos se consumaron, Tiao dejó la hacienda sin mayores dificultades porque la confusión le garantizó seguridad. Todos corrían tanto para protegerse de los tiros, dificultar la invasión de la casa, atacar los agresores, que no había tiempo para observar lo que venía ocurriendo en los alrededores. Con eso, no hubo dificultades para que el bandido pudiese retirar aquel cuerpo inerte, enrollado en una gruesa manta a través de la arboleda próxima.

Además de eso, inspirado por la propia sugestión de Macedo, de forma que no fuese reconocido por nadie, Tiao vistiera el gorro oscuro, lo que lo tornara parecido con los verdugos del general que vieron en él a alguien del grupo invasor y no opusieron cualquier obstáculo al transporte de Lucinda.

Con eso, el plan de Macedo estaba dando los resultados pretendidos, mas no por mucho tiempo.

Conforme lo combinado, el secuestrador no podría llevar a la hija del militar para su escondite en las proximidades, una vez que aquel sitio era fácilmente encontrado por otras personas que precisaban de sus servicios de asesino de alquiler, lo que lo denunciaría como raptor de la joven.

De ese modo, Tiao precisó cabalgar en el medio de la noche por varias horas, saliendo de aquella región hasta encontrar un rincón próximo a algunas colinas pedregosas, muy comunes en la región agreste y caliente donde transcurre la presente narrativa.

Allí, durante muchas de sus incursiones, Tiao descubriera algunas grutas que surgían naturalmente de las construcciones de la propia naturaleza y que, al mismo tiempo en que eran razonablemente amplias, secas e iluminadas, estaban como camufladas, ocultas a la visión del curioso que por allí pasase.

Eso sin hablar del hecho de quedar apartadas de la trilla usual de los jinetes y mercaderes. Sería el sitio ideal para la transferencia de Lucinda.

Entretanto, en la medida en que caía en sí, Tiao iba pensando en lo que había hecho.

Era un individuo acostumbrado a la ganancia fácil, no siéndole problema alguno matar a cualquier persona para embolsar algún dinero. Se acostumbrara, por lo tanto, a ver ventajas materiales en todas sus actitudes y, de ellas, procuraba sacar siempre las mejores parcelas para sí mismo.

Al identificar en sus manos la linda joven, hija del altivo comandante, pensamientos nuevos le vinieron a la mente.

- Ora, Tiao, ¿por qué quedar como mero guardador de esa niña para que el capitán, muy experto, después venga a recibir el título de héroe? ¿Qué va a sobrar para Tiao? Unas monedas apenas... Y ¿por qué no soy yo mismo el que saque provecho de esa situación? A final de cuentas, el capitán no sabe para donde vinimos y me pidió, inclusive, que me apartase del sitio donde estoy amoitado normalmente. Esa moza está durmiendo, no sé si por el remedio que el capitán le dijo que le daría o si por miedo por todo lo que aconteció. Luego, no sabe quien soy yo ni para donde vino. Va a despertar en este fin de mundo sin saber donde está o como salir de aquí. Dependerá de mí para todo. Quedará como un pajarito de ala cortada que anda

fuera de la jaula, mas no consigue volar. ¿Por qué entonces usted no hace lo que Macedo haría? ¿Queda siendo usted el héroe de la moza y después la devuelve para el padre rico y poderoso? ¡¿Qué ventajas no le serían garantizadas?! ¿Qué recompensas le serían negadas?...

Pensando de ese modo, Tiao inició una nueva trayectoria para la vida de él y de Lucinda.

Viendo que ella aun dormía, sea por causa del remedio sea por causa del desmayo, el bandido trató de depositarla en el interior de la gruta antes que el día clarease, procurando evitar movimientos bruscos que viniesen a herirle el cuerpo frágil, mas sin desamarrarla aun.

Procuró, sin embargo, retirar de su boca el paño que le impedía hablar o gritar, volviendo a ponerle la capucha oscura en su cabeza.

Hecho eso, la dejó allí y dio curso a su plan.

Precisaba de un mejor abrigo, que no denunciase su condición de hombre sin rumbo. Salió de la caverna en dirección a un lugar en las proximidades que él conocía por poseer una construcción en estado de abandono por el hecho de que el antiguo morador huyera de las difíciles condiciones de la región caliente y seca.

No fue difícil encontrar la casita, mucho menos forzar la puerta para tener ingreso en ella.

Todo desarreglado, todo muy simple, sin cualquier atavío. Suelo de tierra batida, fogón de leña en el canto, mesa con una pata quebrada caída en medio de la sala y que no fue llevada por causa de su tamaño y de su estado averiado. Todo lo que Tiao precisaba para tener un nuevo escenario para sus artimañas: aislamiento, discreción, lugar para vivir.

El agua sería retirada de una cisterna construida hace algunos años y que, en tiempos de mayor humedad producía agua suficiente para el consumo de una familia, mas en tiempos de sequía, igualmente desaparecía dejando a las personas sin recursos hídricos para las necesidades más simples de la vida.

En su cabeza, todo estaba perfecto. Siguiendo sus pensamientos, él montaría guardia en la puerta de la caverna como si protegiese el sitio del escondite y la visión indiscreta de cualquier pasante ocasional.

Entretanto, dejara a Lucinda recuperar su capacidad de discernimiento solita. No pretendía que ella lo identificase como el hombre que la raptara. Precisaba de eso para que no fuese hostilizado por alguien a quien agrediera de forma tan cobarde.

Así, antes que la joven volviese en sí, él ya se hallaba en el sitio sin mayor estruendo. Según sus pensamientos, tan pronto ella despertase, naturalmente intentaría salir de allí, lo que no conseguiría por el hecho de encontrarse amarrada. No

habiendo otro recurso le competía hacer lo que haría cualquier persona en aquellas condiciones: gritaría.

Él, Tiao, dejaría que ella gritase hasta cansarse para que no desconfiase de su participación en los hechos que la habían sustraído de la casa del padre y traído hasta allí. Después de cansarse, él comenzaría a hacer ruidos del lado de afuera de la gruta para que ella pudiese imaginar que alguien se aproximaba a fin de retomar la gritería que culminaría en el “descubrimiento” por parte de un extraño.

Ese panorama diseñado en la mente de Tiao era perfecto. Tan pronto regresó para la puerta de la gruta, pudo dar inicio al cumplimiento de ese plan.

Algunas horas después, Lucinda salía de su estado de entumecimiento, cuando el trauma de los hechos y el nivel de la droga en la sangre fueron eliminados del organismo.

Viéndose presa y en la oscuridad por causa del gorro que traía en la cabeza, Lucinda comenzó a gritar a pleno pulmón.

Ninguna respuesta le llegaba a los oídos. Los gritos de desespero se sucedían altos y constantes. De tiempo en tiempo paraba para oír algún ruido. Todo en vano.

En su íntimo le venía a la mente la figura de la madre y del genitor, al mismo tiempo en que pedía a Dios, a través de la

oración, le extendiese ayuda y protección.

Se recordaba de Mauricio que le enseñara muchas cosas sobre la fe, sobre el testimonio de las horas difíciles, sobre la conducta que debía tener el Cristiano verdadero en el momento en que los dolores cayesen sobre su alma.

Oía, en lo íntimo, las advertencias sabias de aquel joven de quien se enamorara y que, seguramente, debería estar procurando por ella, en la condición de hombre con quien se podría contar siempre y que no abandonaría al ser amado que ella representaba ser para él.

Después de descansar las cuerdas vocales sensibles que traía como el único instrumento que la podría sacar de allí, volvía a la carga con los gritos estridentes que hacían eco por las paredes del sitio, dando la impresión de que estaba en el interior de un salón por donde el sonido reverberaba sin que pudiese salir.

Entretanto, sabía que había un pasaje por sentir la brisa del ambiente al mismo tiempo en que, por la trama del tejido que le cubría el rostro identificaba rayos luminosos en determinada dirección. De ese modo, pasó toda la mañana gritando y callando, intentando oír algún ruido, pero todo en vano.

Tiao se apartara un poco, para organizar su nueva morada, retirando de la montura los pertrechos que trajera

consigo.

Arregló la mesa tosca. Dio un jeito en la cama colocando sobre el estrado rústico una cobertura de hojas cogidas en las proximidades a fin de tornarla un poco más suave y atrayente al descanso.

Puso leña en el fogón para que el fuego tuviese tiempo de crear cenizas y dar la impresión de que allí era su casa hace mucho tiempo. Y distribuyó sus utensilios por el espacio pobre procurando generar el clima de antiguo habitante de aquel lugar.

Al mismo tiempo en que hacia eso, corría para la base de la colina pedregosa observando que pasaba con la joven.

Tan pronto la oía gritar nuevamente, se calmaba por saber que todo estaba yendo bien. Retornaba a la montura que quedara lejos y continuaba realizando el cambio en el interior de la pequeña vivienda.

Colocó los alimentos que trajera consigo en lugar separado y trató de poner caraotas para cocinar, que sería comido con la tradicional harina.

Hacía planes para el futuro, tan pronto consiguiese devolver a la moza a la casa del padre.

Después de arreglar las cosas de forma más o menos

natural, retomó a la puerta de la gruta para certificarse de que todo estaba yendo bien.

Oyó nuevamente los gritos ahora roncós de la moza y quedó más tranquilo. Ya estaba en la hora de aparecer como su salvador.

Pasara del medio día y ella debería estar hambrienta. Así, buscó su montura y con ella comenzó a hacer ruido tocando las piedras del camino con el casco del caballo. Lanzó algunas piedras de manera ruidosa para que ese ruido fuese oído. Comenzó a cantar en voz alta, como si fuese un viajero que pasaba por allí de forma desapercibida.

Al oír esos ruidos, Lucinda volvió a gritar, llena de esperanzas de salir de aquella situación. Las hormigas y los insectos comenzaban ya a incomodarle con sus picadas. Eso la aterrorizaba más aun, para no hablar de la oscuridad y del ruido de los bichos que usaban de la construcción de la naturaleza como su propia casa.

- ¡Socorro, socorro, ayúdeme! ¡Socorro, ayúdeme!

Después de gritar, paraba para oír lo que acontecía.

Volvía a gritar:

- Hey, usted allí afuera, ayúdeme, estoy presa y preciso socorro...

Nuevamente el silencio le constreñía el alma.

Los ruidos allá de afuera continuaban más intensos como si la persona a quien pidiera ayuda le hubiese oído el apelo, sin saber, con todo, como ingresar en aquel lugar.

Ocurre que Tiao no podía actuar de forma directa e inmediata para no denunciarse como conocedor de aquellos meandros rocosos, lo que lo denunciaría como probable agente del rapto.

- ¿Quién está allí adentro? – gritó él de manera inocente y como quien pretendía seguir el rumbo sonoro.

Lucinda entendió la forma de ayudar a su salvador, continuando hablando sin parar a fin de que su descubridor tuviese, en el sonido, su mapa en aquel lugar desierto y desconocido.

Con eso, Tiao fue entrando despacito, como quien desconocía donde estaba para no levantar sospechas.

- Calma, moza, yo toy llegando. Está muy oscuro; ¿cómo es que usted vino a para aquí adentro? – iba preguntando él como si lo inusitado no hubiese tenido su propia participación. En cuanto decía eso, fue aproximándose lentamente para que no ocurriese cualquier prisa que denunciase su ansiedad.

Al encontrar el sitio del cautiverio, Tiao se fue acercando a ella, pretendiendo ayudarla a salir de allí, inicialmente desamarrándole las piernas, después las muñecas, por fin liberando la propia cabeza del tejido oscuro que le cubría la capacidad visual.

- Ah, mozo, gracias a Dios usted llegó aquí.

- Nossa, mi hija – dijo él de forma estudiada para parecer paternal – ¿cómo es que usted vino para este fin de mundo y, lo que es peor, toda amarrada de esa forma?

- Es una larga historia, mas puede estar usted seguro que yo no vine para acá por escogencia mía. Mi casa fue invadida por personas malvadas que, a lo que todo indicaba, allá estaban para destruir a mi padre.

- Si, su padre, ¿dónde está? ¿Él ya sabe de todo lo que la señorita está pasando?

- Eso no lo sé, señor...

Y en las entrelíneas procuraba preguntar el nombre de aquel hombre bueno que viniera, traído por el acaso, hasta aquel sitio donde ella se hallaba perdida y presa, entregada al destino y, tal vez a la muerte.

Tiao fue cogido de sorpresa por la indagación serena y

simple y no tuvo mucho tiempo para pensar en lo que respondería. Al final, no deseaba dar el propio nombre, ni exclusivamente el apellido, por el que era conocido. Por eso, después de carraspear de manera natural, él respondió.

- Mi nombre es Salustiano, a su disposición. Moro en estos alrededores y estaba pasando por aquí cuando oí sus gritos. Como no acostumbro frecuentar este lugar, no conozco bien las entradas de estos ambientes que sirven de cueva a los murciélagos. Además de eso, el sonido corre por estas paredes y la gente nunca sabe de donde vino. Y la señorita, ¿cómo se llama?.

- Mi nombre es Lucinda Alcántara, hija del general Alcántara, usted ya debe haber oído de él...

Fingiendo desconocer el nombre de la familia, respondió:

- No, moza, nunca oí hablar. Porque en este fin de mundo no llega ninguna noticia en cuanto el cajero no pasa trayendo las últimas de los acontecimientos del mundo que solo él conoce como la palma de la mano.

Al momento iba librando a la moza de las amarras y de las cubiertas.

Ahora que estaba libre de las amarras, agarraría el primer caballo que tuviese a su frente y tomaría el rumbo de la

casa retomando el control de su propia vida.

Entretanto, cuando pidió información a su nuevo conocido, recibió de él el mayor baño de agua fría. Salustiano decía no conocer ni a su padre, ni su ciudad. Aquello debería ser el mismo fin de mundo.

¿Qué iría a ser de su vida entonces? ¿Saldría por el medio del agreste caminando como una alucinada en busca de su propio mundo?

Una sensación de vacío y de impotencia ocupó su íntimo amargado por las experiencias de las últimas horas, experiencias estas que serían el prenuncio de la tempestad en la vida de mucha gente.

- Mire, moza, yo no sé de donde usted vino, mas aquí la moza no puede quedarse, eso sí que no. En la falta de su padre, yo seré el mismo hasta que todo pueda ser esclarecido. Tan pronto todo esté puesto en su lugar, yo la ayudaré a retomar el convivir con los entes amados. Por ahora, ofrezco mi casita para que le sirva de abrigo a fin de que duerma un poco, y recupere energías después de un período de dolores y dificultades constantes.

Sin saber que hacer, pero aterrorizada con la posibilidad de tener que pasar una noche entera en aquel covil oscuro y sin fuente de alimento o de agua, no le restó otra solución sino la de aceptar la invitación, naturalmente recelosa del extraño que

todo hacía para que ella se sintiese más a gusto en su presencia.

Lucinda no tenía otra opción. Salustiano era todo lo que ella necesitaba, aun así, solo lo aceptaba por saber que en breve, enterándose mejor de donde se encontraba, podría retornar a la convivencia con el general que, por cierto, debería estar arreglando algún modo de reencontrarla.

Aceptaría la convivencia con aquel hombre desconocido, desde que garantizara el respeto a su persona y a su condición de mujer, lo que Salustiano hizo solemnemente, extendiendo sus manos para servir de apoyo a Lucinda, que tenía el cuerpo enterito adolorido por causa de la cabalgata larga que hiciera mientras se hallaba desmayada en el dorso del animal y por causa de la crisis nerviosa a que fue sometida durante el ataque.

-¡Ay, como duele! Mal consigo dar un paso sin sentir que mis huesos irán a quebrarse dentro de la carne... - reclamó ella tan pronto estuvo de pie.

- Así es, moza. Cuando la persona queda en una posición que no es buena, el cuerpo reclama. Por eso, un motivo más para que la señorita se quede hospedada en mi pequeña morada aquí cerca...

- Yo agradezco mucho su gentileza, señor Salustiano y la acepto de buen grado, sabiendo el señor que mi padre es muy generoso y sabrá recompensar su esfuerzo en ayudarme y

protegerme.

- Primero su salud y su seguridad, moza. Después el padre y las cosas del mundo... - dijo el bandido sonriendo por dentro, ya con la expectativa de la recompensa que le inspirara todos los actos hasta aquel momento y que, en el orden de sus intereses, venía siempre en primer lugar. Tiao – Salustiano conocía la “generosidad” del padre de la víctima, ya que fuera por él asalariado muchas veces para sacar de su camino a algún individuo que le servía de traba a los intereses pecuniarios.

Por ese servicio, entretanto, el general debería pagar más que de lo que por todos los otros.

20

Intrigas de Macedo.

En la ciudad de Barrera de Piedra las cosas no estaban yendo nada bien.

Con la llegada de Eleuterio en la hacienda, el general Alcántara pudo quedar libre para las preocupaciones de procurar a la hija, secundado por el apoyo de los militares que le componían el cuerpo de la tropa, igualmente indignados por los hechos ocurridos.

En su gabinete, el general planificaba las acciones a fin

de imprimir a todos una lección de disciplina y miedo mientras se preparaba para encontrar a Lucinda.

En su corazón endurecido, las buenas ideas, aquellas que habían sido inspiradas en la tolerancia, en el equilibrio, habían perdido terreno en sus cogitaciones que, ahora, las tenía en el concepto de ideas tontas, según sus erradas concepciones personales de coraje, orgullo y deber de imponerse.

Según pensaba, cualquier actitud menos enérgica significaría debilidad a punto de estimular a los rebeldes a continuar sus comportamientos indeseables.

Era imperioso actuar con intrepidez y celeridad para que todos se colocasen en situación de colaborar con las investigaciones espontáneas o forzadamente, a través de la atemorización. La actitud mental de Alcántara encontraba resonancia en el apoyo explícito de todos los oficiales que comandaba, igualmente listos para cualquier acción.

Los despachos remitidos a la capital relatando los hechos y solicitando la autorización para dar inicio a los procesos investigativos sin limitaciones aun no habían sido respondidos. Entretanto, eso no sería obstáculo para que Alcántara pasase de las ideas a la acción.

Además de eso, con su llegada, Eleuterio también comenzó a insuflar en el padre la idea de venganza por la desaparición de su hermana que, según todos pensaban, si

estuviese con vida, debería estar en poder de los rebeldes.

Dando largas al pensamiento negativo, Alcántara ordenó que Macedo compareciese a su gabinete.

- ¡Sí, señor general! – habló firme, presentando el típico saludo militar.

- Descanse, Macedo. Puede sentarse.

Colocándose en la poltrona que se localizaba bien al frente de la escribanía donde se apostaba el comandante, Macedo observaba el estado trastornado de aquel padre, totalmente víctima por la pérdida de la joven Lucinda, sin ninguna certeza de que ella estaba viva y, aun por encima, precisando dedicarse a las actividades de su cargo.

- Estuve pensando en como iniciar los procedimientos generales que importaran en lección para los que se enarbolaron en agentes de la ley sin serlo y el inicio de la búsqueda – habló el general. – Con certeza no habrán colocado a mi hija en algún lugar de esta ciudad, una vez que podrán pensar que iremos a hacer otra búsqueda de aquella que ya fue realizada. Entretanto, tengo certeza de que cerca de aquí encontraremos personas que saben donde se halla escondida Lucinda. Preguntando de forma sutil nadie responderá. Precisaremos instalar una búsqueda más firme para que los envueltos puedan abrir el pico y relatar todo cuanto saben.

- Sí, general. Creo que, una vez más, usted está correctísimo en el raciocinio – respondió Macedo, servicial, queriendo agradar. – Además de eso, señor, creo que algunos hechos que no son de su conocimiento, podrán ayudar en la apreciación de los sospechosos.

- Pues vaya hablando, criatura – ordenó Alcántara ansioso por ser colocado a la par de todo lo que se refería a Lucinda.

- Cuando establecimos la guardia en la hacienda conforme usted mismo nos autorizó hacer, pedí para que los hombres que se alternaban en la vigilancia, sin interferir en la rutina de los habitantes de la casa, observasen con ojos y oídos de felino todos los movimientos y todas las visitas ocurridas.

- Si... - respondió el comandante dando muestras de tener prisa por escuchar todos los hechos.

- Pues entonces... Todos los días los soldados tenían que hacer un pequeño relato que me era entregado para que analizase los posibles sospechosos de algún ataque a la propiedad, principalmente por el hecho de que los que irían a realizar alguna actitud agresora, precisarían conocer el interior de la residencia para que llegasen hasta su hija. Con eso, pude identificar a alguien que podrá servir como inicio de nuestros trabajos de persuasión, en búsqueda de noticias de la joven.

- ¿Cómo así? ¿Por qué usted desconfía de alguien?

¿Quién es él?

- Bien, señor, no creo que lo que poseemos represente alguna prueba muy robusta, pero es un buen indicio de la participación al menos indirecta – respondió Macedo, queriendo valorizar la revelación que haría.

Con esa noticia, pretendía no solo mostrar servicio a su superior sino también como sacar de su camino a alguien indeseable y que colocaría en riesgo sus planes con Lucinda.

- Se trata de un visitante que, durante varios días, fue visto en su propiedad, pasando algunas horas en compañía de su hija, con quien conversaba largamente a solas por los caminos de la hacienda. Por tratarse de persona que conquistó la confianza de todos, habría sido muy fácil para él proveer los informes indispensables para que los detalles pudiesen ser preparados. Con sus sucesivas visitas en diversas horas del día, él podría haber identificado las rutinas de la casa, enterándose de los horarios en que la servidumbre se encontraban apartados, en que los capataces se hallasen en la lida, así como de los sitios estratégicos por donde el ataque debería ocurrir. Descartada esa persona, nadie más tuvo tanto acceso al interior de la hacienda en ese período anterior a los hechos tristes a no ser él.

- Desembucha pronto el nombre de él – dijo el general ya nervioso por el suspenso.

- Bien, señor, quien estaba relacionándose constantemente con su hija, a pesar de no haber tenido cualquier actitud irrespetuosa hacia ella durante nuestra vigilancia, era el Dr. Mauricio, el médico.

Un escalofrío nervioso recorrió su espina.

En la evaluación mental del militar comandante, aquel joven, realmente, tenía conocimiento de los detalles de su vida íntima así como también tenía acceso libre al interior de su propiedad, desde antes de las crisis que lo habían postrado tiempo atrás. Del mismo modo, por ser más joven y haber tenido acceso al estudio en centros estratégicos, era notoria su simpatía por las tesis modernas de libertad de esclavos, de la organización política renovada según los moldes norteamericanos y de los movimientos de transformación social.

Era joven y, por eso, impulsivo a punto de ser arrojado. Recorría los pueblos tratando enfermos pobres con el interés de conquistarles la confianza y la gratitud para después usarlas en la hora cierta.

Todos esos eran los pensamientos deturpados de una mente que estaba acostumbrada a torcer los hechos para observar lo que le fuese más interesante.

La acusación de Macedo, cobarde e insidiosa, le cayera como una verdadera lluvia.

El Dr. Mauricio sería, oficialmente, el primer sospechoso a ser preso para averiguaciones, con base en los documentos existentes en el cuartel, consistentes de los relatos escritos realizados por los guardias de la hacienda. Y él sería, en el pensamiento del general Alcántara, el primer “buen ejemplo” a todos los de aquella región que sentirían el peso de su mano vengativa.

- Expediré orden de prisión inmediata para que usted mismo comande las búsquedas de ese doctorcito... - determinó el militar eufórico y nervioso.

No le pasara por la cabeza cualquier pensamiento que pudiese sacar de ella la convicción de que el Dr. Mauricio no sería capaz de hacer tal cosa, ya que desde hace mucho el médico no era más que el agente del bien en una comunidad de personas carentes.

Ni siquiera la gratitud de haber sido por él atendido en el momento de las agudas crisis misteriosas porque pasara fueron recuerdos capaces de disminuir el odio del genitor por la pérdida transitoria de la hija amada.

- Mas no será solo a él, Macedo, a quien usted deberá dar orden de prisión.

- Diga, comandante, estoy listo para cumplir todas vuestras determinaciones.

- Por obvias razones, determinaré la detención de los dos padres que tuvieron los hijos víctimas de las balas perdidas en aquel día de búsqueda en la ciudad. Con el corazón malvado y con motivos para desear venganza, acusándome, injustamente, como el responsable por las perdidas de sus hijos, bien que podrían haber planeado alcanzarme en el mismo patrón de sufrimiento, secuestrándome la hija querida. Por eso, determinaré que ambos sean presos en el cuartel y sometidos, tanto como al médico, a un procedimiento perquisitorio que los convenza a compartir de los propios secretos, revelando los nombres y lugares donde podamos procurar más cómplices o sospechosos.

- Claro, mi señor, esa determinación es muy apropiada. Iremos inmediatamente a cumplir sus ordenes. Convocaré los soldados más fornidos para que sea más fácil usar del poder de convencimiento y, si es necesario, de la propia fuerza para traerlos para la cárcel.

- No pretendo hacer el interrogatorio personalmente, mas espero que usted, con toda su perspicacia, pueda obtener las informaciones de que necesitamos, que deberán serme comunicadas inmediatamente. Ordenó el comandante, a fin de no involucrarse con el procedimiento de tortura que, en su condición de general podría comprometerle la imagen delante de sus superiores.

Continuando, explicó:

- Quiero recibir noticias, no importando de que modo ellas sean obtenidas. Si es necesario, iré personalmente a hablar con algunos de los presos. Sin embargo, no deseo ser visto durante los interrogatorios, a fin de garantizar mayor libertad a ustedes en el momento en que estuvieran obteniendo las informaciones. Además de eso, Macedo, no se olvide de que esa gente es fría y peligrosa, haya vista la postura que adoptaron con el ataque.

- Quede sosegado, comandante, todo correrá por nuestra cuenta el señor será informado inmediatamente sobre cualquier descubierta.

- Está dispensado. Vaya a juntar los soldados necesarios mientras termino de asignar estos despachos determinando la detención de los sospechosos.

* * *

Con las determinaciones asignadas, Macedo salió a la caza de los hombres que habían sido escogidos para servir de ejemplo a todos los demás.

Los dos jefes de familia, aunque humildes trabajadores, fueron encontrados con facilidad en las dependencias donde desenvolvían sus trabajos cotidianos.

Sorprendidos por la inusitada e injusta determinación

mas, en el fondo, sabiendo que podrían haber sido descubiertos, he ahí que habían participado del ataque, fue con una combinación de sorpresa y de recelo que se dejaron llevar por la escolta armada hasta la cárcel del cuartel.

No sabían lo que pasaba, mas la consciencia manchada por el procedimiento de agresión del cual habían participado, les repercutía dentro del cerebro como una advertencia. No imaginaban que habían sido presos por meras sospechas infundadas. Se acusaban interiormente, creyendo haber sido descubiertos o delatados por alguien del propio grupo, ahora arrepentido.

Eso era lo que pensaban mientras se veían presos en celdas estrechas y desconfortables, sin haber tenido cualquier derecho de avisar a la familia de su ausencia o de su aprisionamiento.

Detenidos en celdas separadas, ambos traían en el interior la acusación de los pensamientos íntimos que les decían no ser de todo injusto el correctivo que les era, ahora, aplicado. En lo íntimo eran deudores. Por eso, no se indignaron con el hecho de la prisión.

Se espantaron por haber sido identificados con tanta rapidez. Al final, hacía pocos días que todo había acontecido y no había nadie en el grupo que no estuviese con la cabeza cubierta por el gorro que los ocultaba.

Ya la prisión del médico fue más difícil en vista de que este siempre estaba ausente atendiendo algún llamado de persona más enferma que no podría venir hasta él para recibir el tratamiento.

Con los dos primeros sospechosos encarcelados e aislados paso a buscar el paradero del Dr. Mauricio para que el también fuese preso e interrogado.

Eso solo se dio en el final de aquel día, cuando, al caer de la noche, Mauricio volvía para la ciudad en su caballo cansado de tanto galope al servicio de la medicina y de la mejoría de los pobres miserables de este mundo.

Recibida la orden de prisión directamente de Macedo, que supervisaba todo el procedimiento, no tuvo tiempo siquiera de vestirse otra ropa o de tomar un baño para que fuese a prestar esclarecimientos. Mucho menos tuvo explicadas cualquiera de las acusaciones que contra su persona eran efectuadas.

Tuvo que ir con los soldados bajo pena de parecer deudor de alguna cosa.

En verdad, no tuviera cualquier participación en los hechos y supiera de todo en función de las noticias que corrían en la boca del pueblo. Eso solo le causaba extrema preocupación, principalmente por haber sabido que Lucinda, la mujer amada, había sido secuestrada de la hacienda, sin que

nadie le conociese el destino.

Él venía regresando justamente de la hacienda de Armando para donde fuera llamado para el tratamiento de los participantes del ataque a las tierras del general cuando fue abordado por los soldados. Allí supiera de todo con detalles, para su sorpresa.

En la condición de médico, entretanto, no le competía juzgar ni delatar, apenas restablecer la salud.

Fue lo que hizo. Extrajo balas, curó heridas, realizó prescripciones de remedios para las infecciones resultantes de la contaminación y, entre una y otra víctima de los hechos, supo de cómo ellos se hirieron.

Era, así, médico de confianza de todos, ya que su conducta irreprochable garantiza el sigilo de toda la operación, sin que fuese necesario pedirle que callase.

Para su espanto y desilusión afectiva, se enterara de la desaparición de Lucinda, lo que representaba una agonía en el alma, difícil de ser soportada.

Y mientras venía pensando distante, sin casi percibir el camino que era hecho por su montura, he ahí que es traído de vuelta a la superficie de sí mismo por los truculentos hombres del cuartel que venían a aprehenderlo en la vía pública, como si fuese un malhechor vulgar.

Recibiendo orden de prisión, no esbozó cualquier resistencia o demostró cualquier rebeldía.

Era espíritu preparado por la madurez conquistada a lo largo de innumerables vidas anteriores de estudio y meditación para enfrentar a aquellos desafíos de manera serena, sin rebeldía en el alma. Solo estaba sorprendido por no poseer en el recuerdo cualquier acto que pudiese servir de justificativa para la prisión.

Sin embargo, ser llevado para la cárcel en el cuartel donde el general se hallaba permitiría a él esclarecer muchos hechos que lo intrigaban y, con certeza, el general le escucharía la explicación natural, liberándolo para la secuencia de su trabajo junto de los enfermos y para, igualmente, realizar las búsquedas por la región, a fin de encontrar a Lucinda.

Con sus pensamientos, se dejó conducir teniendo como escolta, además de los soldados truculentos, un capitán feliz por sacarlo del camino. Era Macedo que reía por dentro por haber conseguido la primera victoria en la lucha por el corazón de Lucinda que, como era de su conocimiento, tenía mucha inclinación por el joven médico con quien compartía sus secretos y confesiones, en las largas caminadas por la hacienda.

Iba a comenzar la sesión de torturas físicas y morales a fin de obtener de los ilegalmente detenidos la confesión de los crímenes que se juzgaba haber practicado. Era una marca más

de atrocidad en el alma de aquel general duro y que se juzgaba encima de todo y de todos, mayormente ahora en que procuraba intimidar a los agresores mientras demandaba encontrar a la hija querida.

El interrogatorio tuvo inicio solamente después de haber sido intimidados por varios modos, inclusive por el hambre a que fueran sometidos los tres.

Quedaron asilados unos de los otros, a fin de que no combinasen historias para engañar a los inquisidores.

Con la detención de los tres, un clima de horror comenzó a visitar las moradas de los habitantes de la ciudad. Eso porque todos los que sabían del ataque y los que de él habían participado tenían certeza de que con la prisión a que irían a ser sometidos los prisioneros, probablemente revelarían todo el plan, dando nombres de los participantes y eso les acarrearía sufrimiento aun mayor.

La aprehensión era general.

Después de sometidos a la tortura de hambre y de la imposibilidad de dormir, ya que fueron constreñidos a permanecer de pie durante todo el cautiverio, los prisioneros estaban extenuados y débiles, después de dos días en esas condiciones.

Los parientes de los hombres detenidos fueron

corriendo a solicitar la ayuda del párroco de la ciudad, el cual se hallaba imposibilitado de adoptar cualquier medida protectora a no ser realizar las oraciones costumbresas.

Eso por el hecho de siempre mantener una relación de velada complicidad con los integrantes del comando, fuesen ellos el propio comandante en persona, fuesen los demás oficiales, entre los cuales, Macedo, el más allegado.

Pasados dos días de torturas morales, tuvo inicio el procedimiento inquisitorial que, si bien exitoso, apuntaría a los demás participantes del movimiento. No obstante tal hecho, el comando general no deseaba saber quienes eran los agentes y si quienes eran los cabecillas.

Durante el testimonio de Mauricio, nada se obtuvo de concreto o consistente, ya que él negaba saber de alguna cosa, teniendo el cuidado de ocultar el hecho de haber ido a tratar de personas víctimas por las escaramuzas de días anteriores.

Antes de ser llevado de vuelta a su celda, el médico fue golpeado y herido violenta y cobardemente, habiéndole sido arrancadas las uñas en procedimiento atroz y cruel.

Viendo aquello, los otros dos prisioneros que se hallaban en celdas contiguas se estremecieron. Poseían carácter tibio y no eran capaces de soportar el dolor físico que veían estampado en el médico sin que temblasen hasta el alma.

Luego, la visión de lo que les estaba reservado, mayormente para ellos que, efectivamente, habían participado de los hechos, generó el pavor que los verdugos pretendían infundirles, a fin de que sus lenguas se soltasen y los demás participantes fuesen delatados.

En el día siguiente, cuando llegó la vez de ser oídos, comparecieron delante de los oficiales arrogantes y vengativos, como dos criaturas acusadas y extremadamente amedrentadas, lo que propiciaría la necesaria llave de acceso a las informaciones que traían, aunque ellas los incriminasen igualmente.

No fue difícil, pues, oír de los dos otros prisioneros, los detalles de la operación, la motivación que los llevó a los actos practicados y, lo que es peor, los nombres de los que integraban las reuniones en que eran preparadas las líneas generales del ataque.

En la ciudad, los que se hallaban en sus casas, al peso de la consciencia que indicaba la participación en la nefasta ocurrencia, temblaban al menor ruido, en el aguardo de recibir, también, la orden de prisión. Algunos pensaban en fuga mientras otros pasaban a la acción, como quien, repentinamente, dejara para atrás sus cosas en vista de un viaje de última hora...

Todo eso estaba siendo monitoreado por los militares que sabían de los hechos y tenían la certeza de que todos los que tuviesen que viajar de “última hora”, después de las

prisiones efectuadas, eran potenciales participantes del delito que procuraban huir a sus consecuencias.

De ese modo, nuevas prisiones pasaron a ser hechas, no como resultante de la delación, mas por causa de la culpa acumulada en la consciencia pesada, que llevaba al individuo a intentar huir de sus responsabilidades, ocasión en que era detenido y llevado para el cuartel.

En la mayoría de las veces la confesión venía espontánea tan pronto eran llevados a los interrogatorios a la presencia del médico Mauricio, postrado en el lecho, entre las heridas y los gemidos de alguien muy agredido, trayendo hematomas generalizadas.

Delante de aquella mascara de horror, no había persona que no quedase preocupada en transformarse en figura igual o peor a la que Mauricio ostentaba. Así, eran dichos los nombres, confirmándose los planes.

Mariano, el líder de los revoltosos, pronto fue apuntado como el que lideraba las columnas agresoras, lo mismo ocurriendo con Luis y Armando, que eran indicados como los padres del movimiento, con las ideas que fomentaban en las reuniones de los descontentos que eran realizadas regularmente en las moradas de los diversos integrantes.

Una verdadera caza de brujas tuvo inicio, con todos acusándose mutuamente, con excepción del medico Mauricio,

que no tuvo cualquier comportamiento débil de los agresores, estando acamado por causa de los innumerables golpes que contra su cuerpo fueran descargados.

En su íntimo se recordaba de las palabras del Evangelio:
“Si alguien te golpea en la mejilla, ofrece también la otra. Y si demandaran tu camisa, ofrece también la capa...”

Eran los elevados conceptos de una doctrina nueva que conociera durante sus estudios en Europa y que le tocaban el corazón de manera tan poderosa a punto de pasar a dedicarle buena parte de sus estudios y reflexiones.

Era la oportunidad de vivenciar toda la certeza que encontrara en sus postulados acerca de la continuidad de la vida, de las vidas sucesivas, de la Justicia de Dios que es incompatible con la maldad de los hombres, de la tolerancia para con las faltas ajenas, del rescate de los propios compromisos a través del dolor o del servicio y, sobretodo, del PERDON y DEL AMOR A LOS PROPIOS ENEMIGOS.

En verdad, durante los preparativos de la reencarnación que lo recibía por el nombre de Mauricio, él se armara de estofo íntimo para el rescate de parte de su pretérito delictuoso, a través del dolor aparentemente injusto y de la tortura a la que estaba siendo sometido, sin que eso viniese a justificar la acción de los torturadores, tornándola lícita.

Como ya fue explicado, nadie renace en la Tierra con la

misión de hacer el mal para que el semejante pueda quitar los débitos del pasado.

Juzgar de esa forma, sería negar la Bondad Divina. Una vez más se entendía la afirmativa de Jesús sobre la necesidad de que el escándalo viniese. Quien hace el mal se compromete con él y precisa rearmonizar todo el desequilibrio que causó.

Mauricio había solicitado ese tipo de testimonio a fin de enfrentar la consciencia avergonzada por atrocidades cometidas en otra época, cuando ejercía el poder y el mando de forma ruda y arbitraria.

De allí haber pedido, igualmente, la posibilidad de ejercer la medicina en su forma más noble, o sea, como un ministerio desprendido y que llevase la disminución de los dolores de los semejantes, como forma de aprovechar el tiempo en la reparación de los estragos del pasado, a través de la gratitud que venía sembrando en su nuevo trayecto.

Por eso, al lado de la sensación del dolor se combinaba la certeza íntima del cumplimiento de compromisos y de fe en Dios que se apoderaba de su alma, ciertamente producida por las innumerables entidades brillantes del Mundo Espiritual que extendían sus manos sobre el cuerpo decaído y herido, para infundirle animo y coraje delante de la adversidad.

Era la ayuda divina para los testimonios del hombre, en la hora más difícil de sus pruebas.

Debía ser eso que los cristianos de los primeros siglos sentían cuando, sobre sí, veían caer las uñas afiladas de las fieras, lo que no los impedía de entonar los himnos de gloria a Dios en alabanza al Cristo que no los abandonaba y, en aquella hora, estaba más cerca de todos de lo que nunca estuviera antes.

Descubrir la clave para transformar el sufrimiento personal en el cumplimiento digno de sus propios compromisos es aprender a estar, al mismo tiempo, pisando la tierra espinosa, con la mente y el sentimiento amparados y protegidos por el corazón de Jesús que los fortalecerá en la hora del testimonio.

Él soportó el calvario en la soledad del abandono. Él no nos abandonará nunca, cuando soportamos nuestro calvario evitando que estemos a solas por hacernos compañía luminosa y dulce.

Que tesoro sin fin posee aquel que descubrió la importancia de Dios y del Maestro en su vida...

21

Cosas del pasado.

Quien pudiese ver al joven médico allí, en aquella prisión militar improvisada como calabozo de tortura, desfigurado por la violencia de hombres sin corazón, con los

dedos totalmente dilacerados y el rostro herido, no reconocería en él al mismo hombre.

Apenas en vista de la serenidad triste que estampaba en su mirar es que se podía identificarlo bajo las vestiduras rasgadas y el cuerpo dañado.

Eso porque, en la condición de criatura víctima por la agresión, sentía en su interior estar recibiendo la oportunidad de librarse del vasto dominio de la sombra y del error coleccionado por su espíritu inmortal en épocas más remotas.

Ya poseedor de nociones muy claras acerca de la supervivencia del alma y de la evolución del espíritu, obtenidas a través de lecturas de la nueva doctrina que surgiera no hace mucho entre los hombres y a la cual tuviera acceso durante sus estudios que se realizaron en el viejo mundo, más específicamente en Francia, Mauricio descortinara principios lógicos e ideas claras que, según sus pensamientos íntimos le decían, ya conocía sin saber como.

Él leyera algo nuevo sobre el espíritu, mas aquello ya no le era cosa nueva. Recordaba, redescubría. Para su espanto personal, Mauricio ya sabía.

De allí haberle sido muy fácil conseguir asimilar y transferir para la practica todos los fundamentos de aquella doctrina de la reencarnación que surgía ante sus ojos como fuente generosa de las bendiciones de Dios.

Tal constatación que era hecha por su propio yo íntimo demostraba que ya se había preparado para esa nueva fase de conocimiento, aun antes de aportar a la vida material, trayendo consigo de las plagas del Mundo Espiritual el bagaje necesario a las realizaciones que tendría a su frente.

Y para comprenderse el porque de su condición de víctima serena de agresión tan atroz. Mauricio sentía, en lo íntimo de su alma, manos fuertes afirmándole la voluntad, apoyo intenso para no caer en el desespero y en la rebeldía, los cuales perjudicarían el testimonio para lo cual se preparaba según sus propios pedidos, delante de su voluntad de mejorar y de perdonarse.

Si, Mauricio precisaba del propio perdón.

Antes de reencarnar, tuvo el acceso a los conocimientos archivados en su interior, los cuales la bondad divina recubre con su velo temporal del olvido y que solo va levantándose en la medida en que el espíritu consigue su madurez.

Así, en diversas operaciones magnéticas realizadas en el Plano Espiritual donde se encontraba antes del presente renacimiento, el se vio en la condición de uno de los cruzados, en plena Edad Media.

Se veía envuelto por el tumulto de los preparativos rumorosos, cercado por muchos otros fanáticos enceguecidos

que se levantaban como si fuesen la espada de Dios para herir a los impíos y que, en su camino, dejaban el rastro de destrucción y de violencia.

Se veía como un hombre con cierto conocimiento y poder encima de la mayoría de los demás, lo que le propiciaba consideración y respeto, no por el contenido de su carácter, sino por el peso de su bolsa.

Eso le abrió las puertas de la influencia personal sobre los asuntos más amplios de todos los que lo cercaban, que lo buscaban siempre para resolver las propias tendencias, una vez que Arístides de Ariago como era su nombre, tenía lo que faltaba a los demás para resolver cualquier cuestión: la fuerza y la espada.

Muchas veces mandaba prender sin tener pruebas o conocer mejor las acusaciones. En su castillo en las regiones de la umbría italiana, Arístides de Ariago era el déspota que ejercía las funciones de juez y verdugo al mismo tiempo.

Durante el movimiento de las cruzadas, fuera uno de sus integrantes, aunque no la lideraba ya que otros señores más adinerados le eclipsaban la importancia. Sin embargo, era uno de los que se colocaban pronto debajo de los dirigentes y a quien cabía dirigir parte del ejercito improvisado, compuesto de campesinos, pobres y aventureros en busca de riqueza fácil para sí mismos.

Fuese, pues, en sus dominios, o fuese en acción en el campo frente a los que buscaban proteger los lugares santos, Arístides no poupava nadie que se hallase entre él y sus objetivos. Las mazmorras de su castillo eran siempre visitadas por hombres o mujeres que le competía disciplinar y que allí quedaban por tiempo indeterminado, soportando las malas condiciones de higiene y la falta de comida y agua, lo que los llevaba a enfermar llegando, inclusive, a la muerte.

Una vez cerrada la puerta de la prisión encastillada, el preso no sabia lo que seria de sí mismo.

En cierta ocasión, Arístides de Ariago, se encontraba en extremo desespero, delante de una enfermedad que consumía el cuerpo de su amada esposa.

Era una mujer bella para los patrones de aquella época, poseedora de una fe innata y que, por causa de sus modos gentiles consiguiera tornarse predilecta de sus caprichos a punto de no interesarse por ninguna aldeana más que vivían ofreciéndose al señor, con vistas a obtener ventajas materiales o protección diferenciada.

Su esposa, de nombre Clarice, se encontraba embarazada de su primer hijo y, en esa condición, enfermara pocos meses antes de dar a luz al descendiente concebido por el sentimiento amoroso que nutrían el uno por el otro.

Era él el hombre complejo de todos los tiempos.

Verdugo y tirano para muchos y, al mismo tiempo, generoso y dominado por el sentimiento que traía por la mujer que lo hechizara.

Entretanto, Clarice estaba enferma. Ardía en fiebre constante y los recursos del castillo eran insuficientes para conseguir atenuarle el dolor, agravada por la angustia de su estado avanzado de gravidez.

Casi en desespero, Arístides buscó en sus dominios algún conocedor de las técnicas médicas más avanzadas, lo que no logró encontrar. Salió en busca de algún sacerdote de la medicina en otros dominios, hasta encontrar a un joven médico que estaba procediendo a muchas curas, utilizando técnicas más modernas para aquella época.

Sin pensar dos veces, lo trajo para sus dominios y lo instalé en el cuarto próximo al de Clarice, ordenando que la curase, no importándole el precio que debería pagar para que eso ocurriese.

El joven médico se esforzó por emplear todos los medicamentos y técnicas que conocía a fin de aliviar el estado de la enferma, sin conseguir modificar el cuadro de la paciente.

A cada día, su estado empeoraba y, por consecuencia, el feto casi listo para el nacimiento se hallaba en peligro también. Arístides no apartaba un pie del cuarto de la esposa, acompañando los movimientos del médico y veía la total

inutilidad de sus esfuerzos.

El facultativo que intentaba salvar a la esposa no demostraba mayor interés en las riquezas materiales que Arístides le ofrecía. No tenía deseo de ejercer la medicina para obtener oro o posesiones y, por esto, de manera cortés desdeñaba de todas las ofertas materiales con que el señor feudal pretendía adquirir la salud de la esposa.

Ese comportamiento, vinculado a principios que eran totalmente desconocidos de Arístides, hacía que fuese interpretado como mala voluntad e indiferencia para con la búsqueda de mejorarle la mujer y salvarle el heredero de su nombre. Entretanto, se trataba apenas de una actitud noble que no vinculaba el poder de curar al poder de pagar.

Mas el propietario del castillo no entendía de actitudes y sentimientos nobles, de carácter recto y de valores propios del verdadero sacerdocio de la medicina.

En fin, para su desespero, Clarice perdió la vida y, con ella el hijo también fue llevado para el túmulo.

Y en cuanto el dolor lo avasallaba a punto de envidiar los niños de los campesinos, sucios y maltratados que corrían por las vielas callejuela del castillo llenas de vida, el corazón de Arístides de Ariago se tornara aun más duro para con las cosas a su alrededor.

Hombre acostumbrado a castigar a los que acreditaban ser los responsables por su dolor, ya que siempre procuraba colocar la culpa en alguien por haberla producido, no vio en la muerte de la esposa y del hijo a la voluntad superior que debería obedecer y acatar, a despecho del propio sufrimiento.

Viera en la desencarnación de los entes amados, la mano imperita del médico que todo hiciera para salvar la vida de los pacientes sin pedirle nada de riquezas.

No ponderaba el carácter misionario de aquel joven facultativo. Vio apenas la desatención con que trataba sus ofertas materiales, en la certeza de que no tenía intención de salvar a nadie. Debería ser un genio demoníaco, bajo las vestiduras austeras y negras usadas por los médicos de entonces.

Al mismo tiempo en que siguió el cortejo que llevaría el cuerpo de la mujer amada al campo santo, dio orden a sus soldados para que prendiesen al médico en el calabozo del castillo y que nada hiciesen mientras él no llegase. Deberían, apenas vendarle los ojos y dejarlo amarrado en la oscuridad.

Él, en persona, comandaría la sesión de tortura física, procurando apartar del cuerpo de aquel hombre el ser diabólico que debería habitar aquellas entrañas y que, en vez de curarle la esposa, desdeñó de su poder, de su riqueza y acabó causando la muerte de ella y del vástago que traía en el vientre.

Y, así, después de algunas semanas en que se dedicó

exclusivamente al sufrimiento de la pérdida y en que dejó que el dolor de la nostalgia lo tornase aun más sediento de venganza, Arístides procuró el calabozo infectado y, en su interior, personalmente, pasó a comandar las torturas infligidas al médico que, según sus pensamientos, debería estar endemoniado.

Dejándolo a la mingua por todo ese tiempo, lo encontró transformado en un harapo humano, comido por las ratas que le roían los dedos durante la noche sin que él pudiese evitarlo ya que seguía amarrado y con los ojos vendados.

No satisfecho con el estado de su prisionero, Arístides dio orden para que los verdugos le estirasen los dos brazos sobre el cepo de madera, pues él iría a infligir la penalidad merecida por el médico que no ejerciera bien su tarea de curar.

- No va engañar a nadie más, impostor – gritaba Arístides de Ariago, mientras usando un martillo pesado de madera, con una de las puntas agudas, aplastaba la extremidad de cada uno de los dedos de las manos del joven doctor, extrayéndole todas las uñas a fuerza de los golpes e inutilizándole las manos para el resto de sus días.

A los gritos del dolor, el médico sentía escurrirse la sangre y los sueños de curar personas en vista de traer, ahora, todos los dedos fracturados y sin cualquier remedio para obtener alivio.

Arístides dio orden para que lo dejaran allí por algunos días mas y, así cuando muriese, fuese llevado lejos para no atraer los urubúes en la dirección de sus dominios.

Sin ningún acto de compasión por parte de nadie, el joven médico entró en agonía y, sea por causa de las heridas, sea por haber cerrado un ciclo de rescates en aquella encarnación, heroicamente soportados en el alivio de sus semejantes, terminado por la violencia recibida después de haber hecho el bien, dos días después retornó a la vida espiritual siendo recibido por espíritus iluminados que le acompañaban la trayectoria evolutiva.

Se desprendiera de la Tierra para vivir una vida de luminosidades y plenas realizaciones como espíritu inmortal. No llevaba rebeldía contra nadie. Apenas el sentido del deber cumplido que le propiciaba una paz en la consciencia, el verdadero pasaporte para el servicio de amor.

Arístides, sin embargo, quedara en la Tierra, perdido delante de la desdicha de la soledad y, ahora, agravado por el odio con que victimara al joven sacerdote de la medicina, percibía que matara al médico, mas no lograra recuperar a la esposa.

Su mente le dolía de manera jamás imaginada. Sus sentimientos endurecidos eran granito monolítico sin propiciarle cualquier aliento.

Por causa de todo eso, embrenhou-se en las artes de la cruzada que se preparaba para luchar contra los invasores turcos y paso a vivir en función de un objetivo belicoso, entregándose a las rutinas de la guerra, intentando olvidar del conflicto que traía dentro de sí mismo. Distraería la mente para no sentir el dolor del alma y, en la primera oportunidad se lanzaría en la batalla corporal exponiéndose para acabar sucumbiendo por el filo de la espada de algún adversario, ya que no poseía más ninguna esperanza en la vida.

Y así, Arístides de Ariago, dejó la Tierra, comprometido con todos los errores clamorosos de una existencia de facilidades y de abusos, pero aun más víctima de su propia consciencia que no se olvidaba del rostro de aquel joven médico.

Mientras su cuerpo era destrozado por los caballos y por los metales en el calor de la lucha, su espíritu pesado y ennegrecido por los miasmas deletéreos de sus pensamientos, encontraba, entre los muchos espíritus que pretendían la venganza y aguardaban a su llegada al otro lado de la vida, una alma luminosa que, a la distancia velaba por él en el proceso de fraternidad absoluta.

De allí, si muchas de sus víctimas se enarbolaban en cobradores violentos y agresivos, el joven médico que él matara después de los suplicios, allí se hallaba para tratar de los dolores de aquel alma herida por la propia ignorancia.

Cuando Arístides abrió los ojos en el otro lado de la vida, se deparó con el mirar sereno de Euclides, el médico que asesinara en la mazmorra de su castillo y que, ahora, después de haberle ofrecido el conocimiento para salvar la mujer amada durante la vida material, ofrecía el propio corazón para ayudarlo en el reerguimiento de sí mismo en la vida verdadera del espíritu.

* * *

Así, tan pronto Mauricio-Arístides se vio consciente de los errores clamorosos que practicara, fue liberándose a través de nuevas reencarnaciones de sufrimiento y sacrificio, en las cuales la enfermedad constante y grave victimaba su piel y lo apartaba de las personas.

Otras veces, era visto mendigando el pan, apoyado en un cayado tosco vestido de harapos. Eran su nueva armadura y su nueva espada.

El sufrimiento fue moldeándole el carácter, siempre amparado por Euclides que, en la vida espiritual, tutelaba los pasos del hijo espiritual que adoptara a fin de infundirle los valores indispensables que burilan las cualidades que todas las criaturas recibieran directamente del Creador.

Nuevos rumbos fueron surgiendo en la vida de aquel propietario feudal, ablandándole el carácter y haciendo aparecer la sensibilidad de un alma buena, que respeta al ser humano y

teme a Dios.

Por causa de todo eso, Mauricio se ligara por lazos de inmensa gratitud al espíritu de Euclides de quien bebía las palabras y oía las intuiciones sin cualquier cuestionamiento.

Mauricio ya quitara buena parte de sus débitos acumulados en aquel período. Su consciencia, con todo, ardía y acusaba a sí misma, delante de la atrocidad cometida contra su benefactor.

Deseaba seguir las huellas de Jesús, mas no conseguiría hablar del amor, del perdón, de la misericordia mientras llevase consigo la llaga de haber hecho sufrir de forma tan atroz a aquel que intentaba salvarle la esposa amada.

No necesitaba más del perdón de Euclides. Lo que precisaba era del perdón de sí mismo.

Y no había otro modo de levantarse delante de su propia inferioridad sino implorando para soportar la misma desdicha que infligiera al hermano a quien pasara a deber tanto.

En homenaje a su tutor, pretendía llevar la salud al corazón de los hombres. Pretendiera imitar la dedicación sacerdotal de aquel por cuyo intermedio saliera de las urnas de sí mismo. Quería ser médico como Euclides lo fuera y pidió a Dios y a los Espíritus Superiores que bendijeran su propósito.

Desearía seguir por las villas y aldeas, de casa en casa, recuperando el cuerpo de aquellos que su espada hiriera en el pasado. No bastaba que él, el antiguo Arístides, ya hubiese sufrido en la enfermedad los males practicados. Él precisaba perdonarse transformando en bondad cada pulsación de vida en su pecho.

Pidiera a Dios le concediese la oportunidad de llevar la salud y concertar los cuerpos que pudiese, cuerpos que, en el pasado, habían sido destruidos por su espada en las luchas de conquistas de las cruzadas. Ahora, iría a devolver a todos los hermanos de humanidad la paz que, un día, robara de la Tierra de forma tiránica.

Pero, además de eso, pidiera también para soportar los mismos dolores que hiciera soportar a Euclides, a fin de que pudiese perdonarse para siempre.

Por eso, preparado para regresar a la Tierra, vistió nuevo ropaje carnal, esta vez en el Brasil Imperial, bajo el nombre de Mauricio y se hizo médico aun joven para seguir las huellas luminosas que su espíritu conociera un día, en las marcas dejadas por otro joven médico que tratara de las heridas de su alma.

Era un Arístides de Ariago que dejaba de existir, aquel que se hallaba estirado en la prisión del cuartel, con el cuerpo macerado y las uñas arrancadas, a fin de que un nuevo Mauricio, serenado y en paz, surgiese de los escombros del

propio pasado, iluminado por la serenidad de Euclides que, en el plano espiritual amaba a aquel que, un día, eligiera la violencia como la profesora de su futuro y que ahora, recogía la lección con la dignidad de alma que creciera hacia Dios con coraje y responsabilidad.

Mauricio se disculpaba delante de su antigua víctima y delante de la consciencia culpable. Entretanto, no dejaría la vida física, pues aprovecharía el futuro que le cabía construir, ahora dentro de la armonía del Universo, eligiendo el Amor como su maestro. Un maestro sabio, generoso y dócil, como ningún otro podrá ser en este mundo.

Mauricio lloraba en oración. Euclides oraba a Dios.

Sobre ambos, pétalos de flores luminosas caían como un sello de la misericordia divina y del perdón para siempre.

22

La mejor de las terapias.

Con la prisión de tantas personas, el cuartel fue transformando en una gran jaula humana. Todos tenían la misma historia para relatar las conclusiones indicaban siempre la misma dirección.

Los rebeldes habían secuestrado a la hija, mas no sabían

dónde ella había ido a parar.

Las acusaciones a Luis y a Armando indicaban que ambos eran los responsables intelectuales por todo lo ocurrido, siendo de los que deberían ser encarcelados para la continuidad de la búsqueda de Lucinda.

Entre tanto, los dos no estaban en la región y ni sabían de los hechos ocurridos ya que se habían ausentado de allí, no teniendo cualquier noticia al respecto de la invasión a las tierras del general y del rapto de su hija. Estaban en otra región, arreglando material para la impresión de más folletos y para divulgar, a la boca pequeña, los ideales nobles de libertad que traían en el interior de sus almas.

Ninguna idea de la tempestad que se formaba sobre sus cabezas era esbozada en sus pensamientos.

Por estar ausentes, no pudieron ser presos de inmediato. Cuando lo fuesen, entre tanto, tendrían mucho que explicar e, inclusive, relatar donde era el escondite de la rehén.

En cuanto a Mariano, fue preso como los otros y sometidos a los tormentos físicos para contar todo lo que sabía. Delante de él, el propio general, compareció, después que la sangre escurría de sus heridas, y ordenó:

- ¡Habla pronto, traste inmundo! – grito el militar comandante. – Habla donde está la moza que ustedes, cobardes,

robaron... desembucha o usted va a acabar sus días en la cárcel...

- Yo ya hable, yo ya hable. No sé donde ella está, general. Debía estar en la “gruta de la escalera”, mas no llegó allá hasta hoy. Estábamos esperando por ella y habíamos preparado para que allí nada le faltase. Sin embargo, hasta ahora, ella no llegó. Sabemos que alguno de los nuestros la agarró y salió de su casa... Mas no se para donde la llevaron.

- Mentira... Mentira... gusano. ¿Va a continuar escondiendo a sus comparsas hasta cuando? ¡No esta viendo que va a acabar muriendo de ese modo y ellos van a quedar libres sin que sufran ningún mal? – preguntaba colérico el comandante.

- No me haga más mal, mi señor, yo no sé de más nada.

- Baño de sal en él... - ordenó el comandante, determinando que se realizase una inmersión de su cuerpo escoriado en un barril lleno de agua salada, dando la espalda y dejando el lugar, no sin antes determinar la continuidad del interrogatorio y de la prisión de los envueltos, hasta que se encontrase alguna pista de la hija.

En ese medio tiempo, Eleuterio daba sus ordenes en la hacienda, colocando organización en la reconstrucción de la casa grande e imprimiendo en las cosas y en el trato con los esclavos, la rutina nueva y diferente de la que existía antes.

Compró nuevos esclavos y los juntó a los que quedaron o fueron recapturados.

Ahora, los benefactores tenían libertad plena para punir a los cautivos. Todos debían obediencia ciega al joven señor que sobre ellos ejercía el derecho de vida o muerte.

Dejó a los negros con media ración diaria por un mes para que sintiesen el peso por no haber impedido el secuestro de su hermana Lucinda.

Olívia fuera devuelta a la senzala, ya que Eleuterio no admitía residir con los negros. Durante el día, le aceptaba la colaboración dedicada y amiga, mas con la llegada de la noche, ordenaba que la vieja ama retornase a dormir en la enxerga de la senzala.

Recolocó el tronco del castigo en el lugar donde él existía y de donde había sido retirado por orden de Lucinda, que no soportaba violencia en aquellos parajes. El reinado del terror volvió a ser el patrón de aquel pequeño mundo, en el cual un pequeño tirano intentaba hacer las veces de su padre que mucho admiraba y a quien debía sumisión y veneración, intentando comportarse de la misma forma arrogante y vanidosa que él.

Procurando por noticias, Eleuterio escribía cartas a su padre, que eran llevadas al cuartel por algún esclavo que se

hacia portador, cumpliendo ordenes del hijo del general, en la cual este lo exhortaba a traer a la hija de vuelta para casa, costase lo que costase.

Informaba que ya había procedido al castigo de los negros, disminuyéndole la ración diaria y reinstalado el tronco del suplicio para las puniciones físicas necesarias.

Hablaba al padre con la palabra meliflua de quien pretende resaltar las altas responsabilidades que deberían ser observadas con el bajo patrón de conducta de una personalidad violenta o mezquina. En las entrelíneas insinuaba: Usted es el general, el padre y el mayor ultrajado. ¿Va a dejar las cosas de ese modo? ¿Dónde está su poder?

No decía eso de manera directa, mas dejaba al pensamiento de Alcántara el camino para que él se sintiese desafiado a tomar actitudes duras contra quien quiera que fuese.

Estimulado por su hijo que se alimentaba con la misma ración odiosa y vil, Alcántara vio recrudecer sus ganas de herir. En cuanto se hallaba en ese estado de odio asoberbado, el cuerpo físico entró nuevamente en colapso general.

Crisis fuertes de temblor y de ausencia hacían de él, nuevamente, el hombre cuyo estado preocupaba.

Precisó ser llevado para el lecho y en él, deliraba como alguien que se hallaba en absoluto desespero. Para todos los que se apostaban a su lado, era la consecuencia de la perdida de

la hija y de los desastres de los últimos tiempos. Mas en realidad era nuevamente la interferencia del espíritu Luciano junto de aquel hombre invigilante con quien compartía vibraciones mezquinas y a quien pretendía destruir por completo.

- ¡Yo voy a acabar con Usted! Usted va a ver como es bueno hacer eso para los otros... Mi Leontina está abandonada en una casa pobre, siendo tratada por extraños y sin cualquier recurso. Perro vadio, usted va a sufrir aun más por todo eso.

La voz del general se alteraba mientras él decía eso como obligado a hacerlo por una fuerza más intensa e irresistible.

La preocupación de sus subordinados era grande, en vista del estado de alienación del comandante, lo que hacía endurecer más el tratamiento a los presos, acusándolos por haber causado esta desgracia más.

- No, yo luchare contra usted demonio. Yo soy más fuerte y poseo la fuerza de mis soldados para enfrentarle – respondía el general sin abrir los ojos, mas irguiéndose del lecho como queriendo herir el aire con las manos cerradas.

Tan pronto era constatado ese comportamiento alucinado y sin sentido, una sustancia tranquilizante era administrada al militar para que pudiese clamarse.

Entre tanto, su efecto era reducido y él pronto volvía al estado alterado, ora hablando como un acusador, ora defendiéndose como un acusado.

Todo eso corría de boca en boca en el cuartel. Creían algunos que el militar había enloquecido y que no podría continuar en el comando de la tropa. Otros hablaban que era una crisis emocional producida por la perdida de alguien tan importante en su vida, lo que sería pasajero.

Y los comentarios llegaron hasta los oídos de Mauricio que, en la prisión, se recordaba de las crisis soportadas por el comandante en la sede de la hacienda. Sabía se trataba del mismo espíritu que desafiaba al militar y de él cobraba las deudas acumuladas por aptitudes deshonestas.

Como nadie tenía condiciones de hacer cesar aquel estado que ya perduraba algunos días seguidos, Mauricio meditaba en como conseguir llegar hasta el cuarto del hombre que era el responsable por su desdicha, mas que era el padre de Lucinda, el amor de su vida.

En la primera ocasión en que fue confrontado por algún militar, dijo:

- Mi señor, yo soy medico y, hace poco tiempo atendí al general en su casa con los mismos síntomas...

- ¿Que es eso, esta delirando, rapaz?. El hombre nunca

tuvo nada. Es una fortaleza. – respondió el interlocutor que no conocía la enfermedad del comandante.

- Mas hace algunas semanas fui llamado a tratarle en una crisis del mismo tenor de la presente. El propio capitán Macedo estaba allá portando algunos despachos que Lucinda no permitió que fuesen entregados al padre ya que el mismo estaba preso a la cama. Pregúntele a él...

Sin dar cualquier respuesta al prisionero, el militar que mantuviera esa conversación con él fue en busca de Macedo para relatarle la conversación y, quien sabe, tornarse el responsable por conseguir llevar alguna mejoría al comandante.

Al oír el relato, Macedo se recordó de la crisis sufrida por el militar en aquel día en que llevara los documentos hasta la hacienda, así como de la afirmativa de Lucinda de que ya estaba tratando del padre con un médico del pueblo, que era de su entera confianza. Si, era bien posible que el tal medico de su entera confianza ya fuese el tal Dr. Mauricio.

Con esa posibilidad en la mente, Macedo fue hasta la prisión hablar con el preso.

- ¿Cómo es ese negocio de tratamiento en el general, doctorcito? – habló arrogante el capitán.

- Es verdad, capitán Macedo. El señor debe recordarse que, por vuelta de casi un mes atrás el general estaba preso al

lecho con los mismos síntomas que lo victiman ahora y no pudieron llamar al médico oficial de aquí para no revelar la enfermedad. Así, me fueron a buscar para atender el caso y lo atendí hasta que las crisis disminuyeron y pasaron.

- ¿Y de allí? ¿Va a decirme y quiere que yo crea que usted salvó el hombre? – respondió el capitán irónico.

- Sabe, capitán, solo quien salva es Dios mismo que sabe de todo y conoce a todo el mundo por dentro. Yo, sin embargo, se como ayudar al general y quise que alguien supiese de eso para que, si fuese necesario, dispusiese de mi persona para el tratamiento de él.

- Mas usted es un preso que fue golpeado y torturado por orden del comandante. ¿Cree que yo voy a acreditar que no existe allí, bien escondido, un deseo de venganza a punto de hacer usted colocar algún veneno para que él beba y muera?

- No, capitán, la condición de preso fue la que ustedes me impusieron contra la realidad de los hechos. La condición de sacerdote es la que yo me impuse, independientemente de cualquier circunstancia buena o mala. Antes de ser preso, yo soy médico y como médico tengo el deber de salvar vidas, aunque corra el riesgo de perder la mía.

Aquella posición de nobleza era rara por allí, región donde quien pudiese mentir más, esconder más, estafar más y poner la culpa en el otro más prosperaba sin recelo.

- Voy a recordarme de ese hecho, Mauricio – afirmó el militar impresionado por la conducta serena y superior de aquel preso herido y reducido a la condición de harapo humano.

Diciendo eso, salió a la procura del medico del cuartel que se hallaba a las vueltas con el comandante en uno más de sus ataques alucinatorios.

- Amárralo, rápido, amárralo para que no salga de la cama – hablaba áspero el médico al soldado enfermero que lo ayudaba a asegurar al general preso a la cama.

- ¿Va a ser necesario, señor? – preguntó de improviso el capitán que llegara sin ser notado en medio del tumulto.

- Ora, Macedo, - respondió el médico militar – ¿usted no está viendo el estado de él? Si no lo amarro se levanta y acaba cayendo de la cama, corriendo el riesgo de lastimarse aun más.

- ¿Y los remedios? ¿No están ayudando?

- Parecen agua sin cualquier efecto sobre él. Ni el menor resultado es observado. Él vive en ese estado de ausencia o de alucinación. Ora está más calmado, ora más nervioso y desesperado.

- ¡Hummm, si! – murmuró el capitán, con una idea en la

cabeza que no podría ser conocida por el oficial militar, ya que este no aceptaría entregar al general, espontáneamente, a los cuidados del prisionero aun en la condición de médico ostentada por este último. Precisaba crear alguna forma de apartar al médico de la guarnición para traer al Dr. Mauricio a ver lo que debería ser hecho.

Se recordó del estado grave de algunos de los torturados, entre los cuales el propio Mariano, sumergido en el baño de sal y que estaba tirado en la celda sin cualquier cuidado.

Se dirigió al oficial médico, le comunicó la necesidad de atender a uno de los presos que no estaba pasándola muy bien y que no debería morir dentro del cuartel para no empeorar las cosas. Así, era necesario que el médico, tan pronto se estabilizase la situación del general Alcántara, fuese a atender al referido preso y algún otro más igualmente necesitado.

Con eso, Macedo tendría tiempo de intentar auxiliar al comandante usando de los métodos de que Mauricio decía haberse valido para tratarlo en la otra crisis observada.

Tan pronto el médico del cuartel fue a cuidar de otros heridos, Macedo ordenó que trajesen al prisionero a los aposentos del general, donde permitiría, en su presencia, la realización del tratamiento, según los métodos del médico del pueblo, que ya conocía el caso.

Ingresando en el cuarto, Mauricio fue llevado a la cabecera del comandante, ayudado por un soldado que lo amparaba debido al estado físico débil y lleno de dolores, que después se retiró de allí para que todo quedase en sigilo absoluto, permaneciendo en el interior del cuarto apenas Macedo para certificarse de los hechos y para montar guardia protectora, evitándose cualquier comportamiento peligroso del prisionero contra el mandante de las torturas.

Mauricio, con todo, al sentarse junto de la cabecera del general, no pidió cualquier aparato para efectuar algún examen más detenido. Al contrario, cerró los ojos y quedó en silencio haciendo que Macedo no entendiese nada de lo que estaba pasando.

- ¿Cómo es, doctor, usted no va a examinar al enfermo?
¿No va a darle el remedio que él esta precisando?

- Señor Macedo, la enfermedad del general no es proveniente de cualquier lesión del cuerpo físico. Es causada por problemas que se hallan fuera del cuerpo de carne, enraizados en su espíritu. Por ese motivo, el tratamiento de que él está precisando no es el tratamiento tradicional, lleno de productos que intoxican el cuerpo cuando no es en este que se halla guardada la enfermedad. Si el señor me permite tratarlo, creo que, al final de esta tarde el ya podrá, al menos, dormir con un poco más de aliento, descansando mejor, para seguir recuperándose en el día de mañana.

- Mire, doctorcito, que es lo que usted va a conseguir con todo eso. ¡¡¡Yo estoy de ojos en usted!!!

- En primer lugar, precisamos de silencio y de un ambiente un poco más oscuro, sin necesidades de ser oscuridad total. Apenas la penumbra que descansa la vista ya ayuda mucho.

Después de eso, Mauricio retornó al silencio y la oración interior, no sin antes solicitar que Macedo hiciese lo mismo, recordándose de cualquier oración que conocía y a la que recurría en una hora de dificultad.

Hallando aquello muy extraño, Macedo se recordó de unas letanías que oyera del padre Geraldo repetir en la iglesia y pasó a pensar en ellas con ahínco.

Una vez más, el general sería atendido por el poder magnético de la oración y, sin que se pudiesen dar cuenta, los amigos espirituales estarían tratando de todos en aquel cuarto, como que pretendiendo salvar las tres criaturas del estado de desespero a la que se hallaban entregados.

Alcántara, por el desespero de la persecución espiritual. Macedo, por la angustia de intentar ayudar al jefe. Mauricio, por el desespero del dolor material, soportada por su espíritu valeroso y bueno bajo el auxilio directo de Euclides, que manipulaba las emanaciones más íntimas de su mente y de sus sentimientos, procurando con eso, dar continuidad al

crecimiento espiritual necesario del discípulo, a través de la vivencia de los postulados en los cuales depositaba toda su creencia y toda la preparación de su actual reencarnación.

Con el ambiente silencioso y calmado, las oraciones comenzaron a elevarse del corazón de los dos hombres diferentes y al mismo tiempo tan ligados a los objetivos de aquella hora.

Y la reacción no demoró en llegar.

- ¿Quiere parar con esa rezandera, doctorcito inútil? Yo ya hable con usted de aquella otra vez que yo voy a destruir este hombre que está aquí, “tan poderoso”, preso en la cama y amarrado como un bicho peligroso. Es eso mismo lo que él es. Un animal miserable y ponzoñoso, que ni una cobra de las más venenosas.

- Calma, Luciano, usted no debe agitarse de ese modo – respondió Mauricio al frente del capitán que, de boca semi-abierta no entendía nada de lo que estaba aconteciendo.

- ¡Que calma ni que nada! ¿Piensa usted que mi sufrimiento puede ser curado con las medicinitas calmantes para los nervios?

- Si, mi amigo, con la medicación de la tolerancia, todo se arregla.

- Arreglo para usted y para otros por ahí que no saben de nada. Además de eso, hablando de otros por ahí, quiero decir que ese asesino asalariado del general que está aquí oyéndome va a ser mi otra víctima. Son sicarios juntos y van a sufrir todos reunidos.

Al hablar de ese modo en la presencia de Macedo, este sintió un escalofrío recorrerle toda la región de la espina e instalársele en el interior del cerebro...

- ¡Ah! ¿Esta asustado, capitancito de araque? Usted aun no vio nada de lo que soy capaz de hacer. ¿Piensa que yo no sé lo que usted hizo con mi viuda, Leontina, para comprar las tierras que dejé? ¿Piensa que no acompañé sus pasos hasta Tiao y las combinaciones y los pagamentos para que la viuda intimidada entregase el patrimonio tan arduamente conseguido y que le sería la garantía de la vejez?

Macedo estaba lívido. Acreditaba no haber jamás ningún testimonio de sus actos, pues hasta al mismo general no relataba los métodos espurios que usaba procurando la intimidación. Tenía certeza de que el comandante no sabía de lo que pasaba en detalles como aquellos que estaban siendo revelados.

Ahora, todo le estaba siendo tirado a la cara, por la boca de aquel hombre que él admiraba y procuraba seguir para donde fuese, el propio general. Y de la boca de este las acusaciones verídicas saltaban sin que él pudiese aquilatar como habían sido

descubiertas.

- Es, farcinha de meia pataca. Yo sé lo que usted hizo y lo que ganó por hacer. Yo lo vi a usted conversando con Tiao en el escondite dentro de la piedra donde él se abrigaba a la manera de cobra cascabel. Vi el dinero que entregó en la mano de él, después que la hacienda fue vendida por precio de banana. ¿Piensa que todo quedó escondido? Hoy, mi Leontina está abrigada en una casa para gente vieja y enferma, no poseyendo ni la más mínima economía ya que los parientes consumieron el poco dinero que este maldito general le pagó por su intermedio. Yo estaba allá, remordiéndome de odio por ustedes dos, y juré que los destruiría, costase cuanto costase. Y estoy haciendo eso, hasta que no precise hacer nada más.

Ver un alma en pena tal vez no cause tanto impacto en el espíritu del militar en cuanto a ser desenmascarado de ese modo por alguien que se decía víctima y, por lo que estaba pareciendo, ya había muerto siendo, por tanto, invisible.

¿Pero cómo es que un muerto podía hablar así, tan vivo, por la boca de otra persona? – pensaba el capitán perdido y asustado.

- Calma, Luciano, ya le dije a usted que tenga calma y piense en lo que es bueno para su espíritu, ya que nadie muere y que usted también precisará ser feliz en la medida en que distribuya felicidad...

- Mi felicidad es ver a estos dos agentes de la maldad destruidos y vueltos polvo – respondía el espíritu.

- Mas usted no va ganar nada con eso y, hasta va a perder la oportunidad de hacer el bien. Recuérdese de su vida en la Tierra al lado de Leontina. Ella precisa de usted a su lado y no aquí haciendo el mal a titulo de venganza que no irá a mejorar la salud de ella.

- Yo estoy en los dos lugares. Allá yo lloro como un niño por la desgracia de mi mujer querida y reúno más indignación para cuando vuelvo aquí, a continuar aun más endurecido ejercitando la voluntad de Dios por mis manos.

- Luciano, Dios es amor y bondad. No va precisar de alguien tan descartable como cualquiera de nosotros. Todo lo que nosotros hacemos queda registrado en el tribunal divino para recibirnos en la hora cierta para los ajustes de cuentas inaplazables e indispensables que todos debemos delante de la Ley. Todo lo que el general o cualquier otra persona hizo de errado, será pagado al peso de sufrimiento o de renuncia. Y usted que era víctima pasó a ser agresor. ¿No cree que su situación está empeorando?. De aquí a poco tiempo usted será un homicida también. Piense en esto, reflexione en mis palabras y recuérdese que Jesús lo conoce como la palma de la mano. Deje a nuestro hermano ahora, para que pueda dormir en paz por algún tiempo, ya que está muy necesitado de rehacimiento. Después conversaremos mejor. Hasta pronto...

Con un tumbo el cuerpo del general se estremeció en la cama, como si se desligase de él otro cuerpo pesado y turbulento, ahora en el plano espiritual, volviendo a permitir que Alcántara reasumiese el control de sus funciones físicas y adormeciese extenuado, después de una batalla para la cual solo encontró apoyo en Mauricio, con su sabiduría, experiencia y desprendimiento.

Macedo estaba confundido y con miedo de las acusaciones. No sabía que pensar o que decir.

El silencio fue quebrado por Mauricio que, dirigiéndose al militar, habló:

-Señor capitán, por hoy el tratamiento acabó. Mañana, si fuera posible, continuaremos la medicación de manera que el comandante se restablezca completamente. ¿Puedo retornar a la celda?

Con esa pregunta, Macedo se recordó de que él era un preso, mas se comportaba como alguien que sabía de sus deberes, comprendiendo mucho más y mejor sus obligaciones de disciplina de lo que sería de esperarse de un injusto torturado.

Eso fue notado por Macedo que, ahora, temiendo el conocimiento que Mauricio tenía sobre la conducta ilícita de él y del general, pasó a darle mejor tratamiento a fin de que no revelase las ocurrencias a más nadie.

Sin saber de que modo, Macedo pensaba ¿cómo era posible que las paredes tuviesen oídos y que sus secretos fuesen del conocimiento de los otros?

23

El drama de Lucinda

Después haber sido recogida por Salustiano en pequeño e improvisado cuarto dentro de la vivienda abandonada en el medio del agreste, lejos de todo y de todos, Lucinda tenía en mente regresar inmediatamente para su hogar.

Sin embargo, las dificultades emocionales que tuviera que soportar durante el cerco a la sede de la hacienda, después, con el rapto, con el transporte a caballo, en posición extremadamente ruda para su estructura física, aumentada por el período de cautiverio que soportara dentro de la gruta oscura, entre el miedo y la incerteza, acabaron por generar una tal

debilidad nerviosa que, tan pronto Lucinda se vio retirada del escondite, ganando la libertad nuevamente, su organismo pasó a exigir mayores cuidados.

Los dolores por el cuerpo recrudecieron y su estado orgánico pasó a dar señales de franco abatimiento.

Transportada por Salustiano – Tiao para la nueva morada, no se dio cuenta de que allí, hace mucho tiempo, no habitaba nadie, gracias al esfuerzo de su actual morador en hacer que pareciese ser su casa, desde hace larga data. Su lucidez no se hallaba plena por causa de los innumerables dolores y de los reflejos de la conmoción emocional.

Lucinda pensaba en la hacienda, en la figura del padre, en la compañía de Mauricio que se hallaba guardado dentro de su corazón y con quien soñaba casarse en breve, en la compañía de la vieja Olívia, pensamientos esos que se acumulaban desordenadamente en el cerebro de la joven y que la llevaban a un mutismo de duelo.

Salustiano veía su depresión emocional crecer y, con ella igualmente crecía su preocupación.

Si, pues la moza estaba con él para que, después de algún tiempo, pudiese regresar a las manos del padre en buenas condiciones físicas. Si ella muriese, ninguna ventaja él conseguiría obtener y el lucro financiero se desvanecería por completo, restándole apenas todo el esfuerzo que tuviera sin

cualquier ventaja que lo compensase.

Precisaba cuidar de la pequeña como quien guardase una joya preciosa para que la devolviese al dueño, a fin de reclamar la recompensa por sus cuidados. Lucinda, con todo, fue tomada por un estado depresivo que la conducía al desgaste casi pleno de las propias fuerzas físicas.

Estirada en el lecho de pasto, recubierto por una sabana improvisada, allí quedaba ella de ojos cerrados, cuerpo adolorido, sin desear conversar, presentando un estado alucinatorio todas las veces que conseguía dormir un poco.

El sueño era agitado y ella no tenía condiciones de sentirse descansada por causa de los innumerables sueños agitados en los cuales se veía envuelta.

En los momentos de mayor lucidez, Salustiano intentaba hacer que ella se alimentase. Preparando alimentación más leve, dentro de sus escasos recursos culinarios, traía a la joven enferma un tazón con un mingau para que ella se alimentase un poco.

- Mire aquí, moza, traje el mingau para que usted lo tome. Puede tratar de beber todo porque del modo que va yendo no da, no...

- Estoy sin hambre, Salustiano. No tengo voluntad de hacer nada. Mucho menos de comer. Me gustaría ir para mi

casa...

- Ta cierto, doña, mas no da para ir ahora de ese modo, débil, enferma, sin condiciones hasta de subir en la montura. ¿Cómo es que va a hacer eso? Precisa recuperarse más deprisa para poder ir para casa. Yo no soy muy bueno haciendo comida, mas este minguzinho no está de los peores y él puede ayudar en su recuperación.

- Así es, Salustiano, del modo que yo estoy parece que no consigo andar ni dos pasos.

- Pues si, no puede quedarse así, precisa mejorar porque por aquí no tenemos muchos recursos para el caso de enfermedad más grave. Así que usted come un poco, y yo voy a recorrer el mundo por aquí para ver si arrumo unas hiervas que yo conozco para hacer un té que es fortificante hasta para caballo. Yo ya tome de él y sé como es bueno para esas cosas. Además de eso, voy a procurar un poco más de comida para que no falte nada en su recuperación. Voy a cerrar la puerta bien cerrada para que nadie venga a molestar a la moza. Mientras tanto, no precisa preocuparse porque, por aquí, casi nunca pasa gente.

- Mas no vaya a demorar mucho, Salustiano. Yo no quiero quedarme solita nuevamente, pues tengo mucho miedo.

- Quédese tranquila, moza, yo voy a volver pronto.

Salustiano salió y dejó a la joven con el plato de mingau, tragando medio a contra gusto aquel contenido poco agradable, en una combinación de agua, harina, condimentos y algún pedazo de tocino frito en la grasa.

Consiguió tomar algunas cucharadas y dejó de lado, sin mucho deseo de continuar.

Al mismo tiempo, pensaba en las lecciones aprendidas con Mauricio sobre la bondad de Dios que sabe de todo lo que nos acontece y que, en la circunstancia de estar en sufrimiento, debe estar siempre enviando ayuda para que nunca nos sintamos abandonados.

Pensaba Lucinda en las conversaciones a lo largo de los caminos, ocasión en que, de forma muy discreta, conversaban de manos dadas sobre las maravillas del cielo. Ahora, ella estaba en una condición de necesidad muy grande, mas confiaba en el hecho de que Dios sabía de eso y no la abandonaría.

Recordaba de las lecciones oídas y compartidas con el médico sobre la necesidad de renuncia constante a favor del prójimo y de que la mayor prueba de amor al semejante exigía del individuo el comportamiento de amar y servir hasta al enemigo, sin lo que no se habría aprendido el verdadero sentido del amor.

Parecía que Lucinda pasara por un estado de

preparación que pretendía darle condiciones para enfrentar los desafíos que le estaban reservados en el futuro próximo, que ahora comenzaban a llegar.

Esos pensamientos la calmaban un poco, tornándola más serena. En esos instantes, sentía mayor voluntad de orar y confiar al Padre Eterno todas sus angustias y sufrimientos ocultos.

Se recordaba de su madre, su única compañera, que no pudiera tener a su lado por mucho tiempo. Las lagrimas de emoción y nostalgia le descendían por el rostro, como derramando del compartimiento represado existente en su alma, lo que representaba un recurso para el reequilibrio emocional y para su mejor recuperación.

Más allá de eso, esos pensamientos que le acudían a la mente, esos recuerdos de las conversaciones con Mauricio le estaban siendo sugeridas por el contacto de las manos espirituales de su querida genitora Lucia, que allí se hallaba, efectivamente, como centinela de la hija para protegerla en el desafío y en la prueba en la cual se hallaba insertada.

Acompañando el proceso evolutivo de aquella amiga, Lucia se apostaba al lado de la hija para que esta no desfalleciera, lanzando por el ralo de la rebeldía y del miedo la experiencia que le habría de servir como fortificante de la voluntad, tonificante de los buenos pensamientos, enriquecedora de los sentimientos.

Así, el espíritu de la madre la envolvía en vibraciones saludables, haciendo que ella pudiese reflejar en buenas cosas, aun durante la propia desdicha.

Lucinda, sin tener la convicción espiritual de tales hechos, sentía la emoción y la calma brotaron de su pecho, sin conseguir identificar de donde estarían viniendo. Estaba, entre tanto, calmada y pensaba constantemente en Dios.

En la intimidad de sus pensamientos, conversaba con Él:

- Señor mi Padre, gracias por recordarte de mí en esta hora dura de mis sufrimientos. Yo ya aprendí que nadie padece por deseo Tuyo y que la dificultad es la simiente que sembramos en nuestra propia huerta. Yo Te agradezco sobretodo por haberme dado ese hombre que me acogió y está cuidando de mí, aun sin conocerme. Es una prueba más que yo recibo de Tu complacencia y de generosidad de Tu corazón. ¡Mira, Señor, si yo estuviese en aquella gruta y nadie me oyese, a estas alturas ya habría muerto!. Gracias Señor, entre tanto, Salustiano pasó por allí y me halló. Gracias, Mi Dios por no abandonarme nunca. Ayúdame a mejorar para volver para casa, si eso fuera de mi merecimiento. Mas, por encima de cualquier cosa, permita que yo pueda pasar por todo lo que preciso pasar y aprenda alguna cosa de bueno para mejorar mi ser, aunque sea aprender a no desanimar. Por eso te pido, Señor, fortaléceme en la hora de mi dolor, para que pueda dar

testimonio de tu bondad a través de mi propia conducta. Por fin, Mi padre, protege a Salustiano de todo el mal, Amen.

En el Plano espiritual, Lucia tenía los ojos rociados por la oración sincera de la hija, principalmente por el pedido de protección que ella hiciera por el propio verdugo que, aun sin saberlo, acabara siendo el único punto de apoyo de Lucinda en aquel momento.

Sobre Salustiano – Tiao se hallaba basada toda la esperanza de salud y bienestar de la hija querida. Era real la afirmación de Mauricio sobre la Bondad Divina que, muy lejos de castigar al malhechor, procura transformarlo para el bien, utilizándose de las armas del bien.

De ese modo, Salustiano estaba siendo convocado a hacer el bien, aunque después de haber hecho tanto mal a mucha gente, incluyendo a la propia joven que secuestrara.

Era él quien debería tratar de la joven. En el comienzo lo haría para no perder la recompensa. Después, ¿quién sabe?

A través de la oración sincera y elevada, no vinculada más a los formalismos de rezar las formulas decoradas, Lucinda consiguió un poco de paz íntima y concilió el sueño, después de haber aliviado el tanque de las lágrimas, vertiéndolas abundantemente, en el silencio de la morada rústica que, ahora, se hallaba vacía de encarnados.

* * *

Tan pronto Salustiano dejó la casita sola en el medio de las plantas resecadas, procuró el camino que lo llevaba al pueblo más próximo.

Después de mucho caminar por entre los atajos abiertos por algunos transeúntes más constantes, en el suelo caliente y pedregoso, descifrando un verdadero mapa a través de las señales dejadas por el camino, el bandido transformado en enfermero, alcanzó el lugar que buscaba.

Al llegar en aquel recanto casi olvidado, procuró la bodega, que se erguía entre las chozas, para arrumar comida, con el cuidado de no referirse a cualquier asunto más específico.

Llevaba consigo algún dinero y, con él pretendía comprar los géneros que no tuviera tiempo de adquirir cuando la preparación de la pequeña morada improvisada.

Fue pidiendo una porción de esto, otra porción de aquello, con la cara cerrada y sin responder a cualquier pregunta sino con monosílabos.

El dueño de la bodega era hombre acostumbrado a obtener y pasar informaciones, pues en aquellos parajes la pequeña bodega no ejercía apenas la función de emporio proveedor de comida o bebida a los moradores. Era el jornal hablado del pueblo que, en su mayoría, no tenía lectura. Dentro

de su establecimiento, las noticias corrían de la boca para el oído y de este para la boca nuevamente. Allí se sabía de las desgracias, de la muerte de algún conocido, de las cosechas del año, de la necesidad de mano de obra esclava, del embarazo de alguna mujer, etc.

Mientras compraba, el propietario, que conocía a Tiao, iba hablando, como intentando arrancar alguna información:

- Pues Tiao, ¿usted no supo del cerco en la casa del general? Al fin, aquella víbora de uniforme recibió lo de él. ¡Merece eso!, ¿No es así?

- ¡Creo que si! – respondió Tiao, seco.

- ¿Mas que está haciendo usted por estos parajes, hombre? – volvió a preguntar el vendedor interesado en nuevas noticias.

- Estoy de paso – respondió el bandido.

- ¡Ah! Ya sé. Tiene un “servicinho” que hacer por ahí, ¿No es así? – habló el dueño, dando una risita maliciosa como quien ya sabe que la vida de algún pequeño propietario estaba corriendo riesgo de llevar el tiro certero del arma de Tiao.

- No es de su cuenta, hombre. Yo no estoy preguntando cuanto usted gana en cada pedazo de tocino o en el vaso de aguardiente que este pueblo bebe. No me atormente.

- Tá bien, Tiao, no precisa ponerse nervioso. Yo solo estaba queriendo pujar conversación. Además de eso, por lo que usted esta comprando, veo que es comida para mucha gente o para mucho tiempo de viaje, ¿No es?.

Y porque Tiao colocara la mano en el revolver que traía en el cinturón, el vendedor resolvió hacer luego las cuentas y dar un buen descuento para que el bandido partiese para su destino, sin dejar ningún rastro de sangre en aquel recinto casi vacío.

En posesión de todo el material, incluyendo ahí, algunos vestidos que comprara con disculpa de regalarlo a alguna mujer que le cediese a los encantos seductores, Tiao retomara el camino de la casita, para que la presa no se le escapase por los vanos de los dedos.

Algunas horas más de trayecto y, al caer del día, he ahí que Salustiano se aproxima a la casita, preocupado con la joven que, allá dentro, había caído en profundo sueño.

Pasándose, ya, una semana y con la alimentación reforzada que consiguiera comprar en la bodega, tal vez en algunos pocos días la moza se pudiese recuperar para que, entregándola al padre sana y salva, sin tener a Macedo como intermediario, pusiese la mano sobre la gorda recompensa.

Llegó en la casa y vio que todo estaba como había

dejado. Descendió del caballo y comenzó a arreglar el lado de fuera de la morada, como que preparándolo para que Lucinda no desconfiase del abandono del lugar.

Arregló el gallinero con algunos listones o lascas de madera, tapando los huecos y, allá dentro, soltó unas tres gallinas que trajera de la bodega, como si fuesen creación propia. Además de eso, serían fuente de alimento fresco, en caso de necesidad o del fin de las provisiones.

Después, concertó algunos objetos y arregló un cercado en el cual podría improvisar un lugar para que la joven se bañase después que estuviese mejorada. Garantizando la discreción para que la joven no se sintiese muy desconfortable en aquel lugar olvidado del mundo.

Fue hasta la cisterna y trajo algunos baldes de agua para preparar la refección.

Abrió la puerta de la casa lentamente para no asustar a la joven y, de la puerta de la cocina la oía roncando profundamente.

Pudo percibir que, a pesar de no haberse alimentado adecuadamente ingiriendo todo el mingau que preparara, Lucinda consiguiera dormir de forma más demorada y profunda, lo que lo dejaba más aliviado por causa de la recuperación que ocurriera con el descanso del cuerpo.

La dejó durmiendo y comenzó a preparar el alimento para ambos. Al final, él también era hijo de Dios y estaba con un hambre de aquellas, después de tanto caminar en el sol caliente de aquel terreno.

La comida fresca le permitiría dormir de barriga llena. Por eso, se dio al trabajo de preparar la refección simple pero succulenta, con la prisa de quien se lanza al plato después de días sin alimentarse.

24

El amor que cura.

Los días pasaron sin muchas alteraciones en la rutina de ambos.

Lucinda se alimentaba algo mejor, mas aun traía en el cuerpo las marcas del trauma a la que fuera sometida. Los dolores aun le causaban dificultades para moverse y, aunque ya tuviese mejores condiciones para trasladarse, aun no era posible caminar con desembarazo.

Estaba más tiempo acostada, ora en el cuartico, ora en una hamaca improvisada al aire libre, a la sombra, en las horas más amenas del día.

Su mutismo, al poco tiempo, fue cediendo a una

necesidad de comunicarse lo que sólo era posible hacer con Salustiano que procuraba tratarla de manera que mantuviera la salud física, ya que tendría que devolverla en buenas condiciones.

Salustiano, por su vez, respondía a sus preguntas o a sus comentarios triviales, siempre con la cautela de quien no puede hablar las cosas sin pensar, con recelo de que pudiese, con eso, revelar a ella la trama en la cual se hallaba insertada y de la cual aun no desconfiaba.

Al mismo tiempo, procuraba suplirle las necesidades más sencillas, a fin de que aquella joven pudiese soportar el cautiverio sin percibir que era cautiva. El hecho de haber caído enferma era una circunstancia negativa que colocaba en riesgo toda perspectiva de lucro, mas al mismo tiempo, era una circunstancia positiva, permitiendo que él tuviese una buena justificativa para mantener la moza apartada de su tierra y de los suyos, por algún tiempo.

Con eso, procuraba medios para permitir que su victima se viese cercada de cosas para hacer, en la medida en que iba recuperándose de la perdida de la lucidez inicial y ahora volvía a interesarse por pequeñas ocupaciones que le pudiesen componer las horas.

Tales trabajos eran compuestos por actividades manuales como costura, algún bordado, o hasta mismo, el arreglo de sus propios cabellos.

Por ese camino, Salustiano iba haciéndose querido por la joven que, viéndole el esfuerzo personal para llenar su tiempo con las actividades que la distrajesen, consideraba aquel hombre como un benefactor que se escondía en el agreste y que, por eso, no dejaba de ser una bendición de Dios a su desdicha temporal.

Así cuando la moza terminaba un trabajo, él providenciaba otro que pudiese ser efectuado sin mucho esfuerzo.

Compro tejidos de varias estampas, hilos y cintas de colores diferentes, botones, agujas, todo esto en lugares distintos para que no ocurriese que alguien desconfiase de su interés personal por trabajo femenino, levantando sospechas acerca de su conducta, ya que todos sabían que él no era dado a tales servicios.

En aquellos parajes todos sabían que los trabajos manuales que él, Tiao, más apreciaba, eran efectuados con otros instrumentos. Cosía si, pero a bala, a quien se le pusiese al frente o le fuese encomendado. Por eso, no podía salir por ahí comprando todo de una vez y en apenas un lugar, pues los vendedores irían a sospechar que él llevaba tales aviaamentos para alguien que no fuese él mismo.

Cuando salía de la casita, recomendaba a la moza que se quedase recogida en su interior para evitar cualquier peligro o sorpresa con persona extraña. En el fondo, alegando el riesgo

de quedar sola, en un lugar desierto, pretendía que ella se ocultase para el caso de que algún cazador de recompensa como él apareciera al servicio de Macedo y de Alcántara y la llevase.

Al volver, Salustiano traía siempre algo nuevo que fuese del interés de Lucinda, que se veía animada con más recursos para trabajar. Con eso, ella pasó a coser más ropas viejas y raídas de Salustiano que, siendo tratado con cortesía y bondad por la joven, pasó a nutrir por ella un cariño que nunca sintiera por más nadie.

Acostumbrado a ser constantemente temido y agredido por las dificultades de la vida, se endureciera por dentro, no sintiendo hace mucho tiempo el calor de la atención. Era apenas requerido para hacer el mal en la vida de alguien, sin que eso le trajese cualquier beneficio mas allá del dinero que le importaba ganar.

Mas allí, estaba siendo diferente. A pesar de la diferencia de edad que no permitía que él viese a la joven como otra cosa que no fuese como su hija, el simple hecho de recibir de aquella criatura el cariño atencioso hiciera con que las fibras más carentes de su alma comenzasen a ablandarse.

Durante sus salidas en busca de nuevas cosas, la joven, muchas veces, con dolores en el cuerpo, se dirigía al pequeño fogón de leña en el interior de la casa y preparaba una refección sabrosa y llena de nuevos gustos para el paladar poco refinado de un bandido.

Cuando él volvía, era una alegría sentir el olorcito apetitoso de algún manjar exquisito hecho allí, sin muchos recursos, por las manos de aquella joven.

Al mismo tiempo, él pensaba como sería bueno tener la compañía de ella para siempre a su lado.

Esas ideas comenzaban a confundirle la mente, toda vez que su objetivo era ganar dinero al devolverla. Sin embargo, la simpatía que pasara a tener por su modo simple y bondadoso, por su habla mansa, por la confianza ciega en su persona, por la ausencia de miedo de su figura hostil y ruda por el agreste, hacían de ella alguien importante en su interior.

Era Lucinda la primera persona que lo tratase como gente, no como un agente del mal. Por ese motivo, del mismo modo que poseía dudas al respecto de que hacer con la moza, también comenzara a tener verdadero desespero solo en pensar que ella viniese a saber quien era él.

Precisaba ocultar su real personalidad para que esta no empañase la consideración y el respeto que Lucinda nutría por él, ahora transformado en Salustiano.

Lucinda también era una criatura amable y, con el tiempo, fue siendo dedicada ayudante de las actividades domésticas y pasó a mejorar las condiciones de vida en la casita humilde.

Mientras ella dormía en el único cuartico de la casa, Salustiano se arrumaba allá por el suelo de la cocina, lo que causaba cierto malestar en la joven que veía, en ese acto, un desprendimiento más generoso de su benefactor que le cediera la única cama para que ella tuviese mayor confort. Así, pasó a imaginar una forma de aliviar la incomodidad de Salustiano, consiguiendo convencerlo a construir en la sala de la casita, una cama improvisada para que durmiese adecuadamente y no tirado a lo largo en el suelo de tierra, como si fuese un bicho.

Además de todo esto, pasó a aconsejar a Salustiano a adoptar medidas de higiene que lo tornase mejor compañía, ya que una barba gruesa y enmarañada le daba el aspecto de un animal silvestre que se enroscara en arbusto espinoso.

Dentro de esos cambios, consiguió hacer que Salustiano tomase más baños, al menos tres por semana, lo que representó verdadera odisea y una gran conquista, ya que bandido que se apreciaba, hedía como una zarigüeya, pues no era dado a esas cosas de almohadilla.

A través de esos recursos, ambos pasaron a nutrir sincera amistad uno por el otro, ya que eran los únicos en aquellos parajes y, por eso, nada más les restaba hacer sino conocerse mejor.

Lo que es más interesante es el hecho de que, al poco tiempo, Salustiano pasó a ser un verdadero siervo de Lucinda,

que conquistara un hombre tan violento sin apuntarle cualquier arma de fuego y que lo inmovilizara sin usar cualquier cuerda.

Aquella casi niña de 19 años se hiciera su dominadora tan solamente por ofrecerle afecto y atención fraterna, sin cualquier exigencia, lo que le tocó el alma ruda y solitaria, encontrando en alguien la consideración que siempre buscara en los otros pero nunca recibiera.

Estaba atrapado por el cariño de su propia víctima. Eso lo preocupaba mucho, pero, al mismo tiempo, le causaba un bienestar de hace mucho no registrado por su corazón.

No quería perder su compañía y ya pensaba en una forma de no devolverla más al genitor, no importando que nunca recibiese cualquier pago por su persona.

Lucinda no tenía precio, ya que el dinero que recibiría por ella no le propiciaría la estima sincera de alguien que lo ennobleciese y lo tratase con consideración desinteresada.

Para la joven, la compañía de Salustiano representaba la presencia de un amigo fiel y respetuoso, lo que la ayudaba a conformarse con la distancia de casa, mas no a olvidar a Mauricio y a su padre. Sentía en lo íntimo que mejoraba, pero no le era posible ganar el mundo para reencontrarlos por ahora.

Las semanas fueron pasando y se convirtieron en meses que trajeron la esperada mejoría general, aconsejando

prepararse para ir en busca de su vida.

Ya hablaba con Salustiano con la impaciencia de quien no ve la hora de reencontrar a sus seres queridos.

Este, por su vez, no podía oponerse con vehemencia a los planes de la moza para no revelarle su carácter agresivo y tiránico, que la decepcionaría y renegaría toda la imagen de hombre bueno que él construyó a lo largo de las semanas.

Intentaba postergar la conversación, mas sabía que ella sería inaplazable. Decía que sentiría mucho su falta y que no sabría vivir sin su compañía de hija muy querida.

- Mas usted viene a vivir conmigo y con mi padre, Salustiano, allá en nuestra casa. Ella es muy grande y tengo la certeza de que mi padre, agradecido por todo lo que hizo por mí, no se negará en recibirlo y le presentará con lo que usted deseara – hablaba sincera la moza, sin imaginar que eso no sería posible de aquel modo.

- No puedo, Lucinda, no puedo. Soy bicho de matorral para adaptarme en medio de gente olorosa como usted. Solo conozco esta tierra pedregosa, las espinas de los arbustos cocidos por este sol inclemente y nada más. Las personas se asustarían con mi persona y me irían a causar más vergüenza aun – respondía Salustiano, ocultando la real dificultad de realizar el plan de Lucinda.

Sería muy bueno para él ser aceptado como un integrante de la comunidad, en la condición de persona normal. Mas su pasado era más fuerte y los errores que cometiera en la forma de maldades que hiciera al servicio de los poderosos, dentro de los cuales estaba, el propio padre de Lucinda, impedirían cualquier aproximación entre ellos.

Salustiano procuraba cerrar la conversación, postergando la partida de la joven con algunas evasivas sutiles, para no herir a aquella que era, ahora, su protegida.

Ambos sabían, con todo, que el estado de salud de Lucinda ya permitía su alejamiento en demanda de la casa paterna.

Todo iba en ese compás cuando, cierta mañana, Lucinda pidió que Salustiano buscase algunos huevos en el gallinero improvisado para que ella los preparase para el almuerzo de aquel día. Entre tanto, después de algún tiempo en que Salustiano salió, Lucinda comenzó a percibir la demora en regresar.

- Salustiano, ¿usted está esperando a que la gallina ponga el huevo? Ya debe tener alguno listo para freír en la cazuela. Traiga ese... - hablaba alto allá de dentro de la cocina, bromeando.

Ninguna respuesta llegó a sus oídos. Aquel silencio en el agreste era de asustar.

Salió puerta afuera en dirección del gallinero, llamando por el nombre de Salustiano.

Nada vio de diferente por allí, acreditando que Salustiano se hubiese encaminado por medio de la vegetación en busca de alguna cosa, como era de su costumbre.

Resolvió ella misma ir a recoger los huevos.

Cuando se aproximó más al gallinero y se preparaba para abrirle el pasaje, dio un grito.

Sorprendida, vio a Salustiano caído en el interior del gallinero, acostado y con la fisonomía totalmente trastornada. Sudaba frío y no tenía el color habitual. Una palidez se apoderara de su rostro y de tiempo en tiempo un leve temblor le sacudía la estructura física.

Lucinda, viendo aquello, y sabiendo de las dificultades propias de la región aislada, trató de disponer un modo de sacar a aquel hombre de allí.

Precisó arrastrarlo para fuera, usando una cuerda larga que amarró en la silla del caballo, ya que no tenía fuerzas para conseguir hacer eso sin ayuda.

Lo trajo a mucho costo para el interior de la casa y pasó a colocar paños húmedos en su frente, intentando contener el

sudor álgido que emitía.

Observando mejor la estructura general percibió que, por las características del caso, se trataba de algún mal súbito provocado por envenenamiento. En aquella región era muy común la existencia de cobras que fabricaban venenos y que los inoculaban en las víctimas cuando estas, imprudentemente, se colocaban en sus caminos.

En la hacienda del padre, Lucinda atendiera muchos esclavos que se presentaban de la misma forma, víctimas por picadas de animales venenosos.

Procuró por las vestiduras de Salustiano algún indicio de agresión y no fue difícil de encontrar, en la altura del tobillo, las marcas específicas señalaban la causa del problema. Todo llevaba a creer que Salustiano había sido mordido por algún ofidio venenoso que, buscando comida en el gallinero, fuera sorprendido por él en la hora en que entró para recoger los huevos.

Lucinda precisaba hacer alguna cosa.

Agarró un gran pedazo de tabaco de corda, lo amasó dentro de una vasija, colocó agua caliente para formar una pasta y, después de verter un poco de la mezcla en la boca de Salustiano, colocó el preparado sobre las marcas de dientes, cosa que viera hacer en la hacienda, en el tiempo de la infancia. No sabía si daba resultado, mas hizo la misma cosa.

Al mismo tiempo, procuraba acordarse del rumbo del poblado más próximo que Salustiano ya había comentado con ella. Si fuese necesario, precisaría ir hasta allá para conseguir ayuda para su amigo enfermo.

Al mismo tiempo en que cuidaba de él con la aflicción de quien no sabe con certeza que hacer, Lucinda oraba a Dios para que la ayudase a hacer algo que pudiese beneficiarlo. Sus oraciones eran sinceras y se elevaban a lo Alto buscando las potencias generosas a fin de que el bien le inspirase algún procedimiento.

En aquel momento, el Espíritu de Lucia que pasó a seguirla bien de cerca procuraba darle la calma necesaria para que no desfalleciera en hora tan difícil.

En cuanto rezaba, Lucia colocaba sus manos sobre el enfermo y sobre la hija, haciendo la propia rogativa al Creador.

Tan pronto la sintonía se estableció, fue posible observarse en el Plano Espiritual de aquella choza perdido en la nada formarse una verdadera cortina luminosa de color dorada brillante y bella que indicaba la llegada de algún emisario que oyera las oraciones de ambas.

Allí se aproximaba el Espíritu de Euclides, el mismo que atendía al joven Mauricio en la prisión en que fuera torturado y golpeado.

Cogido en la acústica del alma por los apelos de hermanos espirituales con quien se afinizaba igualmente, atendió al llamamiento y, al llegar, pudo constatar todo el cuadro de una ojeada.

Vio a Lucinda, algo maltratada por el tiempo sin cuidados, con la cabeza de aquel hombre rudo e inferiorizado en su regazo, como intentando salvarle la vida física, en homenaje de gratitud por todo lo que de él recibiera.

Euclides pudo constatar la inocencia de la moza, lo que la tornaba aun más bella y fraternal, dedicándose de cuerpo y alma a aquel que produjera todas sus desdichas y que, ahora, al influjo de su amor desinteresado y constante comenzaba a cambiar de vida, pasando a humanizarse con sinceridad de propósitos.

La posición espiritual de Salustiano, aunque no fuese de las mejores en vista de los errores cometidos en el pretérito delictuoso, ahora daba muestras de atenuación en vista del sacrificio de sus intereses para atender a Lucinda en sus necesidades.

Aliándose al bien, el criminal de ayer pudo transformarse en el benefactor de hoy, a camino de la angelitud de mañana.

Por causa de eso, Euclides se aproximó a la joven y le

besó espiritualmente la frente, reverenciando la verdadera bondad que no se niega nunca a actuar, en las mejores como en las peores situaciones.

Viendo el estado de comprometimiento de Salustiano, pudo divisar a su lado la presencia de innumerables espíritus cobradores, representados por sus víctimas que, burlándose, se dirigían a él en términos jocosos:

- ¿Pues no es que la “cobra” acabó probando del veneno de la cobra?

Delante de aquel cuadro y, en vista de que Salustiano había iniciado la modificación de sí mismo, fue posible a Euclides providenciar el alejamiento temporal de los verdugos que allí procuraban producir el comprometimiento físico de Tiao, para llevarlo al Plano Espiritual y continuar con los procesos de venganza.

Tan pronto fueron ellos apartados, Euclides pasó a la aplicación de pases magnéticos en toda la corriente sanguínea de Salustiano para acelerar los procesos metabólicos a través de la sudores y de la excreción por los riñones, tocados por sus manos luminosas, se asemejaban a verdaderas locomotoras a pleno vapor, luchando para drenar las sustancias tóxicas del organismo, aliviando las consecuencias del envenenamiento.

Aisló el área cerebral de los efectos más nocivos de la droga inyectada por el animal, procurando proteger los centros

conciénciales de todo el perjuicio, ya que en esta fase de su vida, cuando se encontraba haciendo un balance de todo lo que hiciera, podría perder cualquier función fisiológica de la percepción, menos la consciencia que le sería la mejor amiga.

Precisaba de ella para que una nueva luz iluminase sus ideas. Estaba a camino de la transformación moral más profunda por la cual ya pasara, que sería acelerada por el accidente ahora soportado, evitándose que eso fuese perjudicado por la pérdida de la consciencia.

Euclides sabía de la necesidad del remordimiento y de la noción de la culpa que Tiao-Salustiano precisaría experimentar ahora para que su espíritu sedimentase la necesidad de tomar nuevos rumbos en busca del reerguimiento de sí mismo.

Por eso alivió tanto como pudo la acción nociva del veneno sobre el centro cerebral, sin impedir, con todo, que él lo alcanzase y lesionase en alguna parte, como consecuencia natural de la ley de causa y efecto.

Con la intervención de Euclides, médico espiritual que actuaba en aquellos parajes junto de aquellos hermanos reencarnados, el cuadro general de Salustiano se equilibró, permitiendo que Lucinda percibiese alguna mejoría general.

Al poco tiempo, Salustiano fue volviendo en sí. Dos horas después del accidente ya estaba con la presión

normalizada y respiraba calmadamente, mas aun se hallaba inconsciente.

Fuera conducido al lecho por Lucinda que, buscando todos los recursos disponibles, fue intuida por Euclides a proveerle mucha agua, con lo que propiciaría una limpieza más intensa del organismo.

El día seguía hacia el atardecer y la noche sería de vigilia constante para la joven que velaría a la cabecera de su benefactor, como quien le paga una deuda de gratitud.

Retomaría el curso de su vida tan pronto Salustiano se recuperase de aquel mal pasajero. Cuidaría de él en cuanto fuese necesario para que, al partir, él estuviese plenamente rehecho. Ahora que se hallaba mejorada gracias a él y al celo que tuvo con su salud, a ella incumbía ayudarlo a sanar.

Precisaría postergar la búsqueda de su casa y de su familia por algún tiempo más en señal de agradecimiento a aquel hombre desconocido que la acogiera.

Mal sabía ella que el destino no podía abrir mano de su corazón generoso para transformar a aquel ser animalizado y que no le sería posible volver tan rápido como pretendía para el convivir de los suyos.

Eso, porque, después de una larga noche de vigilia constante de ella y de los espíritus de Lucia y de Euclides,

Salustiano, que podría haber muerto, quedado paralizado integralmente, o perdido toda la razón por causa de la gravedad del veneno, gracias a la bondad de Dios podría seguir la evolución de su espíritu padeciendo apenas de algunas secuelas que mucho ayudarían en el proceso de rescate de sus faltas.

En la mañana del día siguiente, Salustiano tenía la parte derecha de su cuerpo paralizada y estaba completamente ciego.

25

El cerco se cierra.

En la ciudad, el cuartel se llenaba de sospechosos y culpables.

En la medida en que nuevos presos iban llegando, unos trataban de delatar a los otros, aunque no guardasen cualquier vínculo con el movimiento rebelde.

El pavor del cautiverio y de la tortura llevaba a los más osados, aun antes de ser presos, a establecer un comercio clandestino de informaciones, llevando hasta los militares noticias y pruebas, a veces forjadas sobre la participación de este o de aquel individuo en la insurrección.

En esa situación, algunos intentaban incriminar adversarios de quien pretendían vengarse, en cuanto otros

deseaban apenas dar vacío a la envidia de la prosperidad ajena, como una forma de no permitir que la aparente felicidad semejante tuviese continuidad.

Mariano había sido, igualmente, torturado y se encontraba irreconocible. Sobre él pesaban muchas de las acusaciones, principalmente aquellas que se referían a la organización del ataque, en el cual Lucinda desapareciera. Todos los comandados lo señalaban como el ejecutor y como, tal vez, el único que debería saber del paradero de la joven hija del general.

Cansado de responder que no sabía, yacía sobre una cama improvisada, en la cual su ropa se confundía con la sabana, ambos igualmente teñidos por la sangre que escurría de las heridas.

Adoptara, ahora, el silencio como única forma de defensa, ya que no tenía más que decir, hasta porque no sabía del paradero de la moza. Si mintiese luego constatarían la mentira y se volverían contra él con ira redoblada.

El general Alcántara se hallaba en el lecho, en recuperación de la enfermedad desconocida por la mayoría, inclusive por los médicos militares, mas que era muy bien diagnosticada por Mauricio, el único que poseía la llave para tal misterio.

Sin comprender todo lo que presenciara, Macedo se

encontraba confundido y al mismo tiempo amedrentado por el poder que atribuía al joven médico. En vista de eso, pasó a respetarle la presencia noble y sin rebeldía, amenizando la presión que era hecha sobre él, principalmente por el hecho de que, tal vez, volviese a necesitar de su ayuda en el tratamiento del comandante, cosa que ningún otro allí tenía condiciones de hacer.

Por eso, Mauricio pudo sentirse aliviado en los sufrimientos físicos, consiguiendo modesta recuperación de su propio sufrimiento, a través de vendajes que le fueron entregados para que él mismo pudiese efectuar curaciones en los dedos heridos.

Con las manos vendadas, Mauricio pidió que le fuese permitido tratar de los heridos más graves, muchos de los cuales en estado de conmoción, otros con quemaduras en las palmas de las manos y de los pies, otros con fracturas óseas, otros en procesos hemorrágicos.

Macedo, viendo la necesidad real de algunos casos y para que no fuesen a acabar muriendo dentro del cuartel, transformando la situación que ya no era buena en algo más trágico, autorizó que el propio médico herido pudiese tratar de las heridas de los demás presos.

Así, Mauricio pasó a transitar entre los hombres detenidos, intentando llevar algún aliento y, a pesar de los dolores que lo lastimaban consiguió tratar de buena parte de los

heridos, ayudándolos a superar el estado más dramático de sus prisiones, venciendo el riesgo a que estaban expuestos en vista de las heridas abiertas y sin ningún tratamiento.

Al mismo tiempo en que ayudaba físicamente a cada herido, procuraba infundirles nuevo ánimo, hablando de Dios, de la esperanza, de la certeza de que, juntamente con el remedio para el cuerpo, el Padre estaba fortaleciendo el alma de cada uno en aquella hora.

Algunos rebeldes en el espíritu se reían de su credulidad, pidiendo que Dios viniese allí y abriese la celda para que pudiesen salir.

Otros quedaban en silencio pensando en sus palabras con los ojos llenos de lágrimas que no llegaban a caer.

Algunos más oían sus exhortaciones y adquirirían nuevo ánimo, en vista de ver que el médico que los trataba, traía las manos en llaga viva y, aun así, se preocupaba por ellos, debía saber muy bien lo que estaba hablando, una vez que estaba viviendo todo aquello que hablaba.

Con estos últimos y con quien más desease, todas las tardes Mauricio pasó a reunirse en la hora de las curaciones y, juntos, oraban pidiendo a Dios que continuase fortaleciéndoles, aumentando la confianza y la esperanza en sus corazones.

Con el transcurrir de los días, los heridos que se

vinculaban a las oraciones comenzaron a observar que se recuperaban más rápido que los que se hallaban entregados apenas a los cuidados de la medicina improvisada del Dr. Mauricio.

Esa constatación fue realizada inclusive por los propios rebeldes que no aceptaban las palabras de confort que les eran dirigidas. Todos ellos pasaron a oír a Mauricio con más atención, una vez que veían en los otros las mejoras obtenidas y deseaban obtenerlas igualmente para sí mismos.

En la mente ignorante, creían que Mauricio poseía algún talismán que ofrecía a los que oraban con él y que producía la mejoría más acelerada. Otros pensaban que él tenía parte con algún poder maligno y que, por eso, hacía lo que hacía, sin darse cuenta de que el mal jamás podrá hacer el bien. Era la peor dolencia a ser tratada. Era la ignorancia.

Los que identificaban en Mauricio el consorcio con lo maligno sufrían doblemente. Sufrían porque continuaban enfermos, ya que no aceptaban su ayuda personal para no contaminarse con las fuerzas de las tinieblas que juzgaban dominaba al médico y sufrían porque iban viendo a los demás enfermos sanando rápidamente en cuanto sus propias heridas costaban en cerrar.

Mauricio, con todo, no se interesaba en el juicio que hacían de él. Seguía atendiendo a quien le aceptase la ayuda y orando con los que deseaban elevarse. Al término de cada día

de oraciones colectivas, Mauricio distribuía con una caneca tosca, el agua de un cántaro de barro, de la cual cada enfermo tomaba un poco antes de volver a su celda.

Allí estaba el misterio que hacía que muchos mejorasen más deprisa.

En la medida en que oraban en conjunto, un grupo de espíritus luminosos se acercaban a ellos para hacerlos beneficiarios por el Amor Divino, allí mismo en la cárcel. Eran amigos espirituales de cada uno, todos envueltos con la recuperación de sus espíritus que precisaban pasar por pruebas de aquella naturaleza para aprender valores nuevos y madurar teniendo en vista el crecimiento a que estaban destinados.

Mientras eso ocurría, espíritus magnetizaban el agua del cántaro para que efluvios medicinales del Plano Espiritual pudiesen actuar en la constitución física y energética de cada uno de ellos, restituyéndoles un poco de la paz, de la confianza y del bienestar físico y espiritual, lo que llevaba a la mejoría más acelerada, sin ningún misterio, mágico o interferencia maligna.

A cada nueva reunión, Mauricio se transformaba en el agente del bien en medio de la desgracia y convertía, a la fuerza del propio ejemplo silencioso, más y más personas al patrón de fe positiva que su palabra hablaba y su ejemplo vivificara. Luego, uno u otro que mejoraba pasaba igualmente a ayudar a los compañeros que se hallaban en peores situaciones,

estableciendo una red de ayuda mutua que acabó por aminorar el sufrimiento de casi todos.

* * *

Pero el general no estaba satisfecho con la imposibilidad de encontrar a la hija.

Ganaba lucidez nuevamente y sentía la presencia de Luciano, el espíritu que nutría por él un odio cada vez más encarnizado.

Eso porque, recordémonos, su esposa, compañera de Luciano, Leontina, la misma que acabara vendiendo la hacienda al militar que aviltara su precio usando de terrorismo, se hallaba, ahora, abandonada por todos los parientes en distante ciudad. Consumidos los recursos de que se hacía acompañar cuando su llegada en la nueva comunidad, ella se transformara en peso indeseado, apenas una criatura más sin valor y que gastaba más de lo que ofrecía.

Con ese tratamiento egoísta por parte de los entes que la deberían amparar, más que buscar tan solamente usufruir de su dinero, Leontina acabó quedando relegada a la condición de vieja sin recursos y sin otro amparo a no ser la caridad ajena.

Cada vez que Luciano la visitaba, más revuelta acrecentaba a su espíritu, que atribuía la culpa por el estado de desamparo al general que diera causa a aquella situación de

desajuste material.

El odio crecía al mismo tiempo en que el deseo de venganza lo fortalecía con un patrón más denso de energías degeneradas en su interior. Es por eso que Luciano hallaba poco lo que había ocurrido hasta entonces, pretendiendo hacer que Alcántara pudiese sufrir de forma más superlativa.

Para hacerlo sufrir más, era muy simple. Bastaba inducirle la maldad que ya traía dentro de sí a sembrar más maldad y él acabaría víctima por toda la tela de sufrimientos que estaba esparciendo. Inspirado por la euforia de Luciano, Alcántara, aun en el lecho, se veía oprimido por ideas de mayor crueldad, una vez que no había obtenido ninguna novedad sobre el paradero de la hija.

A una orden suya, el capitán Macedo entró en el cuarto:

- ¿Mande, mi comandante, que desea? – indagó el subordinado.

- Quiero saber como anda el interrogatorio de esos bandidos – gritó el militar como si ya hubiese recuperado la crisis que lo abatiera.

- Aun no tenemos noticia del paradero de Lucinda, señor. Sabemos que ella fue raptada como parte del plan de venganza de la muerte de los niños y que debería haber sido llevada para el escondite, mas no llegó hasta allá. Dicen no

saber porque. De la misma forma, todos señalan a Mariano como el agente planeador del ataque al mismo tiempo en que hablan de un tal Luis y de Armando como los responsables por los panfletos y por el movimiento de insurrección, a pesar de no hallarse por aquí cuando la invasión.

- ¿Cómo así? – replicó Alcántara, ya sentado en la cama.

- Así es, general. Según nos relataron algunos de los presos, los dos dejaron la ciudad algunos días antes de que todo aconteciera. Dijeron que iban a la capital a buscar recursos para continuar con el movimiento y se ausentaron. Ya mandé a averiguar y la información es verdadera. Armando es hacendado de esta región y mantiene su propiedad dentro de los patrones de libertad y desorden que están pregonando para todos los demás. En sus tierras los negros son libres y trabajan en régimen de colaboración con el propietario, recibiendo parte de la producción que ayudaron a plantar. Él posee una hija que, a despecho de joven, se casó con el tal Luis en función de sus afinidades de ideas, ya que tanto ella como el padre son partidarios de las ideas del mozo.

- Y ese moleque, ¿qué informaciones tuvo usted sobre él?

- Bueno, señor, él es el cabecilla del movimiento político. Tanto que es él quien escribe los papeluchos y providencia que sean distribuidos. Por lo que pudimos saber,

Luis se encuentra en esta región hace un tiempo relativamente pequeño. Cosa de dos años, en lo máximo. Vino de la capital con el propósito de continuar la lucha que iniciara en aquellos lados. Él es escritor y se alistó en la lucha idiota por el derecho de los otros, como si los otros a que se refiere – los negros – pudiesen ser considerados como gente.

- ¿Y la maquina copiadora? ¿Dónde está?

- La geringonca está en las tierras de Armando, donde son montados los textos y producidas las copias para después ser distribuidas por una red de ayudantes.

- Despreciable, bandido, va ver conmigo cuanto es bueno ser traidor de nuestro medio. Déjeme salir de aquí que él conocerá mi modo de convencer a devolverme la hija. Con certeza ellos saben donde ella está. Vea, Macedo, como es gente peligrosa. Salieron ambos del escenario cuando la bomba iba a explotar. Con certeza para decir que no tuvieron ninguna participación en los hechos. Acreditaban que, fuera del lugar, serían sospechosos apenas esos pobres infortunados ignorantes que sirvieron de carne de cañón para sus ideas revolucionarias. Siembran la discordia y después se apartan para que el incendio se alastre y queme primero a los pobres incautos que los oyeron. No pueden salir impunes de ese incendio. Con certeza llevaron a Lucinda con ellos, pues son víboras venenosas que saben calcular el golpe mortífero y no perdieron la oportunidad de herir. Precisamos actuar.

- Todos creemos la misma cosa, señor. El único problema es que ya confirmé la información. Ambos se hallan fuera de aquí desde algunos días antes del ataque.

- Si, es verdad. Pero usted habló de una hija del hacendado, casada con el bandido, ¿no es así?

- Si, hablé – respondió Macedo sintiendo el tenor astuto de la pregunta.

- ¿Y ella, fue a viajar también? – preguntó el general irónico indicando, en el tono de voz, adonde deseaba llegar.

- No, general. No nos consta que ella estuviese junto con el padre y el marido. Parece que se encuentra en la sede de la hacienda.

- ¿Pues usted no cree que para devolver a mi hija sería muy bueno que tuviésemos la propia hija detenida? ¿Quiere presión más legítima y más eficaz? Cuando sientan en la propia piel el sufrimiento que estoy sintiendo volverán rápidamente y me devolverán a Lucinda para que yo les restituya aquella que les es querida tanto como la mía lo es.

- Ora, señor, no habíamos pensado en eso porque es joven inocente que no participó de nada. Nadie se refirió a ella....

- ¿Qué es esto, Macedo, quedó abobalhado de vez? –

grito Alcántara. ¿Cómo es que esa jovencita se convirtió en ángel casada con el diablo en persona? ¿Va decirme que el marido bebe aguardiente y ella no siente el aliento?. Ella sabe de todo, sí señor. Debe hasta saber cosas que nos sorprenderían mucho. Así, precisamos de ella por aquí, siendo oída y ayudada a recordarse de hechos que tiene conocimiento. Para prenderla, usted va hacer lo siguiente: Va a llevar con usted un grupo de soldados y se dirige hasta la hacienda del tal Armando. Llegando allá va a llamar por ella y decir que recibió denuncias de que allí se halla guardada una maquina de imprimir que esta siendo procurada por las autoridades y que posee ordenes para dar una búsqueda general. Allí usted va a tratar de hallar el indicio de la maquina o alguna prueba de que allí es el lugar en que se fabrican las papeletas. Con eso en sus manos, va a procurar por la moza y preguntar dónde esta el padre, el dueño de la tierra. Naturalmente ella no va decir el lugar en que el padre se encuentra. Entonces, usted la prende bajo la acusación de conspiradora contra la nación, contra las leyes del Imperio y contra el pueblo, ya que tal maquina está al servicio de los revoltosos que pregonan el fin de nuestro régimen. Tráigala para acá, colóquela en una celda aislada de los demás y después yo mismo iré tener con ella. ¿Entendió todo, Capitán?

- Si, señor comandante... entendí muy bien – respondió Macedo, asustado con la sagacidad del general que tenía siempre un plan listo en la cabeza.

- Vaya ahora, entonces. ¡Rápido!

Batiendo los tacones como que sacado de devaneos que lo asustaban delante de aquel hombre que era verdadera fiera enjaulada en la carne, Macedo hizo media vuelta con el cuerpo acostumbrado a las reverencias militares y se disponía a salir cuando oyó a Alcántara decir:

- ¡Ah! Macedo, me estaba olvidando. Quiero que mande un mensajero a llamar a Eleuterio aquí con urgencia. Deseo que él esté cerca para que me ayude en el convencimiento de esa jovencita, ya que no tengo certeza si hasta allá estaré bien recuperado para hacerme presente.

- Como diga, señor. Providenciare inmediatamente.

Cerró la puerta atrás de sí y salió para cumplir las determinaciones del comandante, cada vez más asediado por el deseo de encontrar a la hija costase lo que costase.

En el medio de aquellos hombres pequeños en la estatura moral, no fue difícil encontrar corajosos para dirigirse hasta la hacienda de Armando y prender a la hija.

Montaron los caballos con las ordenes conocidas y se dirigieron hasta el lugar.

Llegando allí, hicieron como Alcántara había ordenado. Escudriñaron todo y pronto encontraron el cuartito donde se producían los panfletos revolucionarios. Junto de los panfletos y de la maquina, fueron encontradas algunas de las armas

usadas en la invasión de las tierras del general, pruebas indudables de la participación de Luis y Armando en el movimiento, aunque de forma indirecta, así como del encubrimiento que ofrecieran a la operación de invasión.

Con tales pruebas en las manos, Macedo indagó de Carolina, la hija de Armando y esposa de Luis, donde se hallaban ambos, a lo que oyó no saber del paradero de ellos.

Delante de eso, dio voz de prisión a la joven que, sorprendida, se puso lívida. Después de algunos instantes, recuperándose dio algunas ordenes a los servidores más íntimos, recogió algunas pertenencias personales y siguió en la dirección de Macedo que la aguardaba, autoritario, apuntándole la montura que debería tomar.

Carolina jamás imaginara que pasaría por aquella situación, ya que era moza totalmente apartada de las cuestiones sociales más candentes, aunque apreciase el idealismo del marido. Fuera criada para ser esposa y, como toda buena esposa de aquella época, ciega, sorda y casi muda.

Ningún peligro o amenaza podría ella representar. Temblaba indefensa, en las garras de un bando de hombres truculentos y sin escrúpulos que podrían hacerle cualquier maldad sin que ella tuviese recursos para defenderse.

Aun así, siguió en silencio para el cuartel general, mientras un grupo de soldados quedara en la hacienda tratando

de remover la citada maquina de imprimir para la sede del comando, así como las armas que habían sido ocultas en aquel lugar.

Todo corría como el propio Alcántara había previsto. Carolina seguía presa. ¿Quién sabe, Lucinda no acababa suelta?

26

El sueño.

Con la llegada de Carolina al cuartel, fue ella conducida a un pequeño cuarto que había sido preparado para recibirla, por orden del propio general.

Ese pequeño aposento tuviera sus ventanas trabadas por fuera con pedazos de madera, a fin de evitar cualquier fuga por el desván de la ventilación.

A la puerta, quedara un centinela sustituido ocasionalmente y que mantenía la referida habitación trancada constantemente.

Pequeño sanitario contiguo daba a la joven mínimas condiciones de permanecer allí indefinidamente, sin necesitar ausentarse, de manera que pocas personas dentro del cuartel tendrían acceso a su persona y, probablemente, la mayoría ni siquiera sabría que Carolina era prisionera de Alcántara.

La joven era el retrato del desespero.

Criada entre la cocina y las obligaciones de la casa, aún después del casamiento con Luis, se dedicaba apenas y tan solamente a los quehaceres domésticos, jamás acompañando al marido en cualquier actividad externa, no estando presente ni siquiera en las reuniones mensuales que se realizaban en la sede de la hacienda en la cual comparecían los rebeldes que simpatizaban con la causa libertadora del padre y del marido.

Ambos, por su vez, no imponían a ella cualquier obligación de seguirlos una vez que creían que para enfrentar los riesgos de tal movimiento Carolina no poseía la personalidad más fuerte y destemida, fuerza y destemor que eran, allí, excepción en el comportamiento femenino de aquella época.

Cargando sus pertenencias recogidas improvisadamente antes de dejar la casa grande, Carolina tenía el corazón apretado y a los saltos, ya que por primera vez estaba expuesta a lo desconocido y, lo que era peor, sin ninguna culpa o participación en lo ocurrido.

Su mano trémula acusaba el estado de espíritu que variaba entre el miedo y el desespero, sudando en abundancia.

Su rostro congestionado daba señales de peligrosa crisis nerviosa, la cual consiguiera contener hasta aquel momento en

vista de no desear perder la consciencia para no quedar invigilantemente entregada a la voluntad de hombres totalmente desconocidos y amenazadores.

Al entrar en el pequeño cuarto, con todo, una crisis de llanto se abatió sobre ella, viéndose abandonada y sin cualquier recurso para encontrar algún apoyo.

El padre estaba ausente hace más de dos semanas. Su marido, por quien nutria verdadero afecto y a quien consideraba su prototipo de esposo ideal, del mismo modo se hallaba ausente. No sabrían, tal vez, ni donde ella se encontraba.

Tuviera, con todo, el cuidado de, antes de dejar la sede de la hacienda, escribir rápidas líneas para que el servicio hiciese llegar al conocimiento de uno de los dos hombres de la casa, dando rápidas noticias de lo acontecido y describiendo estar siendo detenida por un grupo de soldados que, en la búsqueda por las dependencias, dijeron haber encontrado las pruebas de que allí se hallaban escondidas las armas del movimiento rebelde.

Tal nota quedara en las manos de los empleados y, en el pensamiento de Carolina era la única pista segura que dejara a fin de poder ser localizada por los suyos que, con certeza, vendrían a procurarla.

El mismo capitán Macedo que le efectuó la prisión, la dejó a su voluntad en la hora en que la detenía, exactamente para que tuviese tiempo de informar a los ausentes su paradero,

ya que la finalidad de su prisión, en el fondo, era la de ejercer una presión sobre los líderes del movimiento en busca de la recuperación de Lucinda.

El corazón de Carolina no encontraba momento de alivio, hasta que, en el torbellino de lágrimas que lavó su rostro ella pudo encontrar un poco de alivio de su estado de agonía.

La puerta se mantenía cerrada, pues el general no diera ordenes para que otra persona tuviese acceso a la llave.

Apenas Macedo tenía autorización de entrar y, aun así, apenas por pocos minutos, a fin de averiguar de las necesidades alimentarias y de higiene de la joven y volver a encarcelarla.

Alcántara esperaba la llegada del hijo Eleuterio a quien deseaba atribuir una misión diferente y poco usual a sus métodos.

En vista de haberse concretizado sus sospechas con la aprehensión de los materiales que comprobaban el involucramiento de los referidos hombres en la insurrección y en el movimiento revolucionario contrario al Imperio, tal comprobación se revestía de gravedad inusual y exigía que medidas jurídicas fuesen adoptadas de forma oficial y documentada junto a las autoridades de la capital que podrían, inclusive, confiscar los bienes de los rebeldes además de encarcelarlos por largos años, como forma de lección para la conducta inadecuada y traidora.

Eleuterio sería encargado, así, de presenciar el tenor de todo lo que fuera aprehendido en la hacienda de Armando a fin de encuadrarlo, así como al propio Alcántara y en el secuestro de su hija.

Pretendía, con esto, obtener para sí como forma de indemnización por los daños materiales a las tierras del hacendado acusado de liderar el movimiento, peleándolas legalmente, además de dar inicio al procedimiento intentando mantener a ambos en la prisión y someterlos a juzgamiento por los crímenes cometidos, forzándolos a indicar el lugar donde Lucinda se hallaba escondida, teniendo como mayor factor de convencimiento la prisión de Carolina.

Con la llegada del hijo, Alcántara le dio las instrucciones necesarias al respecto de lo que deseaba, informándolo de que precisaba, lo más rápido posible, dar seguimiento a los papeles necesarios a la documentación oficial de todas las aprehensiones y testimonios obtenidos mediante tortura y presión psicológica, practicas estas que, obviamente, no serían mencionadas en dichos papeles.

En vista de haber sido confirmadas por las búsquedas posteriores y por el encuentro de todos los materiales procurados, además de las armas de fuego que fueron usadas en la invasión de sus tierras, todos los testimonios pasaron a gozar de una presunción de veracidad absoluta, no cogitándose más de su invalidad en vista de haber sido obtenidos de forma

violenta.

Valían por la verdad que demostraran al señalar los lugares y las personas responsables por los actos de vandalismo y de verdadera traición al régimen legalmente constituido.

En cuanto Alcántara se veía a las vueltas con el hijo Eleuterio, el capitán Macedo solicitó permiso del general para ausentarse temporalmente del cuartel en función de precisar resolver algún problema personal más urgente y que, delante de todo lo que ocurriera en aquellos días no pudiera ser solucionado.

Aun traía su hombro herido y tenía en la mente una gran interrogación, deseoso de saber cual sería el destino de Lucinda, o al menos, que sería de Tiao.

Alegando problemas personales, obtuvo de Alcántara la autorización, principalmente por los buenos servicios prestados por el capitán que, aun enfermo como se hallaba por causa de las escaramuzas de semanas antes, consiguiera tratar de encontrar las pruebas del crimen que todos buscaban con avidez.

Así, hasta como un premio por su dedicación, fue él autorizado a permanecer por tres días dispensado del servicio en el cuartel para que pudiese disfrutarlos como bien le aprovechase.

Eso fue lo que Macedo necesitaba para ir en busca de la solución del enigma que le quemaba los sesos desde el día siguiente a la invasión, cuando Olívia le relatara haber visto a la joven señorita cargada para fuera de la casa grande en los brazos de un hombre encapuchado.

Tan pronto dejó el cuartel, Macedo tomó el rumbo de su morada donde se recogería hasta que la penumbra de la tarde hiciese más amena la temperatura y permitiese una cabalgata en dirección al escondite tradicional del bandido, para oír de él los motivos de no haber conseguido cumplir con lo combinado.

Tan pronto llegó a su casa, Macedo trató de refrescarse con baño frío, sumergido en una gran tina de madera que le servía de bañera y que era mantenida llena por el servicio que celaba por la vivienda.

Revitalizándose por el baño, el capitán se relajó en su cama, adormeciendo casi sin percibir.

Con la somnolencia provocada por la sensación de alivio producida por el agua, Macedo comenzó a verse fuera del cuerpo, sin que eso fuese de su entendimiento. Para él se trataba de un sueño, con algunas cosas diferentes de los sueños acostumbrados.

Al mismo tiempo en que se sentía sin los dolores inmediatos del hombro herido, en proceso de reconstitución,

traía la cabeza pesada, como si una piedra estuviese colocada alrededor como un casco que la presionase.

Esa sensación le causó vértigo que hiciera que él procurase a algún lugar para apoyarse. Actuando como si estuviese despierto, intentó recostarse en la pared del cuarto, mas no lo consiguió, una vez que ella no se revestía de solidez a su cuerpo espiritual, ahora desmembrado del cuerpo físico que quedara en la cama, adormecido.

A su alrededor, además de presenciar los objetos que pertenecían al escenario de sus aposentos, comenzó a divisar sombras espesas que se formaban de la nada y que, exhibiendo caretas y mascararas de odio, le infundieran profundo pavor.

Nada de lo que había visto hasta entonces se comparaba al miedo que pasara a experimentar delante de aquellas sombras tan amenazadoras que lo procuraban llamándolo por su nombre.

- Macedo, Macedo, vamos hacer el servicio – gritaba una voz aguda, comparada a las de las brujas viejas, que se perdían en largas carcajadas horripilantes.

Otra voz más grosera le decía:

- Capitán, estamos listos para el cumplimiento de sus ordenes. Somos los soldados de su batallón y obedecemos ciegamente sus determinaciones. ¿A quién vamos a perseguir ahora? ¿Alguna viuda desamparada? ¿Alguna familia sin

amparo? Vamos, apúntenos donde esté el servicio a ser hecho...

Tales exhortaciones causaban increíble malestar al capitán que sentía, en el fondo de su alma, se trataba de criaturas malévolas como él mismo y que se aprovechaban de su maldad para unirse con el mal, con la tortura, con la expoliación de inocentes.

Más adelante, dentro del cuarto donde se encontraba su cuerpo físico, Macedo vio formarse a su frente la figura horrenda de Luciano que, avanzando en su dirección levantó los brazos como pretendiendo ahorcarlo, hablando de forma lúgubre y marcante:

- Heme aquí, capitán. Vamos a ajustar nuestras cuentas ahora que no hay diferencia entre nosotros. Usted va a ver como es bueno asustar viejitas desamparadas, invadir y tomar sus bienes, produciendo la desgracia en la vida de personas inocentes. Mi brazo va a hacerle sentir el peso de su culpa y, lo que es peor, su sentimiento jamás será correspondido por aquella a quien dice amar. Sus actos y mi venganza no permitirán que encuentre a Lucinda que, a estas alturas está muy lejos de aquí. Para su mayor sufrimiento, venga conmigo que yo le mostrare como ella está y agudizare su nostalgia para que ella se transforme en amarga espina clavada en su pecho duro e insensible..

Hablando así, Luciano envolvió al espíritu asustado de Macedo, arrebatándolo en el Plano Espiritual donde los dos se

hallaban y tomando la dirección del agreste desconocido, de modo de no permitir que supiese el lugar en que Lucinda se encontraba.

No sabían ambos que, sobre ellos, pairaba el espíritu amigo de Euclides, el médico espiritual que asesoraba a Mauricio y que, procurando ayudar a aquel grupo de espíritus en pruebas acerbadas, controlaba todos los hechos de manera de no ser notado por ninguno de los dos comparsas del error.

Temporalmente hipnotizado por el espíritu perseguidor, el alma de Macedo, fuera del cuerpo físico que reposaba en una pesadilla agobiado, se veía igualmente viviendo el mismo drama que lo hacía infeliz de forma directa, infelicidad esa que repercutía en el cuerpo a través del sueño pesado, sudor álgido, y respiración jadeante.

Llevado por el pensamiento de Luciano al lugar del escondite de Lucinda, allí Macedo pudo encontrar a la joven moza pobremente vestida, con la aguja en la mano, cosiendo un pedazo de paño mugriento.

Ella estaba trabajando sobre una pieza de ropa de Tiao, a quien servía de forma agradecida como ya se viera anteriormente, creyéndolo su benefactor y único protector.

Al ver a la joven, el espíritu de Macedo fue tomado de una sensación de profundo arrepentimiento, como si el dolor que presumía estar sintiendo la moza, apartada del convivir de los suyos, del confort de su casa, del cariño de sus amigos,

hiriese su propio sentimiento, confiriendo un dolor inexplicable a su consciencia.

Tan pronto pudo constatar tales reacciones de arrepentimiento, se recordó de Mauricio, el joven médico que nutría por ella y de ella recibía el verdadero afecto que él, Macedo, tanto deseaba para sí mismo.

Se acordó de la tortura que infligiera al cuerpo de aquel mozo inocente, de su dignidad silenciosa, de su conducta desprendida, de su sabiduría poco usual en aquellos parajes, de su deseo de auxiliar tanto al general como a los demás prisioneros heridos y en desespero.

Cuanto más se acordaba de Mauricio, más le dolía la consciencia, en cuanto oía de Luciano las imprecaciones que le aumentaban la culpa a punto de entrar en llanto convulsivo.

Y en la medida en que lloraba, Luciano carcajeaba con sádica alegría.

- ¿Desde cuando cobra cascabel llora de ese modo? – preguntaba irónico al militar sorprendido por la torpeza de sus propios actos. – Usted no derramó ninguna lágrima cuando arrancaba, una por una, las uñas de aquel mozo que acusó sabiendo que no tenía ninguna culpa. Lo acusó apenas para ver si se libraba de su concurrencia en el corazón de esa joven.

Continuó el espíritu de Luciano:

- Vea ahora, gusano rastrero. Aquí está ella pensando en el amado que usted hizo infeliz. Imagine la hora en que ella vuelva y descubra lo que aconteció con su escogido. Descubrir que fue usted quien lo torturó personalmente o a su mando. Imagine el amor que ella a va sentir por su persona, después que sepa todo lo que usted mismo hizo. Imagine cuando ella sepa que fue raptada bajo su patrocinio y que está aquí, lejos de todo, pasando necesidades por causa de su egoísmo mezquino y cobarde. Piense en como ella ira adorarlo como a un dios, después que tuviera conocimiento de todo eso. Yo estaré por aquí, para garantizar que ella sufra aun más, a fin de que al sufrir ella sufra usted y al mismo tiempo haga sufrir al padre de ella, aprendiendo que eso duele en todo el mundo...

Cada palabra de Luciano era un estilete en el corazón de aquel militar desprevenido para enfrentar las consecuencias de su sementera, pero que era llevado a conocer, aunque en forma de sueño, la amplitud de sus responsabilidades personales. Al oír las palabras amenazadoras de Luciano sobre el sufrimiento de Lucinda, su corazón se inflamó de ira contra él, como si la emoción se mudase en odio mortal.

No imaginaba Macedo que todo ocurre bajo la vista de Dios y siguiendo sus leyes inmutables y justas. No sabía que Luciano no podía hacer todo lo que deseaba ni todo lo que pensaba que podría. Un sentimiento de rabia y de impotencia avasalló su corazón, en una combinación de angustia y frustración que hacían doler las fibras de su alma.

Quien permitiera que Luciano se tornase, aun sin querer, el agente revelador de la verdad divina, aunque a su modo, trayendo los hechos narrados hasta Macedo fue Euclides, que empleó todos sus esfuerzos personales a fin de que el deseo de venganza nutrido por el espíritu que no supiera perdonar se transformase en alerta al otro, parcialmente retirado del cuerpo físico, como forma de prepararlo para una modificación de conducta, en vista de su propio futuro.

Así, sin que fuese visto, Euclides favoreció con su poder espiritual más intenso a que ambos espíritus pudiesen volver hasta aquella localidad, haciendo que hasta el propio Luciano extrañase aquel medio de locomoción, el cual interpretó como siendo un potencial guardado dentro de sí mismo y que, solo ahora, podía ejercitar, para su propia sorpresa.

Al mismo tiempo, por su poder mental superior, Euclides fuera sembrando en la mente de Luciano las expresiones que hacían que Macedo oyese y constataste el peso de su culpa, expresiones estas que eran repetidas por Luciano casi mecánicamente, de manera de tornarse un verdadero repetidor de ideas que deberían llegar a lo íntimo del militar fuera del cuerpo físico como resultante del sueño, ideas estas que, naturalmente, Luciano iba vistiendo con las palabras rudas y toscas de su nivel espiritual poco avanzado.

La operación, con todo, no había terminado.

Antes que Macedo pudiese ver a Tiao, Luciano fue influenciado por Euclides para que lo llevase hasta el lugar donde Leontina se hallaba arrojada.

Al recuerdo de su antigua compañera, Luciano tuvo un dolor agudo que le hería el pecho y siguió vociferando:

- Lo que usted vio hasta ahora no basta. Ahora nosotros visitaremos a otra persona de quien, con certeza usted se recordará. Vamos, que su cáliz aun no se llenó con la hiel de sus actitudes, por las cuales usted va pagar ceitil por ceitil.

Impulsados por la voluntad de Euclides que monitoreaba la excursión de ambos, fueron transportados de inmediato a un vasto alojamiento religioso, en el cual se hallaba un lecho pobre y mal arreglado, una mujer anciana al borde de la locura, sentada en la cama con los brazos cruzados sobre el pecho, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, como si estuviese en uno de aquellos caballitos de balance donde la infancia se divierte.

Su rostro arrugado y sus ojos sin brillo le atestaban el sufrimiento y la desilusión.

Aproximándose a esa mujer, Macedo no consiguió identificarle la personalidad, ya que no tuviera con ella mucho contacto y, aun así, el poco tiempo de convivencia databa de algunos años antes, por ocasión de los tratados para la compra de tierras.

Luciano, mientras tanto, estaba extremadamente sensibilizado, entre el dolor y la revuelta, la compasión y la ira.

Euclides envolvía a ambos en vibraciones de sentimientos más dulces, para que las experiencias de aquella hora no fuesen olvidadas por ninguno de ellos.

A su impulso, Luciano casi entre lágrimas se dirigió a Macedo:

- ¿Se acuerda de ella?

- No, no me acuerdo bien. Parece que es alguien que yo conocí mas de quien no consigo guardar mayor recuerdo.

- Pues sí, Macedo. Esta es Leontina. Aquella que usted persiguió y amedrentó con sus asesinos durante noches en vela, hasta que ella aceptase la propuesta del maldito general. Vea el estado a que fue reducida. Después de haber vendido las tierras, fue llevada a vivir con parientes inescrupulosos, ya que el marido había muerto algún tiempo antes y ella no tenía ninguna experiencia con la administración del dinero.

Hablaba Luciano, con emoción contenida para que no comprometiese su dureza de espíritu que pretendía ejercer la venganza a cualquier costo.

- Esa mujer que enviudó temprano para su propia

infelicidad, por fuerza de sus acciones, se vio desesperada y aceptó el precio vil que fue propuesto por su comparsa de negocios oscuros. Colocada en la casa de gente tan ruin como usted, que veía en ella tan solo el bolso lleno y la cabeza débil, los parientes fueron envolviéndola en situaciones que le permitiesen despojarla, al punto de pasar a adicionar en su comida sustancias nocivas a su lucidez para que ella no tuviese conocimiento pleno de sus bienes y necesitase de alguno de ellos que viniese a celar en su nombre. De allí, de forma muy fácil y simple, los que deberían cuidar con cariño de la vieja inofensiva que un destino llamado “Macedo” le creara, cuidaron de internarla prácticamente como indigente y loca en este lugar destituido de cualquier regalía. Como fue sometida a seguidas medicaciones alucinatorias, vive ella entre la triste realidad y el candente recuerdo del pasado, cuando era feliz en la compañía del marido. Por eso, habla del pasado, citando los nombres de los lugares y de las personas con quien convivió, todo eso sin conexión y poco esclarecedora. Habla que es dueña de una hacienda, que su marido va a volver para retirarla de aquí. Dice su nombre completo, repitiéndolo como si precisase hacerlo para continuar acreditando que ella es la misma persona, para no perder de una vez la noción de quien efectivamente es. Como usted ve, sus actos hicieron una víctima más.

Macedo se impresionara aun más con la angustia de aquel ser semi-enloquecido que trillaba, ora el camino de la lucidez ora la estrada de total alienación, lo que producía aun más la certeza de que se trataba de una mujer loca.

En aquel ambiente, se mezclaban hombres y mujeres, todos ellos víctimas por problemas físicos o mentales. El olor era nauseabundo, en vista de no haber condiciones de higiene suficientemente adoptadas para mantener los internos limpios. Algunos yacían amarrados al lecho, de manera que no se liberasen del reposo forzado, ya que eran más violentos durante las crisis.

Macedo asistía a todo aquello entre el sentimiento de culpa y de horror, al punto de no conseguir articular cualquier palabra.

Veía apenas, ahora, la escena del día en que estuvo en la hacienda con el nítido propósito de infundir en la cabeza de aquella mujer solitaria la convicción de que la venta de las tierras le sería muy provechosa. Revivía los ajustes con los bandidos, hallando muy fácil conseguir intimidar una mujer sin recursos de defensa.

Se recordaba de la alegría obtenida con la concordancia de ella, asustada y vencida, en vender al general toda la propiedad por el precio que él ofrecía.

Sintiera el momento en que juntos, él y el comandante, bebieron garganta abajo la dosis de aguardiente en el brindis de los victoriosos con el cual sellaran un negocio más realizado con total éxito.

Al mismo tiempo se recordara de escamotear gorda cuantía que le fuera pasada por el comandante como recompensa por el buen servicio de asesoría que prestara.

Si, era una asesoría tétrica que precisaba ser remunerada.

Al mismo tiempo, se recordaba de que usara el dinero con mujeres y con gastos inútiles, perdiéndolo en el juego o en trasnochos sin haber hecho cosa buena con él.

Delante de todas estas sensaciones, Macedo se indagaba acerca de la ausencia de protección para aquella criatura, de la cobardía de su parte al presionar a la mujer desamparada.

Captándole los pensamientos, Luciano le respondió:

- Es verdad que en la vida material ella tuvo que someterse a sus presiones cobardes. Sin embargo, no se hallaba desamparada por completo, pues el marido la protegía tanto como podía. Ahora mismo, él es la única criatura que vela por ella en este lugar horroroso...

- ¡Ah! ¡Que bueno que alguien esta intentando protegerla en este lugar! – afirmó Macedo como queriendo encontrar alguna cosa de bueno que viniese a compensar la desdicha de aquella mujer despojada por él de todas las esperanzas. – Yo sabía que Dios no iba a dejarla desamparada sin una mano amiga que le pudiese proteger del sufrimiento.

- Proteger no es buen término, - respondió Luciano – ya que la desgracia está lista y acabada. El marido busca, al menos, compensar el sufrimiento de la esposa, haciendo justicia por sí mismo.

- Si, muy justo. Yo también haría la misma cosa. ¿Pero dónde está él?. Yo quería dirigirme a su presencia y confesarme para que este sentimiento de culpa y arrepentimiento que me quema fuese expurgado por el pago de mis deudas.

- Ora, traste mal nacido, ¿cómo es que usted cree que puede pagar lo que debe a esa mujer y apagar su propio sufrimiento? ¿Usted cree que basta pedir disculpas y está todo listo?

Confundido con la pregunta directa, Macedo se puso a llorar de vergüenza como niño que no tiene más argumentos delante de sus manos ensangrentadas. Su espíritu se hallaba en desesperación absoluta y cualquier noción de autopunición que le permitiese, al menos, el alivio de estar pagando por el crimen cometido sería bienvenida.

Reuniendo las propias fuerzas de lo íntimo de su ser se dirigió a Luciano, respondiéndole a la indignación:

- Yo aceptaré sufrir cuanto fuera necesario, desde que ese sufrimiento sea el alivio de mis culpas. Aceptaré someterme a quien quiera que sea, a fin de que ese ser me use como

quisiera, desde que eso pueda tornar mi vergüenza menor a mi conciencia mas aliviada. Dígame, como hacer. Preciso encontrar por lo menos al marido de esa criatura para arrodillarme delante de él y pueda pedir perdón y pasar a servirlo, aunque él tenga para mí solamente la chibata ruda, el odio que me puna y la indiferencia que me castigue. Yo preciso, al menos, decirle de mi arrepentimiento para que su venganza me alcance directo en el alma y me haga comenzar a pagar por mis desatinos.

Cada frase era entrecortada por sollozos de desespero que brotaban del fondo de su ser, como alguien cuyo desespero hubiese llevado al limite de la sanidad, después de depararse con todos los efectos de sus actos impensados.

Luciano se alegraba delante de aquella capitulación a su poder de convencimiento. Ahora, tenía a Macedo plenamente entregado en sus manos.

Viéndolo estirado como alguien vencido por la propia maldad, castigado por la propia violencia, entregado al suplicio de sí mismo, Luciano aventajado delante Macedo caído al suelo y, en voz estentórica, pronunció:

- Levante su cabeza, cobarde torturador de ancianas. Mire en el rostro de aquel que es la única cosa que esa mujer posee de importante en la vida. Yo soy Luciano y sé de todas sus tramoyas y todos sus métodos. Yo soy el marido de ella...

Con esa revelación fulminante, Macedo fue traído al cuerpo como si un rayo lo hubiese alcanzado y producido en él un choque de alto voltaje.

Despertó empapado en sudor frío como si estuviese luchando de hace mucho contra una fuerza mucho mayor que lo amedrentaba de forma siniestra, una fuerza que desconocía, mas que sabia que era tan real como él mismo.

Aquello no debería haber sido un sueño cualquiera. Era verdadero, lleno de detalles y verdades que solamente él, Macedo, tenía conocimiento.

Pensando en todo aquello que Euclides le había propiciado sin que él supiese, una experiencia tan real que lo asustaba, se levantó del lecho y fue nuevamente en dirección al baño.

Precisaba tomar otro baño para atenuar el nerviosismo y ayudar al organismo a rehacerse.

27

Salustiano Ciego.

Despertando en el día siguiente, después de las oraciones de Lucinda, Salustiano se vio privado de cualquier luz a su alrededor.

Llamó a Lucinda y pidió que ella abriese las ventanas, pues aun estaba muy oscuro.

Lucinda le reveló que las ventanas estaban todas abiertas por causa del inmenso calor que hacía por allí y que no había ninguna posibilidad de estar oscuro.

Sin desear acepta esa información, Salustiano porfiaba con ella diciendo que él no conseguía salir de la oscuridad.

Eso lo dejaba más nervioso y más preocupado, ya que no se recordaba bien de todo lo que aconteciera después de haber oído el pedido de Lucinda para que fuese hasta el gallinero a buscar huevos.

- ¿Qué ocurrió, moza? ¿Por qué yo no consigo ver la luz que usted tá diciendo que hay por aquí? ¿Qué rayo de maldición cayó en mi cabeza? – eran preguntas que hacía, en tono de casi desespero, a punto de emocionar el corazón de la joven acompañante.

- Calma Salustiano. Usted fue picado por un bicho que no conozco, mas que parece tener un veneno peligroso. Como usted no volvía del gallinero, pasé a buscarlo y acabé encontrándolo extendido en el suelo, con las gallinas andando por encima. Corrí para ver lo que había ocurrido y vi que usted aun respiraba. Trate de traerlo para acá y fui haciendo lo que yo sabía hacer, pues aprendí algunas cosas en la hacienda de mi

padre, con los negros que eran picados por bichos venenosos. Después, usted durmió pesado y ahora está despertando de ese modo. Creo que el veneno alcanzó su visión. Tal vez sea apenas por un período en cuanto él aun no fue expulsado del cuerpo. ¿Quién sabe, si después, la visión vuelva, no es así?

Las palabras de Lucinda eran dichas con el corazón pequeño, llenas de compasión por aquella criatura a quien se juzgaba extremadamente deudora, pues fuera la única mano generosa que le preservara la propia vida. Estaba tristemente emocionada al ver a aquel hombre solitario y rudo enfrentar, ahora, la desdicha de la ceguera.

- ¡Yo no creo! ¡Yo no creo! – gritaba Salustiano en desespero atroz que cortaba el alma... – Yo quiero levantarme para ir hasta el sol y sentir su calor en mi piel. Solo ahí yo voy a tener la certeza de lo que usted me está contando.

Diciendo eso, intentó levantarse mas no lo consiguió. Rodó de la cama como un cuerpo desgobernado que pretendiese dirigirse a sí mismo, mas que no tuviese perfecto control.

Al ver esa situación, Lucinda trató de correr para ayudarlo a recomponerse.

- Calma, Salustiano, su prisa es mucha y usted acaba tropezando en todo. Puede lastimarse aun más. Vamos despacio...

- ¡Que calma o que! ¡¿Como yo puedo tener calma si usted acabó de decirme que estoy ciego y, ahora que quiero probarme a mí mismo que no lo estoy, no consigo mover mi pierna ni mi brazo?!

- ¿Cómo es eso, Salustiano? – preguntó la moza sorprendida.

- Eso mismo. Yo no consigo moverme. Parece que mi brazo derecho y mi pierna derecha están más pesados que diez sacos de harina juntos. ¡Me socorre, moza, por amor de Dios!.

Estas frases eran dichas por un hombre desmoronado en la angustia.

Aquel que mataba sin pestañar, que llevara dolor y desespero a mucha gente por el simple placer de cumplir un servicio con el profesionalismo macabro de los que son productores de difuntos, ahora yacía inerte y atontado, sintiéndose el ser más infeliz de la superficie de la Tierra, sin cualquier posibilidad de dirigir la propia vida.

- ¡No es posible!. Válgame Dios, Jesús Nuestro Señor, mi Virgen Santa... – seguía entre lágrimas de desespero, invocando la ayuda del Cielo para que fuese salvado de las asperezas de la Tierra, todas ellas sembradas por sus manos.

- Vamos a esperar un poco, Salustiano. Yo voy a buscar

agua para que usted beba porque el agua ayuda al organismo a limpiarse por dentro con más rapidez y facilidad. Luego todo eso va a pasar y usted va a volver a su estado normal, tan pronto como el veneno sea puesto para fuera.

- No demore mucho para volver, mi hija. Ahora soy yo el que está con miedo de quedar aquí sin ver el mundo.

- Vengo rápido. Es solo llenar la calabaza y pronto estaré aquí.

Salió Lucinda en dirección a la cisterna que mantenía el agua para los moradores de aquel pequeño núcleo abandonado.

Al verse solito en aquel silencio oscuro, Tiao se puso a pensar en las cosas que habían acontecido.

Allí estaba sin nadie. Por ironía del destino, la moza que era su rehén, ahora se transformaba en su única puerta para la vida.

Por las extrañas mallas del destino, pasara a ser él, rehén de su propia víctima. Y lo que era peor, su víctima no sabía que era víctima. Lo trataba como si fuese el salvador a quien debía estar más y más agradecida.

Eso lo avergonzaba mucho, aun antes de que todo aconteciera.

Ahora, se hallaba aun más humillado por la situación de precisar depender de aquella a quien pretendía vender en cambio de un buen dinero y que, con el pasar del tiempo fuera aprendiendo a quererla como hija.

Ya no pensaba más en venderla al padre. El afecto sincero que Lucinda nutría por él era mucho más valioso que los papeles-monedas que conseguiría al entregarla.

¿Pero y ahora? Él dependía totalmente de su ayuda. No podía andar con facilidad, a pesar de que el lado izquierdo de su cuerpo respondía adecuadamente a su comando. La parálisis del lado derecho estaba impidiendo que se moviese con destreza. Precisaría de apoyo para andar, aunque por algunos metros. Mas allá de la dificultad motora, existía la imposibilidad visual, que complicaba todo.

¿Cómo andar cojeando y arrastrándose por ahí sin ver por donde se va? Precisaría mucho de la ayuda de la joven. Mas ahora, ella quedaría a merced de sí misma. Podría abandonarlo y regresar a la hacienda de su padre. Podría hacer lo que quisiese y partir para siempre.

Y lo que era peor, Lucinda podría descubrir que el no era Salustiano, mas sí el bandido Tiao que hiciera tanto mal a tanta gente. Si alguien lo viese en aquél estado el no podría ver ni hacer cualquier cosa para impedir que la moza descubriese los hechos.

Eso era peor que haber muerto. El sentimiento de Salustiano era sincero y la admiración por la joven hiciera de ella su propia familia. Ya poseía placer en ir a la tienda a buscar más hilo y tejido para que ella pudiese ocupar su tiempo mientras mejoraba de su debilidad general. Salustiano procuraba mejorar las condiciones de vida en la pequeña casa a fin de que Lucinda no sufriese tanto.

A su vez, la joven reconocía la atención que le era dirigida por su compañero de agreste y veía en eso una dedicación sin par, para la cual no tendría dinero que pudiese remunerar a la altura. De ese modo, Lucinda también pasó a hacer el servicio doméstico más leve, mientras seguía la propia recuperación.

Iba ocupando su tiempo y dejando que la salud fuese volviendo, haciendo las reparaciones en las ropas que usaban, preparando una refección con los condimentos caseros que sabía ser utilizados en la hacienda de donde viniera, manteniendo, en fin, la casa aseada mientras Salustiano salía por el mundo en busca de más alimento para que ella se recuperase de forma segura.

Lucinda se daba sin reclamar nada, servía a Salustiano con la dignidad de las mujeres que saben dividir aunque estén en dificultades personales para hacerlo.

Por eso entre los dos, una atmósfera de respeto y gratitud nació naturalmente, haciendo que se quisiesen como

padre e hija, lo que representaba un ennoblecimiento de sentimientos para aquel espíritu agresivo y animalizado en las durezas de la vida donde fuera criado.

Ahora, Salustiano tenía miedo de perder todo eso, ardua y persistentemente construido a lo largo de las semanas y de los pocos meses en que se hallaban juntos. ¿Y si alguien lo reconociese? ¿Y si alguien reconociese a Lucinda e indicase el camino para volver para la ciudad de origen?

Todas las indagaciones le pasaban por la cabeza. Esperaba que aquella reacción que sintiera en el cuerpo físico fuese, realmente, pasajera como dijera Lucinda. Deseaba eso con todas las fuerzas de su alma, ya que, de forma contraria, sería el inicio de su desdicha mayor, o sea, correr el riesgo de no tener más a la moza de cerca, no sentirse amado por nadie y no poseer quien cuidase de él.

El problema no era perder la visión. Era perder a Lucinda, su luz personal, en una vida llena de abismos y oscuridad en su conciencia.

Mientras meditaba sobretodo eso, oyó el ruido que indicaba el retorno de la joven al interior de la casita.

- Listo, aquí está el agua – era Lucinda, esfaborida y sudada con el calor que ya se hacia sentir en aquella hora de la mañana, cargando una vasija con el líquido que fuera a buscar por entre los arbustos espinosos. – Ahora, Salustiano, usted va a

tomar esta agua constantemente. Nosotros rezaremos a Dios pidiendo ayuda y Él va a poner remedio para que usted quede bien pronto, ¿está bien?.

Al oír la mención de Lucinda a la oración, una sensación de inmensa vergüenza se apoderó de su ser.

Vergüenza de pedir ayuda a Dios a través de aquella que estaba allí por su conducta egoísta al servicio de la vileza del capitán Macedo.

Vergüenza de oír la oración nacer desinteresada y dócil de los labios de aquella que era la flor lirial traída por él para nacer entre las piedras y las espinas del calor del agreste.

Vergüenza de sentirse el centro del cariño de esa joven que se estaba sacrificando por él, pasando por todas aquellas privaciones para ayudarlo, ahora, pidiendo a Dios por su salud, por su recuperación más acelerada.

Las lágrimas escurrían por su rostro, antes incapaces de caer, aun ante el grito de piedad de sus víctimas, al ser ejecutadas con frialdad por el tiro certero de su alma.

Ahora que él era la víctima, sabía sentir el calor húmedo de cada gota que sus ojos producían, atendiendo al imperativo que el sentimiento amortiguado en su interior y que ahora despertaba a costa del aguijón del dolor aconsejaba: Llorar.

Al hacerlo Salustiano comenzaba a entender otra forma de vivir. Al dejar venir por tierra la carapaça de egoísmo e indiferencia que vistiera para seguir su profesión de verdugo de desierto, Salustiano abría pasajes en su armadura que serían aprovechadas por los trabajadores del amor con la función de rescatar al hombre a través del sentimiento ennoblecido y mejorado, los amigos espirituales que todas las almas encarnadas poseen.

Abriendo la compuerta de las lágrimas, Salustiano se sintiera más leve, ya que hace mucho tiempo se había olvidado lo que era verterlas. Tenía en cuenta que llorar no era cosa para cabra macho como se considera en aquellos parajes. Tenía valor quien era duro e insensible.

La lágrima, según ellos pensaban, era un atestado de debilidad, de cobardía. Ahora, él estaba aprendiendo que era preciso tener mucho coraje y ser muy fuerte para llorar el llanto de los desesperados que no ven o que no pueden moverse sin ayuda.

Estaba volviendo en sí de la emoción cuando dos manos menudas agarraron las suyas y sobre ellas colocaron pequeño recipiente con agua que él llevaría a la boca enseguida.

Sin embargo, cuando iba beberle el contenido con agradecimiento y respeto, oyó la voz tierna de Lucinda advertirlo:

- Salustiano, estamos olvidando de orar a Jesús para

pedirle el mejor remedio que pueda curar su enfermedad.
¿Vamos a rezar juntos?

- Es verdad, niña. En mi desespero vivo olvidando de Aquel que nunca se olvida de mí y de nadie. Yo confieso, entretanto, que no tengo ninguna dignidad para que él pueda ocuparse conmigo. Ni creo que mis oraciones sean escuchadas por cualquier alma en pena de buen corazón. ¿Usted cree que vale la pena?

- ¿Cómo no? ¡Pues en las horas difíciles es que la oración es más llena de fe, más llena de deseo sincero, más próxima de Dios y del Cristo! Vamos si, juntos a rezar para que Ellos nos ayuden un poco más.

Diciendo eso, pasó a la acción:

- Querido Maestro Jesús, osamos eruir el pensamiento en Tu dirección para pedir la compasión constante de Tu alma a favor de la desdicha que se abatió sobre el hermano Salustiano. Yo debo a él mi vida por el mucho bien que me hizo en las horas en que me hallaba a las puertas de la muerte por causa del desamparo. Él me encontró, con certeza siguiendo Tus indicaciones, me trajo para su casa, me dio de comer y de beber, pasó a ayudarme en los hilos y tejidos para que yo tuviese una ocupación. Hizo de mi una pequeña reina guardada con esmero dentro de una casa simple, sin eirado y sin forraçao. Ahora, cayó víctima de un dolor mucho mayor que el mío. Por eso, vengo a pedir por él, por el bien que pudo hacerme,

amparándome, yo me dispongo a ser el testimonio de los actos generosos que practicó conmigo y que debe haber practicado la vida entera con muchas personas. Coloca en esta agua, el remedio que sólo Tu medicina conoce y que es capaz de, solita, curar y restablecer la vitalidad. Mas que sea hecha la voluntad de Dios que está siempre encima de todas las cosas.

Terminada la oración que Salustiano oyera entre el río de lágrimas y sollozos, Lucinda lo autorizó a ingerir el contenido de la vasija, lo que fue hecho acto continuo, habiéndole causado una sensación de soñolencia irresistible, durmiendo casi inmediatamente.

Colocado en el lecho, Lucinda fue a tratar de hacer alguna cosa para que pudiesen alimentarse una vez que, hasta aquella hora del día aun no había comido casi nada. Tendría que pensar en cuanto trabajaba, viéndose ya en la contingencia de hacer todo solita, lo que no pesaba a su espíritu valeroso y lleno de gratitud por Salustiano.

Postergaría el regreso para casa por algún tiempo, hasta que tuviese como resolver el caso de su amigo, pues no era capaz de abandonarlo allí, sin recursos y sin condiciones ni siquiera de salir de la cama para llegar a la cocina.

Después que las cosas mejorasen, procuraría volver a la convivencia de los suyos, con la conciencia agradecida y tranquila, quien sabe hasta llevando a Salustiano consigo para que pudiese quedar viviendo en la hacienda del padre hasta que

muriese bien viejito.

Era lo que iba pensando, mientras colocaba leña en el fogón rustico y providenciaba un poco de agua para calentar.

A su lado, la entidad luminosa de Euclides velaba, colocando la diestra en su corazón a fin de que la joven no desertase de sus deberes asumidos un día, cumpliendo todos ellos con el propósito no solo de concretizar obligaciones como también de mejorarse a través de un sentimiento de fraternidad verdadero y noble que sería extendido a todas las personas con las cuales iría a confrontarse.

Solamente cuando se es capaz de hacer el bien a cualquiera es que se habrá aprendido que el bien es la única forma de elevación individual, independientemente de cualquier karma o compromiso del pretérito oscuro que construimos.

Euclides hacía a Lucinda sentirse feliz por estar allí cuidando de Tiao, aunque ella no lo conociese sino por el nombre de Salustiano.

Aprovechando el desconocimiento de la víctima, Dios estaba haciendo que esta mejorase a su verdugo, a punto de recuperarlo para el camino del amor.

Esa es la oportunidad que el Creador ofrece, permitiendo que las criaturas endeudadas unas para con las

otras, vuelvan a reencontrarse en momentos de amor y desapego.

El milagro de transformar la noche en día, el dolor en sonrisa, la maldad en bondad, la descreencia en fe era justamente lo que Lucinda estaba haciendo, aun mismo sin saber lo que hacía.

28

La simiente milagrosa.

Delante de Salustiano adormecido, Lucinda pasó a meditar consigo misma en la propia desdicha.

Allí estaba ella, apartada de sus seres queridos, sin saber con certeza en donde se encontraba, fortalecida por los buenos tratos que recibiera de aquel hombre que no conocía y que la retirara de una gruta perdida en el agreste.

Sentía un vacío interior representado por una nostalgia indescriptible, tanto de Alcántara como de Mauricio, el joven medico con quien pretendía casarse un día, tan pronto obtuviese la autorización de su padre para eso. Rememoraba los paseos por la hacienda, las conversaciones esclarecedoras en las cuales aprendiera muchas cosas que, ahora, eran las únicas informaciones útiles que poseía. A través de la lectura de algunos de los libros que él le ofreciera, Lucinda podía entender

la necesidad de enfrentar la adversidad con coraje y determinación, en busca de la victoria sobre las propias deficiencias.

Todo eso era necesario para que de dentro de la choza pobre en el cual se eclipsara oscura oruga devoradora de hojas, emergiese alegre mariposa multicolor, cual pequeño arco iris revoloteando, a la procura de néctar.

Ella aprendiera con el mensaje de la nueva doctrina que Mauricio le comunicara que Dios es siempre bueno y que, aprovechando de la maldad de los hombres procura extraer lo mejor del alma de cada persona, en las diversas circunstancias por las cuales cada uno debe pasar.

Es como un labrador diligente que, poseyendo en sus tierras un río caudaloso, aprende a conducirlo para extraer de él los pequeños hilos de agua que irrigaran su propiedad sin violencia. Domando la corriente destructiva, hace que ella se transforme en beneficio. Aprovechándole la fuerza, extrae energía eléctrica que ilumine la propia casa. Observándole el trazado, aprovecha sus cuencas naturales para cebarle los trechos y acostumar a los peces a concentrarse allí a fin de abastecerse de alimento cuando lo desee.

De la misma forma, Dios se utiliza de los cursos de agua violentos o caudalosos representados por cada ser humano y los va domando a fin de extraer de cada uno de ellos lo mejor.

Con eso, queda realzada su característica básica de Bondad absoluta, Misericordia Infinita, Omnisciencia y Omnipresencia.

De este modo, Lucinda era convocada a transformarse en mariposa, ascendiendo en la escala del espíritu y dejando para atrás a la joven enclaustrada en los quehaceres domésticos, en los cuales ya revelaba la energía y la bondad de su interior, para ser lanzada en las tortuosas curvas del camino a fin de que, aprovechándose de ellas, tuviese desarrolladas todas las cualidades de su alma.

Al recordarse de Mauricio, Lucinda suspiró de forma diferente, apasionada por aquel ser tan servicial y querido a su corazón y con quien estaba segura que se uniría, de un modo o de otro.

Era una certeza extraña, mas continuaba creyendo que estaban destinados a aproximarse y construir juntos algo de bueno en el camino de los hombres. Aun distante, su unión con él era profunda y serena. No tenía miedo. Tenía, apenas, mucha nostalgia.

Mas Mauricio se hiciera inolvidable por todo aquello que le enseñara y que, como ya se dijo, era ahora el único equipaje útil que acompañaba el pensamiento y el corazón de la joven en esos momentos de crisis.

Mauricio era inolvidable por causa de la pequeña simiente luminosa que sembrara en su espíritu y que, ahora,

iluminaba su camino.

Delante de Salustiano ciego y quebrantado, Lucinda sabía que precisaba hacer alguna cosa. Inicialmente, el deseo de salir y procurar a alguien que pudiese informarle como llegar a casa. Mas después del primer impulso, recordándose de los deberes que cada uno tiene para con los otros y sabiendo que nadie está por acaso en aquélla situación por la cual está pasando y ni con aquellas personas con quien está conviviendo, pensó mejor.

Estaba allí para hacer algo de bueno en la vida de aquel hombre que tanto se sacrificara para ayudarla en las horas en que se viera abandonada y sola.

Así también, todas las personas están donde están para que puedan dar lo mejor de sí en el camino de los otros. No solo para ganar dinero para la manutención de la vida material. Están en cada profesión para que puedan dar lo que tienen de mejor a beneficio de cualquier semejante, no importando el servicio prestado.

Si la función es la de gobernante, allí no se halla apenas un ser que asumió el poder de forma lícita o ilícita. Allí está alguien que tiene un deber que realizar, el bien colectivo, del cual tendrá que prestar cuentas delante del tribunal del Universo.

De la misma forma, si su función es arrancar las hiervas

dañinas que nacen en el medio de las piedras de la calzada, allí está para que pueda cumplir un deber muy sencillo que redundará en el beneficio de la limpieza pública y en la organización social. Así, esa persona también tiene el deber de realizar el bien colectivo, mediante lo cual las vías públicas estarán más limpias, aseadas para causar en los transeúntes una sensación de agradable placer o simplemente impidiendo que el matorral crezca, la basura se acumule y la sensación de abandono se instale.

Poco importa la cuantía de la remuneración o hasta mismo su existencia. Todos los hombres pasan por la Tierra para alegrar la vida de alguien, comenzando por quien esté a su alrededor, dentro de casa.

Era la situación de Lucinda. Lejos de la familia consanguínea, ella estaba dentro de una casa que le era el abrigo seguro. En su interior se hallaba Salustiano a quien debería atender, a su vez.

Eso porque Salustiano extendiera en su dirección el manto de la solidaridad, cuidando de ella para evitar que pereciese. Precisaba, ahora, dar lo mejor de sí a aquel hombre enfermo a quien era inmensamente agradecida.

Viéndolo en aquel estado de desesperación, entre la ceguera y la semiparálisis, su corazón se llenó de compasión. Pensó en el padre enfermo, en aquellos días distantes en que tuvo que cuidarle de las crisis de demencia. Sintió la angustia

de no poder actuar con mayores recursos en aquel caso y percibió que, ahora, donde se encontraba, ella representaba el único y el mayor recurso que estaba disponible al enfermo.

Eso la calmó y la hizo meditar no más en desaparecer de allí, abandonando el deber moral de atendimento, mas sí en superarse a fin de que pudiese ayudar a Salustiano hasta que encontrase un abrigo que le acogiese el cuerpo lisiado.

En cuanto él descansaba, trató de continuar cocinando, procurando llenar su corazón apretado con un sentimiento nuevo, como si en la desdicha y en la contrariedad, estuviese encontrando una cosa noble a hacer y que eso ennoblecería el mundo a su vuelta ya que, aun sin desear, todo aquel que hace el bien es como el transportador de un tesoro. No es mejor ni peor que ningún otro que podría hacer la misma cosa que él. Mientras tanto, su acto enriquecerá a mucha gente, trayéndoles la felicidad y la gratitud por su esfuerzo. Y todo eso lo tornará más rico, por el simple hecho de haber dividido la riqueza con los otros y no apropiándose del tesoro para sí.

Si lo hubiese guardado apenas para su propia satisfacción, ese transportador podrá pensarse un hombre rico, mas no tendría a nadie que le dedicase estima sincera por el hecho de haber sido el único beneficiado con los valores. Sería apenas un hombre envidiado, cortejado, perseguido por la falsedad, preocupado en no perder. Sería un hombre solo. Sería un ser infeliz.

Mas en la medida en que cada uno transporta el tesoro en la dirección de la felicidad de los otros, aunque permanezca tan despojado como antes, pasa a enriquecerse de la alegría que esparce y de la gratitud, del afecto, de la admiración que siembra sin pretender. Pasa a ser un hombre lleno de pensamientos agradecidos que lo hacen una persona feliz.

Tal tesoro es la bondad en el corazón, en las palabras, en los pensamientos, en los actos, en los sentimientos. Tal tesoro el Creador permitió que cualquier persona pudiese transportar a los semejantes.

Entretanto, por ignorancia, falta de preparación, pereza, descreencia, terquedad, orgullo la mayoría de los invitados se limita a guardarlo para sí o para los exclusivamente suyos.

Solamente algunos lo transportan para ofrecerlos a los otros y, por eso, solamente pocos descubren como pueden tornarse personas ricas.

Lucinda estaba dentro de ellas. Estaba transportando la bondad de su corazón en la dirección de alguien sin medir, pesar, ponderar si el bien debe o no ser hecho. Estaba buscando entregar lo que tenía, en la hora más cruel de la vida de un ser que poseía apenas su presencia como puente de unión entre sí y el mundo exterior.

El olor de caraota condimentada se adueñaba de la cocina, mezclado con el humo de la madera que quemaba en el

fogón.

Lucinda pensaba en que hacer, pidiendo a Dios, mentalmente, que la inspirase de la forma más adecuada a fin de poder actuar y beneficiar a aquel hombre enfermo.

Sabía, en lo íntimo, que no podría cuidar de él allí, en aquel lugar desierto y sin recursos. Luego, una idea naturalmente se le ocurrió, la cual era, la de llevarlo para una ciudad mayor donde, con certeza, hallaría una forma de ayuda más segura y de donde podría buscar el regreso para casa, después de colocar a Salustiano bajo los cuidados de alguien devoto a la bondad humana. Allí en aquella casita no habría condiciones de vivir ahora, delante de las acerbadas dificultades derivadas de la enfermedad..

Su pensamiento iba lejos, dirigiéndose con antecendencia a los hechos que debería concretizar en los días venideros. Un Espíritu amigo que se encontraba cerca, le inspiraba soluciones que iban siendo acogidas como ideas saludables y adecuadas para aquel caso específico.

Una vez que apartara de sí la idea de la deserción inmediata buscando apenas la solución de su problema personal y olvidándose de su hermano, Lucinda se hizo acreedora de la continuidad del auxilio espiritual que ya la acompañaba antes y que, ahora, delante de la postura fraternal partida del corazón de aquella joven criatura, todo haría para dejarla con el pensamiento lucido, con el corazón sereno y con la salud física

de que tanto necesitaría hasta caminar en dirección a la solución de sus problemas y de los problemas de los otros.

Salustiano gimiera en el lecho, despertando de un profundo sueño.

Lucinda fue hasta la cama y vio que él se recuperara un poco después de dormir por algunas horas. Su estado general aun era lastimable, mas se podía notar que cierta conformidad se estampaba en el semblante triste de aquel que iniciaba el proceso de mejoría intima a través de las experiencias que escogiera pasar, directa o indirectamente.

- Sr. Salustiano, que bueno que usted despertó, pues la comida está lista. Tenemos caraota, harina y una yuca frita. Voy a ayudarlo a sentarse en la cama porque voy a traerle el almuerzo.

- ¡Ah! Moza, el hambre de la barriga no incomoda. Tal vez sea mejor que yo acabe más deprisa muriendo sin comer que vivir comiendo y ser de este modo...

- ¡Nunca diga eso, hombre de Dios! El Padre procura siempre ayudar a los hijos de su corazón para que puedan enfrentar los desafíos. Y cuanto mejor es el hijo, mayor es el desafío.

Al oír estas palabras, una combinación de esperanza y de vergüenza hirió su sentimiento. Era la esperanza de que Dios

efectivamente tuviese misericordia con él y la vergüenza de estar oyendo eso de la boca de aquella criatura que él mismo robaba de los suyos, que él mismo hiciera pasar por privaciones e hiciera sufrir tanto y que pretendía negociar de vuelta para recibir algunas monedas.

En cuanto las lágrimas rodaban, de aquellos ojos sin vida y del rostro caído, Lucinda buscaba argumentación para infundirle nueva postura delante de la vida.

- Aun en esas condiciones difíciles que no sabemos cuanto tiempo va a durar, esperando que, en breve, todo esté de vuelta a lo normal, usted puede hacer muchas cosas a beneficio de su propio espíritu. Antes los brazos fuertes y el mirar claro le permitían hacer diversas cosas en la vida que usted llevaba. Ahora, su pensamiento podrá ser beneficiado por todo aquello que hizo de bueno y que está gravado en lo íntimo de cada ser en la Tierra. Además de algunos pequeños trabajos manuales que podrá realizar, podrá conversar con personas enseñándoles sobre la vida, las aflicciones de la existencia, las alegrías resultantes de los hechos bonitos que usted ya vivió. Perder la vista no significa perder el humor. Usted podrá hacer a alguien reírse, contando uno de los casos graciosos que ya me contó cuando yo estaba triste allí en la cama, enferma.

Ella hablaba con su alma generosa y pura, hablando de actos buenos a un bandido malvado y cruel, reducido a la condición de ciego y paralítico.

¿Qué cosas buenas tendría él para pensar?

Dentro de su cabeza, Salustiano solo conseguía ver el desespero de sus víctimas. Los ojos brillantes de miedo de los padres de familia que sacrificara sin piedad bajo el salario de algún hombre interesado en sus pequeñas tierras.

Se recordaba del llanto de los niños, delante de su cara agresiva en cuanto disparaba con su revolver para lo alto, haciendo estruendo para intimidar familias sin defensa.

Se recordaba del dinero que gastara sin cualquier celo, usando mujeres, bebiendo y pagando la bebida a los amigos y comparsas de maldad.

Le venía a la mente las torturas que hacía a algún prisionero que le cumplía cuidar, sin mayores dificultades o traumas de llevarlo a la muerte como quien apenas da curso a una fatalidad de la vida de todos los vivos: morir.

No tenía a nadie en el mundo. Sus padres ya habían muerto, no se casara, no tuviera hijos que le fuesen conocidos.

Rememoraba los contactos con Macedo, a servicio del general Alcántara, que le pasara a ser uno de los mejores patronos y para los cuales no sería capaz de negar cualquier servicio. Y ya los había prestado muchos.

El juicio interno, ahora que nada más restaba a hacer

fuera de sí mismo, lo acusaba de criatura sin meritos. Nada le surgía como pensamiento de bondad.

Lucinda trajo la comida. Lo ayudó a sentarse y pasó a colocar en su boca, como una madre pajarito alimenta a los hijitos que nacieran en el nido.

En silencio, Salustiano abría la boca para pasar por una situación que nunca hubiera pasado antes: la de víctima. Se acostumbrara a hacer víctimas, mas jamás estuviera en la posición de una de ellas. Iba a conocer sus peculiaridades de ahora en adelante.

Y para su única alegría, estaría bajo los cuidados de aquella que, por determinación de lo Alto, sería la tutora de sus pasos en la oscuridad de sus caminos. Eso porque, a pesar de no recordarse de nada de bueno que hiciera durante su vida, se olvidara del tratamiento generoso y lleno de cuidados que extendiera a Lucinda en su recuperación de la enfermedad.

Por el atendimento celoso, por el alimento fresco que revitalizaba la carne enferma, por la atención y cariño que, en su forma ruda y grosera él pudiera darle, la Providencia Divina respondía a él permitiendo que, tal vez ese único acto de generosidad le fuese tomado en cuenta para que viniese a recibir la bondad multiplicada en atención y lección que lo transformaría para siempre.

El Bien Supremo jamás desprecia cualquier oportunidad

de enriquecer el bien que está en el corazón de las personas, no importa la condición social o el concepto de que gocen delante de los hombres.

En nombre de la bondad practicada con aquella moza mas, sobretodo, para que se conquistase un alma enferma más para los campos de la salud del espíritu, el Señor permitió que Salustiano tuviese, al lado de la enfermedad que procesaría el inicio del ajuste de sus cuentas con las desgracias que construyó en la vida de muchos, la presencia de un ángel bueno que lo ayudaría a observar por los ojos del espíritu una vida nueva y diferente.

La vergüenza de sí mismo hizo con que Salustiano se callase, nada revelando a Lucinda que, feliz por estar él aceptando alimento, continuaba extendiéndole la cuchara en la dirección de los labios, incentivándole la recuperación del animo y la voluntad de vivir.

Aun sin que lo supiese, Dios conocía todos los detalles de su corazón y no lo consideraba un ser inservible. Lo reconducía al aprisco, cual pastor con su oveja descarriada.

En la pedagogía divina, solamente el amor es capaz de convencer sin herir. Y en la figura de profesora, Dios permitiera que una excelente maestra demostrase a él como el Amor es la fuente de todo en la vida de alguien.

Eso porque, aun sin haber tenido la intención

deliberada, Salustiano había esparcido la simiente luminosa del servicio en la dirección de aquella joven que, de una forma o de otra, pasara a ser el único jardín que plantara en la tierra durante toda su existencia. Era del que cogería las primeras flores para embellecer la suya en aquella hora de desdicha y dolores.

29

Macedo en persecución.

Carolina continuaba detenida y, cada día que pasaba, sus expectativas se frustraban delante de la ausencia de cualquier noticia de su marido o de su padre.

Alcántara conocedor de los meandros de la personalidad humana sabía que, en el caso de Carolina, cuanto más la debilitase emocionalmente, más rápidamente podría servirse de ella para aquello que pretendía, o sea, para descubrir donde Lucinda se hallaba escondida.

Luego después de su prisión, fue dejada incomunicada,

siendo él el único que podría tener acceso directo a la joven, ya que Macedo apenas tenía autorización para inspeccionar las dependencias que la abrigaban y ver como estaba su estado general sin, con todo, cualquier iniciativa que pudiese significar abordaje directo.

Pasados tres días de su aprisionamiento, el general Alcántara se dirigió al pequeño cuarto para tener la primera entrevista con la nueva prisionera.

Mandó a abrir la puerta y entró sin ceremonia, como alguien que está en el propio territorio, despreciando la presencia ajena.

Arrogantemente, encendió la lámpara del aposento que se hallaba aun en la penumbra de la mañana que mal se iniciara y encontró a la joven Carolina extendida en el lecho, aun vestida con las mismas ropas con que fuera presa.

Carolina, que al principio se hallaba soñolienta a punto de no percibir con claridad que la puerta se abriera, con la luz batiéndole en el rostro despertó insegura y asustada.

Se volteó, procurando identificar quien había providenciado la iluminación imprevista para aquella hora y dio de frente con aquel hombrezote, vestido al carácter para intimidarla, que la miraba exteriorizando ira y angustia.

- Buen día, moza – le dijo el militar, en tono áspero –

Soy el general Alcántara, comandante de este cuartel y de toda esta región. La señora está detenida en función de haber sido flagrada ocultando material subversivo en tierras de su familia. Allá fueron halladas las armas que los rebeldes estaban usando para esparcir el terror entre las personas, orientados directamente por los cabecillas del movimiento, los señores Armando y Luis. Del mismo modo, están siendo procurados para que sean presos y juzgados conforme la ley manda a hacer. Contra todos existen las pruebas más contundentes, inclusive la propia maquina de copiar folletines que eran distribuidos por la ciudad para incitar a personas honesta al camino de la rebelión.

Carolina oía con afección, ansiosa para esclarecer el malentendido, ya que ella solo sabía cocinar y cuidar la casa, nada más que eso.

- Mas... yo no hice nada de eso... – intentó decir en respuesta a las acusaciones.

- Cállese la boca – gritó el militar como si hablase a soldados ignorantes y toscos. – Aquí solo yo hablo, hasta que la deje a usted hablar, si yo creo que conviene.

Carolina, desacostumbrada con ese tipo de tratamiento, comenzó a llorar, ofendida por la agresión gratuita de que fuera víctima apenas por pretender esclarecer los hechos.

- Las acusaciones son claras, las pruebas están evidentes y todos los que acaban presos se dicen inocentes. Por eso, la

señora no tiene otra cosa a hacer sino oír hasta que yo termine, pues existe aun una cosa mucho peor.

Carolina, sentada en al borde de la cama, lloraba asegurando en las manos la punta de la sabana que llevaba, una y otra vez, al rostro para amparar las lágrimas que caían en profusión. Nunca imaginara que todo eso fuese a acontecer cuando veía a Luis y a su padre reunirse con aquellos hombres. Era conversación de ellos, en la cual no se metía por saber que eso no era asunto para su condición femenina, en un comportamiento tan usual para las mujeres de su época.

¿Mas que podría ser peor que todo aquello de lo que era injustamente acusada?

- Pues como ya le dije, aconteció una cosa mucho peor y que, tal vez, sea su salvación de este proceso y de la prisión. Los rebeldes, usando las armas que fueron ofrecidos por su padre y por su marido, ya que en su propiedad estaban escondidas, atacaron mi hacienda, incendiaron y destruyeron todo lo que había por el frente y, lo que es peor, secuestraron a mi hija, la joven y desprotegida Lucinda. Desde el día del ataque, ella está desaparecida y fue vista siendo cargada por un hombre encapuchado que la tomó y la llevó a algún escondite que nadie sabe o quiere decir donde es.

Esa información la hizo temblar aun más.

Si la hija de él había sido secuestrada y no había sido

encontrada, ella misma, Carolina, como hija de uno de los dirigentes directos del movimiento se veía en la misma contingencia, o sea, secuestrada por aquel hombre que, como todo indicaba, estaba al borde del desespero en la búsqueda de noticias de Lucinda.

Sin osar interrumpir, Carolina pudo evaluar la delicadeza de su situación. Estaba en las garras de la fiera enjaulada que, a toda evidencia, deseaba encontrar la hija, costase lo que costase. Delante de los gritos de los innumerables prisioneros que se expresaban en las cárceles de tortura improvisadas en el cuartel, imaginaba lo que era hecho con aquellos que allí le caían en las manos.

- Es eso lo que podrá salvar su vida aquí dentro. No piense que su padre o su marido podrán hacerlo. Ya están siendo cazados por mis hombres que están yendo en busca de ambos para traerlos para acá, si usted desea hacer algo por ellos, hágalo pronto, indicando donde se halla el cautiverio de Lucinda.

Se calló el general, jadeante y ansioso por una respuesta directa, como un incendio tiene sed del agua que lo venga a someter, aquietando la naturaleza.

A su frente, con todo, apenas una moza llorosa y callada no osaba mirarle a los ojos.

- Vamos, criatura, hable pronto lo que sabe – ordenó a

gritos aquel padre descontrolado.

- Y...Yo... no... ssse de na..da señor – fue la respuesta trémula y amedrentada de la joven, que ya anteveía para sí un destino poco confortable, delante de todos aquellos hechos.

- ¿Cómo es que no sabe, si su padre y su maldito marido son los cabecillas de todo eso? Va a decirme que usted no es hija y esposa de ellos, también... – argumentó irónico, sacudiendo los hombros frágiles de la joven a su frente, buscando intimidarla aun más.

- Si, yo soy mujer e hija de ellos, mas nunca me metí en negocios que no fuesen ligados a cuidar la casa y de mi familia... Infelizmente, no sé dónde está su hija. Además de eso, ni mi padre ni Luis son personas violentas y nunca hicieron o harían mal a nadie. Cuando algunos hombres llegaron en la puerta de la casa grande, heridos y rasgados, pidiendo ayuda, pensé que eran personas que habían pasado por un accidente más grave, ya que el capataz de la hacienda vino a pedirme autorización para recoger media docena de hombres en pésimas condiciones. Yo no llegue a ver a nadie, y si sus pertenencias eran usados para hacer la desgracia de los otros, de eso yo nada sabía o sé. No tenía idea de que la casa y las tierras de mi padre eran usadas para sediar cualquier movimiento que pudiese perjudicar a alguien. Tanto eso es verdadero que Luis y Armando, hace casi tres semanas están fuera de aquí, viajando para los lados de la capital.

Viendo que la moza no cedería a sus patrones, confesando donde Lucinda había sido ocultada, la interrumpió Alcántara, rispido:

- Usted puede estar quieta con sus botoes haciendo ese tipo de mujer ingenua y tímida para encubrir los bandidos mayores que son su padre y su marido. Mas luego eso va cambiar. Usted va a pensar en lo que hablé por algún tiempo más, hasta que yo retorne aquí. Cuando eso acontezca, si no resuelve hablar, usaré los mismos métodos que están siendo usados con los otros involucrados y voy a obtener lo que preciso para encontrar a mi hija, lo que será una pena muy grande, tener que desfigurarle la belleza joven que le hermosea. La opción es suya.

Se volteó y salió golpeando la puerta que fue, acto continuo, nuevamente trancada por el centinela de turno.

Carolina perdiera el propio suelo. No sabía que hacer ni podía inventar cosas que no eran de su conocimiento, una vez que no imaginaba el paradero de Lucinda.

Volvió para la cama, rezando a Dios que la ayudase en aquella hora de aflicción extrema de su destino. Tenía miedo de la violencia y sabía que acabaría siendo víctima de ella.

* * *

Alcántara salió de allí tan o más afligido que Carolina, una vez que pretendía obtener de ella, al menos, algún

indicativo del paradero. Mas percibiera que la moza era simple para entender de rebeliones. No debería tener ni idea de lo que fuese una maquina de copiar. Tal vez no hubiese tenido ni siquiera lecciones más profundas en la educación deficiente de aquellos tiempos y de aquellos lugares.

Su corazón estaba oprimido y arrasado.

Gritó por Macedo, mas se recordó que diera a él tres días de descanso, según pidiera su subordinado.

Entró en su gabinete para hacer alguna cosa que ya no sabía que era. Oyera los gemidos de los prisioneros como quien no oye nada. Se concentraba enteramente en una forma de hallar a Lucinda, en lo que era ayudado por todos los oficiales que comandaban que, igualmente, se empeñaban en buscarla por todos los lugares.

* * *

Macedo, en su casa, despertara en estado de verdadero harapo humano. La ropa estaba pegada a su cuerpo como si no hubiese tomado baño hace tan poco tiempo.

Se impresionara mucho con aquel sueño, en el cual se viera como el núcleo de odio de aquel espíritu que oyera gritar por la garganta del general. Soñara con Lucinda y la viera infeliz y triste, en una choza desprotegida.

Vislumbrara las sombras que lo seguían y que se presentaban para obedecerle las ordenes nefastas. Todas eran repugnantes y horrendas. Al recordarse de cada una de ellas, un escalofrío helado le recorría la columna, como si él fuese el comandante de un ejercito de seres amorfos y soldados desfigurados, malévolos, a punto de infundir miedo en él mismo, hombre hecho y no ligado en cosas de sueños.

Mas aquel no fuera un sueño común, como los otros que acostumbraba tener.

Se levantó para dirigirse al nuevo baño que se imponía en función de su estado de abatimiento general. Ya no podría ir, en aquel día, a buscar a Tiao en el escondite secreto que conocía en medio de las piedras del agreste.

Después del baño, volvió a meditar en las cosas que debería hacer para encontrar a Lucinda, ahora aun más víctima que nunca, una vez que la conciencia lo culpaba por haber determinado que ella fuese secuestrada. Aun cuando, según todo indicaba, no hubiese conseguido su intento, el simple hecho de haber planeado sustraerla cuando debería defenderla le dolía en el alma.

Mal sabía él que sus planes habían dado resultado, que la maldad de Tiao había alterado el curso de lo que planeara, pero que la generosidad de Lucinda había conseguido cambiar todas las cosas.

Al pensar en la joven amada, en las manos de un encapuchado desconocido, su sangre hervía y él tenía ímpetu de invadir todos los cuartos de todas las casas, de espada empuñada para salvar a su pretendida, aunque para eso tuviese que herir a todos los demás.

Era, aun, el hombre egoísta que solo sabía amar a los que consideraba como de su propiedad, sin notar que todos somos propiedad y propietarios unos de los otros a camino de ser tan solamente señores y esclavos de nosotros mismos.

Allí estaba Macedo, la criatura que podía amar desveladamente y, acto continuo, enterrar la daga en el enemigo sin ningún constreñimiento, como si luz y tinieblas pudiesen convivir mezcladas una a la otra.

Macedo estaba en proceso de tratamiento por los espíritus generosos, no obstante aun era más enfermo de lo que son.

En el día siguiente, por la madrugada, Macedo dejó su casa en su montura, vestido a la paisana, y salió de la ciudad como quien va a realizar un paseo sin compromiso de volver temprano.

Arregló pequeño fardel que lo sustentaría en el período de ausencia y tomó el rumbo que solo él sabía, a fin de ir a dar con Tiao en su escondite.

Después de mucho andar, como quien da vueltas para despistar de algún espía que lo siguiese, como era su costumbre hacer todas las veces en que daba vacío al lado negro de su personalidad, se vio aproximándose al lugar acostumbrado en que se realizaban los rápidos encuentros con el bandido.

Descendió de la montura y, utilizando un código comúnmente acertado con Tiao, emitió silbido como imitando un pequeño pájaro conocido, en un número determinado de silbidos cadenciados de forma adecuada que serían interpretados como la señal de que allí estaba él queriendo hablar.

Tiao solo aparecía después que esa señal era emitida y, aun así, nunca venía por el mismo camino. Ora surgía por la derecha, ora por la izquierda, ora a la retaguardia, siempre produciendo un susto muy fuerte en el capitán, lo que motivaba una sonora carcajada en el bandido que acreditaba tal comportamiento asustado a la debilidad o falta de masculinidad del militar.

Macedo, entonces, silbó como de costumbre, y esperó que su comparsa apareciese. Luego el silencio se hizo esperar hasta que el capitán resolviese emitir el silbido nuevamente.

Y nuevamente el silencio fue la única respuesta. Eso lo dejó muy aturdido.

En todos aquellos años, Tiao siempre atendiera a sus

llamados. ¿Será que él no estaba por allí? ¿O será que estaba enfermo, sin condiciones de responder a sus llamadas?. Esos pensamientos dejaron a Macedo más preocupado. Precisaba encontrar a Tiao para hallar una pista de Lucinda.

Amarró su caballo en una rama retorcida y espinosa y salió a la búsqueda del hombre. Sabía que él, conforme conversaciones anteriores, se ocultaba dentro de una piedra cuya entrada era difícil de ser vista por quien se hallase de fuera, sin los ojos afilados que solo la vida en el agreste sabía adiestrar.

Macedo, con todo, procuró una elevación del terreno para tener una vista un poco más amplia y vislumbrar donde, allí en los alrededores, podría haber un conjunto rocoso que permitiese ocultarse a alguna persona.

Identificó más adelante, las puntas agudas de algunas piedras desgastadas por el calor diurno y por el frío de la noche, dirigiéndose a ellas a pasos largos.

Las rodeó en busca de una entrada, pero no la halló. Parecía que eran celadas por la madre naturaleza para que nadie las pudiese invadir en la intimidad de sus estructuras.

Giró nuevamente y una vez más, mirando la formación de rocas marchitadas por los artistas minúsculos de la naturaleza, representados por hongos y bacterias, que imprimían en las entrañas duras los diseños y trazados que el

talento inusitado del Creador les hubiera dado, pero no encontró ninguna abertura.

Encontró marcas por el suelo como si por allí alguien hubiese pasado hace algún tiempo no muy definible.

La ausencia de lluvias dejaba las marcas en el suelo por mucho tiempo, lo que dificultaba su evaluación. Mas por el volumen de ellas, junto de los excrementos de animales, se tenía nítida certeza de que, por allí se hallaba el escondite del bandido Tiao.

Resolvió gritar más alto, llamándolo por el nombre y los apodos conocidos en la intimidad de la convivencia. Nada le fue respondido. Ningún ruido además de los del propio ambiente le trajo la certeza de que su comparsa no estaba allí.

Sintió necesidad de volver para su casa y, más tarde, al caer el día, regresaría para encontrar a Tiao y conversar con él personalmente.

La incerteza y la conciencia culpable pasaron a dominar sus pensamientos de tal modo que su revuelta contra Luis y Armando, los mentores intelectuales de aquel movimiento que había resultado en la desaparición de Lucinda, se transformaba en verdadera obsesión. Debería salvarla para tornarse su benefactor y conquistar su confianza.

Sin embargo, como no podía aun encontrarla, juró que

encontraría a los dos bandidos que habían hecho toda aquella confusión, metiéndose en la vida de las personas sin respetar el espacio de cada una de ellas.

Él, Macedo, se vengaría personalmente de Luis y Armando, encontrando en eso una forma de perdonarse por haber planeado la infelicidad de la joven amada. Se rehabilitaría al presentar al jefe a aquellos hombres que se habían evadido con certeza para que no fuesen vinculados directamente a la acción ilegítima representada por el ataque a la casa del general. No descansaría mientras no los encontrase.

Aprovechándose de su periodo de descanso, resolvió circundar las tierras en las cuales Carolina fuera detenida y como se hallaba despojado de las vestiduras de oficial, no sería identificado con facilidad por aquellos servidores ignorantes y desatentos.

Solo estuviera allá una única vez, días atrás, vestido a carácter, en su uniforme de militar, en la compañía de otros soldados y se quedara poquísimo tiempo. Nadie tendría como observarle la fisonomía para identificarlo directamente.

Seguro de eso, imaginó pasarse por algún interesado en conversar con Luis y Armando a fin de que pudiese obtener informaciones sobre el paradero de ambos.

Sería así, de forma astuta y bien planeada que iniciaría la búsqueda de aquellos que, según su visión, eran los únicos y

verdaderos responsables por la desgracia de su corazón, por el peso de su conciencia, por el sueño que tuviera, por las sombras que lo perseguían, por la desdicha de su comandante. Haría que los dos hablasen y, al mismo tiempo, pagasen por lo que habían hecho o ayudado a hacer con sus ideas belicosas.

Tan pronto llegó a la propiedad, descendió de la montura y se hizo notar por el empleado negro que cuidaba de las plantas del jardín fronterizo a la casa grande.

Inmediatamente atendido por aquel humilde hombre, fue llevado directamente a la presencia del capataz que quedara responsable por la casa, en la falta de la joven.

Para hacerse pasar por persona de buenos propósitos, cumplimentó con respeto y jovialidad a todos, como si no le generase repulsividad tener que hacerse íntimo de criaturas que juzgaba estar muy debajo de la propia dignidad personal.

Se identificó como amigo de Luis, de los tiempos de estudiante y pretendía saber noticias de él, ya que supiera que se había casado y no tuviera tiempo de complimentarlo personalmente. Informó que, en el período en que estuvieron juntos, eran partidarios de las mismas ideas de libertad y felicidad para todos, lo que los aproximara aun más.

Observando la disciplina de la hacienda – continuaba él diciendo melifluo – veía que Luis pusiera en practica todas sus ideas sobre las cuales construía los propios ideales. Sin

esclavos, con hombres libres trabajando la tierra, pudiendo plantar las propias rocas, etc.

Con eso, fue ganando la confianza del ingenuo capataz que, por sus modos blandos y pacientes, era el elegido por el propietario de la hacienda para ordenar y dirigir los destinos de la propiedad en su ausencia.

Severino, como se llamaba, no reconociera en aquel visitante, al mismo hombre que aprehendiera a Carolina, ya que todo en él era diferente de aquel otro, arrogante, altivo, autoritario.

Así, confiante, él pasó a relatarle los detalles de la vida de aquel que era considerado amigo de juventud. Con eso, Macedo pudo descubrir cual era el destino de los dos, cuando habían partido y cuando pretendían regresar.

Además, según Severino le informara, después de la prisión de Carolina, él propio remitiera un portador para llevar pequeña nota de la moza para su marido y padre, apresurándole el regreso que, según sus previsiones, estaría por ocurrir dentro de uno o dos días, dada la distancia entre la capital y la hacienda.

Macedo, que se identificara con otro nombre, agradeció la atención, la buena conversación, se disculpó por no poder quedarse en la propiedad, esperando por el amigo ausente, ya que tenía compromisos inaplazables a cumplir, mas dejaba

recuerdos al compañero de idealismo juveniles.

Agarró el sombrero, cumplimentó a Severino con cortesía, montó su caballo y retomó el rumbo a la ciudad.

Al final, como él pensaba, ahora tenía cosas muy importantes y compromiso inaplazable a cumplir, el cual era, el de prender a aquellos bandidos secuestradores de aquella que era la personificación de su amor.

Se anticiparía a ellos en el regreso, para que no tuviesen tiempo de llegar a la propiedad rural. Prendería a los dos en las curvas del camino que eran obligados a hacer para llegar hasta allí. Tenía poco tiempo y precisaba reunir ayuda para no verse en inferioridad numérica delante de aquellos que debería prender.

No diría nada al general Alcántara, pues deseaba prender y obtener las informaciones en primer lugar, a fin de buscar a Lucinda personalmente, presentando el caso solucionado, con la recuperación de la hija del comandante y con la presentación de los culpables por toda aquella situación para que fuesen castigados.

Sería doblemente héroe a los ojos de su jefe. Esta idea luminosa espantó el recuerdo del sueño que tuviera en el día anterior y que le mostraba las consecuencias de los actos mezquinos.

Dios ayuda a todos, pero apenas diminuta parte de las criaturas sabe entender la ayuda divina en sus vidas y aprovecharlas a tiempo para evitar el propio sufrimiento. Macedo no era una de esas diligentes criaturas.

30

La prisión de los líderes

Dando vacío a sus ideas de persecución y al desespero por encontrar a la joven amada, no fue difícil a Macedo agrupar a algunos ayudantes asalariados por algunas monedas y que irían con él a anticiparse a la llegada de los procurados Luis y Armando, a fin de prepararles una emboscada.

Una vez que no pretendía tornar tal hecho conocido de los demás colegas del cuartel, se sirvió de personas de dudoso carácter que conocía y que utilizaba para realizar pequeños delitos sin que fuese identificada la autoría.

Reunidos en un lugar retirado de la ciudad, Macedo

expuso el plan:

- Vean. Los dos bandidos están llegando por la región por estos días. Preciso prender los responsables por el secuestro de la hija del general y, como los viajeros saben donde ella se halla escondida precisan ser presos para contar donde está el escondite.

- Pero eso es fácil, capitán – habló el más experimentado de los hombres.

- Puede ser, Lorenzo. Pero ustedes no deben regatear con los cuidados. Preciso de esos hombres sin ningún maltrato. Deben prenderlos y todo lo que estuvieren cargando con ellos. No importa cuanto tiempo ustedes queden esperando, alternense, pero no dejen escapar a estos hombres. Mis informaciones no fallan. Están por llegar y no deberán demorarse.

- Puede dejar con nosotros, Capitán. Usted nunca se decepcionó con nuestro servicio. No va a ser ahora.

- Eso es verdad, Lorenzo. Tengo un día más de permiso y estaré en mi casa. Si hasta allá ustedes prenden a los dos, mande a alguien a llamarme. Pero cuide de no decir a nadie de que se trata. De todo eso, solo yo puedo saber, ¿entendió?

- Si, señor, entendí todito... – respondió el servidor de la ilicitud.

Macedo se apartó regresando a su hogar, en cuanto los bandidos se apostaban en las curvas del camino, preparados para el fiel cumplimiento de las ordenes recibidas. Al final, no deseaban fallar en el cumplimiento de lo que les fuera determinado por Macedo, a quien ya debían otros favores y de quien habían recibido la promesa de algún pago.

Armados con sus cuchillos, facoes y algún arma de fuego, quedaron al acecho ocultos entre el ramaje contorcido por el calor.

Es importante decir que los caminos de aquella región eran muy sinuosos y desprovistos de las garantías y de las condiciones de las estradas abiertas por las maquinas modernas. Allí, en aquel agreste, no eran más que lechos secos de riachuelos o de trillas constantemente recorridas por animales y que iban abriendo pequeño carrero en el suelo, demarcado por los golpes de los cascos. Eventualmente, de distancia a distancia, una pequeña posada o pueblo interrumpía el curso natural de la picada como forma de aprovechar el pequeño flujo de viajeros y de garantizarles algún alimento o reposo, además del cambio eventual de montura.

No mas, el viaje era hecho sin ninguna medida de seguridad a no ser la protección de Dios o de alguna garrucha antigua.

Los viajeros se valían de las horas más amenas,

representadas por la mañana y por el final de la tarde para que pudiesen andar más deprisa sin tener que soportar el causticante calor de las horas del sol fuerte.

Cuando la Luna iba alta y llena en el cielo, muchos se arriesgaban a seguir el viaje noche adentro, haciéndolo apenas en los casos de mayor urgencia.

Así Luis y Armando, habiendo sido sorprendido con la nota de Carolina, que les fuera entregada por el servidor de la hacienda, trataron de regresar de la forma más rápida posible hasta la región con la finalidad de rescatar a la joven.

Viajaron sin las cautelas adecuadas para las incursiones por región deshabitada. Aprovechaban la noche para acelerar el andar lento de las monturas que los cargaban y ganar terreno ya que tenían prisa para llegar al destino. No se preocuparon con ningún tipo de protección. Se lanzaron por los caminos de pecho abierto, apenas con la idea fija de salvar a Carolina de la prisión injusta.

Así, no fue difícil para los tarimbados bandidos liderados por Lorenzo, identificaron a la distancia el trote de los animales en el medio de la noche, caracterizado por el ruido de los cascos en la piedra del suelo seco que se aproximaban constantemente.

Identificada la llegada de sus víctimas, los hombres se posicionaron de forma de cercar a los viajeros, no sin antes

certificarse de que venían apenas los dos y una mula más cargada de cosas.

La prisión no fue difícil. Al verse cercados en pequeña esquina de la trilla los dos viajeros entendieron que no había como reaccionar, ya que eran más numerosos los bandidos y ellos se hallaban sin ningún arma que pudiesen usar de inmediato.

Lorenzo irguió la voz y mandó a que parasen, apuntando un arma en la dirección de ambos. Acto continuo, los demás se aproximaron con sus monturas y fueron amarrando a los dos hombres para que nada hiciesen con las manos o con los pies, brincando de las monturas y corriendo por el medio del matorral seco.

Amarrados y amordazados, fueron llevados por el grupo de Lorenzo para pequeña construcción abandonada localizada en los alrededores de la ciudad y allí quedaron todos esperando la llegada del capitán.

Luis y Armando no tenían conocimiento muy claro de los hechos que habían ocurrido en su ausencia. Estaban indignados con la prisión de Carolina que juzgaba ser un acto más de tiranía de aquel general que combatían y que combatirían con mayor vehemencia.

Nada sabían de la devastación de las tierras de Alcántara, del secuestro de Lucinda, de la prisión de los

rebeldes. Por eso, no tenían ninguna noción de la causa de aquella prisión. Interpretaron tal acto como un impulso más de saqueo que como un acto de aprisionamiento.

Era natural que los viajeros acabasen, una y otra vez, siendo robados en los caminos por hombres que pretendían ganar fácilmente la vida, usando de la astucia y de la propia maldad para sustraer de viajeros indefensos aquello que ellos llevaban consigo.

Por eso, tan pronto fueron presos y antes de ser amordazados, Luis intentó conversar, diciendo:

- Mire aquí, mozo, nosotros no somos ricos y no estamos transportando nada de valor. Tenemos algún dinero pero es poca cosa. Aun así, entregamos todo lo que tuviéramos a ustedes, siempre que nos dejen ir en paz.

- Cierre esa boca, mocito secuestrador de doncella. ¿Piensa que voy a quedar oyendo su discurso de buen rapaz y acabar cayendo en su labia, piensa? Amordázalo a él y al viejo...

La orden fue inmediatamente cumplida por uno de sus ayudantes y los dos acabaron impedidos de hablar o de preguntar cualquier cosa. Solo no sabían a que secuestro el hombre se refiriera cuando respondiera a su propuesta. Él, Luis, no había raptado mujer ninguna. Mucho menos sabía de lo que se trataba ese asunto.

Mas ahora, estaban allí, ensartados en aquella choza sin saber cual era el motivo. ¿Esperaron y esperarían por cuanto tiempo?

El día ya amanecía cuando uno de los hombres de Lorenzo fue a la ciudad a llevar la noticia alvissareira a Macedo.

No demoró mucho y el capitán llegó, entre feliz y eufórico, ansioso y mal intencionado.

- Muy bien, Lorenzo, sabía que usted no me dejaría en la mano. Aquí está lo que le prometí – dijo el militar extendiendo la mano que contenía pequeño saco con algunas monedas que hicieran la alegría del bandido.

- Usted es siempre muy generoso, capitán - fue la respuesta del bandido servicial.

- Nosotros nos entendemos bien, hombre. Mas voy a precisar de su ayuda para arrancar de esos dos la información que necesito. Quiero saber donde está Lucinda para que pueda ir a liberarla y, después de eso, entregaré la hija sana y salva a mi comandante juntoe con estos dos bandidos que serán presos y juzgados para que nunca más se olviden de este día.

Hablando así, los dos presos entendieron que serían sometidos a algún tipo de tortura. Y lo que era más grave, ni

imaginaban por que serían torturados. ¿Qué secuestro era aquel nuevamente mencionado, ahora, por el militar? ¿Qué tenía Carolina que ver con todo aquello?

Macedo determinó a Lorenzo que bajase a los dos hombres de encima de los caballos donde aun se mantenían amarrados y los pusiese en el suelo, mantenidas las amarras y retiradas las mordazas.

Hecho eso con rapidez. Macedo habló sin ningún rodeo:

- Ustedes dos son los mentores de las desgracias que acontecieron hasta hoy en estos parajes. Creyendo que podrían librarse de todo, se apartaron de aquí, mas la justicia no se hace cómplice con la cobardía de ustedes. Va a buscarlos para que sean juzgados. El material subversivo fue encontrado en sus tierras del mismo modo que la maquina de copiar los escritos de ese escritorcito irresponsable. Allá fueron halladas las armas y algunas de las ropas usadas en la invasión de la hacienda del general. Como se puede ver, no hay como negar los hechos o huir de la verdad. Además de eso, todos los presos apuntan a ustedes como los idealizadores del movimiento. Inclusive Mariano que fue quien liderizó la invasión.

Por esas informaciones los dos hombres no esperaban. Invasión, destrucción, todo eso parecía irreal a ambos.

- ¿Pero qué es eso? – dijeron al mismo tiempo, entre la sorpresa y la indignación...

- Ora, eso es lo que ustedes planearon hacer. Pero hicieron más aun y es por eso que están aquí. Yo estoy dándoles una oportunidad de revelar donde se halla el cautiverio de la señorita Lucinda, hija del general Alcántara, que fue llevada por unos hombres encapuchados que ustedes emplearon para el saqueo y la destrucción en el día del ataque.

El silencio pesado cayó en el ambiente.

- No sabemos de nada, capitán. Viajamos antes de que todo eso a lo que usted se refirió hubiese acontecido. Además de eso, no es verdadero que nosotros tuviésemos alguna cosa que ver con tales hechos. Nuestro movimiento es de ideales y no de armas.

- Claro, inocentes criaturas. Las armas encontradas en sus tierras demuestran bien de que tipo de movimiento de ideales son ustedes. Los panfletos arrogantes e insidiosos también demuestran como estaban preparados para la acción. Y lo que es peor: el material que fue aprehendido con ustedes ahora, confirma esa hipótesis de que los dos estaban y están preparando algo más radical. O hablan o van a arrepentirse de no haber abierto la boca a tiempo, en cuanto pueden abrirla sin mayores dolores...

No tenían mucha cosa para decir, ni imaginaban que decir. Luis, con todo, intentó hacerse más claro:

- Señor capitán, lo que nos trajo aquí más rápido fue la prisión injusta de mi esposa Carolina. Precisamos de algún tiempo para que podamos entender todo lo que aconteció en nuestra ausencia, principalmente porque nuestra Carolina, mujer inocente e inofensiva está en su cuartel. ¿Qué hizo ella?

- Ora, moleque, como si usted no supiese... Ella fue flagrada ocultando la impresora de copias, las armas y algunas ropas rasgadas y ensangrentadas de los revoltosos que atacaron, destruyeron, saquearon y secuestraron los bienes y la hija del general. Como ella no quiso entregarlos a ustedes, rechazando revelar donde estaban, ella fue detenida como una persona más envuelta en el delito.

- No es posible... Ella no puede haber hecho nada. No sabe de ninguna cosa. Nunca participó de ninguna reunión, de ningún encuentro nuestro. No tiene idea de lo que venga a ser un secuestro y no hace mal ni a los animales más pequeños de la hacienda...- respondió Armando, rompiendo el silencio.

- Eso es lo que veremos, ya que podrá salir sana si revela donde está Lucinda. Lo mismo podrá acontecer con ustedes dos. Si dijeran donde Lucinda está, sin ocultar nada, no sufrirán ningún constreñimiento. Mas, si no dijeran lo que preciso saber, tendrán que ser convencidos a hacerlo.

- Pero como ya dije, capitán, nosotros estábamos viajando. No sabíamos ni que Carolina había sido presa, si no fuese porque uno de los antiguos esclavos nos fue a encontrar

allá en la capital con una nota escrita por ella misma... ¿Cómo vamos a saber donde Lucinda se halla mantenida presa?

Luis y Armando sabían que su situación estaba quedando más y más delicada, pues no podían decir nada en vista de nada saber. Principalmente por imaginar que la hija del general se hallaba desaparecida. Él usaría a Carolina para intentar sacar de ambos, costase lo que costase, todas las informaciones.

Macedo intentaría eso antes, usando de otros argumentos, los argumentos de la ignorancia y de la violencia, como si no fuese él mismo, Macedo, el agente causante de todos los hechos sucedidos.

¿Deberían esperar la benevolencia de aquel hombre truculento o inventar alguna mentira para despistarlo? En su interior, ambos sabían que sufrirían mucho a partir de allí.

Lorenzo preparaba los instrumentos que usarían para retirar de ellos las informaciones necesarias, a costa de la carne abrasada por el metal incandescente. Era Macedo que quería andar al frente de los hechos para hallar la moza y, entonces, casarse con ella.

El desespero íntimo asombró la mente de aquellos dos seres indefensos delante de los verdugos agresivos que avivaban las llamas para que ellas enrojecieran las tenazas con las cuales pretendían extraer las noticias que ellos no poseían.

Donde la ignorancia se concentraba, allí se concentraban también sus métodos, no importando fuese en el cuartel o en la casucha abandonada. La violencia es siempre uno de los pocos métodos de la ignorancia.

31

Cada uno en su lugar.

En el cuartel, Alcántara dejara a Carolina en desesperación, detenida en los exiguos aposentos, habiendo determinado que fuesen disminuidas las raciones que serían la única fuente alimentaria de la joven.

Comenzaría un proceso de convencimiento a través de la carencia y del hambre. Sería la nueva forma de tortura física y moral, ya que Macedo no estaba por allí para traer otro tipo de tortura, más directa y brutal, como eran sus hábitos.

A su lado estaba el espíritu de Luciano, siempre astuto, procurando dar seguimiento a su intento de destrucción.

Los lazos fluídicos entre ambos se tornaban siempre más apretados, una vez que el general no alteraba nunca su manera de pensar y de sentir, no dejando ninguna brecha para que el espíritu de Euclides pudiese intervenir con un pensamiento de perdón y de compasión.

Principalmente después de Lucinda haber sido raptada, el sentimiento de venganza y de desespero nublaron todo el buen sentido y la lucidez del militar. Eso lo arrastró para el límite entre el equilibrio y la alucinación.

Eventualmente se sorprendía hablando solito por los corredores del cuartel, gesticulando con la sombra, oyendo voces, teniendo pesadillas.

Su estado de aflicción sin control comenzaba a producir heridas físicas, una vez que el bienestar orgánico depende y se halla vinculado íntimamente al equilibrio mental y afectivo.

El desespero le minaba las fuerzas, agravado por largo período de sembraduras nocivas, acumulando en su atmósfera individual emanaciones de odio y rencor provenientes de innumerables otras criaturas que perjudicara. Los pensamientos de los que veían sus entes queridos aprisionados en el cuartel, el miedo que él esparciera, las persecuciones espirituales de otras entidades de lo invisible que se hacían cómplices con el deseo de Luciano de hacer justicia, todo esto empeoraba su estado general.

Mientras tanto, Mauricio seguía cumpliendo su papel en medio de aquel caos.

Prestaba atención a los heridos, llevaba remedio a los más convalecientes y, a todos los que aceptasen su palabra,

hablaba de la Justicia Divina como siendo el único elixir que vitalizaba cualquier recuperación, tornándola más acelerada. En vista de su aptitud conciliatoria, fue permitido que saliese de su celda y tuviese transito razonablemente libre por las dependencias del cuartel, hasta porque él cuidaba con el mismo cariño de los propios soldados y oficiales.

Envuelto por el espíritu de Euclides, Mauricio seguía enfrentando el desafío de ayudar a los que lo persiguen y los que hacían la infelicidad de muchos otros.

Luego, consiguió pequeño ambiente para realizar sus predicas al final de cada día. Para oírla eran conducidos algunos enfermos y tenían igualmente acceso cualquier militar que desease participar. Con eso, podría evaluar el tenor del mensaje que el joven médico pasaba durante sus explicaciones.

Mas lo que ocurría era que, mientras algunos iban para fiscalizar el contenido del discurso, la elevación de los conceptos envolvía las ideas de todos y, de una forma o de otra, nociones de responsabilidad fraterna, de confianza en la bondad suprema, de certeza de que nadie está abandonado iban dando nuevo aliento a cada corazón. Cada soldado frustrado con la vida que llevaba, con la familia distante, sin amparo, oía la canción luminosa salida de los labios del médico como farol que orienta su jornada.

Luego, Mauricio pasó a ser procurado por muchos que se interesaban por esa nueva forma de entender las cosas, lo que

era novedad en el lugar en que vivían.

Con su acción, ocurrió una mejoría general del ambiente. Muchos se recuperaron de las heridas y pudieron ser devueltos a sus hogares por no tener un involucramiento más directo y profundo de los hechos. Quedaron detenidos, entre tanto, todos los que tuvieran efectiva participación en el ataque a las tierras de Alcántara, además de estar buscando la prisión de Luis y Armando que, a esa altura ya habían sido encontrados por Macedo, mas estaban en lugar distante de allí, ocultos de todos para que el capitán tuviese las informaciones antes que cualquier otro.

* * *

Distante de aquella pequeña comunidad, Lucinda se veía a la vuelta con Salustiano ciego y paralizado, viviendo en la choza improvisada.

Envuelta por el espíritu de Euclides, la moza pasara a ser el ángel guardián que a todo amparaba con el cariño de su espíritu adiestrado para tales operaciones.

Hacía la comida, arreglaba la casa, cuidaba de Salustiano, encorajaba su ánimo y sabía que precisaría dar un rumbo diferente a aquella situación para que el tratamiento médico de que él necesitaba fuese iniciado. Más tarde o más temprano, Lucinda precisaría sacarlo de aquel sitio aislado y sin recursos.

Para eso, era necesario demandar una ciudad con mayores recursos. El viaje, con todo, debería ser muy penoso. ¿Será que Salustiano aguantaría?.

Con esas preocupaciones, Lucinda se dirigió al enfermo y comentó:

- Sabe, señor Salustiano, estoy pensando que usted no puede quedar así, sin ayuda o sin medicamentos porque esa enfermedad precisa ser tratada. Puede ser cosa que tenga vuelta, que mejore y nosotros estamos parados, sin ningún recurso. Por eso, pensé en retirarnos de aquí para un lugar mayor. ¿Qué piensa usted de la idea?

Oyendo esa pregunta que demostraba tamaña preocupación genuina y sincera, el secuestrador, ahora víctima, se emocionó hasta las lágrimas y respondió:

- Ora, moza, deje de lado mi estado y vaya para su casa. Yo no valgo para gastos de viaje...La señorita es joven y debe estar con nostalgias de su familia. Es justo que tome su rumbo.

- Eso yo lo voy hacer, si, señor Salustiano, cuando pudiera tener la certeza de que va a estar bien amparado, porque yo solo estoy mejor debido a los cuidados que usted tuvo conmigo. Solo por causa de ellos es que sané. Para que pueda volver para mi casa tranquila y en paz, preciso dar a usted todo lo que pudiera ofrecer. Si estuviéramos de acuerdo y si

pudiéramos ir juntos en búsqueda de ayuda, eso me va permitir regresar para mi casa, después de encontrar el apoyo para su tratamiento. Tan pronto reencuentre mis entes queridos, iré a buscarlo nuevamente para cuidar personalmente de usted, porque mi padre es hombre agradecido y hará cuestión de acoger a aquel que le salvó a la hija de la enfermedad, del hambre.

- Sabe, doña Lucinda, yo no merezco nada de eso, no. Soy un traste viejo que quedó resecado de tanto andar por estos lugares secos. Mas ahora que estoy ciego y que mal andar yo consigo, no puedo tener otra voluntad sino aquella que sea la suya. No sé como es que podemos conseguirlo, pero si la señorita cree que es bueno, daremos con el modo de hacer lo correcto.

- ¡Ah! Que bueno, señor Salustiano. Yo tengo certeza de que Dios va ayudarnos a salir de aquí. Yo hasta ya estuve pensando en como hacer. Escuche mi plan.

Y acto continuo, pasó Lucinda a relatar al enfermo, la manera como pretendía salir de allí:

- Primero, señor Salustiano, yo voy a improvisar una especie de cama, como ya vi hacerla allá en la hacienda de mi padre, atando dos pedazos de madera largos en el arreo del caballo, uno de cada lado, bien amarrados. Después nosotros colocamos su red y amarramos el tejido en las dos maderas, haciendo como una de aquellas camas de compañía que mi

padre usa mucho en los ejercicios militares. Allí, usted se acuesta en ella y nosotros vamos hasta el primer poblado para conseguir otra montura para transportarlo. Con eso, nos informamos del rumbo que debemos tomar para encontrar un sitio que pueda tratarlo a usted, aunque tengamos que ir hasta la capital.

- Es una buena idea, doña Lucinda. ¿Será que va a resultar?

- ¿Por qué no ha de resultar, señor Salustiano? Yo solo voy a precisar de su ayuda para ir indicando el rumbo que precisamos tomar para llegar al primer poblado.

Mientras oía esto, Salustiano pensaba que, ahora, ciego y sin movilidad, pudiera ser identificado por cualquier persona sin que pudiese hacer nada para impedirlo. Cualquiera podría llamarlo por el antiguo nombre y revelar su identidad, corriendo el riesgo, con eso, de ver revelada toda la trama de su maldad a los ojos de aquella que era su única benefactora. Un frío recorrió toda su columna, como si él anteviese el propio dolor por el hecho de que su mentira acabara descubierta por aquella que él pasara a respetar y a querer como a una hija.

Nada podía hacer, todavía. Pediría apenas que ella arreglase un sombrero bien grande para protegerlo del sol y, al mismo tiempo, para esconderlo de los curiosos durante el viaje. En el fondo, Salustiano estaba preocupado en esconderse de sí mismo, con recelo de que su pasado perjudicase su presente.

De ese modo, pasaron los días en la preparación de la cama improvisada, ella, haciendo el trabajo pesado y él, dando ideas, orientando como ella debería hacer para construir el lecho.

Después de construido, tuvieron que hacer una prueba para que supiesen si estaba bien firme y si aguantaría recorrer algunos kilómetros hasta el primer campamento que encontrasen a lo largo de la trilla.

Todo preparado, Lucinda amontonó las cosas más valiosas y útiles sobre la montura, ayudó a acomodar a Salustiano y partieron por entre los arbustos resecaos y tuertos, en dirección de su futuro, con el paso lento de aquel animal cansado de tanto transportar personas por entre los espinales.

Salustiano iba dando alguna información a Lucinda que, sobre el caballo, viraba para acá y para allá, con el cuidado de quien maniobra una carga muy delicada. Procuraron salir bien temprano, antes mismo de que amaneciese, para aprovechar el frescor de la madrugada.

Cuando el día llegó pleno, ya habían caminado bastante, siguiendo el camino que Salustiano indicaba como si no hubiese perdido la visión, tal era su conocimiento de las tierras de aquellos parajes.

Después de haber caminado por más de tres horas, Lucinda avistó a lo lejos la cumeeira de algunas casitas, indicando que estaban próximos de su primer objetivo.

No era, con todo, la posada acostumbrada en la cual Salustiano-Tiao era muy conocido y donde, con toda certeza, sería reconocido. Por el rumbo que orientara a Lucinda, Salustiano llevara la pequeña caravana y en una propiedad rural muy modesta, mas que era habitada por algunas personas generosas y que, sabia él, no opondrían resistencia a ofrecer ayuda para que la jornada siguiese adelante, a partir de entonces con dos monturas.

Tan pronto se aproximaron, Lucinda avistó a una mujer que extendía ropa sobre una cuerda a fin de quedar expuestas a la luz solar.

Pronto se aproximó y saludó a la mujer con palabras de estima y simpatía, en lo que fue correspondida con la espontánea sinceridad de las criaturas que ayudan viendo bondad en todo y en todos.

Oyendo de Lucinda su historia con la cual quedó extremadamente sensibilizada, no fue difícil a la mujer convencer a su marido a ofrecer una montura para que el enfermo pudiese llegar más deprisa a su destino. Y viendo la preocupación de Lucinda en el tratamiento de Salustiano, aconsejó:

- Sabe, mi hija, por el estado general de él, solo procurando recursos en la capital. El viaje es un poco largo y cansativo, mas usted va parando por el camino y, a lo largo de una semana, un poco menos, acabará llegando allá. Yo le voy a entregar alimento para que tengan que comer y ustedes llevan unas pocas monedas que nosotros tenemos aquí para esas emergencias. Ellas ayudaran en una hora de dificultades. El día que pudieren, ustedes devolverán eso en beneficio de alguien más sufridor porque, en la Tierra, los bienes solo tienen una función: Servir al hombre haciendo por él alguna cosa. La moneda es redonda para que pueda rodar, ¿No es así, hija?

Esa acogida sincera y buena, propia de los que habitan los medios desdichados de las regiones del agreste, sensibilizó a los dos viajeros que, agradecidos, no tenían como traducir en palabras el cariño de aquella mujer extraña y, al mismo tiempo, tan conocida de sus corazones por la bondad que nutría en lo íntimo.

Renovadas en sus provisiones de alimento y de agua, ahora con una montura más para el transporte de Salustiano de forma más confortable, retomaron la caminada con el nuevo rumbo que fuera sugerido por la generosa señora tan pronto el Sol permitió enfrentar el camino, después de haber amainado sus rayos más causticantes del medio de la tarde.

Siguieron su nuevo rumbo, en cuanto los otros personajes tenían sus caminos también vinculados por el sacrificio.

* * *

Luis y Armando se hallaban ahora, separados, amarrados y desesperados.

Con una barra de metal enrojecida por el fuego y que era manoseada por Lorenzo en la presencia de Macedo, los cuerpos de los prisioneros comenzaban a sufrir los procesos de tortura más viles y cobardes, indignos hasta de ser descritos, en vista del patrón negativo de las imágenes que serían creadas en la mente del lector.

Con gritos y gemidos, iban siendo heridos teniendo la epidermis marcada por la tortura.

- ¡Habla, criatura, desembucha pronto!!! – gritaba Lorenzo, estimulado por Macedo.

- Yo no sé de nada, ya dije. Yo no sé dónde fue a parar esa moza – gritaba Armando en cuanto Luis oía todo entre el desespero, la rebeldía y el dolor.

- Claro que sabe, es bueno ir hablando para no acabar muriendo por su culpa – respondía sarcástico el verdugo.

- Eso es cobardía – grito Luis – deja ese hombre viejo de lado y hagan conmigo lo que están haciendo con él. Yo juro por todo lo que es más sagrado que no sabemos de nada.

¿Ustedes quieren que la gente invente? ¿Qué la gente cuente una mentira? – rugía el mozo, preso entre las amarras y sintiendo el olor de carne quemada que pairaba en el aire.

- Si miente es peor para usted, porque no tiene ningún payaso por aquí, ¿tiene? – preguntó Macedo irritado con la amenaza del rapaz, dándole un puñetazo en pleno rostro, provocando el sangramiento de su nariz y de los labios.

Inmediatamente se formó un edema por causa de la fractura sufrida con el impacto directo de la mano pesada del capitán sobre el rostro desprotegido de Luis.

- Si no dicen donde está Lucinda, no va a salir nadie vivo de aquí hoy. Y esta gente va a comenzar a apagar al viejo primero.

Al ver que los bandidos no estaban para conversaciones y muchos menos para juegos, Luis jugó su última carta, como forma de salvar la vida de su suegro a quien mucho debía:

- Está bien, yo hago la revelación de lo que sé. Pero con una condición.

- ¿Que condición es esa, traste? – gritó Lorenzo.

- Yo solo hablo en presencia del general Alcántara. Si él no estuviera presente, ustedes pueden matarme, matar a Armando, matar a todo el mundo pero no va a saber nada.

Delante de esas afirmaciones, Macedo pasó a meditar sobre las ventajas que conseguiría en llevar al general un hombre que pudiese dar informaciones nuevas sobre el paradero de su hija.

Pensando fríamente, sería una forma de mostrar al general su diligencia que consiguiera prender a los principales responsables en apenas un día y extraería de ellos informaciones importantes, aunque a costa de procedimiento doloroso.

Reflexionando en el respeto que conquistaría junto de aquel hombre atormentado, Macedo halló por bien llevar a los presos hasta el cuartel y colocarlos en la prisión personalmente, antes de ir a llevar las buenas noticias al general, lo cual las habría de recibir como esperanzas renovadas, principalmente por el hecho de que uno de ellos se disponía a hablar directamente al propio general.

Como capitán, sería visto como un militar diligente y responsable, capaz de capturar perseguidos aun mismo en su horario de descanso.

Tanto Luis como Armando estaban en un estado lastimable, casi irreconocibles, en vista de las agresiones y quemaduras sufridas.

Cuando dieron entrada en el cuartel, bien al final de la

tarde de aquel día, transportados por Macedo y por Lorenzo, no pasaban de dos prisioneros más arrasados y heridos cuyo destino se igualaba a la de tantas otras víctimas por las arbitrariedades de aquellos hombres de uniforme que, deseando a todo costo encontrar pistas de Lucinda, esparcían la desesperación entre los miembros de la comunidad que les competía proteger.

En aquella noche, dos nuevos presos estarían bajo los cuidados de emergencia de algún médico. Al final, los dos precisaban sobrevivir para que fuesen juzgados y para que indicasen todos los detalles de lo que sabían.

32

La desencarnación de Armando.

No obstante haber sido traídos para el cuartel, los dos prisioneros se encontraban extremadamente debilitados por causa de las agresiones recibidas.

Tan pronto llegaron al interior, fueron conducidos por Macedo a compartimientos mal ventilados y poco higienizados, una vez que innumerables presos ocupaban los demás espacios.

En verdad, aun heridos y necesitados de cuidados urgentes, ambos fueron abrigados en antiguas cuadras otrora destinadas a los animales usados como caballerizas, convertidas

de improviso en lugar de aprisionamiento.

Les fue ofrecida pequeña ración alimentaria y un pote de agua para que saciasen la sed. Sus ropas estaban hechas harapos debido a la tortura soportada anteriormente y los dolores se esparcían por el cuerpo sin evitar cualquier región física.

Para que no tuviesen oportunidad de confabular, ambos fueron colocados en lugares separados y dejados sin mayor cuidado inmediato, en cuanto Macedo se dirigía hasta el gabinete del comandante para presentarse a él, después del encerramiento del tercer día de descanso, buscando sondearle el estado íntimo y evaluar como estaban las cosas en su ausencia.

No encontró a Alcántara en el sitio de costumbre.

El general estaba nuevamente bajo los cuidados de Mauricio, pues las crisis de alucinación habían vuelto, principalmente después de la conversación con Carolina y con el desespero se apoderó de su constitución emocional. Aprovechando de esa debilidad, nuevamente el espíritu de Luciano se aproximaba, de esta vez trayendo más compañeros de odio, representados por los espíritus que se hallaban vinculados a las víctimas detenidas por él o a su mando en las dependencias de aquella unidad militar.

Si, porque todos los espíritus se hallan en situación evolutiva diferente unos de los otros. Algunos que procuraban

aproximarse de sus parientes encarnados, en la condición de antiguos genitores, esposas o hijos desencarnados, presenciaban la violencia que estaba siendo practicada contra ellos y, por falta de estructura espiritual más esclarecida de algunos de ellos, la revuelta y el deseo de venganza se instalaban en su interior.

Aprovechando eso, Luciano procuró reunir todas las entidades que se igualaban en el mismo patrón vibratorio de odio y de persecución para, en una clase de astucia, exponerles sobre el responsable, el causante de todo aquel sufrimiento, trazando una estrategia de revide o de venganza.

Para eso, en la mañana de aquel mismo día, Luciano visitara todos los encarnados en las celdas del cuartel para evaluar cuales espíritus que estaban allí, próximos a ellos, estarían en condiciones de aceptar su invitación. Como notara la existencia de espíritus junto de los encarnados en posición de indignación o de revuelta clara, como alguien que convidara a los que le oían las palabras para una reunión importante, se colocó en medio del ambiente para que fuese visto por todas las entidades, elevó la voz, conclamándolos:

- A todos los que están aquí presenciando la desgracia de un ente querido; a todos los que están llorando los dolores sin remedio de algún inocente; a todos los que sienten las injusticias cometidas contra el corazón de un hijo o de un pariente amado o un amigo yo convido para que a las tres horas de esta tarde se dirijan para el comedor del cuartel, pues serán

esclarecidos sobre quien es el responsable por toda esta injusticia y como hacer para defender a estas víctimas inocentes de todo esto que está aconteciendo. No dejen de comparecer.

En otras celdas hacía un abordaje personal y directo, hablando abiertamente sobre la necesidad de atacar al agresor, buscando convencer a la entidad espiritual invigilante y de cierto tenor de inferioridad e ignorancia sobre la urgencia de actuar.

Lo cierto es que, en el comedor, casi una centena de espíritus en acelerado estado de ignorancia y de deseo de venganza se reunían para oír su exposición.

Viendo platea tan rica, Luciano paso a relatar todos los hechos, resaltando siempre que la responsabilidad por todo lo que estaba aconteciendo recaía, en primer lugar, sobre Macedo y sobre Alcántara, que eran los mandantes y los agentes de los abusos. Otros responsables existían, representados por oficiales subordinados a la maldad, recalcados en el proceso de mandar y exigir obediencia y por otras patentes inferiores o simplemente integrantes del grueso de la tropa que eran embrutecidos por culpa de la vida de frustraciones a que eran sometidos. Todos culpables merecían recibir la misma carga de persecuciones. Pero a los jefes, Luciano pretendía refinar las desdichas inflingidas.

Así es que, observando el grado de indignación que se iba exteriorizando de cada uno de ellos, en el curso de lo que

iba contando, Luciano escogió un grupo de diez espíritus más endurecidos para convocarlos al trabajo directo de persecución, tanto al general como al capitán, lo que se constituyó en una verdadera distinción para cada uno de los escogidos, como si hubiesen sido condecorados.

Tendrían el privilegio de atacar a los causantes principales, lo que le sería una honra.

Establecido y planificado el modo de actuar, todos los integrantes se dispersaron volviendo para sus compañeros los encarnados y, de allí por delante, iniciando un proceso de influencia más profunda sobre cada uno de los integrantes de aquel cuartel que estaban siendo instrumentos del mal y de la tiranía, manipulando los castigos.

Luciano condujo a los diez elegidos para que conociesen sus objetivos.

Encontraron a Alcántara en su gabinete, en aquella tarde, en profundo abatimiento e iniciaron el procedimiento de involucramiento más íntimo inmediatamente.

Se pegaron al militar, aprovechando todas las aberturas de su pensamiento y de su personalidad invigilante para emitir más y más intuiciones negativas, aumentando la presión psíquica sobre su ya debilitado estado emocional.

Esa aproximación más densa, aliada al proceso de

dominio que Luciano ejercía con destreza sobre aquel hombre hicieron que la crisis desencadenase pocos minutos después. Adoptando la postura de un enfermo que perdió el control de su cuerpo. Alcántara tuvo un síncope y cayó al suelo, en un estruendo que despertó la atención de los otros que se hallaban en la sala vecina.

Al llegar para ver lo que ocurriera, los subordinados se espantaron con el estado físico del general.

Inconsciente, se hallaba caído en el suelo en posición retorcida, presentando una secreción blanquecina escurriéndole por el canto de los labios, al mismo tiempo en que emitía sonidos guturales a la manera de bicho del matorral deliraba y, una que otra vez, se mecía por entero como si quisiese liberarse de ataduras invisibles que lo forzaban a quedar en aquella posición. Sus ojos viraban en las orbitas y el estado general impresionaba.

El joven médico, Dr. Mauricio, ya conocía todo eso y fue llamado de inmediato.

Atendido y transferido para sus aposentos personales. Alcántara fue amarrado al lecho para que de él no cayese y recibió medicamentos calmantes.

Al mismo tiempo en que orientaba personalmente el proceso de ataque al general, después de explicar a los nuevos comparsas espirituales como continuar la acción, Luciano dejó

allí a siete de ellos, convidando a otros tres a seguirlo, pues procurarían a Macedo.

Cuando todo eso aconteció en el período de la tarde de aquel día, allá en el cuartel. Macedo aun no había llegado y se encontraba en las ruinas de la periferia de la ciudad dando vacío a sus instintos animales, con la tortura de sus dos prisioneros.

Los espíritus llegaron justamente en la hora en que Macedo participaba de las acciones de violencia que redundaron en el abofeteamiento cobarde de Luis.

Viendo el tenor vibratorio de los agentes del mal, las entidades vibraron por estarse uniendo con facilidad a un hombre igualmente sin escrúpulos a quien perseguían con denuedo y furia, haciéndose merecedor, el capitán, de toda la carga de odio que los tres espíritus guardaban en su interior.

Macedo tenía las puertas interiores abiertas de par en par para la influencia del mal, en vista de su sintonía vibratoria.

Su unión era con la arbitrariedad y la violencia. Luego, la arbitrariedad y la violencia le darían la merecida respuesta.

Cuando Macedo volvió al cuartel, trayendo a los dos prisioneros, ya no estaba más solito. Ya tenía a tres espíritus densos más que le eran acompañantes juntamente con los otros que reuniera por fuerza de sus propios disparates.

Al procurar al general para hablar de las buenas noticias en el final de aquella tarde, este se encontraba incomunicable, bajo remedios sedativos, impidiendo que Macedo le revelase las novedades. Tendría que hacerlo en el día siguiente o en el día en que su estado general mejorase.

Mientras tanto, procuró recogerse más temprano, ya que fuera un día lleno de experiencias y, a lo que todo indicaba, sus planes estaban dando resultado. En breve, el general sabría donde estaba la hija escondida, y eso, gracias a él, Macedo, que no desistiera un solo minuto de encontrarla.

En las celdas, entretanto, las cosas no iban bien.

El desgaste físico de los enfermos era flagrante y el más viejo de ellos, Armando, ya presentaba señales de que no resistiría por mucho tiempo aquélla situación. Su epidermis dilacerada sangraba en varios puntos. Uno de los huesos del brazo se había fracturado al peso de los golpes soportados durante la tortura.

La fiebre se instalaba y no había cuidado que pudiese minimizar, en breve, la agonía que de él se acercaba. Armando daba señales de que no duraría mucho tiempo.

En cuanto Macedo cuidaba de sí mismo olvidándose de los propios prisioneros, acostumbrado a tratarlos como despojo de batalla, la falencia de los órganos en un cuerpo como el de Armando, más desgastado por la edad y por las agresiones

recibidas, se instalaba con rapidez inusitada.

En verdad, el espíritu de Euclides velaba por su estado orgánico, exactamente para ampararlo en el proceso desencarnatorio que se había iniciado.

En vida anterior, Armando fuera ejecutor de algunas ordenes violentas emanadas de sus superiores, en institución religiosa de que hiciera parte, ordenes estas que, si no eran de su responsabilidad inmediata, eran cumplidas por él con excesos de perversión y de capricho, recibiendo, así, la adhesión de su espíritu para que las víctimas acabasen sufriendo mucho y más demoradamente.

Así se vio en la situación del individuo que se hizo cómplice con la maldad, habiendo aprobado su vigencia entre los hombres o no habiendo hecho casi nada para atenuarle la incidencia. Y por los mecanismos de la reparación forzada así como para el perdón de su propia conciencia, Armando se dedicara durante la vida a buscar implementar un estado de mayor justicia entre las personas, aunque en la condición de señor de esclavos, al punto de haber transformado su propiedad, no más en prisión de torturas, mas si en un lugar de libertad y trabajo a quien así lo desease. Estaba realizando sus compromisos reedificando la parte que le cabía en el edificio de la paz universal. Por fin, como verdadero albalá que le atestaba la victoria final, soportó el hierro en brasa y todas las demás técnicas de convencimiento por la violencia sin rebeldía. Estaba revestido de una convicción sin precedentes en la hora de aquel

testimonio personal. Sobre él, luces del cielo descendían como para ayudarlo a vencerse a sí mismo, dando pruebas de su dignidad de víctima silenciosa, que es abatida en el martirio que solicitó para demostrar el propio coraje.

Euclides, el médico espiritual, se acercaba a él, juntamente con otros trabajadores iluminados que le eran muy queridos iniciando todo el procedimiento de retirada de su espíritu de aquel cuerpo que ya no permitía más la manutención de la vida física. Los pases magnéticos específicos procurando el debilitamiento de los centros de fuerzas vitales iban debilitando los núcleos físicos, acelerando la degeneración orgánica provocada por las heridas.

Sintiendo la aproximación del desenlace, Armando volvió a una cierta lucidez y pudo recordarse de Carolina, su hija querida, entregándola a Dios, rogando que el Padre, que tuviera tanta compasión de él, hombre pecador, ahora pudiese amparar aun más a la hija que quedaba en el mundo sin su protección directa.

Se recordó de su yerno, Luis, igualmente herido y preso, compañero de ideales y en el cual encontraba todo el estímulo para la realización de sus proyectos de forma total. Era su yerno, mas era también un modelo para todo aquello que siempre deseo realizar y no tenía mucha idea de cómo conseguirlo.

Oró por el amigo y por el hermano de luchas y

conquistas. Las lágrimas le lavaban el rostro.

Se recordó de los negros felices, con los ojos que brillaban delante del pedazo de tierra que recibían como siendo su propiedad y agradeció al Creador haber recibido de ellos tantas cosas cuando él mismo diera tan poco.

Jamás encontrara entre los blancos de su gente dedicación y humildad como pudiera observar en innumerables negros que vivían en casitas sencillas, construidas con las manos callosas del trabajo en el labrado.

Sintiera una nostalgia profunda al recordarse de todos ellos, sus verdaderos hermanos de humanidad a quien procuraba defender y proteger contra las injusticias de los otros hombres. Ofrecía a Dios y a Jesús, como prueba de su amor sincero, cada lágrima que había secado en el rostro oscuro de aquellas criaturas. Cada simiente que ellos habían producido para transformarse en alimento allí mismo donde era cosechado, manteniendo la salud del cuerpo de los niños, reponiendo la energía gastada por el trabajo arduo de los adultos, serenando el hambre del estómago de los viejos.

Ahora llegara la hora de volver a la vida verdadera y nada más tenía que llevar consigo, sino la alegría de la conciencia que se esforzó para hacer lo mejor que pudo, en una época de tantos preconceptos. Una canción melancólica, casi un lamento cantado por los hermanos negros llegaba a sus oídos. Era la música que cantaban para recordarse de la tierra que

habían dejado cuando fueron cazados por los civilizados hombres blancos. Era la canción que todos los esclavos entonaban para recordarse de la tierra perdida, de las raíces arrancadas, de los sueños postergados, del lugar que les perteneciera un día y para donde, estaban ciertos de que volverían.

Era una música melodiosa y calmada, emocionada y dulce que llegaba en su memoria como embalarle el regreso para casa. Oía las voces de los negros que cantaban como en las fiestas de la hacienda. ¿Sería el recuerdo de los buenos tiempos? ¿Sería la memoria que le afloraba ahora, más lúcida que antes?

Confuso, Armando se preguntaba si era hora de recordarse de aquellas fiestas, cuando estaba tan débil.

Lo que acontecía, entretanto, era que allí, en aquella cuadra de animales oscura y maloliente, se descortinó un cuadro de belleza indefinible. Una gran coral de negros agradecidos al corazón generoso de aquel hombre bueno se erguía en un cántico de gratitud a Dios por aquel hermano que regresaba a la antigua morada.

Era la canción que cada uno de ellos ofrecía cuando encarnados en memoria del hogar perdido y que ahora, allí de manos dadas, todos ellos cantaban, por el compañero que volvía al hogar.

Eran niños, mujeres, hombres, viejos, todos vistiendo la piel oscura de su última existencia, que hicieron cuestión de traer la gratitud de sus corazones para entregar, en la forma de canción de arrullo, a aquel que les diera una vida de dignidad y respeto.

Esa era la música de que Armando se recordaba. Su espíritu semiliberado comenzaba a escucharle los acordes, creyendo tratarse de un recuerdo del pasado.

No, Armando, era el pasado que se recordaba de usted y se transformaba en presente para tapizar de flores su futuro. Era usted que regresaba a la antigua patria como un luchador que no se entregó al desespero y venció una etapa más de la jornada.

Los espíritus benefactores levantaron los ojos a los cielos y agradecieron a Jesús la posibilidad de haber transformado aquel ambiente en un pedazo del paraíso celeste.

Todos guardaban la emoción de aquella melodía sincera, cantada no más con la voz de la garganta, mas sí con las cuerdas del corazón.

En la medida en que la melodía se iba intensificando en belleza y en intensidad, una luz cristalina pasó a irradiarse en aquel ambiente, como si las paredes se hubiesen transformado en cristal que permitía que la claridad del día que, a aquella altura, iba amaneciendo, penetrase en aquel aposento de manera

que producía una policromía desconocida por los hombres.

Y en la intensidad luminosa del canto de aquellas almas agraciadas por el sublime don de la gratitud, fueron cortados los últimos lazos que prendían a Armando al cuerpo físico, ahora renacido para la verdadera vida.

Las manos generosas de un antiguo negro viejo a quien Armando tratara como un verdadero padre mientras estaba en vida, se extendieron para recibir al recién llegado en el abrazo del corazón amigo y que no se olvidó del pasado.

Armando miró los contornos del rostro del viejito y reencontró a su gran amigo Eliseo, el negro de sus confidencias de joven, que supiera guardarle todos los secretos, que le diera prueba de humildad que jamás él encontrara antes, que le enseñara a ser bueno de verdad, por el ejemplo de bondad que sembrara en su corazón.

- Eliseo, mi amigo, que nostalgia...- dijo Armando entre lágrimas de un llanto convulsivo.

- Mi señorito Armando, aquí estoy para servirle nuevamente – dijo el viejito humilde, besándole las manos. – Vamos, hijo, a conocer la hacienda de Dios juntos.

Y se ausentaron dejando para atrás un rastro luminoso que subía en la dirección del cielo de la mañana radiante de un nuevo día que se anunciaba.

33

Las
explicaciones
de Mauricio

La muerte de Armando pronto fue conocida por todos los militares que se hallaban destacados en el cuartel. Tal hecho produjo en el espíritu de Macedo una sensación de arrepentimiento que hasta entonces él no había sentido de forma tan intensa, a no ser cuando pensaba en su participación en el caso de Lucinda.

Tan pronto se dio cuenta de lo ocurrido y de las circunstancias que cercaron el desenlace, el capitán ordenó que el cuerpo fuese llevado para ser enterrado fuera de los límites de la ciudad y en la calada de la noche, ya que no pretendía que esa muerte acabase atribuida a la responsabilidad de los militares.

Para no levantar sospechas sobre su participación personal, dijo no saber de quien se trataba y que debería ser alguien sin importancia y que llegara hasta allí por una emboscada en la cual fue herido mortalmente.

Eso bastaba para que no se hiciesen más preguntas sobre la cuestión. Armando dejara de ser Armando y tendría su cuerpo sepultado en cualquier lugar como si fuese un indigente.

Mientras tanto, Luis se hallaba en tal debilidad física resultante de las heridas recibidas que causaba temor en cuanto a su estado general.

Después de la desencarnación de Armando, el capitán

Macedo determinó a los médicos militares que cuidasen del prisionero, pues él era la pieza más importante en el descubrimiento del paradero de la hija del comandante. No obstante, transferido para la enfermería, él debería ser mantenido bajo vigilancia constante para evitar que huyese. Debería ser impedido de hablar con cualquier persona que él, Macedo, no autorizase.

El joven prisionero estaba prácticamente inconsciente.

La agresión física sufrida durante la tortura le había fracturado algunos huesos de la cara además de degenerar buena parte de los tejidos de los brazos, costillas y piernas en vista de las quemaduras. Luis ni siquiera sabía de la muerte de su suegro Armando, pues estaba en estado de total enajenación, sin ningún recurso de la medicina a su disposición.

Tan pronto fuera encaminado para la enfermería del cuartel, precisó ser totalmente vendado, con la aplicación de linimientos en las partes quemadas de la piel de la misma forma que para preservar la cara maltratada y que sangraba constantemente.

El tratamiento médico impidiera que Luis tuviese el mismo destino del otro prisionero, propiciándole algún alivio para los dolores muy fuertes que venía soportando y que lo llevaban al desmayo.

Macedo, a pesar de compungido con el destino de

Armando por atribuirse alguna culpa por el estado de abatimiento físico, no se veía como responsable consciente por las desgracias que venían ocurriendo. Acreditaba estar cumpliendo su deber en la búsqueda de la solución del secuestro de la mujer tan deseada por él.

Y mientras Alcántara no volviese a mejorar de la crisis que lo abatiera nuevamente, Macedo no descansaría para que el principal culpable por la situación, aquel subversivo del orden, no acabase muriendo antes que fuese presentado al comandante.

* * *

En los aposentos del general, las cosas no iban muy bien, a pesar de los esfuerzos del médico que lo atendía, Dr. Mauricio.

Era él el único que sabía entender los procesos de aquella extraña enfermedad y, por eso, el único que conseguía alguna mejoría en el estado general, mientras tanto los demás practicantes de la medicina no tenían ninguna visión espiritual sobre la enfermedad extraña que abatía a aquel hombre.

No obstante los conocimientos del Dr. Mauricio, él no estaba obteniendo mucho progreso en las tentativas de controlar los surtos de desequilibrio.

Ahora, innumerables entidades se presentaban durante

los momentos de inconsciencia del general, dominándole las facultades mediúmnicas en desajuste, para acusarlo, ofenderlo, prometer venganza, lo que generaba inmenso desgaste en su estructura física.

Mauricio conversaba con ellas de manera muy serena, envuelto por el espíritu de Euclides que lo auxiliaba siempre, mas la mayoría de ellas no deseaba oírlo.

Al mismo tiempo, Alcántara no poseía ningún merito para que alguien, en el Mundo Espiritual, le abogase la causa, rogando la intersección superior para atenuarle el sufrimiento. Aun era muy pobre, pues poco hiciera por los otros y lo que hiciera, generalmente, fuera para perjudicar a alguien.

Por todo eso, el sufrimiento seguía dominando las fibras de aquel espíritu rebelde y acostumbrado a distribuir desdicha de forma fría y calculada.

Viendo tales condiciones empeoradas, Macedo procuró conversar con el Dr. Mauricio para entender lo que ocurría. Después de acercarse a él en forma discreta y sin la presencia de otras personas, lo interrogó:

- La situación del general no ha mejorado como las otras veces. ¿Qué está aconteciendo, doctor?.

- Es verdad, Capitán. He observado que los surtos de delirio e inconsciencia se han alastrado de forma más profunda

y, si otrora, había apenas la manifestación de una única inteligencia que le venía a cobrar, ahora son varias, todas ellas deseando la venganza.

Un escalofrío recorrió toda la espina del militar.

- ¿Cómo es eso, doctor? ¿Qué es eso de la inteligencia que viene a cobrar? – indagó Macedo, en una mezcla de interés y recelo.

- El general está debilitado por motivos propios de la situación emocional abalada. Su organismo, sea por estar en proceso de debilitamiento, sea por no guardar el habito de la oración o de la elevación de pensamientos a Dios, no posee las protecciones adecuadas contra el asedio de espíritus que procuran revidar los males soportados.

- ¿Pero eso entonces es cosa del diablo?

- No, capitán. El diablo está en la imaginación popular como si fuera una personificación del mal. Mas si pensamos bien, con lógica y corrección, Dios no sería bueno si hubiese creado un ser tan abyecto y, lo que es peor, devoto para hacer el mal eternamente o por lo menos en cuanto no llegara la hora del Juicio. Eso no sería obra del Amor Divino. El mal es la ausencia del Amor propiciada por la ignorancia. Imaginemos un campo. Podríamos decir que la hierba dañina que, a nuestra vista no sirve para ninguna cosa, es planta nefasta para los intereses del agricultor. Este posee las simientes que producirán

mucho y le retribuirán el esfuerzo con una vasta cosecha. Sin embargo, después de tener el suelo preparado, el agricultor resuelve, por pereza, por falta de interés o de celo, dejar el campo entregado a la inercia. No da continuidad a la sementera y, si siembra alguna cosa, no se preocupa en cuidar de la tierra posteriormente.

Entregado a la ausencia de amor del agricultor perezoso, la tierra vuelve a ser lugar donde las hiervas nativas se instalan, sofocando las pocas simientes que él lanzó en el suelo. Eso no es obra del demonio. El matorral crece por falta de la acción vigilante del hombre que debería disciplinar la tierra, sembrar y proteger la simiente. No nos olvidemos, no obstante, de que la hierba que llamamos matorral inútil es planta revestida de mucho valor y que, todos los remedios que los hombres producen y producirán, acaban teniendo su fundamento vinculado a los poderes curativos de algunas de esas hojas que nacen espontáneamente. Vea que, hasta aquello que surge al acaso y que, en la visión humana, es nocivo, por ser obra de Dios trae la marca divina en su destinación. No está allí por ser mala. Mala ha sido la interpretación de los hombres sobre las cosas.

Todos los seres son creados y poseen atributos del Creador a ser desarrollados por las sucesivas experiencias.

El labrador malo y prejuicioso, podrá contar solamente con zarzas y nada más. Aunque posea poderes curativos, ellas no le servirán para matar el hambre del estómago o para

enriquecerle el cofre. Ofrecerán en su estado rudo y primitivo, la espina que hiere la piel y rasga la ropa, el gusto amargo que causa extrañeza al paladar, la apariencia grosera de hojas cascudas y retorcidas.

Es lo que está aconteciendo con el general.

Él está visitando el propio pomar, transformado por él en tierra inculta. Él poseía las simientes en abundancia. Sin embargo, por no desear emplearlas según el mejor criterio, de justicia, de corrección, de equilibrio y sabiduría, dejó que las hiervas dañinas se irguiesen en el terreno. Y tales hiervas son espinosas, cascorentas y amargas, mas no dejan de tener alguna utilidad. Son los espíritus que se levantan como injusticiados y que, después de la muerte, por continuar vivos, vuelven para reclamar de los malos tratos recibidos, como el matorral que se yergue de la cova, en la tierra cultivada como diciendo al agricultor: yo soy fruto de su imprevisión, soy la simiente que usted escogió.

Así, en vista de las condiciones de debilidad emocional y de percepción más agudizada, el general está a merced de sí mismo, precisando enfrentar a todos los que desean acertar las propias cuentas, erróneamente juzgándose con derechos de jueces. Sin ser jueces, todos estos espíritus tienen una utilidad. Con su amargura, con su agresividad, no dejan de ser una especie de planta medicinal cuyo poder de curar se manifiesta a través de su gusto amargo, de su apariencia repelente, de su estructura desordenada. De ese modo, Dios permite que el verdugo se prepare para descubrir los efectos de la propia

maldad, conociéndola en la piel para, quien sabe, por escogencia personal y arrepentido por el hambre que este teniendo que pasar, resuelva volver al terreno que abandonó, volver a preparar el suelo, lanzar nuevas simientes y llevarles el cultivo hasta el final.

Estas inteligencias a que me referí son aquellas que perecieron y que llevaron consigo las marcas de la crueldad, de la injusticia y del odio, dejadas en sus espíritus por las manos o por las ordenes o aun por los planes de este hombre, actualmente indefenso, mas que no pasa de víctima de sí mismo.

Macedo oía estarrecido y en silencio tumulario.

Todo aquello era verdad, él lo sabía. Al final, era el ayudante más allegado y que se locupletaba de todas aquellas trapaças y violencias, cuando no era él mismo quien las practicaba. Se vio más angustiado delante de aquellas consecuencias.

Se recordó del sueño que tuviera y de las sombras que lo trataban como si esperasen sus ordenes.

El capitán estaba sudando frío. Al mismo tiempo, mientras se iba colocando en el problema que, ahora, pasaba también a ser suyo, su conciencia iba despertando para la realidad de sus actos. Por más que hiciese esfuerzo, allá dentro una voz lo acusaba de todo aquello como un cómplice que

merecería el mismo peso de la venganza.

Tales pensamientos eran producidos por su mente e iban siendo formados alrededor de su estructura física, en aquello que se conoce como atmósfera espiritual de cada uno de los encarnados.

En esa región que se exterioriza alrededor de cada ser humano, quedan registrados nuestros más íntimos pensamientos, las nuevas venturas e ideas, como también las ideas nefastas e indignas, como si fuesen un aparato en los moldes de la actual televisión, pero que cuenta con recursos plásticos y de resolución aun no igualados por la más moderna técnica televisiva. Por eso, los espíritus pueden asistir en nosotros a todo lo que se pasa en nuestro interior o a todo lo que nos causa alegría o tristeza.

Macedo daba señales claras acerca de la debilidad de carácter a que se exponía, al mismo tiempo en que se sentía en la condición de merecer el mismo destino que veía fuera vivido por el general.

Sintió mucho miedo y se acusó de cosas hasta mucho peores, por haber sido siempre él el agente físico de las ordenes nocivas.

Ese miedo y esa acusación íntima hicieron que las entidades que Luciano había destacado para acompañarle los pasos y actuaran contra su persona, se enterasen de cómo

proceder y, tan pronto Macedo se vio en la condición de deudor piorado recordando los recuerdos de cada caída moral, con la conciencia agravada por la culpa, los lazos fluídicos de los perseguidores espirituales se apretaban alrededor de su mente, asimilándose recíprocamente.

Macedo, que se sentía culpable y se consideraba candidato a peor destino que el de Alcántara, ahora estaba más unido a los verdugos que venían a cobrar por la omisión y por la acción nociva que él mismo ejerciera.

El capitán también tenía su seara abandonada, en la cual hiervas dañinas se erguían para mostrárseles a él como sus únicas compañías.

De ese modo, los espíritus pasaron a gritarle a los oídos espirituales acusaciones aun más duras, reforzando en él la idea de desgracia a la que estaría igualmente condenado. Se sentía muy mal con todo eso y parecía que un peso inmenso le constreñía el pecho, masacrándolo como si una montaña le hubiese venido a morar en el corazón.

Por causa de la brecha mental, de la culpa consciente y de no comprender la bondad de Dios, aceptó de buen grado el estado de víctima de los espíritus malévolos que no pasaban de encarnados que sufrieron sus arbitrariedades.

De ahí en adelante, Macedo no iría a tener descanso.

- Sabe, doctor, esa conversación me está haciendo mucho mal. Yo no estoy sintiendo buena cosa. ¿Cómo es que eso mejora? – preguntó el capitán, a la espera del remedio a través de la palabra del medico.

- El remedio, señor, está siempre en la conciencia recta y en el deber cumplido de la mejor forma y dentro de los patrones para los cuales cada uno fue convocado a dar lo mejor de sí para los otros. La oración es la mejor terapia para que nos liberemos de esas amarras negativas. Con todo, infelizmente, la mayoría de las personas en ese estado, acredita que la oración sea un proceso que pueda ser atribuido a otras personas, incumbiéndose a otro para que ore por ella. O entonces, creen que se trata de un ritual que debe ser observado mecánicamente, sin otra participación a no ser la del cuerpo de carne, sin cualquier engranaje del espíritu. Por eso, la mayoría procura las agremiaciones religiosas de todo tipo, pensando en incumbirlas de resolver los problemas que solo en cada uno puede haber solución encontrada. Comparecen a los diversos cultos externos, portando el lodo en el corazón y la superficialidad en el pensamiento. Esperan la terminación del culto, mirando sucesivamente en el reloj para ver si consiguen acelerar los minutos. Reclaman del calor, del frío, de la cantidad de personas, del ruido, de los asientos desconfortables o de la demora. Después de terminar el procedimiento ritual, salen aliviados como si hubiesen orado a Dios. Mas siguen frustrados por no sentirse mejores o por no haber oído las respuestas que solucionarían las cuestiones de fuero íntimo que continúan corroyéndoles por dentro.

La oración a que me refiero como la mejor terapia no es esa. Es la oración íntima, silenciosa y modesta, oculta y solitaria que hacemos siempre que precisamos desahogar, conversar, agradecer o pedir a un Padre muy generoso y dulce aquello que necesitamos o la bendición que alguien está precisando. No precisa de iglesias o de intermediarios.

Al hacer eso, elevamos nuestras vibraciones en dirección a lo Alto y de lo Alto desciende sobre nosotros dadivas aumentadas por la misericordia celeste que procura siempre hacernos caminar por el camino de la bondad, aunque hayamos sido criaturas degeneradas e indignas de cualquier ayuda en el concepto de los hombres.

Dios nunca desiste de sus hijos.

Macedo se admiraba de las palabras de aquel médico mas seguía sintiendo la densidad de la influencia de los espíritus, ahora más próximos y activos, una vez que el capitán se sintonizara con los patrones negativos de la propia personalidad, aceptando, en su interior, las construcciones dolorosas que edificara para su futuro.

Comenzaría a beber del propio cáliz, en el cual reunió amargura y dolor.

Se despidió del médico para dejarlo de vuelta con el general en una más de sus nuevas crisis, en las cuales el

facultativo, mientras iba conversando con los espíritus y procurando orientarlos a seguir trilla nueva, iba también tomando conciencia de la extensión de los crímenes de aquel hombre que desperdiciara su vida, cambiando su bienestar espiritual por cosas sin ningún valor duradero.

Mauricio era el único punto de apoyo con que los espíritus amorosos podrían contar para proteger a los encarnados de la propia maldad cuya ignorancia de que eran portadores producía para cada uno.

Por todo eso, sus facultades de percepción espiritual iban creciendo y tornándose más claras en la medida en que se hacía más ligado al sacrificio por sus hermanos de desdicha y sufrimiento, sin ningún juicio sobre la conducta de los otros.

Hacía lo que dijera al capitán. Daba lo mejor de sí mismo a sus semejantes, cumplía su deber en la forma como fuera preparado para hacerlo y eso le causaba una sensación de plenitud y de invulnerabilidad que nunca sintiera otrora.

Hasta entonces, él era alguien que procuraba a Dios. A partir de allí, él se sentía un pedazo de Dios que atendía al Creador que había dentro de cada uno de sus hermanos.

Sentía nostalgia de Lucinda, más sabía que alguna cosa lo ligaba a ella, donde ella se encontrase.

Esperaría, trabajaría y continuaría orando.

Eso era todo lo que podía hacer en aquel momento. Por eso, debería hacerlo muy bien.

34

Lucinda encuentra el abrigo.

Tan pronto retomaron el viaje, Lucinda y Salustiano procuraban seguir por los caminos que los llevaban hasta el destino previsto de forma más lenta y pausada, ya que la parálisis de su acompañante impedía que cabalgasen velozmente.

A lo largo del trayecto, Salustiano sabía que aquella moza representaba el último hilo que existía entre él y el mundo externo, más también ella era el primer liame de él con los días del futuro.

Con su compañía dulce y generosa, Salustiano aprendiera en tan poco tiempo lo que innumerables años de vida desordenada no le habían enseñado. En vano se recordaba de las lágrimas de sus víctimas a quien consideraba frouxas y lloronas, sin que se sensibilizase.

Era siempre temido o maldito. Nunca fuera considerado como persona o amado por alguien como estaba siendo tratado por Lucinda. Mas sería el último viaje juntos. Después de aquél

trayecto, se apartaría de la joven pues ella, naturalmente, retornaría al camino de casa, reencontrando los entes queridos.

Sus pensamientos se tornaban tristes como si la despedida se aproximase aun más a cada curva del camino.

Lucinda, por su vez, también seguía envuelta por pensamientos de nostalgia, recordando la tierra de sus juegos, recordándose de su padre, anhelando reencontrar al joven médico, Dr. Mauricio, a quien tanto era agradecida por las innumerables lecciones que de él recibiera y que hiciera que la vida tuviese otro sentido.

También en su interior, el sentimiento de amor por el joven facultativo se erguía sereno y firme, sabiendo esperar para que pudiese ser concretizado.

A lo largo del trayecto, hacían diversas paradas, descansando durante las horas más calientes del sol escaldante y aprovechando la brisa de la mañana o del fin de la tarde para avanzar en dirección a la capital de la provincia. A lo largo de algunos días esta se tornaba cada vez más próxima en vista del aumento del movimiento en los caminos.

Sintiendo esa aproximación, Salustiano se entregó a una apatía propia de aquellos que no desean que los hechos se concreten.

La moza, percibiendo ese estado, procuró sacarlo de la

tristeza, buscando conversación.

- Vamos ya, Sr. Salustiano, no esté más así, callado y de mal humor. Al final Dios nos ayudó mucho permitiendo que viniésemos hasta aquí sin mayores incidentes. Además de eso, su estado físico no puede sufrir muchos golpes, aun más abrigando la tristeza como consejera.

- ¡Ah! Moza, después que todo aconteció, yo soy digno de ser tratado como si fuese escorpión de la peor raza, mas Dios me está castigando, dejando que un ángel bueno me guíe los pasos... – respondió él enigmático.

- Que cosa fea, Sr. Salustiano. Nadie es un escorpión y mucho menos, ángel bueno. Nosotros estamos ayudándonos para entender como es bueno hacer el bien uno al otro. Si usted no me hubiese encontrado y no me hubiese tratado en la hora en que más precisaba, ¿cómo es que yo podría estar aquí, ahora? Vea solo como usted fue mi ángel bueno, si es así como usted dice. Después que fui ayudada por alguien que ni me conocía y que se esforzó para traerme todo lo que encontraba de mejor para que yo me recuperase, ¿cómo es que haría diferente, si su bondad sembró en mi la misma simiente?.

- ¡No es así, doña Lucinda! Usted es que ya nació buena y me está enseñando a ser diferente del traste inútil que yo fui...

- Sabe, Sr. Salustiano, yo aprendí con un amigo y con los libros que él me prestó, que nadie en la Tierra está

desamparado y que todos nosotros, criaturas pequeñas e ignorantes, padecemos para crecer, sufrimos a fin de que nos conozcamos. Todos los caminos son válidos, desde que haya aceptación y voluntad de aprender. Nosotros recibimos de acuerdo con lo que hayamos plantado con la finalidad de mejorar siempre la cualidad de las semillas. No hay odio en los sentimientos de Dios para con nosotros. Y cuando alguna cosa que nos parece muy errada nos acontece, ahí se manifiesta una faceta más de la ley del universo que devuelve al agricultor, en forma de frutos, la misma cualidad de la simiente que él esparció. Al permitir que eso ocurra, Dios no tiene privilegiados o escogidos. Ama siempre a todos, dejando que cada uno aprenda con las propias escogencias y ofreciendo siempre nuevas oportunidades para que los hombres ablanden el corazón. Por eso, no creo que usted deba sentirse así, tan desanimado. Al final, aunque no haya condiciones de hacer lo que hacía antes, esta experiencia hará de usted un hombre mejorado. Debe haber existido, en algún tiempo de esta vida o de otra vida que usted vivió, una causa, una simiente esparcida por sus manos y que generó esa cosecha.

Salustiano oía tales consideraciones como un niño que comenzaba a encantarse con misterios que, ahora, lo fascinaban más que, antes, nunca fuera objeto de sus pensamientos.

Todo lo que Lucinda le hablaba, era verdad dentro de su corazón. Ese negocio de vivir otra vida no hacía parte de sus reflexiones más comunes, ya que él no tenía por hábito elevarse a cogitaciones filosóficas.

No obstante, la idea de sufrir lo que se hizo sufrir, de sembrar y recoger, todo eso ya él lo había pensado, después que aconteció con él toda esa reviravolta.

- Sabe, doña Lucinda, ese negocio que la niña está hablando me hace pensar. Si para mis sesos quemados por este sol del desierto es medio difícil entender esa historia de vidas pasadas, esa cosa de que cada uno recibe lo que plantó me deja algunas dudas. ¿Cómo es que por aquí, donde la tierra es dura y el sol quema todo, el sembrador puede plantar la mejor semilla que, aun siendo buena, sin el trato, sin la lluvia, sin los cuidados, ella no nace? ¿Y ahí? ¿Cómo es que eso queda?

- Ora. Salustiano, toda sementera está vinculada a las condiciones de comprensión del sembrador. Si él está en un lugar inhóspito y difícil como por aquí, precisará escoger semillas más resistentes, precisará empeñarse más y con más coraje. Ciertamente sudara en bica para retirar las piedras que atravancam el suelo, removerá las ramas espinosas hasta que el lugar esté mejorado. Si quiere coger alimento, plantará alimento. Tratará de encontrar un camino más cerca del agua, hará una pequeña irrigación o hasta traerá agua en la cabaça, a fin de dar condiciones para que la simiente sobreviva. El hecho de ser él un agricultor que fue colocado en aquel lugar difícil ya representa una prueba para sus fuerzas. Sin embargo, aun así, si él pasa en la prueba, al final de la cosecha tendrá comida, pues las leyes divinas se manifestaran con la misma exactitud en beneficio de él.

Así ocurre con nosotros, Salustiano. Ciertas ocurrencias nos ponen en situaciones de lucha y de dolor. Si nosotros desistimos de enfrentarlas, habremos desperdiciado la oportunidad de aprender y de mejorarnos. En cada momento de nuestra vida, las situaciones inhóspitas también nos desafiarán. Con usted fue la enfermedad. Conmigo fue el alejamiento de los míos. Con otros es la pérdida de un ser amado. Con terceros, es la dificultad de ganar el pan. Todos los hombres tendrán su agreste personal para vencer sus debilidades y quedaran más firmes.

Vea solo como Dios es bueno. Andando por estos terrenos empedrados y calientes, nuestra piel se fustiga y sufre.

No obstante, la persistencia genera defensas naturales que hacen de ella algo más preparada para la lucha ruda.

Nacen los callos en el atrito de la sandalia de cuero crudo. Surgen las callosidades en las manos entregadas a los servicios difíciles. Todas no pueden ser consideradas puniciones divinas mas, al contrario, bendiciones del Cielo para que nuestros miembros no acaben masacrados por las inclemencias de la naturaleza o por las exigencias de la vida.

Cuanto más trabaja en el labrado, más callos son producidos por los instrumentos de la lida. Con eso, el trabajo sigue adelante sin tanto sufrimiento. Entender que Dios nos quiere preservar ayudando a cada uno a ser más firme y más

dispuesto es entender que la bondad debe ser vista en todo lugar.

Hasta en el agreste del desierto nacen plantas capaces de curar dolencias. Y hasta por estos parajes, de vez en cuando, la lluvia cae, ¿No es así?

Salustiano balanceó la cabeza medio atontado con tantas ideas mas, al mismo tiempo, con un brillo de admiración delante de palabras como aquellas.

Mas Lucinda prosiguió:

- Por todo eso, cuando hacemos el mal, el mismo patrón de la maldad nos persigue para que entendamos que él nos cobra un precio muy alto por aquello que ya hicimos. Y una vez que no podemos creer que Dios erra, más sensato será considerar que nosotros erramos en algún lugar. Es lo que he pensado. Si no encuentro en mi vida actual, motivos que me haga entender todo lo que he pasado, recurro a la perfección de Dios para interpretar que esa experiencia me será muy valiosa, sea como clase diferente, sea como pago de cuentas por cosas que yo ya hice en otras existencias. Para pagar las cuentas, Dios nos presta nuevamente, a fin de que tengamos recursos para enfrentar a los acreedores. Usted, Salustiano, es uno de esos recursos que Dios me prestó para que pudiese dar cuenta de mis errores de un día. Estar a su lado representa oportunidad de retribuir con gratitud todo lo que usted me ofreció. Y ese sentimiento es tan grande y bello que la persona que lo siente es

la que queda más feliz por sentirlo. A pesar de estar con muchas nostalgias de mi familia, ¿Cómo podría llegar allá de corazón ligero habiendo abandonado a mi benefactor en medio del desierto? ¿Cómo abrazar a mis entes queridos sabiendo que dejé un hermano ciego y paralizado dentro de una choza? ¿Cómo tomar la refección si mi pensamiento me indicaba que había alguien que no estaba en condiciones siquiera de encontrar el propio plato? Al andar con usted a la procura de una posada que le pueda servir de abrigo yo voy descubriendo la alegría de devolver el bien con el bien y eso me hace mejor de lo que yo era. Antes, aun sin ser mala, yo seguía mi camino sin hacer nada o sin preocuparme en ser buena. ¡Ahora, sin ser buena, yo me esfuerzo y me desdoble para que mis actos me convenzan de que no soy tan mala! ¿Entendió la diferencia? La misma cosa ocurre con usted, Salustiano.

Sin esperar que él respondiese, ella continuó:

- Usted se acusa ahora de haber hecho cosas que no debería haber realizado. Dice que es un escorpión, etc.

Vea que ese juzgamiento severo sobre sí mismo solo aconteció cuando usted se dejó tocar por un sentimiento de nobleza. Mientras eso no acontecía, usted hacía el mal creyéndose una persona buena. Ahora que estamos navegando en el barco del sufrimiento, usted descubrió la necesidad de hacer el bien, la alegría de ayudar a alguien, reconociéndose como una persona que no era tan buena cuanto se pensaba.

Que misterio interesante ese, ¿no es así?

Por eso es que Jesús enseñó que nuestro amor solo sería verdadero y pleno cuando consiguiésemos amar a los enemigos, pues para amar a los amigos no hay dificultades, hasta entre los hombres de mala vida.

- Es verdad, doña Lucinda. Y es eso que me da miedo, ahora que voy a estar solito por estos parajes. Sin su presencia y su modo de tratar, no se que va ser de mi. No obstante, hoy yo no soy la misma persona que era cuando hice las cosas erradas. Antiguamente, reaccionaría de modo diferente, mas hoy, con todo lo que aprendí a su lado, aquí estoy con el pecho apretado y lleno de angustia. Y si es verdad ese negocio de pagar lo que se hizo, puede escribir que yo estoy pagando por todo lo que hice en esta vida que ya estoy viviendo. Solo la señora para poder amar a un enemigo porque si yo oyese eso de la boca de cualquier otra persona no lo creería nunca. Usted me hace creer en mi mismo como alguien que puede cambiar. Su gentileza conmigo, su esfuerzo y su dedicación me transformaron totalmente. Hoy yo siento por usted un sentimiento que nunca tuve por nadie. Yo nunca tuve hijos y no sabía lo que era querer aunque fuese a un bicho piolhento. Cuando usted me acogió pude ver como es bueno ser tratado así y me gustó tanto que un arrepentimiento me heló el corazón. Antes, yo no sabía lo que era clemencia. Ahora, tengo necesidad de pedir perdón a todas las personas con quien yo cruzo en el camino. Parece que yo debo mucha cosa para el mundo entero. Una gran vergüenza me hace bajar la vista y siento que mi ceguera fue una bendición

para que yo no mirase más para usted y me sintiese así, tan avergonzado. Ahora no veo a mi benefactora y eso me alivia el peso de tener que sentir su mano guiando mis pasos. Más que una guía de ciego, usted hizo observar a mi alma como estaba errado y era ruin.

- No me está gustando mucho esta conversación. Salustiano. Ahora que estamos llegando, me preocupa mucho su salud y, hablando de esos asuntos, usted acaba más triste que antes. Vamos andar más rápido para llegar a la capital antes que quede muy oscuro. Quiero encontrar el abrigo que nos indicaron para que tengamos donde dormir.

- Es verdad, doña Lucinda. Va ser bueno descender de esta montura. Espero que, cuando estemos más descansados, yo pueda terminar de hablar a usted todo lo que tengo guardado en mi interior y que solamente yo conozco para que su perdón venga a devolver a mi alma la alegría de vivir los últimos días que me restan y para que, allá dentro, yo pueda volver a ver luces que me hagan seguir para el frente fortalecido y arrepentido de todo lo que hice.

Dos lágrimas escurrían por el canto de los ojos vincados de su rostro crestado por el sol y por el tiempo inclemente.

Lucinda comprendía el corazón atormentado de aquel hombre y deseaba que el silencio fuese el mejor remedio para aquella hora de confesiones y de desahogos. Al final, pensaba ella, quien perdió la movilidad y la propia visión, debe sentirse

muy debilitado y triste para abatirse de aquel modo.

Extendería la mano a Salustiano mientras le fuese posible estar con él y solo lo dejaría después que todo estuviese perfectamente correcto y acomodado. Tan pronto retornase para casa, ella procuraría cuidar para que él no quedase al abandono, aun en aquel abrigo que ahora estaban procurando por entre las callejuela de la periferia de la capital que se abría al frente de ambos.

Ella tenía los ojos centelleantes delante del futuro y él tenía los ojos apagados por las deudas del pasado, mas cuyo espíritu brillaba en radiaciones nuevas delante del porvenir.

Llegaron, por fin, al abrigo que les había sido indicado. Otra etapa de la vida de Lucinda y de Salustiano iría a comenzar para el crecimiento de ambos.

Aquello no era un abrigo. Era un deposito de gente en desespero que, de tanto sufrimiento, no tenía más fuerzas para seguir adelante y se quedaba inerte y alienada de todo.

En aquel tiempo, no había por allí ningún otro lugar que sirviese de amparo a ese tipo de desgracia.

Era un galpón lleno de camas toscas, en el cual se combinaban hombres y mujeres en todos los estados de degeneración física, mantenidos precariamente por un pequeño grupo de hermanas de caridad sin recursos. Allí se recogían

más de cien criaturas que tenían que ser tratadas una a una por apenas cuatro mujeres, verdaderas heroínas de la renuncia.

Algunos enfermos eran alucinados y estaban amarrados en la cama.

Otros tenían la piel lacerada por la tan temida lepra. Decían hasta que algunos integrantes de la nobleza de los tiempos áureos del pasado, ilustres representantes de la sociedad, se hallaban desfigurados en aquellos catres totalmente olvidados por los familiares, con sus nombres ocultados para que jamás fuesen recordados o conocidos.

Por causa de eso era tan difícil encontrar ayuda en la comunidad y las cuatro mujeres se entregaban a todos los riesgos para seguir con la obra de amor sacrificado a que se habían hecho devotos.

En una cocina rudimentaria eran hechas las refecciones y cada una de ellas tenía que turnarse para dar de comer a gran parte de los enfermos. Los que conseguían trasladarse, al oír el tintinear de pequeña campana se dirigían para los bancos donde recibirían la refección. Aquellos trapos humanos parecían visiones salidas de alguna región tenebrosa. Allí se aliaban la desgracia que era vista con la desdicha que era vivida, la pobreza y el abandono que eran flagrantes, con el hedor nauseabundo que era exhalado en el ambiente mal ventilado.

Los que no andaban o que estaban amarrados,

precisaban ser alimentados uno a uno y acababan comiendo apenas una vez por día, pues no había tiempo para recibir otra refección.

Eran apenas cuatro ángeles de Dios celando por el infierno de los hombres.

Lucinda entró y quedó horrorizada. Sus ojos sensibles de señorita jamás habían presenciado tamaña desdicha entre las criaturas humanas.

Fue recibida por una de las hermanas que vino a atender a su solicitud en un pequeño compartimiento separado, oyéndole el drama personal desde el comienzo, con paciencia y atención, mientras Lucinda terminaba el relato, con la solicitud:

- Hermana, venimos de muy lejos y mi acompañante está ciego y paralizado por una mordida de algún bicho ponzoñoso. Él no tiene condiciones de estar en otro lugar por ahora. Mi padre es el general Alcántara y, tan pronto yo pueda regresar a casa, volveré aquí para buscarlo con la ayuda de otros hombres designados por mi padre.

- Sabe, hijita, - dijo la hermana Augusta, aparentemente la responsable por aquel abrigo – su historia me conmueve el corazón. No obstante, venga a ver como es que estamos aquí. Si hay lechos para los desamparados, no poseemos más que ocho brazos para ayudarlos. Ya sobrepasamos los límites para la atención y no encontramos ninguna ayuda de nadie para que, al

menos, los hermanitos aquí abrigados puedan tener un tratamiento digno de un ser humano. Por todo eso, no tenemos condiciones de recibir ese nuestro hermano, no porque no lo amemos, mas porque no podemos contar con más nadie además de nosotras cuatro.

Hablando así, la hermana Augusta tomó del brazo a Lucinda y entró con ella en el salón muy amplio y precariamente mantenido para que ella constataste como sería deshumano para con los enfermos y para con ellas mismas, traer un enfermo más para aquel deposito de sufrimientos.

Paseó con ella por aquellos caminos como quien visita una galería de terror. Aquí alguien preso al lecho y amordazado para que no gritase. Más adelante un hombre entregado al desespero de la alineación trayendo en el rostro las marcas de la lepra que le corroían la nariz de forma inclemente. En la cama al lado, una mujer de cabello desarreglado que se balanceaba y decía cosas desconexas.

Todos ellos eran la mascara de la desgracia.

Su corazón quedó arrasado. No podría abandonar a Salustiano en la calle. Precisaba colocarlo en aquel abrigo.

¿Cómo hacerlo? Mirando aquel cuadro, se emocionó. Sus hermanos olvidados, los mismos que allí estaban viviendo en la desdicha mientras ella cuidaba de la mansión en su hacienda, era la acusación muda de su propia conciencia. Sus

acreedores estaban allí. Los acreedores de su afecto que soportaron tanto tiempo la indiferencia de los hombres, inclusive la de ella, deshaciéndose en vida, en la condición subhumana.

Lucinda lloraba. El espíritu de Euclides estaba allí, al lado de ella, igualmente emocionado por la reacción sensible de su alma delante del sufrimiento. Desde hace mucho, Euclides era responsable por la atención espiritual de aquellos enfermos que nunca tenían médicos encarnados o remedios.

Ellos precisaban mucho de ayuda. Aquellas mujeres, verdaderas discípulas de Jesús, estaban exhaustas. Y aun exhaustas, eran dulces y cuidadosas con cada enfermo.

Misterios de quien ya había aprendido a amar como ellas, que vivían el amor sin precisar de él.

35

Lucinda encuentra su destino

Aprovechándose de ese momento de elevación emotiva, Euclides envolvió a Lucinda en un abrazo, uniendo su energía a la de la joven a través de tenues hilos luminosos y, con la diestra brillante, apuntó directamente para el plexo cardíaco como si sus manos espirituales fuesen a tocarle el propio

corazón físico.

Su claridad penetró en todos los rincones íntimos de Lucinda y el pensamiento del espíritu amigo repetía:

- Usted precisa hacer alguna cosa. Ellos precisan de sus manos...

Sin entender exactamente lo que estaba aconteciendo, Lucinda miraba para todos los lados atónita y angustiada. La hermana Augusta pidió permiso, pues precisaba acudir a uno de los enfermos amarrados que acabara de entrar en crisis, teniendo un ataque nervioso que demandaba cuidados para que no se extendiera en una reacción en cadena, alcanzando a otros enfermos que siempre se abatían o pasaban a gemir o gritar junto con él.

Aprovechándose del estado temporal solitario de la joven, Euclides continuaba su conversación mental:

- Hija, vea tanto sufrimiento a nuestro frente. Son nuestros hermanos de hace milenios y, también hace milenios, son los que han recibido de nosotros solamente indiferencia. Mientras usted pasaba la vida entre los cuidados del padre y el celo de la pajes que mucho le querían, estas criaturas se iban extenuando sin ningún remedio para sus desdichas. Dios la trajo aquí por causa de un hermano muy enfermo. Mas él la trajo aquí para que despertase y conociese cuantos precisan de usted. No solo Salustiano. Todas las hermanas, trabajadoras que están

sirviendo en el límite de sus fuerzas, también precisan. En los momentos de oración que realizan, podemos oírles las rogativas para que el Padre envíe a alguien más a fin de que pueda ayudarlas. Y, respondiendo a todas las oraciones, Dios la mandó a usted. Vea, Lucinda, ¿cómo salir llevando a Salustiano con todos los problemas que hoy repercuten en su cuerpo? ¿Cómo abandonar a ese hermano aquí dentro y salir corriendo, indiferente? ¿Qué sería de él, que sería de las hermanas y que sería de todos los otros?.

Lucinda no oía con los tímpanos, mas sus pensamientos, en perfecta afinidad con Euclides, iban registrando todas estas indagaciones.

Al mismo tiempo en que seguía teniendo todo este tipo de cogitaciones, pensó en Mauricio, el joven médico a quien amara con extremado afecto y con quien pretendía reunirse. Su corazón precisaba de él y él fuera el responsable por su despertar para muchas cosas que, ahora, eran las únicas que tenían sentido en su mundo.

- ¡Ah! Que nostalgias de Mauricio... pensaba ella con el corazón apasionado. ¿Cómo quedarse por ahí si mi interior pide que vaya a buscar al ser amado?

Conociendo el corazón humano, Euclides identificó las emanaciones del pensamiento enamorado e, igualmente, le respondió por las vías de la intuición espiritual:

- Su amado no la olvida tampoco. Sin embargo, él sigue entre el trabajo y el sacrificio y, aunque usted volviese, por ahora no podría estar al lado de él mientras él no cumpliera con lo que le cabe, de la misma forma que a usted compete una realización de gran importancia para su proyecto evolutivo. Yo le prometo que, aceptando caminar adelante y postergando su regreso por causa del Amor de Cristo que usted esparza a Salustiano, a estas monjas y a todos los enfermos de aquí, rogaré a Dios por el amor de ambos y pediré al Padre permita unir a Lucinda y a Mauricio, para siempre. Por ahora, compete esperar y servir, como él está haciendo.

Una sensación de calma y seguridad surgió en lo íntimo de la moza como si una gran laguna, fría, oscura, repentinamente se llenase, entibiada.

Euclides, entonces, en pensamiento, pasó a hacer a Lucinda una solicitud con el cual pretendía convencerla, para siempre, sobre la necesidad que Dios tenía de colocarla allí, junto de todos los sufridores.

- Lucinda, vea esta mujer a su frente. Mire hacia ella, piense en la desdicha por la que está pasando. Es mujer como usted. Ya amó y perdió todos los afectos en la vida. Vea el estado de su semblante. Los ojos vitrificados dando noticia de un corazón que se enfrió por falta de calor humano. Converse un poco con ella. Vamos, siéntese en la cama y converse...

Repentinamente, Lucinda pasó a fijarse en aquella vieja

que allí se balanceaba sentada al lecho, agarrada a las sabanas enrolladas sobre su cuello. ¿Quién sería ella? Será que ella respondería? Parecía alienada... pensaba la joven.

Sacó coraje y, se aproximó, se sentó más cerca de la mujer de cabellos desarreglados y dispersos.

- Hola, mi amiga, - dijo Lucinda, acariciándole los cabellos sucios.

- Hola, moza. ¿Usted quiere jugar en mi columpio? – respondió la enferma, demostrando su estado de alineación.

- No, puede jugar con él. Usted parece que le gusta mucho mecerse...

- ¡Ah!, eso es verdad. Era muy bueno cuando yo podía hacer eso en aquel columpio que mi marido construyó para mi sujeto en el árbol del frente de nuestra casa, allá en la hacienda... – dijo ella entristeciéndose con el recuerdo.

- Ora, que bueno recordar las cosas buenas. ¿Dónde está su esposo?

- No se para donde fue él. De vez en cuando él viene a verme. Está siempre medio nervioso, apurado, mas es la única persona que aun gusta de mi y me visita...

- Que bueno que tiene a alguien que viene a verla ¿no?

- Sabe, moza – dijo la enferma, ahora susurrando bajito como quien iría a revelar un secreto o preguntar cosas peligrosas – ¿usted es monja nueva por aquí?

- No, mi hermana, yo estoy por aquí de pasaje, pues vine a traer a un hermano que encontré por el camino y que está ciego y paralítico.

- Yo le estoy preguntando para saber quien es usted y para decirle que estas hermanas por aquí piensan que yo estoy loca... – dijo colocando la mano en los labios como quien pide para hacer silencio y no contar lo que está oyendo para nadie. – Ellas piensan que yo estoy loca, mas yo no lo estoy. La única cosa que yo hago es quedar aquí meciéndome en mi columpio y conversando con mi marido cuando él llega para visitarme.

- Ora, ¿y por qué su marido no se la lleva de aquí? – dijo la joven medio enfadada en hacer la pregunta.

- Sabe que yo no sé. Ya pedí muchas veces y en todas ellas, él comenzaba a llorar y decía para que yo tuviera paciencia que él volvería para buscarme. Siempre dice que no me abandonaría. Al final, él es todo lo que yo tengo por aquí. Mas todas las veces en que él llega, las hermanas se quedan mirándome con ojos extraños, como si yo estuviese más loca aun por estar feliz al verlo. ¿Será que, por aquí, ser feliz es señal de estar enloqueciendo?

- No, mi hermana. Ser feliz por conversar con su visita es una buena señal. Usted debió amar mucho a su marido, ¿no es así?

- Claro que amaba y continuó amando. Él sufrió mucho y, por lo que veo, sufre mucho aun, pues siempre que aquí viene, está en estado de mucho abatimiento. Yo le digo para que él busque una cocinera mejor y que, cuando yo salga de aquí de mi columpio, yo voy hasta la cocina para hacerle una comida más sabrosa. Y me mira y dice: - No, Tininha, yo me estoy alimentando muy bien. Usted es la que debe cuidarse más para no estar enferma. Tu enfermedad es mi primera preocupación. Después de ella, viene el resto.

Continuando la conversación, la enferma remató:

- Él está siempre preocupado con su trabajo. Parece que es una cosa seria y muy grande, pues él viene poco hasta aquí, en los últimos tiempos. ¿Quién sabe si usted no acaba conociéndolo a él?

- ¡Ah!, yo tendría mucho placer en conocer ese hombre que viene hasta aquí a visitarla. ¿Él vendrá pronto?

- No sé, voy a preguntar a la hermana que cree que yo estoy loca.

Diciendo eso, pasó a gritar por la dedicada servidora que estaba ultimando la atención al enfermo en crisis:

- Calma, Leontina, él vendrá pronto – respondió la hermana de la caridad, apuntando para Lucinda los ojos que indicaban, en la expresión facial en que se hallaban incrustados, que aquella enferma deliraba.

Mas Lucinda quedó intrigada con aquel nombre. Hablando dulcemente a la mujer, Lucinda procuró retomar el asunto anterior con la naturalidad de quien entiende la sicología necesaria para tratar al prójimo.

- ¿Quiere decir, entonces, que cuando su marido llegue usted va a presentarme a él como su amiga?.

- Claro que voy. Al final, yo no tengo a nadie más por aquí además de él, hasta que usted llegara para hablar conmigo. Por eso yo pregunté si era por causa del columpio que usted se aproximó a mi. Como no fue por causa de él, quede más feliz por haber sido por mi causa.

- Entonces usted precisa decirme como es que su marido de llama para que, cuando él llegue, yo pueda dirigirme a él con la convicción de quien habla a una persona conocida... ¿Cuál es el nombre de él? – preguntó la joven.

- Él tiene un nombre muy bonito, todo pomposo, del cual se enorgullece bastante. Él se llama Luciano Salviano de los Reyes.

En ese instante, el espíritu de Euclides actuara de forma intensiva para traer a la memoria de Lucinda la referencia a aquel nombre que ella sabía que ya había escuchado antes.

- Si, yo conozco ese nombre... – pensaba la moza intrigada. Yo ya conversé con alguien... Mi padre sabe quien es.. creo... No es posible sea él...Ni ella...Mi Dios, ¿será que es verdad todo eso que estoy pensando?

Para asegurarse y a pesar de ya haber oído una vez la referencia de la monja a su persona, Lucinda continuó la conversación, lívida:

- Es un nombre muy pomposo. Pero su nombre, ¿cuál es?

- Yo me llamo Leontina Salviano, a su disposición.

Si, estaba confirmado. Era la mujer de Luciano que estaba allí. Se recordó de su historia personal de sufrimiento y desdicha desde que muriera el marido...

Si, ahora entendía porque motivo era considerada loca. Mas ¿cómo es que decía que recibía visitas del marido si él estaba enterrado? ¿Será que ella veía al marido que nadie más veía?

Se recordó de la historia de aquella desgracia y se vio en medio de ella. Al final, el general, su padre, era el agente que

comenzara todo aquello y que, ahora, llevaba a aquella mujer a encontrar su destino dentro de un gran depósito de sufrimiento.

Aquella era la mujer que había vendido la hacienda donde moraba su padre que, lejos de pensarse inmoral, la retirara de allí y mandara hasta la gran ciudad para vivir a costa de sus parientes interesados, los cuales, tan pronto le consumieron los recursos amonedados con disculpas innumerables, la internaron, en aquel lugar de sufrimientos.

Su padre, el general Alcántara, era el mayor culpable. Lucinda moraba, hasta el día del secuestro, en la casa que fuera despojada y que pertenecía a la mujer que estaba allí en el más cruel abandono.

Nunca quisiera saber de nada, pues creía al padre suficientemente honesto e íntegro para no ser injusto con nadie. Ahora, ella debía algo a aquella mujer, en nombre de las desgracias que su padre sembrara en la vida de ella.

Lucinda no aguantó más y comenzó a llorar.

Estaba delante de una persona que decaía por causa del egoísmo de su progenitor. Ahora entendía el odio que Luciano nutría contra el general. Lloraba mucho, bañando el rostro en las lágrimas de compasión y de la vergüenza por verse como quien usaba los cuartos donde, antes, aquella mujer indefensa dormía y soñaba ser feliz. Lucinda jamás tuviera el interés de procurar a la antigua dueña de la hacienda la cual, según las

conversaciones con el espíritu rebelde de Luciano, estaba entregada al abandono más atroz. Ella pensaba que aquellas noticias oídas en las crisis de su padre eran cosas inventadas por una mente en desequilibrio o de un mecanismo espiritual defectuoso.

Euclides volvió a la carga y le susurró en los oídos:

- ¿Cómo irse ahora, Lucinda? Va abandonar a esta hermana que ya fue tan perjudicada por su padre?

Después de un silencio entrecortado de agonía y lágrimas, Lucinda asumió su postura, de acuerdo con la conciencia generosa que traía:

- ¡No! – grito dentro de su pensamiento – Yo voy a cuidar de ella en su homenaje, por amor al Señor Jesús y por compasión de mi padre, por haber hecho eso con tantas otras personas. ¡Ah! Señor Jesús, ayúdeme a hacer el bien sobre los escombros del mal, para que esta criatura retome la felicidad posible en esta altura de la vida. Preciso hacer alguna cosa por este ser desventurado pues yo dormía en las camas que fueran de ella, sin saber como ella había sido colocada en el suelo frío de la vida al abandono. Yo disfruté del calor de su hogar usurpado, mientras ella pasaba frío en la condición de abandonada. Yo me dedicaba a mi misma y me olvidé de aquella que fuera aligerada de todo lo que tenía para acabar aquí, donde la única persona que se acuerda de ella es el marido muerto que la viene a visitar. Deje que yo haga alguna cosa por

esta criatura. Déjeme quedarme y trabajar por todos, atendiendo también a esta hermana, en el rumbo nuevo que su vida debe tomar.

Esa oración partía de dentro de su alma, con la dirección fulminante del claro divino.

Era eso que Lucinda precisaba hacer y que se había comprometido, antes de nacer, a realizar después de encarnada.

Allí estaba la llave de comienzo de la tarea para la cual debería olvidar sus anhelos de mujer, los intereses de vivir la vida en el mundo y transformarse en pequeña llama encendida en la vida de todos, particularmente de aquella víctima de su padre y, al final de cuentas, víctima de ella misma, de aquella Lucinda indiferente y ociosa, que estaba durmiendo para la verdadera vida mientras Leontina estaba viviendo las desgracias de la realidad cruel sin tener donde dormir.

A partir de allí, se levantó del lecho y procuró hablar con la hermana Augusta.

- Hermana, ¿puedo hacer un pedido? Deje a Salustiano quedarse aquí y yo me quedaré para ayudarla a cuidar de todos, inclusive de él mismo. No pretendo ser pesada para el convivir con ustedes. Solo quiero dividir el fardo para que, con esa división, aquel hermano a quien soy muy agradecida, encuentre amparo en esta casa, al mismo tiempo en que yo encuentro, en el servicio, la satisfacción de ser útil. No pretendo tonarme

monja, mas pretendo tornarme más religiosa en el amor que podré aprender con todas ustedes, en el servicio de todos estos que lloran.

Se que las reglas son rigurosas, pero también se que, con todos estos enfermos, el ofrecimiento de dos brazos más para el servicio no puede ser despreciado. Si yo traigo más dolores para ser amparados en este recanto, traigo igualmente mis fuerzas para entregarles en nombre de lo mucho que Jesús ya nos ha dado. Acépteme como su sierva para que yo pueda servir a Salustiano, a Leontina, y a todos nuestros enfermitos...

No consiguió terminar el pedido. Una nueva onda de lágrimas le lavó el rostro, ahora recostada en el hombro de aquella mujer valerosa, cuyo nombre designaba la pureza de su interior y la bondad innata de su espíritu.

- Si es eso lo que usted desea, hijita, mucho nos alegrará su presencia – dijo la hermana Augusta abrazando la nueva trabajadora demoradamente, permaneciendo en silencio por largos minutos.

Después de dejar que la emotividad fuese controlada, la monja abnegada tomó la palabra y continuó, diciendo:

- Ahora, no obstante, se impone que sequemos nuestras lagrimas y dejemos para después de la cena la conversación más íntima en la cual le explicaremos nuestras disciplinas, pues precisamos, juntas, atender al enfermo que está esperando. Él

está ciego y paralítico aguardando abrigo. Un alma generosa nos lo trajo hasta aquí. No podemos tardar... – completó la hermana Augusta, refiriéndose al nuevo interno de aquel deposito de infelicidades, Salustiano.

Conmovida, Lucinda le besaba las manos callosas y lloraba como niña cuando reencuentra la madrecita perdida.

- Gracias, hermana. Muchas gracias por eso.

* * *

A partir de entonces, Lucinda pasó a integrarse en los destinos de aquella comunidad, de ella saliendo poco en vista de las innumerables rutinas a que estaban sometidas. Todas las hermanas encontraron mucha alegría en su modo de ser, lo que hiciera generar nuevo animo en los enfermos que se internaban en la desgracia de sus dolores, allí.

Al mismo tiempo, Salustiano fue recogido y quedó muy agradecido a Dios por el hecho de no haber perdido la compañera de viaje que aprendiera a amar y que transformara su interior para el resto de su vida.

Dentro de aquel edificio en ruinas, aun allí, había lugar para que existiera la felicidad. Lucinda crearía nuevos recursos para que eso aconteciese y para que más personas volviesen a sonreír. Ella sonreiría juntamente con ellos.

Allá en el fondo, recordándose de Mauricio, sabía que el joven médico se enorgullecería mucho más aun si supiese todo lo que estaba siendo realizado por sus propias manos y la amaría con más ardor e idealismo.

¡No lo decepcionaría!

Euclides era la mayor expresión de esa felicidad. Al final, consiguiera la autorización de Dios para traer aquella flor hasta aquel suelo pedregoso y que lo perfumaría en nombre de Jesús.

En aquella noche, todos tenían mucho más ventura de lo que en el día anterior. Durante las oraciones acostumbradas, había un coro de voces espirituales partidas del alma de todas ellas, comenzando por la de Lucinda, pasando por las hermanas, por Salustiano, por Leontina y terminando en Euclides que decían juntas, cada uno pensando en las propias alegrías:

“Bienaventurados los afligidos porque serán consolados”.

36

Conversando con Luciano.

En el cuartel, el estado del general inspiraba mucho cuidado.

El Dr. Mauricio no dejaba la cabecera del enfermo que le requería la atención constante, pues las crisis se hallaban más intensas y, ahora, algo diferentes de las antiguas.

Por causa del numero de espíritus que lo asediaban, sirviéndose de los canales de ligazón que permitían el acceso de las inteligencias desencarnadas a través del vehículo físico de aquel hombre sin preparación y desprotegido, las ocurrencias mediúmnicas desequilibradas se multiplicaban.

El joven médico se dedicaba a aconsejar cambio de patrón de sentimientos a cada uno de los espíritus con quien hablaba, lo que resultaba, en la mayoría de las veces, en una reacción agresiva y revoltosa, ya que todos los que allí se hallaban procuraban retribuir el mal recibido. El propio Alcántara, no poseía mayores meritos para que hubiese atraído para sí la protección espontánea de amigos espirituales que pudiesen intervenir a su favor.

Aun así, la bondad divina colocara a su lado la inspiración y el celo de Mauricio, secundado por el espíritu de Euclides, para que pudiesen ser, igualmente, las flores perfumadas que desabrochaban sobre aquel hombre duro y arbitrario, intolerante y agresivo.

Su estado de enfermedad general era también un mal presagio para los pensamientos de Macedo, muy ligado al comandante por lazos muy próximos.

La compañía de Luciano ahora no era exclusividad del general. El capitán también pasara a recibir la carga negativa que se impregnaba constantemente en su espíritu invigilante, a través

de la imantación mental de las tres entidades que pasaran a transmitirle un estado mental cada vez más abatido.

En el cuartel, la preocupación del Capitán Macedo era mantener a Luis vivo para poder llevarlo hasta el general.

Mientras tanto, un cansancio pasó a incomodarlo de forma crónica, acompañado de temblores y alteraciones del metabolismo que indicaban alguna anormalidad orgánica.

Sometido a exámenes en el departamento médico del cuartel, nada fue constatado de irregular. El diagnóstico médico indicaba, genéricamente, un desgaste físico resultante de esfuerzos y actividades ininterrumpidas.

No obstante, todo el estado de debilidad, de abatimiento interior, de miedo inexplicado ya era el reflejo de la presencia constante y estrecha de las tres entidades chupadoras de sus energías que le inducirían mentalmente a caer en las propias telas.

Carolina se hallaba muy abatida, recluida en sus dependencias con mucho miedo de lo que le podría acontecer, aguardando que el marido o el padre llegasen para salvarla. No sabía aun que el padre ya había sido llamado al Mundo Espiritual allí mismo en el cuartel y que su marido continuaba recluido en las dependencias de la misma instalación militar en que ella era mantenida ilegalmente detenida.

Macedo mantenía la alimentación de la joven en los patrones mínimos a fin de que, aterrorizada y debilitada, ella acabase cediendo y revelando el paradero de Lucinda.

Luis, no obstante, estaba irreconocible en vista de los malos tratos recibidos, de las violencias soportadas, de la fractura en el rostro, de los vendajes sobre el cuerpo que tenía la piel quemada por los instrumentos de la tortura.

Manténia, con todo, cierto patrón de conciencia para entender lo que pasaba. No obstante, extrañaba el hecho de aun no haber sido llevado a la presencia del general, aun más por el hecho de haber revelado que diría lo que sabía apenas en su presencia. Desconocía el estado de alteración física y mental del comandante, lo que imposibilitaba la conversación de ambos.

Quien más se alegraba con ese estado general era Luciano. En su ignorancia, dominado por el odio y por el deseo de venganza, el espíritu perseguidor, como ya es sabido, pretendía a todo costo vengarse.

Mauricio, en las horas en que Luciano espíritu asumía la organización mediúmnica en desequilibrio del general, buscaba serenarle el animo:

- Vea, mi amigo, ¿hace cuanto tiempo usted no consigue ser feliz haciendo todo eso?

- Mi felicidad es ver la desgracia de este sujeto repugnante. Yo haré de él la criatura más infeliz que pueda existir y él acabará del mismo modo que hizo a tanta gente acabar. En el más extremo abandono.

- No diga eso, mi hermano. Ese deseo, comprensible del punto de vista de su dolor personal, al ser analizado por el patrón de la vida espiritual donde usted está solo hará aumentar su desdicha. Antes de eso, usted debería ocuparse en ayudar a su esposa en el lugar donde ella se encuentra.

- Ya no puedo hacer nada. Ella enloqueció de desespero y tristeza. Cuando voy allá, se queda pidiéndome que la retire de allí, lo que me rompe el corazón y me hace no tener voluntad de volver con la misma constancia que lo hacía antes. Imagine usted encontrar a un ser querido que le encara y pide ayuda sin que usted pueda hacer absolutamente nada por ellos.

- Mas usted puede orar por ella – dijo Mauricio.

- Ese negocio de oración es cosa de padre. Para ayudarla lo que yo deseo es vengarme y llevar hasta ella al vencido para entregarle.

- ¿Y eso va traerla de vuelta a la razón? ¿Ella dejará de sufrir el referido abandono después que usted consiguiera vencer en su tarea nefasta? No, Luciano. El mal no mejora el mal. Usted no ayudará a su esposa a mejorar, destruyendo a otra persona.

- No es otra persona, es una víbora con piernas...

- Mas aun así, es hijo de Dios como yo, como usted, como su esposa. Merece nuestra compasión, pues sufrirá todas las consecuencias de los actos errados que practicó, sin que sea usted el agente de la desgracia.

- Mire aquí, mocinho. Ese Dios dejó que todo eso aconteciese conmigo, con mi mujer, con todo este pueblo y no apareció para prender a nadie. Dios debía estar durmiendo y roncando muy alto para no percibir la gritería de tantos prisioneros indefensos e inocentes. Mi mujer es un trapo humano y no tiene ningún recurso para su atención. Está tirada como basura en un lugar en que muchos esperan por la muerte, como el último alivio para las desgracias y dolores. Mas hasta para aliviarlos, parece que Dios continua durmiendo ya que no sega aquellas vidas para sacarlas del sufrimiento. No hace nada para ayudar a mi mujer y a todos los que están allá, sin esperanzas. Y si Él está roncando, alguien precisa hacer alguna cosa para que asesinos como este aquí no queden sin correctivo.

- Dios nunca duerme, Luciano. Él siempre procura hacer lo mejor para todos, aunque las personas no entiendan como o que nos parezca que Él está olvidado y caduco. Somos nosotros que estamos ciegos aun, sin ver el tamaño de su ayuda.

- De un modo o de otro – replicó Luciano – no va adelantar nada que usted intente convencerme porque yo no

desisto de llevar a este infeliz hasta las puertas del infierno si fuera necesario.

- El infierno no existe a no ser en las fornaldas de la conciencia culpable y del sentimiento corrosivo, Luciano. Cada uno de nosotros es el propio caldero y el propio diablo. Dios es bondad constante y jamás crearía un ente para hacer el mal, y lo que es peor, de forma eterna. La maldad, igualmente, es producto de nuestra ignorancia milenaria que rechaza actuar para esclarecerse, cambiando el perdón, la caridad, la bondad que representan el cuaderno y el lápiz de la escuela del amor, por la espada, por el veneno, por el revolver que son las esposas, las rejas y la horca de la escuela de la venganza.

- Esta conversación no va a resolver nada, doctorcito. Cuando usted sufra lo que yo sufrí, ahí si voy a pensar en lo que me está hablando. Por ahora, preciso apartarme para que este bandido retorne y continúe a ser “condecorado” con los meritos de sus actos, con las medallas de la orden del dolor y de la lágrima, las únicas a la altura de su importancia.

Mauricio procuró hacer una oración en beneficio de aquel espíritu rebelde que se apartaba, pidiendo a Jesús no se olvidase de ninguno de los envueltos en aquel drama, fuese del general, de Luciano, de su esposa, de Lucinda, de todos los prisioneros.

Alcántara, algunos minutos después despertó a la conciencia plena, abatido y sorprendido. No entendía

correctamente lo que ocurría consigo en esas horas. Solo sabía que apagaba el registro de los hechos objetivos y pasaba a vivir como sumergido en una pesadilla de la cual no tenía como salir voluntariamente. Por eso, cuando regresaba al comando de sus facultades físicas y mentales, estaba agotado y precisaba de reposo y alimentación.

- Doctor, yo no sé lo que pasó, pero tengo mucha hambre. Quiero dormir y descansar después de alimentarme.

- Que buena escogencia, general. Voy a solicitar alimento leve y hartado para que usted pueda sentirse más reconfortado – le dijo el médico.

Acto continuo, hizo sonar una pequeña campana que trajo al interior del cuarto al oficial de turno a quien fue solicitado el alimento y agua en abundancia.

Macedo supiera que Alcántara se estaba alimentando nuevamente y eso parecía buena noticia. No obstante, precisaba que él mejorase un poco más para que la novedad de la prisión del responsable por el secuestro de la hija fuese entendida por su mente que se recuperaba.

Aprovechándose de los momentos de soledad con el Dr. Mauricio, Alcántara le preguntó:

- Doctor, ¿qué es lo que me causa todo esto? ¿No tiene remedio que me cure? Durante las crisis, yo no controlo

ninguno de los miembros de mi cuerpo y, al contrario, quedo debatiéndome en un lugar desagradable, en la compañía de gente que yo no conozco más que, de una forma o de otra, dicen que me conocen. Me acusan, incriminándome, odian con un odio tan profundo que me aterroriza el alma. ¿Cómo es eso posible?

- Su enfermedad señor, yo ya le dije, no es rara ni contagiosa. No obstante, como la medicina actual no se preocupa en estudiar las verdaderas causas de los desequilibrios, queda ella procurando remediar los efectos que constata en el exterior. Todas esas ocurrencias que le son relatadas posteriormente, indican que usted está siendo víctima de una persecución producida por criaturas que no se le amoldan. Son entidades que perdieron el cuerpo carnal en esta existencia mas que no murieron. Al partir, llevaron consigo todas las marcas y disgustos que usted les sembró, pretendiendo cobrar por todas las lágrimas derramadas las cuales atribuyen a su conducta.

- ¿Usted cree que yo acredito en eso? – preguntó arrogante el militar.

- No tengo ninguna pretensión de que usted acredite ni de que acepte mis explicaciones. Lo que puedo decir es que todos los que hablan por usted después que la crisis se instala, cuentan cosas muy ruines a su respecto.

- ¡Lo dudo! ¿Qué pueden hablar ellos de mi si nunca

hice mal por voluntad propia y deliberada? Cuénteme para que yo me pueda divertir con una buena carcajada.

- Bien, general, ya que usted manda, yo obedezco. Antes de todo, quiero que sepa que lo que voy a decirle aquí representa el tenor de conversaciones sigilosas que fueron mantenidas con las entidades en este ambiente, sin que nadie las haya oído y sin que yo esté haciendo cualquier juzgamiento al respecto de los hechos. Soy un médico. No discuto con la enfermedad. Yo procuro solamente medicarla.

- Pues bien, hable pronto, hombre.

- Uno de los comunicantes viene a acusarlo de destructor de hogar. Dice que años atrás usted le sedujo a la mujer con las promesas que su cargo importante podían cumplir. La moza se iludió y se entregó a sus caprichos rompiendo los lazos sagrados de la familia, abandonando los tres hijos. Después de algunos meses de aventuras en común, usted fue transferido y, sin más ni menos, le informó que todo estaba acabado. La mujer perdió la familia, lo perdió a usted, perdió el juicio. En un supremo acto de desespero, volvió al hogar para pedir abrigo al antiguo compañero que, indignado, la expulsó entre empujones e improperios. A pesar de eso, el marido sentía mucho amor por aquella mujer. El orgullo masculino, no obstante, lo hacía actuar de aquel modo y culparlo aun más por la desgracia soportada. Los hijos sin madre, la familia desunida y, por fin, el abandono de los niños por el padre que se perdiera en el vicio de la bebida en vista de

tales desventuras.

El general escuchaba procurando parecer indiferente como si eso no estuviese tocándole el ser más profundo. No obstante, ¿Cómo es que todo eso era posible? Se recordó de Concepción, la referida mujer que algún tiempo después de la desencarnación de Lucia, su esposa, él conociera y se aficionara por los trazos graciosos de su cuerpo joven, ¿Cómo es que Mauricio lo sabía?

- Otra entidad, señor, lo acusa de asesinato para apropiarse de pequeña propiedad vecina a la suya y que no tenía por intención venderle. Es cierto que no fueron sus manos que encendieron el fuego o dispararan los tiros que lo mataron. Sin embargo, los asesinos que hicieron todo eso estaban a sus servicios y usted pagó a cada uno de ellos con vacas y puercos del criadero de la propia víctima, como un derecho la despojó de la conquista. Después de muerto, el humilde vecino, víctima de tales atrocidades, pasó a nutrir mucho odio por su persona.

Alcántara pasara a quedar serio y rígido como si fuese una estaca de cerca al frío del invierno.

- Otro aun, señor, lo acusa de cosa semejante, en la adquisición de las tierras que hoy le sirven de morada y que fueron incendiadas. Ese es el primero de ellos, el perseguidor más antiguo y más terco. Se trata de Luciano Salviano de los Reyes, el antiguo propietario de sus tierras que, sabiendo de los métodos usados por usted que se sirvió del capitán Macedo y de

algunos sicarios, pelea la venganza personal para compensar las pérdidas, tanto materiales como afectivas de que se vio acometido. Eso porque su esposa sobreviviente, Leontina Salviano fue llevada por usted para la casa de los parientes de ella que, aprovechándose del estado de viudez, fueron arrebatándole el dinero mientras este existía, y tan pronto como se agotó el recurso financiero, la abandonaron prácticamente a la intemperie y a la desgracia de la soledad.

El general sabía que todo era verdad. Una sensación de agonía le invadió el pecho, ahora que otra persona sabía de su conducta deshonrada, además del propio Macedo, el cómplice de muchos de los referidos delitos.

- Si le estoy revelando tales hechos, señor, no es para que se vea o se sienta juzgado. Apenas relato lo que oí a los propios espíritus que hablaron por su intermedio. Se trata de una bendición de Dios para que modifiquemos y reconstruyamos las edificaciones destruidas por nuestra ignorancia. Dios nos convoca siempre para la mejoría de nuestros pensamientos y actitudes a fin de que no vengamos a sufrir lo tanto que merecemos por el mal que ya practicamos.

Aquella conversación estaba haciendo mucho mal al militar. Sin embargo, el médico sabía que ella era necesaria para que su paciente no se iludiese más acreditando que estaba encima de la lucidez divina. A partir de allí Alcántara estaba siendo convocado a mejorarse y a no actuar más de forma arbitraria para con el prójimo. Recibía la noción de la

responsabilidad delante de la felicidad o infelicidad ajenas. Estaba siendo preparado por el Amor Divino para los embates del futuro a fin de que entendiese que dependía mucho de sus propias escogencias el mundo de mañana, el futuro que lo recibiría.

A pesar del malestar, el general se espantara con la exactitud de las informaciones, algunas de ellas desconocidas hasta del mismo Macedo que tenía pleno conocimiento de la vida del superior. Pensara en mandar a encarcelar al médico como sospechoso de cualquier crimen, apenas para que, cuando estuviese más fuerte volviese a pensar con más lucidez y decidiese con exactitud sobre todas las cosas.

Agradeció las informaciones de Mauricio y le pidió – mejor- le ordenó que trajese hasta él al propio Macedo a fin de conversar sobre asuntos militares de emergencias.

Recomendó al médico, antes que este saliese de sus aposentos, que no se ausentase del cuartel una vez que continuaba detenido hasta segunda orden.

Así fue hecho. Mauricio salió, Macedo entró, abatido y con el semblante cansado.

durante el sueño.

- Buenas noticias, general. ¡Usted se está recuperando! – dijo Macedo intentando ser optimista.

- Noticias que no me agradan en nada, Macedo. Lo que me gustaría ahora mismo es poder encontrar a mi hija. En cuanto a eso, cada día que se pasa me amarga aun más la vida y sigo teniendo que vivir contra mi voluntad, apenas para cumplir un deber. Sigo obligado de vivir, sin ningún deseo de continuar vivo.

- Nuestra Señora lo proteja, comandante. No hable cosas tan duras así. Por lo que yo puedo sentir, las cosas van mejorando a cada hora. Procuero esperar que usted se recupere más rápido y esté más fuerte para poder colocarlo a la par de algunas nuevas noticias que, por lo que imagino, podrán llevarnos hasta Lucinda.

Al hablar del asunto, Macedo procuró envolver sus palabras en el clima de optimismo y esperanza, como cuando alguien tiene un secreto que desea revelar, mas hace un suspenso para instigar al oyente a desear conocerlo.

El general, apático, se sentó en el lecho como si hubiese sido conectado a la toma eléctrica y una corriente de fuerzas le hubiese invadido los departamentos celulares.

- Capitán Macedo – dijo imperativo- le ordeno que me

relate todo lo que sabe, todos los detalles y todas las sospechas o certezas que dice tener. No me deje en este estado de vivir sin estar vivo. Preciso de alguna esperanza, aunque lejana, de que encontraré a mi hija amada, el único ser amado de mi propia familia que me comprende, con quien poseo afinidades muy grandes.

- Calma, comandante. Usted está debilitado y precisa de comida, en primer lugar. Lo que se puede esperar hasta mañana, cuando el alimento ya hubiera fortalecido su ser y el descanso permita que usted aproveche las revelaciones con mayor deleite, ya que lo que fue descubierto está bien seguro bajo nuestra vigilancia.

Realmente, el general estaba muy desgastado para soportar mayores euforias para aquel momento. El simple movimiento brusco de sentarse en la cama, ansioso, producía en él vértigos que lo forzaron a retomar a la condición horizontal, acomodándose en la cama.

Con eso, él mismo sabía que su estado era más delicado de lo que pretendía demostrar. Acató la sugestión de Macedo y aceptó iniciar la alimentación material para que el cuerpo pudiese ir restableciéndose.

Macedo continuó allí, al lado de él, observando sus reacciones, recordándose de las palabras de Mauricio, evaluando la desdicha de aquel poderoso militar, víctima de manos invisibles que lo llevaban al desespero y a la

inconciencia, transformándolo en un casi harapo humano.

La noche se aproximaba y Macedo dejó al comandante, no sin antes desearle calma y buenos sueños, a fin de que, en el día siguiente, estuviese preparado para las buenas revelaciones.

Esta alentadora noticia le calmó la ansiedad una vez que estaba ligada con el paradero de Lucinda o, al menos, decía respecto a ella.

El sueño vino rápidamente después de haber sido ingerido el alimento. Al final, el cuerpo desgastado pedía reposo y desligamiento para que se reabasteciese.

Macedo tomó el rumbo de su cuarto y también procuró recogerse imaginando el día siguiente, cuando demostraría su competencia y su espíritu de liderazgo, presentando el preso al general.

Durante la noche, no obstante, antes que los hechos del día siguiente se concretizasen, Dios permitía que ambos espíritus recibiesen nueva oportunidad para que modificasen el rumbo de sus vidas.

En el plano Espiritual, el espíritu de Euclides, tan pronto los espíritus del general y del capitán dejaran el cuerpo físico como resultante del sueño, reuniera a ambos para una conversación especial y que les podría alterar el propio destino. Entonces, fueron encaminados para un lugar en el Plano

Espiritual en el cual se localizaba un bello y amplio jardín, enmarcado en colorida atmósfera luminosa, compuesta por árboles translucidos, flores que exhalaban perfume suave y sonoridad armoniosa al ser besadas por la brisa. Todo allí encantaba el alma.

Los dos hombres, no acostumbrados a ambientes de ese tipo, aun se hallaban maravillados, al mismo tiempo en que se sentían perturbados por causa de la belleza tan diferente de aquel lugar. Juzgaban que habían sido llevados para algún ambiente mágico que no existía sino en las imaginaciones infantiles.

Aún así, amparados por espíritus que trabajaban junto a Euclides, ambos fueron obligados a adoptar un patrón de conducta más contenida y respetuosa, casi llegando la temeridad.

Todo aquello inspiraba una elevación angelical a la cual los dos hombres mundanos no estaban acostumbrados.

Tan pronto pudieron acostumbrarse al nuevo ambiente, fueron llevados a la presencia del espíritu de Euclides que los aguardaba sentado al margen de las flores y plantas diferentes e inspiradoras.

Se sentaron en un banco colocado bien al frente de Euclides y pasaron a observar a aquel espíritu que brillaba, centelleante. Sus ojos, que sabían ser astutos para encontrar la caza en el

medio del desierto, no tenían aun experiencia para observar las cosas tan elevadas que, ahora, podían divisar.

Dejándolos libres para pensar por algún tiempo, Euclides auscultaba lo íntimo de aquellos dos hermanos que recibían tratamiento digno, en cuanto no supiesen darlos a los otros.

- Sean bienvenidos, mis hermanos – habló el espíritu elevado, verdadero tutor de almas. - Ustedes se hallan aquí, retirados del cuerpo que adormeció para que oigan lo que tengo que decirles y piensen en todo lo que les está ocurriendo, a fin de que no se pierdan aun más.

Los dos espíritus pasaron a mirar directamente a Euclides que, en un esfuerzo de voluntad, disminuyó aun más la propia luminosidad para que los visitantes no se embebeciesen con su apariencia exterior, dejando de dar importancia al contenido de sus informaciones.

- Fueron traídos gracias a la bondad de Dios que ha hecho todo para que pudiésemos aprovechar las oportunidades recibidas. Ustedes dos son antiguos comparsas de siglos de sufrimiento y de abusos. Siempre se encontraron y se aproximaron cuando estaban encarnados en la misma época en la Tierra, a fin de dar vacío a los deseos más inferiores. Sus uniones se hallan efectuadas en la oscuridad del pasado, desde los pasos experimentados en el salvajismo de las luchas romanas con las cuales el águila imperial deseaba siempre

ampliar sus límites territoriales. Las tendencias de la vida militar fueron heredadas de períodos como esos, en los cuales se acostumbraron a las rutinas de mando y al aprovechamiento de sus ventajas. En esta vida de ahora, sin embargo, ambos se hallan en la encrucijada de sus propios destinos. Toda la conducta que tuvieron hasta aquí demuestra que aun no se limitaron a ejercer el cargo que recibieran por préstamo teniendo en vista el bienestar colectivo. Ustedes aun son los soldados de la vieja águila romana, invadiendo, saqueando, cubriendo sus actos con el pago o la muerte de sus testimonios.

No obstante, Dios es generoso y siempre procura reerguir a los que creó a fin de mostrarles la belleza de la vida que los aguarda. Es esto lo que están viendo aquí. La belleza de Dios que se preocupa siempre con las cosas más simples y pequeñas. Y este punto de sus destinos será crucial para su futuro. Ambos serán llevados por los caminos que adoptaron en esta escogencia. Usted, Alcántara, ya se halla enfermo del espíritu a punto de no controlar las sensaciones físicas y servir de puente por la cual los que fueron sus víctimas se ligan a la Tierra, por su intermedio. Ahora, no los puede prender, matar o intimidar ya que la muerte ya llegó para todos ellos. Macedo también se halla en la misma situación. Apenas que, por ser subordinado a la cabeza pensante de Alcántara, posee a su beneficio ciertos atenuantes que el general no tiene.

Los dos hombres momentáneamente guindados a la situación de espíritus conscientes en una dimensión toda nueva, oían atentos, sin osar interrumpir a aquella criatura brillante y

bella que, al hablar sobre los defectos individuales no los acusaba como si fuese un juez. Al mismo tiempo sus palabras eran dulces y caían en sus espíritus como una lluvia delicada que mojaba el suelo estéril atenuando el calor y la aridez individual.

Euclides continuó:

- Ahora que los actos desmedidos del orgullo de ambos los trajeron hasta aquí, el Divino Maestro Jesús autorizó esta conversación a fin de que les fuese explicado lo que se espera de cada uno. Tal explicación no tiene el don de alterar sus opciones, buenas o malas. No obstante es un chance más concedido por la bondad de Dios para que sigan por la puerta estrecha de la renuncia, del perdón, de la edificación de un nuevo mundo. Si aceptaran tales advertencias estarán escogiendo un futuro mejor. Si no las aceptaran, estarán optando por el camino más arduo para trillar el mañana.

Esa redención pasa necesaria y únicamente por el camino del perdón. Ambos han sido requeridos por los espíritus que fueron sus víctimas, que vienen a cobrar por los sufrimientos recibidos en esta y en otras existencias. Eso ha provocado las crisis en su cuerpo. Alcántara, en las horas en que su espíritu se aparta de él, acosado por la persecución de los verdugos que usted plantó. De la misma forma, su estado de abatimiento, Macedo, sus dolores físicos también están siendo generadas por el desequilibrio de su alma. Competirá a cada uno de ustedes escoger el camino a seguir.

Si pretendiesen vencer estas etapas evolutivas por el trayecto más suave, lo que yo les puedo indicar es que nunca se olviden de la palabra PERDON. Una multitud de acreedores está a su puerta clamando recibimiento. Ambos no poseen recursos para el pago. Ambos precisan de mucho perdón. En esa medida, precisaran ofrecerlo a los que están bajo su comando y a su custodia poco hospitalaria.

Devuelvan la libertad a los que nacieron libres por voluntad de Dios. Ofrezcan tratamiento de salud a los enfermos que cayeron víctimas de sus actos de persecución y tortura y dejen que retornen a la alegría de sus vidas. Todo aquello que ellos ya sufrieron les hará suficiente mal. No dejen ningún preso en las dependencias de la guarnición que Dios permitió que fuese erguida para ayudar, para guardar y proteger a los que le están en vuelta. Convertirla en prisión es desnaturalizarle la finalidad.

Perdonen a todos, principalmente a aquel joven a quien acusan de responsabilidad mayor en las desdichas de Alcántara. Él no es el responsable por ninguna de las ocurrencias nocivas de las cuales está siendo acusado. Los únicos responsables por el mal acontecido están aquí conversando conmigo en este momento.

Alcántara y Macedo oían atónitos sin decir palabra. Las advertencias sonaban como estiletes luminosos abriendo grietas doloridas en el corazón de los dos. Indagaban sobre el origen de

aquel ser diferente y magnético. ¿Sería un ángel celeste? ¿Sería un mensajero de Dios encargado de esparcir las ordenes del Creador?.

Las cogitaciones interiores dentaban la falta de preparación de ambos para las realidades de la vida espiritual. Al mismo tiempo, Euclides seguía esclareciéndolos sobre las dos opciones que les serían posibles, resaltando que la opción del perdón incondicional les traía indefinible mejoría que la otra solución.

- Ustedes están prestos a dar curso a sus propios destinos. No es Dios quien hace las escogencias por nosotros. Él nos orienta a través de las leyes del Universo escritas en las conciencias de todas las criaturas. Cuando la conciencia duele, eso es indicativo de que algo está errado. Sin embargo, cuando entorpecemos la voz de la conciencia a través de nuestros actos fríos e indiferentes, el Creador permite que tengamos despierta, aunque por algunos instantes, la noción de los deberes espirituales que nos son afectos. El deber mayor es el de hacer el bien con olvido de todo mal. Al perdonar a los prisioneros que, además, nada hicieron en su gran mayoría, estarán echando afuera la pesada carga que prende sus navíos al banco de la arena de las desdichas en el lecho de las aguas de la vida. Con el peso aliviado, el barco retoma su curso, más leve y veloz que antes.

No obstante, si no desean trillar este camino, el mañana será un constante tropiezo de amarguras y decepciones,

vergüenza y enfermedad. Sus opciones son claras y definidas. O perdonan y recomienzan un trayecto más suave, o siguen del mismo modo, imponiendo sufrimiento, odiando, para recoger las consecuencias de todo eso y soportar el peso de los que están cobrando sus deudas con acrecentamiento.

Recuérdense de que Jesús es Amor y pide que sea vivido en las horas de dificultad. Él habló sobre la necesidad de amarse hasta el sacrificio, de amar, inclusive, a nuestros enemigos. Ciertamente que no les será fácil cambiar todo el modo de actuar. Sin embargo, al compararse la dificultad de ese cambio con la desdicha que los aguarda si no la implementaran inmediatamente puedo afirmar, sin miedo de errar, que preferirían cambiar todo ahora, que pasar por las consecuencias de la manutención del camino de la venganza.

Comiencen ahora la limpieza de las cárceles de sus propios espíritus. Esta prisión interior está repleta de antiguos condenados, en la figura de antiguos defectos, de remotas frustraciones, de heridas mal cicatrizadas, de condenados que procuran ocultarse a fin de ser olvidados por los otros. Los corazones humanos, con raras excepciones, en general se asemejan a vasto cementerio en cuyo necropole yacen sentimientos idealistas que fueron enterrados, amores sofocados por la tierra de la indiferencia y de la responsabilidad, flores secas por el abandono y por el mal trato, además de innumerables cadáveres insepultos que representan las desdichas que se acumulan dentro de cada uno, exhalando su olor fétido sin que tengamos coraje de enterrarlas de una vez.

Gustamos que queden a la muestra para que no nos olvidemos de, un día, vengarnos de los causantes de nuestro drama personal. Queremos que el mundo tenga culpa y pague por las desgracias que creamos para nosotros mismos.

De allí la necesidad del perdón – olvido que Jesús aconseja. Es tratamiento de salud, profilaxis del alma y sementera fecunda al mismo tiempo.

No se olviden de que el Señor los está convocando a la tarea del amor en la Tierra y ambos poseen en las manos la llave que libera o tranca por mucho tiempo. No se olviden de eso...

Cualquiera que sea su escogencia, no importa para el Universo. Cuando Dios determina, todos los presos serán liberados, retomarán las vidas, del mismo modo que encontrarán a Lucinda en su camino nuevamente. La escogencia importará mucho, entretanto, para ustedes dos, pues va a depender de esa escogencia de ambos el momento y las condiciones en que ese reencuentro se dará.

Al hablar así, Euclides se levantó, se dirigió hacia los dos encarnados medio aturdidos con todo aquello, extendió la diestra sobre ambos y un chorro luminoso les penetró la mente y el corazón, a fin de mantener la lucidez de la primera y amenizar la dureza del segundo en vista de lo que les competía realizar a partir de allí. En esa posición, Euclides elevó sentida oración a Jesús, mientras los dos amigos escuchaban la rogativa de ojos bajos:

- Señor, amigo de los afligidos, sembrador de las esperanzas en nuestros corazones tan pobres, acoge a nuestra ignorancia una vez más, a fin de iluminarla en el camino del mundo. Delante de nuestras deudas, sed la única certeza. Al frente de nuestra tiranía, continúa siendo el cordero manso que ejemplificaba la renuncia y el sacrificio, enseñándonos la nobleza olvidada de la devoción hasta lo más extremo del alma. Ahora que la bondad del Padre nos colocó como los agentes de nuestro destino, no dejes que arrojemos hacia fuera esta nueva oportunidad de continuar en la Tierra en busca de la felicidad. Que Tu vida y Tu corazón sean el mapa y el tesoro oculto a fin de que, siguiendo Tus huellas, nos dirijamos a todos los que sufren hoy, evitando que nos tornemos aquellos que sufren mañana. Ilumina a estos dos hermanos, Jesús querido, a fin de que no desperdicien la posibilidad de rescatar el mal que ya practicaron a través del bien que podrán practicar. Gracias por tu amor infinito.

Euclides se transformara en un sol radiante que emitía vibraciones azulíneas en todas las direcciones, maravillando a aquellos dos agentes de las tinieblas que traían en su interior sentimientos tan inferiorizados.

Oprimidos por esa visión, casi simultáneamente, los dos hombres retornaron al cuerpo denso entre las lágrimas de la emoción, la conciencia culpable, el corazón afligido y la noción de responsabilidad. No guardaban conciencia plena y absoluta de todas las advertencias espirituales. No obstante, traían en el

subconsciente las nociones necesarias para que la escogencia del camino que tomarían representase una definición hecha con conocimiento de todos los riesgos.

A partir de allí no podrían decir más que no habían sido avisados y que Dios no los ayudara.

El día comenzaba a clarear...

38

El aviso ignorado

Tan pronto amaneciera y porque la rutina del cuartel retomase su curso natural, Macedo se irguiera del lecho, confuso y preocupado.

Sentía que había ocurrido alguna cosa diferente en aquella noche. Algo muy importante y que traía marcas profundas en su pensamiento. Una sensación de amargura le invadía como si a partir de aquel momento todas las cosas aguardasen la definición de su voluntad para que continuasen teniendo su curso normal.

Se recordara vagamente de los consejos recibidos, mas no se olvidara del ser luminoso que irradiara esplendor a su alrededor.

Mientras hacía su higiene personal, meditaba en aquella señal o alerta. ¿A qué correspondería? ¿Cuál era el mensaje que traería a su corazón?

Macedo se seguía haciendo mentalmente todas estas preguntas, recordando que en aquella mañana la revelación de los hechos y el general esperaban por él.

- Será mi día... – pensaba Macedo. – Es hoy que yo consigo conquistar mi premio mayor. En frente del general, aquel rebelde contará donde se halla escondida Lucinda y, después de eso, partiré para liberarla. Será un sueño que se realizará en mi vida.

Al pensar en el sueño, le volvió a la mente la visión luminosa que lo advirtiera en aquella noche. Al recordarse de ella, en su interior hacía eco la palabra PERDÓN.

- Perdón, perdón... ¿perdonar qué? ¿Cómo puedo dejar de cumplir mi deber? Además de eso, este preso fue el responsable por todos estos problemas y no será justo que salga de aquí sin presentar todas las soluciones.

No obstante, mientras hablaba en silencio, sus

sentimientos se inquietaban indicando que se hallaba en lucha íntima y que, aun aquel momento tan aguardado, ya no presentaba la euforia victoriosa que él anhelaba sentir.

La situación de Luis era dramática.

Después de las agresiones sufridas para confesar lo que no sabía, su cuerpo se resintiera de las quemaduras producidas por los hierros en brasa, y la fractura en el hueso facial alterara los contornos de su rostro que fuera parcialmente cubierto con vendas que, al revés de beneficiar la recuperación, más sofocaban las heridas permitiendo la proliferación de las bacterias.

La fiebre continuaba renitente. Los médicos del cuartel tenían orden personal de Macedo para que trataran al prisionero sin mucho cuidado especial, pero que evitasen que él muriera antes de confesar sus delitos al comandante. Con eso, la atención médica era precaria.

En aquella mañana, la constitución orgánica de Luis se estaba resintiendo del largo estado de aflicción que soportaba, apenas no había sido vencido por la enfermedad debido a su cuerpo más joven que reaccionaba con más vigor en la recuperación. La herida en la cara, se infectó y secreciones purulentas se juntaban a lo largo del rostro, produciendo olores fuertes y agresivos, además de una apariencia grotesca. Su estado era preocupante.

Mientras tanto, Alcántara durmiera después de alimentarse y, fuese por el sueño inspirado, por el cuerpo en recuperación o aún por la ansiedad de conversar con Macedo, lo cierto es que aquella mañana despertara más fortalecido, levantándose del lecho, vistiendo su uniforme y preparándose para retomar su rutina que, en aquel período no era otra sino la de buscar pistas sobre Lucinda.

Después de ataviarse e ingerir el café matinal, determinó que Macedo viniese hasta sus aposentos.

El sueño de la noche no le impresionara mucho. Su constitución interior más endurecida tratara de colocar tales recuerdos en la condición de tonterías. En cuanto se sintiese emocionado cuando despertó al regresar al cuerpo denso, su espíritu, que desenvolviera poco la sensibilidad, no se preocupara en extraer algo de la advertencia o de la experiencia. Rememoraba, vagamente, la presencia de un ser angélico, vestido de luz que le hablara de forma dulce y cariñosa, a pesar de enérgica y firme.

En verdad, tenía prisa en oír a Macedo sobre las revelaciones que él mismo le prometiera hacer y que, ciertamente, envolvían a Lucinda. Sus sentimientos estaban todos volteados para la búsqueda de la joven y no se interesaba con nada más.

Tan pronto descubriese su paradero, retomaría su vida personal y profesional en la forma antigua. Mientras tanto eso

no aconteciese, estaría vinculado al deber de honra de recuperar a la hija. Al lado de él se hallaban los espíritus que procuraban infundirle los sentimientos negativos y aumentarle el desespero. Principalmente Luciano hacía el cerco cada vez más irritante sobre la organización mental del general, como forma de mantener su control y dar seguimiento a su venganza.

Macedo atendió al llamado y pidió permiso para entrar en el cuarto del comandante que ya estaba ansioso por él.

- Buen día, señor – dijo Macedo prestando la continencia ceremonial del subalterno al superior.

- Buen día, capitán Macedo – respondió Alcántara al saludo militar, retribuyéndolo. Ya no es sin tiempo que estoy esperando su llegada para darme las noticias anunciadas.

- Si, general, para mí también este es un momento muy importante, sea porque represente el cumplimiento de un deber de honra sea porque signifique dar curso al sueño del propio corazón.

- ¿Cómo es eso? – preguntó el comandante.

- Como usted ya sabe, nutro por su hija un sentimiento muy profundo y desde que ella fue llevada por aquel bando, mis días se transformaron en un martirio sin fin. Prometí a mi mismo que buscaría a los responsables hasta encontrarlos, pues ese es mi deber que la milicia impone a cualquier soldado que

la honre, al mismo tiempo en que es la obligación de todo hombre apasionado a fin de proteger el objeto de su afecto. Por causa de eso, en mis días de descanso, procure una forma de encontrar un camino para tener alguna pista. Y creo que encontré un rumbo prometedor para llegar hasta Lucinda.

El general se movía impaciente en su silla, con un brillo de esperanza en su mirada, bebiendo cada palabra de Macedo que, sabiendo de su naturaleza íntima, por su vez procuraba crear un clima que valorizase sus revelaciones, estimulando y conquistando a aquel hombre duro para hacerlo simpático a sus anhelos.

- Pues entonces, comandante, pensé que si había alguien que debería tener informaciones mucho más detalladas, ese alguien era aquel que comandara todos los hechos. Según Mariano que fue preso, los responsables por el movimiento, los autores de los folletos difamatorios, los que presidían las reuniones mensuales eran Armando y Luis. Con eso en la mente, descubrí que ellos regresaban a la propiedad después de la prisión de Carolina, conforme determinaran sus ordenes personales. De allí, monté guardia en el camino que ellos recorrían hasta la propiedad y, en una noche hicimos ambos prisioneros sin que nadie tuviese conocimiento de ese hecho. Los llevé para una casa próxima de aquí, pero suficientemente apartado para evitar testigos y, allí, procuré extraer de ambos la confesión sobre el paradero de la niña. Como fueron duros para hablar, precisamos “convencerlos” a abrirse según nuestros métodos tradicionales.

En el auge del proceso de convencimiento, alcanzando el límite de sus fuerzas, el más joven de ellos dijo que hablaría lo que sabía. No obstante, solo lo haría en su presencia personal, exigencia esa que, a pesar de representar una insolencia, resolví acatar por tratarse de asunto que le toca directamente.

Con eso, trajimos a los dos para el cuartel y los coloqué en celdas separadas. Nadie supo de la prisión de ambos. Pretendía llevarlos inmediatamente a su presencia, pero cuando llegamos aquí descubrí que las crisis habían regresado y su estado no permitía cualquier conversación. Con eso, mantuve los dos presos aguardando para que, tan pronto su recuperación ocurriese, pudiese traerlos hasta aquí para que confesasen lo que sabían.

En esa espera, Armando no resistió a las heridas y murió en la prisión. Fue sepultado sin alarde y su pérdida no representó ningún prejuicio para nuestros planes de recuperación, ya que fue el otro quien dice saber de cosas para contar a usted.

Luis se haya igualmente enfermo, pero no perdió la lucidez. Espero por la oportunidad de traerlo a su presencia.

- Muy buen trabajo, Macedo. Siempre supe que podía confiar en su diligencia. Recomendaré su nombre para que reciba una promoción como recompensa a sus valores de

hombre y de soldado. En cuanto a ese bandido, espero que él se abra contando todo lo que sabe. No pretendo pasar por la situación incomoda de implorarle cualquier información. Quiero que él sienta el peso de mi determinación. Quiero que él tenga miedo de mi presencia. Quiero que él ni piense en esconder alguna cosa. Hablaré con él ahora. Antes de eso, sin embargo, lleve para mi gabinete a su mujer. Amárrela en una silla y colóquela bien a la vista para que, cuando él llegue, sepa que ella se halla en mis manos y que no será nada bueno que omita alguna cosa sobre Lucinda.

- Bien pensado, señor. Sus ideas son perfectas para arrancar de ese malhechor todo lo que sabe.

- Y como la mujer es siempre más débil que el hombre – dijo el comandante en su preconcepto autoritario y cobarde – le presentaremos al marido del modo como se halla para que ella también acabe contando todo lo que sabe a fin de liberarlo de más suplicio...

Vaya y prepare mi gabinete para eso. Después, venga a comunicarme cuando todo estuviera listo. No obstante, no traiga al preso hasta que yo esté allá dentro aguardando por él. Quiero presenciar la reacción de la joven cuando él llegue. Quiero hablar con ella solito como ultimo chance de revelarme lo que preciso descubrir.

- Si, señor. Haré eso inmediatamente.

Eran dos piedras sin ningún trazo de ablandarse.

Macedo se levantó y se preparaba para salir cuando se recordó de una cosa y volvió diciendo:

- Señor, ¿puedo contarle una cosa más? Es de carácter personal y no tiene unión directa con todo esto.

- Hable pronto, hombre – respondió el comandante en su modo tradicional de dar libertad a sus subordinados.

- Esta noche tuve un sueño en el cual usted y yo estábamos juntos en un lugar diferente, todo iluminado, conversando con un ser brillante que nos pedía muchas cosas que yo no recuerdo, pero de lo que recuerdo, pedía que perdonásemos. No sé que, no sé a quien. Apenas me recuerdo que él pedía que escogiésemos el camino del perdón. ¿Usted tuvo algún sueño parecido?

Alcántara dio una gruesa carcajada y respondió:

- Ora, Macedo, ¿pues ahora usted dio para cosas de mujer? ¿Acabo de hablar que voy a recomendar su promoción y usted viene con una cosa de ese tipo? De ese modo voy a tener que providenciar su baja... – respondió el general en tono de juego e intimidad. – Yo soñé alguna cosa diferente, más no tengo ningún recuerdo de nada. Además de eso, no tengo cualquiera de esas supersticiones populares que quedan descubriendo mensajes resultantes de una noche mal dormida o

de una comida pesada que se ingirió antes de ir para la cama. Su sueño no me dice nada, pues mi función no es la de perdonar o condenar. Mi función es la de cumplir las ordenes que recibo y defender el imperio contra bandidos como esos que fueron capturados. Ellos si que hicieron lo que no debían hacer. Son ellos los que se condenaron. Nosotros apenas cumplimos la Ley. Perdón es cosa para cura. Solo él es que tiene el don de echar agua bendita en la cabeza del sujeto para que sus pecados sean lavados. Vaya pronto a hacer lo que mandé y no pierda su tiempo en cosa sin importancia.

Macedo sonrió de las consideraciones de su comandante y retomó su trayecto pensando consigo que aquel general estaba cierto siempre. En el fondo, deseaba encontrar un argumento para seguir haciendo lo que ya venía haciendo, sin peso en la conciencia.

Providenció el ambiente para que todo estuviese preparado en la forma que el general había determinado. Su sagacidad y su instinto para envolver a las víctimas en sus telas eran virtudes que Macedo admiraba y deseaba desenvolver en su propia personalidad.

Halló muy oportuno todo aquel encuentro, pues propiciaría que los envueltos en el delito se colocasen frente a frente para revelar los hechos reales. Aun más por tratarse de marido y mujer. Eso era muy convincente, pues ambos pretenderían ayudarse, protegiéndose, aunque a costa de revelar el secreto por ellos tan celosamente guardado.

Carolina fue colocada en una silla de madera en el canto de la sala, con las manos atadas en la espalda, los pies presos por cintas en las piernas de la silla y un trapo que le tapaba la boca y los ojos.

En el centro de la sala estaba otra silla de brazos en la cual sería colocado el rebelde que había sido capturado. Macedo quedaría atrás del prisionero mientras Alcántara se encargaría de cuidar de Carolina, siendo que nadie más estaría en la sala para presenciar las revelaciones de aquella mañana.

Sobre la escribanía de su gabinete, Macedo esparció algunos objetos naturalmente intimidatorios, con la intención de causar impacto y temor a los que los vieses. Además de un arma de fuego, había algunos tipos de armas blancas, cuchillos, navajas, torniquetes, etc. Nítidamente dispuestos para inducir al interrogado a acreditar que aquellos instrumentos, si era necesario, habrían de ser usados para que él revelase lo que sabía para bien o para mal.

Lo que era más grave era el hecho de que aquellos dos hombres harían eso sin pestañear, aprovechándose de una joven asustada, debilitada y hambrienta y de un joven torturado y enfermo.

El sueño de aquella noche, ahora, era un vago recuerdo para la cual ninguno de los dos verdugos daba mucha importancia. Lo que valía era continuar en el proceso de herir,

de torturar y de hacer sufrir.

Descubrirían en la propia piel el significado de la advertencia del Dulce Nazareno.

“Envaina tu espada pues quien con hierro hiere, con hierro será herido...”

39

Los dolores cobran su precio.

Tan pronto Carolina fuera debidamente colocada en el interior de su gabinete atada a la silla, Alcántara fue comunicado y para allá se dirigió a fin de tener una última conversación con la joven.

Cuando llegó determinó que le fuese retirada la venda de los ojos, mantenida, no obstante, la mordaza en su boca.

Le dijo, entonces, el comandante:

- Sra. Carolina, a pesar de las innumerables mentiras que usted viene relatando hasta el presente momento, por medio de las cuales procura ocultar el paradero de mi hija, y antes que yo determine un procedimiento más doloroso para la obtención de las informaciones que necesito, estoy hablándole por última vez sobre la posibilidad de llegar a un acuerdo. Voy a retirar la

mordaza por ultima vez para que su secreto venga a ser revelado y nos economice todo el sufrimiento de tener que obtenerlo mediante otros métodos.

Y diciendo eso, Alcántara retiró el tejido que cubría los labios de la joven a fin de que ella pudiese relatar lo que sabía.

No es preciso decir del estado de conmoción en que la moza se encontraba. Ya detenida hace algún tiempo, sin alimentación adecuada, sin compañía de amigos, sin seguridad alguna, su interior entraba en desespero llevándola casi al límite de la lucidez, en vista del miedo brutal que le crecía en el alma.

Ahora, aun más, delante del procedimiento coactivo que le ataba los miembros y la colocaba delante de hombres temibles, que ostensivamente le indicaban la posibilidad de ser herida por las armas allí dispuestas silenciosamente.

Tan pronto tuvo el habla posibilitada, dijo cautelosa y temblorosa:

- Señor general, por quien sea, crea en mi inocencia...

Sus palabras tenían el tempero de la sinceridad más pura aliado al desespero más digno de compasión. Su entonación era capaz de ablandar la ira de un lobo que, oyéndola, se avergonzaría de su cobardía con que la trataba.

Retornó Carolina para decir:

- Señor, yo no ignoro el dolor del corazón de padre injusticiado y herido y haría todo para que su hija fuese encontrada, No obstante, yo no sé de nada. Aunque usted use esas armas para herirme, yo no tengo ningún conocimiento del paradero de Lucinda, a no ser que su intento sea el de hacerme mentir o inventar cualquier cosa, solo para librarme del castigo...

En el corazón de aquel hombre, no obstante, no había espacio para el sentimiento noble de la compasión y de la tolerancia. Era egoísta demás para oír el corazón ajeno. ¡Era una piedra!

- Bueno, mocinha, si su postura es esta, creyendo que las lamentaciones de la astucia femenina pueden hacerme doblegar, siento que precisaremos trillar el camino diferente agravando el sufrimiento de todos nosotros, en vista de su obstinación. No reclame después, diciendo que usted no tuvo una oportunidad.

Al decir eso, nuevamente recolocó la tira de trapo sobre la boca y sobre los ojos de Carolina.

Acto continuo, determinó a Macedo hiciese entrar al prisionero que, igualmente, venía vendado y amordazado, además de hallarse todo recubierto de vendajes.

Realmente, al ingresar en la sala, su estado causaba

dolor. Las heridas en la epidermis, inflamadas como consecuencia de la ausencia de cuidados, daban a Luis la apariencia de un egresado de las urnas profundas de la tierra. El hedor causado por el proceso de podrecimiento de los tejidos y de la infección facial era desagradable e iba impregnando el ambiente.

Tan pronto fue colocado en el centro de la sala, con su inmovilización junto a la silla de brazos que allí lo aguardaba, Alcántara determinó a Macedo que trancase la puerta.

Al mismo tiempo, en el Plano Espiritual, la escena se repetía entre la euforia y el desequilibrio acentuado.

Además de Luciano, los otros diez espíritus perseguidores ahora se hallaban reunidos en el interior del recinto testimoniando los acontecimientos, todos ellos ligados a sus perseguidos, infundiendo en ellos las sensaciones de odio, deseo de venganza, estrechando aun más los lazos negativos que los unían a los dos militares.

En el mismo ambiente y sin que fuesen percibidos por los espíritus perseguidores en vista del diverso patrón vibratorio que ostentaban, el espíritu de Euclides y otros auxiliares también divisaban los hechos que se sucederían. En conjunto, oraban a Dios para que perdonase todos los desatinos de los hombres y protegiese a aquellos seres irreflexivos de sí mismos. Que el Padre fortaleciese los dos jóvenes que pasaban por las pruebas necesarias al perfeccionamiento común en las

indispensables cancelaciones a la que todos somos convocados un día, al mismo tiempo en que permitiese que los verdugos encontrasen la propia lección de perfeccionamiento, aunque al precio de la amargura íntima.

La elevación de esas entidades amorosas, de una cierta forma imponían un control positivo sobre el impulso salvaje de los demás, que, a despecho del bajo tenor de las propias vibraciones, se veían envueltos por efluvios saludables y sutiles que les calmaban los ímpetus más groseros.

Alcántara volvió a usar de la palabra, diciendo:

- Pues bien, moza. Usted escogió este camino. Tal vez usted hubiese preferido el rumbo más suave si pudiese saber que de esa confesión depende la vida de alguien que su corazón debe amar mucho...

Hablando así, retiró la venda de los ojos de Carolina. Que, inmediatamente, divisó al joven sentado a su frente, reconociéndolo por el porte y por las líneas corporales como su esposo amado. Aunque el estado general inspirase compasión, el corazón apasionado era capaz de encontrar su destinatario entre las gotas del océano en el medio de la noche sin luna.

La visión de su marido, aunque el mismo se hallase envuelto en tantos tejidos que le cubrían prácticamente todo el rostro, hizo nacer en su interior una sensación de alegría y de mayor desesperación.

¿Entonces era aquello? – pensaba ella. Ellos explorarían el afecto para obtener aquello que ella no poseía.

Efectivamente, su dolor aumentó, en una agonía que llegaba a la rebeldía en vista de tanta crueldad. No podía, no obstante, decir ninguna palabra. Estaba amordazada.

Sin saber que pasaba, una vez que nada conseguía ver, Luis se mantenía en posición de expectativa.

No precisó aguardar mucho tiempo.

- En cuanto a usted, moleque irresponsable y cobarde – gritó Alcántara – como líder de los otros idiotas que lo siguieron, cabe la cuota de mayor peso en lo que toca a la reparación de los errores de todos. Ni siquiera su alejamiento durante los hechos lo libera de la culpa mas, al contrario, aun más lo incrimina delante de tantas evidencias. Del mismo modo que fui generoso con la joven que está a su frente, también pretendo ser generoso con usted, dando la oportunidad para que pueda revelar donde se halla escondida mi hija Lucinda...

Antes de permitirle hablar, por medio de una señal, determinó que Macedo le retirase los vendajes que cubrían sus ojos. Hecho eso, el estado de aflicción física fue expuesto a la vista de todos. El rostro era una única herida que corroía la carne sin cualquier remedio o tratamiento.

Los ojos hundidos y apagados de Luis, repentinamente retomaron el brillo delante de la visión de Carolina, la joven esposa amada. Deseaba hablar con la voz del sentimiento del amor y de la nostalgia que traía en el pecho. Sin poder decir palabra, intentaba establecer el contacto a través del brillo centelleante que pasara a emitir y de las lágrimas que escurrían.

Luis sabía que Carolina nunca supiera o participara de nada. Que su presencia allí era del todo innecesaria e inútil. No obstante, por lo que pudiera recibir en la propia piel, sabía que aquellos hombres podían hacer cualquier cosa.

Aunque irreconocible por la mayoría, Carolina correspondía a su sentimiento, desesperada.

Eran dos miradas que se hablaban y, como resignados, se despedían de sí mismo y del futuro que habían soñado juntos un día. Ninguna acusación tiznaba la sublimidad de aquel instante.

Del mismo modo que Carolina había entendido, Luis también entendiera que sería sometido a más tortura si no dijese algo importante, al mismo tiempo en que se le haría aterrador presenciar cualquier acto de vandalismo practicado contra su esposa inocente.

Viendo el estado de aflicción de ambos, Alcántara agarró una navaja que se hallaba sobre la mesa y, mirando a Luis, se aproximó lentamente de Carolina a fin de indicar que

podría usar la lamina para hacer que él hablase.

El corazón afligido del joven parecía que le saltaría del pecho. Deseaba salir de allí, arrebatarse a Carolina, dejar todo para atrás y huir para un lugar diferente, donde hubiese la paz que hasta entonces no había encontrado. Comenzó a inquietarse en la silla, como deseando romper las amarras. No tenía fuerzas para eso.

La navaja en las manos del general era un siniestro aviso de que si él no hablase lo que sabía. Carolina tendría su piel lisa y aterciopelada transformada en retazos. Alcántara miraba hacia ambos con el siniestro deseo de apresurar las revelaciones y, al mismo tiempo, eternizar la tortura moral.

De lejos, preguntó a Luis:

- ¿Cómo es, rebelde destronado, entendió el poder de esta navaja?

Luis meneó la cabeza indicando que sí.

Dejando la silla de Carolina, el general se trasladó para las proximidades del joven al centro de la sala, a fin de que la joven pudiese también vislumbrar el cuadro tan dantesco de la posible tortura del ser querido.

Corriendo el filo de la navaja, suavemente, por el pescuezo del preso como quien indica que podría imprimir

mayor presión al punto de tallar la piel suave y fina, el general miraba a Carolina a fin de identificar su procedimiento delante de aquella posibilidad concreta, en un ritual macabro de intimidación mental.

No contento con todo eso, Alcántara pasó a retirar con la lamina pedazos de cabello del prisionero, los cuales iba cortando al azar, lanzándolos al suelo.

Algunos golpes más osados, le herían el cuero cabelludo produciendo sangramiento que pasara a escurrir por el lado izquierdo de la cara.

Viendo el estado de angustia de Carolina, Luis lloraba en silencio, sin presentar señales de rebeldía a fin de procurar preservar a la esposa, en aquel siniestro interrogatorio.

La joven, no soportando tanta agonía, perdió el sentido allí mismo en la silla. Tenía una complexión delicada y no soportaba más la presión de que se veía víctima, al lado del sufrimiento del marido.

Alcántara y Macedo, viendo el estado de ausencia de la joven que desmayara, se volvieron ambos hacia Luis, ahora para obligarlo a hablar. Con la navaja, cortaron la mordaza que le sostenía el maxilar fracturado.

- Vamos ya, entonces, moleque. Quiero saber donde está mi hija Lucinda. Pare de llorar, marica...

Allí sentado, Luis oyera todo aquello y se recordaba de su madre. Su recuerdo volviera al pasado, cuando era adolescente y, por gustar de escribir poemas, oía constantemente la misma alusión que sus oídos volvían a oír allí.

- Habla, llorón. Sea hombre y diga donde escondió a mi hija – gritaba el general, al margen de la histeria nerviosa.

El silencio triste del preso era una provocación a los dos militares que, siendo dirigidos por los espíritus perseguidores, pretendían inmediata respuesta a las preguntas que hacían.

Macedo, pretendiendo anticiparse a su comandante con la intención de agradarlo al mismo tiempo que ansioso para encontrar a Lucinda, se dirigió a la mesa donde las armas se hallaban colocadas y, agarrando el revolver allí dispuesto, se aproximó al preso con el arma en puño, amenazadoramente.

Luis seguía recordando su pasado, el abandono de su casa, la carta y el cariño de su madre, la fuga para lejos, la dificultad de mantenerse, los vínculos constantes con la familia y el odio del padre.

Se recordaba del juramento que hiciera a sí mismo de que un día él combatiría a aquel hombre arrogante y dictador que lo trataba como cosa sin valor. Ya que no era posible considerarse más como hijo, lucharía, aunque a la distancia,

para devolver a aquel padre frío e indiferente, la desdicha que sufriera en la carne por su culpa.

Luis seguía callado y llorando.

Se recordó de los planes que hiciera para seguir a la distancia a sus familiares a fin de nunca perder contacto definitivo. Procuró estudiar por cuenta propia ligándose a otros pensadores liberales como él, con los cuales desarrolló su sensibilidad y pasó a andar con sus propias piernas.

Se recordó de la aproximación de Armando al mismo tiempo en que seguía el rastro de su familia. El descubrimiento de Carolina le transformara el ambiente íntimo. Su afecto sincera, su modo suave, representaba rocío a su desierto afectivo. Por un momento soñó en ser feliz al lado de la mujer amada. El sentimiento correspondido, el apoyo del padre que viera en él el continuador de los propios ideales de nobleza, unificaron los destinos. Se casara.

Modificará el panorama de la hacienda del suegro con pleno consentimiento de este, creará ánimo nuevo al ver que sus intenciones de un mundo más justo eran comprendidas por los esclavos que iban ganando el derecho de ser personas con dignidad y respeto. Se recordará de su padre y se viera delante de su experiencia en el trato con los negros esclavizados, tomando conciencia, por primera vez, que él y el genitor eran efectivamente diferentes, muy diferentes.

Se sintió orgulloso de no haber sido igual al padre. Se enorgulleció de haber podido ejercitar sus ideales y descubrir cuanto las criaturas podían ser más felices si fuesen tratados con sentimiento y humanidad.

Alcántara no tenía paciencia para esperar. Miró a Macedo y gritó, colérico:

- ¿Cómo es, capitán, donde está su brillante descubrimiento? ¿Fue para eso que usted me trajo aquí? ¿Para oír el silencio de este moleque llorón?

Esas alusiones desairosas representaban todo aquello que Macedo no deseaba escuchar, aun más en frente de aquellas personas. Tornándose aun más descontrolado por sentirse tonto o creyendo que precisaba intimidar aun más al prisionero, se sirvió de la pistola y disparó un tiro dirigido a la pierna de este, a fin de forzarlo a hablar por el dolor.

- Hable ahora, inútil. ¿Ya se olvidó que usted mismo me pidió para estar aquí y revelar lo que sabe al propio comandante? – descontroladamente vociferaba el capitán, delante de un general que no se preocupaba más por imponer límites para la tortura del preso.

Sin embargo, el ángulo de penetración de la bala, en vez de alcanzar la región pretendida por Macedo, penetró la parte superior del muslo de Luis, rompiendo arteria importante y dando inicio a mortal hemorragia. La sangre comenzó a escurrir

por la herida manchando el suelo.

Con el estampido, Carolina volvió en sí, asustada y, sin entender lo que estaba aconteciendo, vio al marido sin las vendas en el rostro transfigurado de dolor al mismo tiempo en que la sangre escurría por las patas de la silla.

- Llame al Dr. Mauricio ahora – gritó el general.

Macedo abrió la puerta y determinó al centinela que se hallaba del lado de afuera, trajese a Mauricio inmediatamente. Volvió para dentro para asistir a la escena más triste de su vida, hasta entonces.

Alcántara, indignado con el silencio del preso, desesperado con la hemorragia, sacudía al joven cara a cara, casi al borde de la locura, suplicando que le revelase donde se hallaba Lucinda.

- Hable, criatura, usted no puede morir sin decirme donde está Lucinda. Solo usted puede hacer eso. Por el amor de Dios, devuélvame la única cosa que me resta para amar...

Una crisis de llanto convulsivo se apoderó del general que, a aquella altura no tenía más donde agarrarse en la esperanza de recuperar la hija.

Viendo el estado de llanto de aquel hombre que nunca lloraba y sintiendo que la muerte no tardaría en llegar, Luis

reunió sus fuerzas para decir lo que le serían las últimas palabras:

- Hace poco tiempo, señor, yo era considerado marica porque lloraba... Ahora el señor también llora como yo, sin que eso lo haya transformado en una persona sin valores... cuando yo era joven, mi padre también acostumbraba decirme cosas así...

Yo lloraba porque él no entendía mis sentimientos y él más me golpeaba por haber llorado...

Que pena que mi padre haya aprendido tan tarde a llorar...

Y que pena que haya sido al precio tan alto de perder, por segunda vez, al propio hijo...

Yo soy Jonás, su hijo... ¿Se acuerda de mí?

* * *

Silencio tumulario...

* * *

- Mi madrecita Lucia fue la única que me comprendió y me ayudó a ser alguien para que yo pudiese llegar hasta aquí.

Antes, lo seguía para vengarme del odio que sentía por

usted...

Hoy yo entendí que somos muy diferentes...

Yo voy a morir aquí, en su gabinete, por sus manos. Con todo, voy a seguir vivo dentro de su conciencia que no va perdonarle...

Jamás rapté a mi hermana inocente. No sé donde ella está, más sé que Dios debe haberla apartado de usted para que no acabase igualmente asesinada por su egoísmo...

El pecho de Luis jadeaba con el esfuerzo de decir las últimas palabras.

- Cambié de nombre para no cargar cualquier vinculo con usted. No obstante, soy el mismo hijo que recibía sus humillaciones apenas por gustar de hacer poesías...

Alcántara oía como aturdido de dolor. Al principio no quería acreditar, más con las revelaciones tan íntimas que fueron siendo hechas, no pudo dejar de impresionarse. Los trazos fisonómicos, aunque alterados por el tiempo y por la tortura física, guardaban alguna cosa del joven hijo que su intransigencia hiriera al punto de romper los lazos para siempre.

No había mucho tiempo para mayores entendimientos.

El Dr. Mauricio llegara apresurado y constataba la

inutilidad de cualquier esfuerzo para salvar la vida de aquel joven. Viéndolo de aquel modo, fue invadido por una onda gigantesca de compasión por su desdicha. El Espíritu de Euclides, que presenciaba aquella escena cruel en oración, envolvió al médico que, inmediatamente, percibió que era el fin y elevó su pensamiento a Dios.

Antes de cerrar los propios ojos, Luis, ahora Jonás, se dirigió a Carolina que lloraba confusa:

- Carolina, mi amor, yo la dejo pero la llevo conmigo en el corazón para donde yo vaya. Disculpe todos los males que le hice pasar pero tenga la certeza de que mi sentimiento por usted fue la única cosa grande y sinceramente bella que encontré en toda mi vida...

Después de mi madre, usted fue la única mujer que me dio cariño y comprensión...

Yo jamás la olvidaré...

Guárdeme como Luis, aunque mi nombre de bautismo no haya sido ese... Por su causa dejé de ser aquel Jonás amargo para volver a creer en el dulce amanecer de una nueva individualidad que nacía en mi interior...

La amaré a usted por siempre...

La fuerza de la vida se iba agotando en Luis y, en aquel ambiente ahora pesado y repleto de dolor, yacían inertes y

confundidos por la propia maldad a los que antes eran los verdugos.

El general lloraba herido de muerte en su más íntimo sentimiento.

Miraba para aquel cuerpo ahora libre de las amarras y extendido en el suelo. El cuerpo de su hijo que era, al poco tiempo, abandonado por la vida como quien recupera un pedazo perdido de sí mismo para, acto continuo, llevarlo a la sepultura, sin tiempo de más nada.

En los estertores de su agonía, cuando parecía que Luis ya no vivía más en el cuerpo, he ahí que un movimiento de su brazo levanta la mano fría y, temblorosa, su voz débil habla por última vez:

- Tengo... un... último... ...pedido...

Alcántara, que se hallaba arrodillado al lado del cuerpo del hijo en agonía, al llanto de desespero, se acercó para poder oír mejor las últimas palabras de aquel que era la carne renegada de su carne, sangre abandonada de su sangre:

- Mi padre...

Era la primera vez que Luis lo llamaba padre...

- Hable... estoy aquí... pida lo que quiera...

Y en un tono triste de los que parten sin poder exigir cosa alguna, humildemente mira a los ojos del genitor y suplica:

- Padre... libere a Carolina...

Fueron las últimas palabras de aquel que había sido uno de los tesoros que el Creador le había concedido y que él abandonara por la estrada de la vida.

Ahora, Alcántara no tenía la hija amada y acabara de conspirar en la tortura y muerte del propio hijo.

Todo eso había sido mucha cosa para su equilibrio...

Luis, el mismo Jonás, estaba muerto en sus brazos.

40

Macedo en la prisión.

En el Plano Espiritual que comprendía aquella sala en que todo estuviera ocurriendo de forma tan trágica y tan deshumana, el cuadro era igualmente emocionante. Fuese por la presencia de las entidades necesitadas que se ligaban a los dos hombres invigilantes, fuese por la vibración de amor emitida por Euclides y por todos los espíritus que se congregaban en torno del trabajo de elevación de las conciencias, lo cierto es

que una gran emoción penetrara en el más íntimo escondrijo de los corazones.

Tan pronto se diera el desenlace de Luis, en la condición de víctima de la agresión ajena, los espíritus trabajadores se hicieron visibles a fin de que todos los obsesores se apartasen o se detuviesen lejos de los despojos físicos.

Ya durante el proceso de la muerte resultante del rompimiento de la arteria femoral, los espíritus comandados por Euclides providenciaban la atenuación del sufrimiento, infundiendo al joven herido confort espiritual y coraje para que se calmase, para que perdonase la acción agresiva, para que no guardase odio o resentimiento de nadie, principalmente de aquel que, en esa encarnación le había sido el progenitor.

Tal envoltura fuera tan positiva para el estado de ánimo de Luis que él tuvo fuerzas para raciocinar sobre la necesidad de proteger a Carolina, suplicando por su liberación.

Envuelto por una ayuda espiritual reservada a los que padecen de las aparentes injusticias humanas, erguidas a la condición de test y pruebas muchas veces solicitadas por la conciencia que precisa vencer obstáculos íntimos, allí se hallaban aguardando por él las manos brillantes de aquella que fuera la madre en la última existencia.

Tan pronto dejó el cuerpo físico, al abrir los ojos en el

Mundo Espiritual, Luis reconoció la sonrisa emocionada de Lucia, la madre que lo comprendiera y que fuera su única defensa durante la fase de la infancia y de la juventud.

Mirando para sus ojos dulces, Luis se emocionó y comenzó a llorar, volviendo el pensamiento para el tiempo en que podía sentirse protegido por aquella que le fuera la madre tan querida. Recordó los períodos festivos en que, como niño, jugaba bajo el mirar protector y los cuidados de aquella alma generosa. Los primeros rabiscos en el papel, versificando con la pureza infantil temas que su pensamiento consideraba importantes, ya demostrando la tendencia idealista de su carácter.

Recordando todo eso, su corazón se desanublaba y él se olvidaba de los dolores de aquella hora difícil en que se encontraba en prueba.

Mirándolo con ternura, Lucia lo acercó al corazón diciendo:

- Ven, mi poeta preferido. Ven a cantar las bellezas del mundo espiritual para el corazón de madre que nunca te olvidó, mi hijo...

Se abrazó a él como quien guarda un relicario muy precioso y, al comando de Euclides, protegida por un grupo de espíritus amigos, entre los cuales se hallaba Armando convaleciente, también recientemente desencarnado, siguieron

todos al destino que los aguardaba, en una colonia espiritual en la cual se recuperarían.

* * *

En el interior de la sala, los obsesores de los dos militares estaban aturcidos. Luciano había quedado eufórico durante el proceso de tortura, en el cual el general fuera herido por la pérdida del propio hijo. Al mismo tiempo, dejara Macedo perplejo en función de haber sido de él la iniciativa de disparar el tiro, aunque no tuviese la intención de quitar la vida del prisionero.

Sobre el capitán, pesaba ahora la culpa de, por intentar agradar a su comandante, por pretender forzar la revelación del paradero de Lucinda, haber acabado produciendo la muerte del hijo del general. Confuso, Macedo no sabía que hacer.

Alcántara estaba petrificado. Preso a los despojos del hijo y, al mismo tiempo a la influencia de Luciano, se sentía el más desdichado de los hombres. No sabía si lloraba o mandaba a prender al capitán. No conseguía pensar. La única cosa que le era clara llegaba al interior por la vía intuitiva. Era Luciano que le decía a los oídos espirituales que él no sería feliz nunca.

El general se sentía vencido por un enemigo que no conocía. Era algo más poderoso que él mismo y que se valía de sus defectos para inducirle a realizar sus proyectos invigilantes y mezquinos para que acabase herido por sus propias actitudes.

Con la ropa manchada de sangre y aun recordándose de todo lo que presenciara allí cuando, para recuperar la hija amada, perdiera al propio hijo sin alcanzar el objetivo deseado, Alcántara parecía un niño que procuraba explicación entre el desespero y el miedo.

- ¿Qué haría ahora? – se preguntaba a sí mismo.

Aprovechándose del estado emocional alterado por el remordimiento y por el dolor íntimo, Euclides volvió a envolver al militar, interrumpiendo así las uniones inmediatas producidas por los obsesores que no resistían a su elevado potencial vibratorio.

Acercándose al general, Euclides extendió la diestra sobre su frente y sobre su corazón, hablándole a la acústica del alma:

- Alcántara, interrumpe el camino criminal. No aceptaste los consejos que te fueron dados durante el sueño. Preferiste dar vacío a tus actos nefastos para acabar destruyendo la carne de tu carne. Ahora que todo está consumado, al menos recuérdate de Dios una vez en la vida y levanta tu pensamiento. Basta de desgracias. Tus pasos trillaron una estrada en que se esperaba de ti un comportamiento de sobriedad y respeto por los semejantes. De aquí en adelante, tu estrada será cubierta de espinas dolorosas para tu espíritu. Al menos, mi hijo, atiende al último pedido de tu hijo. Libera a

Carolina que no tiene ninguna culpa ni practicó ningún delito. Haz más. Libera a todos los prisioneros para que esta actitud te sea llevada en cuenta de arrepentimiento. Recuerdate de que solo nos pertenece el bien o el mal que esparzamos en la vida de los otros.

Un chorro de luz hizo que el general recordase de la experiencia obtenida durante el reposo nocturno, en el cual un ser iluminado le hablaba sobre la necesidad de perdonar.

Así, sea por culparse por la muerte de Luis o aun por recordarse de sus ultimas palabras y del sueño que tuviera, el general reunió sus fuerzas para determinar a Macedo que liberase inmediatamente a aquella joven, a fin de que ella pudiese volver para su casa escoltada por soldados que la llevarían con seguridad.

Tan pronto oyera la sentencia de libertad, Carolina, en llantos, desamarrada de la silla, cayó sobre el cuerpo del esposo amado sollozando de dolor. Dirigiéndose al comandante, igualmente abatido, Carolina le pidió:

- Señor, concédame la posibilidad de llevar conmigo el cuerpo de Luis para darle sepultura. Hasta hoy, su actitud ha sido la de separar a los que aman. Eso le costo separarse de la hija y ahora del hijo los cuales, aunque a su modo personal, acredito que usted también los amaba. Al menos ahora, en que me concede la libertad después de haberme reducido a la infelicidad, yo os suplico que me entregue lo que resta de mi

marido para que yo pueda llevarlo conmigo, pues para usted jamás dio nada que no fuese desprecio, humillación, olvido y, ahora, tortura y muerte. Yo le di mi vida y mi afecto en estos pocos años en que convivimos juntos. Quiero darle ahora, un recanto de paz como última morada de su cuerpo.

Aquellas palabras penetraban profundamente en el espíritu culpable del general. Lejos de ser ofensivas a su dignidad de soldado, ellas representaban tan solamente la verdad desnuda sobre su conducta personal. ¿Cómo decir que no era verdad si la víctima estaba allí bajo su mirada, extendida en el suelo sin ningún amparo?

Se recordó del pasado y reconociera la culpa de su comportamiento agresivo hacia su hijo. A cada nueva ocurrencia, su espíritu más se iba acusando sin poseer cualquier defensa que pudiese invocar como excusa justa.

No podría negar a la esposa del hijo esa concesión y entonces, autorizó que el cuerpo de Luis fuera preparado por el Dr. Mauricio, que allí se hallaba en silencio y en oración, para que fuese llevado hasta la hacienda de Carolina.

De la misma forma, precisaba darle noticia del paradero del progenitor, cuyo fallecimiento ella desconocía. Dirigiéndose a Macedo, acusándolo directamente por las muertes allí ocurridas, lo intimó a revelar el paradero de Armando.

- Capitán Macedo, no bastando el destino trágico

presenciado por nosotros en esta sala, quiera usted revelar a la joven donde se encuentra su padre para que ella de curso a su vida de ahora en adelante, sin mayores sinsabores de todos los que ya fueron producidos en su vida.

El capitán, que no se recordara de todas las desgracias que envolvían aquellos personajes, fue conducido de repente a la realidad por la orden seca y fría de su comandante.

Sin saber como decirlo, pero usando la forma directa y sin rodeos, característica de la pragmática militar, hablo entre gagueos y recelos:

- Señora Carolina, su padre falleció en este cuartel en virtud de enfermedad crónica algunos días atrás y se halla sepultado en las proximidades. Si fuera su deseo, exhumaremos el cuerpo y lo transportaremos para la propiedad que, ahora, le pertenece por derecho.

Aquellos dos eran hombres sin sentimientos hasta aquel momento. Hablaban de sus actos como si no fuesen graves lesiones en el alma ajena.

Carolina, sorprendida y débil por la ausencia de alimentos y por las emociones duras de las últimas horas, fuera cogida por la información directa y sin simulación de que, no bastando el estado de viuda, ahora se presentaba igualmente huérfana.

El choque fuera muy grande. Su cuerpo delicado guarneciendo el espíritu sensible fue sacudido por una onda de amargura y dolor hasta entonces jamás sentida en tal magnitud. ¿Ahora de que le valía vivir?

Le habían quitado todo, como si su vida y sus sueños no valiesen más que la paja que se lanza a las brasas del fogón. ¿Qué tendría para reconstruir la vida sino las cenizas de sus sueños, ahora que el esposo y el padre nunca más estarían a su lado?.

Sintiendo agudo dolor en el pecho, que jadeaba en una respiración desordenada, Carolina perdió el sentido allí mismo sobre el marido, obligando al Dr. Mauricio a ofrecer sus servicios, buscando recomponerle el equilibrio orgánico. Determinó que ella fuese llevada a la enfermería del cuartel para que recibiese tratamiento adecuado.

Un odio cruel surgía en el corazón del general, dirigido, ahora, al capitán Macedo, hasta allí su más fiel servidor y cómplice. Ahora que los hechos iban sucediéndose, más y más culpaba al capitán por aquella situación. Presenciando todos los hechos, reconocía en Macedo toda culpa por la muerte del hijo.

Ya no era más el rebelde que odiaba. Era el hijo que el tiempo le había robado para, ahora, devolverlo en la forma de un cadáver que lo acusaba.

Acostumbrado e empujar la responsabilidad que le

cabía hacia otros que juzgase culpables por sus propios errores, no hizo diferente ahora. Y, cuando debería asumir el peso de sus actos, sin acusar a los que le sirvieran de forma canina y ciega, más se comprometía imputando culpas a su comparsa de errores.

Delante de la Justicia Divina, Macedo era responsable por el sufrimiento de los otros. No obstante, Alcántara tenía la mayor culpa en vista de hallarse en la condición de comandante que organizaba todos los ataques, que manipulaba todas las personas a fin de alcanzar sus propios objetivos oscuros.

Pero el general no se acostumbrara a asumir responsabilidades por los fracasos. Era corajoso para herir a los otros, pero soberanamente cobarde para soportar el sufrimiento. Gritando al centinela que se hallaba atento a los hechos, en la puerta del gabinete, ordenó:

- Soldado, prenda al capitán Macedo por homicidio testimoniado por mi y por esta joven que acabó de salir de aquí desmayada. Él será llevado a juzgamiento delante el tribunal militar en la capital de la provincia.

Y cerró, para sorpresa del capitán, que no creía en lo que oía:

- ¡Es una orden!

El soldado, sorprendido por la determinación, apuntó el

arma al militar detenido y este, profundamente herido en su brío, miró profundamente a los ojos a su comandante para decir del odio que aquélla injusticia hiciera nacer dentro de su alma. Dos enemigos se descubrían después de haber pasado años unidos en la condición de cómplices del mal.

Se viró en los tacones y se dejó llevar para el mismo lugar donde antes encarcelara a tanta gente inocente: la cárcel del cuartel.

Viéndose solito en su gabinete, delante del cuerpo del hijo que, más tarde sería trasladado para lejos, el general acabó envuelto por los pensamientos más dolorosos de su vida, mientras el espíritu de Luciano se acercaba a él, nuevamente, para gozar con su desdicha, ahora que Euclides se había retirado para seguir los caravaneros del amor que llevaban a Armando y a Luis.

La presencia de Luciano y de los demás obsesores le causaba mayor sufrimiento. Su cuerpo sudaba abundantemente. Su mente era un verdadero caldero en ebullición. Llegara a la conclusión de que necesitaba dormir para rehacer sus fuerzas y meditar con más lucidez.

Dejara ordenes para que cuidaran del cuerpo de Jonás /Luis, exhumasen el cuerpo de Armando y trataran de Carolina a fin de liberarla tan pronto se hallase más recuperada, llevando a todos para la antigua propiedad.

Llamó al médico que lo atendía en sus crisis y, en algunos instantes, el Dr. Mauricio se hallaba en el recinto.

- Dr. Mauricio, - dijo el general – mi corazón está en harapos, mi sangre parece que es un torrente de plomo derretido que corre por mis venas y mi mente precisa de descanso. Quiero que usted me auxilie a recuperar el equilibrio, pues estoy sintiéndome al borde de una nueva crisis de aquellas que solo usted conoce bien. Por eso, quiero que usted sea la única persona que tenga ingreso libre en mis aposentos, mientras me retiro para el descanso. Quiero pedir que me indique un medicamento que pueda ayudarme en el relajamiento y llevarme al sueño. Y cuando yo estuviere durmiendo, que usted vele a la cabecera, a fin de poder ayudarme en caso que alguna cosa ocurra y que yo no consiga controlar.

- Si, señor, estaré listo para ayudarlo. Iré hasta la enfermería para providenciar la medicación para lo que me pide. Me encontraré consigo en breves minutos, en su cuarto.

Para allá se dirigió el general y todos los espíritus que lo acompañaban, aprovechándose de las brechas que el remordimiento comenzaba a abrir en la barrera dura de la conciencia de aquel hombre.

Mientras era frío y endurecido, una defensa artificial protegía su sentimiento de cualquier elevación, en la atmósfera del espíritu. Ahora, con todo, la culpa abría innumerables rajaduras en su armadura, por donde la ruina de las antiguas

defensas se vislumbraba, lo que dejaría a los obsesores aun más eufóricos, acreditando que la victoria les sería cosa de horas o días.

Al llegar al cuarto, Alcántara parecía que ardía en fiebre. Su estado orgánico acusaba alguna alteración de importancia, una vez que la pulsación se modificaba, el sudor le empapaba la ropa, la temperatura de la sangre parecía alterada, las juntas le dolían y él pensaba que todo representaba consecuencia del trauma emocional, que se corregiría con un reposo, aunque inducido por la medicina clínica.

Los espíritus obsesores estaban igualmente sorprendidos por la eficiencia de sus vibraciones y se agarraban aun más intensamente al cuerpo físico del militar, estrechando los lazos magnéticos que los unía, hasta por el estímulo de producir en aquel hombre una mayor suerte de dolores, olvidando que el odio también crea ataduras y que cada uno recibiría conforme hubiese sembrado.

El general se acostó aguardando la llegada del médico con el remedio, lo que no presenció, pues adormeció víctima de un estado de entorpecimiento que lo avasallaba por completo.

Cuando Mauricio llegó, lo encontró dormido en un sueño agitado, con la ropa toda mojada y sin cualquier señal de estar reposando.

No obstante, lo dejó allí y pasó a observarle las

reacciones a la distancia, permaneciendo en oración por medio de la cual se ligaba a Dios en pedidos de bendiciones para todas las víctimas de aquella situación trágica.

Era Mauricio el único hilo entre la oscuridad de los hombres y la luz divina en aquel lugar. Sus palabras generosas y dulces, su resignación y humildad construían un camino de ejemplos luminosos que servían de apoyo para todos los prisioneros, transformando cada uno de ellos en criaturas más despiertas para la realidad de la vida, aunque le fuese difícil entenderla o aceptarla. Muchos, no obstante, pasaron a ver la vida como algo que precisaba ser disfrutado con calidad, no importando las ocurrencias en el transcurrir de la existencia. En cualquiera de ellas, cada persona puede enfrentarlas de acuerdo con los estados íntimos diversos: con altivez y confianza o con desespero y pesimismo.

En el primer caso, una fuerza nueva y poderosa puede infundir en cada ser una nobleza de carácter hasta entonces desconocida de su interior. Con ella la criatura que sufre redescubre la paternidad divina que trae en su interior y, en esa Usina Celestial, absorbe nuevas energías para vencer los desafíos.

En el segundo caso, las pocas disposiciones se van consumidas en el circuito cerrado del ego herido y debilitado, sin ninguna ligazón a la fuente de las bendiciones y, como resultante, una sensación de debilidad y abandono se incorpora al individuo que se complace apenas en ser criatura que reniega

la paternidad de Dios para contentarse en ser cosa derrotada digna de pena o compasión ajena.

De esta forma nueva de ver las cosas, los innumerables prisioneros pasaron a descubrir como podrían transformar la experiencia de la prisión en oportunidad de crecimiento, buscando la comprensión de los actos ajenos y la colaboración reciproca en la cual encontraban nuevas esperanzas para sus vidas.

Allí dentro, muchos de los presos que moraban lado a lado en la ciudad como vecinos, individuos que no se hablaban mientras eran libres a pesar de la proximidad de sus casas, pasaron a conocerse y respetarse como náufragos en el mismo bote salvavidas. Mientras la libertad les propiciaba las oportunidades buenas de aproximación, se guardaban distantes, cada uno en su egoísmo.

Ahora que la desdicha les era igual, se descubrían amigos que dividían la misma porción de alimento, todo eso gracias a la acción esclarecedora de una única persona. El Dr. Mauricio, sin gastar una dosis de remedio, consiguiera hacer sanar muchas heridas en las almas que bebían sus explicaciones y se transformaban al impulso de su ejemplo personal.

Solito, él diera un nuevo patrón vibratorio a aquel lugar y aunque aun hubiese mucha gente rebelde e ignorante, buena parte de los que él cuidaba encontrara una cierta paz interior, un confort espiritual propiciado por una nueva manera de pensar y

por el ejercicio del potencial inmenso de la oración.

Innumerables entidades amigas del plano de la vida mayor se acercaban de los presos y les envolvían en vibraciones de optimismo y esperanza, pues a la vista de Dios, aquello no era una prisión, era una escuela de espíritus rebeldes, para reconducirlos al aprisco y a la felicidad plena.

Mauricio hacía las veces del pastor de las ovejas descarriadas del rebaño de Dios.

41

Enfermedades rectificando enfermos.

Todo aquel proceso de desgaste emocional, acompañado de la presencia negativa de los espíritus necesitados, sumada a la ausencia de la hija amada y, ahora, al

asesinato del hijo representaba un rudo golpe en la estructura psicológica del general Alcántara.

Además de todo eso, todos sus esfuerzos por encontrar a Lucinda habían sido en vano, pues continuaba tan distante de ella como se encontraba al comienzo.

Al acostarse al final en aquel día, después de que todos los hechos desembocaron en la tragedia familiar, su estado íntimo era una combinación de culpa, remordimiento, frustración e impotencia. Los lazos que lo ligaban a los espíritus perseguidores estaban más apretados, una vez que todos ellos se hallaban empeñados en mantenerlo en el estado de sufrimiento a fin de vengarse de los maleficios recibidos de sus propias manos.

El cuerpo del general, no obstante, acusaba señales de alteración orgánica más grave, a través de síntomas nunca antes observados. Bajo la observación de Mauricio, el general se encaminó por un sueño pesado y turbulento, en el cual se veía acusado por entidades oscuras que le señalaban las atrocidades soportadas por ellos o por entes queridos.

En verdad, su conciencia no presentaba ninguna protección a todo aquel caudal de protestas, las cuales eran efectos de la causa que implementara.

Sin embargo, diferente a las otras crisis soportadas por él en vista de la aproximación más intensa de Luciano,

Alcántara no se viera envuelto por el transe en el cual las innumerables personalidades espirituales que lo obsesaban hablaban por su intermedio. Esta vez las reacciones orgánicas eran diferentes e indicaban con claridad una nítida alteración de sus estructuras fisiológicas.

En aquella noche, Alcántara deliró por muchas horas, hablando solito como si estuviese conversando o lamentándose por hechos ocurridos hace mucho tiempo, sin ser llevado a hacerlo por interferencia espiritual, mas sin causa de los conflictos íntimos que lo avasallaban. El estado febril se mantuvo y tenues espasmos musculares indicaban, una que otra vez, que el cuerpo físico estaba siendo bombardeado por descargas eléctricas significativas que alteraban su patrón normal de reacciones.

Ya en la prisión, Macedo se dividía entre la culpa personal y el odio que pasara a nutrir por su comandante. Reconocía que, por causa de su osadía, todo terminara de forma trágica e imprevista, mas del mismo modo, se veía como criatura usada por su superior a fin de alcanzar los objetivos ilícitos, aunque también se lucraba con ellos.

Su patrón mental que ya era de bajo tenor, se dejó oscurecer por un sentimiento aun más negativo que representaba lo que Macedo poseía de peor, empastándole toda la atmósfera circundante con los fluidos densos y oscuros, que representaban alimento para las entidades que lo envolvían, dando curso a los patrones de venganza en que se identificaban

unidas.

Se recordaba del sueño que tuviera y en el cual aquel ser iluminado le pidiera para interrumpir todo el mal a fin de que no padeciese los mismos destinos de sus víctimas. No obstante, no se recordara de hacer otra cosa sino confirmar las actitudes que eran de su costumbre, acreditando que aquel aviso no representaba sino alucinación onírica a no ser considerada.

Las emanaciones deletéreas de los sentimientos negativos, sumadas a todas las actitudes y comportamientos que le imponían una reflexión amarga sobre todos los actos del pasado, hacían de Macedo un ser acorralado delante de tantas acusaciones mentales, agravadas por el patrón de interferencia de los espíritus ligados a él en forma más íntima.

Recordaba todos los crímenes practicados bajo la protección del uniforme y de las influencias superiores. Se recordaba de los deslices morales, de las traiciones y de los actos de cobardía cometidos contra mujeres y viudas para aprovecharse de las primeras y despojar a las últimas.

A todos ellos anteponía la figura de su comandante como el modelo de su comportamiento, como el paradigma para su propia personalidad que le cabía imitar y que, ahora, le fuera el responsable por la prisión. Mas su pensamiento indagaba de sí mismo ¿cómo es que el general podría encarcelarlo por aquel acto, sin encarcelarse a sí mismo como el mandatario de tantos crímenes?.

Eso lo sublevaba aun más, ya que un sentimiento de traición le causaba angustia íntima sin comparación.

Como se puede ver, los dos hombres, en el fondo, eran prisioneros, sea del pasado en el cual durmieron las raíces de las discordias, sea aun de la conciencia ahora estremecida por la atrocidad de los actos recientes, de la enfermedad y de las barras de la cárcel, ambas limitadoras de los privilegios concedidos por Dios al ser humano para que pudiese hacer algo de útil a sí mismo.

Observando la nefasta sembradura, de una forma o de otra la Ley del Universo se vale de sus mecanismos de justicia y misericordia a fin de que los agentes de la desdicha se vean impedidos de continuar en la vertiginosa caída en los abismos oscuros del error y, a beneficio de sí mismos y como beneplácito para la paz y para la armonía de toda una colectividad, acaban segregados en aislamiento en el cual se ven impedidos de continuar en la misma trayectoria.

No importa que tal aislamiento sea denominado enfermedad o prisión. Lo que interesa es que él representa un beneficio de la Ley Mayor a fin de proteger a los otros y al autor del mal contra sus propias tendencias, evitándose que consecuencias más amargas le sean atribuidas como respuesta, en vista de la Ley de Causa y Efecto.

* * *

Los días pasaron.

Carolina fuera devuelta a la libertad, llevando consigo los despojos de su esposo y de su progenitor para darles sepultura en las proximidades de su morada, en la hacienda que les pasaba a pertenecer integralmente.

El general seguía su trayectoria de enfermedad física bajo los cuidados del médico que, en exámenes más detallados, constatará la existencia de una irritación representada por algunas manchas violáceas en la piel, las cuales evolucionaban para un estado de herida de difícil cicatrización.

Le dolían los huesos y las alteraciones orgánicas eran más y más preocupantes. Informado por el Dr. Mauricio sobre la necesidad de ser llevado para la enfermería para que el tratamiento pudiese ser intensificado a fin de identificarse mejor la causa de esas alteraciones biológicas, el general rechazó cualquier transferencia, lo que impuso la necesidad de transferirse para su cuarto el instrumental básico para la realización de exámenes de la misma forma en que se creara verdadera farmacia en el ambiente para la atención de emergencia.

Las heridas avanzaban por la epidermis en la medida en que el tiempo pasaba y Mauricio acreditaba ser respuesta orgánica a todo aquel estado de desequilibrio o de presión emocional sufrida por el militar.

Si fuese eso mismo, después de algún tiempo en que el cuerpo respondiese de forma autodestructiva, el cuadro se revertiera para una mejoría general, aliviándolo de las tensiones íntimas.

No obstante, la demora en observarse una regresión en el problema causaba aprehensión en el médico. Preocupado con el estado de su paciente, Mauricio dividía su dedicación a él con la elevación de sus pensamientos, buscando comprender lo que pasaba.

Sintiendo la ayuda constante de los Espíritus que lo asesoraban en la tarea que realizaba, que erguía tanto a los perseguidos como intentaba auxiliar a los perseguidores, Mauricio sintió la presencia del espíritu de Euclides que, en todos los instantes procuraba inspirarlo en la mejor conducta o en la mejor terapia a ser adoptada.

Después de haberse elevado en oración dirigida a Jesús, en último análisis el mayor Médico que la Tierra pudo recibir en su seno, Mauricio sentía un vacío sin que ninguna idea le visitase la mente. Euclides, a su vez, procuraba transmitirle la noción de que no le incumbía ninguna actitud que pudiese impedir el curso de los hechos. Al contrario, Euclides preparaba a Mauricio para la continuidad de su trayectoria junto de aquellas almas endeudadas y delante las cuales él mismo se vinculara antes de la reencarnación, con el propósito de auxiliarlas en la senda evolutiva.

Mauricio sentía la presencia amiga, pero identificaba el vacío de inspiración que apuntaba para la continuidad del tratamiento, sin ninguna otra actitud que viniese a modificar el cuadro general. Al final, él ya usara todas las técnicas conocidas, tanto en lo que dijese respecto a los remedios empleados cuanto en lo que representase modificación de métodos y rutinas alimentarias, todo en vano.

Seguían las heridas el crecimiento natural de una enfermedad contra la cual Mauricio no hallaba recursos. Después de algunas semanas, Alcántara era una verdadera llaga humana. Los miembros se entorpecían y, de la epidermis lacerada surgía un olor difícil de soportar. Mauricio notara la gravedad del mal y, por eso, limitara el ingreso de personas en el recinto.

Algunos médicos militares se aproximaban para examinar la situación e, inmediatamente se decían sorprendidos con aquel cuadro.

La mayoría dejaba el cuarto impresionado y amedrentados en vista de desconocer los procesos de contagio de aquella enfermedad.

Además de eso, todos los que se hallaban en el cuartel podrían correr algún riesgo y se imponía aislar los aposentos del comandante para impedir cualquier tipo de contaminación colectiva que viniese a causar problemas mayores. Los propios

facultativos de la guarnición trataron de realizar tal aislamiento. Solamente Mauricio, como médico, podría entrar o salir del cuarto y eso solo si fuese absolutamente indispensable.

Los alimentos les serían entregados diariamente, dejados a la puerta en los horarios previamente demarcados.

Mauricio, delante de aquel desafío para sus conocimientos, solicitó que le fuese autorizado buscar los libros médicos que poseía en su morada.

Después de ausentarse en la compañía de dos soldados que le servían de escolta, retornó trayendo amplia alforja, conteniendo un numero significativo de compendios médicos que serían estudiados para buscarse una solución o, al menos, una explicación para todos los síntomas.

Mientras el general se contorcía entre dolores y pesadillas, Mauricio leía e investigaba. Su evaluación procuraba encontrar, a través de la comparación de los síntomas generales, a que tipo de enfermedad o a que grupo de enfermedades aquella podría ser comparada.

En el cuartel, la aprehensión era doblada. Eso, porque su comandante, a pesar de no estar oficialmente apartado, no tenía condiciones de dirigir la guarnición. Su auxiliar inmediato, el capitán Macedo, se encontraba detenido bajo la acusación de homicidio del hijo del propio general.

Delante de tales hechos, hubo la necesidad de que el oficial de mayor rango y el más antiguo entre ellos asumiese, provisionalmente, el comando del cuartel.

Tan pronto eso ocurriera, el nuevo oficial, comandante interino, procuró informarse sobre el estado de salud del general a fin de enviar un relato para la sede de la provincia, donde se localizaba el cuartel central. Después de los despachos regulares mediante los cuales procuraba colocar al día las disposiciones internas de la guarnición, el capitán Santana – el nuevo comandante interino – convocó a su gabinete al médico que cuidaba del general para tener con él un entendimiento que lo esclareciese, a fin de reportarse a los superiores.

Tan pronto entró en el recinto, Santana interpelló educada y cortésmente al joven facultativo sobre las condiciones del comandante:

- ¿Doctor, cuáles son las perspectivas observadas por usted en el tratamiento del general?

- Señor capitán, ha sido un enigma para todos nosotros, inclusive para los pocos médicos de la guarnición, la solución de este problema. No se trata de intoxicación alimentaria, no es una enfermedad que presenta un ciclo observable y que pueda venir a ser demarcado entre su inicio, su desenvolvimiento y su debilitamiento en función de la reacción del organismo. Para nosotros, las cosas siguen imprecisas. No obstante...

- Si, doctor, no obstante... – continuó curioso el capitán.
– No se olvide que, en la posición de comandante, ahora preciso conocer todos los hechos a fin de poder providenciar la mejor atención para el general, así como pueda proteger a todos de esta comunidad para evitar que alguna enfermedad avance sin control.

El Dr. Mauricio no poseía ninguna certeza. Sin embargo, de la investigación que hiciera y del amparo espiritual que venía recibiendo de Euclides, él pasara a canalizar toda su observación para la enfermedad de hace mucho conocida mas, hasta entonces, destituida de cualquier tratamiento más eficaz. En verdad era la enfermedad que significaba un sufrimiento muy grande para su portador.

De allí su escrúpulo en no mencionarla a cualquier otra persona, una vez que cualquier alarde podría precipitar los hechos para un camino que, tal vez, no fuese el más correcto.

No obstante, siguiendo las determinaciones del nuevo comandante interino y, por causa de sus fuertes intuiciones que le causaban escalofríos delante de aquel cuadro, Mauricio continuó:

- Capitán Santana, lo que le voy a revelar no lo hable ni con mis colegas médicos de este lugar. No poseo pruebas producidas a través de exámenes, mas por el estudio que vengo haciendo en los libros y tratados médicos, una cierta convicción viene formándose dentro de mí y, repito, no se basa en la

certeza definitiva.

- Pues bien, doctor, ¿qué viene a ser esa sospecha?

- Creo, capitán, que el general está leproso...

El militar se puso lívido. Se levantó inmediatamente como si la silla estuviese impregnada por una corriente de altísimo voltaje.

- Eso es ultrajante, doctor, - habló el capitán Santana, entre la indignación y el pavor. – Esa plaga bíblica no puede haber alcanzado a ese hombre tan saludable, tan lleno de vitalidad. Eso va ser un desastre si fuera confirmado.

- Si, capitán, concuerdo con usted. Será un desastre sin proporciones. Por eso tuve el cuidado de no levantar sospechas sobre cualquier cosa, evitándose así, producir un ambiente de histeria colectiva.

* * *

Vale recordar que, en aquella época, no había ningún conocimiento sistemático, sobre el desarrollo de la enfermedad, su forma de contagio, su método de tratamiento, lo que producía en el seno de la colectividad la necesidad de alejamiento o de destierro del individuo que la contrajese, para que no representase riesgo a la salud de los demás.

Delante de esa información, el capitán respondió:

- Doctor, eso es de una gravedad sin comparación. Le doy dos días más para que usted termine sus investigaciones y retorne hasta aquí para traer su certeza. Solamente después de eso es que tomaré la providencia que me cabe adoptar en casos como este.

- Está bien, señor. De aquí a 48 horas retornaré para decirle de mis certezas y de los avances que hice en la observación e identificación de esa enfermedad misteriosa.

Se despidieron ambos, siendo cierto que Mauricio retornara a sus estudios mientras Santana quedara en la condición delicada y peligrosa de alguien que precisa tomar una decisión inmediata y muy ruda. Por eso, como persona ponderada y más equilibrada que los anteriores, Santana procuró certificarse de que todo era verdad, antes de determinar lo que se debería hacer.

* * *

En el cuarto, los dolores de Alcántara proseguían. Las camadas externas de la piel se iban abriendo como si fuesen flores de carne que desabrochaban, trayendo consigo un olor de podrecimiento.

Mientras tanto, Mauricio continuaba identificando los síntomas con las descripciones encontradas en las obras que

estudiaba, pero tenía recelo de informar con convicción definitiva, pues la vida de aquel hombre se hallaba bajo su observación y el futuro de sus días dependía de él.

Al mismo tiempo en que estudiaba, Mauricio oraba pidiendo una ayuda a Euclides para que alguna certeza pudiese aliviar las sospechas.

Habiendo hecho su parte que era la de investigar en beneficio del semejante y de su propio aprendizaje, los espíritus amigos vinieran en su auxilio de forma más directa, una vez que observaron que el encarnado buscó hacer lo que le competía para la solución y comprensión de las dificultades.

Aprovechándose del estado de fatiga del joven médico, Euclides pasó a aplicarle pases magnéticos a lo largo de todo el cuerpo físico lo que causó en él, en primer lugar, una sensación de cansancio físico aun mayor y, acto continuo, una necesidad de dormir un poco, después de horas en vela estudiando gruesos volúmenes de doctrina medica.

Tan pronto se vio retirado del cuerpo físico por el espíritu de Euclides, su amigo y orientador, Mauricio fue llevado al pie del lecho del general. Con la conciencia nítida como si no hubiese dormido, Mauricio se sorprendía con aquel hecho, cosa que no era totalmente extraña ya que, anteriormente, aquel fenómeno ya había ocurrido con él.

Lo que había de nuevo era la presencia casi visible de

Euclides el cual le hablaba con dulzura, esclareciéndolo sobre aquella situación difícil.

De ese modo, aquel no era el sueño común del encarnado que, habiendo leído un libro o asistido a alguna escena más impactante pasa a soñar con las cosas que le quedaran impregnadas en el pensamiento. Él veía y oía con claridad y nitidez al punto de observar el cuerpo del propio paciente, en todos sus contornos y problemas.

Dirigiéndose a él, en la condición de orientador, Euclides reveló:

- No se preocupe Mauricio. Usted está temporalmente apartado del cuerpo físico, pero su materia se encuentra protegida por las leyes del Universo, mientras su espíritu, que es leve y plástico, puede apartarse del cuerpo para el trabajo necesario. No obstante, no puedo alargarme pues no tenemos mucho tiempo. Las observaciones que viene realizando son correctas. Nuestro hermano, infeliz por sí mismo, no aceptó el camino que le fue indicado como lo mejor para la solución de todos los conflictos. Fue solicitado de él que perdonase y no perdonó. Tal postura, le generó la culpa íntima por la pérdida del hijo en tristes condiciones. Toda la programación de rescate de sus deudas quedará sometida a esa escogencia. Si hubiese cambiado su modo de pensar y de sentir, habría apartado en parte la incidencia de la molestia que quedara contenida por los patrones vibratorios que la controlaban. Sin eso, con todo, Alcántara abrió de par en par sus defensas y desterró de sí

mismo las posibilidades de reparar el mal practicado por el bien que comenzaría a hacer, la invitación de Dios y de Jesús. Como es deudor redoblado, los pesos nocivos que fueron acumulados con el tiempo en la embarcación corpórea, ahora que fue efectuada una avería en el casco del navío, harán que el barco se hunda más deprisa. Si, al contrario, Alcántara hubiese lanzado para fuera toda la carga de sentimientos pesados, todo el peso muerto que comprometía la tarea del navío físico, no habría ocurrido el desastre y la embarcación seguiría su curso con libertad. La escogencia fue del propio interesado. Él, tanto como nosotros iremos siempre a acabar juzgados por los perjuicios o por las alegrías que dirijamos al prójimo. Ese juicio es inexorable y transformará a los mayores en esclavos y los esclavos en criaturas engrandecidas en el sacrificio soportado con renuncia.

Es verdad, Mauricio. Alcántara, ahora, es un leproso...

Al impacto de esa revelación, que confirmaba sus sospechas, Mauricio retornó al cuerpo de carne que dejara algunos minutos antes y, a partir de allí, el convencimiento se adueño de sus convicciones, al paso que, de su experiencia como médico, reiteraba la certeza de saber que las grandes amarguras esperaban por aquel “ex-poderoso” entre los hombres.

Con el pensamiento vuelto totalmente para las pesquisas de lo histórico de la enfermedad, con sus connotaciones de plaga de Dios, castigo o indignidad, Mauricio encontraba,

ahora, innumerables detalles, semejanzas, correlaciones que apuntaban a su convicción para el camino de la certeza.

En el día siguiente, sin precisar esperar las 48 horas previstas, procuró por Santana y le informó haber obtenido la certeza plena de que aquello era lepra y nada más.

Eso era todo lo que Santana no desearía escuchar. No obstante, delante del parecer médico, el nuevo comandante precisaba adoptar algunas medidas urgentes.

Convocó a los médicos del cuartel para que oyesen del propio Dr. Mauricio el relato del caso y las conclusiones irrefutables.

Y tan pronto los demás facultativos fueron colocados a la par de los hechos, el comandante informó a todos:

- Una vez que tal desdicha alcanza a todo nuestro cuartel, por medio de una enfermedad tan infame, no me resta otro camino, de acuerdo con las normas del ejercicio, sino providenciar el inmediato traslado del enfermo a la capital de la provincia, donde será él encaminado para la solución adecuada a su caso. Para cumplir las determinaciones de los regimientos disciplinarios, se impone que el enfermo, dado el puesto que ocupa y los servicios prestados, sea transportado en la compañía de un médico que irá con él hasta el final de la jornada, procurando atender sus necesidades. Por eso, preciso de un voluntario que se disponga a seguir a su lado hasta el

destino que lo aguarda.

Los médicos presentes temblaron delante de aquella convocación. Todos ellos, a pesar de todo, tenían verdadero pavor de la enfermedad tan insidiosa. Temían contraerla del general, durante el trayecto.

Entendiendo el constreñimiento general de los colegas y, sabiendo que no eran más que hombres fallos como él mismo, Mauricio tomó la palabra y, para alivio de los colegas de profesión, solicitó:

- ¡Señor capitán, déjeme ir con el general! Al final, yo he cuidado de él desde el comienzo, estoy dentro de su cuarto, conozco su modo de ser y, además de eso, no haré falta a este cuartel. Aquí estoy en la condición de preso. Cualquier otro colega que tuviera que ser asignado dejará una laguna muy grande en los trabajos de esta guarnición. Por eso, si no fuera interpretada como cualquier violación a los patrones normales de conducta en el cuartel, me gustaría ser voluntario para ir con él hasta donde se hiciera necesario. Eso dejará a cada uno de los médicos disponibles para la atención de las necesidades de esta comunidad.

Todos los otros miraban a Mauricio entre la admiración y el respeto, conquistados por sus ejemplos de bondad y de dedicación, trayendo en sus miradas la gratitud por haberles evitado el riesgo de exponer la vida por el antiguo comandante, ahora enfermo y solo.

Santana, que ya sabía de las cualidades del carácter de aquel hombre, tocado en el interior de su ser, mucho más sensible que los que lo antecedieron, reconoció que tal solución sería la menos perniciosa para el grupo.

Agradeció la oferta y, aceptándola, se colocó a la disposición de Mauricio para cualquier otra medida necesaria. Al verse en la contingencia de, como médico, exigir aconsejando, Mauricio aprovechó la oportunidad para responder:

- Ya que su bondad acepta la oferta de mi pequeña posibilidad, junto de aquel que todos admiramos a lo largo de la convivencia, quiero pedirle una cosa más, con certeza evitará mayores problemas a todos. Además de eso, no es un pedido de naturaleza ideológica. Es una solicitud de orden práctica.

- Puede hablar, doctor.

Inspirado por Euclides que le envolvía el sentimiento de compasión y misericordia, Mauricio dio continuidad a su discurso.

- Pues bien, señor, hablaré. Saben todos los aquí presentes del extremo pavor que se apoderará de las personas cuando se dispersa la noticia de que algún leproso se encuentra en los alrededores. De ese modo, si corriera la noticia de que el general tiene lepra, eso podrá generar una gran reacción popular

y de los propios soldados, siempre los últimos a saber de los hechos y los primeros en morir por causa de ellos. Así, de este modo, quiero pedir que determine la liberación de todos los prisioneros que se hallan aquí retenidos sin cualquier necesidad y que, además de correr el riesgo de salir contagiados, están favoreciendo que ocurra la divulgación de todos estos problemas internos, lo que va a generar una serie de conflictos aquí dentro y allá afuera. Creo que, como medida de profilaxis, de prevención y de celo indispensable, sería buen consejo dar libertad a los que están detenidos solamente con sospechas o pequeños delitos de opinión, aún ahora que, por el infausto ocurrido, el autor de todas las imprecaciones y estimulador del movimiento rebelde se halla muerto. La libertad de los demás permitiría que ellos volviesen para sus casas sin tener noticias de la gravedad del estado del general Alcántara, evitándose el pánico colectivo de sentirse con la posibilidad de también haber sido contagiados por la enfermedad.

Las ponderaciones de Mauricio tenían mucho sentido y, como siempre, eran tejidas en vista del beneficio de toda la colectividad, víctimas de la maldad del militar comandante hasta hace pocos días.

Tan pronto ponderó sobre las palabras sobrias del médico, determinó que se elaborase una lista con los nombres y delitos de los que estaban en las celdas y caballerizas del cuartel para que, tan pronto se viese informado sobre el comportamiento de cada uno de ellos, determinase su libertad.

Esa medida aliviaría toda la presión psicológica que transformara aquel lugar en una olla lista a explotar.

Con eso, Mauricio continuaba cumpliendo con sus obligaciones asumidas durante su preparación para el regreso a la materia en la presente encarnación y Euclides se sentía aún más vinculado a aquel joven que era tan dócil a sus comandos y sugerencias.

42

Enfermedad compartida.

Ser portador de la lepra en aquel período era una verdadera maldición. Solamente en los grandes centros urbanos podría existir una posibilidad de algún tratamiento o acogida, al mismo tiempo, el comportamiento allí, era aun más lleno de preconceptos con relación a la enfermedad.

El agrupamiento de personas, siempre sin preparación y sin conocimientos, favorecía el crecimiento de noticias alarmistas y, así, a pesar de poseer mayores recursos en la cuestión de la medicina, tan pobre y desprovista en la demás áreas del interior, la capital era, talvez, el peor lugar para encontrar guarida.

Sin embargo, por las determinaciones oficiales de la

corporación, si existiese cualquier caso de la enfermedad en sus filas, tal enfermo debería ser inmediatamente apartado del convivir de los demás, siendo dirigido al examen del cuerpo clínico médico de la capital de la provincia, donde serían tomadas las medidas atinentes a cada caso.

Inmediata separación de todas las funciones.
Aislamiento absoluto y, en muchos casos, pérdida de los privilegios de la patente, exoneración del cargo o, hasta aún, desligamiento de la corporación.

En algunas circunstancias, había un proceso de convencimiento que procuraba forzar al enfermo a solicitar su propio alejamiento, como si la iniciativa hubiese partido de él mismo. Cuando tales procedimientos acontecían, el individuo conseguía guardar cierta privacidad acerca del motivo por el cual se apartaba de la vida militar. De otro modo, muchas de las motivaciones eran expuestas a toda la corporación, manchando, a aquel que, ya no bastando ser enfermo grave, aun recibiera el peso de la enfermedad derivada del preconceito de toda la colectividad.

Parientes eran apartados, amigos se alejaban, compañeros de mesa rompían los hábitos cordiales y dejaban atrás una vida entera dividida en la camaradería.

Todo por causa de la ocurrencia siniestra.

La enfermedad, cuando surgía, era vista como un fardo

demasiado peligroso para ser compartido. Nadie deseaba dividirla y, además de eso, representaba un castigo de Dios recaído sobre la criatura deudora lo suficiente para merecer ostentar en la piel la llamada “plaga bíblica”.

Con eso, por determinación del nuevo comandante, apenas el Dr. Mauricio se incumbiría de atender al enfermo y de efectuar los preparativos para la partida.

Los demás oficiales, aunque conociendo el estado del general, deberían mantener el silencio sobre él para que se evitase un proceso de desespero colectivo. Mientras tanto, los demás presos comenzaban a ser traídos a la presencia de los oficiales responsables para que fuesen enterados de su nueva condición de libertos. No obstante, continuarían siendo observados en la conducta presentada en la vida familiar y social, de modo que deberían dejar de conducirse de forma irresponsable.

Todos eran sorprendidos, con aquel cambio brusco de tratamiento y, sin mayor tardanza, partían en disparada rumbo a los portones del cuartel tan pronto fuesen efectivamente liberados. Deberían continuar en la región y apartarse de todas las concentraciones o reuniones que no fuesen las religiosas, para las cuales continuaban teniendo permiso para comparecer.

No obstante esas recomendaciones, a la boca pequeña ya corría la información de que Alcántara estaba muy enfermo, con una enfermedad grave. Las lenguas empeoraban los hechos

por el simple placer de ennegrecer las condiciones y obtener mayor realce en los cuadros que creaban.

Otros sabían que se trataba de lepra, por información obtenida a través de las conversaciones reservadas oídas de los oficiales, espantados sobre el destino del comandante y lo que acontecería a los que estaban allí dentro.

Día a día, el estado de Alcántara inspiraba mayores cuidados. La enfermedad, muchas veces lenta y demorada en algunos casos, en él parecía tener la prisa de una avalancha. Iba envolviéndolo con la rapidez que no se veía en otros casos.

Todo corría normalmente, entre el tratamiento y la preparación del viaje, cuando nueva situación grave apareció entre los hombres que aun se hallaban en la guarnición.

En la prisión en la cual fuera recogido, Macedo igualmente cayera enfermo. Los síntomas no diferían mucho de los que alcanzaban al general: fiebre alta e intermitente, dolores por el cuerpo, manchas enrojecidas, postración física.

Como los prisioneros no recibían atención dispensadas a los demás miembros del cuartel, el estado de enfermedad solamente era testimoniado por Mauricio, cuando realizaba las visitas de rutina a los detenidos. Como ahora el médico se hallaba aislado junto al general, nadie más viniera a dar atención a los sufrimientos físicos de los hombres aprisionados, mayormente para el caso de Macedo, preso por haber asesinado

al hijo del comandante general.

No obstante la desdicha de haber cometido el crimen, lo que por sí solo, ya lo tornaba criatura sin privilegios, la enfermedad, ahora, también se apoderaba de su estructura física.

Su estado solo fue percibido cuando los que estaban en las celdas próximas comenzaron a denunciar su condición debilitada, además del olor maloliente y desagradable que pasaron a sentir.

Macedo estaba igualmente contaminado por la lepra. La estructura espiritual que le podría ser la armadura protectora, fuera roto por inmensas culpas y acusaciones íntimas, liberando la alimentación vibratoria nociva que pasó a ser ingerida por las bacterias, causando así el desequilibrio orgánico.

De la misma forma, seguía el camino escogido, ya que era comparsa del general en todas las tareas criminales y, sin saber lo que acontecía con él, igualmente padecía de las mismas circunstancias mórbidas que alcanzaban al antiguo jefe.

Eso fue un alboroto dentro del cuartel.

Si hasta entonces había una leve sospecha sobre la enfermedad misteriosa que apartara a Alcántara, con la ocurrencia observada en Macedo ninguna duda existía más. El segundo caso en el mismo lugar en espacio de tiempo tan corto

representaba una maldición y, hasta las inteligencias más preparadas o racionales pasaron a temer por sus destinos.

Los presos, entonces, entraron en tal estado de desespero y tumulto que todo el proceso de libertad precisó ser colocado en acción sin aquel celo pretendido, a fin de que no aconteciese una tragedia interna.

Además de eso, el desconocimiento sobre los patrones de la enfermedad en aquella época infundían miedo en los más preparados de suerte que, hasta los mismos médicos no se exponían al riesgo mas, al contrario, huían de él, apartándose.

Hasta entre los militares que allí se encontraban, muchos dejaron el cuartel para huir de la amenaza leprosa. El nuevo comandante precisó adoptar medidas drásticas, con la adopción de juicios sumarios para los desertores a fin de mantener una cierta disciplina interna.

Los centinelas del portón deberían disparar para inmovilizar a cualquier soldado que intentase huir, saliendo del cuartel sin permiso por escrito de él mismo.

El confinamiento pasó a ser general. Solamente los presos, allí retenidos en volumen muy grande, para no transformarse en riesgo inminente para el equilibrio interno de la guarnición es que fueron autorizados a dejar el predio, una vez que no habría condiciones de mantenerlos en relativa paz, después que un segundo caso de lepra apareciera en el mismo

lugar.

Esa coincidencia reforzaba la convicción de que ella era contagiosa.

Con excepción de Mauricio, nadie tenía nociones de que se trataba de enfermedad karmica, derivada de patrones específicos de dolores sembrados en el pasado, combinado con una vida presente mal aprovechada, resultando la enfermedad como recuerdo de que se hacía necesario entender lo que es poseer un cuerpo para ser usado al servicio del bien y del semejante.

Ahora, oyendo las noticias sobre Macedo, Mauricio se dirigió para la celda en que se hallaba y reconoció que la suya era una condición tan dura y difícil como la de Alcántara.

Providenció para que los dos enfermos fuesen aislados juntos, en los mismos aposentos del antiguo comandante. Precisaría llevar a los dos para el cuartel general lo más rápido posible.

Los preparativos iban siendo concluidos. Una carroza con provisiones, buenos animales para empujarla, agua en abundancia y, ahora, dos pequeños lechos improvisados en su interior serían usados por los hombres en cuestión. Mauricio iría solito, portando los despachos del nuevo comandante interino para que, al llegar al destino, fuesen acogidos como portadores de ordenes claras y expresas que no podrían ser

ignoradas.

La ciudad estaba en confusión. La mayoría pasó a sacar el cuartel hasta de los propios pensamientos y ni siquiera pasaban de cerca.

Alrededor de sus muros, fue formado una cadena de pavor, espontáneamente construida por el desespero y por el miedo de los que moraban de cerca. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Mucho más se hablaba de Macedo que del general, por causa de haber sido visto enfermo en la prisión. No obstante, el aforismo antiguo decía: “Donde hay humo hay fuego”.

En fin, todo estaba listo.

Por sugestión del propio médico, ahora convertido en verdadero misionero de renuncia a favor de aquellas dos criaturas, el viaje tendría su inicio en la madrugada del día siguiente, aprovechándose del adormecimiento de toda la colectividad y procurando seguir en las horas más amenas de la mañana, para no causar mucho sufrimiento a los pacientes.

El viaje hasta la capital de la provincia demoraría mucho tiempo y, ese tiempo debería ser aprovechado para trabajar a favor de los viajeros.

Una pequeña escolta iría con ellos hasta vencer la parte más oscura del camino. Los dos hombres serían mantenidos

presos al lecho a través de cuerdas y tiras a fin de no ser lanzados afuera de las camas debido al traqueteo constante.

Los dos estaban en verdadero estado de shock, no acreditando en todo lo que estaba aconteciendo. Al final, a partir de allí eran personas muertas para la vida de todos.

Macedo, no poseía ningún pariente próximo que le fuese conocido. Alcántara solo tenía a Eleuterio, que había vuelto para la hacienda y se hallaba tratando de organizar la reconstrucción de la misma, y Lucinda, la criatura amada que se hacía distante y en lugar no conocido.

Los dos, en verdad, solo poseían a Mauricio como verdadero compañero de jornada en la desdicha por la que pasaban. Hasta a sí mismos, ambos se evitaban. Uno no miraba para el otro a fin de no evaluar su estado personal por la observación del estado del compañero.

Mauricio procuraba animarlos durante el viaje que se hacía más penoso en el momento en que precisaba parar para las refecciones, pues nadie los aceptaba recibir a lo largo del recorrido para darles sombra o acogida.

Tenían que alimentarse bajo la sombra de piedras o de arbustos retorcidos, negada que les fuera la acogida en cualquier casa o establecimiento de comercio local existente por allí a lo largo de los kilómetros recorridos. La carroza ganaba los trillos rudos en dirección a la capital y por donde iba

pasando el estigma de la lepra iba cayendo sobre ellos.

Como la noticia de la caravana de leprosos corría velozmente de boca en boca, más rápido que la carroza que los llevaba, personas que viajaban a pie por el mismo camino ya sabían, al enfrentarse con aquel grupo de viajeros, que allí estaban los leprosos y, así, huían, apartándose de prisa de los caminos. Otros retardaban la retomada del trayecto, esperando que los leprosos pasasen por el punto donde tendrían que cruzarlos en la jornada.

La noticia corría, aun más tratándose del general y de Macedo.

En la capital, los que se hallaban con el cuerpo sano y que eran responsables por el ejercito ya sabían de los hechos y estaban listos para darles un buen ejemplo de las condiciones de atraso y penurias morales propias de sus almas leprosas.

La llegada de la carroza militar al cuartel general se dio entre el silencio tumulario y la frialdad de la losa que lo cubre.

Esas serían las marcas de toda la acogida que recibirían de allí en adelante.

todos

Mientras tanto los cuerpos enfermos seguían su destino, dirigiéndose para el centro de las actividades militares situado en la capital y llegando allí después de un penoso viaje, junto de ellos no seguían solamente Mauricio y el soldado.

Una escolta espiritual compuesta por las entidades tenebrosas les iba acompañando el traslado, vinculada a los dos enfermos y, ahora, de tal manera imantada a ellos que les era difícil situar la mente en otras ideas.

Luciano seguía los pasos del general y del capitán, presenciándoles la desdicha con un cierto placer íntimo, ahora combinado a un temor personal disfrazado, que le comunicaba un frío en el interior del alma.

Parecía que su idea de hacer el mal alcanzara límites peligrosos para él mismo, pues las dos víctimas se presentaban en tal estado de llaga viva que le causaban mala impresión.

Y como Luciano era ignorante de las leyes divinas, acreditaba que la condición de leproso en que pasaron a vivir Alcántara y Macedo les fuera propiciada en vista de su acción obsesora, asustándose, así, con lo que juzgaba ser su poder de infligir la desdicha al semejante.

Junto de Luciano, los otros diez espíritus seguían la caravana siniestra, presenciando los hechos entre la indiferencia

y la sorpresa. Todos deseaban demostrar un aire victorioso, ya que el objetivo de destrucción de la vida ajena parecía que estaba siendo alcanzado.

No obstante, también en ellos el estado de la enfermedad de los dos encarnados les pesaba penosamente. Tenían miedo de las condiciones físicas de sus víctimas y, por reflejo de transferencia psíquica ocurrida entre el perseguidor y el perseguido, algunos de los obsesores de Alcántara y de Macedo, pasaron a presentar síntomas semejantes a los de ellos, como si la enfermedad de los obsesados les permease el espíritu y se instalase en lo íntimo.

Eso causaba cierta aprehensión a los propios espíritus obsesores que, viendo lo que iba ocurriendo con algunos de ellos comenzaban a pensar en abandonar a los perseguidos.

No obstante el miedo de la mayoría de ellos, Luciano aun los estimulaba a continuar con el proceso de persecución, diciéndoles que el trabajo aun no había terminado y que les competía ir hasta el final con aquello, diese en lo que diese.

Al mismo tiempo, Euclides destacara algunos espíritus de su equipo de trabajadores para envolver a todos los obsesores en vibraciones balsámicas invisibles para ellos, las cuales, al mismo tiempo en que les propiciaría el inicio de las reacciones de esclarecimiento, aunque a través del miedo, impediría que los vengadores invigilantes se apartasen ahora de sus víctimas. Precisaban estar próximos de los dos leprosos,

pues sacarían lecciones muy constructivas para sus destinos.

Alcántara y Macedo ya no estaban más en la esfera de acción inmediata de los obsesores.

Su condición de enfermos fue consecuencia de la opción personal que hicieran, después de mucho dolor acumulado sobre sus cabezas, después de mucho odio sembrado y, sin duda alguna, después de no haber oído todos los consejos espirituales que les facultaría evitar tales caminos dolorosas, a través de la escogencia de otro camino más ameno, con el perdón y el olvido de todos los hechos, con la liberación de los presos y con la rotura de la reacción en cadena en la cual el odio genera más odio y el sufrimiento, más dolores.

No obstante, como ya se dijo, por la presencia constante y por el contacto ininterrumpido con sus víctimas, los espíritus obsesores acreditaban que la lepra había sido consecuencia de su acción junto de los hombres de milicia lo que les infundía sensación de euforia y miedo, simultáneamente.

Aprovechándose de ese cuadro, Euclides determinara que se envolviese a todos en una gran área fluídica de auxilio que propiciaría una mayor posibilidad de esclarecimiento de los espíritus ignorantes y de auxilio a los encarnados, manteniendo presos unos a los otros, como forma de ampliar la enseñanza resultante del mal que se practica, en vista del bien que se es posible extraer de aquella condición dolorosa.

Euclides estaba trabajando con el material escogido por los propios envueltos en la trama que crearon con las opciones equivocadas que habían hecho para convertirla en escuela del alma que enseñaría, al precio de la desdicha y de la lágrima, que era necesario despertar para otro tipo de sentimiento, único remedio de todos los dolores soportados por los hombres, en cualquier estado en que se hallen, tanto en el cuerpo físico, como fuera de él.

Así, mientras la caravana proseguía su trayecto hasta llegar a su destino, muchas veces se podía observar la reunión de algunos espíritus vinculados a los enfermos que pretendían obtener del jefe Luciano la autorización para apartarse de allí, como si estuviesen preparando un motín para evitar un mal mayor.

Ese estado de divergencia interna era una de las condiciones que Euclides esperaba obtener con el aislamiento del grupo y su manutención en las proximidades de los, que hasta entonces, venían persiguiendo.

Luciano se colocaba firme en el deseo de llevar hasta el fin aquel cerco, no permitiendo que nadie apartarse un pie de la posición ocupada hasta allí. Y aunque lo desearan y que Luciano permitiese, constatarían que estaban imantados a aquellos hombres enfermos y que no se sentirían bien al apartarse de allí.

Al mismo tiempo, el trabajo constante de Mauricio

comenzara a alterar la comprensión de algunas de las entidades ignorantes que, observando los conceptos elevados que el médico esparcía por todos los lugares y en todas las situaciones, pasaban a sentir un estado de alma diferente y, al lado del odio dedicado a los dos enfermos, un sentimiento de simpatía y de admiración los unía al facultativo.

Eran sentimientos contradictorios, pues seguían en direcciones opuestas. No obstante, demostraban la posibilidad de cualquier persona, encarnada o desencarnada, percibir el destino del bien inserto en su corazón. Basta que alguien tenga paciencia, el tacto, la buena voluntad para hacer brotar el sentimiento de bondad en el corazón y observar al más cruel asesino verter la lágrima de la emoción y del arrepentimiento. El odio es un estado transitorio por el cual pasan las criaturas a camino del estado definitivo del amor.

La renuncia de Mauricio, sus palabras dulces para todos los enfermos, el respeto con que trataba a los verdugos, la dedicación hacia los semejantes, fuesen ellos civiles o militares, abría brechas en los corazones de piedra, como la gota de agua hace trilla en el granito más resistente.

Con eso, el proyecto de Euclides iba tomando forma. No más el de ayudar apenas a uno u otro compañero de jornada a quien protegía o a quien se vinculaba. Allá estaba él, embajador del bien en período integral, buscando esparcir el bien y ganar almas para el redil del Señor, extendiendo su red para agarrar tantos hombres cuantos le fuesen posible recoger y

tantos espíritus cuantos le fuesen posible acaparar.

Pretendía dar la oportunidad de esclarecimiento a todos los que se ligaban a aquel drama, pues sabía que no había coincidencia en la vida de nadie. Todos aquellos que se hallaban unidos en el proceso de dolores estaban igualmente inscritos en el Educandario Divino que él, Euclides, debería administrar. De allí el empeño de su corazón en llevar alivio a todos aquellos integrantes del cortejo de la desdicha, fuesen los encarnados o desencarnados.

Con eso, como ya se dijo, los espíritus pasaron a ser víctimas de sus propias ideas, padeciendo del miedo de tonarse iguales a los encarnados que obsesaban y, al mismo tiempo, impedidos por fuerzas que desconocían de dejar las proximidades de aquellos que procuraban herir con el pensamiento nocivo. Eran los verdugos que pasaban a probar del propio veneno.

Luciano también tendría que soportar su cuota mayor de responsabilidades, enfrentando en sí mismo las consecuencias de un largo período de dedicación al mal.

Aprovechándose de una parada de la pequeña caravana para el reposo nocturno y sintiendo que llegara el momento adecuado para mayores explicaciones a los propios espíritus ignorantes y necesitados de alimento para que se salvaran de la tempestad que les invadía el alma, Euclides deliberó que, en aquella noche, hablaría al grupo de desencarnados.

Esperando que todos los integrantes de la expedición adormeciesen, determinó que los auxiliares espirituales los condujesen hasta determinada región, próxima de la carroza donde sus cuerpos descansaban.

De ese modo, Alcántara y Macedo, ambos ahora fuera del cuerpo físico en virtud del sueño, fueron colocados entre dos entidades protectoras que los envolvían en energías intensas, a fin de que no perdiesen los recuerdos después que despertasen.

A su lado, Euclides posicionara el espíritu del Dr. Mauricio, también fuera de la materia densa, a quien incumbiera de dirigirse al grupo de once entidades que se hallaban agachadas alrededor de la carroza, y que discutían con Luciano las consecuencias devastadoras que atribuían a las propias fuerzas desagregadoras.

Mientras se discutía el asunto, no percibieron la llegada de Mauricio, recientemente salido del cuerpo.

- Buenas noches, mis amigos – dijo el médico que, en la condición de desmaterializado por la salida del cuerpo, servía de interprete al espíritu de su amigo espiritual Euclides. Este se servía de Mauricio para hablar y hacerse escuchar por todos, ya que los perseguidores no poseían condiciones de visualización espiritual del mentor generoso.

Luciano se levantó de repente, sorprendido con sus palabras como si algún enemigo hubiese roto la línea de la vigilancia de la fortificación que había levantado.

- ¡Ah! ¡Es usted, doctorcito! ¿Qué es lo que desea? ¿Ya no basta intentar salvar a esa gente inservible? Vaya hablando pronto y se larga de aquí...- habló Luciano, intentando intimidar al visitante.

- Veo que ustedes no están llegando a un acuerdo en la conversación, ¿no es así?

A esa pregunta, algunos balancearon la cabeza afirmativamente, otros dijeron que Luciano no aceptaba cualquier cambio de planes, al paso que el jefe dijo que no había cualquier división entre ellos. Lo que ocurría era una discusión sobre el camino a adoptar para la continuidad de la persecución.

- ¿Pero ustedes no percibieron que todo el mal que fuera hecho va a recaer sobre ustedes mismos? – retomó el medico. – Cada vez que los pensamientos de venganza son arrojados sobre los encarnados que persiguen, más y más presos van quedando ustedes a ellos, de tal manera que alguno de ustedes debe estar sintiendo los reflejos de las enfermedades que ellos presentan.

- Es verdad, doctor Mauricio. Yo estoy con las mismas reacciones que ellos, ¡no sé por qué! – exclamó uno del grupo

de Luciano.

- Pues entonces, mis hermanos. He conversado con muchos de ustedes durante las crisis del general y pretendía siempre que cada uno entendiese eso. Si no hubiera un cambio íntimo, todos sufrirán la misma cosa que estos dos desafortunados están sufriendo.

- Así es, pero ellos merecen sufrir porque son unas pestes en la vida del mundo – gritó Luciano para no perder terreno. – Todos nosotros los que estamos aquí fuimos sus víctimas personalmente o tuvimos entes amados perjudicados y alcanzados por la acción de estos dos infelices.

- Usted dice bien, Luciano, ellos ya son infelices por sí mismos. No hay necesidad de que alguien se torne agente de la infelicidad para aumentar lo que ya es grande y casi insoportable. Vean con sus propios ojos, Vengan hasta aquí.

Al hablar así, Mauricio apuntó en la dirección donde se hallaban Alcántara y Macedo, en el plano espiritual, protegidos por las entidades guardianas, presentando el cuerpo periespiritual totalmente lleno de llagas y deformaciones producidas por el constante pensamiento fijo en el mal y en la planificación de la maldad.

Los dos, en el periespíritu, estaban en estado más horripilante que en el cuerpo físico, ya que en el alma la enfermedad se instalara hace más tiempo que en la materia.

Todos los obsesores se levantaron y vieron hasta donde Mauricio les había apuntado. Los once se perfilaron delante de los dos que perseguían.

Quedaron a una distancia suficiente para que pudiesen ver con claridad el estado general de los dos encarnados retirados del cuerpo provisionalmente. El impacto que esa visión causó fue visible en muchos de ellos.

Algunos voltearon la mirada para no continuar viendo aquel cuadro de horror. Otros abrían más los ojos y ponían sus manos en la boca abierta, con una expresión de sorpresa o de susto.

Luciano, a pesar de dar señales de miedo denunciado a través de la palidez, procuró controlar sus reacciones a fin de no parecer tocado por aquel cuadro de penuria.

Confiado en Mauricio que los había conquistado por la dedicación a los sufrimientos de todos, inclusive de los propios parientes presos en el cuartel, los espíritus pasaron a hacerle preguntas:

- ¿Quiere decir, doctor, que ellos quedaron así, llenos de heridas, por causa de todo lo que hicieron?

- Eso mismo. Como ustedes pueden ver, cada uno retiene para sí la cualidad que ofrece. Aquellos que solamente

ofrecen cosas negativas, tanto en las palabras cuanto en las actitudes y pensamientos, van impregnando su alma con las energías maléficas que emiten y acaban víctimas de ellas mismas. Y quien desee acabar como ellos, que continúe haciendo la misma cosa que ha sido hecha hasta aquí. La consecuencia semejante no se hará esperar por mucho tiempo.

Las palabras del médico quedaron en el aire, como un alerta que parecía no tener fin. Algunos de ellos comenzaban a despertar para el cambio necesario de comportamiento mental.

A Luciano no le estaba gustando aquella conversación.

- Mire, doctorcito, no tengo como impedir que usted trate de ese montón de llagas que no merecerían ni el lavado que se lanza a los puercos. No me meto con su trabajo. Por eso, vea si para de dar palpito en el trabajo que tenemos que terminar, su conversación es “papinho de araque”, solo para engatusar a los más imprudentes.

Vaya saliendo, vaya saliendo que nosotros ya escuchamos demasiado. Nosotros no estamos haciendo mal a ellos. Estamos apenas dejando que se perjudiquen para que no se olviden de todo el mal que nos hicieron. Eso es escogencia de ellos. Nosotros solo hicimos que no se olvidaran de nada. Y ahora, basta de conversación furada. Vámonos de aquí.

Luciano habló con suficiente énfasis para que los demás, amedrentados por su figura temeraria, se sintiesen

intimidados y lo siguiesen, no sin antes mirar a Mauricio con un cierto aire de pedido de socorro.

Antes de salir, Mauricio aun les habló:

- ¡Esta bien! Ustedes pueden irse ahora de aquí, más no van a conseguir huir de sí mismos y del podrecimiento de sus cuerpos. Cuando la enfermedad se hubiera instalado en ellos, recuérdense de todo lo que oyeron aquí. Más adelante nos encontraremos nuevamente. Pero entonces, todos precisaremos de otro médico, más poderoso y compasivo. Si ustedes quisieran la ayuda de él, procuren orar a Jesús pidiendo perdón por los actos cometidos y pidan ayuda sinceramente. No se arrepentirán de haber pedido. Dios nunca se olvida de nadie. Si fue capaz de colocar un médico para cuidar de dos leprosos llenos de errores como todos nosotros, también nos destinará medicos generosos que tolerarán nuestros delitos para tratar de nuestras enfermedades, restaurando lo que tenemos de bueno en el corazón. No se olviden de eso.

Todos se apartaron de allí para sustraerse de la influencia de las palabras sabias y dulces del médico que conseguía vencer por la blandura de su conducta.

Euclides, que no era visto por los espíritus necesitados, abrazó a su tutelado como quien lo hace a un viejo amigo. Le besó la frente y le dijo:

- Mi buen Mauricio, su intervención fue muy provechosa. Ellos

tendrán mucha cosa para pensar después de hoy.

- Pero habría sido mejor que usted se presentase a ellos - dijo el médico, humildemente. – Su presencia es impactante y sus vibraciones son los verdaderos pétalos de amor sin macula.

- Sin embargo, mi hijo, es a usted que ellos ven todos los días, en la renuncia, en el celo, en la dedicación paciente y pacífica. Ellos aprendieron consigo mucha cosa y, aunque no parezca, dan mucho crédito a lo que viene de usted. Y Dios no desea vencer a nadie a la fuerza de procedimientos maravillosos y para los cuales la criatura no pueda hacer nada sino curvarse.

El padre desea hijos convencidos y no hijos vencidos. De allí no abrir mano de la necesidad de que cada uno entienda, acepte y acredite por sí mismo, sin recurrir a los procedimientos artificiales que eluden la mente, mas dejan siempre un resquicio de dudas en el fondo del alma.

Acreditando en usted por conocer la bondad de su corazón, pensarán.

Pensando sobre las consecuencias de sus actos, reflexionarán si desean la misma cosa que vieron hoy, aconteciendo en sus vidas.

Reflexionando sobre su futuro, cada uno podrá optar por una nueva ruta para su presente a través de la oración que usted aconsejó a hacer elevándose hasta el Maestro.

Caminarán, así por sí mismo, con la opción de sus voluntades respetadas.

En la hora adecuada, me haré visible. Mas cuando eso aconteciera, todos ya se habrán preparado internamente, con sus consejos sembrados hoy, transformados en planta fuerte y firme dentro de ellos. Ahí, mi palabra será apenas la confirmación de sus exhortaciones, dándoles la certeza de que escogerán el camino cierto.

Invertir las cosas sería intentar vencer con lo maravilloso. Y hacer eso, aun es violentar las conciencias. La obra de amor no usa las técnicas de la violencia.

Mauricio oía la palabra del hermano espiritual que le conducía la caminata terrena por la trilla de dedicación al semejante, entre silencioso y embebecido.

Mirando para los dos encarnados retirados de la materia provisionalmente, preguntó a Euclides que sería de ellos.

- Ahora, Mauricio, la experiencia de esta noche sirvió para reforzar dentro de ambos la noción de las consecuencias de sus actitudes y de las compañías que escogieron para su jornada. Recuérdese de que ambos ya venían teniendo encuentros fortuitos durante el sueño con ese grupo de espíritus perseguidores. No obstante, nunca se dejaron mejorar por las advertencias recibidas.

Cuando fueron visitados por los obsesores, despertaron sudados y temblorosos de una pesadilla que atribuían a los excesos de la comida en la noche anterior.

Cuando fueron visitados por los amigos espirituales que les pidieron que perdonasen y adoptasen otra conducta, atribuyeron tales advertencias a las tonterías oníricas que solo los espíritus de mujeres, afectos a la fantasía, daban importancia.

Hoy, estuvieron frente a frente con el grupo de espíritus a los cuales se vinculan por los errores cometidos.

El pavor que pudieron sentir solamente con la confrontación a cierta distancia, por la protección vibratoria, les quedará impregnado en la acústica espiritual y ellos no se olvidarán de la sensación aun después de retornar al cuerpo físico.

A partir de allí, intentaremos obtener de ambos un camino en el cual el arrepentimiento pueda desabrochar, haciendo que, aun a través del dolor, los dos comiencen a andar en dirección a Dios. ¿Usted percibió, Mauricio, como hasta ahora ninguno de los dos elevó una oración por el Padre?

Mauricio no tuviera tiempo de hacer aquella observación. Sin embargo, oyendo a Euclides mencionarlo directamente, pudo percibir que, en ninguno de los dos oyera la

palabra Dios hacer parte del vocabulario. Solamente desdicha e imprecación malvada les acompañaba las frases.

Aun no habían adoptado cualquier postura de humildad delante del mundo, juzgándose criaturas infelices para las cuales el destino estaba revelándose muy cruel. Realmente, ambos no traían a Dios en el corazón.

Leyendo el pensamiento de Mauricio, Euclides aseveró:

- Realmente, mi hijo, el sufrimiento aun no les ablandó las fibras del orgullo. Quien sabe ahora, delante de las visiones aterradoras que tuvieron hoy, visiones de espíritus igualmente deformados y agresores, alguna cosa les permita pensar, reflexionar y abrir el camino de la transformación. Tenemos tiempo. Dios nos favorece con el soplo suave de la brisa de Su paciencia. Hagamos nuestra parte para que no falte a ninguno de ellos la oportunidad que un día también nos fue dada, o sea, el chance de olvidar nuestro pasado, en dirección a la construcción del futuro mejor.

Euclides abrazara a Mauricio nuevamente y lo dirigiera, junto de otros compañeros, a la excursión de aprendizaje y trabajo en el Mundo Espiritual que le beneficiaría el espíritu.

Mauricio y Lucinda

Lucinda había salido en busca de adquirir en el mercado los alimentos simples con los cuales preparaba las refecciones de los enfermos. Su apariencia se modificara en vista del trabajo incesante que desempeñaba como forma de auxilio a las cuatro heroínas de la renuncia que, en la forma de hermanas de la caridad, allí se mantenían atendiendo las criaturas desventuradas.

Como voluntaria de aquella obra, Lucinda se dedicaba por amor a los sufrimientos de todos, especialmente de Leontina y de Salustiano, los dos hermanos con los cuales se comprometiera personalmente a ayudar. En las largas horas en que pasaban al lado de los enfermos, las valerosas mujeres se desdoblaban en las atenciones de rutina pero, además de eso, establecían un contacto más personal y directo con la carencia de aquellos corazones.

La oración colectiva ya era habito de aquellos espíritus cristianizados, a través del cual las hermanas se unían a sus tutelados y se dirigían a Dios para agradecer, todos juntos, las dadivas recibidas y solicitar las bendiciones del Divino Maestro. Incorporada a la comunidad, Lucinda pasó a participar de todos esos momentos, percibiendo que, a través de la oración, innumerables enfermos encontraban una calma y una resignación que les permitía dormir o dominarse. Todos los días, las hermanas se unían en aquel salón pobre para las oraciones que buscaban al padre y en voz serena y pausada, la

hermana Augusta reverenciaba al Creador, agradecida por los recursos que eran traídos hasta aquella casa de dolores, olvidada de muchos.

No es preciso decir que aquella pequeña corporación amorosa no contaba con la simpatía de la mayoría de los habitantes de los alrededores.

Todos esos, cristianos de conveniencias y cultivadores de la religión formalista, no se cansaban de oír predicas y sermones los cuales, acto continuo, eran olvidados para dar lugar a las intrigas acostumbradas y propias de los patrones de la ignorancia que, habitualmente, hacen de las religiones verdaderas cáscaras vacías y estériles que las criaturas visten cuando el oportunismo aconseja.

Muchos de los habitantes de aquellas vecindades temían la proximidad con los alucinados, otros la posibilidad de contagio, otros aun, la depreciación que tal actividad pudiese causar en sus negocios, en vista de ser aquella una región que sería evitada por muchos habitantes. Eso hacía que la penuria fuese una constante entre las criaturas que allí se abrigaban.

Algunas almas ennoblecidas que se condolían de los dolores ajenos contribuían con alimentos o algún dinero para que no pereziese la obra de fraternidad mal comprendida por los otros.

Tal auxilio beneficiaba siempre. No obstante, en

general, era insuficiente para permitir abundancia en los alimentos que, para que no hiciera falta, tenían también que cultivarlos en el terreno de la institución. Esa actividad fuera asumida por Lucinda, cuando llegó a aquél lugar.

Sirviéndose de algunos de los enfermos en mejor estado de lucidez, ella pasara a preparar canteros en los cuales sembrara semillas o brotes de plantas leguminosas y hasta arboles fructíferos que auxiliarían en la manutención de la comida básica de los enfermos.

Al mismo tiempo en que aquella comunidad era beneficiada por la producción de géneros alimenticios que serían incorporados al plato de todos, permitía que algunos de los enfermos se movilizasen, trabajando la tierra, preocupándose con alguna cosa, ocupando la mente.

Tal posibilidad pasó a hacer parte integrante de la terapia de aquellos espíritus encarnados, llevando muchos a una mejoría generalizada, sea del estado físico por el movimiento que los obligaba a trabajar el cuerpo parado, sea por el estado interior que les permitía sentirse útiles, apegándose a las plantas que cultivaban y de las cuales se enorgullecían.

En aquél día Lucinda había reunido pequeñas monedas e ido al mercado en busca de alimentos que estaban faltando además de procurar obtener algunas simientes para dar continuidad al jardín de hortalizas que estaba floreciendo en el suelo y en el alma de los enfermos.

Para la hora del almuerzo, retornaba al pabellón que se convirtiera en verdadera escuela de su alma, cargando consigo las cosas que comprara.

En la vuelta, aprovechara para parar en algunas puertas conocidas y pedir ayuda para la manutención de aquél trabajo.

Aquí era un poco de cereal, más adelante era una monedita, más allá una pieza de tejido que sería usado para hacer sabanas, alguna ropa, etc.

Eso hiciera que la hermana Lucinda, como pasó a ser conocida a pesar de no ser monja o haber hecho los votos religiosos, llegase al galpón después de la hora prevista.

Habiendo llegado con el Sol a pino, se dirigió para la cocina a fin de guardar las compras y dar continuidad a los trabajos que ya iban adelantados, realizando la refección de los enfermos.

Haciendo eso, estaba con el delantal al cuello cuando la hermana Augusta se aproximó de ella y le dijo, bajito:

- Hermana Lucinda, precisaremos de tres platos más de comida, a partir de hoy.

- ¿Más gente, hermana Augusta? – preguntó ella entre sorprendida y desanimada – ¡La desgracia y el sufrimiento no

paran de crecer, Dios mío!

- Si, hijita, el sufrimiento aun es el gran conductor de las almas que se desgarraron del rebaño del Padre. Estas que aportaron por aquí hoy, hija, son aun más sufridoras. Pero los dolores vienen siempre acompañados de la bondad y del cariño de Jesús. Como nos trajo a usted para ayudar, el Señor nos mandó sus dolientes pero, esta vez también nos envió la ayuda.

- ¿Cómo es eso?, hermana Augusta...

- Le explico, Lucinda. Acontece que los dos necesitados que aquí llegaron, fueron traídos por un hombre que los acompañó hasta aquí para internarlos en una institución oficial que los rechazó en vista de la enfermedad de que son portadores, habiéndolos colocado a la intemperie como cosa podrida a la espera de la recolecta de basura. Sin tener para donde ir, ya que no son residentes de la región y, una vez que no podrían empezar el viaje de retorno tan penoso en vista de la distancia, el acompañante, que me parece ser una persona extremadamente dedicada y caritativa, no puede retornar, viéndose obligado a procurar abrigo para los enfermos bajo su responsabilidad, lo que acabó aconteciendo cuando supo por alguna boca caritativa de la existencia de esta posada que, en nombre de Jesús recibe los dolores abandonados.

- Nossa, hermana, pero ¿por qué no aceptaron quedarse con ellos?

- ¡Ah!, hija, el corazón duro de los hombres que se piensan sabios no aceptan convivir con ese tipo de desdichas. El miedo, la ignorancia y el desamor cierran las puertas de todos los que de Dios y de Jesús solo saben declamar el nombre durante las ceremonias religiosas. La enfermedad que los visita es de aquellas que causan pavor entre las personas. Son dos leprosos que aquí llegaron.

La hermana Lucinda bajó los ojos y dos lágrimas gruesas le cayeron por el rostro abrigándose en el delantal.

Al ver la emoción de aquella compañera tan sensible y dulce, la hermana Augusta continuó la conversación.

- Pero como iba diciendo, hija, la misericordia de Dios excede todos los límites de nuestra comprensión. Yo ya quedara admirada cuando al recibir a Salustiano la ganamos a usted como brazo fuerte para la división de los servicios. Era Dios oyendo nuestras oraciones. Si no nos hubiésemos quedado con Salustiano para amarlo y ampararlo, no habríamos entendido la ayuda de Dios y su respuesta a nuestras rogativas silenciosas, mandándola a usted junto de él.

- Pero hermana Augusta, esos dos hermanos que llegaron son enfermos graves que no podrán quedarse sin atención constante y nosotros no sabemos como tratarlos. No quiero que ellos sean puestos en la calle – decía la hermana Lucinda, llorando de compasión por aquellas criaturas – pero ¿cómo es que nosotros haremos? Nadie nos ayuda y, ahora,

sabiendo que aquí dentro hay dos leprosos todo va a ser más difícil.

- Si, mi querida, yo también pensé en todo eso cuando los vi llegando y pidiendo abrigo. Mas es por eso que yo estaba diciendo de la misericordia de Dios, mi hija. De la misma forma que Él mandó el servicio, mandó al servidor.

- ¿Cómo es eso, hermana? – indagó Lucinda.

- Si, hija, los dos leprosos que llegaron fueron conducidos hasta aquí por aquel hombre caritativo de quien le hablé el cual, viendo nuestra penuria, se dispuso a quedarse aquí para amparar y servir, como usted hizo hace tiempo atrás.

Una sonrisa de alegría sincera invadió el corazón de ambas. No obstante, Lucinda respondió.

- Pero hermana, eso es bueno y es ruin, al final, a pesar de ser un par de brazos más para el trabajo, queda el problema de atención a estos dos leprosos que nosotros no sabemos como ayudar. El tratamiento de ellos demanda cuidados que no tenemos como evaluar. Ya no es fácil medicar con algunos remedios caseros los dolores de los otros enfermos...

- Es verdad, Lucinda. Pero vea como Dios es bueno... ese joven voluntario... ¡es medico!

- ¿Cómo es eso, hermana? ¿Usted tiene la certeza? –

dijo Lucinda en tono de euforia, levantándose como si una nueva energía penetrase su alma. – ¿Un médico aquí dentro? No lo creería si no depositase tanta confianza en Dios.

- Vea como Él es generoso con nosotros. Mandó la obra y, junto de ella, el artista. Mandó un problema y, al mismo tiempo, la solución para todos los otros problemas que aquí ya se acumulaban.

- ¿Dónde está esa alma generosa? ¿Será verdad que va a quedarse a trabajar aquí? ¿No se irá tan pronto vea que aceptamos cuidar de los dos hermanos enfermos?

- Creo que no, Lucinda. Creó que va a quedarse aquí una vez que dijo estar muy ligado a estos dos que acompañó. Venga conmigo. Voy a presentárselo.

Diciendo eso, agarró a la joven por las manos y, apartándola del ambiente de la cocina, tomó la dirección del pabellón de los enfermos, en el cual ya estaban preparados los lechos para recibir a los dos leprosos que fueron llevados para un canto reservado, a la distancia, a fin de que no causasen malestar entre los otros enfermos.

Junto de los dos lechos, la hermana Celma se inclinara para colocar las sabanas limpias, ayudada por el joven médico que se hallaba de espaldas, doblado junto a una de las camas, colocando el tejido por debajo del colchón.

La hermana Augusta fue llegando, trayendo atrás de sí

a la joven Lucinda, feliz por poder ser presentada a aquel que juzgaba ser el ayudante más necesario en aquella institución. Se preparaba para decirle la alegría de todas por poder contar con la presencia de un facultativo en aquellas dependencias. Pretendía ser lo más simpática posible a fin de convencerlo de no irse, pues él era muy necesario en aquella casa de dolores y sufrimientos.

- Está es la hermana que no estaba aquí cuando ustedes llegaron en esta mañana, doctor – fue hablando la hermana Augusta, dirigiéndose al médico.

Al oírle la voz, el joven facultativo se levantó lentamente, como quien, sin saber por que, pretendía eternizar aquel momento.

Lucinda esperaba ansiosa para conocerlo.

- Es aquella que, después de muchas oraciones, Dios nos mandó para ser nuestro brazo fuerte.

Y al decir eso, la hermana Augusta aproximó a Lucinda por la mano y la presentó al médico diciéndole el nombre: Está es Lucinda...

- Lucinda, este es la respuesta a nuestras oraciones, Dr. Mauricio...

No es preciso decir lo que cada uno sintió en su alma.

Si el sediento encontrase agua en el desierto, si el perdido encontrase el mapa de los caminos, si el caído hallase un apoyo para levantarse, si el ciego reencontrase la posibilidad de observar, tales alegrías no serían mayores que las del encuentro de aquellas dos almas generosas.

Sin cualquier preocupación con las formalidades de aquella época, Mauricio y Lucinda se miraron enternecidamente, entre sorprendidos y recompensados. Dos náufragos de la vida, dos trabajadores del propio destino, dos espíritus perseverantes y pacientes se reencontraban, gracias al hecho de haber aceptado cumplir sus metas como espíritus responsables.

Se abrazaron largamente, entre las lágrimas y las sonrisas de niños.

Dos corazones apasionados que la distancia y el tiempo no hicieron apartarse. Criaturas que aceptaron los desafíos de la vida y, en el tiempo cierto previsto para la cosecha, se reunieron nuevamente para las dulces posibilidades del disfrute de los suaves frutos que brotaron como recompensas a sus esfuerzos.

La hermana Augusta entre sorprendida y espantada, dejó a los dos dar riendas sueltas a las demostraciones de afecto sincero que la nostalgia acumulara en el corazón y quedó esperando que alguien le explicase lo que pasaba.

Lucinda y Mauricio no tenían palabras para decirse uno al otro. La emoción era muy intensa.

En el Plano Espiritual, Euclides los abrazaba con los ojos llenos de lágrimas, agradecidos por aquel momento tan especial, en el cual dos pupilos perseverantes se habían reencontrado. Esa vibración emocionada contagiaba a todos los espíritus presentes en aquel lugar de infelicidad física, donde las almas tenían el encuentro marcado con su destino y con las responsabilidades contraídas en el pretérito delictuoso.

Envueltos en la suavidad de la emoción de aquella hora, Mauricio y Lucinda sabían que la mano de Dios los condujera a aquel lugar, por caminos tortuosos y muy originales.

Transcurridos largos minutos en que los dos se miraban y volvían a abrazarse, la hermana Augusta resolvió traerlos de vuelta a la vida real.

- Quiere decir que, por lo que parece, ambos no son extraños uno del otro... – dijo ella en tono ameno y lleno de aquella gracia inocente que solo las almas puras como niños saben hacer.

Oyendo la voz de la monja, Lucinda se recordó de que precisaba dar alguna información a su generosa orientadora.

Recomponiéndose, Lucinda le respondió, enjugando las

lágrimas:

- Discúlpeme la emoción, hermanita querida. Mauricio y yo nos conocemos ya hace un buen tiempo. Él visitaba la casa de la hacienda donde yo vivía para cuidar de mi padre, víctima de una enfermedad extraña. Él me enseñó muchas cosas que, hasta hoy, me ayudan mucho y nunca pude olvidarlo. La nostalgia dentro de mi alma me hacía pedir a Dios todos los días para reencontrarlo. No sabía como eso podría ser posible pues, concentrada aquí dentro, en este lugar que nadie visita y del cual no deseo ausentarme más, no tenía idea de cómo es que podría reencontrar a Mauricio. Pero como usted misma dijo hace poco, la misericordia de Dios es sabia y dócil para sorprendernos siempre.

- Y vea Lucinda, usted solo pidió ser presentada a él a fin de solicitarle que no abandonase a los enfermos, intentando convencerlo a quedarse con nosotros, ¿No es así?

Y dando una sonrisa llena de felicidad, la hermana Augusta completó:

- Gracias, mi Dios, por juntar los hijos de que necesitas por el más fuerte cimiento que pueda existir entre las criaturas: el cimiento del Amor que se juzgaba perdido y que se reencuentra. Espero, doctor,...quiero decir... esperamos todas nosotras, doctor, que de aquí en adelante usted no nos abandone, ¿No es así Lucinda?...

- Tengo la certeza de que eso no va a acontecer, hermana Augusta – dijo la joven, mirando para el rostro dulce de aquel que era el ideal de afecto guardado en su corazón, como esperando la respuesta de los ojos de Mauricio.

Oyendo la exhortación de la monja, Mauricio, emocionado, aseveró:

- Un hombre rico que procuraba la más bella perla que existía, un día la había encontrado, y viendo que por ella se pedía un alto precio, vendió todo lo que poseía para tenerla consigo. Yo encontré mi perla preciosa, hermana. Ningún precio que pague por tenerla me pesará más que no poseerla. Sobretudo si, para continuar al lado de ella, yo tuviera que hacer aquello que más me agrada, que es servir al dolor de mi semejante. Dios me ha concedido bendiciones que van más allá de mi capacidad de entendimiento y de aquello que juzgo merecer. Mas, aún así, acepto la prodigalidad del Padre como un generoso préstamo que me cumple devolver en servicio. Y servir en la compañía de personas que admiro tanto y por quien nutro tanto afecto me será la obra más dulce a realizar en toda mi vida.

- Pues bien, mis hijos. Ahora que ya fueron presentados, conversen un poco mientras la hermana Celma termina el arreglo. Pero, por favor, en el arrebató del reencuentro, no se olviden de los dos enfermitos que precisan de confort y que se hallan recogidos a la distancia de los otros.

Diciendo eso, los dejó y se dirigió para la cocina, para dar continuidad a la preparación del alimento, ya que Lucinda no estaba en condiciones de hacer cualquier comida. Ya estaba alimentada por mucho tiempo.

* * *

- ¡Ah! Mauricio, que inmensa nostalgia. Cuantas cosas acontecieron sin que tuviese condiciones de procurar o mandar noticias mías. Usted no imaginaba el deseo de volver a verlo, el recuerdo de nuestros paseos, de su mano asegurando la mía, de las palabras de amor que cambiábamos, de la disposición de unirnos, de los planes para conversar con papá sobre nuestro futuro... Nossa, ... papá, ni pregunté por él, ¿usted debe saber como está él, no es así?

Las preguntas de Lucinda eran un verdadero torrente, un gran caudal de indagaciones que se dirigían sin conexión, como deseando saber de todo y de todos sin dar tiempo a su interlocutor para responder a cualquiera de ellas.

Mauricio, no obstante, fuera cogido de sorpresa con aquel reencuentro y, en la medida en que se iba dando cuenta de las condiciones en que el ocurría, no sabía muy bien que hacer.

Lucinda pedía noticias de casa, de su padre. No obstante, la felicidad de aquel momento no podría ser destruida de repente. Ella precisaría tener noticias del padre de una forma

más suave, aunque tuviese que venir a saber todo lo que pasaba.

Ligado espiritualmente a él, Euclides le intuía para que pudiese actuar de modo de no herir la sensibilidad de Lucinda de forma muy dura, con la verdad impactante lanzada en su cara. Dosificar la revelación para que esta no destruyese a quien la viniese a conocer también es un acto de amor.

Con eso, Mauricio procuró apartarse de aquel sitio, sugiriendo que fuesen para afuera y que Lucinda lo llevase a conocer el lugar. Haciendo eso, dio oportunidad para que la joven también revelase los hechos que acontecieron en su vida y que culminarían con su permanencia en aquel lugar.

De pasada por el lecho de Salustiano, Lucinda presentó a aquel que, según ella habría sido su benefactor y que la salvara de la gruta donde fuera colocada después del secuestro. Viera el estado de parálisis y ceguera en que se encontraba. Más adelante, Lucinda presentó a Leontina, recordando a Mauricio que se trataba de aquella mujer que había sido esposa del espíritu de Luciano que se comunicaba por intermedio de su padre en las horas de crisis.

En la medida en que iba oyendo aquellas historias, Mauricio comenzaba a reunir las piezas del gran rompecabezas, comprendiendo que, por detrás de la apariencia casual de las cosas, existía una relación causal entre todo.

Llegando allá fuera, fue llevado hasta el pomar y la huerta donde Lucinda y algunos internados realizaban

maravillas con algunas semillas y plantas cultivadas por ellos mismos.

A cada paso, un recuerdo, una palabra, un dialogo, una pregunta.

Mauricio se esforzaba por ir revelando las informaciones dentro del cuidado de no conmocionar la personalidad de Lucinda.

Mientras tanto todo transcurría de esa forma, la hermana Celma terminara el arreglo de los lechos y, ayudada por otra dedicada sierva del Cristo, colocaron a los dos leprosos en sus camas, procurando apartarlos lo más posible de los demás enfermos.

El día terminara así, entre los reencuentros y las alegrías, con el compromiso de, en el día siguiente, dar curso a las conversaciones para retomar el entendimiento interrumpido de hace mucho, pero jamás roto u olvidado.

En el próximo encuentro, la verdad se revelaría por detrás de todas las mentiras que los hombres producen, acreditando poder ocultar para siempre sus defectos bajo la capa de disculpas o falsas apariencias.

El amor en acción.

Aquella fuera una noche de preparativos.

En el plano físico, Mauricio no consiguiera conciliar el sueño, sino después de muchas horas, meditando sobre la manera de revelar la verdad y la forma de aproximar la hija al general Alcántara.

Del otro lado se hallaba Lucinda, ansiosa para retomar la conversación con aquel que le era el elegido del corazón y que, después de largo período de separación, allí se encontraba a su lado, ahora, lo que le propiciaría mucha felicidad y un reencuentro con los seres amados.

En el Plano Espiritual, ¡Euclides preparaba el corazón de Lucinda para los efectos del reencuentro con el progenitor, con Macedo y con la verdad!

Durante la noche, su mano espiritual concentró fluidos balsamizantes en el corazón de la joven, envolviéndolo en una atmósfera de calma y dulzura para que el sufrimiento que experimentaría no le causase perjuicios y comprometimientos para la salud.

Además de eso, Euclides contaba ahora con una mujer más madura, crecida bajo el trabajo arduo en medio de la desdicha de los hermanos de quien pasara a cuidar, abriendo mano de su estado caprichoso y carente que busca colocarse

siempre en el centro del mundo, para tornarse alguien que rodea el mundo ajeno a fin de llevarle lenitivo. Eso hiciera que Lucinda se tornase una criatura más robusta, espiritualmente hablando, menos frágil y más preparada para soportar todo tipo de situaciones, sin desespero.

De ese modo, la actitud espiritual que Lucinda mantenía en su vida le beneficiaba mucho en el proceso de enfrentamiento con la realidad del progenitor amado que, a pesar de haberse hecho merecedor de cada una de las llagas que el cuerpo vestía como un nuevo uniforme de la realidad, para la hija continuaría siendo el padre querido, a quien dedicaría todo su celo y cariño.

Amanecía lentamente.

El trabajo en aquel lugar de destierro espiritual para muchos, convocaba a los pocos trabajadores desde la más tierna aurora a fin de que todos fuesen atendidos y no quedase necesidad sin consolación.

En aquel día, sin embargo, Lucinda tendría una rutina diferente.

Luego que se levantara, providenciara la elaboración del café de la mañana para que fuese servido a los enfermos, recordando que buena parte de los enfermos aun conseguía movilizarse hasta los bancos simples del modesto comedor improvisado. A los enfermos más graves, el café debería ser

llevado hasta el lecho y, en algunos casos debería ser hasta colocado en la boca del enfermo.

Habiendo dejado todos los componentes del desayuno preparados, la joven buscara encontrar al médico que, igualmente ya se encontraba de pie, acercándose a los dos enfermos que habían sido colocados en los lechos separados de los demás, aunque en el mismo pabellón, único lugar que los podría abrigar del abandono.

Viendo a Mauricio ya en el atendimento, Lucinda esperó en la puerta del vasto salón, para que pudiesen, juntos, tomar la primera refección del día y retornar al coloquio iniciado en el día anterior.

Habiendo observado su postura, Mauricio se dirigió hacia ella y, cariñosamente, le besó el rostro. Tomándola por la mano, como hacían otrora en sus caminatas en la hacienda, buscaron un refugio más aislado, donde podrían alimentarse y conversar más calmadamente.

- ¡Que bueno que usted está aquí, Mauricio! – exclamó la joven que no había apagado el brillo de su sonrisa de felicidad.

- También creo la misma cosa, Lucinda. A pesar de la situación triste que nos reunió, Dios sabe hacer que las cosas ocurran sin que nosotros las entendamos perfectamente. No obstante, una vez que hayan ocurrido de la forma de hacernos

más felices, ¿quién se preocupará en querer entenderle el mecanismo, no es así?

- ¡Es verdad! Lo que interesa es saber cuanto Su bondad nos abraza y no nos olvida. ¡Mas estoy tan curiosa y nostálgica de los míos...! Por acaso, ¿usted no tendrá noticias de ellos? ¿Cómo es que terminó viniendo para acá?

- Es una larga historia, Lucinda. No obstante, antes de revelarles todos los detalles, gustaría que estuviese consciente de que, todo lo que ocurrió conmigo y con sus entes que nos son queridos, ocurrió bajo la protección del Padre y de amigos espirituales que nos ampararon y nos encaminaron para que pudiésemos realizar lo mejor. Hasta cuando sufrimos, ellos procuran encaminar nuestras escogencias por el camino menos doloroso. Así, a todo lo que venga a descubrir o saber, deberá aplicar el bálsamo de la fe y de la comprensión para no dejarse herir demasiado, recordando de la Ley Mayor que nos rige y que desea que despertemos para la transformación necesaria.

Tal transformación, que pudiera ocurrir pacíficamente en nuestros espíritus, si ellos fuesen dóciles y obedientes a las determinaciones de trabajo, dedicación, amor al prójimo y resignación, muchas veces han de trillar por caminos amargos en vista de las escogencias livianas que cada uno hace para su propia vida.

De ese modo, todo lo que usted irá a descubrirá deberá ser interpretado como una más de las formas en que las Leyes

del Universo, perfectas, sabias y justas utilizan para el resurgimiento de las criaturas. Retirándolas de las ilusiones materiales y mentirosas de una vida sin significado.

- Nossa, Mauricio, de ese modo usted me está asustando. ¿Qué es lo que ocurrió tan grave? ¿Acaso, mi padre murió?

- Si y no, mi querida.

- ¿Cómo es eso, Mauricio? Explíqueme eso mejor – respondió la joven ya un tanto aprehensiva.

- Bien, explicaré todo lo que aconteció en su ausencia.

Y así, Mauricio pasó a relatar todos los hechos ocurridos después que ella fuera raptada. Las persecuciones desarrolladas por su padre y por Macedo, las prisiones arbitrarias, las torturas y las muertes, culminando con la muerte de Luis que, en verdad, era el propio hijo y su hermano Jonás, en aquella triste escena en que Macedo, buscando intimidarlo hiriéndolo con el tiro, le causara la muerte por la hemorragia intensa. La sucesiva prisión de Macedo y, en ese medio tiempo, las crisis cada vez más intensas durante las cuales innumerables espíritus se enseñoreaban del general para traducir su profunda contrariedad y el rencor por aquellos que los habían destruido o perseguido sus familiares.

Lucinda escuchaba con atención, envuelta por fuerte

emoción que le fustigaba el alma entera.

Imaginarse tanto sufrimiento a tanta gente, tan solamente para encontrarla y, todo en vano. Su padre debería estar muy desesperado para realizar todo lo que hiciera.

Pero Mauricio no había terminado.

Retomando la palabra, contó que él mismo fuera víctima de las torturas y fuera preso en el cuartel, bajo la vigilancia de Macedo, mas que por causa de las crisis del general y como ningún otro médico de allí supiese como tratarlas, había sido convocado a hacerlo, lo que permitió ganarse la consideración de los propios militares. Con tal confianza, pudo pasar a cuidar de los otros presos, muchos de ellos enfermos o sufriendo dolores atroces en vista de las torturas, recibidas para que confesasen el paradero de la hija del comandante o apuntasen el lugar en que se ocultaba el principal líder de la tal rebelión, en el caso el mismo Luis. Al actuar así, él, Mauricio, pudo difundir esperanzas en los corazones y levantar muchos de los que se encontraban caídos, trayéndoles una nueva fe y una esperanza redoblada para soportar aquellos testimonios difíciles.

Todos los pormenores de las actitudes y de los hechos Lucinda los asimilaba con avidez, no sin sentir el dolor compartido con los corazones inocentes que acabaron víctimas de la intolerancia y de la ignorancia arrogante de los que juzgan estar por encima de todo y de todos, siempre.

Al saber que Luis era su propio hermano, Lucinda vertió sentidas lágrimas que fueron agravadas cuando tomó conocimiento de su destino, asesinado delante de la esposa, pereciendo en las manos del propio padre. Parecía una pesadilla en la vida de aquellos a quien ella aprendiera a amar, a pesar de los defectos de cada uno.

La conversación ya iba por más de una hora cuando Lucinda, a pesar de llorosa y entristecida precisó interrumpirla para atender a los enfermos que tenía que cuidar más detenidamente. Convidó a Mauricio a ayudarla, en lo que fue inmediatamente acompañada por él.

Allá estaban Leontina y Salustiano, que precisaban de alimento e higiene personal.

Amparada ahora por la mano firme del médico, Lucinda se sentía más segura para dar seguimiento al trabajo, a pesar del propio dolor íntimo, delante de todas aquellas revelaciones.

Leontina, después de haber recibido los cuidados especiales que Lucinda le brindaba desde su llegada a aquel abrigo, presentara señales de mejoría, aunque no tuviese más condiciones de encontrar la cura definitiva. Al menos, estaba más calmada, hablaba menos desconexamente y pasara a conocer las personas que de ella se aproximaban. Había un profundo cariño entre ella y Lucinda, surgido por la dedicación de esta y por la donación de afecto espontáneo que conquistara

la confianza de la viejecita abandonada a la propia suerte.

Ahora, Lucinda era la única familia que Leontina poseía.

Salustiano seguía su vida de ciego y semiparalítico. De la misma forma, nutría por Lucinda una gratitud sin mezcla y, en su interior un arrepentimiento muy grande ganaba peso. Era el de la verdad que ocultara a ella, por miedo de perderla. Tal recelo aumentara mucho después que fuera presentado al médico en el día anterior, sabiendo que él era de la misma región donde viviera sus aventuras ilícitas. No sabía si Mauricio lo conocía o lo reconocería. Mas la simple duda o posibilidad de que el facultativo lo reconociese le produjo una reacción de miedo muy helado, como si de una hora para otra acabase desenmascarado. Sus oídos se agudizaban para que pudiese oír y ver a través de ellos todos los ruidos y todos los asuntos.

Recibieron ambos las atenciones acostumbradas de Lucinda y, ahora, de Mauricio.

Atendidos los dos, la joven retomara el hilo de la conversación, aprovechándose de un lecho prójimo que no estaba ocupado por nadie, en el cual ella y el medico se sentaron para que las revelaciones continuasen.

- ¿Pero y papá? Usted dijo que él estaría vivo y muerto al mismo tiempo...¿Qué ocurrió con él?

- Bien, Lucinda, todo eso es muy duro de oír y más duro aún de hablar. No obstante, pido a Dios me inspire y a los amigos de lo Alto que me amparen a fin de trillar por el mejor camino.

Ambos conversaban en las proximidades del lecho de Leontina y de Salustiano, dando poca importancia a la posibilidad de que oyesen alguna cosa ya que, para ambos, ninguno de ellos podría entender el contenido de la historia.

No obstante, Salustiano estaba atento y, de su lecho próximo, pasara a sintonizarse con las revelaciones, como si de ellas dependiese su propio futuro.

- Después que Luis/Jonás fue asesinado, su padre mandó a encarcelar al capitán Macedo en la cárcel de la prisión...

Macedo...Aquel nombre no era extraño a Salustiano. Eso lo tornó más alerta para continuar oyendo las noticias que hablaban de su propia realidad.

- Con el asesinato del propio hijo que culminó en la prisión de Macedo – retornó el médico a su relato – el general Alcántara entró en una crisis muy profunda. Sin embargo era una crisis diferente de aquellas que él ya había enfrentado antes. Era compuesta de síntomas diferentes, dolores por el cuerpo, fiebre, escalofríos, etc.

Eso movilizó todos nuestros cuidados y conocimientos para que pudiésemos evaluar la ocurrencia. Ya no se trataba de interferencia espiritual como en las veces anteriores y, aunque ella hubiese ocurrido, no era la mayor causante de aquel estado de cosas.

Al mismo tiempo, en la prisión, Macedo enfermara sin que nadie supiese. Al final, como asesino del hijo del comandante, él fuera aislado y no recibiera cualquier beneficio o visita. Solo cuando su enfermedad pasó a incomodar a los vecinos por el mal olor que producía en el ambiente es que se dignaron a permitir que yo pudiese evaluar su estado físico.

Al hacerlo, ayudado por la experiencia que estaba teniendo con el general, constaté la gravedad de las cosas y tuve que encaminarlos para un tratamiento especializado fuera de las dependencias del cuartel.

Mientras oía, Lucinda aun no consiguiera raciocinar con claridad. Oía con ansiedad para llegar al final de la historia.

- Vamos, Mauricio, hable más de prisa, usted está dando mucho rodeo. Yo preciso saber si mi padre murió de esa enfermedad o está vivo para que pueda encontrarlo y cuidar de él. Dígame el hospital en que él se encuentra y yo iré hasta allá, o mejor, nosotros iremos hasta allá, para ayudarlo...

Mientras decía eso, un ruido más fuerte, como un gemido partió del área reservada a los enfermos que Mauricio

trajera en el día anterior.

Oyéndolo, Lucinda exclamó a Mauricio:

- Nossa, Mauricio, estamos aquí entretenidos en las revelaciones y, en mi egoísmo, me olvide de atender a los hermanitos que vinieron con usted. Ellos no tomaron el café aun y deben estar hambrientos. Vamos a buscar la leche y el pan para que no estén más sin comida por la mañana - Viendo la dulzura de aquella mujer que, aun siendo bombardeada por informaciones tan terríficas conseguía parar de pensar solamente en sí misma para ir a dedicarse a la desdicha del semejante, su corazón se hinchó de alegría y, al mismo tiempo, de aprehensión.

Mauricio la acompañó hasta la cocina y, colocando en una bandeja algunos platos y vasos con la alimentación de la mañana, retornaron al galpón para llevársela a los leprosos asistidos desde el día anterior.

En su corazón ingenuo, Lucinda ni de lejos había imaginado que allí estaban el capitán Macedo y el general Alcántara. Mauricio dejara que ella tomase el frente, con coraje, a fin de no impedir que ella los viese cara a cara.

La enfermedad avasalladora les había transformado las facciones faciales que guardaban poca cosa de lo que habían sido en los tiempos de la salud física. Sin embargo, los ojos continuaban observando muy bien y los oídos escuchaban

claramente.

De ese modo, ambos enfermos, que no se hablaban más desde el asesinato de Jonás, pudieron oír los pasos que se dirigían a ellos de la misma forma que reconocieron aquélla voz suave y jovial que les decía, casi cantando:

- Buenos días, vamos a levantarse para tomar el café, la leche está calientica y el pan es fresco...

Era la voz de Lucinda, pensaron los dos al mismo tiempo.

Más que de prisa, ambos que se hallaban acostados con la cabeza recubierta a fin de ocultarse de las miradas indiscretas de los otros, olvidaron su condición de leprosos y se sentaron en la cama de un brinco.

Al mirar para la joven que se dirigía a ellos, sus ojos no acreditaban en lo que estaban viendo.

Lucinda, allí de pie, compadecida de los dos hermanos totalmente desfigurados por tan cruel enfermedad, no percibiera el volcán tempestuoso que les fustigaba el corazón al punto de producir un torrente de lágrimas que lavaba el rostro del general y, en el capitán, un dolor lancinante en vista de un reencuentro en aquellas condiciones.

Si controlarse delante de aquella visión que parecía del

paraíso, el general extendió los brazos lacerados en la dirección de la moza que, viéndolo en aquella posición imaginara que él pretendía agarrar la bandeja con el alimento para comer y se aproximó a él para servirlo.

Habiéndose aproximado aun más, un mundo de esperanza visitó el corazón duro de aquel militar arrogante y prepotente, ahora transformado en un niño pobre y desvalido, precisando de un regazo de madre. Allá estaba ella, Lucinda, el regazo de hija y, al mismo tiempo, la madre que le faltaba.

- ¡¡Lucinda, mi hija!!... – fueron las únicas palabras de aquel hombre desfigurado que no se preocupaba con la bandeja que le quedara extendida por los brazos de la joven.

Aquellas palabras fueron un verdadero choque en su espíritu.

Los ojos se cruzaron y, en un instante, Lucinda reconoció, por debajo de la vestimenta carnal destruida, las facciones del genitor amado y distante, ahora reducido a un trapo de gente envuelto en ataduras manchadas de sangre.

La bandeja cayó de sus manos y ella, sin saber que hacer, no consiguió contener el llanto convulsivo delante del padre amado que el destino le devolvía en aquellas condiciones.

Se arrodilló a la cabecera de la cama y comenzó a pasar sus manos por aquel rostro marcado, ulcerado, por aquel

cabello amarillento por los malos tratos y por el abandono, al mismo tiempo en que seguía diciendo:

- Papá, papá, ¿Es usted, papá? No puede ser... ¿es usted mismo que está aquí, regresando a mí? Diga que es usted, el general Alcántara... dígame, padrecito amado...

La escena era conmovedora por la tristeza y, al mismo tiempo, por la grandeza de aquella joven mujer que besaba las manos llagasas de un hombre ignorante y las transformaba en dos tesoros luminosos.

- Si, ... hijita... soy yo... soy su padre... Mas no esté tan cerca de mi... yo estoy muy enfermo... no quiero que usted se contagie de mi desgracia...

- Que nostalgia, papá... ni puedo creerlo... Ayer reencontré a Mauricio... Hoy, Dios me dio a usted de vuelta... ¡Como lo amo, mi padre! Voy a cuidar de usted, se lo prometo... como usted hacía conmigo, ¿recuerda? Voy a darle todo lo que pueda... voy a estar aquí todas las horas del día... quiero que sienta mi cariño y mi apoyo...

Y Lucinda decía todo eso, bañada en lágrimas abundantes, ora abrazando al genitor semidestruido, ora besándole su rostro maltratado, ora riendo de alegría, ora volviendo los ojos de compasión para aquel que le era el amor de su vida, Mauricio, como pidiéndole que la ayudase en aquel momento tan difícil de su existencia, encontrando en su rostro

una sonrisa triste y serena, además de las lágrimas que también hacían compañía al médico.

Las otras cuatro hermanas, oyendo el ruido de la bandeja cayendo al suelo se fueron aproximando para ver que había acontecido y pudieron presenciar aquella escena conmovedora, representada por una hija que reencontraba al padre en aquel estado de dolor y sufrimiento más que, en momento alguno demostrara repulsión por su estado repugnante. Al contrario, mezclaba las lágrimas de emoción del reencuentro con las sonrisas de quien pasara a tener el privilegio de cuidar de aquella carne rota como quien protegiese el tesoro más precioso de su vida.

No tuvieron ellas otra actitud sino la de erguir al Padre una oración silenciosa mientras testimoniaban aquel reencuentro emocionado.

Mientras eso ocurría, aprovechándose de las vibraciones elevadísimas de aquella hora, Euclides operaba en el espíritu de Alcántara para que las emociones trabajasen a su favor, rompiéndole la coraza del orgullo y de la altivez.

A través de los pases magnéticos específicos, el espíritu abnegado infundiera en el alma del comandante una sensibilidad al cual no estaba acostumbrado, que produjera en él una emoción muy intensa que permitía, al menos, que también llorase como niño. Después de haber sido ahuyentado de todos los lugares en los cuales buscara auxilio, ahora que no

valía más nada su poder o su puesto como militar importante, que perdiera el trono, fuera allí la primera vez en que se sintiera acogido a pesar de su estado general. Y lo que era más confortador, fuera acogido por la hija querida, aquella que buscara con todas las fuerzas de su ser. Por eso, agradecía a Dios por primera vez la posibilidad de poder volver a sonreír en su interior, de retomar la trayectoria de su vida en compañía de aquella que siempre le fuera el hombro amigo en las horas de dificultad, la única con quien él dividía sus indagaciones y, con certeza, la única que con la ternura de siempre era capaz de penetrar en su armadura de hombre inflexible para hacerlo calmar.

Euclides se aprovechara de todo eso para canalizar tales sentimientos nobles que internaban en lo íntimo de Alcántara a exteriorizarse por primera vez de forma abundante.

Alcántara, bajo el influjo de Euclides, se recordaba de la pérdida de la madrecita, aquella que le había enseñado a orar, que le había sembrado nociones de elevación y que le daba ejemplos de bondad. Se recordó de su muerte prematura, en vista de los esfuerzos en el tanque, cuando contrajera una neumonía y lo dejara jovencito, apenas a los cuidados del genitor que le moldeara el carácter arrogante.

Se recordaba de Doña Joaquina, la querida madrecita que parecía volver del túmulo para ampararlo en aquella hora difícil con su sonrisa dulce y su mano suave y volvía a sentirse pequeño e indefenso, pidiendo el regazo de madre y la

protección caliente del cariño de aquella que siempre perdona, por peor que haya sido el equívoco del hijo.

Las emociones de aquella hora en que abrazaba a la hijita tan amada hacían brotar en él la fragilidad infantil que destruían la arrogancia del espíritu infantilizado en las ilusiones del poder y del mando.

Y para hacer eso, era necesario que él volviese a sentir la pureza como si fuese un niño buscando el seno materno. Ya no era más el hombre de armas y comandos. Era un niño desarmado a la procura de aquella que comandaría toda su trayectoria de allí en adelante.

Al sentir la proximidad de Lucinda, esa emoción vino a la superficie de su alma y él no tuvo como contener el recuerdo de su madrecita, perdida en el tiempo de su infancia. Podría pensar el lector que tal sensación se diera en vista de la proximidad del espíritu materno junto al hijo amado para fortalecerlo en aquella hora de dolores y testimonios, aprovechándose del ambiente favorable, y en realidad, tal pensamientos no estaría errado.

Solo que Joaquina, la genitora de Alcántara se encontraba allí presente si, revestida de la vestimenta carnal de la joven Lucinda que renaciera para continuar el proceso de la propia elevación a través del resurgimiento de aquel que le fuera el hijo querido al corazón.

Lucinda era la misma Joaquina, la misma alma que le prestara el regazo de madre para traerle a la vida y que, ahora, renacía en el tiempo adecuado para la continuidad de la tarea de amar, ahora como hija que reasumía la condición de madre para aquel espíritu que resurgía para las realidades de la existencia, ahora lejos del poder y de la milicia.

Lucinda era Joaquina renacida y que continuaba amando al hijo de antes en la condición de su padre actual.

Era el mismo Amor que no ve distancias ni dificultades para continuar actuando en el perfeccionamiento de las almas en lucha y que sabe transformar sacrificio en sementera, lágrima en remedio, renuncia en alegría sin fin, ya que entiende que la muerte no existe y que todos seremos más o menos felices un día en vista de habernos amado mucho o poco.

Euclides sabía de esos hechos ya que fuera el tutor espiritual de todos ellos por un largo período y, después de mucha planificación espiritual consiguiera traer a todos al entendimiento de aquel momento crucial para los destinos de cada uno.

Alcántara precisaba sentir la nostalgia de la madrecita para que entendiese el respeto que debería nutrir por Lucinda, la misma madrecita que iría propiciarle las primeras lecciones en el aprendizaje de la existencia real, de la vida espiritual, de la dedicación incansable y de la alegría con su presencia.

Y su corazón estaba, realmente, abriéndose sin recelo.

Lucinda era la madrecita perdida en su juventud. Precisaba mucho de ella a partir de allí y valorizaría cada segundo que pasaría en su compañía.

Era el amor en acción.

46

La verdad

Mientras padre e hija se reencontraban, en el lecho de al lado, por entre las cubiertas, Macedo oía y veía la escena conmovedora, no sin antes sentir una punzada de despecho y de envidia.

No era capaz aun de permitirse tocar por la afectividad real, que invade el corazón desarmado, mucho menos por la amabilidad de alguien que se ve en situación de necesidad como la de él.

Veía apenas el capricho de hombre no realizado, al mismo tiempo que la felicidad de aquel general que le fuera el espejo y que, ahora, era su mayor adversario. Extraño destino ese que los unió otrora en las acciones delictuosas y después en las mismas contingencias de una enfermedad tan cruel.

Veía a Lucinda al lado de Mauricio, el mismo que encarcelara y que torturara y de quien más tarde, recibiera la atención y el celo que no serían encontrados en más nadie. Si no fuese por la dedicación del médico, estarían perdidos aun en polvo de la mezquindad o lanzados en algún cuarto infectado a la espera de la muerte, aislados del mundo. Ese recuerdo calmaba su espíritu.

Mientras eso ocurría, Lucinda continuaba envuelta con su padre que, sentado en el lecho, lloraba como un niño que reencuentra un afecto largamente procurado.

Sus indagaciones se sucedían sin control, mientras Lucinda procuraba responderlas de la forma más simple y sincera.

- Pero mi hija – preguntó el general – ¿dónde se metió usted? ¿qué ocurrió con usted?

- ¡Ah! Padrecito, yo tampoco sé exactamente que pasó. Solo se que en aquel día del ataque, Olívia y yo estábamos en el cuarto cuando oímos una tremenda explosión. Después de ella los tiros de los soldados que el capitán Macedo colocó de turno, cambiados con los disparos de los invasores que avanzaban sin parar.

Cuando nos dimos cuenta, estaban dentro de casa y un humaron comenzaba a invadir los aposentos.

Dentro del cuarto, orábamos aprehensivas cuando un golpe fuerte en la puerta abrió camino para un hombre enmascarado que, acto continuo me tomo en los brazos con fuerza, me amarró los pies y manos, colocó una capucha en mi cabeza y una mordaza en mi boca, ya que la única cosa que Olívia y yo podíamos hacer era gritar.

Olívia, afligida de la buena amiga, intentó ayudarme, pero llevó un bofetón y cayó casi desmayada, algunos metros adelante.

Con eso, desmayé y no vi más nada.

Solo vine a despertar dentro de una gruta oscura en la cual fui encontrada por un hombre muy bueno, de nombre Salustiano, que de allí me retiró, me llevó para su pequeña casa y trató de mi como si fuese su hija. Yo estaba muy abatida, con escalofríos, mis nervios estaban debilitados, mi cabeza remolineaba, yo estaba desesperada...

Pasé algunas semanas entre el delirio y la lucidez hasta que el esfuerzo de Salustiano me devolvió un poco de fuerzas, ya que él no dejaba que me faltara nada. Así, comiendo más y dándome la esperanza de poderme levantar y volver para casa y para usted, fui mejorando, mejorando, hasta el día en que me levanté definitivamente de la cama y pasé a ayudar a Salustiano con las cosas de la casita, esperando que, en definitivo, pudiese retornar para la casa, enfrentando un viaje largo y cansado. No sabía donde estaba, pues la región era muy desierta y sin

cualquier vecindad próxima, sin condición de viajar solita y descubrir el rumbo de casa. Estábamos en medio de la nada.

Cuando me estaba sintiendo lista para enfrentar el retorno, habiendo ya combinado con él nuestra vuelta, he ahí que Salustiano es picado por un bicho venenoso que produjo en él la parálisis parcial y la ceguera total.

¿Cómo abandonar a ese hombre tan bueno en medio de la nada, justamente él que me sacó de la muerte y cuidó de mí? No pude hacerlo. Sin embargo, no podía quedarme allí con él por mucho tiempo. Precisaba traerlo para un lugar mayor a fin de ser amparado y atendido. Descubrí que aquí en la capital había este lugar que acogía personas necesitadas y sin parientes. Hicimos el viaje difícil, gracias a la ayuda de Dios y de buenos corazones que se abrieron para nosotros durante la jornada.

Al llegar aquí, las hermanas estaban en un total estado de penuria y abandono que no podían recibir un enfermo más, ya que eran apenas cuatro almas abnegadas para cuidar de toda esta gente.

Pero no podía dejar a Salustiano en el abandono y partir corriendo para casa. No me perdonaría...

Así, pedí para que ellas me dejaran quedar con él aquí y me aceptasen como una trabajadora más que dividiría con ellas el celo para con todas las personas aquí presentes.

Más que de prisa ellas aceptaron mi oferta, pues cualquier brazo ofrecido para el trabajo era bienvenido.

La tarea era grande y los deberes fueron apoderándose de mis días. Con eso, fui viendo cuanto era necesario no abandonar el sufrimiento de esa gente infeliz. Pretendía, tan pronto me surgiese una oportunidad, volver para casa o mandar noticias, mas tanto una como otra cosa fueron siendo postergadas en función de las tareas acumuladas que nos caben.

Los ojos de Lucinda estaban llenos de lágrimas contenidas que no llegaban a caer, mas que le conferían un brillo cristalino de belleza singular. Arrodillada a la cabecera del padre, le contaba todo como quien presta cuentas de sus días a alguien muy querido, retomando su historia personal interrumpida.

Alcántara, igualmente emocionado delante del corazón bondadoso y altruista de la hija, dejaba las lágrimas correr sin freno.

Después de oír su exposición, retomó la palabra y dijo:

- Que alma buena encontró usted en su camino, hija. Parece que Dios nos cribó de desdichas mas, al mismo tiempo, nos colocó al lado ángeles para celar de nuestras lágrimas. Para usted fue ese hombre Salustiano. Para mí fue el Dr. Mauricio. Me gustaría tanto conocer a ese benefactor que la protegió y salvó. ¿Creo que él está aquí, no?...

- Si, papá. Él está aquí muy cerca. Al final, está ha sido su última morada para un cuerpo convaleciente y cansado.

- Lléveme hasta él, hija.

Diciendo eso, comenzó a erguirse de la cama con cierta dificultad por causa del dolor que las heridas causaban a lo largo de su cuerpo quebrantado, dificultando el movimiento.

Mientras tanto, en el Plano Espiritual, el trabajo de Euclides continuaba buscando resurgir las conciencias comprometidas con el mal.

De las diez entidades que obedecían a los intentos vengadores de Luciano, ocho de ellas ya se habían desligado de los deseos de provocar la ruina, asumiendo una postura de compasión delante de tanto sufrimiento.

Después que pudieron ver a Mauricio fuera del cuerpo y les explicara que la siembra de ahora es la cosecha de mañana, muchos pensaron en las tristes condiciones de sus perseguidos y renunciaron a continuar en aquella situación, a fin de que el futuro no les reservase cosa semejante.

No obstante, Luciano, aun controlaba dos entidades infelices, estas aun ligadas más íntimamente una al capitán

Macedo y otra al general Alcántara, nutriéndose del odio que los dos pasaron a sentir recíprocamente.

Luciano, espíritu, acompañaba de cerca los hechos ahora descritos con tal fijación mental que, envuelto por los fluidos anestésicos de Euclides, no se diera cuenta de cual era aquel lugar. Veía apenas a Alcántara leproso, sufriendo y siendo expulsado de su corporación, colocado en la calle sin ninguna consideración. Tal vez lo hiciera alegrarse de alegría, pues su intento mayor era producir en él el abandono que él hiciera sentir a su mujer Leontina.

Al presenciar a Lucinda abrazada al padre, generosamente extendida sobre él, ofreciéndole el cariño desmedido y sin cualquier vestigio de repulsión, se contrarió. ¿Cómo es que esa niña puede tener coraje de besar el rostro de un individuo en esas condiciones? Era ese el pensamiento de su espíritu ignorante y enceguecido. No era capaz de entender el desprendimiento del amor.

Euclides se encontraba a su lado, aunque no fuese visto por Luciano. Lo envolvía en vibraciones afectuosas y aguardaba el momento correcto para convocar a Luciano para otra actitud.

Luciano, viendo el gesto de amor partido de la joven, deliberó establecer sobre Lucinda un proceso de interferencia y de ataque con el fin de apartarla del cariño con que brindaba al genitor, que mucho contrariaba su objetivo de destruirlo.

Avanzó para ella, como deseoso de establecer los primeros lazos de la influencia espiritual más aguada.

Sin embargo, tan pronto se aproximó de sus líneas vibratorias, llevó un choque que se equipararía a una descarga eléctrica, que le impidió continuar adelante. Intentó nuevamente más no consiguió lo que quería.

Quedó desconcertado con aquello que hasta entonces nunca le aconteciera.

Buscó entonces, aproximarse de Alcántara para causarle algún malestar y, con eso, apartarlo de la hija, pero tampoco consiguió nada.

Nuevo choque le hirió la sensibilidad, pues el perseguido militar se hallaba totalmente envuelto por las fuerzas de su hija que lo permeaban como el perfume que invade la atmósfera y aparta los malos olores.

Así aquellas dos entidades obsesoras que se hallaban vinculadas a los dos hombres y que aun no habían sido retiradas de allí, se vieron envueltas por aquel afecto sincero y suave, estando aturcidas y sin mucha condición de reaccionar.

Era el amor de Lucinda que impregnaba el ambiente, amor consolidado en la renuncia de sí misma en nombre de los afligidos de la Tierra. Su alma vibraba en la misma sintonía

divina en que las criaturas abnegadas encuentran fuerzas para continuar la jornada adelante, a despecho de todo y de todos.

Viéndose reducido a casi impotencia, Luciano pasó a emitir dardos mentales venenosos a distancia, como si estuviese invocando sus pseudopoderes para alcanzar más gente inocente.

Mientras hacía eso y su estado general empeoraba cada vez más, Euclides comenzó a condensar su propia forma con el fin de hacerse visible a él. Estaba llegando el momento en que los dos precisarían conversar frente a frente.

Al condensarse exactamente en medio del camino que separaba al obsesor y a Lucinda, bien al frente de Luciano, Euclides parecía haberse transformado en el escudo espiritual de la joven, lo que causó un choque en el obsesor que inmediatamente gritó:

- Usted salga del frente, que no sé de donde vino. Este problema no es suyo. No se meta donde no fue llamado.

Serenamente, Euclides sonrió con bondad, desarmando cualquier intento de agresión partido de Luciano. Hablando con mucho cariño, Euclides se dirigió a él:

- ¿Por qué, mi hermano, desea alcanzar a esa joven inocente? ¿No es feliz con la desdicha que ha provocado en el corazón de ese nuestro infeliz hermano que ahora reencuentra la hija perdida?

- No soporto ver a ese hombre feliz. Todo lo que tuviera que hacer para tornarlo peor y más sufrido lo haré.

- Porque tamaño odio, mi hermano. Eso es muy perjudicial a quien siente de esa manera...

- Eso porque él destruyó mi vida y mi mujer, lanzándola en la desgracia y en la soledad. Ese hombre es una víbora que, gracias a mi esta perdiendo su propia cáscara, mostrando quien es de verdad.

- ¿Pero eso no va a tener fin, Luciano? ¿Dónde está su cuidado con la esposa querida que debería proteger? Si ella fue abandonada por causa de Alcántara, ¿dónde estaba usted que se apartó de ella para vengarse? ¿Qué amor es ese que dice poseer, mas que olvida al ser amado a la carencia tan solamente por el placer sanguíneo de retornar el mal?

Aquellos argumentos eran irresponsibles para Luciano. Sin embargo, este no cedió de pronto:

- Pero si no hiciese eso, esa criatura malvada continuaría esparciendo la desdicha entre mucha gente. En verdad, mi actitud fue profiláctica, preventiva, ayudando a impedir que esa cosa se valiese de su poder para llevar adelante las actitudes nocivas contra los otros.

- Dios sabe hacer eso mucho mejor que nosotros

mismos, mi hermano. Por eso no nos concedió la toga de Jueces, mas apenas el delantal de servidores. A Él compete establecer los patrones del sufrimiento o de la felicidad, de acuerdo con el comportamiento de cada uno. Hasta para usted esa ley tiene validez.

Dios no se quedó inerte delante de la desdicha de su corazón y del de su esposa. Él actuó para reparar el daño, mientras que usted se olvidaba de ella para aumentar el tamaño de la herida. ¿Cómo entender ese descuido en su comportamiento que dice que ama a Leontina?

Luciano no estaba comprendiendo correctamente lo que ocurría con él. Impresionado con la presencia majestuosa y luminosa de Euclides, estaba temeroso de asumir una postura más ruda, una vez que la dulzura del Espíritu le infundía respeto y consideración que nunca nadie tuviera con él.

- Mire, mi hermano. Comprendo que usted no desea ayudar a aquel que le causó tanto mal. En verdad, aun estamos lejos del perdón preconizado por Jesús. El será una realidad en nuestra alma un día, cuando notáramos que precisamos también ser perdonado.

No obstante, no comprendiendo porque usted quiere hacer tanto mal, cuando Dios cuidó de su esposa en su falta, dándole mano generosa y amiga para que no le faltase nada en la hora del sufrimiento.

Cuando usted se aproximaba, Leontina se inquietaba y le causaba malestar. Su presencia tampoco era suave y las remembranzas ruines en su corazón le imponían un estado de alma alterado a punto de usted abandonarla por un buen tiempo. Para compensar su ausencia, usted aumentó el cerco sobre nuestros hermanos, como si el odio por otro pudiese compensar el amor que negamos al ser que decimos amar...

- ¿Cómo es que sabe de eso?...- preguntó Luciano espantado y sorprendido. - ¿Usted es brujo?...

- No, mi hermano, soy apenas un amigo que lo conoce muy bien, pues lo he acompañado en sus pasos desde hace mucho tiempo, mucho antes de que usted perdiese el cuerpo físico en la ultima encarnación. Sé de todos sus actos, de todas las negociaciones oscuras en las cuales usted se metió, de todas las personas que también despojó, de los sufrimientos que Leontina soportó por su causa y por causa de su intransigencia... Presencí todas sus caídas morales y procuré siempre establecer un momento de elevación para su espíritu. Ahora, puedo decirle que lo conozco mejor de lo que usted a sí mismo.

Así, ya que eso se da, respóndame ¿por qué está tan rebelde contra Dios, la única fuerza que estableció el camino de la justicia y que cuidó de aquella que le competía cuidar? ¿No le duele la conciencia?

Luciano, confuso y desenmascarado por aquel ser

luminoso y lleno de cariño, no sabía que responder. Quería vociferar, mas no se sentía agredido. Quería justificarse, mas sabía que no tenía disculpa.

Procurando concatenar las ideas, Luciano respondió:

- Pero Leontina continúa abandonada en algún lugar sin la ayuda de nadie...

- No es verdad, Luciano. Ella solo fue abandonada por usted y por nadie más. Personalmente, le vengo prestando asistencia, visitándola todas las horas que el Padre me permite. Sin embargo, Dios mandó un ángel bueno para cuidar de Leontina durante todos los días, lo que viene produciendo una mejoría acelerada de sus percepciones.

- No puede ser verdad. Eso de ángel bueno no existe. Es una invención para engañarme. Nadie piensa en nadie. ¿Quién atendería a una mujer vieja y caduca? Además de eso, ¿totalmente pobre y abandonada?.

- Usted va a ver con sus propios ojos.

Diciendo eso, Euclides colocó la mano sobre el rostro de Luciano, como retirando de él un velo espeso que impedía que su visión se ampliase, lo que permitió que el obsesor tuviese mayor campo visual y nitidez consciente para salir de sus propias creaciones mentales.

De ese modo, Luciano pasó a observar las escenas que envolvían aquel recinto, observando las vibraciones amorosas de Lucinda sobre su perseguido, que lo envolvían con tal luminosidad que impedía que su influencia se estableciese de la forma como era antes.

El amor de su hija protegía al general de los ataques de las entidades de la ignorancia, aunque tal defensa fuese posible apenas en aquellos momentos de proximidad y de compartimiento de las sensaciones.

Era esa energía que causara en Luciano aquel impacto cuando su deseo de alcanzar a Lucinda, que nada sintió. Su elevación creara a su alrededor la defensa que la protegía contra las investidas del mal y del odio. No era más la protección externa que su merito conquistara por el sacrificio al semejante. Era si su postura de mucho amar que generaba en ella las fuerzas vivas que, partiendo de su centro cardiaco, crecían y expandía fuera de los límites de su piel y envolvían todas las cosas que se aproximaban a ella. Luciano veía ahora las barreras que lo inhibían en aquel deseo de herir a Lucinda.

Pero más que eso, Luciano pasara a percibir el ambiente y a divisar que el mismo le era familiar de algún modo.

Euclides, a su frente, continuaba mirándolo con la mirada dulce de un padre que acompaña los pensamientos silenciosos del hijo como quien lee en un libro transparente, aguardando la sucesión de los hechos.

- Entonces, Luciano – preguntó Euclides - ¿por qué herir la única mano que se irguió para amparar a Leontina, cuando la suya, a quien competía hacerlo, estaba ensangrentada en el odio y en la venganza?

- ¿Cómo es eso, no entiendo?

- Vea, mi hijo, venga conmigo hasta aquel lecho...

Usando de su poder magnético, Euclides se aproximó del lecho de Leontina llevando consigo el espíritu de su marido. Al aproximarse de la cama, allí encontraron una mujer rejuvenecida, casi feliz.

Luciano no contuvo la emoción de aquel reencuentro. La vio más suave, más alegre, a pesar de continuar empobrecida y usando ropas simples. Estaba peinada y tenía el cabello cortado con esmero, como si fuese una persona normal.

En las veces en que allí estuviera, presenciara casi que una bruja con la cabellera desgredada y los ojos vitrificadas. Eso le causara mucho malestar. Por causa de su proximidad negativa, Leontina se agitaba y lo divisaba por entre las propias sombras, causando un impacto negativo en su estructura emocional ya debilitada de mujer sin destino o rumbo cierto.

Ahora, ella estaba diferente. Parecía gente tratada por manos cuidadosas que le recuperaron la lozanía de criatura

viva.

Luciano no acreditaba en lo que estaba viendo. Miró a Euclides como para pedir permiso de acercarse de la mujer de tantos años de convivencia.

Euclides afirmó con la cabeza permitiendo que él se sentase al lado de ella en el lecho limpio que la acogía.

La vibración intensa del mentor espiritual protegería a Leontina de aquel contacto directo, al mismo tiempo que penetrara Luciano en el fondo de su corazón, para que pudiese aprovechar de aquellos momentos de dulzura.

Las lágrimas involuntarias le descendieron por el rostro con la alegría que sentía por ver a su esposa diferente y bien tratada. Ya hace mucho tiempo no sabía lo que era llorar de alegría y emoción. Su corazón latía diferente, su sensibilidad emergiera de dentro de un pozo oscuro y muy hondo para bañarse a la luz del sol de la esperanza que resurgía.

Luciano abrazaba a Leontina con el cariño de los viejos tiempos. Por un instante, dejó de sentir odio de todos para sentir apenas afecto por aquella que le había soportado sus mentiras y agresiones. Estaba delante de la única criatura con quien conviviera y que le soportara el carácter neurasténico. Se sentía en deuda con ella, ahora que ella se erguía más bella delante de sus ojos.

Del mismo modo el corazón de Leontina estaba diferente. De él, que otrora se hallaba apagado por la tristeza y por el abandono, surgía ahora una luz serena y agradable que demostraba ser ella un espíritu que tenía, en los sacrificios de la vida, acrisolado el sentimiento que se sublimara al peso de la renuncia constante y de la donación de sí misma.

El corazón de Leontina tenía brillo propio. Aun pequeño, pero parecía una estrellita que brillaba delante del mirar sorprendido de Luciano.

Euclides los amaba con la devoción de un padre que comprende las angustias de hijos que perdieron el juicio por la enfermedad de los sentimientos. No los juzgaba. Apenas los comprendía y los ayudaba a vencer esta etapa tan crucial en sus destinos.

Con el corazón envuelto en suaves ataduras que atenuaban su dolor, Luciano preguntó si fuera él, Euclides, quien hiciera aquel milagro y quien protegiera a su mujer en aquel lugar de destierro.

- No, mi hermano. Quien la protegió fue Dios que le mandó un ángel bueno como ya le dije.

- Si, mas el ángel bueno debe ser usted – dijo Luciano entre humilde y respetuoso.

- Yo amo mucho a Leontina y procuro establecer un

ambiente de paz para su recuperación. Pero como usted puede ver, yo no podría cortarle el cabello, limpiarle el lecho, arreglarle las uñas, conversar con ella...

- Entonces, ese ángel bueno debe ser una de esas monjas cansadas. Diga, mi señor, a quien dirigirme para suplicar perdón por mi indiferencia y al mismo tiempo agradecer por el inmenso cariño que devolvió a mi Leontina a la vida...

El pecho de Luciano jadeaba entre la vergüenza y el desespero, la gratitud y la subordinación, como un condenado que reconoce la propia culpa.

Euclides le respondió, calmadamente:

- En breve usted mismo podrá constatar quien es. Y cuando eso ocurra, no se olvide de amar a esa criatura con todas las fuerzas de su alma, para siempre. Ella es el ángel bueno que Dios usó para salvar su único tesoro en esta Tierra mientras su espíritu belicoso se divertía en las aventuras de la agresión...

Extendiéndole la diestra sobre la frente de la viejecita sonriente, Euclides proyectó un chorro de luz que le penetró el cerebro, activándole los sentidos de forma más aguda, lo que produjo una respuesta casi inmediata de Leontina que, con una alegría juvenil, habló en voz alta como para que Luciano oyera y tener certeza:

- ¿Dónde está mi mejor amiga? ¿Dónde está mi única

compañera? ¿Dónde está la hija que no pude tener? Lucinda, Lucinda, ¿dónde está usted?

Oyendo el llamado cariñoso, Lucinda dejó al padre leproso en el lecho y se dirigió para la cama de Leontina.

Con la mirada espantada y lleno de vergüenza, Luciano vio a la joven olvidarse por algunos momentos de aquel por quien nutría verdadero afecto a quien no veía hace mucho tiempo y aproximarse a la cama de su mujer.

- Hola, Leontina, mi madrecita querida, estoy aquí a su lado. Traje el peine para peinar sus cabellos...

- ¡Ah! Querida, que bueno que usted está cerca. Estaba con nostalgias. Al final, hoy usted aun no me vino a ver...

- Disculpe mi olvido, pero estaba ocupada atendiendo un hermanito que llegó y que también está sufriendo mucho...

Al hablar así, Lucinda pasaba la mano por el rostro, enjugando las lágrimas que escurrían de sus ojos a fin de que la viejecita no notase su emoción y quedase preocupada.

- Sabe, Lucinda, hoy desperté con una nostalgia de mi viejo Luciano... Me recordé mucho de él y mi corazón hasta rezó por su espíritu. ¿Sabe aquella oración que usted hace conmigo todos los días y en el cual usted pide por el alma de mi finado marido?... entonces, hoy la hice solita... recé a Dios

pidiendo que el Padre pudiese proteger su alma, donde ella estuviese, que lo hiciese tan feliz como me ha hecho feliz a mí. ¿Sabe que más pedí, Lucinda?

- No doña Leontina, ¿qué más pidió usted?

- ¡Ah! Hijita, pedí que Dios mandase para Luciano un ángel bueno para cuidar de él, del mismo modo que mandó un ángel bueno para cuidar de mi como usted cuida...

La joven, no conteniendo la emoción y sin conseguir ninguna palabra, abrazó a la viejita encostando su cabeza encanecida en su pecho para que su llanto no fuese visto.

En el Plano Espiritual, Euclides miraba aquella escena igualmente emocionado, mientras que Luciano se postrara entre lágrimas de gratitud y de vergüenza.

Tomando la palabra, el mentor se dirigió a él a fin de romper las últimas amarras de su espíritu junto al odio y la ignorancia, diciendo:

- He ahí, mi hijo querido, el ángel bueno que Dios envió para cuidar de Leontina. Mientras usted procuraba destruirle el padre, ella se sacrificaba para salvar a su esposa...

Luciano lloraba ahora como un niño desesperado de vergüenza de sí mismo. El llanto amargamente cultivado en la insensatez ahora transbordaba el cáliz pequeño de su corazón.

Un torrente de angustia iba siendo lavada por aquella crisis de arrepentimiento.

Sin saber como actuar, Luciano, arrodillado a los pies de la cama, miró a Euclides al frente de las dos mujeres como pidiendo ayuda en aquella hora tan luminosa de su destino, mas que le representaba un momento de intenso e inolvidable dolor.

Euclides, leyendo el sentimiento de su alma, apenas le respondió:

- Luciano, siempre es momento para perdonar, para su espíritu llegó el momento de pedir perdón. Si le compete, a partir de hoy, perdonar el verdugo de su vida en la persona de aquellos hermanos reducidos a la condición de leprosos por los propios desatinos, surge a su frente la oportunidad inaplazable de pedir perdón para su espíritu carente y sin fuerzas, cansado y débil, en la persona de estas dos mujeres que son acreedoras de su más incondicional agradecimiento. Gracias a ellas, su espíritu despertó para la realidad del alma. Una lo amó y sirvió, la otra lo comprendió y renunció a volver para la familia no solo por causa de Salustiano como ella contó. Cuando Lucinda llegó aquí, encontró a Leontina se recordó de la conversación que tuvo con usted en el cuarto del general en una de sus crisis. Por causa de ese recuerdo, resolvió quedarse para cuidar personalmente de su esposa, rescatando una deuda contraída en memoria de su padre, el general, deuda esa que juzgara también ser de si misma. Vea, hijo, no pierda más tiempo...

Diciendo eso, Euclides apuntó para las dos sobre el lecho, cuales madre e hija, diciendo a Luciano que llegara la hora del propio testimonio.

Entendiendo al exhortación, Luciano se arrastró hasta la orilla de la cama y, colocando la cabeza sobre el regazo de Lucinda, entre los sollozos de arrepentimiento y las lágrimas de gratitud, solo consiguió balbucear las seis letras de la petición más importante en toda la vida:

- ¡P... e... r... d... ó... n!

Envueltos por una luz zafirina que caía de lo Alto sobre Euclides y sobre aquellos tres hermanos que se reconciliaban, un perfume inolvidable recorrió el ambiente, como sellando aquel pedido para siempre.

Al mismo tiempo en que coronaba la rehabilitación de aquel ser que despertaba para la nueva realidad, le infundió alegría tan grande por haber hecho lo que debería hacer que le dio coraje para pedir a Euclides que lo ayudase a salir de allí.

- Lléveme consigo, mi señor, para cualquier lugar que sea diferente de aquí. Aunque sea para continuar sufriendo no me gustaría quedarme aquí por más tiempo, conviviendo con mis errores y desatinos. Preciso aprender, tengo sed de cambiar y de sembrar sentimientos nuevos en un alma como la mía.

- Si, mi hermano. Todo ya está listo a su espera,

podemos ir... – respondió Euclides sonriente.

Luciano mientras tanto, parecía claudicante, vacilante delante de aquélla bondad serena y generosa. Quería pedir alguna cosa más y no sabía como hacerlo.

Conociéndole su interior, mas sin desear hacer por él lo que solamente él debería realizar, Euclides lo estimuló, diciendo:

- Hable, hijo, no dejes que este momento quede debiendo cualquier cosa a su futuro. Diga lo que desea, sin miedo.

Tomando coraje delante del mirar dulce y emotivo del mentor espiritual que ahora era casi pura luz, Luciano suplicó:

- No puedo irme de aquí cargando conmigo la lepra mental de mi comportamiento deshumano, después que Dios me dio tanta cosa sin que yo lo mereciese. Me gustaría pedir a usted que me ayudase a irme ahora, pero que me ayudase, antes, a abrazar... al padre del ángel bueno que salvó mi Leontina... ¡el general!

Una chispa de luz blanca e intensa como un rayo de luz de albura celeste partió del corazón de Euclides y alcanzó de lleno el pecho de Luciano, que se sintió casi aturdido de tanta ventura, delante de la exteriorización sincera de aquel deseo.

Euclides sonreía y le extendía la mano para levantarlo del suelo donde se arrojara.

Tomado por la energía de aquella llama radiante dentro de sí, Luciano se aproximó lentamente del lecho de Alcántara y, acreditando que había sido por su influencia personal que la lepra se había instalado en el alma del militar, se inclinó sobre la cama, como un niño pequeño que se arrodilla para orar de manos puestas a Dios, en una escena tocante y muy bella, propia de un corazón sinceramente arrepentido.

En aquella posición, Luciano pedía perdón por el mal causado al general, al capitán y a las entidades que reclutara para su plano siniestro. Al final, aquel hombre quebrantado era el padre de la benefactora de su mujer. No podría hacer otra cosa más sino pedir perdón por los actos de atrocidad que cometiera.

Viendo que no conseguiría soportar por más tiempo, Luciano lleva la cabeza en la dirección del pecho del general y, fortalecido por el sincero deseo de cambiar para siempre, deposita un beso sobre una de las heridas lepromatosas de la piel de aquel militar destruido como un gesto de perdón que solicitaba, antes de partir con el mentor espiritual.

Sin soportar más tamaña emoción dentro del pecho, Luciano se vio envuelto por una onda de soñolencia y acabó en los brazos de Euclides, que lo sostuvo y lo acogió como el padre cargando en los brazos al hijo prodigo que volviera a su

casa.

Allí terminara para Luciano esa etapa oscura y dolorosa de su evolución espiritual, para dar inicio a otra jornada diferente y brillante por el cual su espíritu se redimiría de su propia consciencia.

Junto de ellos también partían las dos ultimas entidades obsesoras que restaban ser rescatadas de ese drama de almas en ascensión.

47

Comprendiendo todo.

Momentos antes, Lucinda se preparaba para presentar a Salustiano al general Alcántara, cuando oyó a Leontina llamarla en voz alta. Lo que la llevó a dejar el lecho paterno y dirigirse a la cama de esta última a fin de atenderla.

Mientras tanto eso ocurría, el general continuaba en el lecho, aguardando que su hija retornarse para continuar la conversación ya iniciada, con el proseguimiento de la historia que esclarecería todos los hechos.

No es preciso decir que hasta aquel momento, ambos se habían olvidado, tal la profusión de las emociones del reencuentro, de aquel otro ser que acompañara a Mauricio y a

Alcántara hasta aquel lugar de dolores en la condición de leproso, el capitán.

Macedo, no obstante, acostado en su lecho próximo, procuraba sacar partido de ese olvido inicial para continuar oyendo las historias de Lucinda, él que tuviera buena parte de responsabilidad en todo lo que ocurriera.

Metido en las sabanas que le ocultaban la mayor parte del rostro, como si estuviese durmiendo, aun seguía de incógnito.

Pasada la emoción inicial, todas las hermanas retomaban a sus tareas en la atención de los otros enfermos y en la realización de las rutinas de limpieza y organización, dejando a Lucinda y a Mauricio libres para la continuidad de la conversación.

Al mismo tiempo en que Lucinda conversaba con Leontina, Salustiano, que se localizara en la cama de al lado, oía todo lo que pasaba, despertado que había sido por la caída de la bandeja del café de las manos de su benefactora y por el tono emocionado de las palabras dichas por ella después.

Delante de la ancianita que había pedido su presencia, Lucinda reveló que aquel era un día de mucha alegría para su alma.

- Sabe, Leontina, del mismo modo que usted hoy,

despertó con nostalgias de su marido, yo me estaba sintiendo desde hace mucho, llena de nostalgias de mis entes queridos. Y hoy, dando continuidad a las alegrías de ayer cuando reencontrara a Mauricio, fui sorprendida por el descubrimiento de que mi padre está aquí.

- ¡Ay mi hija! – respondió la ancianita - ¿qué es lo que está haciendo aquí? ¿Será que vino a buscarla para llevársela? ¿Y que será de mi y de todos nosotros que ahora solo tenemos a usted por aquí?

- No, mi madrecita querida, no le explique correctamente. Mi padre llegó ayer aquí, mas en la condición de enfermo. De ese modo, él vino para quedarse y eso me hará quedar aun más entre todos, pues ahora tengo a usted, a Salustiano, a él y a Mauricio para hacerme compañía.

- Que tristeza, hijita, su padre enfermo... Quedar aquí, un lugarejo tan pobre, sin recursos, sin ayuda del mundo... eso es casi una prisión.

- No piense en eso, doña Leontina, al final es aquí que Dios nos dio la oportunidad de encontrarnos, ¿no fue así? Si esta posada de amor no hubiese sido erguida por las manos caritativas ¿dónde es que nosotros estaríamos hoy? Si los hombres son indiferentes y no ayudan cuanto deberían, recuérdese que estas paredes y este tejado están firmes, fieles al cumplimiento de los deberes de proteger de la lluvia y del viento, trabajando en silencio sin nada reclamar.

La ancianita miró a Lucinda y dio una sonrisa como quien concordaba con las argumentaciones sutiles de la joven amiga y sosegó, a la espera del café de la mañana que ya estaba listo para ser servido.

Por cautela, es preciso que se diga que Lucinda, cuando hablaba de su padre a Leontina, no le revelaba plenamente la personalidad y el nombre, una vez que ella sabía, por las conversaciones con el espíritu de Luciano en las crisis del general, que fuera su padre el agente de la desdicha en aquella familia, ambicionando la compra de la hacienda de la viuda indefensa.

Así, Leontina no sabía de quien se trataba y, por eso, no recordaría los días del pasado que habían sido muy crueles y amargos.

No obstante, Salustiano, al oír las revelaciones de Lucinda, sintió un escalofrío inmenso recorrerle el cuerpo.

Él sabía que el padre de Lucinda era el general y, lo que era peor, el general también lo conocía, pues muchos de los servicios fueron combinados entre los dos. ¿Qué sería de él ahora? ¿Ciego y semiparalítico como podría evitar que fuese descubierto?

Lucinda volvió a la cabecera de su padre a retomar la conversación de donde habían parado.

- Hija, ayúdeme a ir donde está ese hombre que le salvó la vida. Quiero conocerlo y agradecer personalmente todo lo que hizo por usted. Si tuviese dinero conmigo yo le recompensaba por todo el trabajo pero ahora, en este estado en que me encuentro, transformado en un traste inútil, no puedo dar más que mi gratitud.

- No, papá, quédese aquí en la cama que yo traeré a Salustiano para que lo conozca. Estoy segura de que él también estará feliz de poder estar en su presencia. Como está en la hora del café y, a pesar de estar un poco paralizado, él se levantará para ir hasta el comedor. Antes de llevarlo para allá lo traeré aquí para presentárselo. Con eso, usted no hace esfuerzo para salir de allí mientras tanto, hasta que su organismo se recupere y esté más fuerte.

- Está bien, hija. Se bien que, del modo que las cosas están yendo, esta plaga que me alcanzó no va ser vencida por ningún remedio y, mucho menos, me dará tregua para recuperarme. Ella me va llevar para el cementerio...

- Ora, mi padre, esté quieto. No hable de eso ahora que nos estamos reencontrando. Todo tiene un porque en esta vida y no deseo que usted desista, ya que, de aquí en adelante, estaremos juntos con la presencia de Mauricio que cuidará de todos. Espere un poquito aquí que yo traigo a Salustiano.

Diciendo eso, Lucinda se irguió y fue en dirección al

lecho del mismo para ayudarlo a levantarse.

- Buenos días, Salustiano. Está en la hora del café.
¡¡¡¿Vamos levantando para que él no esté mucho tiempo esperando por nosotros allá en la mesa?!!!

- Buenos días, doña Lucinda. Ya estoy despierto desde cuando oí los platos cayendo en el suelo. Estoy listo.

Lucinda agarró su pequeña bastón improvisada en un pedazo de madera resistente y, tomándolo por el brazo pasó a ir con él en dirección del comedor.

Sin hablarle del verdadero motivo, Lucinda hacía que el camino hasta el lugar del desayuno a ser recorrido lentamente por Salustiano, pasase por entre las camas de Alcántara y Macedo.

Aprovechando ese momento, presentaría su benefactor a su padre, aproximando a ambos.

En la medida que el camino se aproximaba, Lucinda iba disminuyendo el paso hasta el momento en que paró a Salustiano bien de frente de la cabecera de la cama del padre, que ya se hallaba sentado observando la llegada de ambos para saludar al salvador de su hija.

- Hoy, Salustiano, mi día es de los mejores – reveló Lucinda. – Eso porque mi padre fue traído para acá y nosotros

nos reencontramos. ¿Recuerda de las tantas veces que le hablé de él? Después de todo ese tiempo de separación, la bondad de Dios me dejó reencontrarlo para poder cuidar de él aquí en este hogar de desabrigados.

- ¡Ah! Que cosa buena, doña Lucinda. Espero que su padre no esté sufriendo mucho con la enfermedad... – Habló desconcertado, como quien no tiene mucho que decir o como quien pretende decir muy poco para huir a cualquier peligro de traicionarse.

Pero no ayudaba nada huir del deber de enfrentar la verdad.

Al aproximarle a la cama, Lucinda preparaba al espíritu del hombre paralítico para el encuentro.

- Pues entonces, Salustiano, mi padre deseó mucho conocerlo y me pidió que lo presentase. Por eso, bien aquí en su frente está el general Alcántara, mi padre.

- Padrecito, este es Salustiano, el hombre a quien yo debo mi vida.

Salustiano estaba pálido, a pesar de no observar nada, lo que lo tornaba más y más vulnerable a la situación.

Al mismo tiempo que él, el general se vio confundido por el rostro de aquel hombre, muy conocido suyo, además. Sin

percibir la situación con mucha claridad, Alcántara exclamó con énfasis:

- ¡¡¡¿Tiao, es usted?!!! ¿Qué es lo que usted está haciendo por aquí con mi niña?

Lucinda, viendo al padre en aquella confusión, intentó explicar.

- No, papá, este hombre es Salustiano del que le conté.

- Vamos, Tiao. Hable conmigo. ¿Cómo es que usted está aquí, por qué es que Lucinda no fue llevada para mi casa, si usted la encontró en medio del camino?...

Preguntas y más preguntas cada vez más enfáticas comenzaban a llover sobre Salustiano, ahora convocado a retomar su vida como Tiao, el sicario prestativo que servía a los intereses de los más ricos.

Tan pronto oyera su nombre pronunciado con tanta fuerza y convicción, Salustiano sintió que su mundo comenzaba a desplomarse en aquel momento. Que todo sería descubierto. No conseguía pensar rápidamente en ninguna explicación.

Lucinda, sorprendida con aquella escena, continuaba creyendo que su padre estaba equivocado, que sería un hombre parecido con ese tal Tiao.

No obstante, para empeorar las cosas, tan pronto oyó el nombre Tiao, Macedo, que se hallaba hasta allí ignorado por todos, se levantó de bajo de las sabanas para ver si era verdad aquello que estaba oyendo.

Si, era la más pura verdad.

La Justicia Divina reunía los comparsas y las víctimas para un ajuste de cuentas definitivo, en el cual no habría lugar para ninguna fantasía y donde todas las mascararas y medias verdades serían reveladas, finalmente. Los comparsas del mal, los tres, presos a las consecuencias de sus delitos.

Las víctimas inocentes y escudadas en la fe vivenciada por la renuncia a favor de los otros estaban sanas y trabajando para ayudar a los que cayeron en las telas de la ignorancia.

Mas allí, en aquel momento, un capitulo aun por terminar en la historia de todos ellos sería cerrado con los lances finales del descubrimiento.

Viendo a Tiao a su frente, de mirar apagado y perdido en el vacío, Macedo tuvo ímpetus de brincar a su garganta. No pudiendo hacerlo por causa de la enfermedad que le tullía los movimientos, se limitó a vociferar:

- Tiao, descarado traidor. ¿Usted por aquí? Mejor que hubiese muerto y sido devorado por las hormigas...

Lucinda, sin entender tal reacción, estaba atontada entre el padre y aquel hombre desconocido que en la otra cama fuera traído por Mauricio junto con su genitor y que, ahora, vociferaba histérico.

Sin saber entender las cosas que pasaban, Lucinda procuró la mirada de su compañero de jornada terrena y espiritual que, con una expresión corta, le reveló:

- Si, Lucinda, este es el capitán Macedo...

- ¿Macedo? – exclamó incrédula - ¿Cómo es que él también está de ese modo? Mi Dios, ¿Cómo es eso posible?

- Dios es justo siempre, Lucinda. Somos nosotros los que aun no entendemos Su Justicia o que pretendemos torcerla según nuestros intereses.

Mas la escena seguía su curso.

Macedo, sentado en el lecho ahora, revelado por la sorpresa de haber reencontrado al sicario, causara un impacto aun mayor en el ambiente ya confuso de la mente de Salustiano/Tiao, el cual ya no tenía muchos recursos para pensar y crear historia tan complicada para explicar todo.

Y delante de la dificultad de arquitectar una versión plausible, percibió que solo la verdad podría tener sentido en aquella hora.

Los dos leprosos le cobraban. Él no los veía, mas los dos podían verlo.

Lucinda se hallaba allí estupefacta, sorprendida.

- Y entonces, Salustiano, explique para estos dos hombres, mi padre, general Alcántara y el capitán Macedo, su subordinado, que todo no pasa de un engaño... – ella no podía creer que aquel hombre no fuese quien decía que era.

Alcántara no entendía bien lo que pasaba y quería una explicación.

Macedo percibiera, aunque tardíamente, que fuera traicionado por su impulso de hombre arrogante y mandón. Debería haberse callado para pensar que hacer. Al final, Tiao le debía una explicación pero, al mismo tiempo, sabía de todo. Y al parecer, contaría allí, en aquel mismo momento.

- Doña Lucinda, puedo pedirle el favor de arrumar una silla... y agarre una para usted y otra para el doctor aquí que mi historia no es muy corta.

Después de haber providenciado todo, sentado entre las dos camas, Salustiano comenzó a revelar a Lucinda y al general todo lo que sabía.

Contó de las innumerables cosas erradas que había

hecho por orden y bajo el pago de los dos militares. Por causa de eso, ganaba dinero y aceptaba cualquier servicio. Contó que, sabiendo que Macedo era allegado al general, atendía a todos los pedidos y se sometiera a las ordenes de aquel que nunca aparecía en el palco de los acontecimientos, mas estaba siempre por detrás de los bastidores.

En la medida en que iba hablando, una sensación de malestar iba apoderándose de Alcántara. Este no se había recordado de cuanta cosa Tiao sabía. Estaba acostumbrado a mandar a todos a callar la boca. Ahora, no tenía más patente ni puesto, no estando en condiciones de imponerse más a nadie.

Por causa de eso, Salustiano continuó.

- Sabe, doña Lucinda, mi nombre no es Salustiano. Me llaman Tiao por todo el canto donde voy. Mas en aquella región yo me escondía de los crímenes cometidos, en una gruta de piedra poco conocida de la mayoría, menos de Macedo, que bien sabía donde encontrarme.

Un bello día, él fue allá a pedirme que fuese hasta la casa del general para realizar un servicio que, según él, sería de dar protección a usted, por causa de una invasión que sabía acontecería en las horas siguientes. Así, él combinó que yo esperase la confusión a establecerse para que entrase en la casa por el camino que diseñó en un mapa y me retirase de allí, llevando la niña para un lugar distante que ni él mismo conociese.

Después de eso, terminado el levante, pasados los días, yo debía procurarlo e informar donde había escondido la hija del comandante que él buscaría con el comando militar y, por cierto, se tornaría su héroe y obtendría el consentimiento para casarse.

Macedo comenzó a vociferar acusándolo de mentiroso y hablador.

- No, capitán – respondió Tiao más calmado. – Ya mentí mucho en mi vida, pero para esta moza yo nunca más voy a mentir.

Todo aconteció de ese modo, doña niña.

Para hacer las cosas dentro del plan de Macedo, él me entregó una capucha que debería ser colocada en su rostro para que no la viesan siendo llevada afuera. Como me gustó la idea del paño en la cara, yo también arrume un saco negro y, por mi cuenta, coloqué en la cabeza, lo que me valió más tranquilidad para hacer lo que precisaba hacer sin ser descubierto.

Lucinda no acreditaba en lo que estaba oyendo. Mas Tiao sabía de todos los detalles de lo acontecido.

- Así que los invasores comenzaron a entrar en la casa, sabiendo bien el camino a través de ella por haber recibido un mapa de las manos del propio capitán horas antes y ocultado

por la capucha que, para mi sorpresa, también era usado por todos los guerreros, aproveché y me dirigí hasta el cuarto donde la niña estaba con aquella negra que solo sabía gritar y rezar y en quien tuve que dar un presta-atención, arrojándola lejos.

De allí usted ya sabe.

Desmayo, amarre, transporte y escondite.

Sin embargo, después que estaba con usted en mi presencia, pensé:

- Ora, todo indica que el capitán Macedo desea tener fama con el viejo general. Y si el pretende llevar la ventaja de encontrar a Lucinda y devolverla, con toda certeza para quedar aun más en evidencia, me va a colocar en una situación de peligro. Eso si que no. Voy yo mismo a prepararme para recibir la recompensa que el general, hombre rico y poderoso, podrá disponer sin riesgos. Yo seré quien va llevar ventaja con el dinero...

De esa forma, al inverso de procurar al capitán después de algunos días del secuestro, decidí que me quedaría con usted bajo mi comando y, tan pronto no hubiese más problemas con usted, doña Lucinda, la entregaría a su padre como si la hubiese encontrado sin querer, recibiendo de ese modo cualquier recompensa posible de estarme aguardando como premio por su hallazgo.

Ocurre que usted estaba muy debilitada y llena de dolores, lo que me obligó a celar por su recuperación en aquel lugarcito abandonado que preparé como su cautiverio.

Y usted no sanaba, lo que me dejó preocupado porque, hasta allí solo deseaba ganar dinero con mi crueldad.

Mas el tiempo pasó. Cuidar de usted fue la primera cosa buena que hice por alguien. Su presencia me era agradable y, con el tiempo, pasé a dedicarme a su ser dulce como quien descubre un motivo para seguir viviendo.

Después de la recuperación parcial de sus fuerzas yo ya estaba totalmente dependiente de su compañía. Ni parecía que yo le había raptado a mando de ese hombre aquí, el capitán Macedo, para que él acabase siendo el héroe y me recompensase con cualquier dinero.

Tampoco parecía que yo era el mismo que había engañado para ganar más dinero.

Para mi azar, después de algún tiempo, el bicho me atacó y perdí la vista y el movimiento. Allí, entonces, quedé totalmente dependiente de usted. Si antes yo ya pensaba en contar y pedir disculpas, a partir de allí no podría ni pensar en revelar porque tenía miedo de no tener más nadie como compañía. Usted pasó a ser mi familia, doña Lucinda. Fue por usted que dejé de ser bandido. Por su modo bueno y suave que me convenció a abandonar el camino errado para poder estar a

su lado siempre.

Usted fue la primera persona que me trató como gente de verdad, no como asesino sin valor.

Lucinda estaba llorando en silencio, en una emoción sin identidad. No sabía que decir.

Alcántara sentía una mezcla de odio y frustración por aquél ser tan despreciable, según sus conceptos personales aun sin preparación.

Macedo no sabía que decir. La historia de Tiao revelaba su personalidad servil y amoral, siempre buscando dominar las personas según sus intereses y sus planes.

Lucinda surgía como víctima de todos. Del padre que no estuviera presente en su protección. De Tiao que le había raptado y engañado por tanto tiempo. De Macedo que, con el deber de protegerla, había tramado todo el secuestro con lo cual buscaba dominarla para después obligarla al casamiento de forma casi imperativa.

Sin contenerse por más tiempo y delante del silencio pesado que se estableciera entre todos, Alcántara, con la voz tronante, afirmó, dando vacío a su sentimiento herido:

- ¡Maldito sea, Macedo! Yo, que pensaba que usted fuese una criatura servil y prestativa, descubro que no pasa de

un reptil asqueroso. Mató a mi hijo, raptó a mi hija, robó las únicas cosas que eran importantes para mi. Siempre tuvo libertad para hacer parte de mi vida como alguien con quien dividía todos mis desatinos y lucros sucios... mas... traidor. Nosotros estamos aquí en el lugar cierto, si. Si estuviese con fuerzas al contrario de ser este trapo deshaciéndose en vida, lo mataría con mis manos...

Oyendo toda esa historia, Mauricio, igualmente emocionado por la desdicha soportada por Lucinda, se aproximó de todos y, dirigiéndoles la palabra mansa, más enérgica, habló conciliador:

- Ahora no es más hora para odios, ¿ustedes no percibieron? El odio los llevó a los tres a la desgracia de hoy. Todos hicieron lo que desearon hacer, según los caprichos de creer que podían más que Dios.

Mas ¿qué es de ustedes? Dos leprosos y un paralítico ciego.

He ahí para donde el mal los condujo. ¿No creen que aquí, en nuestro medio no hay nadie con derecho de acusar a alguien, sino aquellos que fueron sus víctimas y que, aquí están para servirlos?

Yo fui torturado por Macedo, bajo su orden, general. Fui preso sin acusación, tan solamente por causa del sentimiento envidioso del capitán. Aun torturado y herido, no

rechacé dar atención a nadie, mucho menos a ustedes. Cuando el mundo que ustedes defendían con sus insignias los expulsó solo les restó a mi que continué al lado de los dos.

Lucinda fue engañada, maltratada, apartada de los suyos por deliberación criminal, a través de las manos de un individuo hasta entonces sin escrúpulos. Sin embargo, el corazón lleno de dulzura y generosidad de esa joven a quien continuó amando más y más cada día, ablandó la propia piedra. Fue ella que, con sus cuidados y cariños, hizo de un sicario una criatura mansa y arrepentida que, ahora, da testimonio de sus propios desatinos sin acusar a ninguno de los dos por las cosas que no hayan, realmente, hecho.

Creo que aquí, en este ambiente, Lucinda y yo deberíamos ser los acusadores, ¿no creen?

La pregunta quedó sin respuesta. Todos estaban mudos y absolutamente vencidos por las evidencias del amor sobre la maldad de sus pensamientos y actitudes.

- Y vean ahora que sus víctimas extienden las manos para cuidar de todos los agresores, sin acusarlos de nada.

Por eso, a partir de hoy, ustedes deberán recordar que el odio es la peor enfermedad que puede existir en el corazón, al punto de contaminar el cuerpo y atraer para él tanto la enfermedad cruel como las consecuencias desastrosas de hechos funestos que no habrían sucedido si nuestras escogencias hubiesen sido

diferentes.

Todo aquél que le gusta beber demás y jugar con fuego, corre el riesgo de morir quemado después que cayó en la hoguera.

De hoy en adelante, no tenemos más aquí entre nosotros, general, capitán, o bandido. Tenemos leprosos y paralítico, víctimas de las propias maldades.

Nadie va a acusar a otro bajo pena de no contar más con nuestra ayuda.

Lucinda es alma noble que, con certeza, ha de estar más feliz con la recuperación de Tiao, para la cual fue usada como instrumento de Dios, que si hubiese regresado para casa y él continuase siendo un bandido.

Yo, a pesar de los defectos que cargo, me dispuse a seguir con los dos a fin de iniciar el proceso de esclarecimiento de espíritus aun tan adormecidos.

- ¿Y usted que nos dice, Lucinda?

Largo silencio siguió entre la pregunta y la respuesta de su corazón sensible.

En cuanto Mauricio hablaba, inspirado nuevamente por Euclides que regresara después de llevar a Luciano, Lucinda se sentía envuelta por vibraciones de amor infinitas partidas de un

espíritu dulce y de una luz opalina como si vistiese la luna en pleno día.

Sobre su pensamiento confuso delante de tantas revelaciones súbitas, las manos espirituales tocaban sus cabellos estableciendo un lazo seguro y fuerte a fin de que la joven pudiese superar todos los resquicios de debilidad y auto conmisericordia que aun restasen en su carácter. La entidad allí estaba para recordar a la joven que, antes de renacer, pidiera fuerzas para enfrentar las propias deficiencias a través del olvido de todas las faltas cometidas contra su persona, en el único deseo de reerguir a sus hermanos.

Entre ellos estaba el hijo querido, ahora devuelto a la condición de hombre que la lepra y el dolor infantilizan o endurecen.

Ella precisaba mirar a Macedo como un doliente más huérfano de sus cuidados que precisaba recibir comprensión para que se recuperase delante de la vida y de la condición de criminal.

Tiao, en verdad, fuera también el instrumento de Dios para que ella dejase la vida placida de señorita acomodada a sus bordados y se tornase una mujer de temperamento fuerte, cabeza clara, voluntad firme, corazón generoso.

Las ideas eran presentadas por el espíritu luminoso que atendiera al llamado de Euclides para que allí estuviese, en

aquella hora, amparando a Lucinda como solamente una madre sabe hablar al corazón.

Si, porque ese espíritu no era otro sino Lucia, la esposa de Alcántara, la gran amiga de Lucinda que retornaba a extenderle el regazo suave y dirigirle los pasos en la nueva jornada que comenzaría de allí en adelante.

Dependía de Lucinda los próximos pasos en la jornada de todos.

Mauricio abriera el camino, más precisaba de ella para aceptar el desafío de transformar el volcán en hoguera, de transformar hombres aparentemente malos en criaturas valiosas a los ojos de sí mismos.

Lucia abrazaba a la hija que se emocionaba delante de su presencia espiritual.

Sin tener muchas palabras que decir, delante de la emoción casi insoportable a su corazón aun tan joven, pudo decir apenas:

- Si, mi amor, nosotros seremos una familia nuevamente. Usted me dará su afecto que siempre fue la cosa más bella que encontré en mi camino.

Mi padre continuará siendo mi padrecito a quien celaremos con más dedicación aun.

Macedo será, para nosotros, lo que fue Jonás: el hermano perdido, perseguido por el general y asesinado por el capitán.

Tiao será nuestro primer hijo, para quien daremos el calor de nuestros corazones.

Y así, mirádonos desde lo Alto con los ojos de bondad sin fin, Jesús habrá de bendecir esta familia que se inicia en medio de las desdichas y de los desatinos, para transformarse, un día, en un gran rebaño de ovejas pacíficas y sumisas a su Voluntad.

Yo los deseo como mi familia.

¿Y ustedes, nos aceptan como tal, olvidando el pasado?

Todos lloraban.

Las lágrimas eran la respuesta emocionada y agradecida que sellaba aquel recomienzo.

Lucia y Euclides elevaron allí mismo, bajo el coro de las voces angelicales de una multitud de espíritus que trabajaban por el resurgimiento de aquellas almas, una sentida oración al Divino Maestro, entregándole todo el fruto de aquel esfuerzo que demandó años y años de atención, pues todo el bien que se haga en la Tierra es fruto de la simiente que el

Cristo plantó en el corazón de los hombres. Pertenece a Él como respuesta a su renuncia suprema en la tentativa de educar almas perdidas en la ignorancia.

Siglos y siglos después, eran los ecos de las bienaventuranzas que sonaban en el corazón de los hombres:

“Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la Tierra.”

48

Hay flores sobre las piedras.

Después de aquel dramático reencuentro, un ciclo de transformaciones había sido recorrido por todas las almas que hacían parte de aquel conjunto en proceso de reparación y madurez.

Bajo los auspicios de los tutores espirituales, que buscaran encaminar las trayectorias de sus tutelados siempre por el camino del bien como forma de evitarles tantos sacrificios, las Leyes Divinas se cumplieron en toda su amplitud, respetando la libertad de escogencia de cada corazón endurecido y atribuyendo, como consecuencia, a cada uno lo que era suyo.

Ahora, una nueva etapa se erguía a para recorrida por

todo aquel grupo, enriquecido por la presencia de aquellas cuatro hermanas trabajadoras del Señor que, junto de ellos también representaban el cántico de Dios dirigido al corazón de los hombres.

No obstante todo el sufrimiento, todos habían sido convocados EN PRIMER LUGAR a seguir sus vidas a través de las veredas suaves del perdón, de la humildad, del trabajo recto y de la donación. Aquellos que aceptaron tal invitación pudieron caminar hacia lo Alto con las fuerzas aumentadas y con posibilidad de ser felices, haciendo a los otros felices.

* * *

Después de la escena vivenciada por todos allí en aquel galpón, muchas cosas cambiaron en el corazón de sus protagonistas.

El amor de Lucinda y Mauricio transformara el corazón de todos los demás.

Mientras los dos se amaban en silencio y sufrieran las agresiones e injusticias, renunciando a sus realizaciones inmediatas a cambio de la ventura venidera, todos los otros procuraron violentar los caminos de afecto para hacerlo recorrer la estrada pedregosa de su propio egoísmo.

Mas, vencida la piedra labrada por el fuego de la desdicha, nuevamente el amor demostraba el poderío de su

dulzura.

Resueltos a no apartarse más el uno del otro, principalmente ahora que los corazones se reencontraban, madurados y dispuestos a los mismos sacrificios, Mauricio no tuvo dificultad en obtener del general, aunque apenas para respetarle la presencia y la tradición antigua, la autorización para desposar a Lucinda.

Providenciado el enlace, deliberaron los novios que la ceremonia sería extremadamente simple y que, después de oficializada por los tramites de la época, aun muy marcada por el oficio religioso, fue efectivamente concretizada en aquel ambiente de sufrimiento colectivo, pero que representaba para los novios la cuna de la propia felicidad.

Así es que, después de haberse unido formalmente, condujeron a las cuatro hermanas al interior del recinto de los enfermos y, conclamando a todos a que se aproximasen y que participasen de aquel momento, pudieron recibir la bendición divina a través de la unción de la oración proferida por la hermana Augusta, en la presencia del general, del capitán, y del bandido, los cuales eran, ahora, la familia constituida de aquel matrimonio.

Había sido la primera ceremonia festiva que allí se realizara y fue de tal modo bien asistida por los espíritus iluminados, que no hubo enfermo que no les sintiese la presencia y el bienestar que envolviera a todos.

El trabajo, con todo, no podría interrumpirse.

* * *

Pasaron meses sobre meses y, un cierto día, he ahí que el espíritu de Luciano es traído por Euclides de vuelta a las regiones antiguas y nostálgicas a su corazón. Volvía Luciano a su antigua morada, a la sede de la hacienda.

En el aire, había una atmósfera de novedades y fiestas.

Muchas cosas habían cambiado en el paisaje desde la última vez que su espíritu endurecido y rebelde de allí partiera con el propósito deliberado y firme de vengarse.

Euclides le prometiera retornar un día para poder coger los beneficios de su propio cambio.

- Llegó el día, Luciano, de cumplir aquello que se prometió a su espíritu – le habló el mentor luminoso que lo conducía envuelto por las vibraciones elevadas de su bondad.

Luciano sentía la nostalgia de los tiempos vividos sobre aquellos parajes. Aspiraba aquel aire cuyas fragancias le comunicaban nostalgias.

- Si, hermano Euclides, cuanto siento la falta de este ambiente, aunque nada halla hecho por merecer semejante

concesión de la bondad de Dios, al mismo tiempo en que esta región me transporta a los tiempos en que mi espíritu tuvo sublime oportunidad que fue desperdiciada por mi irreflexión.

- Somos siempre así, - le respondió Euclides. – Todos poseemos la dureza sobre la cual, después que el Amor lanza la simiente, se abren flores en nuestras almas. No se pierda, con todo, en reflexiones amargas, pues usted fue traído hasta aquí para participar de la felicidad de todos.

Al escuchar tales exhortaciones, Luciano procuró apartar de su mente todas las escenas de su derrota espiritual, pasando a fijar el pensamiento en la antigua compañera, Leontina, al mismo tiempo en que se sentía siempre más agradecido con Lucinda y con Mauricio.

Realmente, aquel era un día especial en la vida de todos.

En aquella mañana, bajo los auspicios del matrimonio Lucinda y Mauricio, comenzaban una etapa renovada en la vida de muchos.

Después del casamiento, Mauricio retornó a la antigua sede de la hacienda que quedara bajo los cuidados de Eleuterio, a fin de comunicarle el paradero del genitor, de la hermana y ponerlo a la par de todo lo ocurrido.

Al percibir el estado avanzado de la enfermedad del padre, tomado de un sentimiento de repulsión y de miedo,

Eleuterio alineó innumerables disculpas a fin de evitar un contacto más íntimo con los familiares.

Pretendía volver a la capital para retomar los trabajos de su banca de abogados, con lo cual se identificaba plenamente y para la cual se preparara después de muchos años de estudio.

Mayormente ahora, que Mauricio y Lucinda se habían casado, surgían ellos como la solución ideal para liberarlo de la responsabilidad de cuidar de un leproso, aunque el fuese su propio padre.

Con eso, Eleuterio no tuvo dificultad de librarse de cualquier responsabilidad directa abdicando de cualquier derecho sobre la hacienda, llevando consigo valores en dinero que le compensasen la pérdida de las tierras y entregando todas ellas, así como también la antigua casa señorial, totalmente reconstruida, para que fuesen administradas por la hermana y por su marido.

Partiera Eleuterio antes que tuviese que reencontrarse con el genitor, he ahí que no pretendía verse herido por el cuadro desolador de su estado de salud.

Con tal conducta, Lucinda y Mauricio pudieron dar curso a su plan de modificación del estado general de todos los enfermos.

Después de conversar mucho y de planificar todos los

pasos a recorrer, en aquel día especial la fiesta denunciaba la alegría de todos los corazones.

Inspirados por los buenos sentimientos que traían en el alma, al mismo tiempo en que pretendían restablecer la justicia de todas las cosas, los dos jóvenes deliberaron, con el asentimiento de las cuatro hermanas abnegadas, la transferencia de aquella posada de sufrimiento para las tierras de la hacienda.

Llevarían consigo todos los enfermos que así aceptasen, además de aquellas trabajadoras incansables que, con el apoyo de los dos espíritus jóvenes unidos por el matrimonio espiritual y físico, podrían ampliar aun más la atención a los sufridores.

Con ese propósito, Mauricio orientó la edificación de algunos cuartos colectivos que permitiesen cierta privacidad a los enfermos, dotados de instalaciones más bien apropiadas a sus necesidades, separando a los enfermos según sus simpatías y el tenor de las enfermedades.

Con eso procuró dar a ellos una modificación de su rutina, identificándolos como una nueva comunidad a camino del tratamiento y de la recuperación.

La hacienda, además, permitiría un proceso nuevo de reajuste a través del trabajo con la tierra, con la producción de hortalizas, el cultivo de jardines, el contacto con los animales domésticos y con el calor humano de criaturas otrora esclavizadas y, ahora, hombres libres que allí se mantenían en

vista de la bondad de los corazones de los nuevos propietarios.

No fuera fácil el viaje de todo aquel contingente de hombres y mujeres, sufridores en el físico y en el espíritu, hasta aquellos parajes.

Sin embargo, aunque a pasos lentos, todos iban siendo transferidos.

La mayoría ya se hallaba instalada en aquel nuevo abrigo, mejor ventilado, iluminado y protegido que el antiguo galpón.

Las refecciones eran mejor preparadas y el alimento era abundante para todos.

Luego de las primeras semanas ya se podía verificar las transformaciones de muchos que pasaban a tener animo redoblado para dejar el lecho y se empeñaron en alguna actividad constructiva.

El contacto con los negros libertos que allí trabajaban ahora por amor a sus hermanos, infundía en cada uno de los enfermos un sentimiento nuevo de gratitud y alegría de hace mucho tiempo olvidado.

Mas aquel día sería un día especial.

Tanto que Luciano fuera traído hasta allí para presenciar

los frutos del amor.

En aquella mañana se terminaba el transporte de los últimos dolientes bajo los auspicios del médico y de su esposa.

Los nuevos predios habían sido erguidos próximos de la casa grande, en el espacio que existía entre ella y la antigua senzala.

Luciano sintió ímpetus de pedir a Euclides que lo llevase para dentro de la casa que le perteneciera, a fin de rememorar las sensaciones allí vivenciadas. No obstante, no osaba articular palabra, pues no pretendía crear embarazo a su benefactor.

Sin embargo, sabiendo cual era el deseo de su tutelado, Euclides le señaló la puerta de entrada y le dijo:

- Vamos, Luciano, entremos para que el Amor entre para siempre dentro de nosotros.

Emocionado hasta la más profunda fibra de su alma, Luciano avanzó para el interior, notándole las nuevas disposiciones internas, reconstruidas después del incendio. Nuevas piezas del mobiliario allí adornaban aquel núcleo que le fuera la morada por largos años de la última existencia.

La escalera interna fuera preservada y, por ella, tenían acceso a los cuartos amplios y numerosos. Allí se percibía el

toque de la sensibilidad femenina a disponer cuadros por las paredes dentro de la estética y de la simplicidad que solo el espíritu preparado de Lucinda sabía dosificar.

A cada nueva vista, Luciano recordaba sus días de ventura. Se recordaba nuevamente de Leontina. Impulsado por ese recuerdo, demandó instintivamente los antiguos aposentos como quien retorna al abrigo de los sueños vividos en la intimidad de aquellas paredes silenciosas y protectoras.

La nostalgia de Leontina le oprimía el pecho y una avalancha de lágrimas le mojaba el rostro triste, de alguien que no podía volver más al pasado para rehacer los pasos claudicantes y fallidos.

Euclides le sustentaba las energías abatidas.

Llegando a la puerta del antiguo cuarto, Luciano le saltaba el corazón y la emoción erguida a la condición de tirana dentro de su pecho. Colocó la mano en la manecilla de la puerta como repitiendo antiguo gesto, como si aun poseyese cuerpo físico, instintivamente.

Su mentor y amigo le sonrió y recordó:

- No se olvide, Luciano, de que ahora no precisamos más limitarnos como lo hacíamos cuando estábamos en el cuerpo de carne. Las manecillas son para los hombres de la Tierra. Para los espíritus, la llave que nos abre todas las puertas

es la pureza del alma. Libere su corazón de toda aflicción, mi amigo.

- Si, mi hermano, entiendo y me avergüenzo de mi falta de preparación para estar aquí. Cuanto más me aproximo, más regreso en el tiempo. Cuanto más vuelvo, más me recuerdo de mi compañera que me soportó la presencia pesada y bruta, procurando darme lo mejor de su comprensión y de su ayuda. Como es duro regresar y tener que enfrentar estos fantasmas. Me gustaría ahora mismo abrazar a Leontina en el lecho de sufrimiento que la recibe en aquellas nuevas casitas bonitas donde ella debe encontrarse abrigada. Eso, para mi, será la verdadera fiesta en este día que, hasta ahora, solo han sido recuerdos amargos a mi corazón.

- Pues, acredite, Luciano, hoy es un día de fiesta para todos nosotros. Por eso, fui autorizado a traerlo hasta aquí. Antes de irnos a encontrar a Leontina, usted precisa enfrentar sus fantasmas y, limpiando el corazón de todos los disgustos de ayer, ingresar en la antigua alcoba de sus días venturosos junto al corazón de mujer que le fue tan querida. Vamos, Luciano, piense en los momentos de felicidad que usted ya vivió. ¡Abra su corazón!

Delante de la exhortación de Euclides, Luciano pasó a pensar en cosas buenas que viviera allí y, gracias a ese pensamiento, un alivio de alma lo visitó como si una brisa fresca le hubiese apartado el calor escaldante que se concentrara en su interior.

Impulsado por Euclides, ambos cruzaron el obstáculo físico representado por la puerta cerrada del cuarto a fin de que Luciano pudiese contemplar el cuadro que, para su espíritu, sería inolvidable.

Tomado de sorpresa infinita e indescriptible, solo tuvo fuerzas para caer de rodillas allí mismo, en llanto convulsivo. Allí estaba Leontina, recostada en vasto lecho, trajeada como antiguamente y, a pesar de los cabellos blancos, su rostro se rejuveneciera al contacto con la antigua morada.

A su lado, Lucinda y Mauricio se esmeraban para concederle todo el bienestar del que ella se hacía acreedora.

Al llegar a la hacienda, Leontina recuperara buena parte de la lucidez, una vez que identificara la antigua casa a la distancia.

Y mientras se deshacía en lágrimas silenciosas de gratitud a Dios, Luciano oía las palabras que Lucinda dirigía a la antigua compañera.

- Vea, mi amiga tan querida, como Dios es bueno y no nos abandona. Hoy usted volvió a su casa, a su cuarto, de donde usted nunca más será apartada. Esta cama será siempre suya. Estas ventanas estarán siempre trayéndole luz y brisa y usted podrá pasear junto conmigo todas las tardes. Acuérdesse de su compañero que nunca la olvidó. Luciano, donde estuviere,

deberá estar sintiendo toda su alegría por este momento. Acabó para siempre, Leontina, su condición de criatura olvidada y abandonada, sin un hogar.

- ¡Ah! ¡Mi hijita del corazón! Usted no imagina la alegría que hay dentro de mi. Pienso que debo estar cerca de morir porque la felicidad que siento me da miedo. Solo pido a Dios, me deje quedar un tiempito más para poder estar a su lado y sentir la ventura de ser amada, después de tanto tiempo de soledad. Estar de vuelta a la casa, al cuarto, a todo esto representa para mi volver a mi misma. Y debo eso a usted, hijita y al doctor su marido.

Allí, arrodillado delante de aquella que fue su esposa, ahora más restablecida y recolocada en la propia casa bajo la protección de los nuevos propietarios, que procuraban hacerla feliz a cualquier costo, yacía Luciano transformado por la fuerza del amor. Reencontrara a Leontina más fuerte y más feliz, con una lozanía que nunca él conseguiría infundirle con todo el odio nutrido por Alcántara.

Se sintió aun más culpable y pequeño. Se humilló delante de la grandeza silenciosa del corazón de aquella moza generosa.

Euclides le amparaba el sentimiento frágil, comprendiendo la importancia de aquella hora para los días del porvenir. Acariciándole los cabellos, transfería a Luciano un magnetismo que penetraba su campo energético como si fuese

un bálsamo de paz y gratitud a Dios.

Ahora se sentía tan pequeño y al mismo tiempo constataba la grandeza del Amor que no lo masacraba. Un profundo silencio de madurez espiritual hacía su espíritu temblar por dentro. Instintivamente, se recordó de Alcántara y Macedo.

Miró indagadoramente a Euclides que, acto continuo, le sonrió y respondió:

- Ellos también están aquí dentro. Y es por eso que usted fue traído en este día. Usted precisará decir si acepta que los dos pasen a morar aquí, en aquella que fue su casa y de la cual su esposa fue despojada. Hoy comparecen delante de usted como enfermos del cuerpo y del espíritu que tocan a su puerta como mendigos de su afecto.

Luciano quería ir a verlos en sus respectivos aposentos, en lo que fue ayudado por Euclides nuevamente.

Por primera vez, supo lo que significaba la palabra compasión.

Ya no tenía allí dos adversarios. Tenía hermanos en sufrimiento, tanto cuanto otros, como el mismo, arrepentido de todos los abusos cometidos en nombre del orgullo de hombre inflexible.

Compasión que era avivada por la lágrima renovada de un sentimiento arrepentido y que, ahora, entregaba a los hombres aquello que ya no le pertenecía más: su último castillo de piedra.

Más adelante, Tiao adormeciera en las sábanas perfumadas de una cama suave y simple como todas las otras, mas que le propiciaba el refugio para el acrisolamiento de un espíritu diferente, moldado por la suavidad del bien.

- Mi benefactor y amigo – dijo Luciano a Euclides – si yo efectivamente fuese el dueño de alguna cosa, este seguro de que no titubearía en decir que los aceptaría como mis huéspedes. Sin embargo, no me siento acreedor de nada y de nadie. Si hoy puedo decir algo, quiero pedir al Creador me conceda la enorme honra de trabajar en este cuarto de leprosos para edificar mi espíritu, atendiendo a estos hermanos que, en mi ignorancia ayudé a destruir. Yo soy el leproso del alma cuyas llagas preciso lavar una a una al contacto con estos a quien envidio el sufrimiento que soportan y que los está depurando de sus propias llagas.

Soy yo quien pido, Euclides, que me acepte aquí, no como propietario pomposo, mas como servidor pequeño y sin valor. Quiero abrazar a mi Leontina todas las mañanas mas, encima de todo, quiero rehabilitarme delante de ella como alguien que reconquista la paz en el corazón al peso del servicio. Estos cuerpos corroídos serán mi altar de piedra delante de los cuales, todos los días yo dirigiré a Dios mi

oración más sentida y más sincera...

Luciano no conseguía hablar más, tal la emoción que le embargaba la voz.

Euclides, que también lloraba, le acarició los cabellos y le respondió apenas:

- Si, mi hermano, usted descubrió que la bondad de Dios es flor que nace sobre la piedra. Usted es la nueva flor del Padre, nacida sobre la piedra de los propios defectos que serán vencidos por la fuerza de sus disposiciones renovadas. Recuérdese, Luciano: usted tiene el perfume de Dios en la flor de su corazón. Que Jesús le bendiga el propósito de servir para siempre.

* * *

Así, mis hermanos, que cada uno pueda recordarse de que el Amor es flor que nace y crece aunque sobre la piedra de la ignorancia y de la maldad, bastando que exista quien se disponga a vivirlo como las dos almas abnegadas de Mauricio y Lucinda, dos flores de Dios que transformaron muchas piedras humanas en un jardín de bendiciones, aun después de mucho tiempo y a costa de muchas dificultades. Que las piedras tengan los nombres de maridos o esposas difíciles; padres o parientes intransigentes, entes queridos presos al lecho del dolor, vecinos o conocidos antipáticos, jefes exigentes, subordinados descuidados, hijos desafiadores. Acuérdate de eso, lector

amigo: Tu eres flor de Dios. Desabrocha sobre todos ellos y lanza tu perfume al sabor del viento sin contar el tiempo. Dios te sustenta, conoce tu sacrificio y las piedras descubrirán, un día, cuanto precisan de las flores que nacieron sobre ellas. En ese día, dejarán de ser piedras para siempre.

¡BRILLE VUESTRA LUZ!

¡MUCHA PAZ!

Lucius
(30-03-99)